This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

TEODORO FISCHER,
Encuadernador,
C. del General La Fuente
No. 167. LIMA.

~~Peru V A.28.~~

~~SAE 2 ALT 2/1~~
REP. LAT. 610

OBRAS POÉTICAS

DE

CLEMENTE ALTHAUS

OBRAS POÉTICAS

DE

CLEMENTE ALTHAUS

(1852 – 1871)

LIMA

IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE,

CALLE DE BELAOCHAGA, No. 136.

1872

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
24 OCT 1969
OF OXFORD
LIBRARY

PRÓLOGO.

Este volúmen contiene, con algunos cambios y bastantes supresiones, las «Poesias patrióticas y relijiosas», publicadas en Paris el año de 1862, y las «Poesias varias»; tomo este último que, publicado el mismo año que el anterior, puede sin embargo considerarse todavia como inédito, pues ni lo puso el autor en venta, ni repartió sino un escasísimo número de ejemplares del escaso que hizo imprimir.

Contiene tambien muchas de las composiciones, patrióticas ó no, publicadas por él desde entónces en el «Comercio» y otros periódicos, y ademas un gran número de trabajos inéditos del todo y pertenecientes á diversos géneros, entre los cuales hai dos leyendas, un drama, y algunas sátiras literarias y políticas.

Por último, el autor se ha determinado á dar esta vez cabida entre sus obras á algunas de sus antiguas poesias escritas ántes del año 1855 y escluidas de sus anteriores colecciones. Las

hubiera podido correjir harto más de lo que lo ha hecho; pero ha creido que pasar de pocas y lijeras enmiendas era esponerse á quitarles la fisonomia propia de aquel tiempo y, por decirlo así, infantil, que á su juicio debian conservar, y que probablemente constituye su único mérito. Serán las primeras que halle el lector, pues el órden seguido en la colocacion de estas poesias es el de sus fechas, las cuales comienzan el año de 1852 y acaban el de 1871.

Presento pués á mis paisanos, reunidas en un volúmen, las obras que he compuesto en el espacio de casi veinte años que ha que cultivo la poesia: conviene á saber, la parte de ellas que reputo ménos indigna de la luz pública, pues otro tanto, por lo ménos, como lo publicado aquí será lo desechado ó reservado.

Era mi ánimo escribir un largo prólogo en el que hubiera hablado con la conveniente extension acerca de lo qué entiendo por poesia y del alto ministerio civil y moral que tiene para mí esta reina y señora de las artes de lo bello; contestando asimismo al cargo *de no haber sido hasta aquí mas que poeta* que me hacen muchos de los que juzgan que la poesia es una vana gracia, un frívolo adorno, y á quienes la misma belleza y hechizo de la forma hace desconfiar de la gravedad é importancia del fondo.

Pero no me consienten realizar mi propósito, por una parte, la flaqueza presente de mi salud

y el deseo, por otra, de que no se dilate por mas tiempo la publicacion de esta obra.

Me limito pués á llevar al pie del ara santa de mi patria mi humilde ofrenda, templando el temor reverente del que se dirije á un objeto tan grande con la conciencia de haber cumplido con ella en la corta medida de mis fuerzas.

Mis continuos achaques me obligan á suspender por ahora mis trabajos literarios y poéticos; pero, despues del descanso necesario, espero volver con mayor empeño al ejercicio de lo que ha sido á la vez el deleite y tormento de mi vida. Y quizá entónces, restauradas mis fuerzas y refrescada mi mente, al cantar de nuevo á Dios, la naturaleza, la libertad, la patria, serán mis acentos ménos indignos de la majestad de tan augustos é inspiradores temas.

Lima, 15 de Enero de 1872.

FE DE ERRATAS.

PÁGINA	VERSO	DICE	LÉASE
20	6	¿Con qué	¿Con que
29	31	¿Mas no temas	¿Mas no temes
63	23	¿Con qué	¿Con que
74	23	Del tal vano	Del tan vano
81	14	Y cuanto	Y cuanta
92	10	susurrando,	susurrando.
92	16	Y huyan	Y huyen
193	23	solitaria	solitario
194	1	vuelta	vuelto
194	19	dió Dios	da Dios
227	24	las mas	las mias
256	23	de Paris	de Páris
259	22	descienda	desciende
271	17	ruina,	ruina.
272	10	Te digo	Te diga
275	8	á parte	aparte
301	3	adolecente	adolescente
488	18	1857	1867
505	26	En ser	En sed
525	38	A abrazar	Al abrazar
596	23	lealtad,	lealtad

Ademas de estas erratas, se servirá el lector disimular y correjir muchas otras que no ha habido tiempo de reparar ó señalar, principalmente en la puntuacion.

CANCION DE CORALAY.

Tendió la noche su manto
Sobre el mundo silencioso,
Y el deseado reposo
Suspende penas y llanto.
La clara luna se mira
Del mar en la linfa pura,
Y apénas la onda murmura
Y el aura apénas suspira:
Todo en paz yace sumido,
Y del universo dueño,
Vierte su bálsamo el sueño
Y su benéfico olvido.

En el monte misterioso,
Y en la floresta sombria,
Y en la verde praderia,
Y en el azulado mar,
Todo calla, todo olvida
Su fatiga y su quebranto,
Y mi solo triste canto
Hace el eco resonar.
Depone el leon su saña,
Y en la quieta selva muda
Hasta la tórtola viuda
Al sueño da su dolor:
Solo yo, al placer extraña,
Solitaria jimo y velo,
Y en vano demando al cielo
Tregua un instante á mi amor.

Luna, del amor testigo
Con que al estranjero adoro,
Duélate mi amargo lloro
Y mitiga mi pasion:
No te pido, casta diosa,
Que cese la llama mia:
Sin ese amor moriria
Mi desierto corazon.
Tampoco que, mas dichosa
Que la que reina en su pecho,
Consiga yo ver deshecho
El juramento nupcial:
Goze la vírgen hermosa
De su amor puro y entero,
Que ninguna dicha quiero
Que se compre con su mal.
Solo quiero una sonrisa
Ver vagar en su semblante
Y solo por un instante
Su puro aliento aspirar;
Y cuando lleve la brisa
Mi triste queja á su oido,
Su corazon condolido
Sienta por mí palpitar.
Mas nó, que en su altivo pecho
La tímida queja mia
Acaso solo hallaria
Un injurioso desden;
Y no merece esta humilde
India, en su amor tan osada,
Que una piadosa mirada
Sus bellos ojos le den.
Orgulloso castellano,
Para las dichas nacido,
No hiera nunca tu oido
De mis pesares el ay:
Y miéntras consuelo en vano
Pido á la luna serena,
Ignora siempre la pena
De la triste Coralay. 1852.

ADIOSES.

¡Qué dulces pasan los dias
Á tu lado, Magdalena!
Quién consolará mi pena,
Cuando tú no estés aquí?
Prométeme no olvidarme
En tierra alguna lejana,
Que yo te prometo, hermana,
Nunca olvidarme de ti.
Si alguna vez me olvidaras,
El dolor me mataria,
Y sin tu amor, alma mia,
No podria vivir, no:
En tu amor está mi vida,
Tu olvido será mi muerte;
Donde te lleve la suerte,
Quién te amará como yo?
Cuando pienso que mañana,
Al asomar en Oriente
La aurora su blanca frente,
En vano te he de buscar,
Y que, si álguien me pregunta
Por mi dulce compañera,
Le diré: la suerte fiera
Hoy la arrastra por el mar;
Á tan triste perspectiva,
Á tan crudo pensamiento,
Desmayar la vida siento,
Cual si fuera ya á morir;
Y en contraste con los dias
Que pasé á tu dulce lado,
Se me ofrece el enlutado
Solitario porvenir.
Adios pués: cuando la tarde
Comience á esparcir sus sombras,
Mis piés las verdes alfombras
De la playa pisarán;

Y anegados en el llanto,
Del sol á la luz viajera
Por mi dulce compañera
Mis ojos preguntarán.
Y recorrerá las ondas
Despues mi vista anhelante,
Por si una vela distante
Consiguen mis ojos ver,
Que de la nave en que vengas
Anuncie la cercanía;
Porque ¿no es verdad que un dia,
Magdalena, has de volver?

1853.

LAS CAUTIVAS DE ISRAEL.

I.

Junto á los rios de Babel sentadas,
Fijos los tristes ojos en el cielo,
Al acordarse de su patrio suelo,
Lloraban las cautivas de Israel;
Y al ver volar en el azul espacio
Las aves de la tarde plañideras,
«Id, les decian, dulces mensajeras,
«Y llevad nuestros votos á Salen:
«Saludad por nosotras esos campos
«Donde natura prodigó sus galas;
«¡Ah! quién tuviera vuestras libres alas,
«Para partir de vuestro vuelo en pos!
«Felices las que van, como vosotras,
«Á ver de nuestra infancia los hogares!
«Nunca se calmarán nuestros pesares
«Hasta pisar la tierra del Señor.»
Y así diciendo, las cautivas míseras
Las seguian con lánguida mirada,
Y mil recuerdos de la patria amada
Agitaban sus mentes en tropel;

Y cuando las veian alejarse
Del moribundo sol á los reflejos,
Y entre las negras nubes, á lo léjos,
Las miraban al fin desparecer,
Bajaban silenciosas la cabeza,
Se cubrian el rostro con las manos,
Y despues exclamaban: «Señor, dános
«Volver á nuestra patria alguna vez.»
Y como si el dolor más las uniera,
Se abrazaban llorando con ternura;
¡Quién librará la turba prisionera!
¡Cuándo á sus campos volverá Israel!
Y se quedaron luego anonadadas
En el silencio triste del recuerdo,
Fijas las melancólicas miradas
Del sordo rio en el raudal veloz:
Pero se levantaron de repente,
De vértigo divino poseidas,
É irguiendo al cielo la inspirada frente,
Alzaron este canto de dolor:

II.

«Nos sentamos orillas de estos rios,
«Y lloramos pensando en nuestro suelo
«Y en ese verde campo, en ese cielo
«Llenos del esplendor de Jehová:
«Y hemos colgado nuestras dulces harpas
«De los sauces que cubren la ribera,
«Que la mano cautiva no pudiera
«Sino sones dolientes arrancar.
«Cuando los que cautivas nos trajeron
«Quisieron recrearse con sus sones,
«Diciéndonos: cantadnos las canciones
«Que en un tiempo solíais entonar,
«Respondimos: los cantos de la patria
«Cómo cantar en extranjera orilla?
«Y donde el sol de libertad no brilla,
«Cómo cantar la dulce libertad?

«¿Cómo entonar cantares de ventura
«En medio del dolor que nos abisma?
«Olvídese mi diestra de sí misma,
«Si me olvido de ti, Jerusalen:
«Péguese al paladar mi lengua muda,
«Si no hablo siempre de la patria amada,
«Y si á su santa maternal morada
«No anhelo siempre en mi dolor volver.
«Desde que vine de Sïon cautiva,
«Su memoria es mi solo pensamiento,
«Y á cada hora, en todas partes siento
«De los recuerdos el crüel pesar:
«Cuando cierra mis párpados el sueño,
«Volver creo á los campos de mi infancia,
«Y estar venciendo la postrer distancia
«Que me sépara de mi dulce hogar;
«Y llegar creo y reposar al cabo
«Cubierta por las ramas de una palma,
«Á cuya sombra en otro tiempo el alma
«Soñaba en un sereno porvenir:
«¡Cuán venturosa soy! pero mi sueño
«Pasa, y con él se aleja mi ventura;
«De nuevo me hallo en servidumbre dura
«Y soy, al despertar, mas infeliz.
«Señor, Señor, que en extranjera tierra
«No abra el destino mi sepulcro helado;
«Que repose mi cuerpo ya cansado
«En el bello país donde nací:
«Allá donde los huesos de mis padres
«Reposan ya, donde mi madre un dia
«Con canciones de amor me adormecia,
«Allá, gran Dios, allá quiero morir.»

III.

Y aquí cesó la voz de las cautivas
Y el eco triste repitió su canto,
Y sus megillas el amargo llanto
De los recuerdos á regar volvió;

Mas un presentimiento misterioso
Se hizo oir en sus almas desoladas,
Y se vió relucir en sus miradas
De la esperanza el dulce resplandor.

1854.

Á UN VIAJERO.

Tu existir agitado y vagabundo
Recuerda nuestro frágil existir:
Todos somos viajeros en el mundo,
Todos andamos por llegar al fin.
Pero á veces retorna el marinero
Al dulce puerto que le vió pasar;
Mas ¡ay! el hombre, mísero viajero,
Á las playas que amó no volverá.
Nadie puede pararse en el camino,
Porque es preciso eternamente andar:
Nos obliga á seguir nuestro destino
El ciego impulso de una ley fatal.
Si algo encontramos que la vista encante
Y que halague y deleite el corazon,
Al querer detenernos—«¡Adelante!»—
Nos grita fiera irresistible voz.
Tambien en mi alma soñadora existe
Una sed misteriosa de viajar,
Y al mirarte partir, quédome triste:
Yo tambien te quisiera acompañar.
Quisiera visitar esas regiones
Donde las ruinas que ama el trovador
Se levantan pobladas de visiones
Que nos hablan del tiempo que pasó.
¡Ah! ¡quién contigo visitar pudiera
Aquella Roma que tan grande fué,
Y esa Grecia tan bella y hechicera,
Maestra de las artes y el saber!

¡Quién pudiera en tu nave voladora
Pasear de sus deseos la inquietud,
Del Occidente á la brillante Aurora
Y del helado Septentrion al Sur!
Mas ya movidas del propicio viento,
Se ven las blancas velas desplegar:
Este es, amigo, el último momento:
¡Adios! es fuerza separarnos ya.
Cuando interponga la distancia un velo
Que las costas te vede distinguir,
Y cuando solo mires mar y cielo,
Entonces ¡ay! acuérdate de mí:
De mí que quedo en este triste mundo,
Negro é inquieto y borrascoso mar,
Mar mas embravecido y mas profundo
Que el que tú te preparas á surcar.

1854.

LAS AVES DE LA TARDE.

¿Á dónde partis tan léjos,
Tristes aves de la tarde,
Que á los cansados reflejos
Del dia que vá á espirar,
Atravesais en bandadas
El firmamento sombrío,
Y atrayendo mis miradas,
Me haceis de pena llorar?
¿Por qué en contemplaros hallo
Una dulzura secreta
Y agitan mi mente inquieta
Mil recuerdos en tropel?
¿Por qué de deseos vagos
El corazon siento lleno,
Y estremecido mi seno,
Gimo sin saber por qué?

Cuando se pierde en las nubes
Vuestro plañidero canto,
Siento un misterioso encanto
De placer y de dolor:
¿Por qué así vuestro gemido
Me entristece y me consuela?
¿Quién hace que así se duela
Y se alegre el corazon?
Decid, ¿qué secreto instinto
Os mantuvo siempre errantes,
Siempre inquietas y anhelantes
De otro mas bello lugar?
¿Nada amais tal vez vosotras
Que detenga vuestro vuelo?
¿En el anchuroso suelo
No teneis patria ni hogar?
En mi alma tambien existe
Un instinto misterioso
Que me tiene siempre ansioso
De otro mundo, otra region:
Cual huracan prisionero,
Dentro del pecho se agita
Esta ansiedad infinita
Que me llena el corazon.
Cuando en occidente muere
El sol en su lecho de ondas,
Y nuestros oidos hiere
De la campana el clamor;
Cuando la noche se acerca
Con sus sombras silenciosas,
Y mil voces misteriosas
Forman un vago rumor;
Entonces yo me entristezco
Y gimo profundamente,
Y empiezan mi triste mente
Mil recuerdos á agitar,
Y mi alma intenta lanzarse
Hácia un bien desconocido
Cuyo instinto habrá nacido
En otro mundo quizá.

¡Ah! yo soy tan desgraciado
Como el triste prisionero
Que, á su alta torre asomado,
Vé el suspirado país
Donde nació, dibujarse
En la vasta lejanía,
Y mira el distante dia
En sus montañas morir.
Sin cesar, do quiera pienso
En ese lugar dichoso
Donde el ansiado reposo
Encontrar al fin podré.
Este mundo no es mi patria:
De esas nubes tras el velo
Está; mi patria es el cielo:
¡Cuándo allá podré volver!
Peregrinas del espacio,
Detenéos un momento:
¿No me oís? el raudo viento
Muy léjos os arrastró.
Si escuchásteis mis gemidos,
Tristes aves plañideras,
Sed vosotras mensajeras
De mis votos al Señor.

1854.

RECUERDOS.

(FAGMENTO.)

Me acuerdo siempre: era una tarde triste
El sol se hundia entre las olas ya:
Y tú ya no te acuerdas? me dijiste
Que nunca te podrias olvidar.
La brisa suspiraba tristemente
Sobre las aguas del dormido mar,
Y las sombras confusas de la tarde
Sobre ellas se apiñaban más y más.

¡Cuánto amor se leía en tu semblante!
¡Cuánta tristeza en tu pupila azul!
Y no te acuerdas ya de aquella tarde!
Nunca creí que la olvidaras tú.
Díme, tu pecho, tan ardiente un dia,
Tanto la vida con su soplo heló,
Que no escuchas jamas en tus ensueños
De lo pasado la doliente voz?
Al espirar el sol en occidente,
Miéntras las nubes siguen en tropel
Su lúgubre carrera por el cielo,
No te entristeces, como yo, mujer?
No piensas ver en la espirante hoguera
La imájen moribunda de tu amor?
No recuerdas que así tambien moria
Entre las nubes esa tarde el sol?
No piensas ver las sombras de otros tiempos
Riendo tristes acercarse á ti?
No escuchas sordas y dolientes músicas
Vagar por los espacios y morir?
Se agotaron tus lágrimas acaso,
De nada te entristeces, y jamas
Piensas en lo pasado? Ah! quién pudiera!
Ah! quién pudiera, como tú, olvidar!
No te amo ya; mas la profunda herida
Que me hizo tu amor siempre está aquí;
Y aunque quiero olvidarte, noche y dia
Miro do quier tu aparicion gentil.
Ah! cuando pienso que de aquellas horas
Ni una tan solo volverá jamas,
Que ya no habré de verte enamorada
Mirarme largamente y suspirar;
Entónces siento inmensas amarguras
Y mi alma se estremece de dolor,
Y en el desierto porvenir no encuentra
Ni un consuelo mi triste corazon!
Te amo como eras en aquellos dias,
Dulce, tierna, purísima, ideal,
Ángel hermoso que bajó del cielo
Para venir mi vida á consolar!

Es tu imájen en mí bello retrato
Que, aunque el modelo envejecer se ve,
Siempre lozano y juvenil se muestra,
Que eterna juventud le dió el pincel.
Y ahora te aborrezco: con sus brazos
Ciñeron tu beldad amantes mil;
Áun es bello tu rostro, mas el alma .....
Y el alma fué lo que yo amaba en ti.....
.....
No, ya no más: acuérdate del cielo
Y á él levanta tus alas, corazon:
Solo allá, solo allá podrá apagarse
La sed que sientes de infinito amor.

1854.

LA CAUTIVA.

«En vano á mis plantas veo
Desparramado un tesoro,
En vano de piedras y oro
Resplandece mi prision:
El recuerdo de otros tiempos
Entristece el alma mia,
Y tenaz melancolia
Me consume el corazon.
Aves que cruzais el cielo
Al oscurecerse el dia,
Y que en anheloso vuelo
Á otras regiones partís,
Descended á la ribera
Desde las etereas salas,
Y llevadme en vuestras alas
Al lugar donde nací.
Y vosotras, oh viajeras
Rápidas olas sonantes,
Que á ignotas playas distantes
Miro partir sin cesar,

Reventad en la ribera
De los lugares amados
Donde mi madre me espera,
Presa de inmenso pesar.
Decidle que siempre lloro
Tan larga prolija ausencia,
Y que al cielo siempre imploro
Que me devuelva á su amor;
Contadle que con vosotras
Se mezcló mi triste llanto,
Y decidle mi quebranto
Y mi infinito dolor.
Cuando salí de mi patria,
Solo diez años tenia:
¡Oh triste y amargo dia
De eterna recordacion!
Los piratas me arrancaron
De los brazos de mi madre,
Y mataron á mi padre
Que me defendió cual leon.
Recuerdo que, cuando el buque
De la orilla se alejaba,
Á mi madre oí que enviaba
Su despedida postrer:
Corrí á la popa, y entónces
La ví ondëar su pañuelo,
Y luego mirar el cielo,
Y desmayarse, y caer.
¡Cuán en vano pedí entónces
Que hicieran parar la nave,
Y por los aires, cual ave,
Hasta mi madre volar!
Mirando estuve la costa
Con ojos húmedos, hasta
Que no ví sino la vasta
Circunferencia del mar.
Á un príncipe de estas tierras
Por los piratas vendida,
Doliente paso mi vida
Llorando el tiempo que fué:

¡Ah! quién pudiera gozarte
Otra vez, tiempo dichoso!
¡Quién tus montes, pueblo hermoso,
Trepar con lijero pié!
¡Quién pudiera allá en la tarde,
De la solitaria estrella
Reflejada la luz bella
En tu puro lago ver!
Y cruzando la pradera,
Cuando la noche llegara,
Madre mia, ¡quién pudiera
Á tu regazo volver!
En lágrimas me deshacen
Mis dulces memorias tristes:
Tiempo feliz, ya no existes
Y no volverás jamás:
Al ménos, aunque pasado,
Nunca pierdas tus encantos,
Nunca tus recuerdos santos
Me permitas olvidar.
Un dulce presentimiento
Que nunca en el alma muere
Me dice que espere, espere
Volver á mi patria al fin:
Pise yo la tierra amada,
Bese el rostro de mi madre
Y el sepulcro de mi padre,
Y podré despues morir.
Como un ángel, acompáñame
Oh esperanza, miéntras viva:»
Y de la triste cautiva
Aquí el acento espiró;
Á una roca su cabeza
Apoyó en su mano fria,
Y la inmensa mar sombria
Contemplando se quedó.

1854.

Á MI PADRE.

Si justo elogio sincero
Escucho en ajeno labio,
Que alaba en ti al caballero,
Al padre, al esposo, al sabio,
Al amigo y al guerrero;
Con justa causa me aflijo,
Viendo que á extraños la suerte
Dió la dicha y regocijo
De tratarte y conocerte,
Y no á mí que soy tu hijo.
No, no hay desdicha ninguna
Como que la Parca aleve
Del tierno padre desuna
Á niño que áun duerme en cuna
Y humano alimento bebe.
Dígalo yo, pues áun no
Hube el mes cuarto cumplido,
Cuando mi padre murió:
Todos le habeis conocido,
Oh hermanos, escepto yo!
Al dolor que el pecho siente
Creces el recuerdo da
De que, al nacer tu Clemente,
Estabas en viaje ausente
De que no volviste ya.
Y así jamás tierno beso
En mi faz, oh padre, fué
Por tu amante labio impreso,
Ni en ser nunca me alegré
De tus brazos dulce peso.
Y agonizaste, lejano
De tus hijos y tu esposa;
Ni cerrarte amiga mano
Los ojos, pudo amorosa,
Que nos buscaban en vano.

Moriste entre estraña gente,
Á tu muerte indiferente:
¡Ah! ¡cuánto mas te valiera
Lidiando en batalla fiera,
Sucumbir gloriosamente!
Si para consuelo nuestro
Existieras todavía,
Fuérasme en la vida diestro,
Amoroso, esperto guia,
Y dulcísimo maestro.
¿Qué reprension blanda y pia
No me sonara en tu labio?
Justo esceso, demasía
Del mismo amor, que no agravio,
Tu castigo me seria.
¡Con qué atencion y placer
Las inmortales hazañas
Con que el antiguo poder
Y yugo de las Españas
Pudo América romper,
Fuérame dado escucharte!
Hazañas de que testigo
Mereciste ser y parte
(Con noble orgullo lo digo)
Por el denuedo y el arte.
Mas ¡ay de mí! que, en lugar
De tan feliz y süave
Vida que pude gozar,
Odiada orfandad me cabe:
¡Desdicha inmensa y sin par!
Que hizo mas estraña y fuerte
El que entónces no pudiera
Llorar, oh padre, tu muerte,
Que ni ese alivio siquiera
Quiso dejarme la suerte.
Pues tan tierno simple infante
Preciar ni entender podia
Desventura semejante;
Y ¡acaso entónces reía
Mi ledo infantil semblante!

¡Ah! por qué la muerte en mí
No se cebó, y el desierto
De la vida huyendo así,
¡Ah! por qué no te seguí,
Apenas nacido, muerto!
Á mi inmenso justo duelo
Por desgracia tan impía,
Sirve solo de consuelo
Pensar, oh padre, que un dia
Te conoceré en el cielo.

1855.

LA ORACION.

Ya suena de la santa Ave María
La solemne campana, que el ocaso
Llorar parece del lejano dia:
Como de encanto súbito por caso,
Sucede hondo silencio de repente
Al urbano bullicio; el presto paso
Detiene al son la pasajera gente,
Que con rápida mano la cabeza
Á los cielos descubre reverente;
Y la salutacion gloriosa reza
Con que el arcángel anunció á María
Que, sin perder su virginal pureza,
En sus entrañas Dios encarnaria;
Y Lima toda, de silencio llena,
En santo pensamiento se une pia.
Mas rápida cambiar se vé la escena,
Cuando cesan las santas campanadas;
Y ya de nuevo donde quiera suena
El rumor de coloquios y pisadas.

1855.

Á ESPAÑA.

Un dia, España, en tu anchuroso imperio,
Moviendo el sol el refulgente paso,
Jamás hallaba tenebroso ocaso
Al ir de un hemisferio á otro hemisferio;
Cual ya al romano, así al valor iberio
El ámbito del orbe vino escaso:
Mas á tu antigua magestad, acaso
Iguala tu presente vituperio.
De tal altura á sima tan profunda
Te hizo caer del hado la inconstancia,
Que Roma el mundo te llamó segunda:
Dad escarmientos á Inglaterra y Francia,
Y teman que en abismo igual las hunda
Su proterva ambicion y su arrogancia.

1855.

DESEO.

Pláceme contemplar desde la playa
El infinito mar que me convida
Á que del patrio suelo me despida
Y á otras riberas venturosas vaya.
Del lejano horizonte tras la raya,
Al umbral de otro mundo parecida,
Tal vez mas dulce placentera vida
Y mas felices moradores haya.
Oh naves que á la aurora, al occidente,
Al sur partis y al setentrion, ¡quién fuera
Con vosotras! Mas ¡ay! que solamente
Me es dado vuestra rápida carrera
Seguir con la mirada y con la mente:
¡Y la dicha tal vez allá me espera!

1855.

Á UN NIÑO.

En el puro azul de cielo
De esos ojos que en mí fijas,
En las doradas sortijas
De tu finísimo pelo,
Y de tu corporeo velo
En las otras ricas galas,
Hermoso niño, te igualas
Con los ángeles de modo,
Que para serlo del todo
Solo te faltan las alas.
¡Cuán dulce descanso son
De mis pensamientos graves
Tus palabras que áun no sabes
Decir con entero son;
Tu infantil conversacion,
Tu preguntar inocente,
Tu labio que nunca miente,
Y la consonante fe
Que á cuanto dicho te fué
Concede fácil tu mente!
Goza, goza, rubio infante,
De tu ventura presente:
Rie, corre, juega, aumente
Tus contentos cada instante;
Nunca de noche te espante
Medroso duende, y tus sueños
De ángeles cual tú pequeños
Te ofrezcan la grata imájen,
Que á jugar contigo bajen
Cariñosos y risueños!
Pero ¿por qué de repente,
Y cuando más me recrea
Tu vista, importuna idea
Viene á entristecer mi mente?
Como tú, feliz, rïente,

Era yo en aquellos años
Al mal y al dolor extraños;
Mas sueño los juzga ahora
Mi alma que sin cuento llora
Dolores y desengaños.
¿Con qué te habrán de aflijir
Los que á mí me aflijen hoy?
Temblando, al pensarlo, estoy,
Niño, por tu porvenir.
Y ¿habrá de ser tu vivir
Como mi vivir? Ah! no!
Y, si ya Dios decretó
Dias negarte serenos,
¡Nunca te veas al ménos
Tan infeliz como yo!

1855.

Á LA QUINA.

Febrífuga corteza, de la humana
Enferma gente celestial tesoro,
Por el que más que por su plata y oro
El mundo debe á la region peruana:
¡Cuántas gracias te rinde el alma ufana!
Por ti se enjuga mi encendido lloro;
Tú vuelves la salud á la que adoro,
Y á su semblante la nativa grana.
Por ti de nuevo blancos velos viste,
Y sus divinas perfecciones muestra
Á Lima, con su ausencia sola y triste;
Por ti en el baile alegre con su diestra
Mi diestra junto, y venturoso enlazo
Su talle estrecho con mi amante brazo.

1855.

AL PERÚ.

No tanto el rico abono te insolénte
Que hoy tan famosa te hace cual ya el oro,
Que no es eterno, oh patria, tal tesoro
Y su fin aceleras imprudente.
De haberlo poseido vanamente
Te ha de quedar entónces el desdoro,
Y la miseria y el inútil lloro
Del que en hora tardía se arrepiente.
Que, aunque mil fuentes de riqueza tienes,
Todas por ésta tu confianza olvida,
Con que justo será que luego penes:
Teme que cuenta el Creador te pida
De tantos raros malogrados bienes
De que indigna la tierra te apellida.

Á ROSSINI

DESPUES DE HABER OIDO POR PRIMERA VEZ
LA PLEGARIA DEL «MOISÉS.»

Áun me parece que en el cielo santo
Con desusada gloria
En medio de los ángeles estuve,
Á donde de tu canto
La constante memoria
De nuevo el alma estremecida sube:
Mas dí, Rossini, díme
Si propicio querube;
Celeste amigo que tu canto inspira,
En noche solitaria
Te enseñó el mas ardiente y mas sublime
Himno que sabe su divina lira,

En esa pura celestial plegaria;
O si tú mismo al cielo suspendido,
Al angélico coro
La escuchaste cantar en harpas de oro,
Con ella absorto el soberano oido?
Por esa hora dichosa,
Por el celeste olvido
Del mundo, de mí mismo, de mis males;
Por el alto placer que mi alma endiosa,
Á tu valor divino desiguales,
Estos versos te envio agradecido,
¡Oh delicia y amor de los mortales!

1855.

ROSSINI Y MOZART.

Á UNO QUE ME PREGUNTÓ CUAL DE ESTOS DOS MUSICOS ME PARECIA MAYOR.

Entre Rossini y Mozar
Sentencie ótro la porfia
Por el primero lugar,
No quien, cual yo, se extasía,
En uno y otro á la par.
Cada cual es el primero;
Y, sin sentenciar jamás,
Siempre el que escucho postrero
Es el que me gusta más,
Y aquel que entónces prefiero.
Si dignos entrambos son
De que la dulce Cecilia
Cante su música en Sion,
Con la angélica familia,
De aquellas harpas al son;
Si el uno escribió «Don Juan»
Y «Moisés» el otro, ¿vano
No es inquirir con afan,
Si merece el italiano
La palma, ó el aleman?

¿Quién entre una y otra estrella
De Géminis luminoso
Dirá cuál es la mas bella,
Si en claro fulgor hermoso
Gemela es ésta de aquélla?
Y así, sin dar el laurel
Á ninguno de los dos,
Baste decir que con fiel
Igualdad no creó Dios
Mas rival de éste que aquél.

1855.

MIS SUEÑOS.

Cuando abrumado me siento
Con los males de la vida,
Y mi dolor la medida
Escede del sufrimiento;
Tú, dulce sueño profundo,
Ser mi único alivio sueles,
Pues traspaso los dinteles
Contigo de aqueste mundo.
¡Cuán dichoso soy, si duermo!
¡Cuán diverso el paraiso
Que en mis dulces sueños piso
De este tristísimo yermo!
Y sus altos moradores,
¡Cuánto mas bellos y buenos
Y afables que los terrenos,
Y en mente y saber mayores!
Luz que vista y alma alegra
Brilla allí tan pura y clara,
Que con ella semejara
Triste nuestra luz y negra.
Donde quiera sin cesar
Blanda música se siente,
Que envuelve, cual nuevo ambiente,
Aquel sagrado lugar!

Flores mil veces mas bellas
Que las de nuestros jardines,
Lirios de luz y jazmines
Que vencen á las estrellas
Cria ese eterno pensil,
Y libres corren por él
De dulce fragante miel
Y néctar arroyos mil.
Si os sucede vez alguna
Hallarme al sueño rendido,
No me desperteis, os pido,
Porque el vivir me importuna.
Y me acomete un pesar
Tan hondo, cuando despierto,
Que quisiera haberme muerto
Para nunca despertar;
Y por templar mi afliccion,
En convencerme me empeño
De que es la verdad el sueño
Y la vida la ilusion.

1855.

Á FLÉRIDA.

¿Qué has hecho, ingrata Flérida, qué has hecho?
¡Así á tu amante dejas, y á un anciano
Por un vil interes vendes tu mano
Á que solo el amor tiene derecho!
¡Ay! ¡qué vida te aguarda! en mesa, en lecho,
Do quier al lado de ese espectro humano,
Tu dulce amante extrañarás en vano,
Que no se vende con la mano el pecho.
No marmóreo palacio, áurea carroza,
Claros diamantes, ni rëal boato
La pena aliviarán que te destroza:
Mas que tal vida, y el continuo trato
De tu odiado consorte, en pobre choza
Con tu amante vivir te fuera grato.

Á COLON.

Descubridor de un mundo y adivino,
¡Quién añade á mi lira cuerdas nuevas!
¡Quién da á mis manos el laúd divino
Del lírico de Tébas,
O de aquel por quien osa
La palma á Tébas disputar Venosa!
¡Lograra entónces con ingenio y arte
Dignos de tu grandeza celebrarte!
Que á igualarla tan solo alcanzaría
De aquellos dos el portentoso metro
Á quien corona y cetro
Dió del lírico canto Poesía.—
Mas, aunque remontarse no presumen
De tu grandeza hasta el remoto cielo
Las cortas alas de mi infante númen,
En entusiasmo tanto
Tu rara celsitud mi pecho inflama,
Que me fuerza á juntar mi humilde canto
Con el sonoro aplauso de tu fama.
Yo, que hijo soy del mundo descubierto
Por tu divino acierto,
Que sin ti de los mares de la nada
Jamas saliera de la vida al puerto,
Mi agradecida voz es bien que añada
Á tan glorioso universal concierto:
Y aunque con verso inculto
Indignamente tu alabanza trate,
Es cantarte, oh Colon, forzoso culto,
Sacro deber de americano vate.
Mi amor mi audacia escusa,
No la ofrenda desdeñes de mi musa;
Que acaso fuerzas y vigor un dia
Y en el difícil arte la destreza
Ayuntando á su ingénita osadía,
Podrá mi númen, que á volar empieza,
Ménos indigno canto dedicarte;
Y dilatar así por toda parte,

Tu nombre no, que el universo llena,
Sino el de tu cantor, hoy en olvido
Y odiosa y vil oscuridad sumido.
Pero nunca será el ingenio mio
El que, igualando tan sublime tema,
Entre los hijos de Caliope y Clio
Logre la palma merecer suprema,
Á más dichoso vate reservada
Que á ti consagre el épico poema
Que ha de vencer á la divina Iliada.

—

¿Cuál, entre los varones inmortales
Que, de virtud y de grandeza ejemplo,
Celebran de la tierra los anales;
Cuál hay que en sí reuna
Tantas glorias y tales
Cuantas en ti resplandecer contemplo,
Oh solo á quien no falta gloria alguna?
Que en ti, de su obra el Creador contento,
Juntó adivinador entendimiento,
Constancia vencedora de fortuna,
Valor de que se espanta el Valor mismo
Y que halla en el peligro su elemento;
Irresistible mágica elocuencia,
Fé de santo y piedad, de rey clemencia.....
Mas ¿dónde así me abismo?
Ni ¿quién sintió jamas vanos antojos
De contarle á la mar toda su arena,
O sus hermosos rutilantes ojos
Á la noche de estío mas serena?
Tantos semblantes tu grandeza muestra,
Lograr pudiste tan diversas palmas,
Cual si te diera la divina diestra
En muchas vidas diferentes almas:
Y si en mil y mil héroes te divides,
Cada cual de ellos basta
Á ser de los mayores
Que cantan de la fama los loores.
¿Qué Tesco ante ti? ¿Qué ante ti Alcídes?
¿O el que, en busca del áureo vellocino,

Por peligrosos campos de Neptuno,
Nunca surcados ántes de otro alguno,
Mas avaro que audaz se abrió camino?
¿Qué en fin cuantos endiosa
Remota antigüedad y mentirosa
En pródigas ficciones lisonjeras?
Exceden sus fantásticas hazañas
Las tuyas verdaderas:
Que en héroe ideal ó semidios finjido
La fábula ingeniosa en vano aspira
Á ofrecer tu trasunto y tu figura
Y á igualar tu verdad con su mentira.
Entre las grandes famas de la historia
Resplandece tu gloria,
Bien así cual descuella,
Entre las cinco en que se parte el mundo,
La region portentosa
Que arrancaste al océano profundo.

—

Á la capacidad venia estrecho
De tu jigante pecho
El mundo conocido hasta tus dias;
Otro mundo mayor necesitabas,
Y así tal vez en tu anhelar decías:
«¿Será que del planeta,
De los humanos natural morada,
La contraria mitad entera invada
El horrendo oceano inhabitable?
No: mi ambicioso corazon desdeña
En tierra aprisionarse tan pequeña:
Inmenso solitario continente
Guarda la mar de Atlante prisionero;
Y al que los ojos miran de mi mente
De cerca osado contemplar espero:
De la suerte la envidia no lo estorbe,
Y seré yo el primero
Que dé la vuelta, como el sol, al orbe:
Yo salvaré las lindes y señales
Que de oceano incógnito el misterio
Y horror de los mortales

Hoy ponen á la tierra apequeñada,
Y antípoda hemisferio
Sumido dejan en segunda nada.»
  Tu patria preferida,
Venecia rica y en el mar potente,
Y el lusitano y el francés monarcas
Desdeñaron tu espléndido presente
Y el valioso laurel de cien comarcas:
Cual suele, el mundo te llamó demente;
Y los que el mundo sabios denomina
Con su ciencia mezquina
Medir quisieron tu jigante númen
Y mente creadora
Que, sola, sabe lo que el mundo ignora.
¡Y á punto estuvo la envidiosa huesa
De hundir contigo tu divina empresa!
Y por siglos sin cuento
Se dilatara el gran descubrimiento
Que concebir y ejecutar podia
Tu ingenio solo y sola tu osadía!
  Mas no cedes, y al cabo á la dichosa
Presencia de magnánima princesa,
Que levantarse á comprenderte pudo,
Te guió la amistad; fé generosa
Concede á tu promesa;
Y uniendo en fuerte nudo
Su gloria con la tuya,
Nunca será que el tiempo la destruya.

—

  Y á romper de los mares las cadenas
Y descubrir su pavoroso arcano
De playas españolas al fin sales:
¡Cuán heroicas escenas
Mirar pudo el atónito océano,
Que no tuvieron en la tierra iguales!
  La chusma, en vano del terror esclava,
Con tempestuosos gritos te intimaba
Que la sonante quilla
Rauda volvieras á la patria orilla:
¿Rayos brotaba tu semblante augusto?

¿Hablaba un dios por tu inspirada boca,
Que así la saña y el valiente susto
Domar pudiste de esa turba loca?
¿Dejaba acaso los felices cielos
Alado mensajero de Dios pio,
Para traerte fuerzas y consuelos?
Al mirar siempre en torno cielo y onda,
Y eterno centro tu veloz navío
Ser de la mar redonda,
Temor no te asaltaba
Que nunca, nunca, de acabar hubiera,
O allá tan solo donde el orbe acaba,
Aquel trémulo llano y tu carrera?
¡Y solo á ti no consiguió vencerte
El ciego horror que á tantas
Almas amedrentaba, aunque españolas,
Y por do apénas, de pavor confusa,
Osa seguirte la valiente Musa!
Viendo que tan seguro te adelantas
Por medio á aquellas misteriosas olas,
¿Quién no dirá pasmado
Que privilegio celestial consiente
Á tus miradas solas
América remota estar patente?
¿O que no es ya para tus plantas nueva,
Y que á su rica playa
No es hoy cuando te lleva
Por vez primera tu impaciente nave
Que la ancha senda que surcó ya sabe
Y va segura adonde el sol desmaya?
¿Mas no temas que sea
Hija de engaño tu atrevida idea?
¿Ni un instante la duda
La fe combate que tu pecho escuda?
Piensa en el justo escarnio que te espera
En la hispana ribera,
Si no es tu extraño pensamiento cierto;
Dado que al fin á puerto
De la distante tierra
Tu nave frágil á llegar acierte,

Y huyas la horrenda misteriosa muerte
Que en los abismos de la mar se encierra...
Mas mis voces desoyes, y adelante
Tu leve carabela,
Que á tu impaciencia perezosa vuela,
Dirijes impertérrito y constante.
Sí, firme sigue, sin reposo avanza,
No llorarás perdida tu esperanza:
Constancia tan tenaz, fé tan ardiente
Dignas se ostentan de que Dios por ellas
Mundos al mundo, liberal, aumente
Y al firmamento estrellas;
Y si el mundo que llevas en la mente
No existiese en la tierra todavía,
La diestra omnipotente
Tan solo para ti lo crëaría.

—

Y llega, y llega la anhelada hora,
Y á tu absorta mirada
Se presenta la tierra adivinada,
Al rico albor de tropical aurora;
Verde, feraz, magnífica, opulenta,
No ajada su beldad por los humanos,
Á tus ojos ostenta
El virginal semblante
Con que salió de las divinas manos.
Como Dios en el dia del reposo,
Al contemplar el universo infante,
Se recreaba en el secreto seno
De su inmensa grandeza creadora:
Tal de un placer que el pensamiento ignora
El pecho sientes rebosarte lleno,
Al contemplar el mundo
Del cual tú fuiste creador segundo.
Gózate, sí, descubridor sublime,
Que has acabado la mayor hazaña
Que vió la edad pasada ó ver espera
La edad advenidera:
El mundo que hoy arranca al oceáno
Tu osado númen, tu constancia extraña

Es de todos los mundos soberano:
Sus montañas, del cielo cual pilares,
De oro se encumbran y de plata llenas,
Y de sus rios, que semejan mares,
Son oro las arenas;
Son Edenes sus vastas praderias
Y son sus noches dias:
Cuan bello rico y cuanto rico vasto,
Tres mundos á la par contrapesando,
Del orbe la mitad ocupa solo;
Su talle en derredor la zona ardiente
Ciñe, cual ancho cinturon de fuego,
Y es un polo corona de su frente
Y estrado de su planta el otro polo.

—

Vuele á henchir de profunda maravilla
La vieja Europa tu triunfal regreso;
Hinche de orgullo la feliz Castilla
Que tu promesa, para el vulgo insana,
Cumplida palpe con inmenso exeso,
Y se engria, de un mundo soberana:
Y arrebatada entónces,
En celebrar tan único suceso
Canse la Fama sus sonantes bronces:
La Fama que por ti dilatar pudo
En ámbito mayor tu excelso nombre,
Sin que á tu nombre baste
Digno de más, el mundo que doblaste.
Y cual de hado enemigo los rigores
Probaron tu invencible sufrimiento,
En medio de la dicha y los honores
Muestra darás de tu templanza heróica;
Que de la suerte al inconstante viento
Las grandes almas, de la tuya hermanas,
No obedecen livianas,
De escollo empinadísimo al estilo
Que el piélago, ya manso, ya furente,
Encuentra siempre inmóvil y tranquilo
Y á sus mudanzas mil indiferente.

Y te está bien esa igualdad del alma,
Que tardan poco los veloces años
En darte sus usados desengaños,
Y en olvidar los hombres tus inmensas
Portentosas hazañas
Que jamas igualáran recompensas:
Malvados, viles, envidiosos pechos,
Hombres no, pero mónstruos infernales,
Atan con férreos lazos
Tu débil planta y tus ancianos brazos!
¡Y no ya en triunfo, cual la vez primera,
Que eterno para ti durar debiera,
Mas aherrojado como vil pirata
O malhechor insano,
Llegar te mira la nacion ingrata
Á quien un mundo regaló tu mano!
¡Cuál tu vivir entónces lastimero!
¡Cuán cruda y largamente la Amargura
Apurar te hace su colmada copa
Hasta que el mudo acero
Corta de Atrópos tu vital estambre!
Y ¡oh vergüenza de Europa!
¡Oh del siglo baldon no encarecido!
¡Á las congojas de miseria y hambre
Gimió tu santa ancianidad sujeta!
¡Y el mas rico varon que el tiempo vido,
De quien era el caudal medio planeta,
Murió como el postrero desvalido!

—

Sí, que en el mundo que habitar nos cabe
Es la desdicha fiera
Calidad de grandeza verdadera.
Nada turbe tu paz, oh Dios humano;
Que, si tu mortal vida
Fué por tantas desgracias aflijida,
No habrá edad que la gloria no acreciente
De aquel que pudo completar la tierra,
Hallando el misterioso continente
Que el porvenir del universo encierra.

1856.

Á LIMA.

¡Cuánto tus dias serenos,
Dulce Lima, echo de ménos!
¡Cuánto extraño
De tu clima la blandura,
Tu primavera que dura
Todo el año!
En esta region do eterno
Durar anuncia el invierno,
Donde va
Uno de otro dia en pos,
Ni asoma el astro que dios
Te fué ya;
Y envuelto en oscuro manto,
Derrama el cielo su llanto
Sin cesar,
Y del frio el rigor ciego
Me encadena junto al fuego
Del hogar;
Y en el silencio y la calma
De mi estancia siento el alma
Siempre triste,
Que de la naturaleza
La contagiosa tristeza
Me la viste.
Jamas la lluvia iracunda
En sus piélagos te inunda
Resonantes;
Solo la Noche ó la Aurora
Líquidas perlas te llora
Y diamantes.
Nunca brilló á tu mirada
Del relámpago la espada,
Ni á tu oido,
De blandas músicas lleno,
Sonó del hórrido trueno
El rujido.

Muy mas claras que los dias
De estas rejiones sombrias
Son tus tardes:
Tiempo en que vuelva de Lima
Al templado elíseo clima,
Ven, no tardes.

1856.

A MI HERMANA GRIMANESA,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJA EUFEMIA, NIÑA DE TRES AÑOS.

No desesperada llores
Así de tu hija la muerte,
Ni maldigas de la suerte
Los aparentes rigores;
Que, siempre que deja un niño
La dura rejion del suelo,
Es porque le lleva al cielo
De Dios piadoso el cariño.
Y en vez de la veste negra,
Indicio del alma triste,
De blancas galas te viste,
Y en santas fiestas te alegra.
Pues, por merced especial,
Ha sido admitida Eufemia
Á la gloria en que Dios premia
Á los que evitan el mal:
Á cuantos aquí en la tierra,
Con heróicos corazones,
Vencieron de las pasiones
La dura constante guerra.
El hondo dolor pués calma,
Y no pongas en olvido
Que, sin haber combatido,
Tu hija ha logrado la palma.

Véla en Sion soberana
Lograr feliz acojida,
Por ángeles recibida
Como una esperada hermana.
Allí suplica al Señor,
Pues ni en el cielo te olvida,
Que de la madre aflijida
Temple el agudo dolor.
¡Ah! ¡quién tu felicidad
Gozando, Eufemia, estuviera!
¡Por qué no morí, cuando era
Niño de tu misma edad!
Que no aguardan la enemiga
Tristeza y los desengaños
Al número de los años:
Mi triste pecho lo diga.
Pues desde mi hora primera
Diez jiros y diez tan solo
En torno al dorado Apolo
Cumplió la terrestre esfera,
Y tan breve vida ya
Es á mis desdichas larga;
Como á quien pesada carga
En hombros llevando va;
Que, como llegar ansía,
Por verse libre del peso,
Larga y penosa en exceso
Se le hace la corta via.

1856.

Á LA TARDE.

Yo te saludo, dulce encantadora
Indefinible hora,
Donde se unen y mezclan noche y dia!
Hora de suave calma
Y de vaga inefable poesía!

¡Oh romántica vírgen soñadora!
Á tu triste beldad ceda la palma
La rozagante Aurora:
Que su faz leda y su mirada viva
Ménos al tierno corazon agrada
Que tu faz pensativa
Y dulce melancólica mirada.
¡Qué bella eres, qué bella,
Ostentando en la frente
Como un diamante, la amorosa estrella,
Miéntras el sol que brilla
Con moribunda luz en occidente
Arrebola tu pálida mejilla!
¡Qué bella, cuando á veces sol y luna
En ti el sereno firmamento aduna,
Cual de un palacio la mansion gloriosa
Junta á un monarca y á su exelsa esposa!
¡Cuánto me plugo siempre en tu reposo,
De la ciudad huyendo
La confusion y estruendo,
Irme poetizando silencioso
Á los campos mas tristes y desiertos,
Do solo llega el son de la lejana
Plañidera campana
Que habla de los ausentes y los muertos!
Y léjos de los hombres y del vano
Conversar ciudadano,
Las mas altas verdades,
Moradoras de augustas soledades,
Allí, vate filósofo, medito,
Y el destino del hombre y lo infinito,
Y en silencio converso
Con el alma que llena el universo!

1856.

EL DESGRACIADO.

«Solo me miro en la tierra;
Cual con tenaz enemigo,
Están las cosas en guerra,
Desde que nací, conmigo;
Y un espíritu á mí adverso
Reside en el universo.
«No consiente el mar turbado
Que á surcarle yo me atreva,
Y la tierra mal su grado
En sus espaldas me lleva,
Y me tienen odio ciego
Aire, tierra, mar y fuego.
«Mujer ninguna me ama,
Ni me es ningun hombre amigo,
Y es emblema de la llama
Á que da mi pecho abrigo,
Volcan que arde triste y solo
Entre las nieves del polo.
«Cual vasta ciudad desierta
O en el sueño sumerjida,
Donde el paso no despierta
Señal ninguna de vida,
Se me ofrece el mundo, donde
Nadie á mi clamor responde.
«Y en vano me agito y ando
Peregrino por la tierra,
Los portentos visitando
Que la vieja Europa encierra,
Y que allá en la patria mia
Por mirar me desvivia.
«Cuando me mezclo en la calle
Con la multitud festiva,
«Será, me digo, que no halle
Tal vez uno, miéntras viva,
Uno entre tantos millares,
Que comprenda mis pesares?»

«No pude en ninguna parte
Del ancho poblado mundo,
Oh mitad de mi alma, hallarte,
Hallarte, oh mi yo segundo;
Y de hallarte ¡oh dolor fiero!
En la tierra desespero.

«Cual si me hubiera hecho reo
De algun tremendo delito
Antes de nacer, me veo
Por cielo y hado maldito,
Y de herirme no se sacia
Con sus flechas la Desgracia.

«Si en este colmado abismo
De desventuras, siquiera
En paz yo conmigo mismo
Interiormente estuviera!
Pero de mí propio siento
Un profundo descontento.

«No, no posee el infierno
Mas espantoso suplicio
Que este descontento eterno!
Quisiera perder el juicio
Y beber de mi amargura
El olvido en la locura.

«Cuando esta máquina enferma
En polvo se haya deshecho,
Y mi último sueño duerma
En hondo y oscuro lecho,
Nadie á llorar irá junto
Á la losa del difunto.

«Ni plantará pia mano
Cipres que mi tumba asombre,
Ni pasajero en humano
Labio sonará mi nombre,
Ni se hará jamas presente
Mi recuerdo á humana mente.

«Y en su ancho seno profundo
Me esconderá tanto olvido,
Como si yo en este mundo
No hubiera nunca existido;

Y no resarcirá nada
Vida tan desventurada.»
Así una noche sin luna,
En mudo ancho despoblado,
Del rigor de su fortuna
Se quejaba un desdichado,
Haciendo á sus quejas duo
El triste canto del buho.

1856.

QUERELLAS.

Aun estoy en la aurora de mi dia
Y de mi año en la dulce primavera;
Mas la luz no veré del mediodia
Ni á mi verano llegaré siquiera.
¡Un siglo viven otros, y yo muero,
Cual flor nacida apénas y marchita!
Y á otras vidas añade el hado fiero
Tal vez los años que á mi vida quita!
Flor que se abre á la risa de la aurora
Prolongar á lo ménos deberia
Su frágil existencia voladora
La corta edad de un fujitivo dia.
Mas ¡ay! tal vez la cortadora reja
O mordedura de reptil aleve
Cumplir siquiera á la infeliz no deja
Ni el curso entero de vivir tan breve.
Pedí á Europa el alivio para el grave
Oculto mal que lento me devora:
Ay! que remedio para mí no sabe
Su ciencia, para tantos salvadora.
¡Oh amores y placeres de la vida!
Otro os goze y apure largamente,
Que al borde yo de vuestra copa henchida
Apenas puse el de mi labio ardiente.

¡Májicos sueños de mi infancia leda!
¡Cuánto me habeis, cuánto me habeis mentido!
Solo al desierto corazon le queda
Dolor y llanto, soledad y olvido.
Dichas, amores, lauros inmortales,
¡Ay! me pintó vuestra falaz promesa:
Y en vez de glorias y venturas tales,
Me aguarda el seno de temprana huesa!
Y es mi dolencia cada vez mas fuerte,
Y ya me siento fallecer de modo,
Que poco esfuerzo costará á la Muerte
Para acabarme de vencer del todo.
No te pido vivir, tan solo espera
Que al seno torne de mi madre amada,
Y descarga despues, oh Muerte fiera,
El golpe postrimero de tu espada.

1856.

Á LOPE DE VEGA.

Salve, gran Lope, de la tierra espanto,
De España eterno honor, oh el mas fecundo
De cuantos vates vió jamas el mundo
Y la Gloria endiosó en su templo santo!
Si á tu tan facil vena, á caudal tanto,
Arte correspondiera mas profundo,
Sin par te declarara y sin segundo
El dios augusto que preside al canto.
¡Cuántas veces tu rica fantasía
Las tres jornadas animó de un drama
En el pasmoso término de un dia! *
Y aunque imperfectos la Razon los llama,
Bástele de tu patria á la ufania
Que de ti solo lo contó la Fama.

* Él mismo lo ha dicho en estos versos:

Que mas de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de las musas al teatro.

DESPEDIDA DE UN INDIO

AL PARTIR Á LA GUERRA CIVIL.

Adios, madre, adios, esposa,
Hijos de mi vida, adios;
¿Os volveré á ver? Lo sabe
Tan solamente el Señor.
El corazon se me arranca,
Y sin vida y alma estoy,
No por mí, mas por vosotros,
Prendas de mi corazon.
¡Mal haya la odiosa leva
Que, al blanco ilustre color
Respetando, prende solo
Á la triste sucesion
De la gran gente que un dia
Estas tierras señoreó,
O al que arrancado á las playas
Que abrasa africano sol,
Con nosotros á ser vino
Compañero de opresion!
¡Á mis hogares me arranca
Ella con violencia atroz,
Y por homicidas armas
Que jamas mi mano usó,
Me hace trocar el arado
Y la pacífica hoz!
Oh vos, Señor, que mirando
Estais mi inmenso dolor,
Vos que de los desvalidos
Tierno comun padre sois,
Vele de lo alto del cielo
Vuestra dulce compasion
Sobre las prendas amadas
Cuyo único amparo soy,
Y á quienes pan y sustento
Faltará, Señor, sin vos.

Si de la patria en defensa,
Contra extrangera Nacion,
Á combatir nos llevaran,
¡Cuán gozoso fuera yo!
Nada me arredrara entónces
Morir; celeste favor
Antes juzgara mil vidas
Perder de la patria en pro,
Y con mas vivo deseo,
Con regocijo mayor
Fuera entónces á la guerra
Que á esperada fiesta voy.
¡Ah! ¡feliz, feliz mil veces
El soldado que peleó,
Bajo el mando de Bolivar,
Contra ejército español!
Entónces sí que se daba
Empleo digno al valor;
Pero solo contra hermanos
Á pelear vamos hoy,
Y Peruanos con Peruanos,
Sin sospechar la ocasion,
Que nos matemos es fuerza
En bárbara lid feroz.
Mas ¿cómo sentir podré
Ciego bélico furor,
Si sé que en cada contrario
La muerte á un hermano doy?
No da, no, en contiendas tales
El triunfo satisfaccion,
Y tanto como al vencido
Llorar cumple al vencedor,
Porque fué la comun patria
Quien siempre las lamentó!
Y entretanto al extranjero,
Á quien la fama veloz
Va á contar nuestras discordias,
De regocijo le son,
Si piensa que nuestras fuerzas
Tesoros, gente, valor

Estarán exhaustos, cuando
Le dé la suerte ocasion
De invadir la moribunda
Antigua tierra del Sol.

1857.

NOTICIAS DE LA PATRIA.

TAYLOR INST. OXFORD.

Es dulce á quien habita tierra agena
Nuevas saber de su pais nativo,
Que engaña de la ausencia la gran pena;
Mas yo, que ausente de mi patria vivo,
Consuelo ni alegria sentir suelo
Con lo que á todos es grato y festivo.
Antes me oprime grave desconsuelo;
Llanto vierten los ojos, hechos fuente,
Y me lamento al poderoso cielo.
Pero ¿cómo alegrarme? ¿cómo ardiente
No derramar inconsolable lloro?
Si es fuerza siempre que la fama cuente
Que el dulce patrio suelo á quien adoro,
Y de quien sus miradas Dios aparta,
Hijos pierde, virtud, honra y tesoro;
Sin que jamas un punto de él se parta
La atroz Discordia, como siempre ayuna,
Nunca de presas y de estragos harta.
Tal vez, por escusar tan importuna
Pena, estar anhelé do no pudiera
De mi patria saber nueva ninguna.
¡Dichoso el hombre que la luz primera
Ver alcanzó de la bondad divina
En tierra que en sosiego y paz prospera,
Ni á sí propia se labra la rüina!

1857.

YARAVÍ.

Cuando doblen las campanas,
No preguntes quien murió:
Quién, de tus brazos distante,
Quién puede ser sino yo?

Harto tiempo, bellísima ingrata,
Sin deberte ni en sombra favores,
Padecí tus crüeles rigores
Y lloré como débil mujer;
Ya me rinde el dolor y me mata,
Acabárseme siento la vida;
Ya te doy mi final despedida,
Y ya escuchas mi queja postrer.
¡Cuántas veces rïendo me has dicho
Que en el mundo de amor nadie ha muerto!
Ya verás, ya verás si no es cierto
Que hay quien muere de pena y amor!
Ya verás que tu duro capricho
¡Oh tirana! la vida me cuesta,
Y bien pronto la queja molesta
Cesará de tu odiado amador.
Cuando el doble de lenta campana
Vibrar oigas en son plañidero,
No preguntes qué humano viajero
De la vida las playas dejó:
Quién, esclavo de suerte tirana,
Blanco triste de tu odio y tu tedio,
¿Quién, enfermo de mal sin remedio,
Quién ser puede, mi bien, sino yo?
Mas si el largo rigor de tu fiera
Esquivez llega un dia á dolerte,
Si al pensar en mi trágica muerte
Y en mi amor y mi inútil afan,
Compasivos derraman siquiera
Una gota de llanto tus ojos,
En la tumba mis yertos despojos
De placer y de amor temblarán.

1857.

Á LA VÍRGEN.

I.

¿Qué loor hay que te cuadre,
Reina de la empírea corte,
Hija del eterno Padre,
Del Paráclito consorte,
Y del Verbo vírgen madre?
Tú á quien, aunque hija de Adan,
De emperatriz nombre dan
Los nobles hijos del cielo,
Y atentos en santo celo
Á tus preceptos están;
Tú que eres ¡en tal manera
De Dios la gracia en ti abunda!
La crïatura primera
De la creacion entera,
Y á Dios tan solo segunda;
Sublime Maria, nueva
Mayor mejorada Eva,
Segunda madre del hombre,
¿Qué honores hay que á tu nombre
Agradecido no deba?
Rompiendo antiguo contraste,
Tú con Dios emparentaste
Al hombre abatido y siervo,
Hermano por ti del Verbo
Á que fué tu seno engaste.
Por especial gracia y acto
De la paloma celeste,
Entra el Verbo á tomar veste
Humana en tu vientre intacto,
Sin que tu candor te cueste;
Como, dejándola entera,
Y sin teñirla siquiera,
El puro rayo solar
Entra á cerrado lugar
Por trasparente vidriera.

De la tartárea serpiente
La dura soberbia frente
En triunfo glorioso fué
Quebrantada eternamente
Por tu delicado pié;
Pagando así el fiero mal
Que irreparable en Eden
Hacernos quiso, y del cual
Supo sacar mayor bien
La clemencia celestial.
De ti la mujer se alaba
Que del hombre vil esclava
Y de sus antojos era,
Y por ti de compañera
Derechos recuperaba.
Con Dios piadosa nos vales,
Si justamente se aíra:
Por tantas gracias y tales,
Toda boca, toda lira
Te celebren perennales!

II.

De los hombres abogada,
Clementísima Señora,
Hasta nuestra postrer hora,
Á la Trinidad sagrada
Por todos nosotros ora.
Nunca á ti se alzan en vano
Nuestras aflijidas voces,
Que los mas duros y atroces
Modos del dolor humano
Por larga prueba conoces.
Tu ruego, madre, socorra
Á los que, léjos del grato
Humano consorcio y trato,
En negra húmeda mazmorra,
Del hondo Averno retrato,
Viven años prisioneros;
Á los nocturnos viajeros
Que no dan con su camino,

Y del ladron ó asesino
Temen los asaltos fieros;
  Á los huéspedes del mar
Que, á punto de naufragar,
Al cielo trémulas manos
Y agudos clamores vanos
Alzan todos á la par;
  Al que desde playa agena
Mira llorando la nave
Que zarpa á la patria arena,
Á donde destierro grave
Á no volver le condena;
  Á los pacientes soldados
Que, alegres y denodados,
En defensa de su tierra,
Van á morir á la guerra
Á millares y olvidados;
  Al que en su instante final
Teme del Juez inmortal
La pavorosa presencia,
Y escucha ya la sentencia
Del último tribunal;
  Al alma que, acrisolada
Del purificante fuego,
Espera allí que la entrada
Á la celestial morada
Le abrevie el humano ruego.
  No te olvides de la viuda,
De crecida prole ayuda,
Que, en medio á pobreza acerba,
Casto su lecho conserva
Y el antiguo amor no muda;
  Ni del padre á quien están,
Con voz y ansioso ademan,
La consorte y el enjambre
De hijuelos, pálidos de hambre,
Pidiendo un trozo de pan.
  Ruega por el ternezuelo
Infante que áun por el suelo
Con manos y pies se arrastra,

Y por rigor de madrastra
Trueca materno desvelo;
  Por la simple niña hermosa,
Burlada de amante aleve,
Y que madre, mas no esposa,
Ante el mundo no se atreve
Á mostrarse vergonzosa;
  Por el triste á quien condena
Un delito, tal vez falso,
Á la irreparable pena,
Y que ya sube al cadalso
En plaza de gente llena;
  Por el pueblo donde impera
La voluntad altanera
De coronado verdugo,
Y por el que oprime el yugo
De una nacion extranjera.
  Débante preces constantes
Las repúblicas infantes,
De que mi patria ¡ay! es una,
Víctimas desde la cuna
De discordias incesantes.
  Pues todos tus hijos son,
Ruega por los de nacion,
Color y culto diversos,
Por los justos y perversos,
Por todos sin escepcion.
  Todos en igual empleo
Merecen tu ruego pio:
El inocente y el reo,
El cristiano y el judio,
El apóstol y el ateo.

III.

  Puerta de los cielos ancha,
De toda virtud dechado,
Á quien el Terno increado
Sola exentó de la mancha
Del original pecado;

Pura fuente cristalina
De nuestra vida en los yermos,
Santa alegria divina
De los tristes, medicina
Y salud de los enfermos:
Mi viciosa juventud
Enmienda, y haz que me inflame
El amor de la virtud;
Contento y paciencia dáme,
Y vuélveme la salud.
Mas tu piadosa oracion,
Si muero en edad tan tierna,
Me dé el divino perdon,
Y dulce morada eterna
En los palacios de Sion.

1857.

EN NÁPOLES.

Entre cien luces y ciento,
Tan clara del firmamento
Resplandece en la mitad
La blanca hermana de Febo,
Que es la noche dia nuevo,
De mas suave claridad.
Tiempo ha que la hermosa fiesta
No vi de noches como ésta:
Las noches de mi pais,
Rivales del dia ufanas,
Oh noches napolitanas,
Á mi recuerdo mentis.
De las brisas al halago,
¿No semeja el mar un lago,
De tormentas incapaz,
En cuyas aguas serenas
Moran hermosas sirenas,
Amigas de calma y paz?

Se está dormida quedando
Parténope bella, al blando
Vago arrullo de la mar:
¡Qué quietud! vosotras solas
Murmurais, continuas olas,
Apénas, al espirar.
No; que la brisa sonora
La cancion me trae ahora
De fino amador que al pié
Del usado balcon vela,
Y al son de blanda vihuela
Canta su amorosa fe.
El fresco nocturno ambiente
Todo empapado se siente
En el aroma sutil,
Que hurta á vecinos jardines,
De azahar, mirto, jazmines,
Y olorosas flores mil.
Cuanto siento, escucho y veo
Es deleites; el deseo
Anhelar no puede más;
¿Por qué pués, díme, alma mia,
Llena de melancolía
Aquí y en tal noche estás?
¡Ah! porque ningun amigo
O amada goza conmigo
De tal noche la beldad,
Y aun en sitios tan amenos
Mi corazon echa ménos
Su otra no hallada mitad.

1857.

CASTIGO.

«¿No oyes? la aguda cántiga temprana
Del ave conocida en la ventana,
Oh amado, nos avisa
Que torna la mañana
Con importuna desusada prisa.

«¡Ay! ya de tu partir llegó la hora:
¡Cuán presurosa fué de la traidora
Breve noche la fuga!
La diligente aurora
Hoy ¡qué temprano en nuestro mal madruga!
«Mas deja el lecho, y tus disfraces viste;
Y, aunque me miras congojada y triste,
Parte ya, dulce amigo,
Secreto cual viniste:
Nadie de tu salir sea testigo.
«Mas ni hablas, ni respiras» ¡Ay! que nada,
Nada responde el jóven; espantada,
Ella le toca y mueve,
É inmoble inanimada
Masa siente, mas fria que la nieve.
¡Ay! ¡qué gritos arroja de hondo espanto!
¡Qué alaridos! ¡qué voces! ¡y qué llanto!
La familia despierta
Y acude á rumor tanto,
Y es de todos su infamia descubierta.
Y la culpada que á sus padres mira
Llenos de asombro y de vergüenza y de ira,
Y al que amaba difunto,
Solo á morir aspira,
Que honra, dicha y amor perdió en un punto.

1857.

Á LÓNDRES.

En vano, altiva Lóndres, á porfia
Te enriqueces, te ensanchas y te pueblas,
Si en una nueva atmósfera sombria
Te envuelve el humo y tus eternas nieblas;
Si no difiere lo que llamas dia
De las nocturnas lóbregas tinieblas,
O, como triste pasajera tarde,
Entre dos noches dilatadas arde.
¿Qué vale tu grandeza y poderío
Y la corona azul del océano,

Si tiembla en ti junto al hogar el Frio
Tendiendo al fuego la aterida mano,
Si en tus vastos palacios el Hastio,
Roido el pecho de tenaz gusano,
Gime y suspira y sin cesar bosteza,
Sin que el sueño le rinda la cabeza.
Tú no conoces esa indefinida
Dulce tristeza, soñadora y vaga,
Encanto y poesia de la vida
Que en otro clima el corazon halaga:
Solo conoces el Esplin suicida
Que todo bien con su veneno estraga
Y que ó corta la vida ó la convierte
En una lenta prolongada muerte.

1857.

Á ELENA.

Labios tienes cual púrpura rojos,
Tez de rosa y de fresco azahar,
Y rasgados dulcísimos ojos
Del color de los cielos y el mar.
Oro es fino la riza madeja
Que hollar puede el brevísimo pié,
Y flor tierna tu talle semeja
Que temblar al favonio se ve.
La hija bella del Cisne y de Leda,
Te pudiera envidiar cuerpo tal;
Pero en él mas bella alma se hospeda,
Que no empaña ni sombra de mal.
Prole augusta tal vez me pareces
De himeneo entre dios y mujer:
¡Ah! ¡dichoso, dichoso mil veces
Quien amado de ti logre ser!
No yo, indigno de tanta ventura,
Á cuya alma pesó, cada vez
Que te viera, no ser ya tan pura
Cual lo fué en su primera niñez.

1857.

EL TEMBLOR.

«Temblor» sonó; con subterráneo ruido
Velocísimo llega de repente;
Moverse el suelo, cual bajel, se siente,
Y crujir techo y muro sacudido.
Con voladora planta sin sentido
La calle ocupa la espantada gente,
Que se humilla confusa y se arrepiente
Y á Dios clama en altísimo alarido.
Pasa el peligro, y rápido se olvida;
Al saludable espanto reemplaza
La viciosa costumbre de la vida.
Mas teme, oh Lima, teme á tu enemigo
Que, si hoy solo pasó cual amenaza,
Vendrá tal vez mañana cual castigo.

1857.

EL JUICIO FINAL.

Ya en el postrero universal jüicio
Del Juez supremo á la presencia me hallo,
Y aguardo el justo inapelable fallo
Que eterno espera á la virtud y al vicio.
Mas ¡ay! ¿adverso me será ó propicio?
¿De Cristo ó de Satan seré vasallo?
En duda tan crüel, temblando callo,
Mas digno que de premio de suplicio.
Ya las turbas el Juez ha separado,
Y el rostro favorable ó enemigo
Al diestro vuelve y al siniestro lado:
Pero yo, justo Dios ¿á quienes sigo,
Cuando á la Virtud abras y al Pecado
Los palacios del premio y del castigo?

1857.

EL PICAFLOR Y LA FLORECILLA.

De un pintado picaflor,
De los campos maravilla,
Una incauta florecilla
Se prendó con loco amor.
Mas, como es aquél al par
De mariposa inconstante,
No tardó la flor amante
Su esquivez en lamentar.
Y al verle pasar á veces,
En tristes voces así
Se le quejaba: «¡Ay de mí!
¿Por qué, mi bien, me aborreces?
¿Qué te hice? ¿Estos desdenes
Te ha merecido mi fe?
¿Por qué en mis hojas, por qué
Á columpiarte no vienes?
¿Has olvidado que apénas
Abrí mi tierno capullo
De las auras al arrullo
Que me halagaban serenas,
Viniste á posar en él,
Y á besarme, de amor lleno,
Hasta apurar de mi seno
La sustentadora miel?
¡Ay! no supe que inconstante
Eras y mudable y leve
Como el aura que me mueve
Y que cambia en cada instante.
No supe que tus amores
Multiplicabas sin cuento,
Y que, mas falso que el viento,
Engañabas á las flores.
Hoy de tu odio en el exeso,
Á todas besando vas,
Y á mí triste, á mí no más
Me esceptúas de tu beso.
Deja ya tanto desden,
No me dés pena tan fuerte,

Y aunque hubieres de volverte
Luego al punto, al ménos ven.
  Pero desoyes crüel
Mis quejas y vivo anhelo,
Siguiendo tu raudo vuelo
Por el florido verjel.
  ¡Ah! ¡quién, de hojas en lugar
Alas como tú tuviera
Para seguirte doquiera
Que te pluguiera volar!
  ¡Mas ay! que tengo infeliz
Inmóvil clavado el pié,
Y aprisionada se ve
Del suelo mi honda raiz.
  Cuando me maten congojas,
¡Lleve el viento noche y dia
Haciéndote compañia
Mis enamoradas hojas!»
  Así la flor se querella
Con modo tierno y sencillo,
Mas el crüel pajarillo
No tornó á acordarse de ella.
  Doncella incauta en amor,
Bella y simple cual las flores,
Cuenta con que te enamores
De algun galan picaflor,
  Que, volando sin cesar
De flor en flor con fortuna,
Sin detenerse en ninguna,
Burla de todas al par.

1857.

ADELA Á CÁRLOS.

  Apénas el billete
Recibas, Cárlos, de tu amante Adela,
Incansable jinete,
Clava la aguda espuela
Á tu caballo y á mis brazos vuela.

Siglos me son las horas,
De tu lado distante; considera
Que, si venir demoras,
De congoja tan fiera
Es fuerza, es fuerza que tu Adela muera.
Que enferma estoy de muerte,
Y mi remedio el físico no sabe;
Mi remedio es el verte,
Y tu beso süave
Será el elíxir que mi mal acabe.
Ni un punto á tu violento
Curso descanso dés, brutos desboca;
Sus alas roba al viento;
Á mi impaciencia loca
Mira que toda rapidez es poca.

1857.

L.... Á E.....

No siempre triste al contemplarme y serio
En los verdores de mi edad florida,
Intentes, bella jóven, de mi vida
Penetrar el tristísimo misterio.
De horrendos males cuyo antiguo imperio
Padece un alma que jamas olvida
Solo me ha de librar la apetecida
Profunda eterna paz del cementerio.
Sí, soy bien desgraciado; mas no quieras
Tan extraños pesares roedores
Y desventuras conocer tan fieras:
Es bien que para siempre las ignores,
Ni de ellas consolarme tú pudieras,
Que consuelo no admiten mis dolores.

1857.

VISION.

I.

Iba la mas oscura taciturna
Y triste Hora nocturna
Moviendo el tardo soñoliento vuelo
Por el dormido cielo,
Cuando, dejando mi alma
En brazos del hermano de la Muerte
Á su cansado compañero inerte,
Libre de su cadena,
Voló á su patria desde el turbio Sena.
Y toda en breve punto recorrióla,
Desde el postrero linde Ecuatoriano
Hasta la gran laguna,
De los hijos del sol sagrada cuna,
Y desde el océano
Hasta el inmenso rio
Que entre todos merece el señorio:
Así en el breve Mapa retratada,
La recorre la rápida mirada.
Mas ¡ay! que por do quiera
Que el vuelo dirijiera,
De pasadas contiendas las señales
Y aprestos encontraba
De futuras contiendas fraternales,
Y de discordia que jamas acaba.
Al fin rendido me senté y doliente
En un profundo valle que, á la falda
De los Andes tendido, en noche doble
Se envolvia á la sombra de su espalda:
De aquel salvaje natural retiro
Era el silencio dueño,
Y solo de mi pecho algun suspiro
Tal vez interrumpia con son blando
De la naturaleza el hondo sueño.

En tal estado ignoro
Cuanto tiempo pasé, mi faz regando
Con encendido lloro,
Cuando llegó á mi oido
Desde el confin del cielo
Como el rumor que alzara de distante
Ejército de cóndores el vuelo:
Los ojos alzo, y miro tan radiante
Blanca figura descender lijera,
Cual si astro rutilante
Despeñado bajase á nuestra esfera;
Las débiles pupilas, deslumbrado,
Fuerza cerrar me fué, y cuando las hube
De nuevo abierto, ya encontré á mi lado
Á celestial querube.
Tan alta remontaba su estatura,
Que ni cerca del Ande
Se olvidaban los ojos de su altura;
No de la Tierra la soberbia prole
Que al magno Jove pudo dar asombros
Alzaba al cielo tan gigante mole;
Áun tremolaban en sus altos hombros
Sonantes alas, en grandeza tales,
Que con alas rivales
Nunca los ojos mios
Volar miraron sobre el mar navios.*
Era su cuerpo deslumbrante nieve,
Y de su rostro la beldad tan rara,
Que mi estro no se atreve
De su pintura á acometer ensayos;
Y cual del Sol la rutilante cara
En la mitad del dia,
Derramaba ancho círculo de rayos,
Sol portentoso de la noche umbría.
Á vista tal, lleno de asombro y miedo,
Con las manos cubriéndome los ojos,
Caí sin voz, helado, fiel remedo
De mortales despojos;

* Vele di mar non vid'io mai cotali. — DANTE.

Entónces á mi oido aquestas voces
Llegan, cual si del cielo descendieran:
«Yo soy el génio del Perú, el arcángel
Á quien el sumo rey del Universo
Encargó de esta tierra la custodia;
Yo, á pesar del perverso
Ángel que la verdad y la luz odia,
Ciego rey de las indias muchedumbres,
Á los míseros Incas
De la fe verdadera dí vislumbres:
Yo vi, como falanje del Averno,
Inundar las riberas perüanas
Negra nube de iberos asesinos,
Y mis ojos divinos
Verter pudieron lágrimas humanas;
Yo acompañaba al mísero Atahualpa
Al último suplicio,
Donde, á la luz que le mostré propicio,
La vanidad de sus creencias palpa;
Yo, desatando de su error la venda,
El agua santa que las culpas lava
Y del glorioso cielo abre la senda,
Hice que recibiera, y consolaba
Del imperio perdido la amargura
Con la promesa del que nunca acaba;
Yo en las heróicas vengadoras lides
De Junin y Ayacucho
Estuve con los libres, y delante
De los dos inmortales adalides,
Iba sus nobles pechos resguardando
Con el escudo de tenaz diamante
Que en los combates embrazaba, cuando
En los campos celestes
Desbaratamos de Luzbel las huestes.
Mas tú ¿por qué á estas horas
En tan desiertas soledades lloras?
Desata el lábio, y sin tardanza díme
Qué congoja te oprime.»
Alzé á estas voces la abatida frente,
Y, mirando al arcángel cara á cara,

Que el fulgor igualó que despedia
Con la flaqueza de la vista mia,
Respondí de esta suerte,
Que, al solo nombre de la patria cara,
Se despojó mi corazon de miedo:
«Celeste ciudadano, ¿cómo puedo
No penar y jemir constantemente,
Cuando el hado consiente
Tantos desastres á la patria mia,
De la Discordia y Ambicion teatro?
Como el inquieto imperio en que á los cuatro
Elementos indómitos gobierna
La Discordia bëoda,
Mírala en honda confusion eterna,
Segundo cáos, agitarse toda.
Cual se disputan en porfiada riña,
Con pico agudo y garra carnicera,
Hambrienta turba de aves de rapiña
El gran cadáver de enemiga fiera,
Así un puñado de ávidos caudillos
Por los despojos de la patria triste
Esgrimen los sacrílegos cuchillos.
«Mas ¿qué digo un puñado?
Si ya no hay ruin soldado,
Ni vil cabeza de mas vil pandilla,
Que á la suprema silla
No ambicione subir, y al mas indigno
Tal vez da el triunfo nuestro adverso signo;
Y en vano de la insignia blanca y roja
El uno al otro sin cesar despoja;
Que nunca, por cambiar eternamente,
Fué mejor nuestro estado;
Antes siempre nos hizo lo presente
Estrañar, cual dichoso, lo pasado;
Ni porvenir aguardo diferente;
Que entre cuantos la atenta
Mirada en torno á divisar alcanza,
Ni uno, ni uno tan solo se presenta
En quien ponga la patria su esperanza.

«¿Cuándo el Señor nos enviará piadoso
El heróico varon, digno del Tibre,
Amador de la patria verdadero,
Que por solo su amor el noble acero
Do quier triunfante vibre,
Y cuando de famélicos millares
De pretendientes nuestro suelo libre,
Volver anhele á sus modestos lares?
Mas, ¿qué profiero insano?
Hechos espero de valor romano
Adonde sombra no hay de patriotismo,
Sino abyecto interes, duro egoismo!
Bailes, palacios, coches, pingüe mesa,
Esa, de cada cual la patria es ésa;
La patria, el bien primero,
El dios universal es el dinero,
Que áun por infames modos
Alcanzan muchos y codician todos.
La Justicia comprada
Deja dormir la vengadora espada,
Sin que supla siquiera
Su venganza, con oro adormecida,
El castigo del público desprecio;
Antes á aquel que el robo no enriquece,
Y á quien en vano la ocasion convida
Con risa infame le apellidan necio:
Y lo que escapa á tan rapaces manos
De mar y tierra la milicia sorbe,
Y hambriento enjambre de empleados vanos.
Y en tanto ¡cuánta aldea,
Sumerjida en tinieblas de ignorancia,
La luz primera del saber anhela,
Sin que á su tierna infancia
Abra sus puertas solitaria escuela!
Y en tanto, entre las penas del camino,
Por montañas y selvas y el desierto,
Pára el viajero, de su senda incierto,
O del bruto á merced vaga sin tino!
Y echando ménos el seguro puente,
Tienta el difícil peligroso vado,

Do perece tal vez, arrebatado.
Del ímpetu veloz de la corriente!
Y en tanto ancho arenal, cuya encendida
Sed no alivia ni el llanto del rocío,
Espera en vano que distante rio
Venga á llenarle de verdor y vida!
«De los jueces la hidrópica codicia
Convierte en compra y venta la justicia;
No Jesucristo, Satanás modela
El vivir del indigno sacerdote;
Y es la milicia de traicion escuela
Y de la patria el mas crüel azote;
El tierno jóven en la mente abriga
Torpes sofismas, y en el pecho bajo
El ardiente deseo,
(Pues el paterno ejemplo es bien que siga,)
No de honroso trabajo,
Sino del sueldo y del ocioso empleo;
Y ansiando todos del Estado oficios,
La industria nacional yace desierta,
Y á objetos que fomentan lujo y vicios
Abre solo el Comercio fácil puerta;
Las ciencias y las nobles liberales
Artes que el mundo acata, aquí de franco
Menosprecio son blanco;
Y á los hijos de Apolo,
Que la presencia de tamaños males
Á sacrosanta indignacion provoca,
Torpe escarnio y baldon les cabe solo.
«Por eso ¡ay Dios! con arrogante boca,
Bien como á gente bárbara é inculta,
Nos befa el extranjero y nos insulta;
Y los Peruanos defender no pueden
En agenas orillas
Á su patria afrentada, y sus mejillas,
(Pues fuerza es siempre que verdad tan clara
Sus amorosos argumentos venza,)
Se tiñen del color de la vergüenza;
Y así de nuestras armas la divisa
Que á mísera, discorde, débil gente

Feliz y firme por la union declara
Es un sarcasmo que provoca á risa.....
Pero de nuestros males ¿quién contarte
Podrá jamás mas que una breve parte?
En turba tan crecida,
Por uno que relata cien olvida
El labio, y áun mil bocas
Con que hablarte pudiese fueran pocas.
«Y á tal estado, celestial mancebo,
Díme, ¿hasta cuándo nos condena el hado?
¿O es maldito de Dios nuestro linaje,
Que en él castiga sin piedad, cual nuevo
Orijinal pecado,
La inaudita traicion que cometieron
Esos que un dia al crédulo hospedaje
Del Inca generoso respondieron
Con robo, estupro, llamas y matanza
Y cuanto daño á imaginar se alcanza?
¿Y nosotros, remotos descendientes
De tan bárbaras gentes,
De sus delitos fieros
Y del castigo somos herederos?
«¡Con qué no hay de esperanza luz alguna!
Y, sin vivir, perecerá mi patria,
Niña á quien sirve de ataud la cuna!
Naciones mil la Fama nos recuerda
Que sepultó en su ocaso la Fortuna;
Mas murieron decrépitas ancianas,
De mas lauros cubiertas que de canas:
Mas ¿cuál hubo jamás como la nuestra
Que, ayer no mas nacida,
Dando está clara muestra
Que se le acaba la doliente vida?
Y, como muchos de sus propios hijos,
Niños de edad y en corrupcion ancianos,
Ningunos vicios ya le son extraños
De cuantos manchan en crecida tropa
De Asia las sociedades y de Europa,
Ya mayores en siglos que ella en años.
«¿Y á quién pués que esto mira

Del hondo corazon lágrimas rojas
No esprimen sus fierísimas congojas,
Su generosa cuanto inútil ira?
Dadme, dadme la lira
Con que el triste profeta Jeremias
De Sion cantaba los postreros dias,
Y vierta en cantos de tristeza suma
El duelo inmenso que mi pecho abruma,
Viendo á fatal inevitable ruina
Mi infortunada patria ya vecina!»

II.

Así dije, y el llanto y los sollozos
Mi discurso acabaron, mas el hijo
Del cielo esto me dijo:
«Hombre de poca fé, bien sé que es cierto
Cuanto con voces de dolor me dices;
Mas no por eso es bien que llores muerto
El último consuelo de infelices;
Que, aunque el mal, en tan hondo desconcierto,
Echara profundísimas raíces,
Para la fuerte voluntad sagrada
Es el mayor impedimento nada.
«Dios del abismo de la negra pena
Sacar la dicha y el contento sabe,
Y el mal mas fiero, si morir le ordena,
Antes fenece que su voz acabe;
Corta de su ira y su furor la vena,
Y ya en la palma de un infante cabe
El mar que, derramado y furibundo,
Bajo sus ondas sepultaba el mundo,
«Aquel en cuyo pecho halla cabida
La desesperacion cobarde y ciega,
Miéntras áun dura la mudable vida,
No merece la dicha, que al fin llega:
La merece tan solo quien anida
La fe en el suyo, y siempre espera y ruega;
Que todo, todo del Señor se alcanza
Con oracion, con fe, con esperanza.

«Abrigad firme fe; ved que sin ella
Todo falta, con ella todo sobra;
Y quien la abriga, miéntras más le huella
El hado, más aliento y fuerzas cobra;
Vence el influjo de contraria estrella
Y maravillas ó imposibles obra;
Manda al sol que al ocaso no descienda,
Y abre en el oceáno enjuta senda.

«De esperanzas, oh jóvenes, colmaos,
Que como al huracan cuya pujanza
Hunde ó estrella las endebles naos
Sucede placidísima bonanza,
Como al confuso alborotado cáos
Siguió la creacion, tened confianza
Que, madre de mil bienes, la paz leda
Á la discordia bárbara suceda.

«Concordia tal, de la del cielo emblema,
Ha de enlazar á todos los Peruanos,
Que de sus armas ya no mienta el lema,
Y sean todos con verdad hermanos;
Firme estado fundando que no tema
Extranjeros audaces ni tiranos,
Cuya amistad y alianza Europa pida,
Hoy con él tan injusta y engreida.

«Del negro Averno á los profundos senos
Volverá de los vicios la cohorte
Que á cada estado, y á ninguno ménos,
Visiblemente hoy amancilla el porte;
De esa feliz república de buenos
Será la santa ley único norte,
Y la Justicia romperá su espada,
En sola su balanza confïada.

«Las que hoy son espantosas soledades,
Océano de plantas ó de arenas,
Serán grandes magníficas ciudades,
De poblacion y de bullicio llenas;
Y el que desierto fué tantas edades
Podrá en sus senos abrigar apenas
La gente innumerable pobladora
Que abunde entónces cual arenas hora.

«Los monstruos, del espacio vencedores,
Que del vapor el alma inquieta mueve,
Escalarán del Ande las mayores
Cumbres que ciñe sempiterna nieve;
Recorrida de carros voladores,
Tan inmensa region ya será breve,
Y rival el vapor del pensamiento,
Difundirá sus luces al momento.

«El mar, hoy de bajeles tan escaso,
De tantas naves se verá cubierto
Que manden Norte, Sur, Este y Ocaso,
Que ostente dos ciudades cada puerto;
Y abriéndose en las ondas libre paso
Vuestros bajeles hasta el polo yerto,
Sin que su hielo perennal lo estorbe,
Descubrirán los límites del orbe.

«De Europa abandonando las orillas,
Donde siglos su luz resplandeciera,
Las Artes nobles sus doradas sillas
Trasladarán á esta feliz ribera:
Y pródigas aquí de maravillas,
Audaces moles hasta su alta esfera
Verán erguirse los nocturnos soles
Que venzan griegas é italianas moles.

«Las ornará la pródiga Escultura
De estátuas que parezcan animadas,
Y de frescos y telas la Pintura
Que persuadan vivir á las miradas;
Y se verán do quier con tal hartura
Estátuas y pinturas derramadas,
Que parezcan artísticos museos
Palacios, templos, plazas y paseos.

«De tan sublimes vuelos Poesía,
Digno amor tuyo, entónces hará muestra,
Que igualar casi logre su osadía
El alto númen de la estirpe nuestra;
No se disputen ya la primacía
Roma, Florencia y quien les fué maestra,
Y á la Atenas mayor del Mundo Nuevo
Concordes rindan el laurel de Febo.

«Y con artistas sumos y poetas
Florecerán filósofos y sabios,
Que ahonden las verdades mas secretas
Y eternos hagan al error agravios;
Y en espaciosas academias quietas
Verás colgada de sus doctos labios
Inmensa juventud, cuya impaciente
Sed de saber con el saber aumente.

«Ni en extranjero labio ya el idioma
Molestará, Peruanos, vuestro oido,
Por el que ardiente á vuestro rostro asoma
De la amarga vergüenza el colorido;
Y, como el hijo de la antigua Roma
Con patria tan magnánima engreido,
Así vosotros donde quier ufanos
Ya podreis esclamar: somos Peruanos.

«Y, como hoy vais, llevados del deseo,
De Europa á visitar las capitales,
Os vendrá á visitar el Europeo
Á quien la sed hoy trae de caudales.
Vencer en fin por todas partes veo
Futuros bienes á pasados males,
Y ser tu patria, en hado tan diverso,
Modelo, asombro, luz del Universo.»

Así decía el celestial jigante,
Y de estraña alegria
Que renueva el recuerdo á cada instante,
Me colmaba la dulce profecia
De tiempo tan glorioso y tan risueño;
Y miéntras nuevamente hablarle fio,
En ménos que lo dice el labio mio,
Se van juntos el ángel y mi sueño.

1857.

Á UNA ESPADA.

Un tiempo, oh insigne espada,
En defensa del honor
Y la libertad sagrada,
Te esgrimió el mismo Valor
Con mano jamas domada.
Desde tu primer ensayo,
Fuiste por siniestra lumbre
Relámpago que desmayo
Dió á la opuesta muchedumbre,
Y al herir certero rayo.
Desde el ocaso á la aurora
Celebrada por do quiera,
Iberia tus daños llora,
Y la Fama pregonera
Te llamó la Vencedora
Diga su eterno clarin
Cuánta portentosa hazaña
Ejecutaste en Junin,
Y allí do el poder de España
Tuvo para siempre fin.
Cual degüella inermes reses
De ayuno leon la saña,
Como en los ardientes meses
Del segador la guadaña
Corta las espesas mieses;
Rejida por mano fuerte,
Asimismo tú veloz
Cuellos segabas de suerte,
Que la misma fatal hoz
Pareciste de la Muerte.
Y de tu sedienta hoja
Era la sangre enemiga
Una nueva vaina roja,
Sin que sintiera fatiga
La diestra que así te moja.

¿Ni esto, espada, ni el ser hija
De las fraguas de Toledo
Bastar pudo á que te aflija,
Dando ya pena y no miedo,
Fortuna ménos prolija?
De tu heróico dueño el fin
Te condena á olvido oscuro,
Y en ocio torpe y rüin,
Pendiente de servil muro,
Te envuelven polvo y orin.
Y la ingrata incuria deja
Que en tus embotados filos
Y dorado pomo teja
Y estienda Aracne sus hilos;
Mas quien tan poco semeja
Á su padre esclarecido
Y mas que al virtuoso Marte
Sigue á Baco y á Cupido,
Es bien que de sí te aparte
Y te condene al olvido;
Y que de verte se ofenda
Quien solo de fácil juego
Lidia en infame contienda,
En donde, demente y ciego,
Pierde la heredada hacienda.

1857.

RETO AL DESTINO.

No más supliques, corazon, ni llores:
¿De qué tu llanto te valdrá? de nada;
De nada humildes ruegos: tus dolores
Sufre de hoy más con altivez callada:
¿No sabes, dí, que el Hado sus rigores
Nunca remite ni jamas se apiada,
Y cuán en vano su nobleza humilla
Quien dobla ante sus aras la rodilla?

De la dura paciencia los diamantes
Te abroquelen el pecho, que no pudo
Quebrantar en sus golpes incesantes
La clava del destino tal escudo:
Su saña y su tesón se rindan ántes
Que tu orgulloso sufrimiento mudo,
Que halle mas firme sin cesar y grande
Cada mayor desdicha que te mande.
Del añoso, arraigado, excelso roble
Que crece de una sierra en la alta cumbre,
Emblema fiel de la Constancia noble,
Imita la magnánima costumbre;
Al cual nunca hace que la frente doble
De los vientos la airada muchedumbre
Que nunca aplaca su tremenda guerra
Contra el monarca altivo de la sierra.
Sé como firme escollo cuya planta
Azota el oceáno eternamente,
Miéntras el huracan, si se levanta,
Hiere tronando su desnuda frente
Con saetas de fuego; y él aguanta,
Sin parecer siquiera que la siente,
Del mar y el cielo la batalla doble,
Eternamente tácito é inmoble.
Sí, qué de hoy mas sin las cobardes preces
Y llantos de la humana criatura,
Que tú siempre ó desoyes ó escarneces,
Oh Destino crüel, de la amargura
Apuraré la copa hasta las heces:
Tu saña pués en mi constancia apura,
Y contra mí asestándolas, acaba
De agotar las saetas de tu aljaba.
Dispuesto á todo estoy; desde este dia
Entra en combate singular conmigo:
Haz tan extrema la miseria mia,
Que envidia sienta del mas vil mendigo;
Me devore en larguísima agonia,
Sin que me dé la caridad abrigo,
Horrible mal, espanto de la gente,
Que áun á la misma Compasion ahuyente.

De mí se aleje la Amistad esquiva
Y me nieguen sus labios desleales;
Como á estraño, mi patria me reciba,
Y ciérreme sus brazos maternales;
De mí afrentada, mi familia altiva
Me arroje con baldon de sus umbrales,
Y en pos corriendo de mi huella, impia
La plebe vil de mi infortunio ria.
De la Calumnia pérfida me acierte
Cada tiro traidor; todos estimen
Que por maldad, no por adversa suerte,
Desgracias tantas mi existencia oprimen;
Pena parezcan corta, aunque tan fuerte,
Á tanto horrendo nunca oido crímen,
Merecedor de justiciera llama,
Con que mancille mi virtud la fama.
Haz por fin que me ponga la Fortuna
En la parte mas baja de su rueda;
Sobre mi frente miserable aduna
Cuanta desdicha imajinar se pueda;
De ellas no falte á mi afliccion ninguna;
Áun del bien de esperar me deshereda:
Y males para mí tu saña invente
Cuales no puede adivinar la mente.
Ya verás, oh Destino, que mi alma,
Mas sufrida que el justo de Idumea,
De su constancia te opondrá la calma,
Que nunca esperes que domada sea;
Y, aunque no pueda merecer la palma
En tan tremenda desigual pelea,
Me quedará el consuelo todavia
De la invencible resistencia mia.

1857.

LA TRANSFIGURACION.

Ya la gloriosa cumbre del Tabor
Atras dejaron los divinos piés;
Nieve la veste, un astro la faz es
Que del sol avergüenza el resplandor.
Así, del alto cielo oh morador,
Á la diestra del Padre arder le ves;
Y en los aires Elias y Moises
Ciñen un lado y otro del Señor;
Miéntras yacen por tierra, en ademan
De asombro, de pavor y adoracion,
Pedro, Santiago y el amado Juan:
¡Cuándo, oh Señor, en la celeste Sion
Sin velo así mis ojos te verán,
Si de verte mis ojos dignos son!

1857.

Á JESUCRISTO.

¿Á quién acudiré, cuando estoy triste,
En busca de remedio y de consuelo,
Si no á ti, que comprendes nuestro duelo,
Del que experiencia tan crüel hiciste,
Cuando la mortal carne que nos viste
Te vió vestir el asombrado cielo,
Y las miserias del mezquino suelo
Todas por larga prueba conociste?
Me espanta de tu Padre soberano
La majestad tremenda; mas contigo,
Que te muestras tan dulce y tan humano,
Me es dado hablar cual con estrecho amigo,
O cual pudiera hermano con hermano,
Y mis dolores íntimos te digo.

1857.

Á DIOS.

Tal vez á celebrarte
Me arrastra ardiente irresistible afecto:
Mas, vanos númen y arte,
Remeda mi imperfecto
Canto el zumbido de volante insecto.
En corto labio humano
Mal el loor de tus grandezas cabe;
En Sion y á ti cercano,
El serafin te alabe;
Mas ni él loarte dignamente sabe.
Loores y armonias
Dignas de ti no tiene lo creado;
Solo de ti podrias
En suficiente grado,
Pues en él te conoces, ser loado.
Mas de tu criatura,
Que en destierro que alivia la esperanza,
De tu santa luz pura
Tenue vislumbre alcanza,
Sea humilde silencio la alabanza.

1857.

Á ELENA.

Dulcísima vírgen, eres
Bella entre cuantas mujeres
De rara belleza vi;
Ni en el bajo suelo hay cosas
Dignas, por puras y hermosas,
De que las compare á ti.
Jamas estrellas rivales
De tus ojos celestiales
En la tierra contemplé,
Ni les hallo semejantes
Entre los ojos distantes
Con que la Noche nos ve.

Mas blanca eres que la luna,
Y no es dado en flor ninguna
Tan fresca púrpura ver,
Que de tu lozana cara,
Que la Salud envidiara,
No la venza el rosicler.
Si sonrie tu bermeja
Boca, que engañada abeja
Por flor pudiera picar,
Enseñas entre corales
Perlas mas blancas é iguales
Que las de rico collar.
Tu dorada cabellera
Que te cubre toda entera,
Suelta al céfiro feliz,
Ya es diadema de tu frente,
Ya te viste un manto ardiente
De gloriosa emperatriz.
De frente en igual decoro
No parte y destrenza el oro
Marfil dentado ó carei;
Ni tal ser pudo el cabello
Del tal vano cuanto bello
Hijo del profeta rei.
No á Vénus formas envidias,
Ni las ideó tales Fídias;
Ni tanto el gran Rafael
Voló con su ingenio y arte,
Que presuman igualarte
Las hijas de su pincel.
La tierra toca tan blando
Tu breve pié, cual si hollando
Frájil piso de cristal
Con timidez estuvieras,
O como si á volar fueras
Á tu patria celestial.
Tal, ántes de darse al vuelo,
Por sobre el herboso suelo
Andando un pájaro va
Con tan airosa manera,

Que á cada instante se espera
Verle que se encumbre ya.
  Si de beldad tan subida
Es tu cuerpo, en él se anida
Hermosura superior:
Una alma tan noble y pura,
Que recrearse en su hechura
Debió el divino Hacedor.
  Luce en ti tan manifiesto
Tu virtuoso ánimo honesto,
Que el mismo impio Don Juan
Hubiera dicho á tu vista:
«Es imposible conquista
Al mas obstinado afan.»
  Si á loarte álguien comienza,
Tu faz modesta vergüenza
Tiñe en mas vivo carmin;
Y, bajando la mirada,
Muda ruegas y turbada
De tus loores el fin.
  Cuando bordas, sobrepuja
Á diestro pincel tu aguja,
Y en su tarea menor
Representas á Minerva,
Cuando de la gente sierva
Presides á la labor.
  Tus músicas y canciones
Aquietan de las pasiones
El tumulto y fiera lid,
Como de Saúl la ira
Apaciguaban la lira
Y los cantos de David.
  Nada dices, no haces cosa
Que no te muestre graciosa,
Y tenga secreto iman;
La Gracia misma te enseña
Hasta la accion mas pequeña
Y descuidado ademan.
  No hay matrona que no quiera
Y solicite tal nuera,

Ni tierno noble garzon
Que su esperanza y empeño
No ponga todo en ser dueño
De tu mano y corazon.
Por ti el extrangero olvida
Su dulce patria querida,
Y alarga su estancia aquí;
Y en vano de allá le llama
O madre, ó amante dama
Que echó en olvido por ti.
¡Ah! feliz tu noble padre!
Y tu envanecida madre
¡Feliz cien veces y cien!
Y ¡felices tus hermanos,
Y cuantos te están cercanos
Y siempre te oyen y ven!
Y tus amigos y amigas,
Y aquellos á quienes digas,
Adios, al pasar, siquier!
Y ¡mas que todos dichoso
Quien ser el amado esposo
Alcanze de tal mujer!

1857.

Á PARIS.

Nada presta tu ruido á mi contento,
Paris, de gente y de placeres lleno:
¡Vasta y altiva capital! no cuento
Ni un solo amigo en tu jigante seno.
Gozan en ti los ojos y la mente
Con lo grandioso y opulento y vario:
Mas siempre jime el corazon doliente,
En ti sin alimento y solitario.
Con tus fiestas y pompas y placeres
Y vasta agitacion que nunca calma,
Babel segunda á mis sentidos eres,
Pero eres un desierto para mi alma.

LA VÍRGEN MARIA.

¿Qué digna lengua la alabanza entona
De la que, siendo madre, fué doncella?
La adora el ángel, y se mira en ella
Cada divina liberal Persona.
Es diamante sin par de su corona
Cada mas pura rutilante estrella;
Luna y sol su triunfante planta huella,
Y es el arco Iris su listada zona.
Alégrate y espera, estirpe humana:
Que Esta, del cielo reina poderosa,
De los nobles querubes soberana;
Esta, madre de Dios, de Dios esposa,
No ángel, nació mujer y nuestra hermana,
Y en rogar por nosotros no reposa.

1857.

Á LA VÍRGEN.

Vírgen, ¿por qué, cuando el divino infante
Á la tuya su faz junta risueño,
O goza entre tus brazos blando sueño,
Cubre grave tristeza tu semblante?
¡Ay! que ya de tu mente está delante
De sus verdugos el airado ceño,
Y ya pendiente del infame leño
Le ve morir tu corazon amante.
Que es de tu claridad nube sombria
Y á tus placeres todos mezcla duelo
De Simeon la triste profecia;
Mas mirarle te dé justo consuelo
Resucitar en el tercero dia,
Y en gloria excelsa remontarse al cielo.

1857.

LA TARDE Á ORILLAS DEL MAR.

Á ***

¡Oh melancólica vírgen!
Cuando el sol se hunde en las olas,
Vé con paso lento á solas
Á la playa á meditar:
Que siempre al incierto rayo
Del agonizante dia,
Está la Melancolía
Sentada orillas del mar.
Héla allí—el ebúrneo codo
Apoyado en la rodilla,
Y en la palma la mejilla,
En pensativa actitud;
Suelto el dorado cabello,
Grave el rostro, la mirada
En el vasto mar clavada,
Y toda en muda quietud.
Allí soledad, oh vírgen,
Allí el sosiego y la calma
Que son tan gratos al alma,
Allí silencio hallarás:
Silencio que solo turba
De la onda el lento murmullo,
Y al alma aduerme su arrullo
Y monótono compas.
Cruza las ondas tranquilas,
Que parecen otro cielo,
El rápido barquichuelo
Del nocturno pescador;
Y al son del pausado remo,
Por aliviar su faena,
Alza en la tarde serena
Un canto consolador.
Mas allí donde se juntan
El cielo y el oceáno,

Ya busca la vista en vano
Del sol el rayo postrer;
Un crepúsculo dudoso
De luz y sombra formado,
Como un velo delicado,
Se difunde por doquier.
Goza esta hora indefinible,
En que con vago lamento
La tierra y el mar y el viento
Parecen de amor gemir;
Y en que un abrazo amoroso,
Que tan presto ¡ay! se deshace,
Se dan la Noche que nace
Y el Dia que va á morir.
Y muere al fin, y se apaga
Su indecisa luz postrera,
Y sola en el orbe impera
La callada Noche ya;
Y como reina africana,
En la vasta negra frente
Su corona refulgente
De estrellas llevando va.

1857.

LAMENTO DE DAVID

POR LA MUERTE DE SAÚL Y JONATÁS.

¡Oh montes de Gelbóe, nunca caiga
Sobre vosotros celestial rocío,
Mas vuestros campos un eterno estío
Esterilize con sediento ardor!
Que en ellos ¡ay dolor! el rei guerrero
Al par cayó del último soldado,
Como si no le hubiera consagrado
El oleo del Señor.
¡Cuántas hijas y esposas de Filiste
Huérfanas y en viudez dejó su espada,

Que nunca se envainó sino empapada
En sangre de los hijos de Belial!
¿Cuándo esterminador tan formidable
Tendrá la gente de Jehová maldita?
¿Y á tener volverá el Israelita
Otro caudillo tal?
Y tú, mi amigo fiel, mi tierno hermano,
Que en la mañana de tu vida mueres,
Mas dulce que el amor de las mugeres
Érame tu amistad, oh Jonatás;
Yo, cual ama una madre á su hijo único
Que alivia, amante, su viudez llorosa,
O ama un esposo á su novel esposa,
Así te amé, y áun más!
Eras amable en la paterna corte
Cual noble vírgen que agradar desea;
Mas fuiste como tigre en la pelea,
Y te daba la Muerte su furor:
Jamás partió tu flecha silvadora
Del arco resonante, que certera
En pecho hostil á terminar no fuera
El vuelo matador.
Saúl y Jonatás! como lëones
Fuertes, raudos cual águilas!—Tan triste
Muerte callad á la crüel Filiste
Y á las plazas de Geth y de Ascalon:
Por que las hijas y consortes fieras
De la culpada gente incircuncisa
No cambien luego en orgullosa risa
Su llanto y afliccion.
Saúl y Jonatás! en esta vida
Los enlazaba tan estrecho nudo
De mutuo amor, que ni la Muerte pudo
Union partir tan amorosa y fiel:
Tus vestes rasga, con ayuno y llanto
Tan acerba desgracia solemniza,
Y cubra tu cabeza vil ceniza,
¡Oh mísero Israel!

1857.

ROSAURA.

Luce del alba el resplandor primero,
Y ya ante el claro tocador se aliña
Rosaura, hermosa, presumida niña
Que el dia en ataviarse gasta entero;
Y, como enamorada de sí propia,
En su beldad se ufana y se recrea,
Y en el cristal luciente que la copia
Atenta ve el peinado y la presea
Que mas el blanco rostro le hermosea:
De frente ora contempla su hermosura,
Ora entre dos espejos
Su espalda ó su perfil mirar procura,
De cerca ya se mira, ya de lejos;
Y cuanto airosa artística postura
Y ademan elegante
La Trinidad enseña de las Gracias
Su vanidad ensaya y los apura
Ante el amigo espejo
Adulacion pidiéndole y consejo.
Al verla así, creyeras
Lector, que enamorada está de veras
De la hermosa que dentro
Habita del espejo y al encuentro
Le sale alegre y presta
Siempre que á verse llega, y la saluda,
Y con amor y con lisonja muda
Sus miradas y risas le contesta.
La Elegante voz pública la llama,
Pues no hay en Lima dama,
O casada ó soltera,
Que le usurpe la fama
De ser en el vestirse la primera.
Y como entre aves de pintada pluma
El pavon altanero
Despliega de su falda la ancha rueda
De piedras salpicada, que remeda

Deslumbrante vidriera de joyero;
Como entre flores mil que del verano
Pintó la rica mano
Se mece al soplo de la plácida aura
La presumida rosa, ó entre estrellas
Su luz ostenta la serena luna;
Tal descuella Rosaura
Entre mil y mil bellas
Que iluminado ancho salon aduna.
¡Oh doncella feliz, cuyo cariño
Unico son las cintas, los encajes,
Las joyas y los trajes
Y los demas ministros de su aliño;
Su afan estar al cabo de las modas
Que nuevas cada dia
Al sexo encantador Paris envia,
Y en Lima ser quien las estrene todas;
Y que, cuando se case, su desvelo
Mayor, será el vestido y blanco velo
Que ha de ponerse el dia de sus bodas!
Nunca mayor desgracia la molesta
Que dejar de asistir al baile ansiado,
Por no haber acabado el prometido
Esperado vestido
La modista traidora;
Pero lo que mas lágrimas le cuesta
Es que esa noche su rival Aurora
Haya de ser la reina de la fiesta.

1857.

EL HABLADOR.

I.

Llega, y con tono majistral y grave
De la palabra al punto se apodera,
Y empieza á disertar sobre cualquiera
Materia, porque todas se las sabe.
No habla mas largo ni seguido el ave
Que nuestro idioma imita vocinglera;
Y aunque su voz apague la ronquera,
Ni remota esperanza hay de que acabe.
Crece en tanto el fastidio, el tiempo pasa,
Á despedirse empieza ya la gente,
Y á tanta reunion la ántes escasa
Sala se desocupa, y solamente
Con la infeliz señora de la casa
Se queda el hablador impertinente.

II.

¡Ay del que con Don Juan entra en disputa!
De aquel á quien siquiera se le escapa
La réplica menor, pues se reputa
Mas infalible que el romano Papa.
Cuanto dice verdad es absoluta
Que á la misma Verdad la boca tapa,
Aunque diga que en Francia está Calcuta
Y á Paris ponga en África su mapa.
Materia en todo para eterna plática
Halla, á pesar de su apariencia tísica
Y de su cruel respiracion asmática;
Y desde rudimentos de gramática
Hasta la mas sublime metafísica
En todo su sentencia da, dogmática.

1857.

Á FRAY LUIS DE LEON.

Cuando mundano anhelo
O triste vanidad mi pecho inquieta,
Alivio pedir suelo
En estancia secreta
Á tu divina musa, oh mi poeta.
Siéntese el alma luego,
Cual si saliera presurosa de éste,
En mundo de sosiego;
Ni hay ya qué la moleste,
Y va cobrando un no sé qué celeste.
Su alta nobleza entiendo
Y «en suerte y pensamientos me mejoro;»
De la fama el estruendo
Desprecio, y el vil oro,
Y de mis vicios y defectos lloro.
Y de la «descansada
Vida del que huye el mundanal rüido»
Y mueve la pisada
Por sendero escondido,
Me enamora tu cántico sentido.
Y «¡oh feliz el viajero
Humano, luego suspirando digo,
Que sigue aquel sendero
Al que Dios es amigo,
Y desdichado yo que no le sigo!»
Mas del mundo la ira
Tú sentiste tambien, y un lustro entero
La envidia y la mentira
En calabozo fiero
Te tuvieron sin culpa prisionero.
Tu ingenio y vasta ciencia
Tus solas culpas fueron, y tu pia
Portentosa elocuencia,
Y, mayor cada dia,
El popular aplauso y nombradía.

De ti el vïudo tracio,
Tu canto al escuchar, se maravilla,
Con Píndaro y Horacio:
Tuya es la regia silla
Entre líricos vates de Castilla.
Fugaz tiempo y escaso,
Antes de que tu luz resplandeciera,
La ocupó el dulce Laso,
Y destronarte espera
Rïoja en vano y el divino Herrera.
En tus cantos se hermana,
Con tan estrecho nudo é igual parte,
La fuerza soberana
Del númen con el arte,
Que no será jamas que de ellos me harte.
Ni tan solo el divino
Verso hispano por ti competir osa
Con el griego y latino,
Mas fulgente y gloriosa
Se alza por ti la castellana prosa.
Tu frecuente lectura
Es plática que tengo yo contigo,
Y me es tanta dulzura
Cual con estrecho amigo
Estar hablando á solas sin testigo.
Pues de los vates uno
Eres, que por amigos he elejido,
Y en mis lares aduno,
Á quienes voi y pido
Consuelo y de mis males el olvido;
Por quienes á la lumbre
De vijilante lámpara desdeño,
Por antigua costumbre,
El tentador beleño
Y el reposo blandísimo del sueño.
¡Cuántas veces y cuántas
Me sorprendió contigo el claro dia!
¡Qué inspiraciones santas
Á tu alta poesia
Agradecida debe el alma mia!

El cielo echabas ménos,
Como si ántes en él morado hubieras,
Y paises agenos
Te eran estos, ni eras
Amigo de las cosas pasageras,
Y por eso, de llanto
Despidiendo tus ojos larga vena,
Desatabas el canto
De la «Noche serena,»
Para engañar así tu santa pena;
O aquel donde interpretas
El ansia ardiente á tu Rüiz amado
De saber las secretas
Leyes de lo creado;
O el que declara tu éxtasis sagrado,
Cuando, de tu Salinas
Por la inspirada diestra gobernadas,
Sonaban las divinas
Músicas extremadas,
Cual las que oyen las célicas moradas.
Suspiros son continos
De quien del mundo en la prision no cabe,
Son lastimeros trinos
De dulce canora ave
Que encierra en breve cárcel dura llave.
Tambien yo mis pesares
Aliviar suelo si, pensando cuerdo,
Hallo que son mis lares
Otros cuyo recuerdo,
Aunque antiguo, jamas del todo pierdo.
Y, aunque afectos mundanos
Me rijen, y son puro devaneo
Mis pensamientos vanos,
Tambien en mí el deseo
Arde de contemplar lo que no veo.
Y á las voces del cielo
Me poseen vivísimos antojos,
Y nada aquí en el suelo
Ven entónces mis ojos,
Que no me sea lágrimas y enojos. 1858.

Á MI PATRIA.

De adverso signo mi existencia es hija:
O de naturaleza, ó de fortuna,
¿Qué fiero mal habrá que no me aflija?
Yo á mi padre perdí desde la cuna.
Mi esquiva fiera condicion, que en vano
Quise vencer con imposible hazaña,
Me destierra del dulce trato humano,
Y del amor y la amistad me extraña.
En nada logran encontrar remedio
Y más y más se aumentan cada dia
Este mi universal profundo tedio
Y entrañable genial melancolía.
Jamas siquiera de placer asomos
Á mi triste vivir dieron los cielos;
Yo y la Tristeza inseparables somos,
Y de la misma madre hijos jemelos.
Misteriosa dolencia antigua y lenta,
Que combatió la ciencia vanamente,
Sin cesar me consume y atormenta,
Y ni me mata ni vivir consiente.
Ausente me ha tenido el crüel hado
La mitad casi de mi triste vida
Del patrio suelo y del materno lado,
Que ni un instante mi cariño olvida.
La negra Envidia con traicion me acecha;
Y bañadas del Orco en el veneno,
La Calumnia feroz flecha tras flecha
Lanzando está contra mi inerme seno.
Y aunque me veis en juveniles años,
Anticipada la experiencia amarga,
Padecí mas crüeles desengaños
Que contar puede la vejez mas larga.
Y áun me falta tal vez el solo escudo
Que me abroquela el combatido pecho,
Pues humillado de mi ingenio dudo,
Y del orgullo la ilusion sospecho.

Y otra desgracia el corazon me abruma,
Mas que todas fatal, extraña y grave,
Que no puede al papel confiar la pluma
Ni al viento el labio, y que ninguno sabe.
Y mi ardiente aprensiva fantasia,
Cual si de males muchedumbre tanta
No bastase, los dobla todavia,
Y los prolonga todos y adelanta.
Mas tantas penas que me afligen, nada
Son comparadas al dolor de verte
Tan infeliz, oh patria, y humillada,
Y al punto no poder cambiar tu suerte.
Sí, son los tuyos mis mayores males;
Y si fuerte y dichosa y grande fueras,
Los que á mí solo tocan, aunque tales,
Sonriendo mirara cual quimeras.
Por ti á quien para ti sin fruto adoro,
Mi sangre toda en hiel trueca la ira,
Y me deshace la piedad en lloro,
Y hasta turbada mi razon delira.
Tú el pensamiento eterno de mis dias,
Y tú el desvelo de mis noches eres;
Tú el mas dulce placer me amargarias,
Si posibles me fueran los placeres.
Y héroe quisiera ser por ti romano,
Y dejando el laud que en vano agrada,
En tu defensa armar la fuerte mano
Con la triunfante salvadora espada.
Y en mi estremo amoroso desatino
De un dios á veces el poder anhelo,
Para cambiar la faz de tu destino
Y hacerte reina del inmenso suelo.
Ah! con mi sangre toda merecerte
Pudiera al ménos la piedad divina,
Y como Curcio á Roma, con mi muerte
Salvarte, oh patria, de inminente ruina!

1858.

Á LA MÚSICA.

Noble arte á quien la palma
Otro arte en vano disputar procura,
Por ti se engolfa mi alma
En un piélago inmenso de dulzura,
De donde no volviera
Jamas á la tristísima ribera;
Mas ántes, continuando
Su viaje venturoso en presto vuelo
Por piélago tan blando,
Al fin llegara del distante cielo
Á tranquila ensenada,
Y en ella hiciera su inmortal morada.
Tú manejas las llaves,
Tú los senos mas íntimos conoces
Del corazon; tú sabes
Templar mis penas y exaltar mis goces;
Y si con vez frecuente
Abres del lloro la profunda fuente,
Las gotas de mi llanto
Mi faz refrescan, de dulzura llenas,
Como rocio santo;
Y si tal vez al corazon das penas,
No hai placer ni alegria
Que más me halague que la pena mia.
Apénas tu primera
Nota me hiere, me transformo y mudo
Todo yo en tal manera,
Que soi otro hombre que espantarse pudo
Con tu sin par hechizo,
Maga divina, de lo que ántes hizo.
Como despues me espanto
De lo que sentir me hizo tu influëncia,
Tu influëncia que tanto
Á mí mismo de mí me diferencia,
Y aspecto tan diverso
Á la vida le da y al universo.

Desden cobra al pecado
Mi alma, y de los suyos se arrepiente
Por ti, y menospreciado
Es de ella el metal vil que ánsia la gente;
Los deleites le apocas
Y las mundanas diversiones lócas.
Tú su excelso divino
Orijen le recuerdas, la celeste
Patria de donde vino
Y á do, dejada la terrena veste,
Volver aspira ahora
Desde el triste destierro donde mora.
Por ti desprecio noble
Los insultos ó halagos de la suerte,
Y vida siento doble;
Miro el martirio impávido y la muerte;
Ni ya me son extrañas
De los mayores héroes las hazañas.
Á mi presente estado
Presta me roba tu virtud amiga;
Torna á ser lo pasado,
Que con lazo tan fuerte á ti se liga,
Que tan viva y fielmente
Nada hai que como tú lo represente.
De mis primeros años
Las altas ilusiones infinitas
Y sublimes engaños
En mi alma desolada resucitas;
Mis ambiciones haces
Y mis proyectos renacer audaces.
Por ti confiado creo
En la engañosa voz de la Esperanza,
Y presume el deseo
Que alcanza ya lo que ningúno alcanza,
Y áun lo imposible quiero,
Que fácil me parece y hacedero.
Clara sublime prueba
De la inmortalidad del alma humana,
Que presiente su nueva
Vida cuando te escucha, y de la arcana

Celestïal delicia
Mágica le anticipas la primicia.
  Del vivir sobrehumano
Sensaciones me das, que gozar fio:
Mas declarar en vano
Procura con afan el labio mio
Cuánto en mí puede y cuánto
La fuerza misteriosa de tu encanto.
  Mas ¿qué mucho que hieras
Nuestras almas así tan hondamente,
Si hasta las torpes fieras
Sienten todas y entienden tu elocuente
Universal idioma,
Que su crueldad nativa amansa y doma?
  No es ciego devaneo
Ni de griega invencion bella mentira,
Que de Cadmo y Orfeo
Con el divino canto y con la lira,
Fuiste á la estirpe nuestra
De la vida civil primer maestra.
  Ni es fábula que el canto
Y laúd gemidor abrirle pudo
Del sempiterno espanto
La lóbrega mansion al tracio viudo,
Haciendo á los precitos
Olvidar sus tormentos infinitos;
  Ni que Pluton avaro
Volvió al esposo fiel la dulce esposa,
Que el aire no vió claro,
Por inquieta mirada y amorosa,
Del Orco á la salida,
De nuevo y para siempre ya perdida.
  Las selvas y montañas
Tuvieron para ti planta y oido;
Criaturas extrañas
No hai al poder de músico sonido:
El fiero mar serenas
Y al raudo rio la corriente enfrenas.
  Manjar del alma mia,
Néctar del corazon, como el beodo

Más el licor ansía
Miéntras le bebe más, del propio modo
Mi deleitado pecho
Nunca de ti se siente satisfecho.
  Mas, aunque la dulzura
Cese de tus acentos, no te pierdo,
Pues en mi pecho dura
El celeste placer de tu recuerdo,
Y sigue tu eco blando
En el fondo del alma susurrando,
  Cual santo monge, absorto
En éxtasis divino, á quien el dia
Es un instante corto,
Tal yo la larga sucesion tardia
De las horas no siento,
Y huyan mis dias cual fugaz momento.
  Y «si así en este globo
La música suspende y da consuelo,
Clamo luego en mi arrobo,
¡Ah! ¿cuál será la música del cielo,
Y la angélica orquesta
Que alegra del Señor la eterna fiesta?
  «Y si tanto un concento
De Mozart ó Rossini me extasía,
Díme, oh mi pensamiento,
¿Cuál te finjes aquella melodía
Que, como mar sonora,
Hinche el alcázar que el Eterno mora?»
  Tú, Música, el ambiente
Eres que allí respira el labio santo,
Y de esa noble gente
Es el idioma natural el canto;
Pues solo tus acentos
Espresaran tan altos pensamientos.
  No allí cada voz rota
Suena, cual en mortal idioma muerto,
Mas es viviente nota
De melodioso universal concierto
Que en consonancia plena
Por la feliz eternidad resuena.

Ah! cuando llegue el fijo
Plazo fatal que á mi vivir espera,
Y el santo crucifijo
Levanten á mi triste cabecera
Sacras piadosas manos,
Y lloren junto á mí madre y hermanos;
En tan terrible trance,
¡Cumplido logre este postrer anhelo!
Tu acento oír yo alcance
Cual dulce voz con que me llame el cielo,
Para que de la vida
Con ménos sentimiento me despida.

1858.

Á MI MADRE.

Como en la dura guerra
Del océano y huracan tonante,
Recuerda el navegante
El quieto asilo de la dulce tierra;
Tal yo, madre querida,
Sola dulzura de mi triste vida,
En este mar tempestüoso, inmenso
De tedio y amargura,
Me vuelvo á ti y en tu cariño pienso,
Como en puerto de amor y de ventura.
Y cuando más la pena me castiga,
Y al peso del tormento
Parece que se rinde el sufrimiento:
¡Ai! ¿dónde, dónde estás, mi única amiga,
Exclamo jemebundo,
Que á tu Clemente á consolar no vienes,
Tú que eres para mí todo en el mundo
Y cifras para mí todos sus bienes?
Tú que eres de mi suerte en los rigores
Padre, amigos y amores,
Pues de todo me tiene despojado
La fiereza del hado,

¿Adónde, adónde estás, para contarte
Mis desventuras mil parte por parte?
Que mal podré, si á ti no lo confio,
Confiar á nadie el sentimiento mio;
Y años ha que me dijo la experiencia
Que no hai quien del que sufre, con espanto
Y presurosa planta no se aleje,
Cual católica turba del hereje
Á quien persigue el anatema santo.
Mas tú que eres mi madre,
Que con ojos serenos
Nunca pudiste oir males agenos,
Que del dolor larga esperiencia has hecho,
Y á quien no hai alabanza que no cuadre
Por tu sensible generoso pecho,
Leerás sin hastío
Los tristísimos versos que te envio
Desde el lejano suelo donde moro;
Antes los regará tu ardiente lloro,
Y mirarme quisieras á tu lado
Para darme el consuelo demandado,
Y á mi lloroso rostro dulce abrigo
Dar en tu seno amigo;
Como allá en mis niñeces
Cuando, en tu ausencia maltratado á veces,
Á tu encuentro llorando veloz iba
Á decirte mi agravio;
Y tú me consolabas compasiva,
Y mi oido halagabas con aquesos
Dulces acentos de sin par terneza,
Que solo al dulce labio
De una madre enseñó naturaleza,
Y mil me dabas regalados besos.
Nací, y áun me arrullaban en la cuna,
Cuando á mi padre me robó la fiera
Enemiga Fortuna,
Cual si darme á entender asi quisiera
Que á tan triste partida
Correspondiera el viaje de mi vida.

¡Ai! madre, y el deceno
Año apénas cumplí, cuando el malvado
Destino me arrancó á tu dulce lado,
Llevándome á distante suelo ageno!
Hoi es, y aún al recordar me aflijo
Que, sin decir adios á tu pobre hijo
Ni estrecharle á tu seno,
Del bajel con secreto te partiste,
Temiendo el trance de un adios tan triste.
¡Cuánto con voces, cuánto
No te llamé con alarido y llanto,
Al verte de repente en la barquilla
Que tornaba á la orilla,
El lloroso semblante
Cubriendo, oh madre, con tu blanco lienzo!
Y en tanto la lijera resonante
Nave iba ya rodando; San Lorenzo
Pronto pasó, doblando su carrera;
Y yo que contemplaba con ansiosa
Vista la costa, al fin no ví do quiera
Sino el cielo y la mar espacïosa.
¡Cuál entónces quedé, al pensar que á un tiempo
De mi madre y mi patria me alejaba!
¡Cuánto apuré de aquella doble ausencia
El profundo pesar! á mi presencia
La extraña gente, con mi llanto pia,
Con blanda mano hiriéndome la frente,
«Pobre niño, decia,
Que de su dulce madre vive ausente!»
De pueril turba juguetona y leda
La bulliciosa rueda
Abandonar usaba de repente;
Y á llorar me apartaba,
Á llorar sin consuelo,
Que tu recuerdo y el del patrio suelo
Súbito me asaltaba;
Y recordaba los felices dias
Cuando en la tarde ociosa,
En el abierto corredor sentada,
Jugar con mis hermanos me veias.

Y un lustro que duró tal pesadumbre
El estar triste y solo hizo costumbre,
De sociedad esquivo
Y taciturno siempre y pensativo;
Pasó ya la tristeza
Á ser naturaleza,
Y la melancolía mas profunda
De entónces fué mi condicion segunda.
Dí al fin la vuelta á mi pais nativo,
Y de mi vida el júbilo mas vivo,
Que, en descuento de tantas aflicciones,
Darme quiso la suerte,
Fué el de volver, tras de la ausencia, á verte:
¿Quién dirá la dulzura de ese instante,
Del largo abrazo estrecho
En que á tu pecho confundí mi pecho
Y junté mi semblante á tu semblante;
Y uno y otro deshecho
En dulcísimo llanto de alegria,
Nada mas murmuraron nuestros labios
Que «hijo de mis entrañas», «madre mïa.»?
Y cuando de la patria la dulzura
Y amor de la familia y tu cuidado
Á templar empezaban mi tristura,
De la vida en la mas secreta fuente
Me hirió con cruda saña
Enfermedad extraña
Que á la tumba me arrastra lentamente;
Pues á tornarme la salud primera
Vana la ciencia fué, como fué vano
De Lima la perenne primavera
Abandonar por climas donde eterno
Estrema sus rigores el invierno.
Mas con el dulce engaño
Siempre me ha lisonjeado la Esperanza
De que, al nacer cada año,
Le saludara mi feliz mudanza:
¡Ai! que los años huyen, y ya el quinto
Empezó no distinto
Para mí de sus tristes compañeros;

Y otros tras él sucederán lijeros,
Sin que ninguno en su fatal hüida,
Me deje ó traiga la salud perdida.
Pero tales congojas, y mayores,
Paciente tolerase, si pudiera
Pábulo dar á mi aficion innata
Al arte que con voces por colores
La creacion retrata;
Pero mi mal lo veda inexorable,
Y, si sus leyes obstinado quiebro,
Agudísima espada
Atravesar parece mi cerebro,
Envuelta en parda nube la mirada,
Llenos de sordo estruendo los oidos,
Y turbadas potencias y sentidos:
Tanto que pueden, dulce madre, apénas,
Poetizando mis extrañas penas
Y destino tirano,
Idear la mente y escribir la mano
Estos que á ti dedico versos rudos,
De primor y elegancia tan desnudos.
Para mayor tormento, se imajina
Donde quiera consuelos y divina
Felicidad mi arrebatada mente,
Que fácil se afervora y alucina,
Y es en todo por ella divisada
La dicha que jamas encuentra en nada.
Como goloso infante, viendo henchido
De licor rubio el cristalino vaso
Que de su audaz inquieta mano acaso
Al alcance dejó servil olvido;
Si engañado le coje y bebe ansioso,
En lugar de la miel apetecida
Que imajinó gustar, gusta rabioso
El sabor de amarguísima bebida,
Destinada al provecho
De enfermo preso en congojoso lecho;
Tal engañada el alma, halla tan solo
Un sinsabor donde creyó un contento;
Y aunque padece sin cesar el dolo

De suerte mofadora,
Dolores no le excusa el escarmiento,
Y en cada dia un desengaño llora.
  Y ¡siempre así será! ¿de la ventura
Nunca veré el semblante?
Y desde que del sol la lumbre pura
Mis ojos alumbró hasta que en oscura
Eterna sombra se hundan y alto sueño,
¿No habré de ser feliz ni un solo instante?
¿Perenne desamor es mi destino?
¿Eterna soledad es mi camino?
¡Ai! tú mi adios postrero
Sola recibirás, si ya no muero,
Para mi mayor daño,
De ti distante y en pais extraño;
Y solitario partiré del mundo,
Cual de grande ciudad triste extranjero
Parte, sin que de nadie se despida,
Ni brazos le den fieles
El abrazo postrer de la partida
De su breve morada en los dinteles,
Ni el usado lenguaje
De labio alguno amigo
Oiga, que del viaje
Como augurio feliz lleve consigo.
  ¡Cuántas veces, como él, solo me alejo
De alguna gran metrópoli europea,
Y en largo lloro mis mejillas baño,
Al ver que á otras ciudades me encamino
Donde nadie me espera ni desea,
Donde será, como en aquélla, extraño
El triste peregrino!
Y este viaje que ignora
Dulce saludo y tierna despedida
Es una imájen fiel y dolorosa
Del viaje solitario de mi vida.
  Mas no me niegue el hado
Siquiera este consuelo
De morir en mi patria y á tu lado,
Y en el regazo amado

Donde durmió mil veces pequeñuelo,
Incline tu hijo y hunda
Su pálida cabeza moribunda.
Cuando, en mi muerte próxima y temprana,
En la vecina iglesia triste doble
De los agonizantes la campana;
Cuando sin alma esté mi cuerpo inmoble
Y cual cera amarillo;
Cuando, al sonoro impulso del martillo,
El postrer clavo mi ataud taladre;
Cuando por fin con indolente priesa
Escondan mi cadáver en la huesa;
Me llorarás tú solamente, madre.

1858.

TRISTEZA DE LAURO.

«Es tal mi tristeza
Y melancolia,
La aficion al llanto
En mí es tan nacida,
Que, aunque he padecido
Mil penas prolijas,
Padecer quisiera
Áun mas todavía:
Trabajos de aquellos
Que al mundo lastiman,
Extrañas miserias,
Grandes, inauditas,
Por que se emplease
La tristeza mia,
Que objeto hoi no tiene
Bastante, en sentirlas,
Y estarlas llorando
De noche y de dia:
Á Oréstes, á Edipo,
A Job tengo envidia,

Al famoso Hebreo
Que siempre camina,
Y á cuantos pasaron
Tremendas desdichas:
Y, así como algunos
Al laurel aspiran
Entre los guerreros
Que el clarin publica
De la Fama, y otros
Entre los artistas,
O entre los que pulsan
Melodiosa lira;
Así yo deseo
Con ansia encendida,
Merecer la gloria
Y alta nombradia
Del mas desgraciado
Varon cuyas cuitas
Relatan historias
Modernas y antiguas.
«Bien sé que es locura
Ésta conocida,
Ni dudo que á muchos
Parezca mentira;
Mas no está en mi mano,
Y es vana porfia
Querer que se cambie
Mi condicion misma:
Porque siempre extraña
Me fué la alegria,
Ni á mi alma se amolda
Como su enemiga;
Triste por esencia,
Cual nuestra raza india,
Soi; todo lo alegre
Me cansa y hastia,
Y solo en lo triste
Hallo mis delicias.»
Esto muchas veces
Lauro me decia,

El hombre mas triste
Que traté en mi vida,
En quien la tristeza
Pasaba á mania,
Y aun era corpórea
Dolencia prolija,
Que en su abril lozano
Sepultó sus dias.

1858.

AL SUEÑO.

¿Por qué, cuando con voz mas dolorosa
En llamarte me empeño,
Miéntras la inmensa creacion reposa,
De mis cansados ojos más te alejas,
Hijo de la tranquila Noche umbrosa,
Blando, plácido Sueño?
¿Por qué tan solo á mis dolientes quejas
Negando oido, á los vivientes todos
En profunda quietud sumidos dejas,
De tu licor dulcísimo beodos?
¿Por qué, por qué no vienes
Con ala lisonjera
Á cobijar mi ardiente cabecera
Y á refrescar mis abrasadas sienes?
Harto estoy de la vida, cuyo peso
Mis fuerzas vence con inmenso exeso;
Ven, pasajera muerte,
Y en tu hondo seno dándome acojida,
El alma torna vigorosa y fuerte
Para volver á recibir la vida.
Á todos nos igualas
Bajo la sombra de tus negras alas,
Y espíritus extraños
Á la ventura no hay de tus engaños:
El triste amante sueña
Que, grata y halagüeña,

Paga su ardiente llama
La hermosa que despierto le desama;
Libre se sueña el que suspira preso
En calabozo lóbrego y profundo;
Poseer imajina el vil mendigo
De Midas los tesoros y de Creso,
Y dueño ser y emperador del mundo;
En su patria se sueña el desterrado,
De su consorte al lado
Y entre los brazos de su fiel familia:
Mas, miéntras, gracias á tu error piadoso,
Es cada desgraciado
El curso de una noche, venturoso,
Yo tan solo, en durísima vijilia,
Siento crecer en las nocturnas horas
Mis ansias y congojas veladoras.
Vé y lleva mi desvelo al centinela
Que, sin salir del puesto,
Al crudo hielo de la noche vela,
Llevando al hombro su fusil molesto;
O al que en el mar oscuro, de la nave
Donde cien vidas en tus brazos yacen,
El timon rije á solas,
Y ya á tu halago resistir no sabe,
Pues hasta el ronco arrullo de las olas
Á saborear le brinda
El licor de tus blandas amapolas;
O á la humilde doncella, que, aunque linda,
Guarda la flor de su pureza, y gana
El pan escaso de su madre anciana,
Moviendo diligente hasta la aurora
La aguja voladora;
O á la viuda casta,
Que, como á su trabajo el sol no basta,
Es bien que tu ley viole
Para sustento de su tierna prole,
Y en su santa tarea
Tambien las horas de la noche emplea.
De estos y de otros tales,
Á quienes el deber ó la enemiga

Pobreza suma á desvelarse obliga,
Dame el reposo y mi desvelo dáles.
  Apiádate de mí, que á moribundo
En la congoja que me aflije copio,
Y dejándome henchido de tu opio,
Largo reposo envíame y profundo;
Que si favor tan alto me concedes
Y repites constante tus mercedes,
Coronas de tus flores
Mi agradecida mano á tus altares
Suspenderá á millares,
Y extenderá mi lira tus loores.
  ¿Cuándo será que, cual beldad ingrata,
No huyas de aquel que te convida y ruega,
Ni á cuantos te rechazan diligentes
Sities, halagues, tientes,
Hasta quedar de sus sentidos dueño?
¿Por qué te muestras tan crüel y esquivo
Á mí, que tanto te codicio, Sueño,
Y tan dulce placer de ti recibo?
Mas ¿cómo desëoso
No viviré de tu feliz reposo,
Si, como cuando vivo,
De alma y cuerpo á la vez no gimo enfermo
Cuando en tus brazos amorosos duermo?
  Siempre anhelado llegas: ora seas,
Sin visiones ni ideas,
Hondo desmayo, como
El sueño eterno de pesado plomo
Que en el sepulcro dormiremos; ora
Te acompañe de ensueños voladores
La turba encantadora,
Tejiendo danzas y regando flores.
Tú á las riberas de mi patrio rio,
Por sobre montes é interpuestos mares,
Me llevas blando y pio;
Por ti penetro mis remotos lares,
Y á mi madre querida
Y mis dulces hermanos reunido,

La doméstica vida
Ufano vivo en mi dichoso nido.
  Por ti talvez visito
Una region tan bella como el cielo,
En la cual hallar suelo
Con júbilo infinito
Dulces seres amados
Por muerte ó por distancia separados;
Y en hermanable sociedad con ellos
Hallo otros puros nunca vistos seres,
Tan divinos y bellos,
Que dejan de ser bellas á su lado
Las terrenas mujeres.
Goce pués ya de nuevo dicha tanta,
Y de este triste valle
Á mi dichoso cielo me levanta
Do mis ausentes y difuntos halle.
  Mas, cuanto más te llama mi jemido,
Más apartas de mí tu raudo vuelo,
Y el encendido anhelo
Con que á venir en vano te convido
Más exacerba mi tenaz desvelo.
  Depon al cabo tu crueldad avara,
Dolido de mis cuitas,
Excelso dios, que con potente vara
Al cansado mortal tornas difunto,
Y cual mago despues le resucitas:
Vénzate al fin mi ruego: ven al punto,
Que del reloj vecino el suspendido
Y dilatado golpe sonoroso
Cuatro veces hirió mi atento oido;
Y si más tu reposo
En venir se demora
Á mi rendido pecho,
Habré de abandonar el triste lecho,
Duro potro sin ti, cuando el brillante
Tálamo deje la rosada Aurora,
Sin merecer siquiera
Tan solo breve instante
Disfrutar de tu blanda adormidera.

Á ELENA.

¡Cuán vivamente anhelo
Contigo hallarme á solas, sin testigo!
Mas apénas ¡ai cielo!
Un instante consigo
Quedarme solo faz á faz contigo;
Súbitamente olvido
Cuanto decirte mi pasion queria;
En lánguido gemido
Fenece la voz mia;
Y tú me ves indiferente y fria!
Empaña negra nube
Mis ojos, con tu luz deslumbradora;
Ora á mi rostro sube
Roja vergüenza, y ora
Amarillez de muerte lo colora;
Me ahoga la congoja;
Tiemblo como del cierzo á los furores
Tiembla la débil hoja,
O cual las leves flores
Se doblan en los tallos tembladores.
Á compasion mi estado
Te ha de mover ó á risa: ¡trance impio!
Y maldiciendo airado
El poco valor mio,
Confuso de tu lado me desvio.
De mi amoroso fuego
Por señales clarísimas testigo,
Si con la voz lo niego,
Búrlase algun amigo
Porque nunca cobarde te lo digo.
Cual suele, lo murmura
Hasta la extraña maliciosa gente:
Mi amorosa locura
Á todos es patente:
Tú, su causa, la ignoras solamente.

TAYLOR INST. OXFORD

O si la sabes, muestra
Tu indiferente rostro que la ignoras:
¿No sintió ayer tu diestra
Mis manos tembladoras?
¿No habla de amor mi faz á todas horas?
¿Harto no te declara
Mi palidez y súbitos sonrojos?
Aunque la voz callara,
¿No dije mis enojos
Con el idioma mudo de los ojos?
Hermoso ramillete,
Matizado de vívidos colores,
Fué tal vez el billete
Donde escribí con flores
La vana confesion de mis amores.
¡Y en sus alas lijeras
Usurpándome glorias y alegrias,
Sin que entenderme quieras,
Huyendo van los dias
Que tú encantarme con tu amor podrias!

1858.

Á UNA VIUDA.

En su gruta la fiera, y en su nido
Reposa el ave; yace el mar sin olas;
Vierte el Sueño do quier sus amapolas
Y de los males el sabroso olvido.
Pero, por más que asalte tu sentido,
Cerrar no logra tus pupilas solas;
Tú solamente su precepto violas,
Dando al trabajo lo que suyo ha sido.
Mas de ti vanamente se querella;
Con tan crecida prole, sin esposo,
Es bien que veles sin cesar por ella;
Y el insomnio prefieras al reposo
Con que, viéndote aún jóven y bella,
Te convida opulento voluptuoso.

Á DIOS.

I.

Despierta, y apercibe
La llama toda que en tu pecho vive;
Tu esfuerzo dobla y tu valor, oh Musa,
Por que con canto mas sublime y grave
Hoi á cantar á tu Señor te atrevas:
¡Quién á mi labio enseña voces nuevas
Dignas de su poder, con que le alabe,
Y cantos no escuchados todavia!
¡Quién en su vuelo audaz venciendo al ave
Que mas léjos se encumbra
Del cielo azul por la infinita via,
Y, atras dejando la inflamada esfera
Del alto luminar que nos alumbra,
En Sion parara la veloz carrera,
Y, oyendo allí á los célicos cantores,
Del Eterno aprendiera los loores!
O ¡quién hai que la cítara me preste
Con que el real profeta
Las obras del Señor magnificaba
En número celeste,
Que de igualar soberbio no se alaba
Osado acento de mortal poeta,
Por que tambien mi verso
Magnificar pudiera tu universo!
Pero ¿cuál, entre tantas que mis ojos
Miran, competidoras maravillas,
Hijas, Señor, de tu creadora mano,
Celebrará mi labio la primera?
¿Retrataré el vastísimo Oceano,
Que ya lame tranquilo sus orillas,
Ya se hincha y se revuelve y ruje insano,
Amagando cubrir la tierra entera?
¡Inútil amenaza! ¡vano miedo!
Que, como de diamante alta barrera,

Bien le aprisiona la invencible raya
Que tu potente dedo
Á sus furores señaló en la playa.
Y ¿qué inmenso guarismo
Abarcar jamas pudo
El escamoso mudo
Vulgo que habita su insondable abismo?
Desde el pintado pececillo leve
Hasta el tremendo Leviatan jigante,
Á viviente navio semejante
O á isla que se mueve:
Arde, á su paso, el piélago, y se altera
Como hirviente caldera,
Y en riza espuma se dilata cano
Como la cabellera de un anciano.
¡Cuán sublime la mar! ¡Cuál, á su abierta
Ancha llanura, en términos incierta,
De tu inefable inmensidad, Dios mio,
El sin igual concepto se despierta!
Y siempre que del puerto me arrebata
El vuelo del alígero navio,
Cuando derrama su creciente velo
La vasta lejania, y por doquiera
Me circunda la doble
Azul inmensidad de mar y cielo;
El interior reposo
¿Quién describir pudiera,
Y el hondo sentimiento misterioso
De que me siento todo poseido?
Pues entónces, Señor, en tu recuerdo,
Cual pez en ancho piélago, me pierdo,
Y del mundo y de mí me ocupa olvido.
¡Quién como tú, Señor! pues, aunque sea
Grande y ancha la mar á maravilla,
Entre sus playas cabe;
Y toda en torno mídela y pasea
El hombre osado con la aguda quilla
De leve frájil nave,
Que á su ribera aborda mas remota;
Mas en tu inmensa idea,

Océano sin fondo y sin orilla,
Con quien es breve gota
El anchuroso reino de Neptuno,
Naufraga del pensar la navecilla.
  Mas ¿de qué material tu mano labra,
Señor, tales portentos? De ninguno
Has menester: fecunda tu palabra
El seno oscuro de la Nada inerte,
Que de su seno vierte
Mundos tras mundos, hasta
Que sonar oiga tu imperioso *basta*.
Como, al soplo del viento,
Saltan sin cuento mínimas centellas
De las ardientes brasas,
Así á tu soplo el vasto firmamento
Se tachonó de estrellas
Y fulgentes luceros que no tasas.
  Con ellos en el sol creó tu diestra
Tu mas sublime espléndido traslado,
Que á nuestros ojos hechizados muestra
De tus divinas obras la armonía:
Alma, vida, placer de lo creado,
Y la luna creó, del sol hermana,
Quieta callada lámpara nocturna,
Que en alumbrar la humana
Mansion terrena con su hermano turna;
Al caminante grata
Y á triste solitario peregrino,
Que, en nocturno camino,
Su hermosa faz de plata
Sin cesar considera,
Y la juzga celeste compañera.
¡De arrobo cuántas horas y consuelo
Mi corazon la debe!
¡Cuánto mirarla pláceme sin velo,
De la mitad del cielo enseñoreada,
Vistiendo el llano con su luz de nieve,
Y derramando luminoso hielo
Que penetra hasta lo íntimo del alma
Y del dia el ardor serena y calma!

II.

Y así como crear no fué tarea
Para tu omnipotencia descansada
Y bastar pudo de tu labio un *sea*
Para que el mundo fuese,
Así fuerza será que de la nada
Al hondo seno maternal regrese,
Cuando *falte* decir fuere tu agrado;
Pues solo tu querer omnipotente
Lo creado sustenta eternamente,
Y dél el universo está colgado.
Como mirar entretenido suelo
Vano aereo palacio
Que tal vez el acaso caprichoso
Edifica de nubes en el cielo,
Y repentino viento en breve espacio
Lo deshace veloz y desordena;
O cual frájil arena
Con que levanta torres un infante
Que derriba su mano en el instante,
Así tú el dia del final jüicio
Del orbe destruirás el edificio.
Pestes y hambres serán, y universales
Asoladoras guerras,
De tan tremendo dia las señales;
Y, cubriéndose sol y estrellas puras,
Se quedará la Creacion á oscuras;
Sus olas empinando como sierras,
Tan horrendos bramidos
Levantará la mar embravecida,
Que de pueblos distantes
Con espanto mortal serán oidos,
Y al fin los lindes le darán salida
Que no salvaron sus furores ántes;
Y, en continuo vaiven, de polo á polo
El globo temblará como un navio
En mar airada que alborota Eolo;
Y todo habrá de ser horror y asombros,

Hasta que aquel que aquí profetizólo
Baje en toda su gloria y poderio
Del incendiado mundo á los escombros,
Á juzgar á los vivos y á los muertos,
Con la trompeta del querub despiertos.
¿Quién entónces podrá del juez augusto
Sin mortales desmayos
El rostro contemplar? de sus jiradas
Iracundas miradas
¿Quién resistir los deslumbrantes rayos?
Á su presencia temblará hasta el justo
Cuya vida jamas manchó pecado,
Y el mártir temblará, de espanto lleno;
Y, si aun él temblará, ¿cuál del malvado
Habrá de ser la confusion y susto,
Cuando á él se vuelva tu furor y le hable
De aquella voz el espantoso trueno,
Y le lanze tu fallo inapelable
Al vengador abismo, cuyas puertas
Jamas serán por tu perdon abiertas?
Mas, miéntras llega el postrimero dia,
De tus justicias el rigor tremendo
Tal vez recuerdos suyos nos envia:
Como cuando al ruinoso terremoto
Mandas, que desalado de repente
Llega con sordo subterráneo estruendo,
Cubriendo el alma de pavor ignoto:
El suelo como el mar se hunde y levanta;
El polvo entenebrece el aire todo;
De la cima á la planta,
Cual jigante beodo,
Tiembla y vacila la encumbrada torre;
Huye del muro y suspendido techo
Y á las plazas y campos rauda corre,
En confuso tropel, la triste gente,
Que, de espanto amarilla,
Y con rápida mano hiriendo el pecho,
Dobla en tierra la trémula rodilla:
O como cuando sueles
Recorrer los espacios celestiales

En tu lijero reluciente coche
Que arrebatan sonantes vendavales,
Tus alados prestísimos corceles.
En repentina noche
Cambiar se mira el refulgente dia;
Sordo retumba cual cañon el trueno,
Los relámpagos brillan cual espadas;
Rasga el cielo y vacia
Sus hondas cataratas; guarda el seno
De la tierra á las fieras espantadas;
Mira el villano, de defensa ageno,
Anegadas, deshechas
Las futuras cosechas,
Que cual presentes la esperanza goza,
Miéntras el techo frájil y pajizo
De su desnuda choza
Apedrean las nubes con granizo.
Mas, deponiendo tu irritado ceño,
Con la luz nos devuelves la esperanza,
Y en los aires descojes el risueño
Arco listado de colores siete,
Que, recordando la feliz alianza
Que con Noé ya hiciste, nos promete
Que nunca otro segundo
Diluvio de agua ha de inundar el mundo.

III.

Tuya es, Señor, la tarde,
Cuando, al tocar la cotidiana meta,
Entre las olas arde
El rojo disco del mayor planeta:
Entónces de la sacra Ave María
La lenta melancólica campana
Llorar parece el moribundo dia;
Cesa el duro trabajo, y al reposo
Se da y al sueño la familia humana,
Y queda el orbe oscuro y silencioso:
Tuya es tambien la aurora,
Cuando del sueño el mundo resucita

Y el santo bronce con su voz sonora
El hombre llama á tu mansion bendita,
Á darte humildes gracias en tal hora,
Pues en la dulce vida
Áun conservarnos bondadoso quieres.
Y con nuevo vigor á la faena,
Por la pasada noche interrumpida,
Ya torna cada cual; y do quier suena
El rumor de oficinas y talleres.
Tú en altos montes nuestro globo elevas,
Cual gigante sosten del firmamento,
Y ya en valles le bajas y quebradas,
Por que así con escenas siempre nuevas
Y bellezas sin cuento
Se deleiten del hombre las miradas;
Tú, en las alpestres rocas,
Capaces grutas y profundas cuevas
Abres, cual negras bostezantes bocas:
Tú con puro inexhausto licor frio
Las hondas fuentes cebas;
Por ti nunca de andar se cansa el rio
Que viaja sin cesar al oceáno,
Y nuestra vida rápida retrata;
Por ti, cual sierpe de brillante plata,
Por el herboso suelo
Va jugueteando músico arroyuelo:
Tú das á las montañas
Marmoreas y metálicas entrañas,
Y alta cimera de perenne hielo:
Tú cubres de la tierra la ancha espalda
Con rico manto de verdor y flores;
Tú el rubí leonado y la esmeralda
Escondes en su seno, y el diamante
Que al sol hurta sus claros resplandores,
Rei de las otras piedras arrogante;
Y cuantas piedras bellas,
Uniendo el resplandor á los colores,
Son rivales en luz de las estrellas
Y en los ricos matices de las flores.
¿Á quién, Señor, sino á tu diestra sola

Debe el ave la armónica garganta,
Con que hinche de dulzura la arboleda,
Cuando el alba los cielos arrebola?
Mas al bello pavon, porque no canta,
Vistes con fina matizada seda,
Y pintas de su cola,
Sembrada de ojos mil, la vasta rueda,
Que se abre cual magnífico abanico
De pedrería salpicado y rico.
Mas, aunque tan hermoso, no presuma
La palma merecer de beldad suma:
Al picaflor la ceda,
Al picaflor que abeja ó mariposa
Imita por lo breve y, al par de ellas,
Del néctar se sustenta de las flores,
Y en esmaltada pluma
Es, como la menor, la mas hermosa
Entre las aves de la tierra bellas.
Por ti, Señor, los euros voladores
El águila soberbia desafia,
Que tan veloz hasta los cielos sube,
Cual baja el rayo de la negra nube;
Y á sus felices ojos solamente
Su faz deslumbradora
El sol radioso contemplar consiente:
Mas ya cedió el imperio de los vientos
Al cóndor peruviano;
Que á la misma rejion donde tu mano
La menor ave cria,
Dar así tambien sabes
El jigante monarca de las aves.
Tú armas de agudas astas
La frente dura del valiente toro,
Á quien provoca el hombre y amenaza
Y vence y mata, de la llena plaza
Entre el tumulto y aplaudir sonoro;
Y entre torcidos cándidos colmillos
Dobla por ti su dilatada trompa
El enorme elefante,
Que, sustentando torres y castillos,

De las bélicas marchas en la pompa,
Semeja viva fábrica ambulante.
Das á la hiena temerosos ojos,
En viva sangre rojos;
Al viajero camello,
Nave de los desiertos, largo cuello,
Y breve monte en prominente jiba;
Del tigre y la pantera tus pinceles
Pintan á manchas las hermosas pieles;
Y á ti debe el leon su frente altiva,
Y su roja melena,
De su cabeza natural corona
Que por rei de las fieras le pregona,
Y que, airado, sacude y desordena;
Y á los roncos rujidos
Con que la selva atruena
Tiemblan los animales pavoridos.
Lijera diste voladora planta
Y de ramosa cornamenta el alto
Adorno al vividor medroso ciervo,
Que de su propia sombra huye y se espanta;
Paciencia de que nunca se vió falto
En su eterna tarea,
Al torpe asno, del hombre humilde siervo,
Y valor al caballo y hermosura,
En cuya espalda aquél viaja y pasea,
Y le acompaña en la marcial pelea,
Al freno dócil y á la espuela dura.
¿Mas qué diré del can, entre animales,
De tu bondad clarísimo testigo,
Espejo de leales,
Del hombre fiel inseparable amigo,
Y valiente guardian de sus umbrales;
Ultima compañia
Del solitario mísero mendigo
Y de la noche de sus ojos guia?
Tu poder y sin par sabiduria
Resplandecen do quiera; y á porfia,
Desde el humilde lirio
Que en el valle se oculta hasta el fulgente

Astro remoto, y desde el vil insecto
Al alado cantor del cielo empirio,
Narrándolas están en elocuente
Sempiterno pregon todos los seres,
Contentos igualmente de tus dones:
Mas tales perfecciones
Las demas perfecciones de que lleno
Estás no eclipsa; y, pues no ménos eres
Que poderoso y sabio, dulce y bueno,
Débate mi dolor que escuches pio
La ferviente oracion del labio mio.

IV.

Los ojos vuelve á mi adorada tierra,
Mansion antigua de fraterna guerra:
Desventurada madre cuyo seno,
Como de sierva ruin, hiere y maltrata
La torpe mano de su prole ingrata:
De la Discordia insana pronto freno
Pon á las iras; el Orgullo loco
É hidrópica Ambicion nunca contenta,
Á quien la sed el refrigerio aumenta,
En este suelo humilla,
Donde la igual República igualmente
Á todos todo ambicionar consiente:
Tu diestra ensalze á la suprema silla
Modesto ciudadano
Que ame la patria con amor romano.
Con tu ciencia y doctrina
Nuestros lejisladores ilumina,
Y santifica con vigor su pecho,
Por que del mando injusto
Al despótico gusto
No los rinda temor ó vil provecho;
De parecer se afrente compra y venta
La Justicia avarienta;
No de las mismas manos desleales
En que es mengua mayor tanto delito,
Con descaro inaudito

Presa sean los públicos caudales;
No, como en pueril juego,
Cambie de enseña y parte
Una vez y otra el seguidor de Marte;
Ni, de tu santa Relijion en mengua,
Destruya tu ministro con su ejemplo
Cuanto en el sacro templo
Al pueblo predicó su indigna lengua.
Y, pues fué la familia
El fundamento siempre del Estado,
De las mujeres la flaqueza auxilia,
En que de aquélla el peso está fundado:
No, el lecho conyugal amancillando,
Incierta el adulterio haga la prole;
De la vírjen sencilla
El pudor arrebole
La modesta mejilla
Á una sola mirada ménos casta;
Huya del peligroso galanteo
Y vano juego de vulgar Cupido,
Que la virjinidad del alma gasta
Que zeloso reclama el Himeneo;
Y pueda, esposa, recordar un dia
Que á un acento amoroso
Jamas abrió el oido
Sino del labio de su dulce esposo.
No al hijo la materna idolatria
Con el regalo engria
Que postra el cuerpo y afemina el alma,
Ni el exceso enemigo
De su ternura impune deje ahora
La falta, de otras mil engendradora
Sin el justo benéfico castigo.
Y, sí en el labio maternal aduna
La dulce Persuasion todo su encanto,
Inspírele con él desde la cuna
El amor de la patria sacrosanto;
Y con las madres de la antigua Esparta
La alabanza comparta,
Y aun les gane de fuertes la corona,

Cada peruana varonil matrona.
Tú quisiste que grande entre Naciones
La hermosa tierra de los Incas fuera:
¿Mas, dí, no la colmaste de tus dones
Que otra cualquier rejion del Nuevo Mundo,
Y áun de la tierra entera?
¿Claro ingenio no diste á sus varones?
¿El suelo no blasona mas fecundo
Que el sol en ambos mundos considera?
¿Do quier antigua fama no relata
Que inundó su opulencia el universo
Con rios de oro y piélagos de plata?
¿No la privilejiaste con tesoro
Que le tributan de la mar las aves
Y cuyo humilde nombre al grave verso
Veda decir poético decoro?
Mas de tales presentes
Y otros mil, á que el labio viene escaso
Que contarlos procura, ¿te arrepientes?
¿Cambiarse pudo tu designio acaso?
De nuestro llanto y afliccion te apiada,
Y compasivo mira
Cuán larga edad el peso de tu ira
La dejara á sí sola abandonada:
Alárgale, Señor, la diestra fuerte,
Y del profundo abismo
Do la infeliz perece, la levanta;
Deja que cumpla la gloriosa suerte
Que le quisiste señalar tú mismo,
Al darla dones con largueza tanta.

V.

Y, si despues de haber alzado el ruego
Por la patria infeliz, sin desacato
Me es dado por mí propio alzarlo luego,
De la muerte, Señor, vivo retrato
Mírame, cuando apénas
De la mitad primera me despido
Del lustro quinto de mi vida; grato

Tiempo para otros, al amor debido,
Mas, como la vejez, lleno de penas
Para el que lento mal mina y devora:
De Hipócrates al arte
Demandé en vano mi remedio; en vano
Lisonjera esperanza engañadora
Me hizo surcar el húmedo oceano;
Ni así consigo que de mí se aparte
Mi estraño mal; para tornarme sano,
Dáme tu voluntad, sola bebida
Que me pudiera devolver la vida.
Baje á mis preces tu piedad su oido,
Y la salud infúndame tu aliento;
Mas que para mí propio y mi contento,
Para mi cara patria te la pido.
No me dejes morir tierno mancebo
Que nada hacer en su provecho pudo,
Y en mí, robusto pon un hombre nuevo,
Que en juventud activa
Para el servicio de la patria viva.
Bien sé que estás, Señor, de mí ofendido,
Y son tan numerosos mis pecados,
Vuelta en naturaleza la costumbre,
Que es fuerza que en el seno del olvido
Los sepulte su misma muchedumbre;
Mas ¿qué gran pecador que, arrepentido,
Á ti volviera, halló jamas cerrados
Los brazos que en el áspero madero
Abriste á recibir al mundo entero?

1858.

NOCHE SERENA EN EL MAR.

Á que admires extático conmigo
De estiva noche la beldad estraña,
Con presta planta sube
Al techo de la nave, dulce amigo:

En la mitad del cielo, que no empaña
La mas delgada transparente nube,
Brilla la blanca luna,
Y en la mar que parece ancha laguna,
Por sosegada y lisa,
Mayor su rostro copia; fresca brisa
Roza apénas la faz, pura y süave,
Como el húmedo aliento de la noche;
Ondas divide la sonante nave
Con ruedas que alzan espumosa nieve,
Como marino jigantesco coche
Que sin caballos por el mar se mueve.
Al ver tan solo mar y firmamento
Que limitan la vista por do quiera,
¿No sientes dilatarse tu alma, díme,
Y henchirse del profundo sentimiento
Que engendran lo infinito y lo sublime?
¿De tu pecho no huyó la pena fiera
Con que tu corazon en tierra jime?
De nuestra móvil casa de madera,
Apénas el vaiven la planta siente:
¡Tan rauda á un tiempo y blanda
Sobre las olas adormidas anda!
Aquí pues, platicando suavemente,
Nos halle el nuevo dia
En dulce compañia,
Que á desdeñar del sueño
El reposo halagüeño
La noche nos convida,
Por mirar su hermosura esclarecida;
Y áun ser puede que en noche tan serena,
Segun relatan los parleros viejos
Marineros, oigamos á lo léjos
El canto dilatado en el espacio
De la dulce Sirena,
Que del divino son con la cadena
Llevar nos quiera á su húmedo palacio.

1858.

Á CLORINDA.

Siempre que miro, Clorinda,
Tu hermosura, te cotejo
Con el indio tominejo,
Por lo pequeña y lo linda:
Por su pequeñez graciosa,
Entre las flores semeja,
Áun mas que pájaro, abeja
O brillante mariposa.
Es su pico fina aguja,
Dos puntos sus ojos son;
Mas con tanta perfeccion
El Creador la dibuja,
Que en hermosura rival
No conoce esta avecilla,
Y á su plumaje se humilla
El soberbio pavo real.
Hermosura tan extrema
Adorna al pájaro mosca,
Que fuera sin lustre y tosca
Joya de imperial diadema,
Que innumerable caudal
Á su noble dueño cuesta,
Comparada con aquesta
Viva joya natural,
Do las plumas verdes, gualdas,
Azules y carmesíes,
Topacios son y rubíes
Y zafiros y esmeraldas.
Se esmeró Natura en ella,
Y juzgar así se debe
Que solo la hizo tan breve
Para formarla mas bella.
Pues, si en el ave menor
Ostentó su mejor obra,
Á la que en belleza sobra
Lo que le falta en grandor,

No te pese no ser alta,
Oh graciosa criatura,
Si te sobra en hermosura
Lo que en tamaño te falta.

1858.

RETRATO DE ELENA.

¿Dónde, Elena, en qué parte
Del tan vario universo,
Hallar podrá mi verso
Bellezas á que pueda asemejarte?
¿Con qué esfuerzo del númen ó del arte
Acertaré á formar tu fiel traslado?
Entre imájenes tantas que, de aquellos
Y estos objetos bellos
Que ofrece á los sentidos lo creado,
En sus inmensos senos cada dia
La memoria riquísima atesora,
¿Cuál tan sublime imájen y tan pura
Elejirá la amante fantasía,
Para pintar ahora
Tu milagrosa y única hermosura?
Cedan de hoi más la palma y alabanza
Los pardos, negros y celestes ojos
Á los divinos tuyos, que colora
Con su verdor alegre la Esperanza:
La mejilla lozana
De la rosada Aurora
Iguala apénas la lustrosa grana
Que en tu fresca mejilla
Aun de la rosa el rosicler humilla;
Humilde tributario
Es de tu blanca tez el mármol pario;
Y al oro envidia diera
Tu riza y abundosa cabellera,
Merecedora de adornar un dia,
Coronada de estrellas,

La vasta frente de la Noche umbria.
De la Ciprina Diosa
La mas bella afamada estatua griega,
De que hace alarde el orgulloso Luvre, *
Á la vista dichosa
Del que anhelante á contemplarla llega,
Mas puras bellas formas no descubre
Que las que sufre tu pudor sin velo;
Sirviéranle tus brazos de modelo,
Á escultor que quisiera
Devolver, completando su hermosura,
Á esta de Vénus copia verdadera
Los que hoi llora perdidos la Escultura;
Y afrenta son de los rosados dedos
Con que el Alba rïente
Abre las puertas del dorado Oriente
Al sol que vuelve á los mortales ledos,
Los que rematan tu pequeña mano,
Tu linda mano de rosada nieve
Bajo la cual apénas
El néctar puro á azulëar se atreve
De las delgadas transparentes venas.
Mas ¿quién dirá la gracia soberana
Que aumenta tus hechizos
Y que en tu acto menor luce patente?
Cuando, al volver tu majestuosa frente,
Mueves los blondos rizos,
O las miradas jiras suavemente,
O tu boca risueña
Perlas entre corales nos enseña,
Abierto el mismo cielo se divisa:
No con tan dulce celestial sonrisa,
Donde áun templar parece Amor su dardo,
Se está rïendo la divina Lisa
En el lienzo inmortal de Leonardo. **
Tu voz tan blanda suena,
Que semeja tu hablar un dulce canto;

* La Vénus de Milo á la que le faltan los brazos.
** Este es el famoso retrato de Monna Lisa, conocido con el nombre de la Gioconda, obra maestra del Vinci y de la pintura.

Mas, si cantas, vencida la Sirena
Envidiosa te escucha con espanto;
Y arroja, ardiendo en ira,
La ménos dulce lira,
Cuando, animado por tu diestra mano,
Brota sublimes májicos acentos,
Y es el rei el piano
De músicos sonoros instrumentos.
Es tu andar tan airoso y elegante,
Que parece que fueras escuchando
De música incesante
El süave son blando,
Con el que vas acompasando cada
Movimiento y pisada:
Irresistible gracia en todo muestras:
De cuanto dices ó haces las divinas
Gracias te son maestras,
Á ti siempre vecinas;
La perfeccion en fin nos pasma y ciega
Que tu persona bienhadada enjoya,
Y la beldad recuerda de la Griega,
Cantada ruina de la excelsa Troya;
Te adora reverente
Quien de mirarte alcanza la ventura,
Como imájen de Dios, que al bajo suelo
Tu beldad estupenda
Conceder quiso, en generosa prenda
De las que encierra el prometido cielo.

1858.

SUEÑO DE UN MALVADO.

Durmióse; y al profundo abismo luego
Le parece que baja despeñado,
Donde castiga inextinguible fuego
Á cuantos mueren en mortal pecado:
Y donde son las penas tan atroces,
Que las mayores penas terrenales

Son ilusiones y parecen goces
Junto á aquellos tormentos inmortales.
  Él, á quien enseñó Filosofía
Que mueren alma y cuerpo juntamente,
Él, que del fuego eterno se reia,
Ya, ya se mira en la ciudad doliente.
  ¡Ai! ¡qué voces extrañas! ¡ai! ¡qué lloro
Desesperado hiere sus oidos!
¡Ai! ¡qué confuso ensordeciente coro
De gritos, de blasfemias y jemidos!
  De hirsuta cola y retorcido cuerno,
Ya le circunda enjambre numeroso
De los feos señores del Infierno,
Mas feroces que toros en el coso.
  Prueba de ellos á huir; y á cualquier lado
Un furioso demonio ve delante;
Crudos hieren su cuerpo desdichado
Con saetas de fuego penetrante,
  Cuyo incendio con tal viveza siente,
Que súbito del sueño se recuerda,
Dando por el terror diente con diente,
Temblando todo cual vibrada cuerda.

1858.

Á LA LUNA.

  Duerme el anchuroso suelo;
Mas con tristeza importuna
Yo solo jimiendo velo;
Y tú, solitaria luna,
Velas tambien en el cielo.
  Y me parece que, en tanto
Que los ojos fijo en ti,
Tú me miras desde allí,
Y al ver mi copioso llanto,
Te compadeces de mí. 1858.

Á ELENA.

I.

Contemplando callaba embelesado,
Feliz visitador, á dos doncellas,
Tan puras y graciosas como bellas,
Y bellas ambas en el mismo grado:
Mas, apénas llegaste, y el estrado
Alto asiento te diera en medio de ellas,
Como ante el sol se apagan las estrellas,
Así se oscurecieron á tu lado.
Que, como el mismo sol humanas teas,
Así tú, Elena, á las demas mujeres
Cubres con tu luz fúlgida y afeas.
Cesan contigo varios pareceres,
Y aunque la sola en ignorarlo seas,
Tú la beldad de las beldades eres!

II.

Cuando contemplo el delicado velo
Que á tu alma bella da digna morada,
Y pienso que beldad tan extremada,
De idëal perfeccion tipo y modelo,
Ha de sentir de la vejez el hielo,
Y que la Muerte con su mano airada
Ha de sumirla en espantosa nada,
De lei tan dura con horror me duelo.
Mas ¿qué diciendo está mi Musa impia?
¿Alta revelacion no me asegura
Que, gloriosa y mas bella todavia,
La de mí tan amada vestidura
Ha de resucitar el postrer dia
Para unirse de nuevo á tu alma pura?

1858.

DELANTE DEL CUADRO DE RAFAEL SANCIO.

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE "PASMO DE SICILIA."

Al fin te miro, oh del divino Sancio
Cuadro sublime, ni al Tabor segundo, *
Pasmo, no de Sicilia, mas del mundo;
Donde, rendido al humanal cansancio,
Se ve doblar en tierra la rodilla
Al Dios de quien espántase el profundo
Y á quien la suya el querubin humilla!
Ved al peso doblarse del madero
Al que sustenta el universo entero:
Asida á dura piedra la sagrada
Y creadora diestra omnipotente
Que sacó las estrellas de la nada:
De espina punzadora
Ved coronada la divina frente
Que á los cielos suspensos enamora!
Allí la amante madre congojada,
Por Juan y Magdalena sostenida,
Con sus brazos abiertos le convida
Y le envia ternísima mirada:
¿Qué corazon tan duro no se apiada
Y se derrite en llanto
Al ver, oh madre, tan atroz quebranto?
Esta es aquella dolorosa espada
Que á tu materno pecho
El inspirado Simëon predijo:
Este el tormento insano
Que acibaró á tu amor desde temprano
La gloria de ser madre de tal hijo.
Mas no miro, oh Jesus, dolor terreno
En tu rostro sereno;
Y claro muestra tu mirar divino

* Á la célebre *Transfiguracion*, tenida comunmente por el mejor cuadro de Rafael, igualan muchos el *Pasmo de Sicilia*; de este parecer es el autor de estos versos.

Que, si las agrias postrimeras heces
Del hondo cáliz del dolor apuras,
Voluntario padeces,
Y que eres aquel Dios que al mundo vino
Á salvar á sus tristes criaturas.
Mas tú, ¿cómo pudiste, ángel de Urbino,
Copiar así el semblante, fiel traslado,
Vivo espejo del Padre enamorado?
Solo tu alma podria
De un Dios interpretarnos la agonia;
Y como si, doliente
Pio testigo entre la cruda gente,
El sublime holocausto hubieras visto,
Nos representas el dolor de Cristo.
Do quier se mira respirar la escena,
De tanta vida y movimiento llena,
Que hasta parece á quien, al ver tan rara
Verdad, se indigna y se estremece y llora,
Que la memoria fiel la retratara
Y no la fantasía creadora.
Ni grito ó voces á los labios pido,
Que en cada rostro de tu viva tabla
Más la espresion á las miradas habla
Que hablaran las palabras al oido.

1859.

EN CÁDIZ.

Cuando el sol, al ocaso ya vecino,
Alumbra el mundo con fulgor incierto,
Mis pasos solitarios encamino
Al vasto muro del herculeo puerto;
Que, triste é ignorado peregrino,
En Cádiz vivo como en un desierto,
Y de la ausencia la afliccion no engaña
Ciudad tan bella de la bella España.

Y el codo en la muralla y en la palma
La faz, mirando el oceáno inmenso,
Que ya sus ondas y murmullos calma,
En patria y madre enternecido pienso;
Y traspasando arrebatada el alma
Del postrer horizonte el velo denso,
Vuela al suelo natal, y con la mente
Á mi dulce familia estoi presente.
Al contemplarte, Atlántico oceáno,
Más el amante corazon extraña
Las dulces playas del Perú lejano;
Que, aunque el mar tú no seas que las baña,
Eres al ménos mar americano,
Y senda me será tu azul campaña
Para tornar á su adorado seno
Por el que lloro y sin descanso peno.
Y no miro jamas rápida vela
Tus ondas navegar hacia occidente,
Que no imajine que á los puertos vuela
Del dulce suelo que suspiro ausente:
Copioso llanto mis miradas vela,
Y envidia tengo á la dichosa gente
Que á tus orillas anheladas parte
Y en breve, oh patria, logrará mirarte.
Y tú que te despides, á la fria
Luna dando lugar, y al hemisferio
Opuesto occidental llevas el dia,
Fulgente rei del celestial imperio,
Saluda, oh sol, por mí á la patria mia,
Y dí que un hijo desde suelo iberio
Tierna memoria le envió contigo
Y te hizo de sus lágrimas testigo.

1859.

Á LA SRTA. DA. JUANA Y***

Adios, dulce amiga mia,
Mas que mi amiga mi hermana,
Que, aunque hace aún breve tiempo
Que logré la dicha rara
De conocerte, me debes
Tal cariño, amistad tanta,
Como si te conociera
Desde mi primer infancia;
Si bien el cielo sus dones
Te concedió tan sin tasa,
Y en tan alto estremo te hizo
Afable, modesta, casta,
De tan süave prudencia
Y agudo ingenio adornada,
Que para adorarte siempre
Verte una vez sola basta:
Omitiendo el verso mio
Tu beldad, aunque extremada,
Pues le sobra el ser hermosa
Á la que prendas y gracias
En sí atesora, que en vano,
Por ser tales y ser tantas,
Quiere sumar el guarismo
Ni ponderar la alabanza.
Adios, Juana; acaso nunca
Torne yo á tu bella España;
Tal vez nunca en esta vida,
La crüel fortuna avara
Me dará que á verte torne:
Triste suerte del que viaja.
Mas cierta está que tu imájen,
Entre las mas gratas grata,
Vivirá en mí, vencedora
Del tiempo y de la distancia;

Y cuando mi planta errante
Halle reposo en mi patria,
Con mi idolatrada madre
Y mis hermanos y hermana,
De ti hablaré muchas veces,
De ti, y de tu madre cara,
Que el postrer eterno sueño
Duerme ya en la tumba helada.
Y les diré que mil veces
Con vosotras largas pláticas
Tuve de ellas, y que siempre
Por ellas me preguntabais;
Que largamente la historia
De mi familia os contaba,
Y que tal vez de mi madre
Me oisteis las tiernas cartas,
En bello piadoso llanto
Las pupilas arrasadas.
¡Cuánto tengo de acordarme
De vosotras! ¡Cuántas, cuántas
Veces, al sentir los tiros
De la fortuna contraria,
Los desengaños del mundo
Y de la envidia la saña,
Á lo pasado volviendo
Las anhelosas miradas
En busca de algun consuelo
Á mi presente desgracia,
Habré de acordarme que hubo
Dos nobles piadosas damas
Que con el triste extranjero
Fueron benéficas hadas;
Que, indulgentes con mi extraño
Genio y condicion extraña,
Cual madre y hermana pueden,
Disimulaban mis faltas;
Á quienes mis tristes quejas
Debieron preciosa lástima,
Y que, si entónces me vieran,
De mis penas apiadadas,

Como en un tiempo solian,
Afables me consolaran:
Una digo, que la otra
Es presa ya de la Parca.
Mas perdona, dulce amiga,
Si renuevan mis palabras
En tu tierno filial pecho
La triste memoria amarga
De tu antigua compañera,
De tu madre idolatrada,
Que te dejó con su ausencia
En el mundo solitaria.
Si yo que la traté apênas
Como un hijo llegué á amarla,
¡Cuánto has de llorar sensible
Á madre tan buena y santa,
Tú que desde que naciste
Nunca de ella te apartaras;
Que nunca con dulce esposo
Quisiste, aunque codiciada,
Partir el inmenso afecto
Que en ella sola cifrabas;
Que, léjos del mundo vano
Y de sus fiestas y galas,
Otra fiesta no tenias
Que estar con tu madre cara,
Para quien ella era todo
Y sin ella todo nada!
¡Cuál me quedé, cuando supe
De su muerte inesperada
La noticia que me dieron
Cuando con lijera planta,
De abrazaros impaciente,
Me acercaba á vuestra estancia!
¡Qué ageno mi pensamiento
Del fatal suceso estaba!
¡Qué alegre dia y dichoso
En la sociedad de entrambas
Á mi amistad prometia
La lisongera esperanza!

Pero le pasé ¡cuán triste!
Contigo y sin ella, Juana.
Avivóse á mi presencia
De tu dolor la honda llaga,
Y fueron nuestros saludos
Ayes, gemidos y lágrimas.
¡Cuánto te hallaron mis ojos
En breve tiempo cambiada!
¡Cómo tus dolientes quejas
Me traspasaban el alma!
¡Qué suspiros te salian
De lo hondo de las entrañas!
De consuelo y sufrimiento
Voces mi labio no hallaba,
Que no pareciesen todas
En tan grande duelo vanas.
Y cuando, variar queriendo
Nuestra tristísima plática,
Á hablarte empezé del viaje
Que he de hacer presto á mi patria,
Y te encareci lo recio
Que el paso de la mar vasta
El pensamiento le pinta
Á mi enferma salud flaca,
Aunque término dichoso
Sean del Perú las playas,
Y dulce madre me espere
Y prendas que adora el alma,
Llorosa me respondiste
Con voz así entrecortada:
«¡Ojalá yo hacer pudiera
«Otro largo viaje, para
«Volver á ver en la tierra
«Viva á mi madre adorada!
«¡Pluguiera á Dios, aunque fuese
«Doble, triple la distancia:
«Aunque fuese al fin del mundo;
«Aunque sola, á pié, descalza,
«Enferma y mendiga, hubiera
«De hacer la larga jornada,

«Y cuantos fieros trabajos
«Puede sufrir la constancia
«Fuerza padecer me fuese,
«Con tal que á ver la tornara!»
Y cuantos asuntos iba
Cambiando piadosa maña
En tu querida difunta
Todos así remataban;
Como en sabia sinfonia,
Una juntamente y vária,
Donde en el tema que reina
Se convierten y rematan
Todos los nuevos concentos
Con insensible mudanza;
O como en aquellas tristes
Canciones en donde cada
Estrofa es fuerza que acabe
Con unas mismas palabras.
Ni fue ménos triste dia
El que contigo pasara,
Cuando me brindó tu mesa
Tu suave cortes instancia:
¡Ah! ¡qué fiesta tan alegre
La amistad y la confianza
Hubieran tenido entónces,
Si ella nos acompañara!
Como allá en Madrid un dia
En nuestra comun morada,
Do para su dulce Cádiz
Me convidó veces hartas.
¡Ah! ¡qué placenteras tardes!
¡Ah! qué agradables mañanas!
¡Ah! ¡qué pláticas sabrosas
Sin término prolongadas!
Tú de tu madre quisiste
Cumplirme el convite, Juana;
Pero mas valido hubiera
Que tal convite excusaras.
Pues ¿cómo, díme, pudimos
Tener de manjares gana,

Cuando crüeles recuerdos
El pecho nos lastimaban,
Viendo el asiento vacio
De nuestra cara Doña Ana?
Pudo nuestro labio apénas
Balbucir voces escasas,
Pues el dolor nos ponia
Un dogal en la garganta;
Y, vanos nuestros esfuerzos
Para gustarlas, intactas
Quitó la aflijida sierva
Cuantas esquisitas viandas
Fueron por tus manos mismas
Con esmero preparadas;
Y nos levantamos hartos
Solo de tristeza y lágrimas.
¡Ah! si consuelo en el mundo
Hai para pena tamaña,
¡Dilatártele no quiera
La clemencia soberana!
Yo se lo pido; ó al ménos
Suave y lentamente vaya
El tiempo desenconando
Tan viva profunda llaga;
Torne á florecer un dia
El abril de tu esperanza;
Déte el Señor el esposo
Que tú mereces; y en larga
Vida apacible y tranquila,
De venturas rodëada,
Tan querida esposa y madre
Sé, como fuiste hija cara.
Mi dulce esperanza es ésta;
Éstas mis mas vivas ansias;
Y que de mí algunas veces
Te acuerdes, y tus plegarias
Al cielo devota eleves
Para que de mi desgracia
El fiero rigor se temple,
Y halle al fin salud y calma.

Mas, si te llegó la nueva
De que fallecí en temprana
Edad, á manos de antigua
Honda enfermedad extraña;
Que mi juventud florida
En odíosa vejez cambia,
De Clemente á la memoria
Piadoso llanto derrama,
Y de tu difunto amigo,
Allá en la noche callada,
Cuando por tu madre rezes,
Reza, Juana, por el alma.

1859.

Á MI ALMA.

Alma que en cadenas graves
Vives triste é infeliz,
Y ya en tu prision no cabes,
Como el ave, de las aves
Coronada emperatriz,
Que, aprisionada, no deja
Su altivo instinto rëal,
Y aletëando forceja
Por romper la dura reja
De su cárcel de metal:
De tu triste hermano, á quien
Casi moribundo han puesto
Tu inquietud y tu desden,
Piedad generosa ten,
Ni quieras romper tan presto
La misteriosa lazada
Con que la mano de Dios,
Al enviarte desterrada
Á esta doliente morada,
Un ser formó de los dos.

Calma ese encendido anhelo,
Sufre esa angustia mortal;
De Dios aguarda el consuelo
De desplegar libre vuelo
Á la patria celestial.

1859.

SANTA TERESA.

Con voladora pluma que no cesa,
Y ardiente estilo que las almas doma,
La divina Teresa
Los conceptos altísimos espresa
Que le dicta la célica Paloma.
Y sobre los sublimes inflamados
Renglones, suspendidos tras la silla,
Dos ángeles callados
Inclínanse curiosos á ambos lados,
Leyendo con placer y maravilla.
Y, cual de aplauso y de contento en muestra,
Se miran sonriendo entre sí á veces,
Con la inclinada diestra
Mostrando de la mística maestra
Cada alto rasgo, los divinos jueces.

1859.

A ECO.

«Infeliz enamorado,
De la ciudad el estruendo
Vengo solitario huyendo
Á este triste despoblado,
Donde tú solo á mi acento
Y alto jemido doliente,
Respondes con balbuciente
Lengua sonora de viento;

Repitiendo la postrera
Sílaba de cuanto digo,
Como invisible testigo
Que remedándome fuera.
Y como en su soledad
Compañia necesita
Mi alma á quien decir su cuita,
Cual histórica verdad
Á admitir mi fantasía
La hermosa fábula llega
Que de ti finjió la griega
Risueña Mitología.
Ni te reputo ya un vano
Compuesto de aire y sonido,
Sino un errante aflijido
Viviente espíritu humano.
Sí, tú fuiste ninfa bella
De locuaz habla ingeniosa,
Á quien de Jove la esposa
Privó para siempre de ella;
Cuando, yendo de su infiel
Esposó en busca, su curso
Detuvo tu hábil discurso,
Miéntras se escapaba él.
Mas tu desdicha mayor
No fué tan dura mudez;
Que el que en eterna niñez
Vive, crudísimo Amor,
Tu pecho acertó á prender
En la beldad de Narciso,
Del que á sí mismo se quiso,
Como un hombre á una mujer,
Cuando por la vez primera,
De una fuente en el cristal,
Terso espejo natural,
Vió su figura hechicera.
En mirarse embebecido,
Con clavado inmóvil pié,
Al cabo trocado fué
En la flor de su apellido:

Del Olimpo vengador
Justo condigno castigo
Al rigor que usó contigo
Y con el vulgo amador.
¡Á cuántas ninfas y cuántas
Robado la paz habia,
Que iban en pos noche y dia
De sus adoradas plantas!
Mas lo que en ti su desaire
En ninfa ninguna pudo,
Que te adelgazó el agudo
Dolor y trocóte en aire.
Desde entónces moradora
Eres de las soledades,
De Narciso las crueldades
Lamentando á cada hora.
Por la voz tan solo viva,
Con rubor eternamente
Huyendo vas de la gente,
De todo consorcio esquiva.
Y, si álguien con pié veloz
Por alcanzarte se afana,
Siempre igualmente lejana
Oye tu imperfecta voz.
Pero tus pasos deten
Á mi ruego; solo intento
Contigo hablar un momento,
Quizá por tu propio bien.
Que, si mis penas crüeles,
Ninfa infeliz, escuchares,
De tus antiguos pesares
Podrá ser que te consueles.
Como tú, yo amo tambien,
Y á una bella el alma dí,
Y, como Narciso á ti,
Me paga á mí con desden.
Como tu ingrato doncel,
De sí misma enamorada,
De la turba no se apiada
En idolatrarla fiel.

Y á su constante rigor
No es escarmiento y aviso
El ejemplo de Narciso
Trocado, por vano, en flor.
Ni, ya que esquive la dura
Pena del que amó su imájen,
Teme que los años ajen
Y marchiten su hermosura;
Que, cual si toda la vida
Debiera ser bella y moza,
Simple no aprovecha y goza
Su risueña edad florida.»
Así lamenta sus males
Un desdichado mancebo,
Á quien paga hermosa dama
Con desvios sus obsequios;
Y á sus lastimeros ayes
Con humano triste acento,
Como de oirle apiadada,
Solo tú respondes, Eco.

1859.

Á ESPAÑA.

¡Con cuán fiel semejanza, dulce España,
Tú sobretodo, bella Andalucia,
Me representas á la patria mia,
Cuyo recuerdo siempre me acompaña!
Tanto tu idioma al peregrino engaña,
De tus hijas la gracia y gallardia,
Y de tu puro cielo la alegria,
Que tal vez no se juzga en tierra estraña.
Mas presto el llanto á su pupila asoma,
Y se aflije de nuevo el pecho amante,
Cuando, advirtiendo en breve su error vano,
Ve que, aunque en claro cielo, dulce idioma
Y bellas hijas ¡ai! tan semejante,
No es este suelo al fin el perüano.

1859.

Á UNA SEÑORITA BELLÍSIMA

QUE CONOCÍ EN UN BAILE LA NOCHE ÁNTES DE PARTIR DE.....

Hermosísima reina del sarao,
Con quien apareciera ménos bella
La esposa desleal de Menelao,
Como al rayo del sol la última estrella;
¡Ai! que mañana voladora nao,
Miéntras imprima aún su leve huella
En la blanda almohada tu mejilla,
Me apartará por siempre de esta orilla.
¡Dichosa danza que tu talle estrecho
Enlazar con mi brazo me consiente,
Y que lata de amor mi ardiente pecho
Junto á tu pecho cándido y turjente,
Y que tu aliento beba en quien sospecho
Que Amor respira su vital ambiente!
¡Ah! de felicidad tan soberana
Solo el recuerdo quedará mañana.
Apénas te conozco, ya te pierdo,
Cuando en mi corazon y en mi memoria
Ha de durar eterno tu recuerdo:
Así tal vez en sueños, transitoria
Vision endiosa el alma que, en su acuerdo
Volviendo al despertar, llora su gloria;
Y yo así lloraré cuando despierte
Sin esperanza de volver á verte.
¡Injustas quejas! vale mas que, apénas
Vista, te oculte á mí la suerte avara;
Que por siempre cautivo en tus cadenas,
Si mas tiempo te viera, me quedara;
Y, habitando por tí playas agenas,
Familia, patria, todo lo olvidara,
Y áun la ambicion perdiera y sed de fama
Que á grandes cosas mi destino llama.

1859.

Á LA MUERTE DE D. PIO DE TRISTAN.

Padre segundo de mi madre y mio,
Que la cumbre ocupaste del Estado,
Luego á lo eterno y santo consagrado,
Viviste de la tierra en el desvio:
Tu fin, temprano al mundo, á ti tardio,
Lamenta el pobre á quien contigo el hado
Quitó amparo y sustento y padre amado,
¡Oh en la virtud, como en el nombre, Pio!
Tu familia á quien fuiste muro fuerte,
Y que eterna anhelara tu existencia,
Su gozo en llanto perennal convierte;
Y á mayor duelo el hado me sentencia,
Pues dos años y dos tu acerba muerte
Para mí solo adelantó la ausencia.

1859.

ANSIA DEL CIELO.

Tal vez el cielo, que por noble patria
Confiesa el alma, y sin cesar la llora,
Doloroso contemplo y pensativo,
Desde este triste valle de miseria
Do prisionero vivo;
Cual desde orilla mora,
En encendidas lágrimas deshecho,
Mirar solia el Español cautivo
Los verdes campos de su dulce Iberia,
Al otro lado del hercúleo estrecho:
Y, cual sus lazos destrozar ansiaba
Para volver nadando á sus hogares,
Las cadenas romper de la materia
Así entónces anhela el alma esclava,
Desnudándose fuerte
Del natural espanto de la muerte.

Á UN RECUERDO.

¿Por qué do quiera sin cesar me veo
De ti, triste recuerdo, perseguido,
En vano renovándome el deseo
De volver á gozar el bien perdido?
¡Quién las aguas me diera del Leteo
Donde la paz se bebe del olvido!
¿De qué horrendo delito me hice reo
Para dolor tan largo y desmedido?
Dulce felicidad desvanecida,
De mi memoria perenal castigo,
Pues me diste tu eterna despedida,
Y lejana esperanza ya no abrigo
De que te goze aún mi triste vida,
Tu recuerdo perder debí contigo.

1859.

Á LA NATURALEZA.

Que fiel logre mi verso retratarte
Consiénteme, inmortal Naturaleza,
Tú que de la verdad y la belleza
Eres madre en la ciencia y en el arte.
Por poco que el mortal de ti se aparte,
En su profunda ceguedad tropieza;
Mas, nunca escarmentada su flaqueza,
No cesa en todo tiempo de dejarte.
¡Cuántos vanos errores á porfia
Reinar ves en tus locas criaturas,
Muertos y renacientes cada dia!
Pasan ellos: tú sola eterna duras,
Siempre brindando al Arte y á Sofía
De belleza y verdad las fuentes puras.

1859.

AL AMOR.

(HABLA UNA JÓVEN.)

Oh de la triste humanidad verdugo,
De todo mal oríjen, Amor ciego,
¿Por qué, dí, al que me abrasa en vivo fuego
No amarraste conmigo al mismo yugo?
¡Ingrato! un tiempo mi beldad le plugo;
Mas por otra mujer me olvidó luego,
Y hoy desdeña crüel mi humilde ruego,
Mi ardiente llanto que jamas enjugo.
Y en vano esfuerzos y promesas hago
De olvidar á tan bárbaro enemigo
Por otro que á mi amor dé digno pago.
¡Ai! que adorarle ménos no consigo:
Antes le ruego más y más le halago
Miéntras más desdeñoso está conmigo.

1859.

PIGMALION.

Duélese Pigmalion, la vista fija
Sin cesar en su amada efigie hermosa,
De que espíritu humano no la rija,
Y á Vénus que la anime pedir osa.
De una pasion tan nueva y tan prolija
Dolida al fin, le concedió la Diosa
Que muerta estátua, de sus manos hija,
Á sus brazos descienda, viva esposa.
Así la imájen que mi mente crea,
Unica á quien adora el alma altiva
Y que no hai perfeccion que no posea,
Divinidad permita compasiva
Que, el ser dejando de impalpable idea,
En humana mujer se encarne y viva.

1859.

A***

Si de cristal transparente
Fuera el hombre, y si se viera
Por esa viva vidriera
Cuanto quiere, piensa y siente;
¡Cuán crecida turba impia
De males varios, ahora
Del mundo reina y señora,
Entónces ser no podria!
No hubiera boca embustera,
Ni hubiera hipócrita cara,
Siendo fuerza que igualara
Lo de adentro á lo de afuera.
No fuera un nombre el deber,
Ni fuera el amor un nombre,
Ni fuera juguete el hombre
De la pérfida mujer.
Ni de su amante cohorte
Se burlara la coqueta,
Ni diera entrada secreta
Al vil galan la consorte.
Ni, como suyo, á su seno,
Erradamente amoroso,
El triste crédulo esposo
Estrechara al hijo ajeno.
Ni tantos amigos Júdas
Prendieran de paz con beso:
Acabáranse con eso
Las sospechas y las dudas.
Fama y vulgar opinion
No fueran, para ensalzar
Y deprimir á la par,
Tan injustas como son.
De libertad no engañara
Con el nombre y el abuso
Al mísero pueblo iluso
Quien cadenas le prepara.

Ni del culpado la pena
Padeciera el inocente
Que por delito aparente
El juez á muerte condena.
Y en fin, preciando el mortal
Tanto el parecer ajeno,
Fuerza le fuera ser bueno
Solo por parecer tal.
Y ¡cuántos tambien que son
Hoi de nuestra envidia objeto,
Al ver su dolor secreto,
Nos causaran compasion!
Entónces, mortal, supieras
Quién te odia y envidia, quién
Finje que te quiere bien,
Y quién te quiere de veras.
Entónces tu alma desnuda
Mirara yo, prenda mia;
Entónces se apuraria
Esta amarga mortal duda
Con que talvez deslëal
Y engañosa te sospecho;
Pues, mirando de tu pecho
Por el diáfano cristal,
Al punto supiera yo,
Con cuanta certeza sé
Que te adoro y guardo fe,
Si tú me quieres ó no.

1859.

LA ESTATUA DE NIOBE.

(Imitacion.)

De un dios el rigor tremendo
Cambió en piedra á una mujer;
Pero del arte el poder,
Carne la piedra volviendo,
La restituye á su ser.

Á MI MADRE.

Cuando empieza el mundo
A gozar quietud:
En aquellas horas
En que incierta luz
Viste mar y tierra
Aire y cielo azul,
Y no es ya de dia
Ni de noche aún:
Yo, triste viajero
Que de Norte á Sur
Y de Oriente á Ocaso
Lleva su inquietud,
Como el que á andar siempre
Condenó Jesus,
Que solo me veo,
Solo con mi cruz,
Sin ningun consuelo
Ni amigo ningun:
Entónces recuerdo
Mi patrio Perú,
Hermanos, parientes,
Leda juventud
Amiga, y aquellos
Que ya la segur
Hirió de la fiera
Contraria comun.
Pero mi mas tierna
Memoria eres tú,
Madre idolatrada,
De mis ojos luz;
Y soi de tu vida
Venturoso augur,
Y cantos te envia
Mi amante laud:

¡Llevarte éste quiera
Afable querub
Al limeño suelo
Desde el andaluz!

1860.

ANHELO.

Cual de su sombra con locura rara
Va huyendo un niño en rápida carrera,
Mas nunca de la sombra se separa,
Que tras él va, como su pié lijera,
Hasta que al fin, de su teson cansado,
Se pára el niño con la sombra al lado:
Tal con vana porfia
Y malogrado empeño
Huyo de la Tristeza, sombra mia;
Y nunca, nunca de burlar acabo
Á quien me sigue como avaro dueño
Tenaz persigue á fugitivo esclavo.
¡Ai! en vano me trajo mi deseo
De mi nativo suelo al europeo;
Mi enemiga crüel el oceáno
Pasó conmigo: en vano
De ciudad en ciudad voi peregrino,
Y sus nombradas maravillas veo:
Á mí entre absorta multitud curiosa,
En su hermoso palacio cristalino,
Me vió la grande Lóndres populosa:
Y en su seno me dió larga morada
La ciudad celebrada
Que baña el Sena y parte,
La que en placeres sin cesar rebosa:
Yo visité el divino
Bellísimo pais, templo del Arte,
Que el mar circunda y parte el Apenino,

Y que á mi enamorada fantasia
Mas que el resto del orbe sonreia:
Nápoles habité, cuyas amenas
Playas, y de su golfo aguas serenas,
La antigua Poesia
Morada imajinó de las Sirenas;
Y la ceniza santa
De la ciudad, del mundo ya señora,
¡Ai! ¡tan mudada ahora!
Con sagrado pavor holló mi planta;
Y Pisa vi, y artística Florencia;
Y hoi el hispano paraiso moro,
Suspiro eterno del vencido Moro:
¡Ai! no se diferencia,
En cuanto ciñe el mar y alumbra el dia,
Por feliz tierra alguna de la mia!
O ¿será que es acaso la ventura
Fruto de un clima solo?
¿Ni avara ha consentido la Natura
Del uno al otro polo
Mas que un pueblo dichoso, de manera
Que es buscarla locura
De esa rejion privilegiada fuera?
Mas ¿dónde habita aquella
Afortunada gente?
¿Qué viajador de tan benigna estrella,
Errante de la Aurora al Occidente,
En su suelo feliz posó la huella?
O ¿qué bajel, en mar desconocido
Por su dicha perdido,
De ella nos trajo la gloriosa nueva?
¡Ah! quién habrá que otra rejion me muestre
Como el bello jardin, cielo terrestre,
Que habitaron mis padres Adan y Eva?
Oh Sol, ojo del cielo,
Que con tu alta mirada
Todo lo abarcas en el ancho suelo;
¿Rejion alguna ignota y apartada,
Isla alguna desierta
Miras, aún negada

A la humana codicia y encubierta;
Ángulo ves de nuestro globo donde
La Ventura se esconde,
Con el dulce Contento y el Reposo?
Dímelo, si lo sabes,
Por que vuele en su busca presuroso.
Y vosotras, viajeras
Del espacio infinito, vagas aves,
Que volais á riberas
Donde nunca llegaron nuestras naves,
Decidme si sabeis dónde la ansiada
Felicidad ha puesto su morada;
Y por el aire leve,
Sobre montañas que corona el hielo
Y mar y selvas, vuestro raudo vuelo
Á sus reinos incógnitos me lleve.

Granada, 1860.

Á MAGDALENA,

MI NODRIZA.

No, porque la noche fria
Tu africana faz vistiera
Con el color que la blanca
Altiva estirpe desprecia,
Fué menor nunca el afecto
Con que te amé, Magdalena,
(Que cual la tez no escondias
El alma por dentro negra,)
Ni es menor mi pena ahora,
O el llanto es ménos que riega
Mi mejilla, y que me arranca
De tu fin la triste nueva:

Tu fin que un lustro á tu amante
Hijo adelantó la ausencia,
Sin que pudiera volverte
Así en tus horas postremas
Los amorosos cuidados
Que te debí en mis primeras;
Sin que tus amados restos
Á la mansion sempiterna
Acompañara, ó en llanto
Bañara tu humilde huesa.
Tú tambien eres mi madre,
Tú que mi niñez enferma
Sustentaste un año entero
Con la sangre de tus venas;
Tú que, partiendo conmigo
El amor de tu hija mesma,
Á ella y á mí nos amabas
Con igualdad tan perfecta,
Que tan solo declaraba
Del color la diferencia
Ser ella hija de tu sangre,
Yo solo de tu terneza;
Tú, que de la noble y santa
Caridad imájen eras,
Cuando su blanco sustento
Á un pecho yo, miéntras ella
Al otro pecho, esprimia
Con boca asida y sedienta;
O cuando del diestro brazo,
Dándote amor fortaleza,
Era yo peso querido,
Y del otro tu hija lo era.
¡Cuántas veces con mi llanto
Te despertaste inquïeta!
¡Cuántas de mi cuna al lado
Pasaste la noche entera,
Sin dar al sueño un instante
Tu fatigada cabeza;
O tal vez entre tus brazos,
Cuna mas blanda que aquélla,

Me arrullabas y mecias,
Y antiguas canciones tiernas
Con baja voz me cantabas,
Hasta que yo me adurmiera;
Sin que jamas se agotase
El caudal de tu paciencia!
  Tan solícitos cuidados,
Tal ternura, tantas penas,
¿Con qué premio jamas pude
En parte corresponderlas?
Ni ¿qué valió el que la dulce
Libertad luego te diera,
(Que áun afrentaba á mi patria
De la esclavitud la mengua)
Si, siendo libre cual todos,
Por lei de naturaleza,
Te volví lo que era tuyo,
Dejando intacta mi deuda?
Estimar tan solo pudo
Excesiva recompensa
Lo que solo era justicia
Tu gratitud lisonjera.
  Ni, porque quisiste un tiempo
Dejar la casa materna,
De mí te olvidaste nunca,
Ni me faltaron las muestras
De tu amor: áun me parece
Que con raudos pasos entras,
Y que yo á tu encuentro vuelo,
Y que á tu seno me estrechas
Y me das mil dulces nombres
Que áun hoi en mi oido suenan;
Y luego á mi ansiosa vista
Áun me parece que enseñas,
Ya gracioso juguetillo
Que mis miradas alegra,
Ya sabrosa golosina,
De ménos dulzura llena
Que las caricias y estremos
Con que la das y presentas.

¡Oh corazon jeneroso!
Vez ninguna se me acuerda
En que, de dones desnuda,
Á tu Clemente á ver fueras,
Que del óbolo postrero
Se privara tu pobreza,
Ántes que el presente usado
Faltara á tu larga diestra.
Perdona, oh madre, perdona,
Si mi condicion soberbia,
Por tu ternura engreida,
Pudo en su cólera ciega
Olvidar favores tantos
Con la ofensa mas pequeña;
Perdona, si tal vez pudo
La injuriosa fácil lengua
Ser ocasion de tu llanto
Y de tus humildes quejas.
Sabe el cielo, sabe el cielo
Con cuánto dolor me pesa;
Él es testigo del hondo
Desconsuelo que me aqueja,
Al ver que negarme quiso
De mis hados la crudeza
El que, postrado de hinojos
Á tu humilde cabecera,
Te pidiera arrepentido
El perdon de mis ofensas;
Y de tus amantes labios
Escucharle mereciera,
De esos labios que no espero
Que jamas á hablarme vuelvan.
Mas, ya que consuelo tanto
Me negó la suerte adversa,
Blandos reciban tus manes
De aqueste canto la ofrenda:
Él por mí perdon te pida,
Él por mí perdon merezca;
La antigua deuda del hijo
Pague siquiera el poeta;

Y, si han de pasar mis cantos
Á las gentes venideras,
En ellos, oh mi nodriza,
Tu humilde nombre se lea.

1860.

SAFO Á FAON.

En amor convirtieras el desvio,
Si acertara á pintarte
Del inmenso amor mio,
Bellísimo Faon, pequeña parte!
¡Enseñárame Febo
Modo de canto nuevo,
Mui mas eficaz arte,
Para espresar pasion tan nueva y rara
Que con pasion ninguna se compara;
Y las penas tan bárbaras y atroces
Que sin descanso siento,
Al ver que con desden la desconoces!
Para amor tanto y tan feroz tormento
Fáltanme las imájenes y voces,
Y es helado y escaso
Áun el celeste idioma del Parnaso.
¡Por qué no sale el fuego
Del furibundo, ciego,
Desesperado amor con que te adoro
Envuelto en mis palabras,
Por que tu alma al amor ó piedad abras!
¡No en licor negro, en encendido lloro,
O de mi corazon en tinta roja,
Menester fuera humedecer la pluma,
Para decirte la sin par congoja,
El duelo inmenso que por ti me abruma:
Violento usurpador de mi albedrio
Que, apénas te miré, ya no fué mio,

Quedando de improviso en tanto grado
La voluntad de tu belleza sierva,
Cual si me hubieras pérfido hechizado
Con el veneno de amorosa yerba!
Y ¡si con la voz viva yo siquiera
Significarte tal pasion pudiera,
Y tan prolijas penas!
Mas llego apénas á tu dulce lado,
Los ojos alzo por mirarte apénas,
(Bien los tuyos lo saben, despiadado)
Cuando la voz me falta y el aliento,
Al paladar mi lengua se encadena,
Y se entorpece tardo el pensamiento:
Cunde llama sutil de vena en vena;
Desampara la sangre mi mejilla
Y al corazon agólpase que el pecho
Rasgar ya quiere, á su latir estrecho;
Negra nube á mis ojos amancilla
El puro sol; mi oido
Llena sordo zumbido;
Un helado sudor toda me inunda;
Me da apénas sosten mi débil planta,
Y difunta semejo ó moribunda:
Y es fuerza así que tanta
Furia de amor remita,
Aunque tan muerta, á la palabra escrita.
Y ¡ojalá que tu mano no se afrente
De abrir, oh mi Faon, el triste pliego
De la que siempre te causara enojos,
Ni de leerlo afréntense tus ojos,
Si leer á tus ojos lo consiente
El piélago de llanto en que lo aniego!
Ah! como al viento el humo,
Como al sol nieve, como al fuego cera,
Del amor á las llamas me consumo,
Sin que de cuerpo ni alma se preserve
Mínima parte de la horrible hoguera
Que más y más desesperada hierve.
No es amor, es la misma Citerea,
Que ya de toda mí se enseñorea,

TAYLOR INST. OXFORD

Y Gnido deja y Amatunta y Pafo
Por el ardiente corazon de Safo.
No en fuego tan funesto
Ardió la triste furibunda Mirra
Que al burlado Ciniro, en torpe incesto
Gozó, ajitada de mortal espanto,
Y áun hoi, trocada en árbol, atestigua
Su desventura antigua
É infausto amor con oloroso llanto;
No amaba tanto Fedra al desdeñoso
Casto hijo de su esposo,
Ni la maga de Cólcos al perjuro
Robador del dorado vellocino;
Ni Eco al garzon divino,
De su propio traslado,
Que vió del agua en el espejo puro,
Por celestial castigo enamorado:
Ni con mi ciego loco desatino
Parangonar es dado
Exceso alguno de amorosa llama
De que se acuerda con horror la Fama.....
Y esa que á mí prefieres ninfa bella,
¿Piensas que amarte sabe? el amor de ella
Junto al amor de Safo es sombra vana,
Apariencia, ilusion, juego, mentira.....
Mas, si á pintarte aspira
En vano el labio mi pasion insana,
¿Cómo pintar podré mis zelos é ira,
Al mirarte en los brazos de otro dueño?
Cuando de noche en solo lecho y frio,
De donde vive desterrado el sueño
Y que humedece de mi llanto el rio,
Revolviéndome inquieta á todos lados
En los ásperos linos, las almohadas
Teniendo entre mis brazos enlazadas,
Cual no puedo tus miembros adorados,
Espantosa memoria de repente
Viene á asaltar mi mente
De que en el punto mismo en que me abraso
Con solitario amor no satisfecho,

Y los suplicios del Infierno paso,
Os guarda blando lecho
Unificados en abrazo estrecho,
Y que ótra goza lo que yo no gozo;
Las negras furias todas del Cocito
Apoderarse siento de mi pecho
Y dél hacer fierísimo destrozo:
Contra las duras gélidas paredes
Que en el rigor excedes,
Alzando ronco dilatado grito,
Mi frente miserable precipito;
Meso mi cabellera; con frecuente
Diestra mi pecho despedazo, muerdo
Entrambas manos con rabioso diente,
Y con blasfemias ásperas irrito
Á los Dioses, perdido todo acuerdo.
No hai en el Orco mísero precito
Cuyo tormento compararse pueda
Con el que apuro en tan tenaz recuerdo:
No aquel á quien dentada aguda rueda
Rompe y asierra el cuerpo palpitante;
Ni el que jamas á humedecer alcanza
Su labio en la bullente
Agua que mira sin cesar delante
Y apeteciendo está sin esperanza;
Ni el condenado al perennal trabajo
De subir á alto monte grave roca
Que, siempre que la cumbre casi toca,
Rueda de nuevo rápida hacia abajo;
Ni el otro de cuyo hígado sangriento,
Inmortal alimento
Que sin cesar renace,
Hambriento buitre sin cesar se pace:
Ninguna de estas penas mi alma arredra,
Mayor que todas ellas es la mia;
Y, si trocarlas diéranos la suerte,
Tu sed, Tántalo, alegre admitiria;
Yxion, tu rueda; Sísifo, tu piedra;
Y el buitre que no se harta de roerte
Las entrañas, oh Ticio, noche y dia!

Todos juntos tomara vuestros duelos
Como pena lijera,
Y entre vosotros todos repartiera
El sin igual tormento de mis zelos.
¿Cuál encarecimiento habrá espresivo
De la vida misérrima que vivo?
Siento en la mas secreta
Parte del corazon como escondida
Honda aguda saeta,
O que mano de bronce, dél asida,
Con sus tenaces garras me le aprieta;
Duéleme el alma, duéleme la vida:
Reposo no me da lugar alguno;
El manjar aborrece el labio ayuno;
Y, si á gustarle á veces me violento,
Cansada de sufrir ruego importuno,
Me es acíbar y tósigo el sustento;
En perenne vijilia
Consumo de la noche el jiro lento;
Los cuidados y amor de mi familia,
De mis amigas el sincero trato
Donde las almas liga la confianza,
La placentera danza,
Las femeniles galas y el ornato,
La variada belleza
De la naturaleza,
Y cuanto me halagaba y complacia,
Hoi en el dolor fiero
De no corresponderme á quien yo quiero,
Todo en rostro me da, todo me hastia.
Ni á consolarme parte
Es del divino Homero
La excelsa poesía,
Ni las bellezas májicas del arte:
Mi ingenio mismo entorpecido duerme;
Mas, aunque á su primera
Lozania volviera,
Ni áun él pudiera en mi dolor valerme!
¡Ai! en vano es insigne el nombre mio
Entre los claros nombres

Que celebra y pregona
En áurea trompa por do quier la Fama;
En vano con la délfica corona
Que circunda mis sienes, á los hombres,
De mi sexo honra y luz, envidia causo:
¡Ah! ¿qué me importa la apolínea rama,
Ni qué me importa el lisonjero aplauso
Que ufana rinde la concorde Grecia
A su gran poetisa,
Si Faon me desprecia
Y los laureles que le ofrezco pisa?
¡Más me valiera ser hermosa y necia,
Que hospedar alma grande y númen alto
En cuerpo humilde, de belleza falto!
¡Oh dichosa rival! por tu hermosura
Que en adorada red tiene cautivo
Á mi Faon esquivo,
Safo su dulce lira te daria
Y su creciente gloria perdurable:
Sí, que no aplaca la congoja mia
Imajinar que en tanto
Que haya en el mundo amor y poesia,
Siglos sin fin despues que ya no se hable
La melodiosa lengua en que los canto,
En idiomas diversos
Resonarán mis amorosos versos.
De la gloria el fulgor no me compensa,
Y no pudiera compensarme nada
La desventura inmensa
De no haber sido por Faon amada.
¡Ah! si penar debia como peno,
¡Por qué, por qué piadosa la Fortuna
No me dió muerte en el materno seno,
O mi tumba tambien no fué mi cuna!
¿Cuándo tu encono contra mí se aplaca,
Citerea crüel? ¿Qué desacato
Á tu deidad soberbia jamas hice?
¿Con qué tremendo crímen esta flaca
Mortal de tu rigor merecer pudo
Amor tan insensato

Por un esquivo corazon ingrato?
¿Por qué, cuando mi pecho
Cupido traspasó con dardo agudo,
No hirió con igual dardo
El pecho del mancebo por quien ardo?
Nunca mi labio las debidas preces
Ni las ofrendas olvidó mi mano
Que á tus aras consagra sacro rito.....
Mas, ya que mis plegarias escarneces,
Y el castigo me das sin el delito,
Y en mi mal te recreas,
Maléfica deidad, maldita seas!
Bien se declara en mi tormento grave
Que tu bárbaro pecho amar no sabe;
Que, si no, mi dolor te condoliera:
Á ti, insensible Diosa,
Á ti, que madre le eres,
Jamas cautivó Amor á la manera
Que cautiva y acosa
Á nosotras las débiles mujeres,
Atenta solo, oh celestial ramera,
Á tus carnales gustos y placeres.
No de tus negros cíclopes, Vulcano,
Á la rápida mano
Y golpear redoblado aumentes prisa:
Deja ya, deja el ígneo Monjibelo;
Tiempo es que mofa y risa
Te avergüenzes de ser á tierra y cielo;
Y, pues miras que Jove,
En premio de forjarle el rayo ardiente,
Débil sufre y consiente
Que su hija infame así el honor te robe,
Tiempo es que sin tardanza
Ejecutes tú mismo tu venganza;
Tiempo es que, airado justiciero esposo,
El universo asombres,
Escarmentando con terrible pena
El torpe adulterar escandaloso
De la vil que al oprobio te condena,
Y ayuntada con dioses y con hombres,

Cielos y tierra de bastardos llena.
Y tú, Cupido, de tan mala madre
Hijo peor aún, fiero verdugo,
Antigua peste del linaje humano
Que airado el cielo sujetó á tu yugo,
De sus miserias todas primer fuente;
Tú á quien tu mismo padre, horrendo Marte
De quien tiembla la tierra,
En lo sangriento y bárbaro y furente,
No pudo aventajar, ni áun igualarte,
Siendo sombra la suya de tu guerra,
Sé maldito tambien: siempre á tu oido
La música mas dulce y dulce canto
Fué de odiados amantes el jemido
Y el sollozo y el llanto;
Y el mas grato espectáculo á tus ojos,
Y á tus feroces aras
Las víctimas mas caras,
Los helados despojos
Son de cuantos con fuerte
Mano, armada de hierro ó de veneno,
Puerta abren á su espíritu indignado,
O hallan temprana voluntaria muerte
Del ancho mar en el profundo seno.
Á trance tal tu crüeldad me lleva;
Pronto, víctima nueva,
Aumentaré tus triunfos, oh Cupido,
Que el sufrimiento á resistir no alcanza
Dolor tan desmedido,
Y es ya la muerte mi única esperanza.
Á mi desesperada furia loca
Ya la peña fatal tienta y provoca,
De amantes desamados visitada:
Pronto, pronto será que, de su altura
Con intrépido pié precipitada,
Halle en el oceano sepultura.
Y tú, Faon, cuando te diga alguno:
«Duerme en los negros senos de Neptuno
La triste Safo, por tu amor suicida»
Merézcate siquiera á la partida

Cortés piadoso llanto
La desgraciada que te quiso tanto.
No te lo vedará tu amante esposa,
Que, si hora me odia viva,
Con Safo que en la tumba ya reposa
Ha de ser generosa y compasiva.

1860.

ÚLTIMO CANTO DE SAFO.

La excelsa roca pisa,
De amantes desamados visitada,
Con planta no indecisa,
La lesbiana divina poetisa
Del ingrato Faon enamorada.
Escucha en lo hondo y mira,
Impávida, agitarse en son horrendo
Del mar la indócil ira;
Y por última vez pulsa la lira,
Al aire estos lamentos esparciendo:
«Adios por siempre, oh vida;
Adios, oh mundo; sin dolor ni llanto
Os doy mi despedida,
Que bien sé que en vosotros no se anida
Para Safo infeliz sino quebranto.
«Muerte anhelo, y cualquiera
La pena sea que al mayor pecado
En el Averno espera,
Jamas las ansias igualar pudiera
De un furibundo amor menospreciado.
«Á los males sin cuento
Con que os abruma el que su eterna fiesta
Halla en vuestro tormento,
Es, oh mortales, único descuento,
Sola ventura que gozais es ésta:

«Que, si del hado impio
Fué decreto fatal el nacimiento,
Es rei vuestro albedrio
De acelerar, como acelero el mio,
De vuestras vidas el final momento;
«Y que, si fué la entrada
Á la prision oscura de la vida
Forzosa é ignorada,
Dogal, y salto, y tósigo, y espada
Siempre libre encontraron la salida.
«Tú que las crudas penas
Que lloro lloras, yo á romper te enseño
Tus odiosas cadenas;
Á padecer tú mismo te condenas,
Sabiendo que eres de tu muerte dueño.
«Usa tu alto derecho;
Y ó da veneno á la callada boca,
O el cuello á lazo estrecho,
O con agudo acero abre tu pecho,
O ven conmigo á la Leucadia roca.
«No más tu pena aguarde:
Mas, si escoges vivir, lloro no viertas,
Cesa queja cobarde:
Culpa tuya será que se abran tarde,
Cautivo vil, de tu prision las puertas.
«Vive, vive, tolera
Tus fieros males, cada vez mayores,
Y la vejez postrera
Haga que apures tu desgracia entera,
Que mal ninguno de la vida ignores.
«Morir, morir escojo,
Y rebelde al tirano omnipotente,
Me burlo de su enojo,
Y de la vida con desden le arrojo
El falso funestísimo presente.
«Y tú, mancebo ingrato,
Á quien desesperadamente adoro,
Tú á quien con insensato
Furor mil veces convidé á mi trato,
Pospuesto el casto femenil decoro:

«Vive feliz, si pudo
Consentirlo á mortal el negro encono
Del destino sañudo:
Tu eterno desamor, tu desden mudo,
Y mis tormentos todos te perdono.
«No fué amarme en tu mano:
Tuya no fué la culpa; el rigor lo hizo
De Júpiter tirano
Que, con avara diestra, velo humano
Me dió, desnudo de beldad y hechizo.
«El alma que era bella
No pudiste mirar; si la miraras,
Te enamoraras de ella,
Menospreciando la beldad de aquella
Por quien á Safo triste desamparas.
«Oh ponto, cuyo asalto
La excelsa roca azota, hirviente espuma
Arrojando á lo alto,
No del mortal irrevocable salto
Arredrarme tu cólera presuma.
«Tu amenaza é insulto
Mirando estoy impávida, que calma
Es el ciego tumulto
De tus olas, al lado del que oculto
Amoroso huracan dentro del alma.»
Dice la triste amante,
Y se arroja veloz: la mar hinchada
Se abre y cierra sonante,
Y, de las ondas á merced errante,
Aquí y allí la leve lira nada.

1860.

Á CONSUELO,

QUE SE QUEJABA DE QUE NADIE LA RETRATABA BIEN.

Razon, Consuelo, has tenido
Al decir que tu traslado
Ningun artista ha logrado
Que te salga parecido.
Pero no es justo que estés
Demostrando airado pecho
Con ellos, por no haber hecho
Lo que posible no es:
Ya que cincel y pinceles
En tu rostro soberano
Probado hubieran en vano
El claro Fídias y Apéles.
Y si ves de las demas
Los parecidos retratos,
Que á sus modelos son gratos,
Por mejorados quizas,
Es que de la tuya dista
Mucho su beldad, y así
Quéjate solo de ti,
Pues de que ningun artista
Que tu retrato hacer osa
Le pinte bien ó le esculpa,
No tiene el arte la culpa
Sino el ser tú tan hermosa.

1860.

JUVENTUD ETERNA.

Á***

Para tu belleza rara
Vana es del tiempo la fuga:
Que áun no con sus sulcos ara
La fea enojosa ruga
Tu hermosa frente y tu cara;

De tu purpurea mejilla
Áun el nativo carmin
Vence al mentido y humilla,
Y la reina del jardin
De verle se maravilla;
Áun no hai blancura tan rara,
Cuajada trémula leche,
Puro mármol, nieve clara,
Que la vista no deseche,
Si con tu albor los compara;
Áun en estos años tardos,
Tus hermosos ojos pardos
Despiden por rayos flechas
Que al corazon van derechas,
Como del Amor los dardos.
Áun no al oscuro cabello,
Por quien ya no se celebra
El de Berenice bello,
Se le argenta una sola hebra,
Ni ningun odioso sello
Que imprime el tiempo crüel
Tu altiva beldad desdora:
Tu retrato áun copias fiel,
Que no ha envejecido una hora
Desde que lo hizo el pincel.
Dice la Envidia que diez
Lustros cuentas, si no más;
Y verdad será tal vez;
Mas, si tan jóven estás,
Y al mundo pongo por juez;
¿Qué vale, dí, en casos tales
Nacer ántes ó despues?
Inciertos son tus natales:
Lo cierto tu beldad es
Y tus gracias sin rivales.
Calle pués, y de ofender
Te cese la Envidia osada,
Que es la edad de la mujer
La que dice á la mirada
Su faz y su parecer. 1860.

VANITAS VANITATUM.

En un tiempo envidié la suerte agena,
Juzgándome yo solo desdichado;
Mas sé que á todos á jemir condena
La inexorable voluntad del hado:
Arrastra cada cual de la cadena
Que envuelve y aprisiona lo creado
Un eslabon, y por diversos modos,
Todos padecen y suspiran todos.
¿Quién conoció jamas un venturoso?
Es máscara la dicha solamente;
El rostro mas sereno y mas radioso
Tristeza esconde, regocijo miente;
Como tal vez entre el rosal frondoso
Se anida venenosa la serpiente,
O al lindo fruto de color lozano
Le roe el corazon negro gusano.
¡Cuántos felices reputé primero,
Por gloria, por riquezas y boato,
Cuyo tedio profundo y dolor fiero
Me descubrió despues estrecho trato!
Oye, oh mortal, mi verso verdadero,
Ni agena suerte envidies insensato,
Que por diverso modo desgraciado
Fueras quizá, mas en el mismo grado.
Es el Dolor un rey, cuyo tirano
Maldecido poder ménos no abarca
Que cuanto rije con sangrienta mano
La universal inevitable Parca:
Á entrambos cuanto el mísero aldeano
Tributo paga el vencedor monarca,
Y hasta hoy las duras inflexibles leyes
Nadie burló de tan tremendos reyes.

Si no mintiera el rostro, ó fuera el hombre
De trasparente cuerpo cristalino,
Se viera que es la dicha un vano nombre,
Y buscarla en la tierra es desatino:
Ya no habrá desventura que me asombre;
Á la coyunda del comun destino
Mi frente doblo, y de anhelar sin seso
Terrenas dichas para siempre ceso.

Los bienes á que da tan halagüeña
Bella faz la distancia engañadora,
¡Cuán distintos de cerca los enseña
La verdad que su lustre descolora!
Siempre la hastiada Posesion desdeña
Lo que el Deseo y la Esperanza adora;
Y cuanto mas ansió mi desvario,
Lo envidio, ageno, lo desprecio, mio.

Oh Salomon, Jehová con larga mano
Te dió infusa sin par sabiduria,
Riqueza, amor, poder, cuanto el humano
Deseo en fin imaginar podria;
Mas de que tanto don á dar es vano
La ventura, la paz y la alegria,
Con esa triste voz me persüades:
Es todo vanidad de vanidades.

Y si feliz tú, Salomon, no fuiste,
Y si, cercado de grandeza suma,
Eternamente suspirabas triste,
¿Quién hay que serlo tras de ti presuma?
Ser vanidad cuanto en la tierra existe
Fué la verdad que tu doliente pluma
Legó á los siglos, cual final sentencia
De tantas glorias, de tan vasta ciencia.

Tú viste que el saber solo era viento,
Carga el poder, la majestad vestido,
El amor la quimera de un momento,
Las riquezas temor, la fama ruido,
Llanto la risa y el placer tormento;
Y que cuanto, con ansia apetecido,
De léjos nos deslumbra y nos agrada,
Era de cerca dolorosa nada.

Si oro me dan, y gloria, y poderio,
Si dueño me hacen de la tierra vasta,
Se quedará mi corazon vacio,
Que cuanto alcanza, sin llenarse, gasta;
A lo infinito del anhelo mio
Dios infinito es quien tan solo basta:
Y hasta que logre su divino objeto,
Suspirará mi corazon inquieto.
Gota sin él en ancho mar vertida
Fueran bienes celestes y terrenos:
Y á Dios es fuerza que sedienta pida
El alma que le copia, y que con ménos
Que con Aquel que la hizo á su medida
Henchir no puede sus inmensos senos;
Y á esa capacidad tan vasta y honda
Es bien que un Dios entero corresponda.
¿Cuándo será, mi Dios, que, al contemplarte,
En tus inmensos piélagos, sin tasa
La sed eterna de mis ansias harte
Y el amor infinito que me abrasa?
¿Cuándo será que tu rigor no aparte
Del santo umbral de tu divina casa
Al que, nacido para estar en ella,
El ancho mundo desdeñoso huella?

1860.

Á FAETON.

Pudo quitarte el nuevo atrevimiento,
Hijo bello del sol, la dulce vida,
La memoria no pudo que estendida
Dejó la fama de tan alto intento.
ARGULJO.

Atrevimiento tan nuevo
Con espantosa caida
Pudo quitarte la vida,
Hijo glorioso de Febo.

Mas la pregonera Diosa
En edad ninguna cesa
De encarecer tal empresa,
Cuanto infeliz generosa.
Que, pues la envidia altanera
Negó tu oríjen divino,
Acreditarlo convino
Por tan singular manera.
Y por las abiertas sendas
De los celestiales llanos
Fueron rijiendo tus manos
Del sol las doradas riendas.
Y aunque, por la omnipotente
Diestra fulminado, el Po
Helado sepulcro dió
Á tu cadáver ardiente,
Probó al mundo tu carrera
Que hijo eras del mismo Apolo,
Pues de él un hijo tan solo
Tanto favor mereciera.
No con tus tiernas hermanas
Tu amante madre Climene
Siempre sin consuelo pene,
Quejas despidiendo vanas:
Fin á su lamento triste
Pongan, y á aliviarlas baste
Ver que el lauro que ganaste
Excede al bien que perdiste.

1860.

RISA Y LÁGRIMAS.

Como, al rayar primaveral aurora
Derramando levísimo rocio,
El cielo juntamente rie y llora;
Así la que gobierna mi albedrio
Que, triste por mi ausencia,
Perlas desperdiciaba cristalinas,

Que rodaban copiosas
Por sus tersas mejillas purpurinas,
Émulas de las rosas;
Al mirarme de súbito á su lado
Volver enamorado,
Si de placer reia,
Lágrimas derramaba todavia,
De que mi amante corazon se engrie:
Así en niño tambien se ve la risa
Al llanto sucederse tan aprisa,
Que llorando se rie,
Cuando su tierna madre y amorosa,
Cuyo piadoso pecho no resiste
Ver á la lumbre de sus ojos triste,
Por que su llanto aquiete,
Le acaricia extremosa,
Y al fin le da el bellísimo juguete,
Ocasion de su llanto,
Que tanto ansiara y le pidiera tanto.

1860.

Á UNA CABELLERA.

¿Qué castaña madeja, negra, ó de oro,
Loor merece de tan rica y luenga,
Que justa envidia á tu beldad no tenga,
Cabellera feliz de la que adoro?
Ya desatada caigas, y el pequeño
Pié besando á tu dueño,
Toda la cubras como rejio manto,
Y tu dorada seda que envilece
La que el gusano artífice nos hila
El aura desordene juguetona;
Ora su frente cándida y tranquila,
En primorosas trenzas,
Circundes á manera de corona,
Y de las reinas las coronas venzas;

Ya en parte oculta quedes
En áurea red, juntas así dos redes;
Ya, sembrada de perlas
Y de las ricas piedras del Oriente,
Logres con tu fulgor oscurecerlas;
Ora campestre flor en ti se vea
Por única presea;
Ora te adorne tu hermosura sola
Y el brillo natural con que la aureola
De un querubin semejas,
Eres la reina tú de las madejas.
No más la fama tu cabello cante,
Aunque del oro del Ofir afrenta,
Absalon arrogante,
Que en él tuviste inagotable renta,
Y á las damas judias
Sus anuales despojos les vendias:
Mas ¡ay! que, caballero fugitivo,
Perseguido del cielo vengativo,
Árbol copado te retuvo preso
Por las doradas hebras voladoras
Enmarañadas con las altas ramas;
Do, hallándote las huestes vencedoras,
Aquel mismo bellísimo decoro
Que te envidiaban las hebreas damas,
¡Oh no prevista suerte!
Fué la ocasion de tu temprana muerte
Y del paterno inconsolable lloro!

EL DESAHUCIADO.

¡Ay! que ya el alma conoce,
Por manifiestos indicios,
Que pronto el último sueño
Dormiré en el mármol frio;

Que, aunque del sabio piadoso,
Cual tierno padre solícito,
Aun no me lo dijo el labio,
El rostro ya me lo dijo.
En vano tal vez procura
Hacer con engaño pio
Que dé á la dulce esperanza
En el corazon abrigo:
Que sus palabras desmiente
El semblante dolorido,
Ahuyentador de esperanza,
Que muestra al mirar el mio,
Y aquella espresion le vende
Que mal su grado le espío,
Cuando avecina á mi pecho
El atento hábil oido,
Mi pecho para el que fiera
Lanzada es cada respiro
Y por donde huye mi vida
De sangre en copiosos rios.—
¡Oh Dios mio! ¿qué te hice,
Para que así en lo florido
De mis verdes años quieras
Cortar de mi vida el hilo?
Si del hado inexorable
Era ya decreto antiguo
Que años tan cortos viviera
Este desdichado niño,
Mas valido á fe me hubiera
El no haber jamas salido
De los senos de la Nada
Donde dormia tranquilo,
Hasta que tu omnipotencia
Sacarme á la vida quiso,
Sin que yo te lo pidiera
Ni pudiese consentirlo!
¿Por qué cumplir no me dejas,
Oh rey del cielo, el destino
Que, al ponerme en este mundo,
Me señalaste tú mismo?

¿Para qué, dí, me creaste,
Si para vivir no ha sido?
Aun no he vivido: consienta
Que viva tu poderio.
No parezca que, insensible
Á mis dolientes gemidos,
Solo para darme muerte
Me animaron tus caprichos.....
Mas de querellarse cese
Mi vano labio atrevido:
Tus juicios, Señor, acato;
Pues lo quisiste, convino;
En mí tu querer se cumpla,
Cual tuyo, siempre benigno,
Aunque de crudo rigor
Tal vez con disfraz vestido.—
¡Cuánto con la soledad
Y hondo silencio continuo
De mis estancias, contrasta
De la ciudad el bullicio!
Desde mis altos balcones
Pasar á mis plantas miro,
Barajándose confusos,
Mares de alegre gentio:
Galas ostentan de fiesta,
Pues con ocio y regocijo
De seis dias el trabajo
Hoy paga el dia festivo:
De mis ventanas en frente
Se encuentran ya dos amigos,
Y palma á palma juntando
Con pronto mutuo cariño,
Traban con risueños labios
Rápido coloquio vivo,
De que solo rotas frases
Y sueltas voces distingo.
Mas, si el idioma no alcanzan
De sus labios mis oidos,
Ven mis ojos el idioma
De sus rostros espresivos.

Ya numerosa familia
Pasa: de la mano asidos,
Van delanteros dos bellos
Graciosos rïentes niños;
Uno de pecho en el hombro,
Durmiendo sueño tranquilo,
Lleva la fuerte nodriza,
Pendiendo á un lado el bracito;
Y al fin, del brazo enlazados,
Pasan esposa y marido,
En su idolatrada prole
Los atentos ojos fijos:
Y ese gallardo mancebo,
Lleno de lozanos brios,
Cuyo aspecto bien declara
Que cuenta mis años mismos;
¡Cuánto me alegro al mirarle!
Y cómo despues me aflijo,
Cuando con él me comparo
Y su lozania envidio!
Con un báculo en la mano,
Pasa ya corvo mendigo,
Que, aunque debió precederme
En el eterno camino,
Verá mis yertos despojos
Llevar al postrer asilo,
Y Dios le dará que sumen
Sus lentos años un siglo.—
Pero ¿qué miran mis ojos?
Valor, oh cielos, os pido!
Luciendo gracia, belleza
Y virginal atavío,
Una hechicera doncella
Alza acaso el rostro lindo,
De la salud en la viva
Alegre púrpura tinto,
Y me mira; mas, al verme
Retrato de aparecido,
Y al ver mis hundidos ojos
Y enjuto rostro amarillo,

Los ojos aparta al punto
En pronto ademan esquivo,
Donde al espanto se mezclan
De la compasion los visos.
La crüeldad inocente
De tu horror irreflexivo
Te perdono, bella jóven,
Y mi bendicion te envío:
Sé feliz, y digno esposo,
Amante amado, contigo
La excelsa ventura goze
Que yo gozar no he podido!
En lloro ardiente deshecho,
Del balcon el pié retiro,
Y mi solitario lecho
De nuevo angustiado oprimo;
Que cuantos miro de pena
Y envidia me son motivo,
Y exacerba mi desgracia
El ageno regocijo.—
Nunca como ya que al trance
De la muerte me avecino,
Pareció tan halagüeña
La vida á los ojos mios;
Nunca la lumbre del sol
Tan dulce de ver se me hizo,
Ni tan hermosa la luna
Cruzó el celeste zafiro;
Nunca tuvieron las flores
Tan ledos colores vivos,
Tan bellas graciosas formas,
Aromas tan esquisitos;
Ni en la humana compañia
Hallé jamas tanto hechizo,
Ni tanto mundanas fiestas
Sedujeron mi albedrio.
¡Ah! sí, la tierra es ameno
Encantado paraiso,
De amores, fiestas, placeres
Y felicidades rico:

¡Felices cuantos se quedan
En tan deleitoso sitio,
Y triste de mí que, apénas
Al llegar, adios le digo!—
Mas ¿qué profiero insensato?
Así la alta suerte olvido
Que la Religion promete
Á sus bautizados hijos!
En tan profunda afliccion,
En tan horrendo martirio,
Tú sola, Religion santa,
Ser puedes mi dulce alivio.
¡Ay de mí! si verdad fuera
El insensato delirio
De los que matan el alma
Con el cuerpo fugitivo,
Que niegan que torne el alma
Á su celestial principio,
Y no consienten mas mundo
Que el mundo de los sentidos!
¿Qué fuera de mí en tal trance,
Si á tan triste error impío
Entrada en la ciega mente
Hubiera yo concedido?
Desesperado, demente,
Y de mí propio enemigo,
Dando furiosos bocados
En mis miembros doloridos,
Con altos gritos muriera,
Ya desde el mundo precito,
Cual del venenoso diente
De rabioso can mordido!—
Mas es felizmente un sueño,
Tan mentido como inicuo,
Y tú la verdad eterna,
Sublime dogma de Cristo:
Ven pues, y al doliente lecho,
Donde le aguardo contrito,
Del perdon divino envia
Al consolador ministro;

La dulce imágen celeste,
De moribundos alivio,
Del que, tomando en sus hombros
Nuestras culpas y delitos,
Enclavado en un madero,
Lanza el postrero suspiro,
De su fin con el recuerdo,
Temple y dulcifique el mio:
Consuélame, si del mundo
Tan temprano me despido,
Con la infalible promesa
De aquel alto globo empireo;
Con ese mundo tan bello
Que, aunque lo es tanto el que piso,
Es, si con él se compara,
Estéril yermo sombrio:
Háblame de la celeste
Sion, y del gozo infinito
Que será mirar á tantos
Dichosos justos espíritus
Irradïar como soles
Con resplandor inextinto,
Siendo de un sol mas fulgente
Amantes planetas vivos;
Y contemplar rostro á rostro
Al Padre Eterno, y al Hijo,
Del Padre animada imágen
Y fiel espejo purísimo;
Y á la celestial Paloma
Que en alas de albor divino
El único dosel abre
De tan altas frentes digno;
Y á la Esposa y Madre Vírgen,
Á diestra del Uno y Trino,
En trono que ornan estrellas,
No diamantes ni zafiros;
Sonrïendo á los loores
Y ferventísimos himnos
Que los angélicos coros,
En su hermosura encendidos,

Rendidamente le cantan,
Mariposas de su brillo,
Dando de su silla en torno
Perennes rápidos jiros.

1860.

Á UN ATEO.

En vano esperas que la oscura nada,
Que invocas como madre compasiva,
Entero en el sepulcro te reciba,
Cuando termines la mortal jornada.
Te alienta alma inmortal que, de la helada
Carne donde reside fugitiva,
Maravillada de sentirse viva,
De ignoto mundo arrostrará la entrada.
Ya su asombro y espantos imagino,
Cuando, el fallo aguardando que la hiera,
Se encuentre al pié del tribunal divino,
Y mirando del Dios la faz severa
Á quien negó su ciego desatino,
Exclame estremecida: *Verdad era!*

PLATONISMO.

Tus hechizos, mujer, la eterna Suerte
Para blanco creó de mis sentidos:
Los ojos me los hizo para verte,
Y para oir tu acento mis oidos;
Me dió alma para amarte hasta la muerte;
Y áun despues que estuvieren desunidos
Mi alma y mi cuerpo para siempre, espero
Que te tengo de amar como primero.

Pienso que te he querido en otro mundo,
Y sentí, al encontrarte en esta esfera,
Que ese placer tan vivo y tan profundo
Yo no sentia por la vez primera:
Sentí que en este mi vivir segundo
Un recordarte el conocerte era,
Y que, tras siglos de una ausencia impia,
Á reunir el cielo nos volvia.
Y cuantas veces por vivir yo muera
Y para morir luego cobre vida,
Volando de una esfera en otra esfera,
Tantas habrás de ser por mí querida;
Yo pasaré la eternidad entera
En adorarte, sin que Dios divida,
En su viaje infinito por los cielos,
Tan amantes espíritus jemelos.

1860.

ESCRITO EN NOMBRE DE UNA JÓVEN

CON QUIEN, POR HABER QUEDADO AFEADA POR LAS VIRUELAS, REHUSABA CASARSE SU NOVIO.

¿La misma ya no soi? y porque ardiente
Negra viruela mancilló la rosa
De mi mejilla y la nevada frente,
¿Ya me huyes y desdeñas por esposa?
De tu injusta mudanza te arrepiente,
No humillada me dejes y zelosa;
Ven; y, aunque la beldad perdí aparente,
Ve que me queda aún un alma hermosa.
Mas que vivir, si fuerza era perderte,
De tu desden objeto y de tu espanto,
¡Por qué mi horrible mal no me dió muerte!
Rogáras por mi paz al cielo santo,
Y te dolieras de mi triste suerte,
Y mi tumba regaras con tu llanto.

Á UN PERUANO.

Honra mis lares, cariñoso amigo,
Y pues la lluvia tan tenaz se muestra,
Ven, de la lumbre al amoroso abrigo,
Á hablar conmigo de la patria nuestra.
Ven, y recuerde nuestro labio amante
Su siempre puro transparente cielo
Á quien no cubren el azul semblante
Jamas las nubes con opaco velo.
Y mientras nuestra vida prisionera
Hiela y hastia el europeo invierno,
Soñemos la constante primavera
Y la dulzura de su Abril eterno;
Sus campiñas, magníficos jardines
Que flores cuentan cual su cielo estrellas;
Sus mujeres, humanos serafines,
Tan puras y sensibles como bellas.
Hablemos de la espléndida riqueza
Que darle plugo á la bondad divina
Para que ornara su sin par belleza
Y no discordias le trajera y ruina.
Hablemos del amor del océano
Que arrulla y acaricia su ribera,
Y en nombre y olas le presenta en vano
De la paz una imájen placentera.
Ai! que al hablar de nuestro suelo amado,
Tardar no puede la filial tristeza,
Y al recordar su doloroso estado,
En llanto acaba lo que en risa empieza.
Mas, esquivando tan prolijo duelo
Que el tierno pecho á resistir no alcanza,
Hoi remontemos nuestro libre vuelo
En alas de la májica esperanza.
Y huyendo sus presentes amarguras
Y sus discordias bárbaras é impias,
Soñémosle grandezas y venturas
En los futuros suspirados dias!

Á MI PATRIA,

CUANDO ME DISPONIA Á VOLVER Á ELLA Á FINES DE 1860.

Ya se acerca el instante bienhadado
De volver, dulce patria, á tu ribera,
Que, ha un lustro, á mi profunda
Constante pena siglo dilatado,
Mi planta abandonó por vez segunda:
¡Piadoso el cielo quiera
Que sea de mi vida la postrera!
Que, aunque de ti destierro no me aparte,
Sin cesar empleado en recordarte,
De la ausencia el tormento
Al par de triste desterrado siento.
Y es el cielo testigo
Que solo aplaca la tristeza mia
El platicar de ti con dulce amigo,
Hijo tuyo tambien, y de la propia
Congoja enfermo de que peno y lloro;
Y verte al ménos en la breve copia
Del mundo retratada,
Y desde el suelo donde triste moro
Viajar con la prestísima mirada
Á tu playa feliz que tanto dista!
¡Y ojalá que tan vasta lejania
Vencer pudiera en el veloz momento
En que anda el mapa la lijera vista
O la tierra y el mar el pensamiento!
Y todo es ocasion de que á mi mente
En todos los instantes,
Oh patria, tu memoria se presente:
Si tranquilo y feliz un pueblo miro,
Pensando en tus discordias incesantes,
Exhala el corazon hondo suspiro;

Si artísticas nombradas maravillas
Admirado contemplo,
Trasladarlas quisiera á tus orillas;
Si de virtud y patriotismo ejemplo
Leo ó escucho celebrar preclaro,
Le envidio para ti; y heróica hazaña,
Hecho sublime y raro,
Cuanto grande por fin, noble y hermoso
Admira en gente extraña,
Lo anhela para ti tu hijo amoroso.
Mas no por lo que en ti de ménos echo,
Y que darte querria,
Tan solamente me enternece el pecho
Tu memoria dulcísima; que al dia,
Mil tambien y mil veces,
Por los dones que encierras te me ofreces.
¡Cuánto, oh mi Lima, anhelo
Ver de nuevo tu puro alegre cielo!
¡Cuánto echa el alma ménos tus iguales
Serenos dias, y tus noches bellas,
De tus dias rivales,
Donde todo su ejército de estrellas
En campo azul el firmamento aduna,
Y la luz de la luna,
No en lo claro, en lo suave solamente,
Es de la luz diurna diferente!
¡Cuánto extraño tu blanda primavera,
Que alegre persevera
Y el año cambia en sempiterno Mayo;
Tu ambiente puro, sin cesar ageno
Á la lluvia y al trueno,
Y al siniestro relámpago y al rayo;
Tus celestiales hijas, que la fama,
En elegante aliño,
Y en gracia y en beldad, únicas llama;
De tu tan hospital gente y humana
El genial agrado y el cariño,
Que el extranjero al natural hermana;
Tus familiares frases espresivas,
Donde nueva mayor dulzura toma

De Iberia el dulce idioma,
Y su gracia y viveza más avivas;
Tus casas, templos, calles y paseos
Que niño hollé con indecisa planta;
Tus cantos populares
Que la memoria sin cesar me canta,
Y hasta tus dulces frutas y manjares!
Ni hai en ti, patria amada, cosa alguna
De las que solo precia quien te pierde,
Con que mi ausencia no hagas importuna,
Y de que con deseo no me acuerde.
Nunca amarte juzgué con tanto exceso
Como hora que de ti distante vivo;
Cual la preciosa libertad más ama
El mísero cautivo,
Así hora crece de mi amor la llama.
¡Cómo, cuando á tu seno dé la vuelta,
Ha de preciar el alma su ventura,
De la familia la sin par dulzura
Saborëando, y goces mil que encierra
En sí la propia tierra!
¡Cómo, feliz viajero,
Visitaré una á una
Tus hermosas ciudades! la ingeniosa
Ciudad valiente, de mi madre cuna,
Que del ardiente Misti al pié reposa;
Cuzco, que del primer glorioso brillo
Despojó el hado aleve,
Y la noble Trujillo,
De la opulenta Lima copia breve;
La triste Cajamarca,
Que de Pizarro la traicion áun llora
Y la prision del infeliz monarca;
Y la heróica Ayacucho,
De Cajamarca ilustre vengadora,
Cuyo glorioso nombre nunca escucho,
Ni escuchar puede libre Americano,
Sin que palpite el corazon ufano,
Y al cielo gracias rinda el labio ardiente
De haber nacido en suelo independiente.

Mas ¿qué digo? no habrá mezquina aldea
Que con ojos no vea
Del que nacido fué en su dulce seno,
Ni habrá pedazo en fin de tu terreno
Que hermoso y santo para mí no sea.
¡Qué gozos tan sublimes me destinas,
Cuando del inca imperio
Huelle las tristes majestuosas ruinas;
Y esas cuyo remoto oríjen vela,
En confuso misterio
Que en vano se desvela
Por penetrar el sabio encanecido,
La antiquísima noche del olvido!
O al recorrer, clavando aguda espuela
De generoso bruto en los hijares,
Tus inmensas llanuras y praderas;
Al penetrar tus selvas seculares,
Donde no entra jamas el sol sereno;
Al trepar tus Andinas Cordilleras,
De los cielos altísimos pilares;
Al ver el breve mar que en tu ancho seno
Encierras y aprisionas,
Y al detener mi planta en las riberas
De tu caudalosísimo Amazonas,
De los rios del orbe soberano,
Y orgulloso rival del océano!
Y ¡cuánto escenas tales,
Á la ambicion de mi deseo iguales,
Inflamarán mi osada fantasia,
Que, de lo grande y de lo nuevo ansiosa,
En tu sin par naturaleza, vírgen
Al canto todavia,
Nuevo mundo de rica poesia
Conquistará, y laureles que á tu planta
Pondrán mis manos en ofrenda santa!
Y una vana ilusion tal vez me engaña:
Mas espero que el sano
Ambiente, henchido de pureza y vida,
De perüano valle ó de montaña
Al fin me torne la salud perdida,

Aquí buscada con afan tan vano;
Y mayor esperanza aún me halaga:
Que la antigua ilusion de inmensa y vaga
Ventura que persigo
De ti, encarnada, viva,
En divina mujer tu hijo reciba,
Y en ella encuentre la anhelada calma
Y contra males de la suerte abrigo;
Mereciéndote, oh patria, juntamente
El cuerpo su salud; su dicha el alma.
Mas ya me la concedas generosa,
Ya de ella seas con mi anhelo avara,
Eternamente habrás de serme cara,
Sin atreverse nunca la querella
Á ti de mi dolor; feliz el hado
Me des ó desgraciado,
De espinas me corones ó de flores,
Tú serás el mayor de mis amores;
Y, hasta el postrer suspiro de la muerte,
Corazon, alma, vida y pensamiento,
Y de mi lira el ardoroso acento,
No he de cesar un punto de ofrecerte;
Y, si mi alma amorosa
Correspondencia no halla á su deseo,
Y sus goces me niega el himeneo,
Tú mi dama serás y tú mi esposa.
Ni, por verte tan triste y desgraciada,
De la discordia y ambicion teatro,
Ménos, oh dulce patria, te idolatro,
Antes crece mi amor piedad sagrada;
Ni, aunque ahora tanto en esplendor te venza,
Pienses que la europea
Tierra, que te desdeña en su ufania,
De ser tu hijo me causó vergüenza;
Que ni á la hermosa celestial idea
Correspondió del alta fantasía,
Que pedazo del cielo la finjia;
Mas, áun cuando excediera
Las esperanzas mias,
Y Eden segundo y mejorado fuera,

Nunca tu hijo de ti se avergonzara,
Ni jamas dejarias
De ser en sus afectos la primera;
Y, si á nacer tornara yo y del cielo
La soberana lei á mi albedrio
Elejir consintiera patrio suelo,
Mas suelo no elijiera que el ya mio.
Mas ¿quién nos dice, oh patria, que mañana
Rayos no dés de gloria soberana?
Si es de la vana Europa lo presente,
Es tuyo lo futuro;
Que nada persevera eternamente,
Ni á cambios del destino está seguro;
Y con nacion alguna
Hizo pactos eternos la Fortuna,
Que, ministra del cielo, nos gobierna,
Y á cada gente el principado alterna.
Tal vez no dista el venturoso dia
Que, á Europa demostrando rostro adverso,
Al vasto mundo de Colon sonria
Y el imperio le dé del universo,
Y su vez gloriosa le conceda
Á mi dulce Perú su instable rueda,
Que de tanto reves en desagravio
Con que le aflije y aflijió le debe,
Cuando yazga quizás inútil plebe
Quien hoi nos befa con soberbio labio.
Mas para idolatrarte
No ha menester el alma imajinarte
De excelsa gloria y resplandor cubierta:
Bástame que en tu cielo mis miradas
Alegres saludaron al sol nuevo;
Que en ti mi planta incierta
Dió sus primeras trémulas pisadas;
Que á ti familia y dulce madre debo,
Y de la pura infancia los placeres;
Á ti el primer amor y las sinceras
Amistades primeras:
Bástame en fin que tú mi patria eres,
Que para el tierno corazon del hombre

Todo se cifra en este dulce nombre.
Sí, que en el pecho humano,
De todos sus afectos soberano,
De la patria el amor Naturaleza,
Inmortal esculpió, profundo, inmenso,
Del tiempo vencedor y la distancia;
Y de nuevas regiones la grandeza,
Poder, tesoro, amor, nada le entibia;
Y, aunque el mas triste páramo de Libia
Te engendrara, y estancia
Te dé en su vasto seno,
De eternas fiestas y delicias lleno,
La encantada metrópoli de Francia,
Siempre suspirarás en suelo ageno.
Aunque terrenos paraisos pises,
Nada el anhelo de la patria aplaca:
Dígalo el sabio paciente Ulíses,
Que, con morar en un Eden pequeño,
De bella diosa idolatrado dueño,
Solo anhelaba regresar á Itaca,
Y, como favor sumo,
Á Jove suplicaba que le diera
Vivir donde siquiera
Se divisase de su hogar el humo;
Y, huyendo de la tierna amante diosa,
Sentado tristemente en la ribera
Del inmenso oceáno,
Pasaba entero el dia
En su patria pensando, hijo y esposa,
Y en Laértes, su anciano
Padre, que acaso ya no viviria.
Y á su lado llegando, se quejaba
Tal vez así la huéspeda divina:
«¿Por qué me huyes, ingrato?
¿La soledad prefieres de esta playa
De una diosa al amor y estrecho trato?
¿Por qué yaces sentado en la marina,
Desde que el alba sonrosada raya
Hasta que el sol declina,
En silencio y á solas

Contemplando con lágrimas las olas?
¿Qué mortal, sino tú, pagar pudiera
Mi amor en tal manera?
¿Quién en este terrestre paraiso,
Del alma primavera eterna corte,
Quién por mí no olvidara hijos, consorte,
Familia, patria, y cuanto un tiempo quiso?
En jardin que deleita las miradas
Del que deja las célicas moradas,
O á visitarme baje,
O me traiga de Júpiter mensaje,
¿Quién, dime, el mundo todo no olvidara?
Mas tú, la dicha rara
De ser el caro dueño de Calipso
Mal preciando insensato, solo anhelas
Á Itaca desplegar las raudas velas,
Y volver de Penélope á los brazos:
Mas, díme, ¿en hermosura no la eclipso
Y en amor y en ingenio? pues mal puede
Débil humana, que á los años cede,
Á eterna diosa disputar la palma
En corporales prendas y del alma.
«Deja pués ese anhelo y largo llanto,
Y mi amor goza en tanto;
De la inmortalidad con que te brindo
Acepta el alto don, y sé mi esposo;
Tiempo es que de tus viajes el reposo
Quieras aquí gozar; de nuevas penas
En demanda no vayas,
Libre de tantas por mi amparo apénas.
¡Ah! si supieses los trabajos grandes
Que te esperan al irte de mis playas,
Cuando por mares y por tierras andes
Errante peregrino,
Sin que un punto reposes,
Juguete del destino,
Y blanco de las iras de los dioses,
Por siempre renunciaras al deseo
De salir de este plácido Eliseo;
Y tu Itaca pusieras en olvido

Y tu esposa, gozando satisfecho
De ilustre diosa el venturoso lecho,
Que mas de un morador esclarecido
Del bienhadado Olimpo envidiaria.»
Entre airada y amante,
Se querellaba así la hija de Atlante;
Y el Itacense así le respondia:
«Cierto es, augusta Diosa,
Cuanto decis, y mal comparar puedo
Mi Itaca pedregosa
Á esta florida, amena, feliz isla,
De los cielos bellísimo remedo,
(Y en el mismo de Jove alcázar alto,
Vos con vuestra presencia convertísla;)
Ni soi tan ciego y de sentido falto,
Que no alcanze á entender con cuanto exceso
Vence á la de mi esposa y anonada
Vuestra inmensa beldad, que nunca el peso
Del tiempo sentirá, ni de la helada
Enfadosa vejez los graves daños,
Habiendo de volar sin fin los años
Sin que el menor hechizo nunca os roben,
Mas siempre os hallen bella y siempre jóven;
Miéntras la frájil suya,
Cual flor que vive solo una mañana,
Á marchitarse y fenecer condena
Forzosa lei de nuestra estirpe humana:
Mas Itaca es mi patria, y negra pena,
Que resistir es vano,
Me roe el corazon, de ella lejano;
Á ella de noche viajo, y á su puerto,
Do no puedo despierto,
Abordar en mis sueños me imajino;
Y paso, como veis, del sol el curso,
Mirando el mar inmenso, que el camino
Es de la patria mia,
Y que al alma tristísima consuela
Con la dulce esperanza de que un dia,
Si no me abandonó favor divino,
Me ha de llevar por él rápida vela.

«No hai hora, no hai instante en que no piense
Cuándo será que al fin suelo itacense
Huelle, y bese con llanto y reverencia;
Y sienta el indecible regocijo
De ver de nuevo, tras tan larga ausencia,
Á mi tan fiel Penélope querida,
Y á nuestro dulce hijo,
Que tan niño quedara á mi partida;
Y á mis amantes padres, cuyo largo
Vivir prolongue hasta mi vuelta el cielo;
Y á la fiel turba esclava,
Y hasta á mi pobre perro, mi leal Argo,
Que por seguirme, á mi partir, lloraba!
«Mi pensamiento sin cesar desvela
De esposa é hijo la ignorada suerte;
Y tan tenaz recuerdo
Ni en vuestros brazos amorosos pierdo;
Acaso, miéntras yazgo en ocio inerte,
Audaces pretendientes codiciosos
Á mi pobre Telémaco dan muerte,
Y á Penélope cercan, ambiciosos
De su himeneo, con tenaz asedio,
Que á reducir no basta
El firme pecho de mi esposa casta;
Tal vez, tal vez la dolorida exclama:
«¿Dónde mi esposo está, que no me auxilia?
Si en la tumba no duerme,
¿Por qué así deja solitaria, inerme
Tan largos años á su fiel familia?»
Sí, mi dulce Penélope, tus voces
Escucho, y, pronto dando las veloces
Lonas al viento, volaré en tu ayuda;
Pronto á Pluton mi vengador encono
La turba loca lanzará, que solo
Falsa esperanza de mi muerte alienta
Á pretender del Lacreiada el trono,
Y la mano y el lecho de su viuda.
«Sin que el anhelo del retorno templen,
Que tan ardiente os muestro,
Los males que me anuncia el labio vuestro:

No son para mí nuevas
De la suerte las pruebas,
Con las que mi valor más acrisolo;
Diez años en crudísimas batallas
Me miraron de Troya las murallas;
Las iras sé de Eolo,
Y los peligros de Caribdi y Scila;
Y del Cíclope hambriento,
Á quien privé de su única pupila,
Cercano á ser me ví triste sustento:
Del hado á los insultos estoi hecho,
Y así, cuantos añada
Su cólera jamas apaciguada,
Todos resistiré con fuerte pecho.
«Mas no os enojen, Diosa, mis sinceras
Palabras, ni temais que en tiempo alguno
Olvide ingrato cuán piadosa y noble,
En vuestras playas dándome acojida,
Me salvásteis de la ira de Neptuno;
Hasta la hora postrera de mi vida,
En cualesquiera mares ó países
Á do el hado me lleve,
Siempre en el alma vivirá de Ulíses
La memoria dulcísima de tantas
Altas mercedes que á Calipso debe,
Y que agradece humilde á vuestras plantas.» *
Si pués Ulíses, de una diosa amado,
Gozando de su lecho y de su lado,
En valles siempre amenos,
En jardin sin cesar florido y verde,
Que bello se mostraba á las miradas
Á contemplar el cielo acostumbradas,
Su patria echaba ménos;
¿Cuánto será razon que te recuerde,
Dulce suelo peruano,
Siendo tanto mas bello
De Calipso el imperio sobrehumano

* Véase la *Odisea*, libro quinto.

Que la tierra que huello,
Cuanto á ti cede Itaca, la postrera
Hija del Oceano,
De quien ni el nombre recordara el mundo,
Si por aquel no fuera
Á quien tornar á verla costó tanto
De deseos, de afanes y de llanto?

1860.

Á UN RUISEÑOR.

Con jemido tan doliente
Rompes la nocturna calma,
Cual si tuvieras un alma
Que al par de la nuestra siente;
El griego mito no en vano
Te fingió infeliz doncella, *
Pues en verdad tu querella
Lamento parece humano.
Y, aunque tu idioma no entiendo,
Harto conocer se deja
Que es sentidísima queja
Esa que estás repitiendo.
En estas tranquilas horas,
En las que yace la vida
En alto sueño sumida,
¿Por qué solitaria lloras?
¿De qué congoja importuna
Tan sin cesar te querellas?
¿Qué desdicha á las estrellas
Cuentas, y á la blanca luna?
¿De tu consorte fiel
Te privó plomo encendido?

* Filomela ó Filomena, hija de Pandion y hermana de Progne, violada por su cuñado Tereo y convertida en ruiseñor, como Progne en golondrina.

O ¿no hallaste, vuelta al nido,
Tus dulces hijos en él?
¡Con tu queja lastimera
Cuánto, cuánto me apiadas!
¡Quién tus prendas adoradas
Volver á tu amor pudiera!
Mas, como yo de tu pena,
Piedad de mi pena ten,
Que la ausencia de mi bien
Lloro, cual tú, Filomena.
Y, como á mi negro duelo
Piedad no hallo entre los hombres,
De que venga no te asombres
Á buscar en ti consuelo.
Dolorosa simpatia
Une nuestras almas hoi,
Y, aunque superior te soi,
Quiero hacerte compañia.
Y, pues á ambos nos dió Dios
Los mismos males estremos,
Acompañados lloremos,
Oh Filomena, los dos.

1861.

SUPER FLUMINA BABYLONIS.

Junto á tus rios, Babilonia altiva,
Nos sentamos, mezclando á su corriente,
Á su libre corriente fugitiva,
Un largo mar de nuestro lloro ardiente:
Y en vuestras ramas, sauces lloradores
Que poblais las riberas,
Las resonantes cítaras colgamos
Con que en dias mejores,
Á las orillas de los patrios rios,
Nuestras dichas y triunfos celebramos.
Y cuando los impios
Que cautivos allí nos arrastraban

Nos dijeron con bárbara ironia:
«Cantadnos algun canto
De los que alzabais en la patria un dia»
Con voz interrumpida por el llanto,
Nuestro mísero labio respondia:
«¿Cómo cantar en servidumbre fiera
Los himnos de la patria vencedora?
¿Cómo cautivos levantar ahora
Los cánticos que al viento
Un dia daba nuestro libre acento?»
Yerta quede mi mano,
Oh dulce patria, si en comarca agena
Jamas del harpa los bordones toca!
Muda quede mi lengua, si en mi boca
Tu santo nombre sin cesar no suena!
De mí se olvide la memoria mia,
Si siempre no alimento
Con tu dulce recuerdo el pensamiento,
Y el triste corazon con la esperanza
De que á tu seno he de tornar un dia,
Cuando aplaquen los cielos su venganza.
¡Ah! ¡quién fuera, quién fuera
El aura voladora,
La nube pasagera,
Para volar á tu mansion querida!
Envidio, envidio ahora
Del ágil ave el presuroso vuelo,
Cual envidiaba en mi crüel partida
La raiz de los árboles felices
Que se quedaban en el patrio suelo!
¡O patria bella que al Eden te igualas,
Tuvieran ¡ay! tus hijos infelices,
Para volver á ti, veloces alas,
Para quedarse en ti, firmes raices!
¡Hermosos campos del Jordan bañados!
¡Frescos viciosos prados!
¿Cuándo os verán mis impacientes ojos?
¿Cuándo, campiñas santas
Os hollarán mis anhelosas plantas?
Tierra de la esperanza y del recuerdo,

Que guardas de mis padres los despojos,
¿Será que nunca he de volver á verte,
Y que en campos agenos
Mis tristes ojos cerrará la muerte?
¡Ah! no, jamas, y en mi vejez postrera,
En mis instantes últimos al ménos,
Me dé el Señor que á saludarte torne,
Aunque, al llegar á tus confines, muera.

LA DESGRACIA.

(DEL DIARIO DE UN VIAJERO AMERICANO.)

Con esa sombra que jamás evito,
¿En mí castiga el soberano Juez
Legadas culpas, ó fatal delito
Que en otra vida me manchó tal vez?
En las partes mas solas y calladas
Sus pasos oigo resonar detras,
Y guardan sin cesar con mis pisadas
Un siniestro monótono compas.
Si tal vez apresuro mi carrera,
Pensando que su alcance burlaré,
Tambien ella sus pasos acelera,
É igualmente cercano oigo su pié.
Y cuando más por escaparme peno,
Su acento escucha mi mortal terror,
Su horrible acento que, rival del trueno,
«Sigue, grita, tu curso volador.
«Que sin darte jamas treguas ningunas,
Tras tus pisadas mis pisadas van:
De Venecia lo saben las lagunas,
Los palacios lo saben de Milan.
«Y los templos lo saben y las ruinas
De la que fué del mundo emperatriz,
Y las músicas ondas cristalinas
Y jardines de Nápoles feliz.

«Y lo sabe la artística Florencia,
Y Génova, la espléndida ciudad,
Siendo lóbrego velo mi presencia
Que te empañó de Italia la beldad.
«Tajo lo sabe de dorada arena,
Bétis ilustre y diáfano Genil,
Támesis frio, y cenagoso Sena,
Y mil rios lo saben y otros mil.
«Busca, busca, insensato, nuevas playas,
Más tristes siempre cuanto ansiadas más:
Á donde quiera que en tu fuga vayas,
Nunca, nunca de mí te librarás.
«Te recibí al nacer: mecí tu cuna,
Y fué mia tu lágrima primer;
En vano mi presencia te importuna:
Acrece tu fastidio mi placer.
«Para estar en eterna compañia
El supremo destino nos creó;
Y para hüirme, menester seria
Que de ti huyeras, que otro tú soy yo.»
Y así es seguirme su constante empleo
De un confin de la tierra á otro confin,
Como tenaz remordimiento al reo,
Cual los divinos ojos á Cain.
¡Ah! por no ver á la que así me aterra
Y acosa y atormenta sin cesar,
Me escondiera en los senos de la tierra
Y en los abismos húmedos del mar.
Si á veces busco compañia humana,
Vanos amigos cariñosos son
Y hasta beldad enamorada es vana
Para ahuyentar tan cruel persecucion.
Si en danza busco bulliciosa y leda
Breve instante de tregua y de solaz,
De blancos rostros entre alegre rueda
Súbito asoma su amarilla faz.
Y cual armada sombra vengadora
Visible solo al matador, así
Su atroz presencia que el sarao ignora
Solo descubre la feroz á mí.

Y tal vez de improviso entre el rüido
De la festiva música veloz,
Palabras de terror me habla al oido
Y yo solo oigo su siniestra voz.
Roba paz á la noche, luz al dia,
Blando aroma á las flores del jardin,
De los frutos aceda la ambrosia
Y emponzoña el magnífico festin.
Yo la siento ceñir mi cabecera
Al dar al sueño mi abrasada sien,
Y al abrirse mis ojos, ¡vista fiera!
En mí clavadas sus miradas ven.
Ella será quien en la huesa me hunda,
Y su semblante el último será
Que divise mi vista moribunda
Entre las sombras sempiternas ya.

Así se queja; y á su espalda en tanto
La implacable tenaz perseguidora
Recorre atenta el doloroso canto,
Y cruda rie, cuando el triste llora.

1861.

Á LA SALUD.

Vírgen celeste, ¿cuándo
Será que, mitigando
Tan severos enojos,
Vuelvas á mí los compasivos ojos?
Ya siete veces el Abril rïente
De verdes hojas coronó las plantas
Y de pintadas flores, y otras tantas
Cubrió de nieve el suelo tristemente
El frio primogénito del año,
Y áun jimo y lucho con el mal extraño
Que mi cuitada juventud devora;

Cual mísero doliente,
Á quien lento veneno
Dió en su tierna niñez mano traidora,
Por largos años fallecer se siente,
Tal agonizo y sin descanso peno,
Y en vano, oh Diosa, tu favor invoco;
Cual dura, apénas viva,
Luz á quien va faltando poco á poco
El licor de la oliva,
Y cada instante la mirada espera
Que ya del todo muera,
Yo así, en mal tan estremo,
En cada dia el de mi muerte temo.
De él me liberta, Diosa,
Y tu loor divino
Eternamente cantará mi lira,
Dulce ya y melodiosa,
Si la sagrada gratitud la inspira.
Mas ¿quién con dignos labios ensalzarte
Iluso esperar osa?
De tu inmensa beldad ¿quién dirá parte?
Tiñe nativa grana tu mejilla,
Que remedar no pudo nunca el arte
De afeitada beldad artificiosa;
Mármol de Páros, nieve sin mancilla
Es el turgente seno;
Y tu mirada cual lucero brilla
En el éter sereno:
Siguiendo donde quiera tus pisadas
Van las turbas aladas
De las felices Risas y Placeres,
Que con extraño error en compañia
Pinta la Poesia
De la Diosa de Pafo y de Citéres;
Tan bella por fin eres,
Que de la envidia el áspid importuno
Pudo sentir por tu hermosura sola
La vencedora de Minerva y Juno,
Y el carmin eclipsó con tu presencia
Que sus blandas mejillas arrebola.

¿Qué sin ti vale el oro,
Que no aprovecha más que al ruin avaro
Su enterrado tesoro?
¿Qué la suerte mas próspera y valida,
Gloriosos lauros y linaje claro?
Las mas alegres animadas fiestas
Tristes son y funestas
Para quien llora con tu ausencia impia:
El sonoro compas de las orquestas,
Las mil luces y mil que en nuevo dia
La oscura noche tornan, la algazara,
Y las sonantes olas del gentío
Fueron siempre sin ti pena y hastío,
Que todo tu enemiga lo acibara.
¡Cuánto te anhelo sin cesar! Contigo,
Oh tú sin quien la vida es larga muerte,
Por la de vil mendigo
Trocara al punto con placer mi suerte;
Sin ti diademas reales
Despreciaran mis sienes,
Y mis manos del Inca los caudales;
Que fáciles contigo son los males,
Y sin ti males son los mismos bienes.
Ven, y te apiade mi tormento duro,
Desarme tu rigor mi humilde ruego,
Que, si de nuevo á disfrutarte llego,
Eternamente respetarte juro;
Y como vírgen pia
Velaba asidua el sacrosanto fuego
Con que la llama de su vida ardia,
Así te he de velar yo sin sosiego:
No tantos de ti gocen
Que, porque nunca los dejaste esquiva,
Tu valor desconocen,
Y, como ya este triste arrepentido,
Te ofenden ó te tratan con descuido;
Y de mí que conozco cuánto vales,
Y el amor te tendré que tú mereces,
No desoigas las preces,
Y da piadoso fin á tantos males. 1861.

Á UN CÓNDOR ENJAULADO.

Un tiempo, allá en el suelo americano,
Rei te aclamó la voladora plebe,
Y de los Andes la mas alta nieve
Atras dejabas en tu vuelo ufano:
El espacio sin fin del aire vano
Era tu imperio; mas en cárcel breve
Hoi en vano tus alas alza y mueve
Tu no perdido instinto soberano.
¡Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apïadas
Preso, y en suelo, como yo, extranjero!
Mas yo pronto á las playas adoradas
De mi dulce Perú tornar espero,
Y tú, blanco curioso á las miradas,
Ausente morirás y prisionero.

1861.

DIDO Á ENEAS.

Y ¡partes y me dejas, enemigo!
Y, por mas que á tus plantas en un lago
De lágrimas ardientes me deshago,
¡Ablandar tus entrañas no consigo!
¡Oh de tanta merced inicuo pago!
Aquí náufrago y prófugo y mendigo
Llegaste, ingrato, y yo partí contigo
Mi lecho y el imperio de Cartago.
¡Ah! pues no basta á detenerte nada,
Permitan las deidades justicieras
Que, al presentarse al fin á tu mirada
De esa tu ansiada Italia las riberas,
Súbita tempestad hunda tu armada,
Y, como yo, desesperado mueras.

1861.

DESCRIPCION DE UN PALACIO.

(FRAGMENTO DE UN POEMA.)

Del encantado celestial palacio
Miro brillar cada anchurosa sala,
De esmeralda, zafir, rubí y topacio
Con color vario y lumbre, que no iguala
La luz cambiada en cada breve espacio
De los májicos fuegos de Bengala;
Y de una sola fina piedra es hecho
Cada diáfano muro y alto techo.
Y paredes penetra y techos una
Estraña claridad, de otro sol hija,
Que, mas que el nuestro claro, no importuna
La mirada jamas que en él se fija,
Mas suave siendo aún que nuestra luna;
Que los ojos y el alma regocija,
Y que con rayos siempre iguales arde,
Sin conocer jamas noche ni tarde.
Por natural virtud, tan dulcemente,
Por donde quiera que el pié lleves, suena
El armonioso musical ambiente,
Que la mas dura, antigua, tenaz pena
Aduerme y desvanece de repente,
Y quieta torna el ánima y serena;
Ni vivo, como el agua del Leteo,
Le deja algun recuerdo ni deseo.
Una escondida no visible lira
En cada blando soplo se dijera
Que amorosa y dulcísima suspira,
Y que vuela una orquesta por do quiera:
Así en la altura etérea donde jira
En resonante danza cada esfera
El antiguo Pitágoras creia
Que música es el aire y armonia.

Y un canto aquella música acompaña,
Que de dónde desciende no conoces,
En que, hermanadas en concordia estraña,
Son una sola voz mil y mil voces:
Voz dulce que de modo el tiempo engaña,
Y hace huir los instantes tan veloces,
Que, oyendo su dulzura arrobadora,
Iguales son un siglo y una hora.

Los que tanto preciais y os gozais tanto
En el canto y la música terrena,
Si esa música oyerais y ese canto,
Lo que hoi tanto os suspende y enajena
Fuera de vuestro oido horror y espanto,
Cual son de nube que, rasgada, truena,
O estampido de bronce cuyo seno
Al aire lanza el imitado trueno.

Allí Flora y Pomona sus imperios
Tienen, do cuenta el Año doce abriles,
Y que eclipsan y apocan los aerios
Famosos Babilónicos pensiles;
Y áun los huertos fantásticos Hesperios
Fueran con ellos reputados viles:
Dorados frutos su recinto cria
Y flores de variada pedreria.

Embriagadora celestial fragancia
Desprendiéndose va de aquellas flores,
Que no apaga ó minora la distancia,
Cual de flores terrestres los olores;
Y en toda aquella venturosa estancia
Música, así, y aromas y fulgores
Compiten, sin que alcanzes qué sentido
Es de mas gloria y mas dulzura henchido.

Mas suave que la miel y la ambrosia,
Mas que el maná de los desiertos suave,
Mil sabores y mil como él varia,
Sin que jamas de deleitar acabe,
Y á lo que el gusto caprichoso ansía
De cada cual en cada instante, sabe
El fruto de los árboles de vida
Con que el divino huerto me convida.

Azules y tranquilos cual los cielos,
Lagos miré de transparencia rara,
Y en lecho de oro y perlas arroyuelos
De pura linfa como el aire clara;
El agua que al cristal da aquí mas zelos,
Si á aquélla la memoria la compara,
Con desden la memoria la desecha,
Cual por arte imperfecto contrahecha.
Mas de lo que me ofrece este universo
Es lo que aquel palacio soberano
En su seno atesora tan diverso,
Que por pintarlo me fatigo en vano:
Faltan colores al humano verso,
Fáltale vuelo al pensamiento humano,
Y así, desesperando del intento,
Calla el verso, desmaya el pensamiento.

1861.

LA MUJER.

Pródiga con el leon, Naturaleza
De soberbia melena le corona,
Y deja sin diadema la cabeza
De la olvidada leona.
No concede á la frente de la cierva
De las astas el árbol ostentoso,
Que á la frente magnífica reserva
Del engreido esposo.
Al pavon orgulloso dió la cola
Que de mil ojos deslumbrantes siembra,
Y sin tasa matiza y tornasola,
Y la negó á la hembra.
Mas ¡cuán distinta con la especie nuestra
Plugo á la madre de las cosas ser!
¡Cuánta más gracia y hermosura muestra
Que el hombre la mujer!

De sauce babilonio cual ramaje,
Le da rica sedosa cabellera
Que por el hombro tornëado baje
Hasta el ancha cadera.
Apretadas alzó y alabastrinas
En el turgente dilatado pecho
Dos redondas purísimas colinas
Que parte vallo estrecho.
Quiso que al labio colorado y breve
La grana envidie, y en la faz hermosa
Dulcemente mezcló púrpura y nieve
Y el jazmin á la rosa.
La luz de las estrellas apartadas
En sus ojos clarísimos encierra,
Que son, en sus espléndidas miradas,
Los soles de la tierra:
Añadiendo á beldad tan portentosa
Un dulce hechizo, una inefable gracia,
Que de ella en todo sin cesar rebosa
Y que jamas nos sacia.
Y tú, hombre, al verla tan graciosa y bella,
Al cielo gracias y loores das
De ser vencido en la beldad por ella
Para adorarla más.

1861.

Á MI SOBRINA MANUELITA C.

Cuando en los dias primeros
De tu existencia te vi,
Lunar no hallaban en ti
Ni los ojos mas severos.
Y, si no me alucinó
El casi paterno afecto,
Criatura sin defecto
Te jurara entónces yo.

Mas pronto Naturaleza,
Arrepentida de haber
Creado un humano ser
Con tan divina belleza,
Dijo: «no es bien que te dé,
«Predilecta criatura,
«La perfeccion de hermosura
«Que siempre á todas negué.
«Si sigues creciendo así
«Y humillando á las demas,
«Soberbia te engreirás
«De la beldad que te di.
«Un defecto has menester
«Que sea en ti la señal
«De tu condicion mortal,
«Y te confirme mujer.
«Que, si no, supersticiosa,
«La tierra tributaria
«Criminal idolatria
«Á tu belleza de diosa.
«Por quitarte lo soberbio,
«Fiebre tenaz te enviaré,
«Que de tu pequeño pié
«Tuerza el delicado nervio;
«Por que, cuando te engrieres
«Viendo en ti belleza tanta,
«Al sentir tu enferma planta,
«Recuerdes que mortal eres;
«Y para que, cuando quieras
«Dejar la tierra aflijida,
«Tu planta grave te impida
«Alzar tus alas lijeras.»

1861.

A LA TIERRA.

I.

Sé entre todos los astros tú maldito,
Triste planeta, por mi airado verso:
De un linaje infeliz cuanto perverso
Patria fatal que por desdicha habito!
Entre el número de astros infinito
Que pueblan el vastísimo universo,
Eres, por culpa propia y hado adverso,
El astro del dolor y del delito.
Antes que suene del querub la trompa,
El ciego choque de cometa airado
Tu frájil mole estremeciendo rompa:
Y siga, sin tu globo, lo creado
En concertada majestad y pompa
Su eterno movimiento arrebatado!

II.

Perdona, madre Tierra, si mi inquieta
Alma soberbia, en su ambicion osada,
Menospreciando un tiempo tu morada,
Cambiarte quiso por mejor planeta!
Ya la divina voluntad respeta
Que á ti la destinó, viendo humillada
Que no hai mansion ninguna que á su nada
Mas que la que hoi habita le competa.
Y no arde acaso en la celeste altura
Astro ninguno que de ti diverso
Sea en estar negado á la ventura:
Acaso en el vastísimo universo,
Donde quiera que esté la criatura,
La lei la oprime del destino adverso!

Á MI TIO EL BARON DON AUGUSTO ALTHAUS.

No espresa mi placer lenguaje humano:
Al fin antiguo anhelo he satisfecho,
Y entre mis brazos vuestro cuello estrecho,
¡Oh de mi padre idolatrado hermano!
Pero de tanto júbilo á un insano
Dolor pasa de súbito mi pecho;
Y, en encendidas lágrimas deshecho,
Pienso en mi padre, y le apellido en vano.
Pienso que, como á vos en este instante,
Nunca abrazarle á su hijo dió la suerte
Ni conocer su voz y su semblante;
Pienso que, como vos, anciano fuerte,
Áun hoi, consuelo de su prole amante,
Burlar pudiera la terrible muerte!

1861.

AL CONCEPTO ÍNTIMO.

En el rico vastísimo universo
Jamas tu objeto se ofreció al sentido,
Concepto por mí solo producido,
Cuando conmigo en soledad converso.
¡Cuántas veces probó á expresarte el verso,
Por que no yazgas en eterno olvido!
Mas, apénas te doi forma y vestido,
Eres en todo ya de ti diverso.
Si tal cual te concibo te expresara,
Nada hay que tanto al universo asombre,
Cual lo asombrase tu belleza rara:
Vive en lo hondo del alma, sin que el hombre
Te penetre jamas, pues no declara
Tu misterioso ser cifra ni nombre.

AL ARCO ÍRIS.

A ti mi canto ahora,
Arco inmenso de paz, ansioso guia
El ala voladora:
Del palacio de Dios, la fantasia
Te finje la magnífica portada
De perlas fabricada
Y de varia chispeante pedreria:
Por ella á socorrer del aflijido
El humilde gemido
Al suelo baja celestial querube;
Y abre á los cielos venturosa entrada
Al alma justa que, de Dios llamada,
Á la perenne bienandanza sube.
¿O eres arco triunfal, resplandeciente
De vivas joyas y celestes flores,
Por donde pasan coronada frente
Los altivos etéreos vencedores?
¿O vastísimo puente
Que sobre el mar del éter te levantas,
Y paso das á jigantescas plantas?
En ti vió la feliz animadora
Griega Mitologia
Listada zona, cual ninguna bella,
Que, enviada al suelo por su real señora,
En los húmedos aires descojia
De Juno la lindísima doncella. *
Mas ya murieron los argivos mitos,
Y sus bellos errores,
De genios infinitos
En mar, tierra, aire y cielo creadores:
Ya la esposa de Júpiter no manda
Á la hija de Taumante,
Ni ya eres, Iris, la lujosa banda

* Iris, mensajera de los Dioses, en especial de Juno, y doncella suya, hija de Taumante y de Electra.

Que señala su vuelo rutilante.
Y la Musa suspira
Mirando para siempre disipada
Tan hermosa mentira.
Mas de la fe cristiana la esperanza
En ti contempla la señal gloriosa
De la inmortal alianza
En que Dios á los hombres prometia
Que jamas el furor de su venganza
Á confiar á las ondas tornaria.
Por castigar á las inicuas gentes,
Al Creador ingratas,
Rompió el abismo sus profundas fuentes
Y el cielo desató sus cataratas:
Y quedarse amagaron
De sus tesoros líquidos vacias,
Lanzando sin reposo sus torrentes
Cuarenta noches y cuarenta dias:
Y cubrieron las aguas resonantes
Valles, bosques, praderas,
Y los que nunca las bebieron ántes,
Abrasados desiertos:
Á las fuertes ciudades altaneras
De la mar mas distantes,
La suerte cupo de tragados puertos:
En vano á sus altivos moradores
Por siempre preservarlos prometia
De las iras del húmedo elemento
La vasta lejania,
Pues portentoso súbito océano
Vieron que del oscuro firmamento
Sobre sus frentes pálidas caia.
Y en vano hasta las cumbres, nunca holladas
Por mortales pisadas,
De los montes al cielo mas cercanos,
Se subieron los últimos humanos:
Como islas eminentes,
Ya sumerjida toda humilde playa,
Los Andes y el altísimo Himalaya,
Áun asomaban las enhiestas frentes;

Mas poco resistieron
Al mar que sin descanso los devora,
Y al fin del todo sepultados fueron
Por el agua creciente vencedora:
Y la tierra mar era,
Mar inmenso sin islas ni ribera;
Mar que, azotado de tormenta brava,
Y no contento de invadir el suelo,
Se avecinaba al tenebroso cielo,
Nuevo mar que en el mar se derramaba.
El sol, oscuro en la mitad del dia,
Náufrago parecia:
Y el vengador enojo soberano
Solo miraba aquí por toda parte
Densa noche en vastísimo océano
Donde alzaba la Muerte su estandarte.
Y salvo la inocente
Familia del Patriarca,
Y cuantos animales escondia
En su recinto salvador el Arca,
Murió de Adan el infeliz linage
Y las especies animadas todas,
Y cuanto en la ancha tierra sumergida
Y en el leve elemento que la ciñe
Tuvo soplo de vida:
Y en ese nuevo tenebroso cáos
Iba moviendo la segura prora
Esa jigante reina de la naos,
De las aguas impávida señora:
Sola, en tanta rüina,
Que perdonó la cólera divina.
¡Cuán plácido y alegre reirías
Á aquellas almas pias,
Cuando por vez primera,
Tras los largos horrores
De inundacion tan fiera,
Encendiste en el cielo tus colores!
¡Cuál te enviarían bendicion ufana,
En su primer reposo,
Aquellos solitarios moradores

Del húmedo universo silencioso!
¡Cuánto, por sus postreros descendientes,
Su corazon colmaba de alegria
Tu vista, ofrecedora de que nunca
Ya con furor tan ciego
El agua inundadora venceria
La grave tierra y el ardiente fuego!
Mas hoy, al verte desde playa agena,
No asoma al labio placentera risa,
Mas rompe en llanto mi profunda pena:
Tú su patria recuerdas al ausente;
Que blason y divisa,
Cual del astro divino procedente,
Tú de los Incas fuiste,
Antiguos reyes de mi patria triste.
¡Cuán larga edad, en su feliz carrera,
Los peruanos ejércitos, triunfante
Te pasearon del Sol en la bandera,
Por la mitad de América jigante!
Y en civilizadora
Noble conquista y generosa guerra,
(¡Cuán otras ¡ai! de aquellas que la Aurora
Mandó despues á su remoto suelo!)
Grande fuiste por ellos en la tierra,
Como grande te ostentas en el cielo.
Tú en la sagrada Cuzco, en la radiante
Casa del Sol divina, mereciste,
Con singular decoro,
Sacros honores y aposento de oro; *
Y allí, de muro á muro dilatada,
Tu imájen fiel resplandeció gloriosa,
Con el propio matiz y la luz misma
Con que hoi á mi mirada
Brillas, del claro Sol inmenso prisma.
¡Ai! pronto la insaciable
Codicia de los hijos de Castilla
Por tierra echó tan rara maravilla;

* Véanse los Comentarios Reales de Garcilaso Inca, libro tercero, capítulo XXI.

Y cuantas plagas vomitó el Averno
El suelo de los Incas devastaron:
Piedad demuestra y corazon humano
Con inerme rebaño tigre hambriento,
Al lado puesto del leon hispano
Que hijos de Manco devoró sin cuento:
Palacios, templos, todo lo derriba,
La humilde choza y la ciudad altiva,
Con prestas manos el furor hesperio;
Y en solo un punto el perüano imperio
Se cubre todo de confusas ruinas,
Cual si de furibundo
Terremoto las iras repentinas,
Estremeciendo la mitad de un mundo,
La tornaran vastísimo desierto,
De escombros solo y de pavor cubierto.
La Cruz, ¡oh cielos! instrumento un dia
Del mas infame bárbaro suplicio:
La Cruz á quien de un Dios el sacrificio
En instrumento convirtió de vida
Y en Iris salvador del universo,
Fué por bando tan crudo y tan perverso
Á su primer empleo restituida:
Y el sagrado madero,
La gloriosa señal de los Cristianos,
En tan inicuas manos
Fué la sangrienta cruz de un pueblo entero.
Mas ¡oh justicia celestial! no sola
Corrió sangre peruana; pronto á mares
Por do quiera corrió sangre española,
Y españoles cayeron á millares;
No por la mano de la gente nuestra,
Mas por su propia furibunda diestra:
Cual codiciosos, en infame lucha,
Se acuchillan feroces bandoleros
Por el rico tesoro
De opulentos inermes pasajeros,
A quienes su traidora acometida
Con el tesoro arrebató la vida;
Así con viles fratricidas manos

Los ciegos castellanos
Contra sí convirtieron las espadas
En sangre de los Incas empapadas.
Y el arma fué la hidrópica codicia
Con que el cielo enemigo,
Vengador de los Incas, los forzaba
Á darse por sí propios el castigo.
  Y desde entónces de jemir no cesa
Mi triste patria, de discordias presa:
Que en vano, oh Iris, en combates ciento
Admiró el universo vencedores
Del pendon castellano
Los unidos pendones vengadores
Que ostentaban tus vívidos colores
Y la imájen del astro soberano: *
¡Ah! no siguió la paz á la victoria;
De la preciosa libertad estraga
El sumo bien nuestra feroz locura,
Y la tremenda pena expïatoria
Áun en nosotros, con el crímen, dura.
  Pero dé ya lugar á la clemencia,
Y nos escuse la última rüina
La venganza divina,
Con tan largo castigo satisfecha:
Y cual tú sueles, arco lisongero,
Tras tenebrosa tempestad deshecha,
Asomar, de bonanza mensagero;
Y como ahora sonreir te miro,
De oro húmedo listado y tierna gualda,
De puro añil, de viola y de zafiro,
Y de púrpura ardiente y de esmeralda,
Así la Paz alegre y venturosa
Asome al cielo de la patria mia,
Y largos siglos nos consuele y ria,
Madre del Arte y del Progreso esposa.

1861.

* Los pendones de Colombia y del Perú.

Á DIOS.

Mi triste rostro riego
De ardiente lloro en incesable rio:
Perdona á un flaco y ciego;
Pequé: pecar es mio,
Y es tuyo perdonar, Dios blando y pio.
Que siempre te has preciado
Mas que de ser inmenso, omnipotente
Autor de lo creado,
De perdonar clemente
Al que á tu seno torna y se arrepiente.
No hay madre que así al niño
Unico y débil que á sus pechos cria
Con tan tierno cariño
Mime, regale, engria,
Á él solo consagrada noche y dia:
Y llena de desvelo,
En el nido cubriendo con süave
Ala al dulce polluelo,
Tan solícita el ave,
Tan tierna y amorosa ser no sabe;
Como tú al hombre, cuando
Deja sus vicios y sus obras malas,
Dulce, amoroso, blando,
Le acojes, le regalas,
Y cubres con la sombra de tus alas.
Ve, Señor, cuánto peno,
Y que es el vicio mi mayor desgracia:
Sácame de este cieno;
Sienta yo de tu gracia
La poderosa súbita eficacia.
A salvarse no basta
El débil, flaco, miserable humano,
Á sí dejado; y hasta
Que tú me des la mano,
Siento todo mi esfuerzo salir vano.

Tan fácil á la muerte
Corro, y de tu ley santa me desvio,
Que, para no ofenderte,
Á mi libre albedrio
Quisiera renunciar, Salvador mio.
¡Cuántas veces propuso
Mi arrepentido corazon la enmienda!
Mas la fuerza del uso,
Mas que de error la venda,
Presto me obliga á que otra vez te ofenda.
Tú, refulgente faro,
La sombra ahuyenta de mi noche densa,
Y haz que la que hoy declaro
Sea la última ofensa
Que haga, Señor, á tu bondad inmensa.

RECORRIENDO LAS CAMPIÑAS DE BÁDEN.

Volar parece nuestro leve coche,
Y huir veloces al opuesto lado
Montes, árboles, quintas; y el plateado
Luminar de la noche
Presuroso nos sigue por el cielo:
¡Oh! ¡qué placer! mi descubierta frente
Azota el aura fresca blandamente
En su contrario vuelo.
¿Dónde vamos? no sé, mas imajino
Que á una encantada celestial morada
Á donde nos espera cortés hada
Va á dar nuestro camino.
En vuestra tan querida compañia,
Con vuestra dulce plática sabrosa,
Y en noche recorriendo tan hermosa,
Clara rival del dia,
Esta amena rejion, Eden segundo,
Quisiera que este viaje eterno fuera,
Y nos llevara tan veloz carrera
Al término del mundo.

Á LIGURINO.

Garzon de tan linda faz,
Que, vestido de mujer,
Nadie pudiera creer
Que fuera el traje disfraz:
Al presumido Narciso
En gracia y beldad excedes,
Y al troyano Ganimédes
Á quien Jove mismo quiso.
No hai en nuestros campos flores,
Ni en el firmamento estrellas,
Como en Lima damas bellas
Que codician tus amores.
Mas las disuade y arredra
De decirte su ardor vivo
Ser tú mas fiero y esquivo
Que el casto alnado de Fedra.

LUCINDA.

Aunque tanto Lucinda se arrebola,
Mui bien sabe su espejo que es mulata;
Y así presume, tan getona y *ñata*,
Ser de estirpe purísima española.
Cualquiera es á su lado zamba ó chola,
Á quien ensalza posicion ó plata;
Á todas con desden su orgullo trata:
La noble, la señora es ella sola.
Á todos sin cesar les cacarea
Que, no sé si de un Tello, ó de un Fadrique,
Procede su clarísima ralea:
Y aunque tanto su orgullo lo repique,
Unos dicen que vino de Guinea,
Y otros de la lanuda Mozambique.

SÁTIRAS.

I.

Á SEMPRONIO.

Con tus insulsas y continuas quejas,
Oh lloron insufrible y sempiterno,
Ya no más nos taladres las orejas:
Al páramo me fuera, ó al Infierno,
Aunque la pena mas atroz y fiera
Allí de Céres me impusiese el yerno:
No hai donde por no oirte no me fuera,
Y hasta en quedarme consintiera sordo,
Para librarme así de tu cansera.
Mas, al verte tan fresco y carigordo,
Gozando siempre de salud mas rara
Que gozar puede un marinero á bordo;
¿Quién hai, díme, quién hay que sospechara
Los ocultos dolores de tu pecho,
Que nunca se te pintan en la cara?
Tú no eres desdichado: ántes sospecho
Que, como á todo necio, á ti la suerte
Insensible y feliz tambien te ha hecho:
Tú tienes la mania de dolerte
De males que no sientes, de quimeras
En que tu tonta Musa se divierte.
Nunca tuviste penas verdaderas:
Son de risa tu llanto y tus dolores,
Que no eres digno de llorar de veras.
Mas áun te puedo consentir que llores,
Dando de tu torpeza testimonio,
Y fiero asesinando á tus lectores:
Pero, díme, ¿por qué, necio Sempronio,
Juntas con tan ridícula mania
La de insultar á Dios como un demonio?

¿Con moda tan risible como impia,
Á merecer aspira tu conato
De Byron del Perú la nombradia?
Calla, calla, ni juzgues, insensato,
Que ser gran vate piensas, que consista
En estar blasfemando á cada rato:
Bástete que eres pésimo coplista,
Bástete que eres tonto en todo estremo,
Mas tu torpeza criminal no insista
En ser á un tiempo tonto y ser blasfemo.

II.

Á SIMPLICIO.

Ya te llegó, ridículo Simplicio,
La vez en que mi Musa furibunda
En ti ejecute su sangriento oficio,
Y que una fiera soberana tunda
Descargue al fin en tus enormes lomos,
Y de vergüenza y rabia te confunda:
De tus pesados indigestos tomos,
Que no hai cuenta y paciencia que los sumen,
Víctimas tristes los peruanos somos.
No pasa un mes sin que tu fértil númen,
Manchando de papel resma tras resma,
No pára por lo ménos un volúmen:
Y aunque son todos de la laya mesma,
De tus admiradores el rebaño
Clama, abriendo una boca de una sesma:
«Rara facilidad! ingenio extraño!
Feliz fecundidad!» pero yo digo:
Fatal fecundidad! notorio daño,
No envidiable favor del cielo amigo!
Vana, inútil, estéril abundancia,
De los lectores y el autor castigo!
Hija de la audacísima ignorancia,
¿Quién habrá que, si quiere y si desea
Tu apariencia sin forma y sin sustancia,

No te logre al instante y te posea,
Y escriba tomos ciento, que maldito
El prójimo cuitado que los lea?
Pero más vale nunca haber escrito
Que ser autor, si no son ellos buenos,
De un número de libros infinito.
Y pues tan malos son los tuyos, dénos
Pocos siquiera por piedad tu Musa:
Serán mejores cuanto sean ménos.
El tiempo que empleaste no es escusa;
El arte de los versos no es de risa:
Y más tu misma rapidez te acusa.
Son enemigas perfeccion y prisa:
Sin tiempo y madurez no hai bueno nada:
El verdadero vate no improvisa.
Años costó la sin igual Iliada
De los vates al príncipe y maestro,
Ni fué la clara Eneida improvisada.
No basta la invencion, no basta el estro,
Si afan constante, en tan difícil arte,
Y un estudio tenaz no te hacen diestro.
Mas, ¿para qué me canso en predicarte,
Pues, aunque tú estudiaras, no podrias
Correjirte jamas ni mejorarte?
Sí, vanas fueran todas tus porfias;
Que adelantar no puede el que es tan bolo,
Aunque estudie las noches y los dias.
Con el divino ingenio, don de Apoló
Confundes lo que es hipo y es manía
Y comezon de ser autor tan solo.
Cual hoja que á los vientos se confia,
O como aquí y allí vuelan las aves,
Sin seguir en su vuelo cierta via;
Así, Simplicio, ni tú mismo sabes,
Al sentarte á escribir, sobre qué escribas,
Por dónde empiezes, ni por dónde acabes.
¿Será posible acaso que concibas
Que, condolida de tu ruego ardiente,
Y atenta y dócil á tus ansias vivas,
Del encumbrado Pindo refulgente

Baje la Musa presurosa luego
Á dictarte de versos un torrente,
  Como rápidos dicta un vate ciego
Los versos que uno á uno ántes compuso
De su callada estancia en el sosiego?
  Pero de ver me pongo ya confuso
Que en tal bicho mis iras satisfago,
Y de seguir haciéndolo me escuso,
Que está Sergio aguardando mi zurriago.

III.

Á SERGIO.

  Y tú que, por haber, sudando el quilo,
Con el empeño mas tenaz y fiero,
Escrito en duro trabajoso estilo
  Allí uno que otro verso pasadero,
Tienes tu miserable personilla
Acaso por igual á la de Homero!
  Pero ¡qué digo igual! no, tu pandilla
Sin igual te reputa y sin segundo,
Y al mismo Homero ante tu altar humilla.
  Son los vates que más acata el mundo
Poetastros ridículos, respecto
De vate tan sublime y tan profundo.
  ¿Quién en él pudo hallar nunca un defecto?
¿Quién tan bien los afectos interpreta?
Él solo realiza lo perfecto.
  Febo mismo es con él niño de teta,
Y bien pudiera el coro de las nueve
Tomar lecciones de tan gran poeta.
  Pues, ¿cómo así mi Musa se le atreve?
¿Cómo tan temeraria así blasfema?
Si el respeto á callarse no la mueve,
El castigo del dios al ménos tema.

Á LIMA.

El que perdidos para siempre jima
El contento del alma y el reposo,
Vuele á tu seno, deleitosa Lima,
Y á ser en breve tornará dichoso.
Tú, cual palacio de potente maga,
Virtud encierras de sin par dulzura,
Que cicatriza la mas honda llaga
Y la dolencia mas antigua cura.
Tú á memorias acerbas y tenaces
La paz concedes del sabroso olvido,
Y entre divinas ilusiones haces
Mecerse el corazon adormecido.
De su patria al recuerdo lastimero,
Como yo al tuyo, con dolor no inunda
En lágrimas su rostro el extranjero,
Que tú eres á su amor patria segunda.
Y si te deja al fin, jamas olvida
Tus blandos usos, tu vivir ameno,
Y la noble dulcísima acojida
Que le brindó tu hospitalario seno.
No hay hora en que tu májica hermosura
Á mi amante memoria no sonría,
Que en la luz viva que tu sol fulgura
Resplandecer parece la Alegría.
Y tu aire puro, tu apacible viento
Parece, en vuelo perezoso y leve,
Ser del Placer el deleitoso aliento
Donde el anhelo del placer se bebe.
Jamás viste al relámpago temido
Tu cielo iluminar, siempre sereno;
Ni nunca, oh Lima, resonó en tu oido
La ronca voz del pavoroso trueno.
Ni te hirió con flamíjera saeta
Del cielo vengador la justa saña;
La tempestad tu atmósfera no inquieta
Ni en sus sonantes piélagos te baña.

Tan solo el Alba nacarada y fria,
Sacudiendo sus húmedos cabellos,
En líquidos diamantes te rocía
Y blando aljófar que destilan ellos.
No amortaja jamas escarcha ó nieve
Tus verdes campos, ni el Invierno frio
Á penetrar tus términos se atreve,
Tambien cerrados al ardiente Estío.
Y cual del hombre en la mansion primera,
Hoy á tal patria por su culpa extraño,
Para ti la florida Primavera
Es la perpetua juventud del Año.
Sin tempestad que al navegante asombre,
El Pacífico mar á ti vecino,
Conforme siempre con su dulce nombre,
Semeja inmenso lago cristalino.
Nunca mas tarde en ti raya la Aurora,
Ni mas temprano se despide el Dia,
Ni á su claro enemigo breve hora
Logra nunca usurpar la Noche umbria;
Si es bien que llames Noche la que aduna
Toda de estrellas la infinita hueste,
Á quien preside incomparable luna,
Nuevo sol de la bóveda celeste.
Para ornarte el cabello, tus jardines
Bellas flores tributan á millares,
Y adornan tus espléndidos festines
Los frutos mas sabrosos y manjares.
Y si la Peste, que te envia ajena
Playa, tu sano cristalino ambiente
Con su aliento mortífero envenena,
El cielo rara vez se lo consiente;
Y en ti la fuerza y el furor declina
Que ciudades despuebla en tiempo breve,
Que el ver tu gracia y tu beldad divina
Á piedad casi y á perdon la mueve.
Fecunda madre de beldades eres,
Que la Fama doquier canta y pregona,
Y rinden á tus májicas mujeres
Las bellas Gëorgianas la corona.

¿Qué pecho habrá tan recatado y duro
Que la preciosa libertad redima
De sus ojos que al Sol dejan oscuro,
De la gracia sin par que las anima?
¿Y quién habrá que se resista esquivo,
Y quién habrá que se rehuse ingrato
Al inefable agrado y atractivo
De su halagüeño cariñoso trato?
Ni helada nieve, ni insensible peña
Son del que abrasan al gemir doliente;
Cuanto hermosa es sensible la Limeña,
Y si amores inspira, amores siente.
Y así en tu clima voluptuoso y blando
Que á siempre amar el corazon convida,
Va entre amores eternos resbalando
El sueño deleitoso de la vida.
Y para ti las Horas indolentes
Se encadenan en danzas amorosas,
Enguirnaldando sus risueñas frentes
Blancos jazmines y purpureas rosas.
Al ocio, cual las árabes novelas,
Son tus antiguas tradiciones gratas,
Y al viajero suspendes y consuelas
Con las dulces leyendas que relatas.
La flor de España, la feliz Sevilla
Por secular proverbio decantada,
Á ti la frente coronada humilla,
Con sus hermanas Cádiz y Granada.
Al largo cielo en fin eres deudora
De tal beldad y gracias hechiceras,
Que de toda ciudad reina y señora
Y verdadero Paraíso fueras,
Si el odiado sonante Terremoto
Tal vez no fuese á visitar tu suelo:
Tu sola plaga, y humillante coto
Que poner quiso á tu soberbia el Cielo.
Pasa á veces veloz cual amenaza,
Como del cielo saludable aviso,
Soltar haciendo del placer la taza
Á tu trémula mano de improviso;

Con pecho helado, á tu indecisa planta
Sonar escuchas su rumor profundo,
Que al mundo de los vivos se levanta
Como la voz del subterráneo mundo.
Y en el rujido de tu horrendo azote
Breves instantes tu pavor respeta
Acentos de inspirado sacerdote,
Terribles amenazas de profeta.
Y una vez y otra tu perenne fiesta
Vuelve á turbar, y aunque tu enmienda tarda,
Otra vez y otras ciento te amonesta,
Y largamente tu mudanza aguarda.
Ministro en fin de la implacable Muerte,
Y de las iras férvidas divinas,
Con vuelo ménos raudo te convierte
En vasto campo de hacinadas ruinas.
¡Bella hermana de Nápoles que, siendo
Rico jardin del suelo Italïano,
Yace á las plantas del volcan tremendo
Que sepultó á Pompeya y Herculano;
Con igual riesgo y el olvido mismo,
Al arrullo de cantos seductores,
Duermes al borde de un profundo abismo
Cubierto todo de verdor y flores!

1862.

Á AMÉRICA.

En ti se exceden las divinas manos,
Mundo feliz que adivinó Colon:
Tus mares dos inmensos oceános,
Y tus lagos y rios mares son.
Altísimas se yerguen tus montañas
Que el cielo tocan con su blanca sien,
Y es oro lo que esconden sus entrañas,
Que arena de tus rios es tambien.

Te rinden sus tributos cinco zonas,
Provincias de tu imperio asombrador;
De ambos polos te calzas y coronas,
Y te ciñes al talle el Ecuador.
Es en ti cada inmensa selva oscura
Un verde laberinto vejetal,
Y el llano es mar de flores y verdura
Que habita primavera perennal.
Á ti sola sus cuatro lumbres bellas
Muestra del Sur la refulgente cruz,
Y de los cielos todas las estrellas
Regocijan tus noches con su luz.
Ostente Europa á la estasiada vista
Los milagros que el Arte ejecutó,
Que los milagros del divino Artista
En tu suelo mirar prefiero yo.
Tú henchiste de oro el universo pobre,
Y no hay en suma codiciado bien
Que á tu opulencia virginal no sobre,
Imájen bella del perdido Eden.
Pero el bien de que mas te regocijas,
Y que tu justo orgullo hace mayor,
Es que tantas Repúblicas tus hijas
Ardan de libertad en el amor.
Juntos están los otros Continentes,
Y un hemisferio son; pero tú estás
Por dos grandes océanos potentes
Separado de todos los demas.
Y en opuesto hemisferio, isla jigante,
Entre uno y otro dilatado mar,
Del resto de la tierra estas distante,
Formando como un mundo singular.
El providente Creador aislarte
Quiso tal vez, para evitar así
Que el contajio que reina en cada parte
Del mundo antiguo, penetrara en ti.
Por eso tantos siglos, en profundo
Misterio, á aquéllas te ocultó tal vez,
Y hoy tú sola eres jóven en el mundo,
Del decrépito mundo en la vejez.

Y miéntras, por monarcas humillada,
Allá gime del mundo la mitad,
Quiso que tú el asilo y la morada
Fueras de la proscrita Libertad.
Brille Europa un instante todavia,
Que bien pronto su luz verá estinguir;
Si es de ella lo pasado, ¡o patria mia!
Tuyo, tuyo será lo porvenir.
La Civilizacion, hija de Oriente,
Que el jiro sigue de la luz solar,
En ti, cual nuevo sol mas refulgente,
Vendrá su largo curso á terminar.
Ni tendrá ocaso tu esplendor divino:
Ántes, resplandeciendo mas y más,
El progreso del hombre y su destino
En la asombrada tierra cerrarás.

1862.

Á UN RELOJ

QUE ME REGALARON MI TIO Y MIS PRIMOS DE ALEMANIA.

¡Oh dulce y triste presente!
¡Oh mas preciado reloj,
Que si fúlgidos diamantes
Te ornaran en derredor!
Dulce eres por las queridas
Manos de que fuiste don,
Y el sincero y puro afecto
Que á las mas te ofreció!
Y eres triste porque midas
Á mi pena y mi dolor
Las pausadísimas horas
Que léjos pasando voi
De los que á mí te ofrecieron,
Y á quienes el mutuo amor
Y la pronta simpatia
Áun mas que el deudo me unió!

¡Ah! ¡cuán tardo al ansia mia
Es tu acero medidor!
Las horas son dias, y horas
Los breves minutos son.
En tu círculo callado
Huya el tiempo mas veloz;
Y adelántame esos dias
En que sueña mi dolor,
Cuando, unido á aquellos seres
Que adora mi corazon,
Tan raudo las horas midas
Cuan lento las mides hoi.

1862.

AL SÁBADO.

Questo è de sette el più gradito giorno,
Pien di speme e di gioia:
Diman tristezza e noia
Recheran l'ore, ed al travaglio usato
Ciascuno in suo pensier farà ritorno.
LEOPARDI.

Víspera dulce del festivo dia,
Áun mas que él dulce para el alma humana,
Oh hijo el mas feliz de la Semana,
Lleno estás de esperanza y alegria!
Tú al hombre, á quien abruma de la larga
Semana el vario afan y los negocios,
En los festivos anhelados ocios
La tregua ofreces de su grave carga.
¡Cuán dulce y lisongera tu promesa
Sonaba un tiempo á mi infantil oido,
Á la hora en que el estudio maldecido
Entre mil gritos de algazara cesa!
¡Qué placeres tan vivos me pintaba!
¡Cuán ledo me mostraba y halagüeño
El solo dia de que yo era dueño,
Unico libre en mi semana esclava!

Mas ¡ai! apénas el mortal alcanza
El bien que mas ansió, de él no se cuida,
Y el único placer de nuestra vida
Es el vano placer de la esperanza.

AL DOMINGO.

Tú el dia mas dichoso de los siete
Fueras, festivo suspirado dia,
Si nos dieras la paz y la alegria
Que tu víspera dulce nos promete.
Mas la esperanza que nos das, cercano,
La desvaneces, al lucir presente;
Y tedio el hombre, en tu reposo, siente,
En vez de goces con que sueña en vano.
Que á tan fatal alternativa impia
Condena al hombre su hado rigoroso:
El trabajo le abruma, y el reposo,
Por el que tanto suspiró, le hastia.
Y de sombra y temor tambien te viste
La vecindad del afanoso Lúnes,
Haciendo que las mentes importunes
Con el recuerdo del trabajo triste.
Sigue, sigue llamándote *mañana*,
Hoi no quieras llamarte todavia:
Larga mire tu dulce cercania
El que tan solo en esperar se ufana.
Deten, deten las alas voladoras,
Aun no asomes tu rostro, ni tan presto
Quieras hacer al mundo manifiesto
Que solo tedio traerán tus horas.
Mas ya tu luz al horizonte vino,
Y el desengaño á la ilusion sucede:
En ti el hombre infeliz encontrar puede
La semejanza fiel de su destino.

Es nuestra vida igual á la Semana:
Dulce Sábado tiene; mas funesta
Nos es la misma suspirada fiesta,
Triste Domingo de la vida humana.

1862.

Á UN JÓVEN.

Tú, cuyo pecho sin cesar se afana
Con desvelo tan puro y tan ardiente
Por el progreso y la ventura humana,
No el lauro esperes á tu noble frente.
El premio considera que tributa
Á la virtud de Arístides Atenas;
De Sócrates recuerda la cicuta
Y de Colon divino las cadenas.
Mira á Dante proscrito como reo,
Preso al Taso entre insanos; ve el tormento
Los miembros lacerar de Galileo,
Atrevido Colon del firmamento.
Entre hórridas congojas dar la vida
Mira del mundo al Redentor, y díme
Qué pueblo no es igual al deicida,
Que crucifica á aquel que le redime.
Cual culpa sin perdon, el mundo falso
Castiga el beneficio recibido;
Á éste da la prision, á otro el cadalso;
Su castigo menor es el olvido.
Mas, aunque sepas que á la tierra víno
Á solamente padecer el bueno,
Cumple, oh jóven, la ley de tu destino,
De vil temor y abatimiento ageno.
No pienses en humana recompensa,
Cuya esperanza el mérito minora;
En los deleites que te brinda piensa
La virtud, de sí misma premiadora.

1862.

Á DIOS

CON MOTIVO DE LAS FRECUENTES MUERTES DE PERUANOS ACAECIDAS EN PARIS, Á PRINCIPIOS DE 1862.

Templa, Señor, tu rigorosa saña,
Y á nosotros los ojos ya convierte
De tu dulce piedad; mira á la Muerte
Embotar en nosotros su guadaña.
Nuevo sepulcro cada aurora baña
El llanto nuestro, y sin cesar se vierte;
Ve á la peruana esposa *, al jóven fuerte ‡
Morir, y á la viuda † en tierra estraña.
Morir en apartado suelo ageno,
Desventura mayor que otra ninguna,
Escusa á los que viven: oh Dios bueno,
Tu piedad á los nuestros nos reuna,
Y nos dé tumba en su materno seno
La dulce tierra que nos dió la cuna.

1862.

A MÉJICO.

Desgraciada Nacion, tan solo rea
De ser menor en armas y pujanza,
En cuya reconquista hoi hace alianza
La codicia famélica europea:
No el universo sucumbir te vea,
Cual res cobarde, sin blandir la lanza;
Y, aunque del triunfo falte la esperanza,
Entra en la cruda desigual pelea.
Cae á lo ménos con honor y gloria,
Y en el mayor conflicto nunca olvides
Que es la lucha el deber, no la victoria;
Mas, si defensa al patriotismo pides,
Tal vez en ti renovará la Historia
De Salamina y Maraton las lides. 1862.

* La señora Dª Amalia La-Fuente de Barrenechea.
‡ D. Miguel Echerri, D. Alejandro Maruri de la Cuba, D. Adolfo Walhen y D. Emeterio Cabello.
† La señora Dª María Vivero de Miramon.

A COLON.

Sigue, sigue, atrevido navegante,
Por los mares remotos de occidente:
Ni la onda insana, ni la ciega gente
Rinda tu fé, ni tu valor espante:
Que, si áun no existe la region jigante
Que tu adivino corazon presiente,
Por ti solo el favor omnipotente
Hará que de las ondas se levante.
Y se presenta al fin; mírala: es ella,
Madre del porvenir, Eden segundo,
Reina del mar y de la tierra estrella;
La que aislaba el océano profundo,
Para que vírgen se guardara y bella,
Y jóven fuera en la vejez del mundo.

AL MISMO.

Gloria suprema del linaje humano,
Que al griego excedes y al valor latino;
Oh tú en quien plugo al Hacedor divino
Juntar sus dones con profusa mano:
Oh grande vencedor del océano,
Y vencedor mas grande del destino,
Descubridor de un mundo y adivino,
Tipo idëal del héroe y del cristiano!
Sin duda el mundo ante grandezas tantas
Absorto, y grato á tan heróicas penas,
Del orbe el cetro colocó á tus plantas.....
Mas ¡ai! de asombro y de dolor me llenas,
Cuando indignadas tus cenizas santas
Agitan en la tumba tus cadenas! *

* Sabido es que Colon ordenó en su testamento que sus cadenas fuesen sepultadas con él.

AL SOL.

(DEL DIARIO DE UN VIAJERO AMÉRICANO.)

Y así con voz doliente
Interrogaba al ojo de los cielos
El mísero viajero de Occidente:

Díme si miras desventura extrema
En tantos astros, como aquí, reinar,
Si envuelve el Infortunio tu sistema
Y erije en todos su sangriento altar.
Dí, eterno viajador del firmamento,
Del universo fúlgido reló,
Si siglos solo de inmortal tormento
Á tantos mundos tu fulgor midió;
Si de sus moradores unos jimen,
Y otros hacen jemir, jimiendo al par,
Y si planetas de dolor y crímen
Son, como aquel que nos tocó habitar.
Si padecen sus pueblos férreo yugo,
Y si coronas y tiranos hai,
Y se mezcla la risa del verdugo
De víctima inocente con el ai.
Si, cual la tierra, helada en doble zona,
Y abrasada en el tórrido Ecuador,
Así el hielo los calza y los corona,
Y los faja candente ceñidor;
Si juntan mar y cielo tempestades,
Y si el suelo en sonante retemblar
Veloz traga magníficas ciudades,
Cual flotas sorbe el borrascoso mar:
¿De las Dolencias la infinita hueste
Allí se ensaña en el mortal tambien?
¿Súbita se alza ponzoñosa Peste,
Víctimas devorando cien á cien?

¿Allá tambien engendra la Amargura
De las Dolencias todas la mayor,
La eterna bëodez de la Locura,
De espectros llena y de perpetuo horror?
Díme si, cual la mísera terrena,
Á vil trabajo y á constante afan
Cada estirpe infeliz allí condena
El crímen de otra Eva y de otro Adan;
Si, del paterno crímen inocente,
Proscripta vive de otro dulce Eden,
Y, para mas gemir su mal presente,
Guarda el recuerdo del perdido bien;
Si al mortal, en la culpa concebido,
Le da á luz con dolores la mujer,
Y su primera voz es un jemido,
Y apénas nace empieza á padecer;
Si el aliento voraz de las pasiones
La vida agosta y la consume en flor,
Y si roe tambien los corazones
Tedio no ménos grave que el dolor;
Si allá la mente, de verdad desnuda,
En todo sombras y misterios ve,
Y en cada aurora sus creencias muda,
Llorando en vano su extinguida fe.
Si, en vez de unirse allí los moradores
Contra el destino bárbaro comun,
Con sus odios, y guerras, y rencores
Hacen mas fiera su desdicha aún:
Díme si allá el vivir yace sujeto
Á la oprobiosa edad de la vejez,
Donde al hombre infeliz, vivo esqueleto,
Abruman tantos males á la vez.
Díme si allá tambien quiso la Suerte
Que, tras vida tan mísera y rüin,
De las desgracias la mayor, la muerte,
Fuera de tantas desventuras fin.
Quizá los astros todos de la fiera
Lei del dolor y mal esclavos son,
Ni mas tirana y necesaria impera
La lei universal de la atracción.

Mas, si tan solo lágrimas y afanes
Alumbra en todos tu divina luz,
Y ves la altiva planta de Arimánes
Hollar el cuello del vencido Ormuz;
Si en rostro y forma y lo demas diverso
De todos, y del nuestro terrenal,
Cada linaje, oh Sol, de tu universo
Es en jemir y en padecer igual:
¿Por qué de alegre luz haces alarde?
¡Ah! no insultes del mundo la afliccion,
Y alumbre triste amarillenta tarde
Á la desventurada creacion.
O, extinguidos tus rayos, de profunda
Noche eterna en el seno encubridor
El universo silencioso se hunda,
Y estén juntos tinieblas y dolor.

1862.

EL FÉNIX.

Á UN POETA.

«¿De qué me sirve el fulgoroso manto
Que oriental pedreria descolora,
Y el canto que supera todo canto?
¿Qué vale que la turba voladora
Rei me pregone, cuando el pecho mio
La sed en vano del amor devora?
De mi grandeza en el fatal vacio,
Si amor demanda el corazon sediento,
Le dan loores y respeto frio.
Bien mi beldad, y mi divino acento,
Y del eter inmenso el principado,
Con mi perpetua soledad descuento:
¡Por qué á mi solo me ha cabido el hado
De no tener igual ni semejante!
Unico de mi especie fuí creado.

Nunca veré á mi lado esposa amante
Que el cetro alegre que llorando rijo,
Y mi desierta magestad encante:
Hijo ó padre jamas nadie me dijo;
Ningun afecto mi vivir suaviza,
Que yo soi de mí mismo padre é hijo.
Y el don de renacer de mi ceniza,
Cuando entre llamas aromosas ardo,
Mi soledad y penas eterniza.
Mi ser renueva de la Muerte el dardo:
Los siglos pasarán en lenta huida,
Mas yo mi fin ni en el postrero aguardo:
Se matan ótros, y acabó su vida;
Yo, aunque la vida sin cesar me quito,
Renazco siempre, perennal suicida.
¡Por qué á vulgares aves ¡ai! no imito
En amar á la amante compañera,
Y en propagarse en número infinito!
Mas ya que solo me creó, siquiera
El crudo cielo que feroz me agravia
Morir, cual las demas, me concediera!»
En los desiertos de la ardiente Arabia
Así el Ave inmortal en quejas vierte
Su antigua pena y dolorosa rabia:
¡Oh vate! la del Fénix es tu suerte:
Nadie te ayuda á consumir la taza
De un dolor mas amargo que la muerte.
Con ningúno amistad ó amor te enlaza;
Tú vives solitario eternamente,
Cual si el único fueras de tu raza.
Y en vano te devora el ansia ardiente
De amar y ser amado: á pecho humano
Tan solo inspiras miedo reverente.
Y tu celeste voz alzas en vano:
Tu dulce canto, de tristeza lleno,
Nadie comprende, cual idioma arcano.
Todos te ven como á la tierra ageno;
Ningun mortal á tu nivel levantas;
Tú les ofreces el amante seno,
Y humildes ellos caen á tus plantas. 1862.

EL PASO DEL MAR ROJO.

Alza el caudillo de Israel la mano,
Tendiendo al mar la portentosa vara,
Y obediente á Moises, el océano
En dos mitades su caudal separa;
Y cual paredes de cristal, levanta
Á un lado y otro un jigantesco muro,
Y por el centro con enjuta planta,
El pueblo de Israel pasa seguro.
El fiero ejipcio, que escaparse mira
La presa que ya toca su venganza,
Al prodijio cegándole la ira,
En seguimiento de Israel se lanza.
Y cuando el postrimer Israelita
Huella con salvo pié la otra ribera,
Y ya la hueste de Jehová maldita
El camino del mar ocupa entera,
Dócil de nuevo de Moises al mando,
Torna la mar á su nivel primero,
En su profundo seno sepultando
«El carro y el caballo y caballero.»

1862.

Á MARTIN DE PORRES.

En vano, gran Martin, la Noche fria
Vistió tu rostro con su sombra oscura;
Mas que la nieve era tu alma pura,
Y mas clara que sol de mediodia.
Y hoi en la gloria perennal te alegras,
Miéntras jimen sin tregua en el profundo
Mil y mil que tuvieron en el mundo
Los rostros blancos y las almas negras.

Si, como vil, el orgulloso suelo
Y como infame, tu color rechaza,
Igual es en honores cada raza
En la feliz república del cielo.
Y hasta permiten las divinas leyes
Que aquellos cuya vida mas se humilla
Allá reciban mas augusta silla,
Del mundo esclavos y del cielo reyes.
¿Qué corona de sol resplandeciente
Hai que perder su resplandor no tema,
Ante la luz de la inmortal diadema
Que hoi enguirnalda tu gloriosa frente?
Y son nuestras mas fúlgidas estrellas
Bosquejo apénas y confusa sombra
De esas que tú, como brillante alfombra,
O cual dorado pavimento, huellas.

IDEA DE DIOS.

Cual del náufrago el ánimo desmaya,
Que en vano mueve la mirada y mano
En medio del vastísimo oceano,
Léjos del puerto y de la dulce playa;
Como el que imprime el pié del Himalaya
En la mas alta cima, ó Ande cano,
Que solo mira en torno el aire vano,
Por mas que léjos con la vista vaya;
O como aquel que al cielo remontado
Navega el aire en volador navío,
Que mira por do quier espacio inmenso;
Así todo me abismo y anonado,
Sin que te alcanze á comprender, Dios mio,
Cuando en tus altas perfecciones pienso.

1862.

MARTA Y MARÍA

De Jesus en servicio, todo el dia
Pena la activa dilijente Marta;
Mas, absorta escuchándole, María
De sus divinos pies nunca se aparta.
Dice Marta al Señor: «¿Bien no seria
Que entre ambas el trabajo se reparta?»
Jesus responde: «En complacencia mia
Mucho es tu afan, tu dilijencia es harta:
Tu respetuosa actividad me agrada;
Pero cesa importuna de quejarte
De la que yace ante mis pies postrada:
Magdalena elijió la mejor parte,
La cual por nadie le será quitada,
Y nada habrá que de su bien la aparte.»

TAYLOR INST. OXFORD

Á LUZBEL.

¡Cuánto de lo que fuiste eres diverso!
Ya del celeste Emperador privado,
A las dulzuras de tu ardiente verso
El sumo oido suspender fué dado:
Hoi te oprime el destino mas adverso
Y el mas abyecto miserable estado:
Que, en la balanza del Señor medida,
Iguala á tu grandeza tu caida.
Tú fuiste la mas bella criatura
Que animó la largueza creadora;
No igualaba la luz de tu hermosura
Ni la estrella, del alba precursora:
Mas hoi es copia de la noche oscura
Tu blanco rostro que afrentó á la aurora,
Y hórridas sierpes son los rizos bellos
Que del sol eclipsaron los cabellos.

Á tu cambiado espíritu conforme,
Hoi se muestra tu faz: no hai aterrante
Nocturno sueño que el semblante forme
Que se iguale al horror de tu semblante:
El hondo sello de tu culpa enorme
Hace, maldito, que áun á ti te espante,
Cuando en los lagos del Infierno rojos
Le ven tal vez á su pesar tus ojos.
Que con ingrato corazon perverso
Y orgullo insano, pretendiste osado
La corona ceñir del universo
Y disputar á Dios el principado;
Pero tu bando, en confusion disperso
Y al abismo infernal precipitado
Por la diestra de Dios fulminadora,
Castigo alguno ni tormento ignora.
Mas no es el fuego que, cual rojo, ardiente,
Eterno manto tus espaldas viste,
Lo que con mas crudeza, eternamente,
Hace tu suerte tan amarga y triste;
No á tu memoria sin cesar presente,
El recuerdo inmortal de lo que fuiste,
Y en perenne tormento convertido
El bien pasado y el placer perdido.
No: lo que mas te aflije y atormenta
Es del orgullo la incurable herida
Que hace, con boca sin cesar sangrienta,
Eterna muerte de tu eterna vida;
De tu derrota la rabiosa afrenta,
Que ni un instante tu soberbia olvida,
Y que tu pecho, con suplicio interno,
Trueca en segundo mas horrible infierno.
Y ante esa pena que tu mal consuma,
Y que tu orgullo rumiador devora,
Son nada las demas con que te abruma
La celeste venganza triunfadora:
Solo castigo á tu soberbia suma
Es ver que á Dios el universo adora,
Y cuánto dista tu ambicion demente
De su inmensa grandeza omnipotente.

1º DE ENERO DE 1863.

Reina en Paris unánime alegria:
Y toda plaza y toda calle suena,
De alborozada muchedumbre llena,
Que celebra del año el primer dia.
Mas, solitaria en tanto el alma mia,
Con el contento y la ventura agena,
Siente aumentarse su profunda pena,
Y su tedio y mortal melancolia.
En vano la esperanza me halagaba:
Para mí ¡ai triste! el año nuevo empieza
Tan desgraciado cual su hermano acaba:
Áun el mal no remite su crüeza
Que mi cuerpo consume, áun jime esclava
El alma del hastio y la tristeza!

LA TRISTEZA.

¡Y será vana mi inmortal porfia!
¡Y esta antigua tristeza roedora
Jamás de tregua me dará una hora,
Tras mí corriendo cual la sombra mia!
¡Ai! de la zona tórrida á la fria,
Del negro ocaso á la brillante aurora,
Por cuanto con su luz el sol colora,
Me persigue su odiada compañia!
Fábula son las islas de Fortuna
Que ser fingió el antiguo devaneo
De la Felicidad morada y cuna:
¡Dulce Felicidad! ya en ti no creo;
Mas ¡ai de mí! sin esperanza alguna,
Te busco eternamente y te deseo!

Á UNA ESTRELLA.

¡Cuán hondas melancólicas ideas
Despiertas en el alma dolorida,
Lejana estrella que, entre mil perdida,
Cual ojo soñoliento pestañeas!
¿Por qué tu luz, entre tan claras teas,
Mis tristes ojos sin cesar convida?
¿Por qué lloro al mirarte?..... de mi vida
Quizá la estrella misteriosa seas!
Sí: tú sola, cual cirio de agonía,
Alumbrabas la noche tenebrosa
En que este triste á padecer nacía:
¡Ai! que ya cedo al hado que me acosa:
Y pronto tú, como mirada pía,
Alumbrarás mi solitaria losa.

MUDANZA.

«Ni á la Fortuna sus tesoros pido,
Ni ya codicio el mando peligroso,
Ni de la Gloria el resplandor hermoso
Ni el aura vana y popular rüido;
Ni de insigne beldad, de gracias nido,
Ser el feliz enamorado esposo:
Solo anhelo las playas del reposo
Y el agua soñolienta del olvido.»
Así dije, y eterna despedida
Dar á dichas y pompas de este suelo
Mi alma creyó, del desengaño herida:
Mas ya sacudo de la tumba el hielo,
Y ya me torna á alucinar la vida,
Y amor, fausto y poder y gloria anhelo!

EL ÁRBOL Y EL PÁJARO VIAJERO.

Un árbol que vejetaba
En apartado sendero,
Así á un pájaro viajero
Con tristes voces hablaba:

«Yo á la tierra estoy sujeto,
Y tú en el éter vacío
Te espacias á tu albedrío:
Tú vives y yo vejeto.
¡Ah! ¡Cuánta parte del mundo
Recorres en solo un dia,
Con sin igual alegría,
Con deleite sin segundo!
Adonde te place vas,
Y doquier que el vuelo llevas
Ves siempre bellezas nuevas,
Sin que te hastíes jamas.
Tú ves el inmenso mar
Á quien el humilde rio
Donde se baña el pié mio
Sus aguas va á tributar.
¡Cortárame la segur,
Con tal al ménos que en él,
Trocado en raudo bajel,
Volara de Norte á Sur!
Henchidas de aura süave,
Alas me fueran las velas
Como esas con que tú vuelas,
Y fuera yo tambien ave!
Mas, preso en tanto en el suelo,
Apénas una aura leve
Mis hojas y ramas mueve,
Alzar quisiera mi vuelo.
Mas, ¿cómo volar podré
Si, aunque son alas los ramos

Que los árboles llevamos,
Lo impide el clavado pié?
¡Cuánto es fuerza que te asombres
Y te deleites y agrades,
Al visitar las ciudades
Que edificaron los hombres!
El que muchas cosas ve
Logra de ciencia un tesoro;
Pero yo todo lo ignoro:
Solo mi desdicha sé.
Cuando aquí el invierno impera
Los árboles despojando,
Partiendo á clima mas blando,
Gozas siempre primavera.
Ven, feliz pájaro, ven
Á contarme cuanto viste,
Aunque me deje mas triste
La noticia de tu bien.
Sobre mis hojas deténte
Que callarán entretanto
Que tu dulcísimo canto
Me relate largamente
Lo que tan de paso nombra
La multitud caminante
Que á descansar un instante
Se sienta bajo mi sombra:
Empiezan hermoso cuento
Que oigo con curioso afan;
Mas de repente se van,
Y el fin les escucha el viento»

Dijo el triste árbol así
Con murmullo plañidero;
Mas al pájaro viajero
Esto responder oí:

«Engañado árbol que dices
Que, por tener libre vuelo
En tierra, océano y cielo,
Somos las aves felices:

Sabe que es mas venturoso
Quien nunca pudo viajar,
Ni abandonó del hogar
El dulcísimo reposo.
¡Dichosas raíces tuyas!
Cadenas que Dios te puso
Para impedirte que iluso
De los patrios campos huyas!
Desde que dejé mi nido,
Sembrada está de millares
De peligros y pesares
La vida que yo he vivido.
¿Qué vale, díme, que viva
El pájaro libre en alto,
Si allí el hombre le da asalto,
Y le mata ó le cautiva?
¿De qué nos valen las alas,
Que juzgas tan alto bien,
Si alas da el hombre tambien
Á las flechas y á las balas?
Y nuestras desdichas sumas
En sus alevosas flechas
Lloran tal vez el ser hechas
¡Ai! de nuestras propias plumas!
Viví largos dias preso
Entre unas doradas rejas,
Do fueron mis tristes quejas
De una beldad embeleso.
Si, burlando su custodia,
Logré escaparme de allí,
En el igneo arcabuz di
Del cazador que nos odia.
Vé cuál á tus ramas llego,
Herido del ala y pié,
Y en todo mi cuerpo ve
Las huellas del voraz fuego.
¡Ai! ¡fuera mortal herida
La que entónces me causara
Bala que de mi hembra cara
Fin puso á la dulce vida!

Y á mis implumes hijuelos,
Mis delicias y cuidados,
De su nido arrebatados
Lloran tambien mis desvelos.
No alcanzo cómo el dolor
De verme solo y viudo
Más en mi muerte no pudo
Que el plomo devorador.
Si mi canora garganta
Despide tan dulce acento,
Tú eres hojoso instrumento
En donde la brisa canta.
Si de tus flores y verdes
Móviles músicas hojas
En cada año te despojas,
Y todas tus galas pierdes,
De los inviernos el daño
Reparan las primaveras,
Y tu pompa recuperas
En la juventud del año.
No iluso envidies la suerte
De tanto otro árbol hermano,
Á quien del hombre la mano
En raudo bajel convierte.
Esas orgullosas naves,
Cual las que tú ser quisieras,
Y que, aladas y lijeras,
Son del mar gigantes aves;
Asaltadas de repente
Por horrísono aquilon,
Presto sepultadas son
En el vórtice rugiente.
¡Cuántas veces miré yo
Llegar solo á la ribera
La destrozada madera
De la que ufana partió!
Y en los asaltos crüeles
De las ondas y del viento,
Maldijo el fatal momento
En que por altos masteles

Y flotantes banderolas,
Sus ramas dejó infeliz,
Por el ancla la raiz,
Y la tierra por las olas.
¡Ai! el placer de viajar
Es doloroso placer,
Y vale más nunca ver
Lo que siempre hai que llorar.
Y pues ya de la sentida
Voz de mis querellas sabes
Cuál de las míseras aves
Es la dolorosa vida,
Y cuál la astuta crueldad
Que por do quier las insidia;
En vez de tener envidia,
Al que merece piedad,
Duélete de mis congojas,
Y dame luego un asilo
Secreto, blando, tranquilo
Entre tus espesas hojas.»

1863.

Á LA TIERRA.

AMOR Y GUERRA.

El estrago asolador
Y los males de la Guerra
Reparas, mísera Tierra
Con los bienes del Amor.
Y aunque aquélla de matar
Nunca se cansa, á porfia
Hijos el Amor te cria
Que llenen aquel lugar.
Que por eso quiso Dios
En el éter colocarte
Entre Vénus y entre Marte,
Partícipe de los dos. 1863.

Á LA LENGUA CASTELLANA.

¡Y tu pureza sufres que corrompa
Y empañe tu beldad frase extranjera,
Y te arrebate tu nativa pompa,
Oh reina de las lenguas altanera!
Mas resonante que guerrera trompa,
Mas manejable que la blanda cera,
Mas dulce que la miel y la ambrosía,
Brillante como sol de mediodía!
Á abuela y madre los laureles niegas,
Pues con las prendas de las dos te ufanas,
Y con la gracia y la dulzura griegas
Juntas la fuerza y majestad romanas:
Ya, pura fuente, entre las flores juegas,
Ya, raudo rio, todo dique allanas;
Ya eres aura sutil que jime apénas,
Ya con la voz de la tormenta truenas.
No el arco tus colores desafia
Que por el firmamento se dilata;
Mas matices la tarde no varía,
Ni mas arden la grana y escarlata:
En ti con su riqueza y lozania
La creacion inmensa se retrata,
Y sus bellezas ménos fiel no pintas
Que la Pintura con sus vivas tintas.
Mas calle aquel que, aunque te dé la palma
Y el loor te tribute sin segundo
Para pintar, en turbacion ó en calma,
De la materia el deslumbrante mundo,
Te le negó para pintar del alma
El otro tan recóndito y profundo,
Y encarnar las altísimas verdades,
Conquista de las últimas edades.

No; que, aunque traje de tan ricas galas
Vistas á la lozana Poesia,
Y encumbres libre sus brillantes alas
Áun mas allá del luminar del dia,
Las maravillas de la Ciencia igualas,
Cual los vuelos de la ágil Fantasia,
Y en sus augustos labios interpretas
Las verdades mas altas y secretas.

¿Quién declara, cual tú, gozos y penas?
¿Quién tan fielmente lo pasado evoca?
Mas, ¡cuán augusta y majestuosa suenas
De la Oracion en la ferviente boca!
Si, cual gran parte de la tierra llenas,
Entera la llenases, fuera poca
Conquista á tu grandeza todo el suelo,
Que áun eres digna de que te hable el cielo.

¡Quién dueño fuera del matiz ardiente
Con que en ti el pensamiento se arrebola!
¡Quién poseyera aquel vigor potente
Y la pompa magnífica española,
Para poder cantarte dignamente,
Porque digna de ti fueras tú sola!
¡Quién, cual los vates de tu grande era,
Tus inmensos caudales poseyera!

¡Dichosa edad que vió ser de castiza
Frase, maestra áun á la humilde plebe!
El veneno de frase advenediza
Hispano infante sin recelo hoy bebe
En el blanco licor de su nodriza;
Y en las antiguas páginas en breve
Estudiada serás, cual habla muerta,
Si genio salvador no te despierta.

Como daba salvage americano
Al europeo, ansioso de tesoro,
Por brillante cristal ó dije vano,
De sus terrenos vírgenes el oro,
Así la España con error insano
Hoy menosprecia su mayor decoro,
Y por el oro de su noble idioma
Francesa escoria y oropeles toma.

Mas, si la madre tu pureza olvida,
De estrangero lenguage imitadora,
Vigor nuevo cobrando y nueva vida,
Suena en el labio de las hijas hora:
América su pompa te convida
Y belleza sin par que la decora.
Ven; de sus vates en la voz supera
Tu antigua pompa, tu beldad primera.
El mundo en verte celebrar se asombre
Cuanto tus voces no cantaron ántes:
Ven á cantar la libertad del hombre,
Merecedora de que tú la cantes;
Si á grandes héroes diste ya renombre,
Otros aquí te esperan mas gigantes,
Y cuales nunca celebró el idioma
De Grecia libre y triunfadora Roma.
Cuando el osado Castellano vino,
Por los remotos mares de Occidente,
Donde nunca ni el Griego ni el Latino
Llegaron con las alas de la mente,
Hizo grande entre todos tu destino,
Pues te habla el portentoso continente,
Eden segundo, cielo de la tierra,
Que el porvenir del universo encierra.

1863.

AL PICAFLOR.

Deslumbrando nuestra vista,
Compiten, finos, en ti,
Zafir, topacio, rubí,
Esmeralda y amatista.
Y eres, cuando al sol tus galas
Vas ostentando á porfia,
Pájaro de pedreria
O viva joya con alas:
Joya que, ricos cambiantes
Luciendo tornasolada,

Siempre es distinta, y en cada
Mudanza mas bella que ántes.
De flor en flor siempre vas
En tu lijereza suma,
Voladora flor de pluma
Que eclipsas á las demas.
En su triste cautiverio,
¡Cuánto envidia el alma mia
La libertad y alegria
De ese tu vivir aerio!
¡Quién, solo al capricho fiel,
Llevando el vuelo do quiera,
De amor, como tú, viviera,
De aire, de luz y de miel!

LIRAS.

La dulce final hora
De mi vivir anhelo, cual anhela
El rayo de la aurora
Cansado centinela
Que en larga noche solitario vela.
O cual la patria ansía
El desterrado, el puerto el marinero,
El fin del lento dia
Rendido jornalero,
La cara libertad el prisionero.
Fiero insomnio es mi vida,
Largo viaje, durísima faena,
Prision aborrecida
En cruda tierra agena,
Mar borrascosa de peligros llena.
Mi llanto doloroso
La noche implora, el sueño, la llegada:
Dadme, dadme el reposo,
Dadme la patria amada,
La dulce libertad tan suspirada. 1863.

LA MUJER CON QUIEN YO ME CASARI.

Pues no hay pariente ni amigo
Que, de mis penas testigo,
No me repita el consejo
De que, ántes que llegue á viejo,
Busque el conyugal abrigo,
Respondo á todos al par:
Mañana voy al altar,
Si por mujer me dais una
Que en sí las prendas reuna
Que comienzo á enumerar.
Es lo primero que anhelo,
Que la adorne virtud tanta,
Que no se encuentre en el suelo
Mujer mas honesta y santa,
Ni ángel mas puro en el cielo;
Por que del peligro así
Á que siempre expuesto vi
Al que escoge buena cara
Su virtud me asegurara,
Ni hubiera zelos en mí.
Que deseo, lo segundo,
Que de una hermosura sea
Como nunca vi en el mundo,
Mas siempre llevé su idea
Del alma en lo mas profundo.
Es una belleza tal,
Tan maravilloso tipo,
Tan inefable idēal,
Que, mirándolo, anticipo
La ventura celestial.
Tras esto, en ella deseara
Recto juicio, razon clara,
Lozana imajinacion,
Gusto de fineza rara
Y no vulgar instruccion.

Que, áun mas casta que Lucrecia,
Y mas bella que una Diosa,
Á la larga no se aprecia
Y nos es pronto enfadosa
La que es ignorante y necia.
Mas, al desear que supiera
Algo mas que la cartilla,
Líbreme Dios de que fuera
Vana Marisabidilla
É importuna bachillera.
Pero juzgareis olvido,
Cuando tantas cosas pido,
El que no pida riqueza,
Que es por donde siempre empieza
El que aspira á ser marido.
Pues bien; sabed que, aunque pobre,
Rica mujer no codicio,
Y como beldad le sobre,
Virtud, talento y jüicio,
Aunque no tenga ni cobre.
Y así, amigos, prescindiendo
Del metal que el alma humilla,
Es bien que os siga diciendo
Todo lo que hallar pretendo
En mi futura costilla.
Quiero que mucho me quiera,
Mas que no sea zelosa;
Que jamás me oculte cosa,
Y que de mí nada inquiera,
Aunque mujer, no curiosa:
Que sea de genio blando,
Y dócil como una pasta:
¿Á qué os estais asustando
De lo mucho que demando?
Pues todavia no basta.
Porque consentir no puedo
Que tenga la suerte negra
Viva á la madre, pues miedo,
Como á mi amigo Quevedo,
Me da hasta el nombre de suegra.

Tampoco quiero cuñado:
Buscádmela sin pariente,
Si quereis que tome estadò,
Pues quisiera estar casado
Con mi muger solamente.
Quiero que teja y que cosa
Como Aracne primorosa,
Y que, igualando el pincel,
Copie con aguja fiel
La naturaleza hermosa.
Que baile cual Salomé,
Cante como un serafin,
Toque ¿como quién diré?
Y que no haya gracia en fin
De que adornada no esté.
Pero tanto requisito
Que pide mi ansia avarienta
Es muy largo para escrito,
Y fuera seguir la cuenta
Proceder en infinito.
Y por que versos acorte
Mi Musa, ya tan prolija,
Diré en fin que la consorte,
De mis ilusiones hija,
Y de mis deseos norte,
La que ansié desde la cuna,
Las perfecciones aduna
De cuantas bellas serán
Son y han sido desde Adan,
Sin imperfeccion ninguna.
No os riais, al verme así
Pintaros con frenesí
El bello imposible mío,
Porque yo mismo de mí
Antes que nadie me rio.
Que bien conozco, bien veo
Que seria menester,
Para encontrar la mujer
Que me pinta mi deseo,
El que la mandara hacer.

Que en este bajo lugar,
En mundo tan imperfecto,
Es locura desëar,
Como virtud sin defecto,
Hermosura sin lunar.
Si entre inmenso vulgo insano,
En plazas y calles llenas
De inútil número humano,
El gran Cínico de Aténas
Un hombre buscaba en vano;
No espero que mi ansia eterna,
Aun teniendo su linterna,
Del un polo al otro polo,
Como aquél un hombre solo,
Sola una mujer discierna.
Y á la que busco no topa
La mas constante porfía
Entre la femínea tropa
De Asia, de Africa, de Europa,
De América y de Oceanía.
Y, si quieres hallar una
Tan extremada y completa,
Puedes, iluso poeta,
Irla á buscar á la luna
O á mas lejano planeta.
Á mil millones quizá
De leguas léjos de acá,
En Aldebaran ó en Sirio,
El portento se hallará
Que busca aquí tu delirio.
Y pues tan perfecta esposa
Pretende tu desvario,
Resuélvete á que en tu losa
Escriban: *Aquí reposa*
Uno que solo fué tio.
¡Oh dichoso Pigmalion,
Tú que anudaste himeneo
Con la rara perfeccion,
Hija fiel de tu deseo
Y de tu imaginacion!

¿Hay escultor que le forme
Á esta alma que sola jime
Una hermosura sublime,
Á mi deseo conforme,
Y luego un dios me la anime?
Pero tan solo podria,
Copiando mi fantasia,
Dar cuerpo mi propia mano
Al objeto soberano
De mi ciega idolatria.
Fuera el genio mas valiente
Á creármela impotente,
En tan alto estremo bella;
Si otra mano, si otra mente
Me la forman, ya no es *ella*.
Mas dado caso que hubiera
En esta tan baja esfera
Criatura tan cabal,
Faltaba lo principal,
Y es que ella á mí me quisiera.
Ella, que eclipsara á Elena,
Yo (el espejo me condena)
Que de Paris disto tanto;
Ella tan pura y tan buena,
Yo..... ¡qué contraste, Dios santo!
Himeneo de tal suerte
La union simbolizaria
Del pesar con la alegria,
De la vida con la muerte,
De la noche con el dia.
¿Quién pues posible creyó
Que tal hembra iba á querer
Á tal hombre como yo?
Aunque, como al fin mujer,
Quizá no dijera: *no*.
Y, como ademas seria,
Aunque tan bella, hija mia,
O le cuadre ó no le cuadre,
Por gratitud amaria
Y por deber á su padre. 1863.

Á LÁZARO.

¡Cuánta envidia mereces,
Justo hermano de Marta y de María,
Que viviste dos veces:
Una naciendo del primer abrigo
Que en el seno materno hospeda al hombre,
Y otra del seno de la tumba fria!
Tú que, con tierno nombre,
Ser mereciste apellidado amigo
De Jesús por el labio sacrosanto,
Y costar mereciste
Á sus divinos ojos
Celestes perlas de piadoso llanto,
Al acercarse triste
Al lugar que guardaba tus despojos.
«Nuestro amigo reposa,
Vamos á despertarle de su sueño»
Dice, y tributa á la amistad preciosa
Su mas alto portento, la mas clara
Muestra de su poder, ántes que él mismo,
Vencedor de la Muerte y del Abismo,
En gloria y majestad resucitara.
Á la turba llorosa
Dijo: quitad la losa;
Y los ojos al cielo levantando,
Y al Padre gracias dando
De que siempre sus súplicas oyera,
Te gritó en alta voz: «Lázaro, fuera»
Y tú el acento que escuchó la nada
Desde la negra eternidad oiste;
Y cual hombre dormido á quien despierta
Voz familiar, á tan potente grito
Sacudiste tu sueño de granito.
¡De qué curioso espanto poseida,
Inmensa turba en torno á ti apiñada,
Te contemplaba en tu segunda vida,
Nuevas del otro mundo demandando!

Como el que sale de vision funesta,
En sueños aterrante,
Durable en el atónito semblante
La impresion recibida manifiesta,
Así en la faz enjuta y amarilla
Impresa conservaste eternamente
La terrible impresion que te produjo
De la muerte la horrenda pesadilla.
¡Quién entónces lograra interrogarte
Y entender el misterio de la muerte;
Qué siente el alma en aquel trance fuerte
En que del cuerpo se desune y parte;
Y el espanto que de ella se apodera
En las orillas de esa mar oscura,
Donde se pierde, atónita viajera,
Del puerto adonde arribe mal segura.
¡Con qué dolor tan áspero y violento,
Desde el solemne dia
Que miró tu segundo nacimiento,
Hasta que al fin te hirió muerte segunda,
Tu tierno corazon aflijiria
De tus pecados contricion profunda!
¡Cómo, compadeciendo la locura
Y extrema ceguedad de los mortales,
Que igualan con sus horas sus pecados,
De la tumba olvidados,
Las espantadas gentes moverias
Á vida de virtud y penitencia
Con la eficaz terrífica elocuencia
Del que vivió en la Eternidad tres dias!

1863.

Á UN POETA.

Sufre, oh vate, con pecho adamantino,
Y recuerda que á nadie impunemente
Tener dejan el mundo y el destino
Corazon grande é inspirada mente.

Y de su envidia y su furor triunfante
Fué siempre el vate principal terrero:
Ve errar mendigo de la Grecia al Dante,
Mira proscripto al Italiano Homero,
Ve á Torcuato entre insanos detenido
Por el vil que en su canto endiosar quiso,
Y morir ciego y pobre en el olvido
El cantor del perdido Paraiso.
Como él, Cervantes da el postrer aliento
De una vida misérrima y mezquina;
Mira á Gilbert agonizar hambriento,
Y ensangrentar Chenier la guillotina.
Así el mundo al poeta galardona:
Su ardiente inspiracion juzga delirio;
Es corona de espinas su corona,
Y su palma es la palma del martirio.

AURORA EN EL BAÑO.

Ya llegó la feliz hora
En que la divina Aurora
Contenta viene á entregar
Su beldad encantadora
Á los abrazos del mar.
La escala descienda lenta,
Y mas y mas se amedrenta,
Y cuando cerca se ve
De donde es fuerza que sienta
Del agua el frio su pié,
Se detiene, y de la hermosa
Frente humedece la nieve:
Al fin en las aguas osa
Introducir el pié breve,
Hecho de jazmin y rosa.

Mas se estremece y espanta
Del súbito intenso frio,
Y, exhalando un *ay*, levanta
La apénas hundida planta,
Con hechicero desvio.
De nuevo la escala pisa,
Temblando toda cual hoja,
Y mas que nunca indecisa;
Mas fuerte ola improvisa
Viene, que toda la moja.
Que el mar, aunque está sereno,
De amor y deseos lleno,
Arrojó á la playa sola
Esa alborotada ola,
Para traerla á su seno.
Mas, con el frio marino
Familiarizada ya,
Del piélago cristalino
Por entre las aguas va
Abriendo fácil camino.
¡Oh dichosa la mirada
Que la contempla extasiada,
Cuando con gracia sin par
Resbala süave ó nada
Por el sosegado mar!
Parece que el océano
Está de llevarla ufano,
Y que con placer se siente
Cortar y abrir dulcemente
Por tan delicada mano!
Trucáse en quieta laguna,
Que no encrespa onda ninguna,
Y ella de espaldas descansa
En la superficie mansa,
Como un infante en la cuna.
Tal vez, el leve sombrero
Arrojando delantero,
Tras él ardiente se lanza,
Y en ágil nadar lijero
En breve ufana le alcanza.

O tal vez de agua le llena
Con que su cabeza baña:
O, como nueva Sirena,
Canta con dulzura extraña
Que las almas enajena.
Tal vez á la dulce amiga
Con quien mas amor la liga
Algo la cuenta muy quedo,
Al labio aplicando el dedo,
Para que á nadie lo diga.
Pasó ya una larga hora;
Y áun dejar no quiere Aurora
Baño que tanto la agrada,
Y, si lo estuvo á la entrada,
Más indecisa está ahora.
Mas, aunque al vivo placer
Que siente ninguno iguale,
Pues ve en fin que es menester,
Se llega ya á resolver,
Y tarda y penosa sale.
Y, aunque ella evitar procura,
Llena de vergüenza casta,
Que la húmeda vestidura
Dibuje su forma pura,
Su honesto empeño no basta:
Que el empapado vestido,
Al cuerpo hermoso ceñido,
Claro nos demuestra que ella
No ha menester para bella
De arte ni adorno mentido.
Y nos da la ocasion fe
De que su beldad divina
De nada deudora fué
Á la hueca crinolina
O al elástico corsé.
Llora la mar su partida,
Y rabiosa envidia siente
De la tierra que la anida
Y goza mas largamente
De su hermosura querida.

Y yo jimo al contemplar
Que tal vez el mar la encierra,
Tal vez la tierra, y al par
Tengo envidia de la tierra,
Y tengo envidia del mar.

1863.

EPIGRAMAS.

CIERTOS MATRIMONIOS DE HOY.

Si de Marcela y de su esposo Hernando
Á Octavio en compañía siempre ves,
No te asombres, lector: se están usando
Hoy dia matrimonios entre tres.

—

SOBRE HABER DICHO UN MAL POETA QUE HASTA LA GLORIA ERA VANA.

Dijo una verdad notoria,
Y nadie habrá que le arguya,
Si, al llamar vana la gloria,
Habló solo de la suya.

—

Á LELIO.

Poeta, Lelio, te estimas:
Pregunto: ¿de cuándo acá?
Mas entiendo: tienes ya
El Diccionario de Rimas.

—

Á CRISPIN.

Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.

Don Crispin el rimador
Alabanzas tuvo pronto:
Ya se ve, siempre halla un tonto
Un mas tonto admirador.

—

SOBRE EL RETRATO DE UNO QUE ESTABA SIEMPRE CALLADO.

No: traslado mas igual
Jamas el arte hacer pudo;
Y es semejanza cabal
El que el retrato esté mudo,
Que es mudo el orijinal.

—

Á GERMAN, QUE SE JACTABA DE SABER MUCHAS LENGUAS, NO SABIENDO LA SUYA.

Te doy que sepas el hebreo idioma
Y que sepas el árabe, German,
Y el idioma de Grecia y el de Roma,
Y el ruso y el ingles y el aleman.
Y ora las hables, ora las escribas,
Con increible perfeccion sabrás
Las lenguas muertas y las lenguas vivas
Y cuantas lenguas hay..... y muchas mas.
Digo y repito que mas lenguas sabes
Que hablar oyó la Torre de Babel,
Y que el idioma entiendes de las aves,
Y el de las bestias interpretas fiel.
Pero que sepas español te niego;
Tu filóloga ciencia aquí dió fin:
Escribe, pues, si te parece, en griego
En sanscrito, en hebreo ó en latin.

ANTOJOS.

¡Cuántas cosas hay secretas
Para la humana razon!
¡Quién supiera cómo son
Los que habitan los planetas
Y la inmensa creacion!
Si son chicos cual infantes,
O como torres jigantes,
Si un ojo ó mas ojos que Árgos
Tienen, y si viven largos
Siglos, ó breves instantes;
Si oyen con los ojos bien,
Y huelen con los oidos
Y con las narices ven,
O en vez de cinco sentidos,
Tienen todos uno, ó cien;
Si de ellos una mitad
Es de hembras y otra de machos,
O hay de sexos unidad;
Si hay mozos, viejos, muchachos,
O son todos de una edad;
Si llevan cara y enves
Al reves de los humanos,
Y si natural les es
El caminar con las manos
Y el agarrar con los piés.
Ni de estas raras quimeras,
Lector, te me asustes tanto;
Que, si como son de veras,
Las almas humanas vieras,
Te causaran mas espanto.
Pues me veo de alas falto,
¡Quién al cielo diera un salto,
Y de uno en otro planeta
Mi ardiente carrera inquieta
Tocara al fin el mas alto!

Viendo fuera tantas cosas,
Nuevas, grandes, portentosas,
Estrafísimas escenas,
Distintas de las terrenas,
Y mil veces mas hermosas!
¡Quién de tu cielo nocturno,
Émulo casi del diurno,
Que ocho claras lunas muestra,
En vez de la única nuestra,
Gozara, bello Saturno!
¡Qué noches serán aquellas,
Tan radiantes y tan bellas,
Con ocho lunas y el brillo
De ese tu múltiple anillo
Con que entre globos descuellas!
¡Quién en la noche mas clara
Que tanta antorcha ilumina,
De bracero se paseara
Con alguna saturnina,
Tan hermosa como rara!
Y tú, feliz morador
De orbe que gira en redor
De dos estrellas ó tres,
Que de varios soles ves
Á turnos luz y color: *
Verdes y dorados dias,
Blancos, azules y rojos
Allí en mirar te extasias,
Con los que noches sombrias
Son los que ven nuestros ojos!
Y de cadena en lugar
De tanta monotonia,
Cambiando allí sin cesar,
El tiempo es rico collar
De variada pedreria.

* Hay sistemas que tienen centros dobles, triples, etc., y por consiguiente planetas que, en vez de girar, como la tierra, al rededor de un sol único, jiran en torno de dos ó mas soles; los cuales, siendo de diverso color, ofrecen por consiguiente á los habitantes de los planetas que los rodean el magnífico y variadísimo espectáculo de semanas compuestas de un dia verde, otro blanco, otro rojo, otro amarillo, etc.

Mas de estas cosas ayuno
Ha de quedarse mi anhelo,
Inútilmente importuno;
Pues hasta ahora ninguno
Pudo viajar por el cielo.
Y no hay ni nave, ni coche
Que vencer pueda el camino
Que hay desde aquí al argentino
Astro que alumbra la noche,
Que es el que está mas vecino.
Un dia se podrá ver
Al hombre, venciendo al ave,
Ir á la luna y volver
En la voladora nave
Que descubrió Mongolfier!
Osado Colon segundo,
Mucho mayor que el primero,
Surcando el éter profundo,
Volará de mundo en mundo,
De la creacion viajero.
Y anulada la distancia,
Ir á los hombres ya veo
Á los astros de paseo,
Como hoy nos vamos á Francia,
Cuando nos toma el deseo.
Nacerán nuevos placeres,
Cuando el feo sexo humano
Se enlaze con las mujeres
De Vénus bella y de Céres
Y de Neptuno y de Urano!
Y para entónces confio
Que un nieto de un nieto mio
Se irá á casar con alguna
Moradora de la Luna,
En el volador navio:
De modo que, si el olvido
En la tierra ha de acabar
Mi germánico apellido,
Allá en el orbe lunar
Se podrá ver mantenido!

Y aquí el lector no se asombre
Ni quimérico me nombre,
Pues le digo que el progreso
Indefinido del hombre
Ha de hacer mucho mas que eso.
Mas, aunque remonto el vuelo
Á tan altas profecías,
Me queda á mí el desconsuelo
Que no se harán en mis dias
Esos viajes por el cielo.

DIARIO DE UN VIAJERO AMERICANO.

Cœlum non animum mutant qui trans mare currunt.
HORACIO.

Vuelto á sus playas vírgenes natales,
Tras larga ausencia de vagar lejano,
Víctima eterna de secretos males,
Un mísero viajero americano,
Así el ansia implacable y encendida,
Dolor y tedio que do quiera siente
Traslada al libro, de su errante vida
Y sus íntimas penas confidente:

«¡Cuántas veces me ha visto el océano
Ir buscando la paz del corazon!
Mas ambos mundos recorrer fué vano
Para lograr tan suspirado don.
Hasta en el polo que alta nieve esconde
Mis errantes pisadas estampé,
Ni hubo rincon de nuestro globo donde
Yo no imprimiese el vagabundo pié.

En las viejas metrópolis de Europa,
Como en la tierra donde vi la luz,.
Á mi labio el Dolor su amarga copa
Brindó, y á mi hombro su pesada cruz.
Lo dejé en Francia; lo encontré en España;
Y en Alemania y en Albion lo vi;
Á Italia fuí: me precedió su saña;
Á la Grecia volé: ya estaba allí.
Y donde quiera que mi curso incierto
Lleve el raudo navío volador,
Siempre, al hollar el anhelado puerto,
Su conocida faz, llenos de horror,
Miran mis tristes ojos la primera;
Y él me contempla con feroz placer:
Odioso huésped que do quier me espera,
Fantasma horrendo que hallo donde quier.
Los que nunca dejasteis vuestro suelo,
Largos viajes y vanos escusad:
Jamás, os digo, encontrareis consuelo,
Ni alivio vuestra férvida ansiedad.
El alma no se muda con el clima:
Si de vosotros mismos no partis,
Cuales os vió la abandonada Lima,
Os verá la magnífica Paris.
Y, cual triste experiencia en mí lo muestra,
Del tan largo viajar fruto será
Que ni la agena patria, ni la vuestra
Pueda en su seno encadenaros ya.
¡Cuán ardiente y copioso, oh patria, el llanto
Fué, que en mi ausencia á tu memoria di!
¡Cuánto do quiera te eché ménos! ¡cuánto
Suspiré siempre por volver á ti!
Mas ¡ay de mí! que apénas á tu seno
Me reconduce rápido bajel,
Principio á desëar el suelo ageno,
Tan solo ya porque no moro en él.
Siempre estoy suspirando por lo ausente,
Y lo que me circunda aspiro á huir,
Cual, contento jamás de lo presente,
En lo pasado vivo y porvenir.

Dichoso me parece lo pasado,
Aunque bien triste y doloroso fué,
Y alegre y bello el suelo que he dejado,
Aunque en él, como en todos, me hastié.
Y cada cosa que de cerca veo
No es ya la misma que, al buscarla yo,
De la esperanza el prisma ó del deseo
Á mis ilusos ojos figuró.
Mas, si de ella me aparto ó si la pierdo,
Cual primero la vi la torno á ver,
Que el prisma le devuelve del recuerdo
Su antiguo encanto, su beldad primer.
Y con ansia perenne cuanto vana,
Así abordando á las orillas hoy
De donde inquieto partiré mañana,
Peregrinando por el mundo voy.
De region en region ciego me arroja
De mi inquietud eterna el huracan,
Cual recios vendavales débil hoja
De llano en llano arrebatando van.
¡Quién morara, cual Dios omnipresente,
Antípodas regiones á la vez,
Y le fuera un instante permanente
De los años la alada rapidez!
Así tal vez en mi delirio insano
Esclamo, y jimo al recordar despues
Que fuera siempre á mi ventura vano
Lo que imposible á mis deseos es.
Que, aunque habitara á un tiempo, cual la mente,
Cuanto ilumina el sol y ciñe el mar,
Fuera el vasto universo á mi ansia ardiente
Lo que el breve recinto de mi hogar.
Y aunque parar mi anhelo mereciera
Del raudo Tiempo el inmortal reló,
¿Qué instante de mi vida pasagera,
Qué instante ser eterno mereció?
¿En qué hora, en qué hora de mis largos dias
Fijara el incansable medidor,
Cuando todas, ó tristes ó vacias,
Hijas fueron del tedio ó del dolor?

Yo he buscado la dicha en los placeres,
En las danzas de fúlgido jardín,
En el májico amor de las mujeres,
Y embriaguez y tumulto del festín.
Nada á mi eterno hastio y mi funesta
Genial tristeza pudo ser solaz:
Triste me vió la mas alegre fiesta
Doblar al suelo mi doliente faz.
Y al estrechar mi frente la mas bella
Á su turgente pecho de marfil,
Para llorar á solas, hüí de ella,
Triste esquivando sus caricias mil.
Y en la copa, oh amor, que nos ofreces,
En vez del néctar y süave miel,
Halló mi labio las amargas heces
De la mas negra ponzoñosa hiel.
Y la dicha busqué en la poesia,
Y en su risueño venturoso error:—
Mas fué la Musa lamentable mia
Musa del desengaño y del dolor!
Y la busqué en la ciencia: y, ó desnuda
Mirando la verdad, me horripilé,
O sentí suceder inquieta duda
De mi niñez á la tranquila fe;
Confirmando, en tristísima esperiencia,
Que estéril duda y fúnebre verdad
Los frutos son que el árbol de la ciencia
Dió siempre á la infeliz humanidad.
En todo la busco mi desvario:
¡Insensato de mí! que por do quier
Hallé solo dolor, solo hallé hastio,
En lugar de la dicha y del placer.»

Y el triste infortunado peregrino
Detiene aquí la dolorosa pluma,
Pronto á seguir la ley de su destino,
Y hender de nuevo la salobre espuma.
Que, aunque por prueba dilatada sabe
Que llevará á otras zonas vanamente
Su vagabunda combatida nave,

Imita empero al infeliz doliente,
  Que, aunque sintiendo igual á cada lado
En el angosto lecho su tormento,
Alivio á su dolor desesperado
Busca siempre en el mismo movimiento.

1863.

Á UNA SEÑORA.

  Mudanza tú no conoces,
Jóven siempre y siempre bella;
Ni en ti la mas leve huella
Dejan los años veloces.
  Como en mi infancia la vi,
Contemplo tu beldad hoy,
Cuando del tiempo ya estoy
Mostrando la injuria en mí.
  Que de beldad tan divina
Aun el Tiempo se prendó,
Y dijo: «No quiero yo
Causar tu lenta rüina,
  Condena la cruda suerte
Todo lo que tiene ser
Á que sienta mi poder
Primero que el de la muerte.
  Mas mi saña te perdona;
Solo en ti no la ejecuto,
Y te eximo del tributo
Que se debe á mi corona.
  Que venga la muerte dura
Y fin á tu vida dé;
Mas yo te respetaré,
¡Oh milagrosa hermosura!»

1863.

DEMÓCRITO Y HERÁCLITO

Á AMALIA.

Preguntarme te plugo, amiga mia,
Cuál es el que mi verso más alaba:
Demócrito que todo lo reía,
O Heráclito que todo lo lloraba.
Parecerá contestacion precisa
En mí que peno y me querello tanto,
Y en quien, mas que los labios á la risa,
Se abren los ojos al raudal del llanto,
El que con labio siempre jemebundo
Te digo, bella Amalia, que prefiero
El llanto doloroso del segundo
Á la risa burlona del primero.
Mas la respuesta, que me dicta ahora
La razon, no mi jenio tan doliente,
Al par condena al que de todo llora
Como á aquel que se rie eternamente.
Que, como al tiempo, en sucesion eterna,
Componen negra noche y blanco dia,
Así en el mundo para el hombre alterna,
Tambien con la tristeza la alegria.
Quien siempre rie, es porque siente poco;
Quien siempre llora, demasiado siente;
Si el risueño Demócrito era un loco,
Era otro loco Heráclito doliente.
Y solo aprobará mi poesia
Al que, siempre guardando el justo modo,
Algunas veces llore y otras ria,
Que hay lugar en la vida para todo.
Ni toda es farsa que á reir convida
Nuestra vida, ni lúgubre trajedia;
Si damos á la risa media vida,
Damos tambien al llanto la otra media.

1863.

CRISTINA,

Ó SEA

VENGANZA Y PERDON DE AMOR.

A MI AMIGO EL ARTISTA FRANCISCO LASO.

CANTO PRIMERO.

Entre cuantas beldades, ora en prosa
Han sido celebradas, ora en rima,
Fué la mayor Doña Cristina Llosa,
Flor la mas bella del jardin de Lima;
Que esta insigne ciudad, madre famosa
De hechiceras beldades de alta estima,
Nunca engendró ni engendrará ninguna
Que tantas gracias y atractivos una.
Breve boca de perlas y de grana;
Reluciente mejilla que purpúra
Con sus pinceles la Salud lozana;
Frente de lirios y de nieve pura:
Hermosura ninguna circasiana
La igualara en las rosas y blancura,
Que cierto no es que pálida ó trigueña
Sea por fuerza la beldad limeña
Díganlo mil á quienes Lima hoi debe
El no perder su fama gloriosa,
Y en cuya faz, entre la blanda nieve,
Arde perenne la purpúrea rosa:
Dílo, tú, copia de la jóven Hebe,
De cuya tez fresquísima y lustrosa
La imájen fiel contemplará quien eche
Hojas de rosa sobre blanca leche.

Y dílo, ingrata, tú cuya cadena
Ha tanto tiempo que cautivo arrastro,
Con quien se ennegreciera la azucena
Y se ebanificara el alabastro:
Ni tan blanca su faz, tranquila y llena,
Muestra en verano de la noche el astro,
Cuando la noche, con la luz que envia,
Es un segundo, pero fresco dia.

Tú, cuya pura virginal mejilla
Carmin delicadísimo colora,
Que al encendido rosicler humilla
Que tiñe las mejillas de la Aurora;
Por quien de envidia tórnase amarilla
La hija mas bella de la bella Flora,
Cuando en campos que pinta primavera
Es reina de las flores altanera.

Mas, aunque hablar de ti me sea grato
Y pintar tu hermosura peregrina,
Preguntará el lector si acaso trato,
En lugar del retrato de Cristina,
De hacer en estos versos tu retrato;
Y como ella es ahora mi heroína,
Es bien que vuelva el verso de contado
Á seguir el retrato comenzado.

Tuviera envidia á su flexible cuello
El ave dulce que su muerte canta:
Su copioso larguísimo cabello
Hollarle puede su pequeña planta:
Dejárase por pié tan breve y bello
Hollar Amor gustoso la garganta:
Mas ya estoy en los piés ¡grave descuido!
Cuando el semblante aún no he concluido.

Su nariz (que es faccion que vez muy rara
Se halla buena, de modo que nos mueve
Á rabia ver en una hermosa cara
Luenga y corva nariz, ó chata y breve)
Ni un punto de la línea se separa
Que una nariz perfecta seguir debe,
Y no fuera, á compas y á cincel hecha,
Ni mas proporcionada ni derecha.

Hasta la negra Envidia, á su despecho,
La linda mano de marfil alaba,
Y el brazo hermoso y mas hermoso pecho:
Mas ¡ai! que lo mejor se me olvidaba:
Sin ojos ¿qué retrato habrá bien hecho?
Mas, como ésta concluyo, en la otra octava
Sus ojos, buen lector, podré pintarte,
Que bien merecen una octava á parte.

Mas no atino á pintar, te lo confieso,
Esas oscuras vívidas centellas,
Y conozco que anduve bien sin seso
En prometerte la pintura de ellas;
Que es poco, aunque parezca grande exceso,
Decir que soles son, que son estrellas;
Y así nada diré, pues que me agrada
Mas que poco decir, no decir nada.

En fin ella era tal, que dificulto
Que otra tan bella en todo Lima hoi halles,
Y esto aquí sea dicho sin insulto
De tantos bellos soberanos talles:
Á verla y dar á Dios ardiente culto
Se paraban las gentes en las calles,
Exclamando: Bendito el Señor sea,
Que tan divinas hermosuras crea!

Mas, como no hubo ni hai nada perfecto
En este bajo mundo, borron era
De tantas perfecciones un defecto:
Ser la mujer mas vana y altanera
Y mas contraria al amoroso afecto
Que se ha visto jamas ó verse espera,
Pues quien le dió de la beldad la palma
Olvidó darle un corazon y un alma.

Y así, por dentro despiadada y cruda,
La aparente beldad engañadora
Era estatua, de espíritu desnuda,
Era flor, si bellísima, inodora;
Pintura hermosa, pero inerte y muda,
Rico palacio donde nadie mora,
Suntuoso templo, de su dios vacío,
Bello cadáver, insensible y frio.

Ansiaba merecer su blanca mano
De galanes un número infinito:
Pero siempre su afan les salió vano;
Que al que el imperdonable atroz delito
De pintarle su amor ciego y tirano
Osase de palabra, ó por escrito,
Anhelando á los vínculos nupciales,
Colérica negaba sus umbrales.
No valia con ella cosa alguna
Para que depusiera su dureza:
Buen nombre y opinion, ilustre cuna,
Valor, ingenio, honores y belleza,
Y hasta los mismos bienes de fortuna
Todo lo despreciaba su altiveza:
Ni ya mas circunstancias enumero,
Dicho que despreciaba hasta el dinero.
Nada puede vencer su horror secreto
Á Cupido, á quien teme al par que á Marte;
No fué el dios niño de mas odio objeto
Á la insensible bárbara Anaxarte;
Ni la cruda beldad de quien Moreto,
Con tan vivo pincel y feliz arte,
Pintó el desden en la española escena,
Fué á la amorosa llama mas agena.
Una viuda ya y anciana tia,
Que de madre en lugar siempre ha tenido,
De continuo á elegir la persuadia
Entre tantos amantes un marido;
Mas la doncella con tenaz porfia
Á su prudente voz negaba oido;
Oigamos cómo la habla y aconseja
Algunas veces la sensata vieja:
«¿Por qué la edad de los amores tierna
Así malogras, y eximirte quieres
De aquella lei universal y eterna
Que encadena varones y mujeres?
Amor es el monarca que gobierna
Con blandísima lei todos los seres:
Amor, despues de Dios, es el segundo
Conservador del venturoso mundo.

«En aire, tierra y mar, pez, bruto y ave
Sienten de Amor las fecundantes llamas;
Plantas y árboles aman, en süave
Lazo uniendo las ramas á las ramas;
Amar la dura piedra tambien sabe,
¡Y sola tú en el universo no amas,
Y tu monstruosa indiferencia sola
La eterna lei del universo viola!

«Ansiosa de lograr tu blanca diestra,
La nobleza de Lima te visita,
Y á porfia su amor cada cual muestra,
Y agradarte á porfia solicita:
Pero tú, á todos á la par siniestra,
Con la crueldad mas negra é inaudita,
Fieros desdenes sin cesar les haces,
Despreciando el honor de sus enlaces.

«Pero, si eres discreta, dime ¿dónde,
Aunque le busques por el mundo entero,
Hallarás un esposo como el conde
Don Fabricio de Zúñiga y Guerrero?
Lo galan y discreto corresponde
En él á lo valiente y caballero:
Por él suspiran todas las limeñas,
Y tú sola le esquivas y desdeñas.

«Mas al tiempo veloz, que no reposa,
El persuadirte á costa tuya dejo;
Cuando tan fea cuanto es hoi hermosa
Tu cara mires en el fiel espejo,
Sin esperanzas ya de ser esposa,
Dirás arrepentida: buen consejo
Me daba cuerda mi difunta tia,
Y yo, necia de mí, no la creia!»

Pero la interrumpia su sobrina
Diciendo: «Será acaso devaneo,
Mas la naturaleza no me inclina
Al amor, ni á los lazos de himeneo:
Deja que goze libertad divina
Que á toda costa conservar deseo:
Que viva deja, déjame que muera
En el feliz estado de soltera.

«Si del placer es para ti la fuente
Y el alma de la tierra y de los cielos,
Amor es para mí tan solamente
Padre de las rencillas y los zelos;
Él es del llanto el manantial ardiente,
Él cria las sospechas y desvelos,
Y en fin él es la causa y el orígen
De cuantos fieros males nos afligen.

«Fuera de esto, á tu gusto en todo cedo;
Mas te digo, por mucho que te asombres,
Que vivo, ni pintado sufrir puedo
Al odioso linaje de los hombres:
Todos ellos me causan odio y miedo:
Si me amas, ni siquiera me los nombres,
Que es cual si me nombraras los demonios,
Ni me propongas nunca matrimonios.

«¡Tener yo amor! ¡yo de un tirano fiero
Que marido se llame ser esclava!
¡Yo ser vasalla del Amor! primero
Que me hiera una flecha de su aljaba,
Mi pecho rasgue matador acero!»
Y tanto enojo y furia demostraba,
Que la anciana callábase prudente,
Compadeciendo su furor demente.

Mas llegó un tiempo en que, de ver corrido
Que á domar tal soberbia nada alcanza,
Bien como suya, imajinó Cupido
Una feroz y bárbara venganza,
Sacándola de tino y de sentido
Con un extraño amor sin esperanza,
En el cual escarmiente el mundo, y huya
De ofender tal deidad como la suya.

CANTO SEGUNDO.

Es de saber que á Lima entónces vino
Para la noble tia una pintura,
Obra maestra de pintor divino;
De tan celeste gracia y hermosura,
Tan natural y viva, que no atino,
Por mucho que mi ingenio lo procura,
Su mérito á espresar remotamente,
Ni lo lograra pluma mas valiente.

Representaba á aquel * que la manzana
Dió á Citerea; y nunca tan hermoso
Pareció ante la adúltera Espartana
Que, turbando á dos mundos el reposo,
Huyó ciega con él á la troyana
Ribera, abandonando al rei su esposo,
Su patrio Eurotas y su infante prole,
Cuanto hermoso allí el arte retratóle.

Y es tanta la verdad del colorido,
Y tal bulto aparenta y tal relieve,
Que, del fondo del cuadro desprendido,
Parece que respira y que se mueve:
Espera las palabras el oido;
Y para que á la vista su error pruebe
Y la convenza de que es lienzo plano,
Preciso se hace el aplicar la mano.

Apénas le miró la humana fiera,
Cuando, sin saber cómo, en un instante,
Siente ablandarse y convertirse en cera
El pecho de durísimo diamante;
Cual si echado raices allí hubiera,
Enclavada detiénela delante
Del cuadro que figura al Pastor Frigio
La fuerza irresistible del prodigio.

* Páris, hijo de Príamo y Hécuba, reyes de Troya. Habiendo la Discordia lanzado á la mesa de los Dioses una manzana de oro con este letrero: "Á la mas bella" se la disputaron Juno, Minerva y Vénus, y habiendo juez de la competencia á Páris, la adjudicó éste á Vénus; que, en pago de la preferencia, le concedió el amor de la hermosísima Elena, mujer de Menelao, rei de Esparta, encendiendo así la guerra entre Europa y Asia.

Fija la vista en él, no pestañea,
Y ni un punto los ojos dél aparta,
Que, miéntras mas le mira, mas desea
Mirarle, de mirarle jamas harta:
Más en verle, pintado, se recrea,
Que, vivo, un tiempo la beldad de Esparta,
Cuando del ofendido Menelao
Los alejaba voladora nao.
Y por mirar á Páris, no repara
En Citerea, en Juno y en Minerva,
Que hácia él avanzan con nobleza rara
Á hacerle juez de su contienda acerba:
Su gran belleza diosas las declara;
Pero Cristina su atencion reserva,
Sin hacer caso del divino grupo,
Para aquel solo que hechizarla supo.
Y sin color, y sin aliento, y muda,
Tanto en mirar al cuadro se extasía,
Que de si vive ó de si muere en duda
Quien la viera en tal acto quedaria:
Su propio ser en el que mira muda,
É, inmóviles entrambos á porfia,
La creyeras inánime escultura,
O pintura mirando otra pintura.
Un amor desde entónces infinito
De su alma y sus sentidos se hace dueño:
Le es tósigo el manjar mas esquisito,
Y en blandas plumas la desoye el sueño:
Ya el lozano frescor se ve marchito
Del semblante purpúreo y marfileño:
Ya no es mas que la sombra ¡ai Dios! de aquella
Tan vana y desdeñosa cuanto bella.
Pendiente del retrato noche y dia,
De ella le pide que por fin se duela;
Y tanto se afervora y desvaria,
Que lo abraza y lo besa, muda tela
Hallando solo, indiferente y fria,
En vez del hombre que encontrar anhela;
Como, en vez de mujer, hallaban ántes
Una insensible estátua sus amantes.

«¡Qué leo! ¡enamorarse de un retrato!
(No faltará lector que esto me diga)
No, no es posible amor tan insensato!»
Mas es bien considere que castiga
El corazon durísimo é ingrato
De su vana é indómita enemiga
El vengativo Dios, que bien pudiera
Castigarla con pena mas severa.
Á más, tan imposible no es la cosa
Como parece, pues contino vemos
Á mil prendados de una necia hermosa
Hacer los mas ridículos estremos
Por el cuerpo sin alma de una diosa;
Y tú, lector, y yo tal vez estemos
Enamorados de mujeres fatuas
Que mas bien que mujeres son estatuas:
Todo lo pueden el amor y el oro;
Y en las historias de otros tiempos halló
Que Pasifáe se prendó de un toro
Y Semíramis quiso á su caballo;
Con otros casos mil que, por decoro
Y por huir prolijidades, callo;
Y harto de Amor las fuerzas testimonia
La reina de la antigua Babilonia.
Y si ella amó al corcel, y Pasifáe
Se enamoró de la cornuda fiera,
En rareza menor Cristina cae,
Que el retrato de un hombre ama siquiera:
La semejanza fiel es quien la atrae,
Que del pincel la magia es de manera,
Que tal vez, al copiar, ya no es distinta
De la viva figura la que pinta.
Y si el efecto é ilusiones raras
Que obran las realizadas fantasías
De las artes, lector, dificultaras,
Te diré que en Madrid por muchos dias
(Y eso que hay en Madrid muy buenas caras)
Me enamoré de la hija de Herodías,
Que viva al lienzo trasladó Ticiano,
Y no es pintura, sino rostro humano.

Y aunque debiera darme horror y espanto
Verla con la cabeza del Bautista,
Infame premio de su danza, tanto
Supo hermosearla el inmortal artista,
Que á su beldad y voluptuoso encanto
No hay duro corazon que se resista;
Y de ella me prendé, como pudiera
De alguna mujer viva y verdadera. *
Y todas las mañanas al Museo
Ibame á devorarla con los ojos:
Aun me parece que ante mí la veo
Con esos entreabiertos labios rojos;
Aun contemplar esa garganta creo
Y aquella espalda, del amor antojos;
Aun es de mis deseos acicate
La fresca carne que, cual viva, late.
Y del Corregio y del pintor de Urbino
Amé tambien las hijas hechiceras,
Y tendrás por mayor mi desatino,
Si el que están en el suelo consideras
Que el mar circunda y parte el Apenino, ‡
Y en donde el sexo hermoso lo es de veras,
No como en otras partes donde creo
Que debiera llamarse sexo feo.
Prendóme sobretodo la divina
Hermosura de aquella Galatea
Que ostenta la orgullosa Farnesina, †
Y que en su concha en triunfo se pasea
Por la estension pacífica marina:
Copióla el Sanzio de su propia idea, ¶
Cuando, de perfeccion en tanto anhelo,
No le bastaba terrenal modelo.

* Este cuadro de Ticiano que representa á Salomé con la cabeza del Bautista en un plato, es de maravillosa belleza, y una de las joyas del magnífico Museo de Madrid.

‡ Il bel paese—Ch'Apennin parte e il mar circonda e l'Alpe —PETRARCA.

† Palacio que mandó edificar Agustin Chigi al excelente arquitecto Baltasar Peruzzi, llamado despues así por haberle comprado el Cardenal Farnesio.

¶ Alusion á la célebre carta escrita por Rafael al Conde Castiglione, mientras pintaba su Galatea, en la que le dice que "habiendo escasez de buenos jueces y de mujeres hermosas, se sirve de cierta idea que se le viene á la mente."

Pero, ¿qué corazon la mas que humana
Beldad, no dejará de amor cautivo,
De alguna, ó Vénus, ó Minerva, ó Diana,
Marmóreas hijas del cincel Argivo?
Y de ti, oh de las Vénus soberana,
Vénus de Milo, enamorado vivo,
Sintiendo que en el mundo las mujeres
No sean tan hermosas cual tú lo eres.
Ni olvido á Pigmalion que, no contento
De terrena beldad, estátua labra
Á quien da cuanto finje el pensamiento,
Y á quien falta tan solo la palabra:
Y al contemplar tan májico portento,
Es fuerza que el Amor el pecho le abra,
Y que, prendado de su propia hechura,
Ciñan sus brazos una piedra dura.
Y á Vénus sin cesar sus preces manda
Para que anime estátua tan hermosa;
Hasta que, oyendo su tenaz demanda,
Compadecida la potente Diosa
Le da que el mármol duro en carne blanda
Se cambie, y descendiendo amante esposa,
El tálamo dichoso la reciba,
Esculpida muger, estátua viva.
Mas del arte apartándonos ahora,
Si á amar empieza una muger cualquiera,
¿De qué es de lo que el hombre se enamora?
No ya de su belleza verdadera;
El propio parto de su mente adora,
Enamorado está de una quimera,
Que perfecta y divina se figura
Y mas hermosa aún que la Hermosura.
Si pues es nuevo Pigmalion cada hombre
Que se enamora de su propia idea,
¿Quién habrá que se admire y que se asombre
Del amor de Cristina y no lo crea,
Y á mí me dé de mentiroso el nombre?
Mas Cristina me llama y me desea,
Por que tanto su duelo no dilate,
Y dél la libre ó de una vez la mate.

¿Qué fué de esa Cristina tan hermosa,
Altiva reina de sumisa corte,
La mujer mas altiva y desdeñosa
Que se pudo encontrar del Sur al Norte,
La que, cual ángel ó celeste diosa,
Despreciara un monarca por consorte?
Ah! que hoy suspira, de un retrato esclava,
La que á todos los hombres desdeñaba.

Ardia todo Lima en sus amores;
Do quier seguian sus esquivas huellas
Mas amantes que Mayo cria flores
O noche de verano enciende estrellas;
Pues la que ansiaban tantos amadores,
La que envidia causaba á las mas bellas,
Hoy en profunda soledad se mira
Y solo triste compasion inspira.

Así á veces se queja en mal tamaño,
Miéntras vierte de lágrimas un rio;
«¿Cuándo un amor se ha visto tan extraño,
Tan vano é imposible como el mio?
Ay! que yo soy la causa de mi daño:
Yo con mi orgullo y mi desden impio
Merecí del Amor este castigo
Y esta venganza atroz que usa conmigo.

«Oh tú que así de amor me tienes loca,
¡Quién pudiera infundirte el alma y vida!
¡Quién amores oyera de tu boca
Que á besos que no vuelve me convida!
¡Quién en tu pecho, que hoy en vano toca
Mi ardiente pecho en que el amor se anida,
Pusiera un corazon cuyos latidos
Vibraran con los mios confundidos!

«¿Por qué no mueves hácia mí tus plantas,
Cuando te buscan las ansiosas mias?
¿Por qué nunca á mi encuentro te adelantas,
Cuando te vengo á ver todos los dias?
¿Por qué tu eterna cárcel no quebrantas?
¿De tu inmovilidad nunca te hastias?
Baja, baja por fin, baja al momento
Á la vida, al amor, al movimiento.

«¿Por qué me miras con tan dulces ojos,
Si nada sientes, ni me pides nada?
¿Por qué sonrien esos labios rojos,
Si está la voz en ellos sepultada?
¿Por qué, sin que te apiaden mis enojos,
Ni tu dureza mi pasion invada,
Te miro, á mi dolor indiferente,
En el mismo ademan eternamente?

«Baste ya, baste, y con mi ardor despierto,
Oye por fin la voz con que te llamo;
Ese labio que rie entreabierto
De abrir se acabe, y me repita: te amo;
Anime un corazon tu pecho muerto,
Que responda al anhelo en que me inflamo,
Y al fin abiertos tus inertes brazos
Mi cuello ciñan con amantes lazos.

«Mas, aunque sé que eres un vano lienzo
Que con sombra y color animó el arte,
Y aunque me asombro siempre y avergüenzo,
Conociendo lo que eres, de adorarte,
Con nada mi pasion combato y venzo;
Nada ha podido ser, ni será parte
Á que, aunque tengan vida verdadera,
Mi amor á los demas no te prefiera.

«Pero ¿qué digo? acaso fiel traslado,
Copia de un hombre verdadero fuiste,
Y vive de beldad ese dechado,
Y aquella gracia celestial existe!
Y no sospecha que de mí es amado,
Y que por él yo me desvivo triste;
Que, si mis ansias y mi amor supiera,
Tambien me amara, por piedad siquiera.

«Mas, ¿dónde, dónde vives, alma mia?
¿Qué dichosa region tal joya encierra?
Ah! yo, sin descansar noche ni dia,
Pasando mar, desierto y ardua sierra,
Á pié, mendiga, sola, llegaria,
Á las extremidades de la tierra,
Si al fin supiera que en alguna parte
Del ancho mundo me era dado hallarte!

«Mas ¡ai! es imposible que en aqueste
Planeta vil tanta belleza exista,
Y del Levante hasta el estremo Oeste
Jamas la hallara la anhelante vista;
Subió inspirado á la mansion celeste
El alto númen del sublime artista,
Vió al mas bello ángel, y al volver al suelo,
Fiel le copió para mi eterno duelo.

«¡Ai! que así delirando, el fiero dardo
Ahondo más en la enconada llaga,
Y, tanto apeteciendo, nada aguardo
Que mi ardiente deseo satisfaga!
Acelera hácia mí tu vuelo tardo,
Oh tú, consoladora dulce maga,
Porque, de tanto mal en el asedio,
Eres, oh Muerte, mi único remedio.»

Y así diciendo, pronto á las usadas
Caricias torna, y á los vanos besos
Y á los llantos y quejas no escuchadas
Y á todos sus inútiles excesos:
Solo le puede hablar con las miradas,
Los miembros todos en la tela presos,
La idolatrada imájen, y con esta
Habla muda tan solo le contesta.

Pero tú, pero tú, que desconoces
Mi sincera pasion, ni con el habla
De los ojos respondes á mis voces,
Mas insensible que pintada tabla
Á mis tormentos duros y feroces:
Mi amor en vano á tus oidos habla
Un idioma ardentísimo de fuego:
Vencer no logro tu fatal despego.

Vano es mi dulce lisongero halago,
Vana de amor toda patente prueba:
Tú miras de mis lágrimas el lago,
Sin que su vista á compasion te mueva;
Y en vano el gusto te adivino, y hago
En cada dia una fineza nueva:
Nada te infunde el alma y sentimiento:
Soy cual la triste cuya historia cuento.

Y tanto fué creciendo su mania,
Que, privada de sueño y de sustento,
Consumiendo se fué de dia en dia,
Y se quedó cadáver macilento
Que el mas crüel á compasion móvia:
Era solo su vida un morir lento,
Un doloroso agonizar constante,
Un arrancarse el alma á cada instante.
Acongojada la amorosa dama,
Mirando adolecer á su sobrina,
Facultativos numerosos llama,
Insignes por acierto y por doctrina,
Para que dén salud á la que ama:
Mas, ¿qué maravillosa medicina,
O qué ignorada yerba el pecho cura
De la amorosa pertinaz locura?
¿Qué específicos raros, qué cordiales
Podrán curar del alma la dolencia,
Cual se curan dolencias corporales?
¿Cuándo los hombres lograrán la ciencia
Que sane del espíritu los males
Y del dolor aplaque la violencia,
Y que corte del alma el amor fiero,
Cual corpóreo tumor corta el acero?
¡Ai! que ni hierro tajador, ni fuego
De un alma arranca, en el dolor sumida,
El obcecado amor, rebelde y ciego,
Que se arraiga en las fuentes de la vida;
Y, aunque es para el Amor frívolo juego,
Con nada cierra la profunda herida
Que abre su aguda envenenada flecha,
Cuando la asesta al corazon derecha.
La rica anciana que jamas fué avara
Vanamente ofreció toda su hacienda
Al que á Cristina la salud tornara,
Guardando á su vejez tan dulce prenda:
Mas de dolencia tan profunda y rara
No hay quien la causa ni el remedio entienda,
Y de curar tentados cuantos modos
Enseña el arte, la desahucian todos.

Se desespera la infeliz señora,
Viendo que su Cristina se le muere;
Y noche y dia sin consuelo llora,
Y con ella morir á un tiempo quiere;
Triste contempla á la que tanto adora
Mirar al cuadro que de amor la hiere
Con tan viva atencion, como si fuera
Cada vez que le mira la primera.
Y tal vez á su pecho la estrechaba,
Y en sus labios mil besos imprimia;
Y consuelo infundirle procuraba,
Y los nombres mas dulces le decia;
Lágrimas con sus lágrimas mezclaba,
Suspiros con los suyos confundia,
Y los mas crudos pechos que las vieran
En lágrimas tambien se deshicieran.
Y así en tan crudas ansias veladoras
Y en penas y congojas tan impias,
Vió Cristina lucir tristes auroras,
Vió Cristina cerrar noches sombrias;
Hasta que el mudo vuelo de las horas
Y sucesion eterna de los dias,
El término cumpliendo de dos años,
Puso fin á tormentos tan extraños.
Pues el Amor, al cabo satisfecho
Del horrible castigo que le ha dado,
Y del estrago en sus encantos hecho
Compadecido, y de su triste estado,
Volver resuelve al dolorido pecho,
Que ya purgó bastante su pecado,
La paz perdida, y fué de la manera
Que saber puede quien saberla quiera.
Pues conocer el fin de su congoja
No te puede costar mayor trabajo,
Lector querido, que voltear la hoja,
Si es que un instante el cuento te distrajo,
Y mi estilo al contarlo no te enoja,
Que encumbro á veces y que á veces bajo;
Y si esta parte entristecer te hace,
Espera un venturoso desenlace.

Mas, si en esta mi historia lo que enfada
Son tantas digresiones por ventura,
Cual rio, que, vecino á su llegada,
Al inmenso océano se apresura,
Así mi narracion acelerada
Irá al cercano fin en derechura;
Y si en mas digresiones tú reparas,
Serán, lector, tan cortas como raras.

CANTO TERCERO.

En aquella sazon llegó de España
Con el nuevo virrei un caballero,
De belleza tan grande y tan extraña,
Que contentara el gusto mas severo:
Ningun lunar su perfeccion empaña;
Y ni la misma Envidia le halla pero;
Junto á él de Belveder fuera el Apolo
Sombra y bosquejo de beldad tan solo.
Pintártelo, lector, me proponia;
Pero no es bien que retratar presuma
Con mi descolorida poesia
Su noble gracia y su belleza suma:
Para pintarlas, menester seria
Que se cambiara en un pincel mi pluma,
Aunque hay plumas tambien que son pinceles
Que igualan los del Sancio y los de Apéles.
Y plumas suele haber tan superiores,
Que, al pintar una cosa, linda ó fea,
Convierten las palabras en colores:
¡Lástima que la mia no lo sea!
Y así no puedo dar á mis lectores
Sino una vaga é imperfecta idea,
Bosquejo débil y no fiel traslado,
Del hermoso Español recien llegado.

Con el retrato á quien Cristina adora
Mi admiracion tan solo le compara;
Y del uno y del otro, á lo que ahora
Se puede ver, la semejanza es rara:
Mas, si hay tal semejanza asombradora,
Yo te diré que la razon es clara,
Pues es muy natural, lector sensato,
Que un hombre se parezca á su retrato.

Que, al pintar al adúltero Troyano,
El artista le tuvo por modelo;
Y para hallar modelo mas cercano
Á suma perfeccion, con vano anhelo
No solo recorriera el reino hispano,
Sino tambien el ámbito del suelo;
Y, si hermoso el retrato parecia,
Él era mas hermoso todavia.

Mas de una carta de favor traia
Para la que madre es de la cuitada,
Y á señora tan noble y de valia
Fué solícito á ver á su llegada;
Y, como ni un instante se desvia
Cristina de la imájen adorada,
Al pié del cuadro, y en la sala sola,
El extranjero jóven encontróla.

No notó ella su entrada, que á la puerta
La espalda daba, el cuadro de hito en hito
Mirando: llama aquél por que le advierta
La que niega á sus ojos el palmito;
Ella, al cabo, de su éxtasis despierta,
Y volviendo la cara, lanza un grito,
Viendo al retrato que ama al otro lado
En un hombre bellísimo encarnado.

Y un sueño le parece, una mentira
Que le finge su mente alucinada,
Y ahora al vivo, ahora al pintado mira,
Devorando á los dos con la mirada;
De verlos juntos más y más se admira,
Y no sabe cuál es quien más le agrada,
Aunque á creer que agrádale comienzo
Mas el hombre de carne que el de lienzo.

Y ¡qué ansias vivas y qué impulsos siente
De correr desalada al jóven bello,
Y estampar en su boca un beso ardiente
Y con sus brazos enlazar su cuello!
Mas se reprime, que, aunque eternamente
Al retrato acaricia, pasa aquello
Con un retrato ó una estatua hermosa;
Mas con un hombre vivo, es otra cosa.

Aunque habrá muchas que me arguyan que eso
Hacerlo con un cuadro, es manifiesto
Indicio de simpleza y poco seso,
Y que es mas natural y en razon puesto
Á algun hombre abrazar de carne y hueso,
Aunque no sea de tan lindo gesto,
Que al lienzo mas hermoso ó bello busto,
Los cuales ni reciben ni dan gusto.

El Español en tanto la saluda
Y dice: Bella niña, Dios os guarde:
Ella va á hablarle de su pena aguda
Y del amor en cuyas llamas arde;
Pero la lengua se mantiene muda,
Y el natural pudor la hace cobarde,
Y le detiene á la mitad la planta
Que presurosa al jóven se adelanta.

Y, cuando advierte que hácia el jóven iba,
Así el pudor celeste profanando,
Tiñe la blanca faz en grana viva,
Al suelo las miradas humillando;
Al fin de allí se escapa fujitiva,
Al hermoso Español maravillando
Que, al ver tal porte, con razon no poca
La califica rematada loca.

Mas, quedándose solo, al fin repara
En lo que representa la pintura,
En que ántes, claro está, no reparara
Por mirar á la viva criatura;
En ella al punto conoció su cara
Y su propia persona y apostura,
Hallándose tan fiel en el cotejo,
Como si se mirara en un espejo.

Entónces algo á sospechar comienza
De la verdad de tan extraño caso,
Y á entender la atencion y la vergüenza
De la doncella de jüicio escaso;—
Otra vez llama, y ántes que le venza
El tedio de aguardar, con presto paso
Salió, y con la mayor cortesania
Le recibió la cariñosa tia.

Sin quedar de su trato enamorado,
El jóven de la vieja no se aparta:
Venir con el virrei, ser su privado,
Causa es de agrado y de atenciones harta;
Y á tantas cartas de favor añado
La que fué de favor la mejor carta:
El gentil parecer y la belleza,
Carta que da al nacer naturaleza.

Á todos se dirije el sobrescrito,
Cual primitivo universal lenguaje,
Y por ella el viajero y el proscrito
Hallan mas blando y fácil hospedaje;
No hay pueblo alguno de tan fiero rito,
Que al extranjero hermoso no agasaje:
¡Irresistible magia que conquista
Los corazones á primera vista!

Mas ya la triste enamorada espera,
Y á confortarla empieza la esperanza,
Esa maga tan dulce y lisongera
Que todo mal á suavizar alcanza:
Bastó que entre retrato y hombre viera
Una grande perfecta semejanza,
Y aguarda ya, por mucho que le cueste,
Lo que de aquél no pudo, lograr de éste.

Y torna nuevamente á amar la vida,
Y la muerte espantosa no desea,
Ni á venir con instancia la convida
Para que en trance tal su alivio sea:
Ya la tiene de nuevo aborrecida,
Y ya de nuevo le parece fea,
Y considera que es aún muy jóven
Para que penas el vivir le roben.

Y se imagina con terror y espanto
Verse envuelta en la fúnebre mortaja,
Y, de los monges al solemne canto,
Ser conducida en la mortuoria caja
Á la eterna mansion del Camposanto;
Y le parece con horror que baja
Al hondo seno de la oscura tierra
Que ya sobre ella sus abismos cierra.
Y como ya no es tanta su tristeza,
Y como el alma admite algun consuelo,
Ya su salud á florecer empieza,
Y el ayuno ya cesa y el desvelo;
Á retoñar principia su belleza,
Cual planta, muerta con el crudo hielo
Del invierno, en la nueva primavera
Dia á dia sus galas recupera.
El hermoso Español la extraña historia
De Cristina infeliz bien pronto sabe,
(Que en Lima hasta á los niños es notoria)
Y entiende que la abruma el peso grave
De la cruda venganza y la victoria
Del dios que tiene en su poder la llave
De todos los humanos corazones
Y envuelve lo creado en sus prisiones.
Primero el tierno corazon se apiada
Del infeliz estado de Cristina,
Y el verla de su imájen tan prendada
Á justa gratitud despues le inclina:
No era ademas de su beldad pasada,
Cuando él la llegó á ver, tal la rüina,
Que no pudiese conocer cualquiera
Que igual no tuvo su beldad primera.
Y torna á ver á la aflijida presto
Y la halla ménos triste y mas bonita,
Y mas le va gustando por supuesto:
Cada vez es mas larga la visita:
Ella entre tanto con rubor honesto
Calla del pecho la amorosa cuita,
Mas la dicen sus ojos mal su grado,
Que son lenguas que nunca se han callado

Cuando, ausente el que adora, mira atenta
De su retrato la beldad divina,
No como ántes el verle la atormenta,
Porque su amor en él ya no termina,
Sino que pasa á aquel que representa
Y á quien ver en el lienzo se imajina:
Ya no ama la pintura en ella propia,
Sino en aquel cuya belleza copia.
Ya con primor se toca y atavia,
Y vuelve á usar de femenil adorno,
Y en públicos paseos extasía
La muchedumbre que se apiña en torno:
Cobra una nueva gracia cada dia;
Ya parecen de nuevo hechos á torno
Los blancos brazos, y la mano blanca
Compite ya con el jazmin que arranca.
Torna el pecho turgente á ser cual onda
De mar tranquilo que en la blanda orilla
Va y viene, y la garganta ya redonda
Se muestra, y purpurina la mejilla;—
Mas no encuentro espresion que corresponda
Á tan perfecta hermosa maravilla;
Que á la Cristina de otro tiempo escede
Es lo mas que mi verso decir puede.
Que, si cual hoy, entónces la doncella
Mas perfecta y hermosa fué de Lima,
Entonces fria estatua se vió en ella,
Y hoy es belleza que el amor anima;
Pues, para que una bella sea bella,
Es necesario que el amor le imprima
Esa espresion de espiritual dulzura
Que él solo puede dar á la hermosura.
Que, cuando un crudo pecho el amor doma
Y en sus fuegos lo abrasa, de repente
Animada espresion el rostro toma,
En vez de la primera indiferente:
Hablan los ojos silencioso idioma
Como el que hablan los labios elocuente,
Y, sin que el labio á los acentos se abra,
Iguala la sonrisa á la palabra.

Ya es cual la flor que á su belleza junta
La fragancia mas pura y esquisita,
Es la hija de Jaír, cuya difunta
Beldad la voz de Cristo resucita,
La estatua á quien la diosa de Amatunta
Traslada el fuego que su pecho agita;
Palacio donde mora un rei potente,
Templo que anima la deidad presente.

Mas creció su belleza, si incremento
Tanta belleza recibir podia,
De ser amada con el gran contento
Y la felicidad y la alegria;
Del cuadro á vista, el Español el cuento
Á la atenta Cristina referia
De haber él sido (que amistad lo ordena)
Vivo modelo del raptor de Elena.

Y añadió: «¿Quién entónces me dijera
Que, atravesando un dia el océano,
Y que, viniendo á Lima la hechicera
Desde el distante suelo castellano,
Ántes que su modelo, conociera
Vuestro divino rostro soberano,
Y en vuestros lares mereciera abrigo,
La obra dichosa del pintor amigo!

«Si copia fiel de la hermosura vuestra,
Sol cuya luz ni leve nube empaña,
Hecha por mano primorosa y diestra,
Llevado hubiera á la feliz España
La mas divina y portentosa muestra
De la tierra gentil que el Rímac baña,
Y las beldades mágicas que cria
Esta nueva mejor Andalucia!

«Si anticipado hubiéranme los fieros
Hados, conmigo tanto tiempo avaros,
El celestial placer de conoceros
Y la inefable dicha de adoraros,
En copia solo me bastaba veros,
Oh divina belleza, para amaros,
Y á vuestras plantas con fervor rendiros
Del alma los más íntimos suspiros!»

Dice, y cayendo ante sus piés de hinojos,
La de Cristina con su mano toca:
Ella, encendidos los claveles rojos
De las mejillas, calla con la boca,
Hablando solo con amantes ojos,
Que toda voz á declarar es poca
Lo que sintiendo están entrambos pechos,
Al gran tumulto del amor estrechos.

Con miradas de iman vence y fascina
Y atrae el uno al otro dulcemente,
Y el uno al otro mas y mas se inclina;
Ya se junta una frente á la otra frente;
De la jóven la boca purpurina
Toca del Español el labio ardiente,
Y atados quedan en un largo beso,
De amantes brazos cada cuello preso.

¿Quién dulzura dará á mi pobre verso
Con que la dicha de sus almas cante?
Un dia de otro dia no es diverso:
Es todo el tiempo un venturoso instante.
Ante ellos desparece el universo;
Para cada feliz amado amante
Es el otro feliz amante amado
El solo ser que existe en lo creado.

¡Dulcísimos coloquios donde suena
Sin cesar el tan dulce: «yo te adoro,»
Bien á Cristina le pagais su pena,
Y su crüel desesperado lloro!
No envidia ya, de regocijo llena,
Del cielo santo al mas dichoso coro,
Que no hay dicha mayor en lo creado
Que la dicha de amar y ser amado.

Y Cristina á su amante dice á veces:
«Puesto que el cielo el bien me ha concedido
Que no le osaban demandar mis preces,
Mi tormento feroz echo en olvido;
Y, aunque he apurado del dolor las heces,
No siento el haber tanto padecido,
Pues del pasado mal me recompensa
De amar amada la ventura inmensa.

«Cuando miro el placer que mi alma ensiosa,
Oh dulce dueño, cuando estoy contigo,
El tiempo de soberbia desdeñosa,
En que he vivido sin amar, maldigo.....
Mas fué mejor mostrarse de amorosa
Pasion el pecho entónces enemigo,
Porque así, de tu amor cual adivina,
Para ti solo se guardó Cristina.
«Si tanto te adoré sin conocerte,
Y solo por imájen y traslado,
Cuando te reputaba tela inerte
Y vano ser por el pintor ideado;
¿Cómo habré de adorarte, hoy que la suerte
Me da mirarte vivo, aquí, á mi lado,
Y que tú, agradecido á mis amores,
Con igual frenesí tambien me adores?
«Y pues es el amor tanta dulzura,
Y sin amor la vida no comprendo,
Y es el mundo desierta sepultura
De cuantos sin amor viven muriendo,
Miéntras aquí nuestra existencia dura,
Gozemos en amarnos, y no siendo
Sino un alma en dos cuerpos, ni la muerte
Consiga desatar lazo tan fuerte.»
Y el amoroso jóven respondia:
«No más recuerdes, adorado dueño,
El tiempo de tu loca idolatria,
Y el vano ardor y el insensato empeño
Con que, prendada de la imájen mia,
Te consumiste cual ardiente leño,
La gran belleza reduciendo á sombra
Que Lima entera su ornamento nombra.
«¡Ah! cuando pienso en el horrible duelo
Que te hice padecer, aunque inocente,
De haberte amado el imposible anhelo
El corazon me abrasa vanamente.
¡Quién entonce á tu amor diera consuelo,
Adelantando nuestro bien presente!
¡Cuántas veces, en vano, he deseado
Que cambiar se pudiera lo pasado!

«¡Y consumiendo tal belleza estuve,
Sin yo saberlo! ¡y el divino rostro,
Que fiel retrata el de inmortal querube,
Y á cuya vista, idólatra, me postro,
Por mí velaba del dolor la nube,
Amortecidos el jazmin y el ostro!
Y por mí se quejó la dulce boca
Que el beso de los ángeles provoca!
«¡Y fué por mí por quien de amargo llanto
Desperdiciaron cristalinos mares
Los grandes ojos que me abrasan tanto,
Que sufriera peligros á millares
Y arrostrara mil muertes sin espanto,
Para que ni el menor de los pesares,
Ni la pena mas leve y pasajera,
Una lágrima sola les bebiera!
«Mas, pues ni el mismo Dios cambiar pudiera
Los dias que pasaron, yo te juro
Que horas de amor y dicha placentera
Solo habrá de brindarte lo futuro:
Adorarte será mi vida entera,
Y de la tumba ni en el seno oscuro
Podrá nunca extinguirse el amor mio,
Que alma será de mi cadáver frio!
«Del dilatado y hórrido tormento
Que el cielo vengador enviarte quiso
Será mi amor el inmortal descuento:
Yo tu esclavo seré, tierno y sumiso,
Y obedecer tu oculto pensamiento
En la tierra será mi paraiso.»
Así la adora, y entre tanto extática
Oye Cristina la amorosa plática.
Con silencio espresivo le contesta,
Ni consiente su gozo que más hable;
Y le mira entre amante y entre honesta,
Con celeste espresion inenarrable:
Es para ambos la vida eterna fiesta,
Una ilusion divina y perdurable,
Un sueño celestial y permanente,
El mismo siempre y siempre diferente.

¿Quién dirá cuál se alegra y regocija
La tan discreta cariñosa anciana,
Al ver á la que siempre amó cual hija
De una y otra locura por fin sana?
Alegres ojos en los novios fija,
Y los bendice con la diestra ufana,
Rogando que el Eterno les conceda
Una vida tan larga como leda.

Al fin lució la aurora en que el divino
Himeneo encendió la pura tea,
Uniéndolos con lazo diamantino
Que hasta la muerte duradero sea.
Es el virrei el ínclito padrino;
Lima toda en las fiestas se recrea,
Siendo alegres y ricas entre todas
Aquellas nobles venturosas bodas.

Guardaron sus afectos amorosos,
En paz viviendo nunca interrumpida,
Aquellos felicísimos esposos
Los años todos de su larga vida;
Hijos tuvieron mas que el padre hermosos,
Hijas por quien la madre fué exedida;
Pues cada uno es fuerza y cada una
Que de ambos padres las bellezas úna.

Y entre puros seniles regocijos,
De grato amor y reverencia objetos,
Y de cuidados tiernos y prolijos,
En sus últimos dias, siempre quietos,
Gozaron á los hijos de sus hijos,
Y á los hijos gozaron de sus nietos:
Y su vejez postrera parecia
Tarde serena de sereno dia.

¡Oh tú á quien este ejemplo hago presente,
El leerlo, oh ingrata, te acobarde;
De Cristina el castigo te escarmiente;
Y pues fuerza es amar temprano ó tarde,
Tu claro ingenio y tu temor prudente
El castigo de Amor no es bien que aguarde,
Y á su venganza y punicion tremenda
Adelanta solícita la enmienda.

Pídele ya perdon de tanta ofensa;
Y, pues bien sabes que te adoro ciego,
Mis constantes ardores recompensa,
Y tu diestra á mi fé concede luego.
¡Ah! no retardes mi ventura inmensa;
Y de amor, de placer y de sosiego
El hado blando nuestra vida teja,
Cual la de aquella tan feliz pareja.

1863.

Á DINA.

Te suis matres metuunt juvencis,
Te senes parci, miseræque nuper
Virgines nuptæ, tua ne retardet
Aura maritos.

HORACIO.

Cual voluble mariposa,
En bellísimo jardin,
Va del clavel al jazmin
Y del jazmin á la rosa,
Así tú, bella liviana,
Con versátil proceder,
Hoy mudas tu amor de ayer
Y el de hoy mudarás mañana.
No tanta de estrellas es
La hueste en noches serenas,
Ni tiene la mar arenas,
Ni flores el quinto mes,
Ni muda el cielo colores
En la tarde ó en la aurora,
Como tú, bella traidora,
Cambias sin cesar de amores.
¿Qué hechizo tienes, qué iman
Que cada dia la cuenta
De tus galanes se aumenta
Con algun nuevo galan?

Vituperados en vano,
En tu salon juntamente
Se ve el rubio adolecente
Y el encanecido anciano.
¿Qué rico no te promete
Sus caudales? tu secreta,
¿De qué jóven ó poeta
Versos no guarda ó billete?
Y, á pesar de tu liviano
Harto conocido porte,
No falta quien de consorte
Te ofrezca palabra y mano.
Mas, ¿qué mucho, si severa
En ti la Envidia no ve,
Desde la frente hasta el pié,
La imperfeccion mas lijera?
¿Quién vió facciones tan bellas,
Sin que las manche lunar?
¿Quién vió tal frente, y tal par
No de ojos, sino de estrellas?
Son como hechas á pincel
Tus cejas: tu dulce boca
Á darte besos provoca,
Mas süaves que la miel.
Y con tu blancura suma
Nada á competir se atreve;
Que no es tan blanca la nieve,
Y es ménos blanca la espuma,
No la iguala el nateron,
Ni dentro el verde pacai
Tan albos capullos hai
De dulcísimo algodon.
Mas, si vista no hay que tache
Tu blancura sin reproche,
Á tu frente dió la Noche
Su cabello de azabache.
No hay flor ninguna del valle,
Ni leve flexible mimbre,
Que con la gracia se cimbre
Con que se cimbra tu talle.

Casto propósito arrollas
Del que te ve á su pesar,
Cuando con gracia sin par
Bailas las danzas criollas,
Y con la planta lijera
Tocando apénas el suelo,
Juegas el blanco pañuelo
Y la ancha arqueada cadera.
A quien no rindió la vista
De tu beldad, no te hable,
Que tu dulce trato afable
De seguro le conquista.
Saben palabras tus labios
Tan astutas y halagüeñas,
Que fascinas y domeñas
Á los mas duros y sabios.
Y de los viejos despiertas
En los frios corazones
Las juveniles pasiones,
Por tan largos años muertas.
Las madres por sus hijuelos
Viven de ti recelosas,
Y á las noveles esposas
Inspiras amargos zelos.
Temiendo su paz antigua
Perder con tan fuerte encanto,
Á tu encuentro el monje santo
Retrocede y se santigua.
Porque tu belleza es tal,
Y tales tus gracias son,
Que á veces (Dina, perdon)
Te juzgo el genio del mal;
Pienso que eres Lucifer
Que con obras y palabras
Nuestro eterno llanto labras,
Disfrazado de mujer.

1863.

Á FABIO

QUE ME ACONSEJABA DEJAR LA POESIA.

SÁTIRA.

No más me culpes de que en ocio inerte
Las horas pase de mi inútil vida,
Y que, con fin que unísono concierte,
Líneas iguales al oido mida;
Ni que, llamado á mas dichosa suerte,
Con que mi rica patria me convida
Que nada á nadie liberal rehusa,
Siga las huellas de la hambrienta Musa.
Ya solo espero de tu cuerdo labio
Saber qué oficio me dará mas oro:
¿Tal vez quisieras, persuasivo Fabio,
Que, mono en gestos y en la charla loro,
Y mas que en leyes en engaños sabio,
Lumbrera fuese del peruano foro?
¿O verme escriba tu amistad quisiera,
Que al abogado en honradez supera?
¿O que acreciente el número prefieres
De aquellos que con sed, que el oro aumenta,
Son viles insaciables mercaderes
De la que no es justicia sino venta?
¿O el cuerpo que entre bailes y placeres
Nuestra patria en Europa representa,
Y á quien la patria, liberal y noble,
Los años de servicio cuenta al doble?
¿O qué me aliste en el logrero bando
Que se enriquece en término de un dia,
Inicuos pactos del traidor comprando
Á quien la patria sus destinos fia?
¿O qué, vendida al poderoso mando,
De toda ley la violacion impia
Mi voz defienda, armada de sofismas,
En el santuario de las Leyes mismas?

¿O puede mas aplauso merecerte
El que, la espada manejando fiera,
Su oficio usurpe á la enemiga Muerte,
Cual si dolencias y vejez no hubiera;
Y que en los pechos la sepulte fuerte;
No de la gente pérfida extranjera
Que nos insulta, mas de gente hermana
Que ciega arrastra la ambicion tirana?
No soy, es cierto, un Cid: mas el denuedo
No es lo que hoy mas al militar decora,
Y así en el riesgo del combate, el miedo
Alas presta á su planta voladora;
O ántes se pasa con feliz enredo
Á la parte que espera vencedora,
Y, de su infamia sin cesar premiado,
Gana á cada traicion un nuevo grado.
¿O me aconsejas que con vida ociosa
La fácil senda y el ejemplo elija
Del vil que medra con su bella esposa
En quien un grande sus antojos fija?
Mas, si no es la mujer jóven ni hermosa,
Las gracias suplen de la vírgen hija,
Para grangearle, á costa de su afrenta,
Ocioso oficio de cuantiosa renta.
¿O habré de consagrarme al sacerdocio,
Y, con la carne á tentaciones blanda,
Seguir por profesion y por negocio
Lo que celeste vocacion demanda?
Y el que debiera ser del ángel socio
Su alma al Infierno y las ajenas manda,
Y, diverso en la calle y en el templo,
Destruye su enseñanza con su ejemplo.
¿O verme acaso desearás al lado
De circundada sobremesa verde,
Donde, á las vueltas del ebúrneo dado,
El dinero es lo ménos que se pierde;
Y allí el alba me encuentre enajenado,
Sin que mi esposa ni mi hogar recuerde,
Y exponga al turbio mar de la Fortuna
De mi hijo tierno la inocente cuna?

¿Perder dije? nó: pierde solamente
Quien á la ciega suerte se encomienda;
No quien evita con temor prudente
Posibles riesgos de una igual contienda:
Ya la moderna jugadora gente
A la Fortuna le quitó su venda
Que, comprada y parcial, concede solo
Ayuda y triunfo al avisado Dolo.

Verme anhelaras, á mi bien propicio,
Agiotista, logrero, juez, soldado,
Alcalde, jugador, ó en otro oficio
De provecho á mí propio y al estado:
Que no hay infame degradante vicio
En este mi pais afortunado,
Ni grangeria repugnante y fea
Que honrosa y útil profesion no sea.

Lícito es ser entre nosotros todo,
Con tal, se entiende, de ganar dinero:
¿Qué importa en suma de ganarlo el modo?
Tenerlo ha sido siempre lo primero:
Sé vil traidor que pacte con el godo,
Sé verdugo, sé espia, sé tercero:
Oficio éste será que harto te rente,
Si lo eres de un ministro ó presidente.

La misma hoy despreciada poesía,
Si al fin llegara á dar dinero, luego
Estimada de todos se veria,
Tanto quizá como la usura y juego:
Mas, como no dió nada hasta este dia
Y aun vive pura de lisonja y ruego,
Estima en vano ó proteccion espera,
Y ella sola, entre tantas, no es carrera.

No es carrera, es verdad; pues no interpreta
De digno modo el nombre rehusado
El santo ministerio del poeta
Y su augusto glorioso apostolado:
De lo futuro indagador profeta,
Y fiel conservador de lo pasado,
Á la Inocencia y la Virtud que jime
Alza, y fulmina al exultante Crímen.

TAYLOR INST. OXFORD

No por el brillo de metal mezquino,
Mas por la gloria sin cesar se afana,
Eterna gloria de fulgor divino,
No la presente pasajera y vana:
Y cumple el inspirado su destino,
Sin que le asombre ingratitud humana,
Ni la incuria le arredre ni el desprecio
Del torpe vulgo ni del rico necio.
Y crean vulgo y rico envanecido,
Y tú con ellos en buena hora creas
Que es cosa sin sustancia ni sentido
El arte creador de las Pimpleas;
Papel los libros y los versos ruido,
Y frases y palabras las ideas,
Siendo el oro á vuestra ávida ignorancia
Lo solo, oh Fabio, donde hallais sustancia.

1864.

Á LA SEÑORITA JUSTA GARCIA ROBLEDO,

EN RESPUESTA Á UNA COMPOSICION RELIGIOSA.

Tu dulce voz, oh Justa, me convida
Á levantar los ojos de la mente
Á la segunda perdurable vida,
Aspirando á ese gozo permanente
Que no cansa jamas, ni mezcla alguna
De dolor ó de mal en sí consiente.
¡Ay! desde que la pérfida fortuna
En flor cortó las ilusiones mias,
Y la esperiencia me dejó importuna;
Desde que vivo tan amargos dias,
Hacer debí lo que hora me persuades
En los hermosos versos que me envias.
Quien del mundo probó las vanidades,
¿Cómo un punto es posible que difiera
El abrazar del cielo las verdades?

El que del vano mundo áun algo espera
Y, en mentidos placeres engañado,
Su vanidad áun no conoce entera,
Disculpa ése merece en algun grado,
Pues al ménos el triste vive ciego:
¡Cuánto es peor mi miserable estado!
Yo ni del mundo soy, ni á Dios me entrego;
Y, aunque el mundo me inspira un hondo hastío,
El alma no me abrasa santo fuego:
¡Ah! ¡qué nuevo infortunio es este mio,
Que, tantos años ha, vivo suspenso
Entre cielos y tierra, en el vacío!
¿Qué aguarda mi delirio, ó en qué pienso?
¿Siempre habré de agitarme irresoluto?
¿Cuándo por fin me acojo á un Dios inmenso?
¡Si de tus persuasiones fuese fruto,
Oh noble Justa, el acabar conmigo
El que siga lo eterno y lo absoluto!
¡Si al alma enferma de tu triste amigo,
Turbio océano que jamás reposa,
Cáos que lucha sin cesar consigo,
De tu alma dieras la quietud dichosa,
Que el cielo desde el mundo te adelanta,
Sin que la ofenda ni la turbe cosa!
Fervientes preces al Señor levanta,
Por que del borde del abismo ardiente
Pio retire mi indecisa planta.
Rompe ¡oh mi Dios! esta rebelde frente,
Y estos mis ojos áridos convierte
En arroyos de llanto penitente.
Tal vez me acecha la traidora muerte,
Y esgrime ya la inevitable espada:
¡Perdido soy sin tu socorro fuerte!
Si fué mi juventud tan mancillada,
Sea esta edad, acaso la postrera,
Por tu inmensa piedad purificada,
Y con la muerte de los justos muera.

1864.

AL SOL.

Salve sin fin, oh tú de los planetas
Fúlgido diademado emperador,
Que á jirar obedientes los sujetas
De tu radiante trono en derredor.
Y á Júpiter, Saturno, Vénus, Marte,
Y á los demas que encadenó tu lei
Vida y luz tu largueza les reparte,
Cual á su corte poderoso rei.
Y vasallos los rápidos cometas
De tu dominio dilatado son,
Y en elípticas órbitas inquietas
Obedecen tambien á tu atraccion.
Y solo do se cansa la carrera
Del que de ti mas huye, allí el postrer
Límite se alza y última frontera
De tu sublime imperio y tu poder.
Con noble orgullo y con mirar ufano,
De tus regios estados en mitad,
Desde un confin á otro confin lejano
Abarcas su encendida vastedad.
No empero gozas inmortal reposo;
El movimiento te abarcó tambien,
Y en torno á tu eje tu jirar radioso
Los claros ojos de la Ciencia ven.
Y con los astros todos que presides,
Te ven, del éter vasto por el mar,
Á las estrellas del remoto Alcides,
Como celeste flota, navegar. *
¡Cuántas centurias de centurias, díme,
Serán á tu alto vuelo menester
Para que acabes viaje tan sublime,
Y logres tanta inmensidad vencer!

* Sabido es que, ademas de su movimiento de rotacion, tiene el Sol el de translacion, con todo el sistema planetario, hácia la constelacion de Hércules ó Alcides.

Al columbrar de siglos el abismo
Que en tan luenga jornada medirás,
El Cálculo desmaya, y el Guarismo
Con espantado pié se vuelve atras.
Dí, ¿qué destino á ese celeste puerto,
Qué misteriosa ley vas á cumplir?
Sábelo Aquel que rije el gran concierto,
Y para quien ya fué lo porvenir!
Aquel que en ti velada nos envia
Su luz, cuando circundas á tu faz
La corona imperial del Mediodia
Que vence y ciega la pupila audaz.
Quien mira el rayo de tu lumbre viva
Las negras sombras de la noche ve:
Así no mira la Razon altiva
Al Dios que adora la vendada Fe.
Te viste ardiente impenetrable velo
El brillo de tu faz deslumbrador,
Como hace á Dios para el humano anhelo
Invisible su propio resplandor.
Y aunque á Dios no comprenden nuestras mentes,
Todo por él comprenden, bien así
Como á ti mismo ver no nos consientes,
Mas nada ver pudiéramos sin ti.
Alzo á vosotros reverentes palmas,
Atónito y postrado ante los dos:
Él, sol maravilloso de las almas,
Tú, de los cuerpos refulgente dios.
Mas morir te contempla cada tarde,
Y, si hoy renaces, feneciste ayer,
Cuando él con rayos siempre iguales arde,
Y ni un dia le mira anochecer.
Cien manchas en tu faz á Galileo
Mostró el osado astrónomo cristal,
Y fuera imaginarlas devaneo
En el glorioso Sol espiritual.
Y, si á los ojos débiles mortales
Por ti vencidas con exceso son
Las nocturnas lumbreras celestiales,
Es tu triunfo vanísima ilusion!

Débil pupila, vasta lejania
Convierten en la azul inmensidad
Estrella que ó te vence ó desafia
En punto de dudosa claridad.
Innumerables venturosos soles
Son, que brillan con propio resplandor,
Y de cien globos las opacas moles
Les son cortejo, como á ti, de honor.
Quizá planeta de mayor sistema
Los altos ojos del querub te ven,
Y eres diamante de la gran diadema
Que de mas claro Sol orna la sien.
Y en sistema mas vasto, ni siquiera
Planeta, mas satélite serás;
Y, siendo ya planeta el que sol era,
Te vas oscureciendo más y más.
Por ley quizá que el universo ordena,
Es cada gran sistema un eslabon
De una sola vastísima cadena
Que envuelve la insondable creacion.
Y en tan sublime aterrador conjunto
Que da á la humana mente frenesí,
Te quedas breve luminoso punto,
Tú á quien ántes tan grande concebí.
Pero el monarca y creador del mundo,
De quien eres imájen tan infiel,
Ni igual conoce ni tendrá segundo,
Y es vana sombra el universo ante él.
Y tú, y cuanto divisa la mirada
O alcanza nuestra mente á imajinar
En los abismos de su seno nada,
Como nadas del éter en el mar.
En vano por edades infinitas,
Sin que faltaras una sola vez,
En la infancia del dia resucitas
Y renaces del año en la niñez.
Al fin vendrá la noche postrimera
Que no siga del alba el arrebol,
Y el invierno vendrá sin primavera
En que por siempre morirás, oh Sol.

De los orbes la inmensa arquitectura
En tu eterna rüina arrastrarás:
Mas no á Aquel de quien eres sombra oscura
Morir verá la Eternidad jamas.

1864.

LA CAMPIÑA DE HUACHO.

Aura de estas campiñas fresca y pura,
Como en las hojas de árboles y plantas
Que con tu soplo inclinas y levantas,
Tal en mi canto imitador murmura;
Ven, y en torno suspira
De las trémulas cuerdas de mi lira.
Y tú, arroyuelo transparente y terso,
Cuya linfa se tarda serpeando,
Tu lento curso y tu murmurio blando
Remede el murmurante tardo verso;
Y, fiel imájen tuya,
Diáfano, perezoso, libre fluya.
¡Amadoras felices é inconstantes
De las pintadas flores olorosas:
Rojas, blancas, doradas mariposas,
De flor en flor eternamente errantes,
Que, en vistosos colores,
Sois joyas vivas ó volantes flores!
¡Rebaño que ya paces, ya retozas!
¡Oh largas, verdes, rumorosas calles
De ventilados sauces! ¡hondos valles!
¡Rústicas casas y pajizas chozas,
Que el amarillo techo
Modestas asomais de trecho en trecho!
¡Larga hilera de huertos que al sendero
Frutas y flores sobre el muro asomas!
¡Oh de ocultas blandísimas palomas
Ronco arrullo amoroso y plañidero,
Y ladridos leales
Del vijilante can á los umbrales!

¡Azules mares! ¡encendidos montes
Del alba y del ocaso á los reflejos!
¡Confusas perspectivas, vagos léjos,
Ultimos infinitos horizontes,
Límite á la mirada,
Mas no á la mente que os traspasa osada!
¡*Dias alegres, puros, libres*, claros,
Serenas tardes, fúlgidas auroras!
¡Oh deleitables, bien perdidas horas!
En mis versos venid á retrataros,
Como en un fiel espejo,
Miéntras que abunden fáciles los dejo.
¡Campos de Huacho hermosos! ¡oh Luriama!
En tus prados y huertos y alamedas
El paraiso terrenal remedas
Que eterna Primavera habita y ama,
Y donde nunca pierde
Una flor sola su guirnalda verde.
Tú entre los valles todos que, cual breves
Y verdes manchas salpicados muestra
La aridez vasta de la costa nuestra,
Justo será que la corona lleves,
Ni ví extranjero valle
Que tu rival en mis recuerdos halle.
Tú el laso cuerpo alientas, tú recreas
Y sosiegas este ánimo aflijido,
Cansado del tumulto y del rüido
De las grandes Babeles europeas,
Y que busca anheloso
La sombra del olvido y del reposo.
Calmarse siento en ti de dia en dia
El antiguo dolor con que batallo;
Y al oprimir el lomo del caballo
Que por el prado ó la floresta umbria
Me conduce al acaso,
En la alba pura ó el incierto ocaso;
Al leve soplo del delgado viento,
Al son de aguas y de árboles mecidos,
Poco á poco por todos los sentidos
Lánguidamente penetrarme siento

De una dichosa calma
Que me llega hasta lo íntimo del alma.
  Y de jemir y de ajitarme ceso,
Y un instante infeliz no soy siquiera,
Y parece que casi no sintiera
De la existencia el doloroso peso:
¡Quién pasar escondida
Pudiera aquí la solitaria vida!

1864.

ADIOS.

Á***

¿Por qué, por qué te conocí tan tarde?
¿Por qué, si ya no puedes ser tú mia,
Sentí, al verte, tan honda simpatia,
Y la lengua, al hablar, tembló cobarde?
  Adios, adios: no será bien que aguarde
Que crezca junto á ti de dia en dia
El crudo fuego que, si ayer nacia,
Hoy ya con llamas tan intensas arde.
  Adios, que amarte yo fuera delito,
Y de tu gran belleza seductora
El fiero riesgo con la ausencia evito:
  Que un recuerdo le dés tan solo implora
El que de ti purísimo y bendito
Eternamente lo tendrá, Señora.

1864.

LA POESIA Y EL POETA.

Á MI QUERIDO AMIGO FEDERICO PARRA.

No mayor dignidad le cabe al hombre
Que el alto sacerdocio del poeta,
Ni hay grandeza que al mundo mas asombre
Ni á quien mas gloria el porvenir prometa:
Mas no merece tan augusto nombre
Quien solo á rima y número sujeta
Vanas frases que halagan el oido,
Mas desnudas de espíritu y sentido.
Nó, no es del vate el inspirado acento
Vago murmurio que fugaz recrea,
Como el que dan los árboles al viento
Que con su blando soplo los menea;
Infunde siempre un noble sentimiento,
Enseña siempre una sublime idea,
Y el alto nombre de poeta miente
Quien no enriquece corazon y mente.
¡Oh chusma que, importuna y vocinglera,
Oprobio siempre y deshonor has sido
De la prole de Apolo verdadera,
Usurpando el clarísimo apellido:
Sal del santuario venerando fuera
Do vano suena de tu voz el ruido,
Y en él deja que libre se dilate
El conceptuoso cántico del vate.
¿Quién mejor con tal canto no se siente
Y enamorado de lo grande y bueno?
¿Quién no desprende corazon y mente
De lo caduco, frájil y terreno?
¿Qué frio corazon tan indolente
Habrá, y al entusiasmo tan ageno,
Á quien propio sentir no enseñe cuánto
Puede en las almas la virtud del canto?

¿Qué alma tan pusilánime y cobarde,
Al escuchar los himnos de Tirteo,
No se siente mayor, é indócil arde
De morir por la patria en el deseo?
Si hago, al leerlos, de valor alarde
Y si los riesgos de la lid no veo,
Áun hoy que tanta edad de ellos me aparta,
¡Cuál inflamaron la triunfante Esparta!
Cuál fué del vate el ministerio, dílo
Dílo tú, culta y elegante Atenas,
Que temblabas de Sófocles y Esquilo
En las terribles trájicas escenas:
Áun hoy las almas, do durmió tranquilo
El crímen, de terror despiertan llenas,
La pena al ver con que la suma diestra
Hiere á Edipo y nefanda Clitemnestra.
Bien cumpliste tan santo ministerio,
Tú que de los misérrimos precitos
Nos descubres el lóbrego misterio,
Y eco nos traes de sus roncos gritos;
Tú que retratas en el negro Imperio
De Italia las discordias y delitos,
Y áun de los vivos á tan fieras penas
Los traidores espíritus condenas.
Visitas luego el temporal infierno,
De donde no está ausente la esperanza,
Y, guia hallando mas amado y tierno,
Tras él tu vuelo rápido se lanza
Á la morada del reposo eterno
Y de la sempiterna bienandanza;
Y, si la patria te cerró sus puertas,
Ves las del cielo en su lugar abiertas.
Tu gran virtud y firme resistencia
Del llamado extranjero á la venida
Las causas son, que el mundo reverencia,
De aquel destierro en que acabó tu vida;
Pues, aunque al cabo te brindó Florencia
Su materna mansion apetecida,
Desdeñó tanta dicha tu entereza
Á precio conseguir de una bajeza.

Que no envilece el pan de los destierros
Al adalid de la Justicia santa,
Ni le amedrentan lóbregos encierros,
Ni el sangriento patíbulo le espanta;
Al ronco son de eslabonados hierros,
La dulce libertad celebra y canta,
Y clamar «libertad» escucha el mundo
Á su trémulo lábio moribundo.

No siempre habita el vate en el santuario,
Que, de los malos y del mal azote,
En campos lidia, y del feroz contrario
Legiones postra de su lanza al bote;
Como la edad pasada vió al Templario
Ser á un tiempo guerrero y sacerdote,
La poesia, si su ser no vicia,
Es siempre sacerdocio y es milicia.

Mas, aunque su alto ministerio es doble,
Y vibra á veces armas homicidas,
Al pecho pio, generoso y noble
Es mas grato que abrir cerrar heridas;
Si derriba tal vez jigante roble,
Mas veces alza plantas abatidas,
Y de la dura tempestad preserva
La caña débil y la humilde yerba.

Sublime celestial consoladora,
De mil secretos posedora maga,
El llanto enjuga del que á solas llora
Y desencona la mas viva llaga;
Al que un recuerdo perennal devora
Con el licor de olvido ella embrïaga,
Y es la celeste solitaria amiga
De aquel que nada á la existencia liga.

Sí, quiso Dios que de la humana gente
Sea el poeta corazon gigante,
Comun conciencia, labio y voz viviente,
Que, como Homero, Shakespeare y Dante,
Cuanto piensa el mortal y cuanto siente
En el idioma de los Dioses cante;
Idioma que artificio no remeda,
Y el vulgo entiende sin que hablarle pueda.

No estudio enseña, ni tenaz desvelo
O de arte vanas leyes al profano
El dulce idioma que aprendió en el cielo
El vate, de los ángeles hermano:
De mil y mil el temerario anhelo
Tenaz demanda, pero siempre en vano,
Una mirada plácida y risueña
Del inflexible Dios que los desdeña.
Con mano caprichosa cuanto avara,
Entre los hombres ese dios reparte
La facultad maravillosa y rara
Que es del canto inmortal la mayor parte:
Mas quiso que prudente sujetara
Al alado corcel freno del arte,
Cuando mas raudo é impetuoso vuela,
Del Númen acosado por la espuela.
Ufano el vate y á los cielos grato
De cuanto al cielo y á sí mismo debe
En el arte adquirido y estro innato,
No vive solo en esta vida breve:
Mira agitarse en vértigo insensato,
Para morir como olvidada plebe,
Para pasar cual fugitiva sombra,
Esos que grandes el engaño nombra.
Tú *á quien la sangre ensalza ó el dinero,*
Y á quien un bien no tuyo el pecho ufana,
Depon el *ceño, en vano tan severo,*
Y tu ufania y tu soberbia insana;
Que de todo ese brillo pasagero
Ni áun el recuerdo quedará mañana,
Cuando del que hoy desdeña tu altiveza
Segunda vida en el sepulcro empieza.
Y tú, monarca altivo, en cuyas sienes
El oro en ricos lazos se eslabona,
Breve y tasada la existencia tienes;
No salva del olvido la corona:
No envidia el vate tus mentidos bienes,
Y tu frájil diadema no ambiciona,
Cuerdo juzgando por mayor decoro
De laurel la corona que la de oro.

Vanamente en los términos estrechos
Del sepulcro se encierra la ceniza
De aquel que cria á sus fecundos pechos
La inspiradora celestial Nodriza:
Mas no á sí solo, que los altos hechos
Canta de los demas é inmortaliza;
Y eterna vida, como el vate, alcanza
Quien merece del vate la alabanza.

Que al fatídico labio del poeta
La pregonera Fama da que aliente
Su resonante mágica trompeta,
Que á otros ningunos embocar consiente;
Su voz el Tiempo vencedor respeta,
Y á mil voces y mil irreverente,
Hace que al fondo del olvido bajen,
Y las desnuda de sonante imájen.

La voz del vate solitaria suena
En los silencios de la edad remota;
Ninguna edad es al poeta agena,
Y es de todos los pueblos compatriota;
Sin él de humanidad la gran cadena
Fuera por siglos ó distancias rota;
Él un clima á otro clima, raza á raza
Y á lo pasado lo futuro enlaza.

Es el Olvido un silencioso, oscuro,
Soñoliento, vastísimo océano,
Donde naufragan por destino duro
Las muchedumbres del linaje humano:
Tan solo el vate en su bajel seguro
Alarga á pocos salvadora mano,
Y los lleva por piélago tan muerto
De eterna Gloria al refulgente puerto.

¿Quién, sino fuera por la eterna Iliada,
Supiera el nombre del airado Aquiles?
Bajado hubiera al seno de la nada,
Como la turba de guerreros viles;
Mas la meonia trompa, no su espada,
Le hace vivir innúmeros abriles,
Y que le envidie el Macedonio fiero,
Ansiando á sus hazañas otro Homero.

Hundida en vano en la profunda huesa
Por la diestra infalible de la Parca,
Eterna vive la beldad francesa
En los cantos divinos del Petrarca:
Su dulce nombre de sonar no cesa
Por cuanto alumbra el sol y el mar abarca,
Que, flor de una mañana, la hermosura
Solo en los cantos del poeta dura.

Mas ¡ay! ingrato mundo, tú no sabes
Con cuán profundas penas y crüeles,
Y desengaños é infortunios graves
Compra el noble poeta sus laureles:
Para que tú le admires y le alabes
Su labio apura del dolor las hieles,
Y las que te deleitan dulces notas,
Pedazos son de sus entrañas rotas.

La aleve Envidia, la Calumnia artera,
El velar noche y dia en el volúmen
Donde vivir, tras de su muerte, espera,
La inaccesible perfeccion, del númen
La abrasadora inextinguible hoguera,
Al poeta fatigan y consumen;
Y el furor sacro que jamas se calma
Le enferma el cuerpo y le devora el alma.

Nuevas penas padece en cada hora,
Que exeden toda humana recompensa,
Aquella alma *sensible y pensadora*,
Que ya *padece*, cuando *siente ó piensa:*
Á la nocturna antorcha brilladora,
Que con la clara luz que nos dispensa
Va lenta consumiéndose á sí propia,
El noble vate en su destino copia.

Y á males tantos su desdicha agrega
Ver que rehusa á su inspirada frente
Tal vez la patria idolatrada y ciega
El premiador laurel resplandeciente:
Mas tu recuerdo su dolor sosiega,
Futura edad, siempre á su fé presente,
Que la injusticia de esta edad reparas,
Y al Genio eriges inmortales aras!

AL RÍMAC.

(EN LA NOCHE DE UN DIA DE REGOCIJO.)

I.

En muda calma la ciudad reposa:
Y yo, de codos en tu vasto puente,
Miro brillar tu rápida corriente,
Que al mar se precipita bulliciosa.
Hoy del placer la taza deleitosa
Bebió de Lima la festiva gente,
Y yo la del dolor, que eternamente
De hiel amarga para mí rebosa.
Y ahora, Rímac, tu raudal sonoro
Su sueño arrulla bajo puro cielo,
Azul dosel con lentejuelas de oro:
Y yo tan solo, con perenne duelo,
De la ciudad en la alegria lloro,
De la ciudad en el reposo velo!

II.

¡Cuánto crecieron con el llanto mio
Arno y Bétis y Támesis y Sena,
Testigos todos de mi larga pena
Y de mi insano amor y desvario!
Y hoy tambien á tus ondas, patrio rio,
Mezclan mis ojos su encendida vena;
Que en la tierra natal como en la agena,
Tenaz me sigue mi recuerdo impio.
Y en vano busco junto á ti reposo,
Y el alivio del mal que me atormenta
Al refrigerio de tus ondas pido:
Ah! solo del Leteo silencioso
Beber puedo en el agua soñolienta
La paz profunda del eterno olvido.

CANTO GUERRERO.

(ESCRITO AL RECIBIRSE EN LIMA LA NOTICIA DE LA TOMA DE LAS ISLAS DE CHINCHA.)

¿Y es verdad? ¿y es verdad? ¿no nos engaña
De alada Fama la cundiente voz?
¿Pudo la flota de la aleve España
Consumar atentado tan atroz?
La accion..... nombre merece de española;
Solo España de tanto fué capaz,
Y es digno á la verdad de España sola
Traer la guerra, simulando paz.
Esa nacion que de la tierra entera
Era la mofa y el escarnio ayer,
Sin solo un rayo de su luz primera,
Ni sombra ya de su fatal poder;
Hoy que despierta de su sueño apénas,
Y de su larga y honda postracion,
¡Loca intenta poner nuevas cadenas
Á los que libres para siempre son!
Un instante lijero de bonanza
La engrie y desvanece, y ya se vé,
De América señora en esperanza,
Hollar su cuello con soberbio pié!
¿Mas no recuerda ya el orgullo iberio
Los campos de Ayacucho y de Junin?
¿No sabe acaso que su odiado imperio
En ellos tuvo para siempre fin?
Pues, si pudo ponerlos en olvido,
Habrá de probar pronto su altivez
Que, si los hemos una vez vencido,
Los venceremos por segunda vez.
Que ántes el mar se secará, y primero
Dejará de verter su luz el sol,
Que doblemos la frente al extranjero,
Que de nuevo el Perú sea español.

Doble hoy la afrenta y el baldon seria
Y doble el yugo de lo que ántes fué:
Primero que ser sierva, patria mia,
Sangrienta tumba de tus hijos sé.
Y Chile y Venezuela, toda América
Jure, de Patagonia á Panamá,
Que ántes que vuelva á la coyunda ibérica,
De sus hijos tambien tumba será.
Al mas cobarde volverá arrojado
Del patriotismo el sacrosanto ardor,
Y de cada peruano hará un soldado,
De la patria indomable defensor.
Y los magnates y el plebeyo, el blanco
Y al que la noche de ébano la tez
Tiñe, y el amarillo hijo de Manco
Volarán á lograr la marcial prez.
Y á porfia tambien el sexo hermoso
Muestras dará de esfuerzo y de valor:
Y tú, peruana esposa, al caro esposo
Le dirás: «vuelve muerto ó vencedor.»
Y tú á la lid sangrienta, oh madre fuerte,
Todos tus dulces hijos enviarás,
Y, si á todos les cabe honrosa muerte,
Solo lamentarás no tener más.
Y tú, doncella, al jóven que te adora:
«Ofrezco, díle, á tu amorosa fé
Que tu sangrienta mano vencedora
Ufana con mi diestra premiaré.»
Jamas, jamas, oh patria idolatrada,
Tanto sintió mi corazon cual hoy
Ver que no puedo en tu provecho nada,
Y que el postrero de tus hijos soy!
Pero no, que esgrimir al ménos puedo
Las armas que mi diestra nunca usó,
Y, volando al combate con denuedo,
Morir tambien en tu defensa yo!
Oh en Junin y Ayacucho vencedores,
Que á tan gloriosa edad sobrevivís,
¿Sufrireis que tan duros opresores
Dominen otra vez vuestro país?

¿Y podreis consentir que vano sea
Tanto esfuerzo sublime, tanto afan?
¿Tanta sangre vertida en la pelea,
Tan heróico valor, vanos serán?
Esos los mismos son que vuestra espada
Ahuyentó en la batalla veces cien;
Hiérvaos la sangre por la edad helada,
Y ciñan nuevos lauros vuestra sien.
¡Ah! sí, volemos al combate todos,
Juntos volemos como un solo ser:
¡Guerra, guerra sin fin! mueran los godos
Que á la tierra del Sol quieren volver!
¿Y hablar osais, piratas, de justicia,
De derecho y razon? rubor tened:
Vuestra razon es ávida codicia,
Y de oro ardiente é insaciable sed.
Todo, todo á la tierra patentiza
Que nietos sois y digna sucesion
De la hambrienta canalla advenediza
Que conquistó esta mísera region:
De esos que son espanto de la historia,
En quienes el valor codicia fué,
Y fué codicia el ánsia de la gloria
Y el decantado zelo por la fé.
Si ardeis en ánsias de guerrera fama,
Y quereis fuerza y brios desplegar,
Una alta empresa en vuestro suelo os llama:
Recobrad el peñon de Gibraltar.
Sí, que ese puerto que en hispana orilla
Ostenta al mundo pabellon ingles,
De España los blasones amancilla,
Y oprobio y mengua de sus hijos es.
Ésa la hazaña, la alta gloria es ésa
Que otro noble valor pudo tentar;
Mas de vosotros es mas digna empresa
Indefensos tesoros usurpar!
¡Ah! no espereis que quede sin castigo
Ofensa tan vandálica y feroz:
Ya con la vista vuestra armada sigo
Que, vencida y deshecha, huye veloz.

Marina del Perú, la lid te espera
Mas noble y santa que aceptó el deber:
¡Dichosa tú, pues eres la primera
Que vas la dulce patria á defender!
Y tú que á nuestros pueblos hoy presides,
Y de la patria riges el timon,
Tú que triunfaste en las gloriosas lides
Por las que es libre el mundo de Colon,
No así el combate vengador retardes:
Mira que te contempla el porvenir,
Y que, tras tanto ultraje, es de cobardes
La sangrienta venganza diferir.
Á combatir, á triunfar nos lleva:
Empiece ya el cañon á retumbar;
Es tiempo, es tiempo que á torrentes beba
Hispana sangre nuestro airado mar.

16 de Abril de 1864.

Á LOS MARINOS
DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA.

¡Oh de tanta maldad ejecutores!
Decid, ¿cómo pudisteis, con qué pecho,
Exceder los escándalos mayores
Con la horrible perfidia de tal hecho?
Como á extranjeros no, mas como á hermanos
Os recibieron las orillas nuestras,
Y á las aleves españolas manos
Francas se unieron las peruanas diestras.
Todos nuestros domésticos hogares
Os dieron fácil generosa entrada,
Y en los largos coloquios familiares
Os miró tomar parte la velada.
Y os oyó en nuestras mesas la confianza,
Ledos alzando la espumante copa,
Brindar por la amistad y por la alianza
Eternas entre América y Europa.

¡Cuántas veces, ingratos, acordaos,
En ágil danza y ruedas cadenciosas
Os vieron los espléndidos saraos
Guïar á nuestras vírgenes hermosas!
Con dulce agrado y amistad sincera
Os halagamos todos á porfia,
Y fuisteis recibiendo por do quiera
Muestras de la peruana cortesia.
Y bien pudisteis conocer, al veros
Agasajados por tan varios modos.
Que aquí no hay naturales y extranjeros,
É hijos de igual cariño somos todos.
¿Quién disimulo tal recelaria?
En paseos, en bailes, en festines
Vuestra tenaz profunda hiprocresia
Supo ocultar vuestros intentos ruines.
Y áun nos decian vuestros falsos labios:
«Dejad, hermanos, vuestra injusta idea,
«Y no de España receleis agravios,
«Que con vosotros amistad desea.
«Sabed que como á niños os engaña
«Quien á recelo y desconfianza os mueva:
«Con armas conquistó la antigua España,
«Pero con paz y con amor la nueva.
«¿Madre amante no son é ingrata hija
«La peruana nacion y la española?
«No ya á la madre odio filial aflija:
«Tornen á ser una familia sola.»
Y, miéntras el Perú confiado duerme,
Vosotros visitais naves y puertos,
Y, contemplando á nuestra patria inerme,
Os alegrais, de vuestro triunfo ciertos.
Todo fué en obra por vosotros puesto;
Y para recorrer sierra y montaña,
Os sirvió hasta la ciencia de pretesto,
Cual si de ciencias se curara España.
Y así, cuando de tanta alevosia
Llegó la randa nueva á nuestro oido,
Ninguno darle crédito queria,
Y el hecho torpe reputó fingido.

Mas, ¿quién, en pago de amistad tan viva
Temer pudiera tan cobarde insulto?
¿Ni quién de paz bajo la sacra oliva
El hierro aleve recelara oculto?
¡Oh tú, Pinzon! tú que con lengua ufana
De descender te jactas del marino
Que tu nombre llevaba, y que en insana
Envidia ardia de Colon divino:
De aquel que, con sus pérfidos hermanos,
Participando del rabioso susto
De los desalentados castellanos,
Capitanearon su motin injusto,
Cuando la armada vil marineria
Intimaba á Colon con ciega saña
Dejar al punto su gloriosa via,
Y raudas proras convertir á España:
De aquel que con su rauda caravela
Se desertó por torpe sed del oro,
Que siempre es oro lo que España anhela
Poco el nombre cuidando y el decoro:
De aquel en fin que con audacia extraña,
Al nauta heroico reputando muerto,
Quiso apropiarse la sublime hazaña
De haber el Nuevo Mundo descubierto.
¡Y de la descendencia infamatoria
De este villano autor de alevosias,
Á quien consagra su desden la Historia,
Es de la que te precias y glorías!
Negarla con rubor ántes debieras:
Mas tus infames pérfidas acciones
Al mundo siempre pregonaran que eras
Del linaje traidor de los Pinzones!
Y tú tambien de quien decir mal puedo
Si eres mas necio y de ignorancia henchido
Que osado é insolente, oh Mazarredo,
Tambien es de traidores tu apellido.
En torpeza, y en bárbara osadia,
Pinzon y Mazarredo, sois iguales:
Bien os supo elejir quien os envia
Para ministros de proezas tales.

Y tú para quien nada es cuanto he dicho,
Nada cuanto jamas decir pudiera,
Tú el mas inmundo y asqueroso bicho
Que hasta hoy brotó la podredumbre ibera:
Tú que la torpe pluma y torpe lengua
Siempre empleaste en alevosas tramas,
Que áun de esa causa eres oprobio y mengua,
Y áun á Pinzon y á Mazarredo infamas:
Tú, cuyo nombre, oh miserable, omito,
Porque mi pluma en pestilente lodo
No está empapada, y solo fuera escrito
Dignamente tu nombre de tal modo:
Tú, aquí tan largos lustros tolerado,
Tú, viva encarnacion de la insolencia,
Mostrar pudiste hasta qué heroico grado
Sube nuestra magnánima paciencia!
Crüel España, codiciosa, aleve,
Que tan inicuos negros atentados
Perpetras en el siglo diez y nueve,
Y hechos que nunca vieron los pasados:
¡Ah! cuando pienso en tan injusta ofensa,
Mi sangre toda en lava se convierte,
Y, ardiendo el corazon en ira inmensa,
Anhelo sangre y esterminio y muerte!
Para cubrirte de ignominia suma,
Y el furor derramar de que estoy lleno,
Quisiera, España, humedecer la pluma
En hiel, en vez de tinta, y en veneno!
Y pues nuevos delitos inventaste,
Inventar nuevo idioma, nuevos nombres,
Pues no hay ninguno que á espresarlos baste
En los idiomas todos de los hombres!
Y que volara vengador mi canto,
Y que volara incendiador mi verso
De comarca en comarca, y el espanto
Te hiciera, y el horror del universo.

22 de Abril de 1864.

CON MOTIVO

DE VAGOS RUMORES DE MEDIACION Y CONCIERTO.

Si pisoteada fué nuestra bandera
Por alevosas plantas españolas,
Y donde tremolaba, allí altanera
Hoy tú, bandera de Isabel, tremolas;
Si la insolencia de la escuadra ibera
Surcando sigue nuestras libres olas,
¿Qué decir quiere ese rumor incierto
Que habla de mediacion y de concierto?
¿Quién, cuando tan reciente está la ofensa,
Y es tan notoria y cual ninguna grave,
Quién en concierto, en mediacion quién piensa?
Aquí concierto ó mediacion no cabe:
¿Quién, sintiéndose arder en ira inmensa,
No aspira solamente á que se lave
Con española sangre nuestra afrenta,
Y sed no tiene de la lid sangrienta?
Estos solos ser pueden los conciertos:
Que á cuantos forman esa aleve armada,
O nuestras balas los derriben muertos,
O siegue sus gargantas nuestra espada;
Y, hundiéndose despues en los abiertos
Hondos abismos de la mar airada,
Harten el hambre de voraces peces,
Pagando así sus locas altiveces.
Tal linaje de ofensa no consiente
Sutil discurso, artificioso pliego,
Ni nuestra justa cólera impaciente
Que cruda guerra nos demanda, y luego;
Hierro agudo, veloz plomo y ardiente,
Abordaje, matanza, estrago, fuego,
Y de sangre en el mar un lago rojo:
Eso nos pide nuestro justo enojo.

¿Sufrirán por ventura los peruanos
Que se diga que solo en civil guerra,
En la lucha de hermanos con hermanos,
Cuando hasta el triunfo deshonor encierra,
Prontos acuden con armadas manos,
Y que, en defensa de la patria tierra,
Cuando la invade pérfido extranjero,
Los riesgos huyen del combate fiero?
Si el Perú tal oprobio consintiera
Y tan negro borron en su honra clara,
Mereceria que la tierra entera
Como al pueblo mas vil le despreciara,
Y á sus menguados hijos por do quiera
Les escupieran todos á la cara;
Y fuera entónces insultar á un hombre
Darle siquiera de peruano el nombre.

27 de Abril de 1864.

AL PIÉ DEL MONUMENTO DE BOLÍVAR.

Era la hora solemne del ocaso:
Y yo que el vagabundo paso lento
Iba moviendo pensativo, acaso,
Por donde un dia alzábase el sangriento
Sagrado Tribunal, detuve el paso
Al pié del magestuoso monumento
Que alzó mi patria al héroe sin segundo
Á quien debe ser libre medio mundo.
Y cuando los atentos ojos hube
Pacido en él, clamé: «Si á la morada
Que cubre á nuestra mente oscura nube,
Y á premiar á los buenos destinada,
Algun rumor, oh gran Bolívar, sube
De nuestra triste tierra desdichada,
¿Será que á saña y á piedad no mueva
Tu santo pecho la espantosa nueva?

«No, no, jamas! y, si á tu ardiente anhelo
Lo consintiera Dios, la dulce calma
Ya dejando y los júbilos del cielo,
Al cuerpo que animó volviera tu alma:
Y, habitando de nuevo nuestro suelo,
Lograras otra vez la triunfal palma,
Y á las hispanas huestes altaneras
Rompieras, dispersaras, deshicieras!

«Deja un instante el cielo soberano;
Un instante no más torna á ser hombre;
La espada vibre tu robusta mano,
Y tu presencia al enemigo asombre:
Mas no te aguardará su miedo insano;
Á dispersarlos bastará tu nombre,
Cual á palomas tímidas ahuyenta
El lejano rumor de la tormenta.

«Acude, vuela, que la gente misma
Que tú de aquí arrojaste quiere ahora,
Esperanzada en nuestro interno cisma,
Y ufana porque fácil vencedora
Fué en Tetuan de la bárbara Morisma,
De nuevo ser nuestra feroz señora,
Y apagar en nosotros la sed de oro
Que hartar no pudo en el vencido Moro.

«Vivo, Bolívar, tú, esa raza aleve,
Esa degenerada gente ibera,
De las naciones europeas plebe,
Que hoy osa pisotear nuestra bandera,
Que hoy nuestras islas á invadir se atreve,
Ni tan solo el intento concibiera,
Y apénas, separada por los mares,
Segura se creyera en sus hogares.

«Mas, aunque muerto, bastarán tus manes
Á darnos sobre España la victoria:
Pagará la insolente sus desmanes;
Nuevo laurel nos ceñirá la Gloria.
De Iberia los altivos capitanes
Áun conservan presente tu memoria,
Que valdrá por ejército infinito
Contra el hispano ejército maldito.

«Tu recuerdo para ellos será espanto:
Será para nosotros ardimiento,
Santo coraje y entusiasmo santo,
Gigantes fuerzas é invencible aliento;
Y tu nombre será bélico canto
Con que tronando nuestro libre acento
Cause los ecos y los aires rompa,
Al ronco son de la guerrera trompa.

«Todos presto venid; venid, peruanos,
Y al pié de este sublime monumento
Alzad las libres generosas manos,
Y haced el sacrosanto juramento
De que primero que sufrais tiranos
Caereis en el campo ciento á ciento,
Y que solo entrará gente española
Á vuestra tierra despoblada y sola.

«Con su heroica constancia no domada,
Y su ingenio y su esfuerzo sin segundo,
Sacar la patria nuestra de la nada
Pudo Bolívar, como Dios al mundo;
Cuando la Tirania entronizada
Aquí velaba con rencor profundo,
Cuando todo á su empresa estorbos era,
Y áun pudo al orbe parecer quimera.

«¿Y nosotros, menguados, ni siquiera
Podremos mantenerla independiente,
Y, á las miradas de la tierra entera,
Hoy defenderla de la misma gente?
¿Tanto ya nuestro brio degenera?
¿Y podrá la mitad de un continente
Sufrir la mengua de arrastrar esclava
Las cadenas que ayer despedazaba?

«No: la obra de tu mente y de tu espada,
Obra la mas sublime y gigantea
Que vió esta edad, de admiracion pasmada,
Jamas receles que perdida sea:
Que, aunque América estaba desarmada,
Nunca le faltan medios de pelea
Á quien valor y patriotismo sobra:
Héroe, no temas: es eterna tu obra.

«Sí, será eterna, miéntras troncos haya
En la honda selva y flores en el llano;
Miéntras al mar el Amazónas vaya
Desde el remoto oríjen peruviano;
Miéntras do quier de América la playa
Ciña, cual isla inmensa, el océano;
Miéntras su frente el Chimborazo eleve
Coronada de fuegos y de nieve.

«Vacia su region y despoblada
Deje España, de Gádes á Pirene;
Y en portentosa formidable armada,
En cuya cuenta la paciencia pene,
Á las peruanas costas trasladada,
De feroces ejércitos las llene,
É intente y pruebe por la vez segunda
Imponernos su bárbara coyunda:

«No habrá peruano que los riesgos huya
De la tremenda desigual palestra,
Aunque en mares de gente España afluya,
De su poder en asombrosa muestra;
Á ver vendrá que, si la fuerza es suya,
Nuestro el valor y la constancia es nuestra;
Y buscar nos verá con pecho fuerte
Romano triunfo ó espartana muerte.

«Y, si nos es contraria la fortuna,
No ha de regocijarse su arrogancia,
Viendo que no hay aquí ciudad ninguna
Que nombre no merezca de Numancia:
Tendremos mil, si ellos tuvieron una,
Que de valor ejemplos y constancia,
Cuando el hado les fuere mas adverso,
Ofrezcan al atónito universo.....

«Mas, ¿adónde me arrastra mi deseo
Y el coraje y la sed de la venganza?
¿Adónde el patrio amor? ¿No es devaneo
Tan orgullosa intrépida confianza?
¿Es oríjen acaso lo que veo
De remontar tan alto la esperanza?
¿Y, á dicha, lo presente me asegura
De la peruana heroicidad futura?

«Dia tras dia, la rosada aurora
Allí donde flameó nuestra bandera
La odiada enseña de Isabel colora,
Que á los vientos despliégase altanera!
¡Ay! cada nuevo dia, cada hora
Que huyendo van con ala tan lijera,
Debieran, oh peruanos, parecernos
Siglos de afrenta y de baldon eternos.

«Oh Sol, que ardientes religiosas preces
De los virtuosos Incas recibiste,
¿Por qué, di, no te eclipsas y oscureces,
Y negra nube tu fulgor no viste
En muestra de dolor? ya treinta veces
El negro oprobio de tu pueblo triste,
Al nacer y al hundirte en occidente,
Ha contemplado tu ojo refulgente.

«Al combate! al combate! que es mancilla
Que ya tanto el ataque se disponga:
Hundamos esa bárbara escuadrilla,
Triunfo, *Resolucion* y *Covadonga:*
Y, pues ya su altivez cede y se humilla,
Antes que en fuga vil Pinzon se ponga,
Presto salgamos; que, en tal trance puesto,
Irse podrá, si no salimos presto.

«Lance ya el bronce el imitado trueno
Y la ignea bala, de matar sedienta;
Y en aire á trueno y rayo tan ageno
Rayos y truenos el cañon hoy mienta;
Y en un mar tan pacífico y sereno
Forme el combate artificial tormenta;
Y cambie en negra noche el claro dia
El humo de tronante artilleria!

«Sí, vamos, vamos ántes que cobarde
Veloz huya ese ibérico pirata:
Temamos que quizá no nos aguarde:
Ya por ventura de alejarse trata:
Tal vez, cuando ir queramos, será tarde:
Mengua ha de ser cuya memoria ingrata
Sin cesar nos afrente é importune
Que ese aleve ladron se vaya impune!

«Impune, si vivieras, no se iria,
Oh padre del Perú, que justa pena
Ya hubiera recibido el primer dia,
Insepulto cadáver en la arena:
O si áun con vida en tu poder caia,
Con esposas y grillos y cadena,
Como ladron entre ladrones preso,
Pagado hubiera su inaudito exceso.
«Ni ese andaluz soberbio é insolente
Entónces fuera, como irá mañana,
Á jactarse, ¡oh vergüenza! entre su gente
Que puso miedo á la nacion peruana!
Ni con él su caterva (ah! quién consiente
Tal afrenta y rubor!) con lengua vana,
Propia de la parlera Andalucia,
Su hazaña vil á pregonar iria!»
Así digo, y de nuevo triste callo:
Y, á mis voces cobrando sentimiento,
Parecian el héroe y el caballo
La vida simular y el movimiento;
Y, oyendo que á su pueblo hacer vasallo
Pretende España con avaro intento,
Brotar el héroe rayos de ira ciega
Y anhelar parecia la refriega.

14 de Mayo de 1864.

EN LA MUERTE

DE MI PRIMA HERMANA LA SEÑORA DOÑA VICTORIA TRISTAN DE ECHENIQUE.

¡Grandeza de los hombres ilusoria!
¿Qué valió que fortuna
De oro te diera y de marfil la cuna?
¿Qué valió que te diera una victoria,
Cual presajio feliz, el fausto nombre,
Ni que gozara tu engreida infancia

De cuantos bienes apetece el hombre?
¿Qué valió que á tu padre esclarecido,
Y á tu esposo despues vieras alzado
Á la mas alta cumbre del Estado?
Tantas venturas prodigó la suerte
Á la mitad primera de tu vida
Solo para colmar, mudable y fiera,
De desventuras su mitad postrera.
Recelos, sobresaltos y cuidados
Por la preciosa vida de tu esposo,
Insomnes noches, de amargura henchidas;
Separacion y tiernas despedidas
De tus hijos amados,
Y de tu anciano padre doloroso;
Tristísimas partidas
De los dulces hogares,
De las patrias riberas,
Y peregrinaciones por los mares
Y apartadas comarcas extranjeras,
Al desterrado esposo acompañando;
Ingratitud, y estraños
Acerbos desengaños:
Todo sintió tu corazon, Victoria,
Ni hubo ninguna dolorosa prueba
Que á tu sensible pecho fuese nueva.
Espantosa dolencia,
Misterio incomprensible
Á los afanes todos de la ciencia,
En larga muerte convirtió tu vida;
Y la que un tiempo mereció alabanza
Por donoso semblante
Y gracia y magestad de su talante,
La gallarda hermosura
Que de salud y vida rebosaba,
Ya viviente cadáver semejaba
Ausente de la negra sepultura.
¿Quién dirá los dolores
Que en ti extremaban su rigor violento,
Y á cuyo exceso crudo
Solo igualarse pudo

Tu angelical, cristiano sufrimiento?
¿Á quién no le asombraba la pelea
Que del martirio te ciñó la palma?
Al justo de Idumea
El ser parangonada mereciste
Del cuerpo en los dolores y del alma,
Y paciencia tenaz que los resiste.
¡Oh pesada, lentísima agonia
En que de treinta dias dolorosos
Cada noche y aurora,
Viendo á la muerte batallar contigo,
Ser esperaba de tu fin testigo!
El amor á tus hijos y á tu esposo:
Ese era el fuerte nudo
Que ligaba tu espíritu amoroso
Al cuerpo casi inerte;
Ese el templado escudo
Que te hizo resistir tiempo tan largo
Á los fieros asaltos de la muerte.
Esa apariencia de figura humana,
Mas vana sombra de otra sombra vana,
Áun voluntad tenia
Y sentia y amaba todavia!
Y ¡oh del amor milagros no igualados!
¡Por su esposo y sus hijos
Áun su pecho ocupaban los prolijos
Domésticos cuidados!
¡Cuál tu dolor seria,
Cuando á tu mente se ofreció, Victoria,
De tus ausentes hijos la memoria!
¡Y confiabas, incauta, en la promesa
Que á tu cariño la esperanza hacia,
De que ántes que bajaras á la huesa
Gozarias su dulce compañia!
Solo á tu duelo ha de igualarse el suyo,
Cuando la triste nueva voladora
Disipe la esperanza lisongera
Que alimentaba el corazon amante
De circundar en el final instante
De tu lecho la triste cabecera!

¿Qué tristísimo acento
Podrá pintar la dolorosa escena
Que contempló tu lúgubre morada,
Cuando exhalaste el postrimer aliento,
Y al fin la muerte te dejó postrada?
Sobre tus yertos pálidos despojos
Se lanza el tierno esposo, atropellando
Los vedados dinteles,
Hechos mares de lágrimas los ojos:
De los amigos fieles
Cruda piedad le arranca de tu lado;
«Dejad, dejad, les dice, que de nuevo
«Contemple su cadáver adorado:
«Á esa santa mujer todo lo debo;
«Mas que esposa, en amor madre me ha sido:
«Ah! dejadme morir, y en el sepulcro
«Guardad con ella al infeliz marido!»
Cual herida del rayo,
Cae la hija en súbito desmayo,
Hasta que el desmedido
Dolor recobre á un tiempo y el sentido:
El hijo allá en el sacudido lecho
Se revuelve demente,
Por los sollozos ahogado el pecho,
Ni de la tierna, hermosa
Enamorada esposa
La voz escucha ó la caricia siente:
Aquí la hija pequeña,
Que, como en su inocencia no creia
Que su adorada madre se moria,
Ayer no mas mostrábase risueña,
Hoy que el horror de la verdad comprende,
De dolor enloquece y desvaria:
Y «mi madre me llama,»
Súbitamente esclama,
«¿Dó está, decidme, dónde?»
Y se pone á imitar la voz materna,
Y ella misma á sí misma se responde,
Y en coloquio infantil que el alma parte
Llanto con risa la infeliz alterna.

La fiel amiga, discurriendo en tanto
Por las estancias todas, da su ayuda
Á hijos y deudos, derramando muda
Por ellos y por ti piadoso llanto.
Suena mas allá un coro
De quejas, de suspiros y de lloro,
De ayes y de infinitos
Hondos, confusos gritos:
Son las siervas leales
Á quienes con tu muerte el cielo priva
De una madre amorosa y compasiva.
Y áun la ronca paloma plañidera
Parece que de léjos tambien llora,
Como si su desdicha conociera,
Con lamentable canto á su señora.
Mas ya mi voz el sentimiento traba:
Ah! sea nuestra gran consoladora
En trance tal la religion divina;
La misma que endulzaba
Tus espantosas penas
Al romper de la carne las cadenas;
Y te mostraba el paraiso abierto,
Sempiterna mansion de tu reposo,
Donde del mortal sueño doloroso
Se remontó tu espíritu despierto.
Colmada ahora de ventura inmensa,
En la region te veo
Donde la recompensa
Escede á la esperanza y al deseo:
Allí, á tus dulces padres reunida,
En aquella inmortal segunda vida,
Do no puede el temor sobresaltarte
De que muerte siniestra
De los objetos de tu amor te aparte;
Allí do un dia la familia nuestra
Se juntará de nuevo, allí, dolida
De nuestras largas desventuras fieras,
Nos llamas, oh Victoria, y nos esperas.

Junio, 1º de 1864.

Á LOS PERUANOS.

Mirad, peruanos, vuestra hermosa tierra
Que, bajo un cielo plácido y ageno
De procelosos vientos á la guerra,
Ostenta leda el venturoso seno
Que los deleites de la vida encierra,
De todos bienes y abundancia lleno;
Y al cielo bendecid que por morada
Os dió la tierra por el Sol amada.
¿Qué suelo el Sol contempla mas fecundo
Y mas rico en sus frutos y diverso?
Es compendio magnífico del mundo,
Hermosa abreviacion del universo;
Es cielo terrenal, Eden segundo,
Que del primero que Luzbel perverso
Hizo perder al hombre seducido
Fué en cambio por el cielo concedido.
¿Á qué mies para ella el sol no dora,
Y no peina la brisa lisongera
Las ondas de la rubia, sonadora,
Ardiente, dilatada cabellera?
¿Qué flor no hinche de aromas y colora
Para ella la eterna Primavera
Que, aquí de Otoño inseparable amiga,
Flores y frutos á la vez prodiga?
Con cuánto exceso es en metales rica
Que mas anhela la codicia ardiente,
La fama pregonera lo publica
En vulgar frase, donde quier frecuente;
Sin cesar su riqueza magnífica
Proverbio universal á toda gente,
Y el nombre solo del Perú opulento
Ofrece montes de oro al pensamiento.

Ella fué aquel espléndido Eldorado,
Segundo Ofir, de la Codicia sueño,
Por peligroso mar, nunca surcado,
De ella pedido con audaz empeño;
Los rubios partos de su seno hinchado
Hartaron casi á su avariento dueño,
Y en ella pudo realizarse solo
La pródiga ficcion de Marco Polo.

Todo la prodigó Naturaleza,
Y se ven los tres Reinos á porfia
Demostrarle en sus dones su largueza
Con mano no agotada todavia:
No hay variedad alguna de riqueza
Que su opulenta vanidad no engria,
Y bien ninguno la orgullosa extraña
En su costa, en su sierra, en su montaña.

Mirad los Andes cuya cima pura,
Ceñida en torno de perpetuo hielo,
Perderse es vista en la celeste altura;
Cual indicando el misterioso anhelo
Con que juntarse con amor procura
La humilde tierra al orgulloso cielo,
Que, descendiendo cuando el monte sube,
Su sien abraza con amante nube.

Tanta mole el altísimo Arquitecto
Al cielo levantó, para que encumbre
Su vuelo el alma á tan sublime aspecto
Y á hollar aspire la celeste cumbre;
Para que santo religioso afecto
Llegue á ser del espíritu costumbre,
Y sea aquí Naturaleza templo,
Donde áun nos dé lo inanimado ejemplo.

Mirad el cielo puro que hace alarde
De la radiante luz que al suelo envia,
Donde sin velos importunos arde
El sol, como planeta de alegria;
Do es nueva aurora la brillante tarde
Y es la noche serena nuevo dia,
Y es un segundo sol la blanca luna,
Ni el brillo falta de lumbrera alguna.

Daros quiso el Señor patria tan bella,
De bienes y tesoros tan henchida
Y estampada do quiera de su huella,
Por que os fuera mas dulce y mas querida;
Y combatiendo con valor por ella,
Dierais alegres la preciosa vida
Ántes, peruanos, que dejar que ultrajen
Esta del cielo terrenal imájen.

1864.

Á ESPAÑA.

No á tu soberbia y tu codicia sumas
Propicio aguardes el favor celeste,
Ni breve triunfo conseguir presumas
Que poco esfuerzo á tu valor le cueste;
Como, vestida de lijeras plumas,
Te le dió un dia la cobriza hueste,
De estos mundos antigua moradora,
Cuyo infortunio el universo llora:
La que opuso en la lid pecho desnudo
Y cuerpo que cubrió leve vestido
Á pecho que guardaba doble escudo
Y á cuerpo de armadura revestido,
Frente y faz descubierta al hierro agudo
Á rostro por el yelmo defendido;
Lidiando así entre el Indio y el Ibero
Con un hombre de carne otro de acero:
La que oponia flechas á arcabuces
Y á los cóncavos bronces que en su seno
Guardan del rayo las siniestras luces
Y el estampido horrísono del trueno;
Con que tan simples ánimos reduces
Á pensar que un poder al hombre ajeno
É igual al de los Dioses soberanos
Tremendo armaba tus feroces manos.

No tales hechos á los siglos cuente
Ni mas que humanos tu altivez los nombre,
Que á vista de ventaja tan patente
No hay quien de oirlos, sino tú, se asombre;
Y la que á pié peleaba juntamente,
De ti invadida, con caballo y hombre,
Cual con monstruoso aterrador centauro,
Ceder debió de la victoria el lauro.
Mas nosotros la flecha voladora
No te opondremos á la ardiente bala:
Las armas mismas manejamos hora,
El mismo bélico arte nos iguala:
Á resonante mole destructora
Sabremos dar del huracan el ala,
Y en contra de tu escuadra fulminante
Armstrong nos presta su cañon gigante.
Mas por ventura en esperar te ufanas
Que nos cabrá de Méjico el destino,
Y que Almontes tenemos y Santanas
Que á la conquista te abran el camino:
Mas, ¡cuánto son tus esperanzas vanas
Y cuán ciego tu error y desatino,
Si piensas que hallarás un solo Almonte
Que su amistad á tu venida apronte!
Aquí nadie desea tu venida,
Ni hay diestra alguna á recibirte presta:
Si el noble corazon que pronto olvida
Y á quien el odio y la venganza cuesta,
Cerrar dejaba la profunda herida
De tu conquista y opresion funesta,
Con el ultraje nuevo, nuevamente
Abrirse ahora y enconar la siente.
Y otra vez nuestros míseros anales,
Con tanta sangre y lágrimas escritos,
Recorren nuestros ojos; y los males
De tu cruda conquista y tus delitos,
Á los horrores del Infierno iguales
Y en fiereza y en número infinitos,
Se ofrecen, como nuevos y presentes,
Á nuestros pechos é indignadas mentes:

La inaudita traicion de Cajamarca
Y vasta mortandad del vulgo indiano,
Y el suplicio del mísero monarca
Tras el rescate que pagara en vano;
Y convertido en sanguinosa charca
Por la codicia y el furor hispano
El ya dichoso dilatado imperio
Que leyes dió al antártico hemisferio:
Casi estinguida innumerable raza,
Mas que con armas nobles y guerreras,
Con el puñal y ponzoñosa taza
Y el fuego abrasador de las hogueras;
De los hambrientos perros con la caza
Que hombres descuartizaban como fieras,
Con el látigo atroz de alambres hecho,
Con el garrote y el candente lecho.
Y al fogoso mancebo el viejo cano
Tu yugo atroz que áun alcanzó le cuenta:
Mayor siempre el orgullo castellano,
Y mas intolerable nuestra afrenta;
Dueño de todo el ávido tirano,
La Inquisicion de víctimas hambrienta,
Muerto al nacer cuanto fulgor brillaba,
Rey el Error y la Razon esclava.
Y así la anciana voz añade cebo
Al juvenil coraje y la bravura,
Y al oirla el colérico mancebo
Con labio ardiente la venganza jura;
Y anhela que el Perú huelles de nuevo
Y hacerlo de tus huestes sepultura,
Vengando tu conquista y tirania
No vengadas bastante todavia.

1864.

Á LA MEMORIA

DE MI AMIGO EL ARTISTA MIGUEL ECHERRI,

MUERTO EN PARIS Á LOS 23 AÑOS DE SU EDAD,
EL DIA MISMO EN QUE SALIÓ EL BUQUE EN QUE HABIA
DETERMINADO REGRESAR AL PERU.

Ya acaba el tercer año su carrera,
Idolatrado amigo,
Desde que en extranjera
Tumba te sepultó la adversa suerte;
Y áun puedes desde el cielo ser testigo
De que en lo hondo de mi alma persevera
El dolor de tu muerte.
Radiante de alegria,
Y bella nuncia de mas bello dia,
Se avecinaba la feliz aurora
En que, tras los pesares
De larga ausencia, á tus remotos lares
Te condujese nave voladora:
Pero se adelantó la aguda espada
De la muerte traidora;
Y aquella misma aurora tan ansiada
En que partir debiste al patrio suelo
Desde playa francesa,
¡Te vió partir del puerto de la vida
Á la oscura region desconocida
De la que nunca viajador regresa!
Y así en el alba de tu hermoso dia,
Cuando mas lo futuro te reía,
Tú, que eras de la patria una esperanza,
Tú, puro corazon, tú, excelsa mente,
En el sepulcro lóbrego te hundiste!
Y en tanto el necio á ver cubierta alcanza
De blancas canas la insensata frente,
Y un siglo entero el opresor existe!
Y nuestra patria triste
Que en su florida primavera verde

Sus buenos hijos pierde,
Y tantos ya lamenta malogrados; *
Vivir contempla dias infinitos
Á sus hijos infames y malvados,
Y crecer con sus años sus delitos!
Y yo que ha poco en verte me agradaba
Lleno de juventud y lozania,
Á tan clara verdad mi fé negaba
Y comprender tu muerte no podia!
Y en pasajero olvido,
Á las horas usadas,
Á tu taller modesto y escondido,
Como si áun vivo fueras,
Llevé tal vez mis ávidas pisadas!
Y tal vez, recorriendo los lugares
Y calles á tu planta familiares,
Encontrarme de súbito creia,
Como un tiempo solia,
Con tu rostro risueño
Y con tu ardiente presurosa mano
Que estrechara la mia
En fraternal saludo cariñoso,
Para seguir con enlazado brazo
Y con pié perezoso
Discurriendo al acaso
Por las calles sonoras,
En vario platicar entretenidos
Y olvidados del vuelo de las horas!
¿Con quién, pues en la tumba ya reposas,
Tendré esas dulces pláticas sabrosas
De que eran tema poesia y arte,
Y en las que tanta parte
Pasamos de las noches silenciosas?
¿Qué otro placer se iguala en dulcedumbre
Con el placer de conversar á solas
Con caro amigo, á la süave lumbre
Del hogar que chispea, despreciando

* Baste citar, entre otros, á Manuel Rodrigues, José Bonilla, Justiniano Egüsquiza y Enrique Alvarado, muertos todos entre los 15 y 25 años.

El tentador beleño del dios blando
Cuya frente circundan amapolas?
¿Quién volverme pudiera esos momentos
Cuando, ante los artísticos portentos
Que al asombro descubre
El opulento y orgulloso Luvre,
Mis oidos atentos
Bebian de tus labios
Los inspirados férvidos acentos
Y discursos altísimos y sabios?
Y atónita sentía
Entonce el alma mia,
De tus conceptos empapada y llena,
Que era hermano tu espíritu divino
Del espíritu angélico de Urbino
Y del pintor sublime de la Cena!
Y esperaba engreido que suspensos
Los artistas futuros
Vieran tus tablas y sublimes lienzos
En esos mismos orgullosos muros,
Al lado de los lienzos inmortales
De Rafael, Corregio y Leonardo:
Mas ¡ay! promesas y esperanzas tales
Cortó la Muerte con su crudo dardo!
Ah! si no hubiera muerte tan temprana
Arrebatado á tu creadora diestra
Los valientes pinceles,
Tus gloriosos laureles
La frente orlaran de la patria nuestra,
De lauros tan desnuda todavia;
Y los hijos de tu alta fantasia
Y de tu diestra mano,
Nos envidiara la opulencia ajena,
De tesoro sin tasa ofrecedora;
Y el ingenio peruano
En ti admiraran la ciudad de Flora
Y la que baña el orgulloso Sena!
Y tú la gracia entónces halagüeña
Trasladaras al lienzo, y la dulzura
De la Beldad Limeña,

Que á la Ausonia Hermosura
Y á la Hermosura Griega
Rendir la palma triunfadora niega.
  Y animados aquí por tus matices,
Respiraran tambien á nuestra vista
Del Inca imperio los antiguos fastos,
Y trájicos sucesos infelices
Y horrorosas escenas
De la española bárbara conquista!
Y al mísero Atahualpa entre cadenas,
O asesinado por la atroz perfidia
Del codicioso hispano furibundo,
Con vengador pincel representaras;
Y revivir hicieras
Los altos hechos y proezas raras
Que dieron libertad á medio mundo:
Y arder se vieran en pared ó tela
De Junin y Ayacucho las batallas,
Y resonaran al iluso oido
El plomo ardiente que silbando vuela,
Y el derramado son de las metrallas
Y del cañon el hórrido estampido;
Y se mezclaran de ambos vivos mares
Horrendamente las contrarias olas;
Hasta que al fin, cual rayos de la Guerra,
Los colombianos Martes aguijaran
La fuga de las huestes españolas.
  Y entónces mi semblante, en fiel traslado
Por tu pincel amigo retratado,
En la edad venidera
Mi nombre al tuyo uniera,
Y tu amistad me hubiera eternizado!
Mas ¡ay! la amistad mia
Que, anhelando pagar arte con arte
En el verso quisiera retratarte,
Eterna vida darte desconfia:
Que, de tu ingenio celestial diverso
El débil mio, mal podrá mi verso,
Que corto vuelo alcanza,
Dilatar tu alabanza

Por la ancha redondez del universo.
Mas, si voz de la Gloria no es mi canto
Y darte nueva vida no consigo,
Guarda mi corazon ardiente llanto
Que con tristeza, de consuelo esquiva,
Por la memoria de mi dulce amigo
Derramarán mis ojos, miéntras viva.

1864.

Á LAS ORILLAS DEL MAR.

A***

Ven conmigo á la playa tranquila,
Miéntras tiende la tarde su velo:
¿No parece camino del cielo
La dormida llanura del mar,
Y que el cielo, cual márjen opuesta,
De la mar la llanura termina?
¿No parece que á playa divina
Azul senda nos puede llevar?
¡Quién pudiera en blandísima nave,
Por alíjeras brisas llevada,
Arribar á celeste ensenada,
Floreciente de eterno verdor!
¡Quién allí donde vive perenne
El afecto del alma serena,
Á la ley de mudanza terrena
Quién pudiera arrancar nuestro amor!

CUANDO VENÍA LA "NUMANCIA."

Flotante monte de macizo acero,
Mandas, Iberia, á nuestra playa en vano,
Rival del monstruo portentoso y fiero,
Gigante emperador del oceáno.
No ha de valerle su feroz grandeza,
Ni el nombre con que torpe tu arrogancia
Quiso manchar la singular proeza
Que eterna gloria mereció á Numancia.
Y si, anhelosa de vengar tus rotas,
Los vastos senos de la mar invades
Con fulminantes portentosas flotas
Como nadantes bélicas ciudades;
Verás que al pecho que el morir desprecia
Ni un solo instante en el pavor sumerjes,
Cual no le puso á la invadida Grecia
La hueste inmensa del altivo Jerjes.
Y los peruanos todos sus hogares
Para esperarte dejarán desiertos;
Y, cual segundos y vivientes mares,
Inundarán las playas y los puertos.
Y aunque, dejando tu region vacia,
Aquí tus muchedumbres trasladaras,
Nunca nos vieras en la atroz porfia
Rendir las armas ni volver las caras.
Y, uno luchando contra diez y ciento,
Cual contra el Persa el espartano bando,
Creciera en el peligro el ardimiento
Y el ansia ardiente de morir matando.
Y ardiendo en sed de libertad y gloria,
Solo pusiera á nuestra lucha calma,
O el laurel inmortal de la Victoria,
O del Martirio la sublime palma.

AL CONGRESO Y Á LOS MARINOS.

¿Y será acaso que la patria nuestra
Se humille al ceño de la España altiva,
Y amedrentada, sin rubor suscriba
Su eterna infamia con su propia diestra?
¿Y que, cuando ella recibió el agravio
Del universo atónito á los ojos,
Ante España poniéndose de hinojos,
Perdon le pida con humilde labio?
¡Oh del Perú Congreso soberano!
Para tu triste patria no consientas
La mas negra y atroz de las afrentas,
Y el nombre salva y el honor peruano.
Haz por lo ménos que el Perú vencido,
Guardando en el revés justa arrogancia,
Pueda decir con aquel rey de Francia:
Todo, ménos la honra, se ha perdido.
Si nos ha de costar mayor tesoro,
El tesoro del mar no se recobre:
Haz que, aunque quede nuestra patria pobre,
La riqueza no pierda del decoro.
Decid, ¿cómo podreis, cuando insolente
Escarnezca al Perú labio extranjero,
Rechazar un baldon que es verdadero,
Y responder coléricos que miente?
Preciso entónces ha de ser que venza
Á vanas frases la verdad patente,
Y que se os tiña la humillada frente
Con el rojo color de la vergüenza.
No habrá gente ninguna que, alentada
Viendo el baldon que á nuestra patria humilla,
No estampe fácil mano en la megilla
Que de España sufrió la bofetada!
¡Ea, guerreros de los mares, ea!
Alzad al cielo agradecido acento,
Pues hoy quiere que el húmedo elemento
El móvil campo del combate sea!

Su honor guardando como siempre intacto,
Por vuestras manos el Perú rescate
Sus islas con el hierro en el combate,
Y no con oro en afrentoso pacto.
Entrad resueltos á la lid sangrienta,
Que es la lucha el deber, no la victoria:
Aun ser vencidos os dará la gloria;
Ni el triunfo á España lavará la afrenta.

26 de Enero de 1866.

A LA BANDERA PERUANA.

I.

CON MOTIVO DEL TRATADO DE ENERO, UNA DE OTRAS CLÁUSULAS ERA EL SALUDO SIMULTÁNEO DE LAS DOS BANDERAS.

¡Oh de mi patria bicolor bandera,
Si en padecer baldon fuiste la sola,
El mar que le miró, verte debiera
Del cañon saludada la primera,
Y no ¡oh mengua! á la par que la española!
Doblar la altiva frente á ti debia
El audaz español, y solo entónces,
Al pabellon Ibérico podria
Saludar, no el deber, la cortesia
Con ronca voz de los tonantes bronces.
¡Ah! si no diera ya la tumba helada
Al noble San Roman eterno abrigo,
Por el heróico esfuerzo de su espada
Ya tu afrenta crüel vieras vengada,
O sucumbiera intrépido contigo!
Si un tiempo del océano el murmullo
Te saludó triunfante, y de los vientos
Te halagaba blandísimo el arrullo,
Hoy tu baldon y tu abatido orgullo
Lloren del mar y el aura los lamentos!

No eres de hoy más la veneranda enseña
De una nacion que con valor y arrojo
Sabe su honor guardar, aunque pequeña;
No; para el mundo ya que te desdeña
Eres tan solo un lienzo blanco y rojo.
En negro cambia tu color de nieve,
Pues, sin lidiar, sufrimos que nos venza
Quien ultraje nos hizo tan aleve;
Mas el rojo color bien se te debe,
Porque ése es el color de la vergüenza!

Enero 27 de 1865.

II.

(TRES MESES DESPUES.) *

Roba en vano y destierra y aprisiona
Y azota y mata el opresor nefário
Que te humilló de Iberia á la corona,
Y quiso que del Sol á la matrona
Fueses, bandera, funeral sudario.
Alégrate, que intrépidos peruanos
Se alzaron ya, de tu baldon dolientes,
Llamando á libertad á sus hermanos;
Y ya te ondean generosas manos,
Y ya cobijas generosas frentes.
De Norte á Sur, del mar de ondas salobres
Hasta el rio que es mar de dulces ondas,
Ricas ciudades y cabañas pobres
Guerreros dan por que tu honor recobres
Ni mas al mundo con rubor te escondas.
Pronto será que á la impaciente Lima
Que oprime el bando de la España amigo,
El vencedor ejército redima,
Dando á su empresa venturosa cima
Y al vil hispano aterrador castigo.

* Como esta composicion y la siguiente forman un todo con la anterior, se ponen á continuacion, á pesar de haber sido escritas en distintas fechas.

Pronto, pronto será que tu blancura
Recobres mas hermosa y esplendente,
Lavándote de mancha tan oscura,
Y que el vivo color que te purpúra
No vergüenza, mas sangre represente.
Mas no, no ostentes tu color de grana
Cuando entres ondeando á naval riña,
Por que á mares despues la sangre hispana
En baño ardiente, cual tintura humana,
Tu blanco paño victorioso tiña.

III.

(DESPUES DEL DOS DE MAYO.)

Ya á ti, de nuevo ufano, el solar rayo
Alumbra, el aura mece, el mar retrata;
Que, á manos del Honor el dos de Mayo,
La sangre de los hijos de Pelayo
Fué de tu paño fúlgida escarlata.
Do quier te agite la triunfante diestra
De un pueblo entero con orgullo noble;
Gloriosa enseña de la patria nuestra,
De nuevo ufana al universo muestra
Tu simple nieve entre tu grana doble.
Dinteles orna de privados lares,
Altas torres, palacios y tugurios;
Y cuando húmedos llanos navegares,
Entónente los vientos y los mares
Triunfal canto entre plácidos murmurios.
La sien corona, avecinada al cielo,
De los Andes altísimos, que alfombra
Mortaja eterna de luciente hielo;
Y baje, sosegando el alto vuelo,
El cóndor á dormir bajo tu sombra.
Mas un rayo le falta á tu aureola;
Que allí te ostente la feroz *Numancia*
Donde la enseña de Isabel tremola,
Y ni una nave hispana quede sola
Que no humille á tu triunfo su arrogancia.

Y alto dicta tal vez estro deífico
El vaticinio á mi valiente cántico
Que no solo las ondas del Pacífico
Verán ufanas tu triunfar magnífico,
Sino tambien las del remoto Atlántico.

Á LA ROSA Y TARAMONA.

Salve, oh La Rosa! salve, oh Taramona!
Pareja heroica que alentaba una alma,
Á quien dió la Amistad su noble palma,
Y dió la Gloria su inmortal corona!
De sublime amistad nunca igualada
Os enlazaba tan estrecho nudo,
Que ni cortarlo de la Muerte pudo
La inexorable apartadora espada.
Juntos ceñisteis el acero fuerte,
Juntos entrabais en la lid reñida;
Y como juntos os miró la Vida,
Juntos tambien os recibió la Muerte;
Cuando, por no rendiros al hispano
Bando, que con el número os acosa,
Buscó vuestro valor tumba gloriosa
En el seno del túrbido océano.
Brazos ligando con estrecho lazo,
Al mar caisteis: su furor violento
Pudo arrancaros el vital aliento,
Mas no romper vuestro postrer abrazo.
¡Oh mar que bañas la sedienta Iquique,
Que fuiste por tal sangre enrojecido,
Tu tumultuoso estruendo y tu bramido
Tan grande hazaña sin cesar publique!
Y, como voces de venganza airadas,
Recordadnos tambien, rujientes olas,
La crueldad de las armas españolas,
De léjos en los héroes enseñadas!

¡Oh patria mia! con soberbia pompa
Á tus divinos mártires levanta
Pirámide sublime, á cuya planta
El mar sus ondas rebramando rompa.
Y con sus lenguas de agua, eternamente
Á Taramona y á La-Rosa cante
En confuso murmurio, semejante
Á los clamores de infinita jente.
Y el son del atambor y la trompeta
Imite, y del cañon el estampido,
Mas dulces de los héroes al oido
Que música amorosa en noche quieta.
Y los peñascos azotando, mienta
El choque, y el estrépito y las voces
De encontrados ejércitos feroces,
Y el tumulto y horror de lid sangrienta.
Y el que del mar recorra los desiertos,
Mostrando el mármol que á lo léjos brilla:
«*Juntos yacen*, exclame, *en esa orilla*
Dos tiernos héroes por su patria muertos.»

Febrero 23,
aniversario de la muerte de estos dos héroes.

EN LA AGONIA DE J. M. H.

Todo te cubre de la muerte el hielo:
Vanos ya los esfuerzos son del arte
De médicos humanos, y salvarte
Solo pudiera el Médico del cielo.
Conozco, en el instante de perderte,
Cuánto á ti estaba mi existencia unida,
Y el amor que durmiendo estaba en vida
Se despierta ardoroso con tu muerte.
Pronto, rotas del cuerpo las lazadas,
Y libre de lo vano y aparente,
Cuanto hoy ignoras brillará patente
De tu alma á las clarísimas miradas.

Y contemplando sin disfraz la mia,
Verás de culpas y flaquezas llena
Esa alma que tan pura y noble y buena
Imajinabas con error un dia.
Y el amor y alta estima y el respeto
Que me profesas y en tu error se funda
Se trocarán en compasion profunda,
Cuando penetres mi fatal secreto.
Á Aquel entónces que las almas sana
Ruega que pio sane mi alma enferma,
Porque, cuando en la tumba el cuerpo duerma,
Vuele aquella á la gloria soberana;
Y que no sean en mi daño eternos
Estos tristes adioses que te digo,
Sino que allá en el cielo, dulce amigo,
Ledos volvamos algun dia á vernos.

1865.

Á LIMA.

En una noche de luna en que, siendo aun muy temprano, no habia gente en las calles á consecuencia de una órden del Ministro de Gobierno.

La clara luna su fulgor dilata
En cielo de purísimo zafir,
Y en rico manto de luciente plata
Parece, oh Lima, tu beldad vestir.
Mas en vano te llama y te convida
De tan bello espectáculo á gozar
El astro en cuyas luces sumerjida
Toda te miro, como en claro mar.
Silenciosas tus calles y desiertas,
Cuando áun las horas del bullicio son,
De tus hogares las cerradas puertas
Guardan á tu medrosa poblacion.

En vasto cementerio, de repente,
Del dia con el último fulgor,
Te cambias, á las leyes obediente
De tu salvaje déspota señor.
Que este tu clima voluptuoso y muelle
Muelles tus hijos enjendró tambien:
Hijos que sufren que insolente huelle
Salvaje planta su cobarde sien.
Sumisa á los antojos de tu dueño,
Hunde entre holandas la dormida faz,
Y de la afrenta y la ignominia el sueño
Duerme, oh sultana, en regalada paz.
De un hijo tuyo el despotismo fiero
Acostumbrando tu indolencia está
Á que sirvas mañana al extranjero,
Que en esperanza te posee ya.
Y pues son para ti sagradas leyes
Los caprichos de un déspota poder,
Si la ciudad ya fuiste de los Reyes,
Pronto de reyes volverás á ser. *

1865.

Á LA GRAN REPÚBLICA NORTE-AMERICANA,

DESPUES DE TERMINADA LA GUERRA CIVIL.

De libertad al mundo eras maestra;
Mas áun su ciencia te negaba Marte;
Y esa fraterna lucha te hizo diestra
De las crudas batallas en el arte.
De tu pecho al valor y fortaleza,
Por ninguna jamas sobrepujada,
Se iguala de tu brazo la destreza
Para esgrimir la ponderosa espada.

* La poblacion de Lima desmintió brillantemente, el dos de Mayo, los conceptos injuriosos de esta poesía, escrita en una hora de desaliento y desconfianza.

Ya por civil saber eras Minerva,
Mas hoy en todo á la gran Diosa igualas,
Y pronto sentirá la Europa sierva
Que á un tiempo eres Minerva y eres Palas.
Ya el universo entero á desafio
Provocar puedes, pues juntar te veo
Á la destreza del pastor Judio
La fuerza del jigante Filisteo.
Orgullo de la gente Americana,
Tú, tú sola de ti maestra has sido,
Porque nacion ninguna pueda ufana
Decir que en algun tiempo te ha vencido.
Y así no te venció extranjera jente,
Que una parte de ti venció á otra parte,
Pues tú propia eras digna solamente
De vencerte á ti misma y de domarte.
Y miéntras que tu lucha á las esclavas
Viejas naciones alegró la vista,
No sabian que fuerte te ensayabas
Así del universo á la conquista.
Ya no ha de lamentar el que te adora,
Ni enrostrarte podrá quien te detesta
La esclavitud injusta y opresora,
Al gobierno que ostentas tan opuesta.
La Santa Democracia al ver se alegra
Que la atezada estirpe, de tirana
Suerte infeliz mas que su rostro negra,
De quien niega la blanca ser hermana;
La que fué nivelada con el bruto,
Y que parece que el semblante viste
De oscuras sombras y de eterno luto
Para llorar su servidumbre triste;
De sus graves cadenas despojada,
Libre y dichosa, al asombrado suelo
Pregona ya que no te falta nada
Para ser de Repúblicas modelo.
Al cielo, oh feliz negro, ensalza el nombre
Del justo Lincoln, cuya pia mano
Convierte al siervo miserable en hombre,
Y en hombre de tal patria ciudadano.

Mas, ¡ay cielos! tu triste voz lamente
Su inesperado mísero destino,
Cuando la honrada vida el plomo ardiente
Le arrancó de frenético asesino.
Como familia desolada y viuda,
Llora su triste fin la Union entera;
Ojos enjutos no hay, no hay lengua muda,
Como si un padre cada cual perdiera.
Mas en pesar, ¡oh gran Nacion! tan fuerte,
Por él te dueles, no por ti, segura
De que nada estorbar puede tu suerte
Y tu inmensa grandeza y tu ventura.
¿Quién parar puede al Niágara potente,
Cuando mas despeñadas arrebata
Sus ciegas ondas y fatal corriente
Al salto de la inmensa catarata?
Pues aún mas fácil resistir seria
El curso irresistible de tu rio,
Que atajar el destino que te guia
Á la cumbre de todo poderio.
Y aunque es grande el que causa tu lamento
Y digno sea de que tú le llores,
Eres de grandes patria, y ciento y ciento
Hijos tienes, iguales ó mayores.
Llore y jima sin fin gente Europea
Héroes que cada siglo le da el hado,
Y solitaria y huérfana se crea,
Como Príamo de Héctor despojado.
Que la Nacion que á grande dicha eria
Un hombre solo entre infinita plebe,
En el lecho de su última agonia
Desesperarse sin consuelo debe.
Pero tú, si uno pierdes, no te olvidas,
Aunque tu duelo el justo llanto vierte,
De que te quedan infinitas vidas
Que te consuelen de una sola muerte.
Tal, si entre luces fúljidas sin cuento
Desaparece rutilante estrella,
Consuelan al poblado firmamento
Mil y mil astros de la ausencia de ella.

Á UN TIRANO.

Tú que marcas con sangre tu camino,
Beato tigre, loco sanguinario,
Neron cristiano, místico asesino,
Que envuelves el puñal con el rosario:
Tú que, el pan recibiendo que convierte
En el cuerpo de Dios el sacerdote,
Á dar horrible dilatada muerte
Sales, armado del sonante azote:
Tú que, despues del celestial sustento
Que la muerte te da, si á otros la vida,
Comes del hombre el corazon sangriento,
Siendo la humana sangre tu bebida:
De América del Sur nuevo Luis Once,
Mas de su injenio y su prudencia ajeno,
Que un pedazo de mármol ó de bronce
Tienes por corazon dentro del seno:
Tú que eclipsas las famas espantosas
De los monstruos mas fieros y crüeles,
Tú á quien envidia el execrable Rosas
Los infames satánicos laureles:
¿Cuando será que de tu horrendo yugo
Respiren nuestros míseros hermanos,
Y mueras bajo el hacha del verdugo,
Para eterno escarmiento de tiranos?
Que, aunque anhelara de uno al otro polo
Ver abolida tan injusta pena,
Yo la dejara para ti tan solo,
Por que tú no eres hombre sino hiena.
Mas no: mas vale que el atroz convite
Que te envidiaran las mas crudas fieras,
Tu famélico vientre al fin ahite,
Y por humana sangre ahogado mueras.

1865.

AL ÁGUILA DEL NORTE.

¡Oh tú que al ave celestial excedes
Que en sus garras, de horror sobrecojido,
Arrebató al Olimpo á Ganimédes!
Pues alegra la paz tu dulce nido,
Ya por los aires remontarte puedes!
Tiemblen las aves y orgullosas fieras,
Y ponzoñosos lúbricos reptiles,
Cuando las corvas uñas justicieras
Y el pico agudo en tu peñasco afiles,
Y, llamando á la lid, el viento hieras.
De tus inmensas vigorosas alas
Tiemblen el raudo portentoso vuelo
Con que deshecha tempestad igualas,
Y ya desciendes, como rayo, al suelo,
Ya el mas remoto firmamento escalas.
Estremecida de voraz deseo,
Lanzar te escucho ensordeciente grito,
Y el vuelo altivo remontar te veo,
Cual devorar queriendo lo infinito:
Consuelo á justos y terror del reo.
Al triste Azteca, sin ayuda y flaco,
Ya te miro valer en su abandono,
Con que mis ansias y dolor aplaco;
Y en su sangriento mal seguro trono
Miro temblar al miserable Austriaco.
Mas, apénas la Fama le pregona
Que á la lid vengadora te previenes,
Su mano el cetro trémula abandona;
Y al suelo cae de tan viles sienes,
Al aire de tus alas, la corona.
Será de tu valor lauro segundo
Que libre se alze la mayor Antilla;
Ni mire gente alguna el Nuevo-Mundo
Que doble al extranjero la rodilla
En su suelo vastísimo y fecundo.

Traspasa luego el líquido elemento
Que da al dorado sol tumba de plata,
Y, conquistando un nuevo firmamento,
De tus garras coléricas desata
El rayo agudo, de partir sediento. *
Trazando angosta luminosa senda,
Y leves alas de rogiza llama
Batiendo rapidísimas, descienda
Donde el delito su caida llama
Y aguarda ya la punicion tremenda.
Sobre altaneras coronadas frentes
Ante quienes humillan los hinojos
De Europa sierva las cobardes gentes,
Agota los flamígeros manojos
De tus trémulos rayos impacientes.
Y mantos ardan, joyas, pedrerias,
Palacios, tronos, cetros y coronas;
Y á las cárdenas llamas y sombrias
Del vastísimo incendio que ocasionas,
Brillen las noches cual siniestros dias.
Tú desde lo alto con feroz recreo
Verás la horrible hoguera á quien atiza
El sonante huracan de tu aleteo,
Hasta que humosos mares de ceniza
Sean de tu ira aterrador trofeo.
Y, prosiguiendo tus tremendas sañas,
Ya te miro del Águila Francesa
Y del soberbio Leon de las Españas
En el seno clavar la aguda presa,
Y abrirles con tu pico las entrañas.
Nada resiste á tus justicias, y hasta
El Leopardo domador Britano
Y ese á quien arma solitaria un asta
La altanera cerviz, † sienten que en vano
Al valor tuyo su valor contrasta.

* El Águila Yankee está representada, como la de Júpiter, de donde fué tomada, con haces ó manojos de rayos en las garras.
† El Unicornio de las armas inglesas.

¡Ministra de la cólera divina
Que con delitos tantos ya rebosa!
Amaga, aterra, hiere y estermina,
Y cumpla tu venganza misteriosa
De lo pasado la fatal rüina.
Pero, despues que al crímen enemigo
Abra tu enojo eterna sepultura,
Y escarmiente á la tierra tu castigo,
América feliz duerma segura
De tus inmensas alas al abrigo.

1865.

Á UN FOTÓGRAFO. *

Da grima ver tanto europeo ingrato
Que llega hambriento y con el pié desnudo,
Y calumnia despues, grosero y rudo,
Al suelo que le dió pan y zapato.
Dejaron de sus patrias las riberas
Donde quizá no fueron ni criados,
Y vienen á las nuestras, escapados
Del presidio tal vez ó las galeras.
Aquí mas que su industria, nos arranca
Su engaño y mala fé nuestros dineros,
Y se quieren meter á caballeros
Tan solo por tener la cara blanca.
Tú, que le debes tu riqueza toda
Al suelo á quien ahora le haces cruces,
Y no adquirida con talento y luces,
Sino merced á pasajera moda:
Tú, en quien la voz artista es profanada,
Porque nunca el fotógrafo fué artista,
Y siempre que la máquina está lista
El sol es el pintor, y tú eres nada:

* Hizo publicar en un periódico una correspondencia que contenia las mayores calumnias en la narracion de los sucesos que se verificaron en el Callao y en Lima, el 5 de Febrero, dia en que desembarcaron algunos marinos españoles.

¿Cómo forjar osaste tal novela,
Despreciable, ridículo gabacho?
Mas sin duda escribístela borracho
Despues de alguna torpe francachela.
Los excesos que pintas, el insulto,
Las heridas y muerte, robo y saco,
Todo, todo fué efecto del dios Baco
Á quien tributas reverente culto.
Una justa protesta, aunque ferviente,
Donde fué muerto por su culpa un hombre,
Suceso llamas *que no tiene nombre,*
Ni en la historia ha tenido precedente!
Recorre de la Europa los anales:
Allí verás escándalos y horrores,
Y tu patria presenta los mayores
Que con horror la fama hace inmortales.
Jamás, jamas el universo olvida
De San Bartolomé la atroz jornada
Que á Cárlos vió desde su real morada
Ser de los Hugonotes homicida.
Ni olvida del terror el duro imperio,
Que en toda mente para siempre impresa
Está la atroz Revolucion francesa
Que convirtió la Francia en cementerio.
Y dejando otra edad y entrando en ésta,
Presente tiene el mundo horrorizado
El golpe sangrientísimo de Estado
Que á Francia tantas víctimas le cuesta.
Á hechos tales tu pecho horror no muestra;
Mas tu ánimo se espanta y sè contrista
Al contemplar, *severo moralista,*
La corrupcion y la barbarie nuestra!
Vuelve á las playas que te son natales
De donde nunca salgas, y haga el cielo
Que nunca pisen el peruano suelo
Los que á ti, vil frances, sean iguales.
Si este pueblo á quien torpe satirizas
Tuviera los defectos que le notas,
Ya tú tuvieras las espaldas rotas
Al golpe vengador de cien palizas.

Pero el dejarte con el lomo sano
Y el piadoso desden con que te mira
Es la prueba mayor de tu mentira
Y de que él es magnánimo y humano.

1865.

Á SANTA ROSA.

Oh del Señor inmaculada esposa,
Oh de pureza y de virtud modelo,
Tú que la flor mas bella y olorosa
Un dia fuiste del nativo suelo,
Y hoy eres viva trasplantada rosa
En los floridos cármenes del cielo;
Flor que el Eterno con deleite mira
Y cuyo aroma recreado aspira:
Orgullo del moderno continente,
Y de sus pueblos inmortal patrona;
Tú que circundas á tu blanca frente
De luceros espléndida corona;
Oh el mayor timbre de la patria jente,
Tú de quien este suelo mas blasona
Que del oro y la plata con que un dia
El universo pobre enriquecia:
Vuelve los ojos á la triste tierra
Que tanto amaste en tu primera vida;
Los males mira que en su seno encierra,
Los vicios mira que en su seno anida;
Víctima véla de la cruda guerra
Y furente discordia fratricida;
Mira cuán presto en bandos se desune
La que extrangero agravio deja impune.

No como el nombre de la raza hebrea
Consientas, vírgen, que á la gente humana
Ludibrio el nombre de peruano sea:
Recuerda que tambien eres peruana;
Que, aunque hoy celeste patria te posea,
Aun eres en el cielo nuestra hermana,
Y entre la dicha al pensamiento ignota,
Aun eres nuestra dulce compatriota.

La festiva ciudad que, aclamadora,
Hoy su gozosa poblacion aduna,
Y ufana y reverente conmemora
Tu milagrosa celestial fortuna,
Vió de tu clara luz nacer la aurora
Y el hogar guarda que abrigó tu cuna;
Y aquí el cuerpo purísimo reposa
Que fué velo de tu alma candorosa.

Esta tierra á tus padres fué nativa,
Tus padres que en castísimos amores,
Enlazando de paz la verde Oliva
Á las modestas inocentes Flores, *
Eran vivo jardin, floresta viva
Que daba de virtud blandos olores;
Y la flor mas balsámica y hermosa
De tan rico pensil era la rosa.

Del eterno divino jardinero
Por la mano vivífica plantada,
Criada fué por su amoroso esmero,
Y con celestes aguas rocïada:
Embalsamando el universo entero
Y hechizando del mundo la mirada
Con su fragancia y su beldad divinas,
Guardó para sí sola las espinas.

* La madre de Santa Rosa se apellidaba Oliva y el padre Flores: la misma santa, jugando graciosamente con los apellidos de sus padres y con su propio nombre, ha dicho en una de sus coplas:

Oh Jesus mio,
¡Qué bien parecen,
Entre Flores y Rosas
Y Olivas verdes!

Las calles mismas que con pompa tanta,
De flores mil por alfombrada via,
Hoy recorriendo va tu imájen santa
Entre humo vago que el incienso envia,
Fueron holladas por tu viva planta,
Siendo la tierna caridad su guia;
Y estos templados aires bien conoces
Que hinche el sacro metal de alegres voces.
Esta la estancia fué do la mañana
Te halló orando con labio fervoroso,
Y donde el sueño con dulzura vana
Te convidaba á su feliz reposo:
Este tu lecho, aquella la ventana
Donde esperabas al divino esposo
Que, en tu seno á su faz hallando abrigo,
Dejaba el cielo por estar contigo.
Aquí el florido y aromoso huerto
Donde, invitadas por tu voz, las aves
Al Señor tributaban un concierto
De alabanzas y cánticos süaves:
Donde áun las hojas con murmullo incierto,
Y áun los insectos con zumbidos graves,
Como movidos por celeste encanto,
Acompañaban tu inspirado canto.
¿Y será que en tu nueva patria mudes
El dulce amor de tu nativo suelo?
Ah! no: que de la tierra las virtudes
No cambian, sino crecen en el cielo:
Al blando son de angélicos laudes
Su voz levante tu piadoso celo,
Y de Dios sin cesar en el oido
Tu ruego suene, tierno y encendido.
Sí, ruega siempre á la inmortal clemencia
Por esta tu primera patria triste,
En donde con heroica penitencia
Esa segunda patria mereciste:
Ella que tu memoria reverencia,
Aunque de tu alto ejemplo tanto diste,
En tus plegarias cifra la esperanza
De presente y futura bienandanza.

Alcanza que el Eterno no consienta
Que el hermano al hermano dé la muerte,
Mas, desterrando la ambicion sangrienta,
Los divididos ánimos concierte:
Haz que tu patria *por la union* se sienta
Feliz y firme, vencedora y fuerte,
Y que no quede con vergüenza inulto
Del osado extranjero nuevo insulto.

30 de Agosto de 1865.

A LA Sra Da CAROLINA G. DE BAMBAREN,

POR SU BELLÍSIMA COPIA EN MINIATURA
DE LA "VÍRGEN DE LA SILLA" DE RAFAEL DE URBINO,
QUE SE DIGNÓ OFRECERME.

Desde que el gran Rafael
Dió al mundo la maravilla
De la *Vírgen de la Silla*,
Trasladarla en copia fiel
Procura en vano el pincel,
El buril procura en vano;
Que no fué dado á otra mano
Igualar la perfeccion
Y la celeste espresion
De aquel grupo soberano.
Mas tu ingenio, Carolina,
Áun copiando débil copia,
La espresion y beldad propia
De esa pintura divina
Cual por instinto adivina:
Y, sin quedártele atras,
Hoy repetida nos das,
En tan breve miniatura
La incomparable hermosura
Que no miraste jamas.

Pero su hechizo y beldad,
¡Cuánto mas dulces me son
Al ver que es precioso don
Que me brinda tu amistad!
No de mas preciosidad
Me fuera el belló traslado,
Si, de diamantes cercado,
Cifrara inmenso caudal;
Ni el sublime original
Fuera de mí mas preciado.
Copia tan encantadora
Me recordará al divino
Pintor famoso de Urbino,
Y á la bella copiadora;
En ella yo desde ahora
Mi mayor riqueza fundo,
Que con primor sin segundo
En mí para siempre liga
Á mi dulcísima amiga
Y al primer pintor del mundo.
Al verla, ver creeré
La blanca tornátil diestra
Tan linda como maestra
Que el pincel guïando fué;
Los grandes ojos veré,
En donde el númen centella,
Que fijos tuviste en ella;
Y de la vírgen al lado,
Ángel al grupo aumentado,
Veré tu figura bella.

1865.

EN LA PROFESION

DE LA SEÑORITA PETRONILA RAMOS.

¿Y de padres y hermanos te alejas,
Y adios dices por siempre á la vida?
¿Y tus tiernos abriles convida
Á sus goces en vano el amor?
¿Y renuncias al fausto y riqueza
Que adornaron, oh vírgen, tu cuna,
Y á los bienes que brinda fortuna
Ni una lágrima da tu dolor?
La árdua via te muestra la hermana
Que ya guardan las santas paredes:
Tú, que á su alto heroismo no cedes,
Fuerte cargas tan áspera cruz:
Quiso haceros el rey de los cielos
Como en sangre en virtudes hermanas,
Y al desprecio de dichas mundanas
Os dió presto clarísima luz.
¿No te arredra el tristísimo llanto
Que derrama tu madre aflijida,
Ni la tierna postrer despedida
Que tu amante familia te da?
¿No el oir, tras tus pasos cerrada,
Resonar hondamente la puerta
De tu sacra prision, que ni abierta
Á tu helado cadáver será?
Di, ¿no sientes al ronco sonido
Toda tu alma ocupar temblorosa
El horror que, al cerrarse su fosa,
Siente viva enterrada vestal?.....
No, que nada tu pecho conturba,
Ni te arredras, oh vírgen, de nada,
Bien juzgando con clara mirada
Lo que juzgan los hombres un mal.

Ah! ¡cuán dulce y gloriosa es la suerte
Á que te alza la gracia divina!
No la mente mas gloria imajina
Que logró tu feliz vocacion:
Si himeneos humanos esquivas,
Otro logras mas alto y glorioso;
Que es Dios mismo tu amante, tu esposo,
Y testigos los ángeles son.
En los altos palacios del cielo
Pulsar oigo las harpas de oro
Al ardiente seráfico coro,
Inflamado en mas vivo placer:
Y con voz cuya inmensa dulzura
No adivina el humano deseo,
Solemniza el feliz himeneo
Entre Dios y una humilde mujer.
Hoy se digna con nudos eternos
Enlazarse ¡oh portento! á su sierva
El que cielos y tierra conserva
Con su eterna mirífica ley:
Un Señor de inefable grandeza
Á mortal himeneo se allana,
Cuál se uniera á una pobre aldeana
Poderoso magnífico rey.
El nupcial juramento resuena,
Ya te liga perpetua lazada:
Ah! no vuelvas jamas la mirada
Al vil mundo que dejas atras:
¡Mundo vano, traidor, engañoso,
Precipicio cubierto de flores,
Nos prometes eternos amores,
Y placeres de un dia nos das!
Dar humanos amores al alma
Es dar solo una mísera gota
Á profunda vasija que, rota,
No llenaran las ondas del mar:
Lo creado este abismo no colma;
Y esta sed tan tenaz é infinita
Todo un Dios, todo un Dios necesita,
Y Dios solo la puede apagar.

El amor de terrenos esposos
Ve nacer y morir breve dia,
Y su fuego se cansa y enfria,
Y se muda en amargo desden:
Mas del célico esposo las llamas
Se conservan por siempre ardorosas,
Y jamas sus amantes esposas
Desdeñoso ó ingrato le ven.
Cruda hiriendo tu cándido pecho,
Á su pié los sagrados altares,
Que tus lágrimas rieguen á mares,
Noche y dia te escuchen orar:
En tu lecho durísimo el sueño
Breves horas cobije tu frente,
Ni te dé tu virtud penitente
Sino tosco y escaso manjar.
No por ti, tierna vírgen sencilla,
Darte debes tan crudo martirio:
No por ti, que eres cándido lirio,
Trasparente cristal, no por ti;
Mas ofrece al Señor tus dolores
Tu oracion, penitencia y jemidos,
Por los tristes mundanos perdidos,
Por tu patria doliente..... por mí.

1865.

AL SEÑOR DON IGNACIO GOMEZ,

EN CONTESTACION Á LA ODA EN LIRAS QUE ME DEDICÓ.

De mi suerte las iras
Seguir me niegan el vivir quïeto
Que tus hermosas liras
Me pintan, y secreto
Es de mis ansias perennal objeto.

¡Cuánta ventura goza
El morador de solitaria aldea!
En su pajiza choza
Nada estraña ó desea,
Ni hay verdadero bien que no posea.
Con el alba serena,
De las aves al cántico, madruga
Á la usada faena,
Que del tiempo á la fuga
Retarda el vuelo, y á su faz la ruga.
Con la luz postrimera,
Ufano *vuelve á su mujer honesta*,
Que en el dintel le espera,
Y la cena modesta
Amorosa y solícita le apresta.
Le rodea de hijuelos
El hechicero enjambre bullicioso;
Y loando á los cielos,
Feliz padre y esposo,
Cierra el sueño su dia venturoso.
El triste vivir mio,
¡Cuánto de su vivir es diferente!
El suyo es claro rio,
Quieta apacible fuente;
Mar el mio, ajitado eternamente.
No con honestos lazos
Circundará mi cuello esposa amante,
Ni á mis brazos sus brazos
Darán el tierno infante
Que copie su bellísimo semblante.
Otro las alegrias
Paternas goce y puros regocijos;
Y en sus postreros dias,
Á sus males prolijos
Den consuelo los hijos de sus hijos.
No veré de mi mesa
La turba de mis nietos ser corona,
Ni con planta traviesa,
En torno á mi poltrona,
Se ajitará festiva y juguetona.

Son para el aldeano
La paterna heredad y humilde techo
Todo un orbe mundano:
Y á mi insaciable pecho
El vastísimo mundo viene estrecho.
Él ni con el deseo
Abandonó jamas sus dulces lares:
Y yo triste paseo
Por tierras y por mares
Mi soledad eterna y mis pesares.
En aquella ignorancia
Inocente, tranquila y venturosa
En que vive la infancia,
Él seguro reposa,
Ni el ansia de saber jamas le acosa;
Ninguna le es misterio
De cuantas leyes lo creado rijen;
De cuna y cementerio,
De nuestro fin y oríjen,
Las tenebrosas dudas no le aflijen:
Yo, á quien paz no consiente
Del negado saber el ansia aguda,
Veo mi ciega mente,
De verdades desnuda,
Solitaria vagar de duda en duda.
La verdad me sentencia
Á no mirar su lumbre suspirada:
Y así toda la ciencia
Por mi afan granjeada,
Es tan solo saber que no sé nada.
¡Tuviera la tranquila
Dulce ignorancia que la fé respeta,
Y no la que vacila
Triste ignorancia inquieta
Que aflije nuestras almas, oh poeta!

1865.

AYUDA Á CHILE;

VERSOS ESCRITOS CUANDO LA ESCUADRA ESPAÑOLA BLOQUEABA LOS PUERTOS DE ESTA REPÚBLICA.

No ausencia de entusiasta simpatia
De un pueblo hermano por la causa santa
Enmudece la voz en la garganta
De Musa que el peligro desafia
Y la verdad y la justicia canta.
Entusiasmo y amor al pecho sobra
Para que el labio á ardientes himnos abra;
Mas ya el tiempo pasó de la PALABRA,
El tiempo es ya llegado de la OBRA
Contra quien yugo á nuestros cuellos labra.
Harto ya resonó la lira airada;
No mas la lengua en gritos se desate:
Hablen los hechos; y, soldado el vate,
La lira abandonando por la espada,
Vuele con planta intrépida al combate.
Sitiada así por el empeño loco
Del vencido en Maipú y en Ayacucho,
No hablar con vana lengua á Chile escucho:
Esa nacion intrépida HABLA POCO;
Esa nacion intrépida HARÁ MUCHO.
¿Y será que mi patria en dar vacile
La noble ayuda que su hermana dióla?
Si provocó la cólera española,
Por venir á su voz, la heroica Chile,
¿Dejarla puede abandonada y sola?
Ah! si no por amor, por su decoro
Y por lavar la afrenta que lo enloda,
Hoy que la asedia la venganza goda,
Darle el Perú sus naves, su tesoro
Debe, y sus hijos y su sangre toda!

1865.

IMITADO DEL QUICHUA.

No más respondas incierto;
Y pues que tus padres crudos
Se oponen á nuestros nudos,
Huye conmigo al desierto.
¡Eres hombre, y del temor
Te dejas así vencer!
Yo no temo, y soy mujer,
Que audacia me da el amor.
Á la hora en que el sol más arde
Yo tenderé mis cabellos,
Toldo formando con ellos
Que de sus rayos te guarde.
Cuando el cansancio prolijo
Mover no te deje el pié,
Yo en brazos te llevaré,
Cual madre amorosa al hijo.
Si sed te abrasa encendida,
Yo lloraré tanto y tanto,
Que pueda mi triste llanto
Darte copiosa bebida;
Y serán los ojos mios
Dos inagotables fuentes,
Donde tus labios ardientes
Beban del dolor los rios.
Y, si te empieza á acosar
Del hambre el fiero aguijon,
Mi arrancado corazon
Te ofreceré por manjar.

1865.

Á LA SEÑORITA Dª ENRIQUETA ELÉSPURU.

Bien parece que, al crearte,
No te dió la suma diestra
Tan celestial hermosura
Y gracia tan halagüeña,
Sino por negarte dichas
Y alegres horas serenas,
De éstas así descontando
Lo que prodigó en aquéllas:
Pero, ¿cuándo, dime, cuándo
No fué infeliz la belleza?
¿Cuándo no fueron las gracias
Blanco de la suerte adversa?
Tu dulce hermana lo diga,
Aquella Emilia hechicera
Que en el abril de su vida
Sepultó la oscura huesa.
Tú de tu clara familia,
De Lima ornato y presea,
Tan bella cuanto infeliz,
Tan infeliz cuanto buena,
La mas desgraciada fuiste,
Como fuiste la mas bella,
Pues era fuerza que iguales
Desgracia y beldad midieras.
Solo alumbraron tu llanto
Las tristes nupciales teas,
Y donde otras hallan dichas
Tú solo lutos y penas:
Y por que ni perdonados
Tus mismos encantos fueran,
Hoy abate tu hermosura
Horrible extraña dolencia,
Que de tus ojos divinos
Los soles radiantes ciega
Y el cuerpo airoso y flexible
Á eterna calma condena.

¡Ay! ¡cuán otra mis recuerdos
Te ven en mi edad primera,
Cuando un ángel semejabas
Recien bajado á la tierra,
Y rivales no oponia
Á tus once primaveras
La patria ciudad que solo
Beldades por hijas cuenta!
¡Cuán otra te vi mas tarde
En Nápoles y en Florencia,
Y en las tumultuosas calles
De la capital eterna;
Cuando el altivo romano,
Admirando á la extranjera,
Su belleza anteponia
Á la romana belleza,
Y parándose á mirarte,
Seguia con vista atenta,
Hasta perderlo distante,
Tu abierto coche que vuela!
Y al visitar á tu lado
Las galerias soberbias
Que, cual poblacion marmórea,
Millares de estatuas llenan,
Con atónitas miradas,
Te vi, divina Enriqueta,
Competir en hermosura
Con las hermosuras de ellas,
Y parecer viva estátua
Y animada efijie griega,
Entre deidades de mármol
Y entre mujeres de piedra.
De las tres ínclitas Diosas
Que al bello raptor de Elena
Árbitro hicieron en Ida
De su insigne competencia,
Te comparaban mis ojos
Con las efigies perfectas,
Y adunar te vi de todas
Las perfecciones diversas:

Que en la majestad á Juno,
En la pureza á Minerva,
Y en la gracia te igualabas
Á la dulce Citerea.
Doquier que fuiste, el Hispano,
El Anglo, el Frances, el Belga
En ti prefirió á las patrias
La rara beldad limeña:
Coral que perlas abrian
Era tu boca pequeña,
Y tu frente y tus mejillas
Rosas blancas y bermejas;
Tus ojos resplandecian
Cual las hermanas estrellas
De Géminis luminoso,
En luz y en beldad gemelas;
Tu cuello hermoso y flexible
El ave envidiar pudiera
En cuyo disfraz fué Jove
Furtivo esposo de Leda;
No hay flor que al beso del aura
Con tanta gracia se meza,
Cual tu talle se mecia
Al mover tus blandas huellas;
Y del castaño cabello
La derramada madeja
Toda entera te envolvia,
Como el manto de una reina.
Ay! que para mí ese tiempo
Ni para ti feliz era,
Aunque sus horas fugaces
El alma de ménos echa;
Porque siempre lo pasado
Con deseo se recuerda,
Aunque triste y doloroso
Como lo presente fuera.
Cierto que más infelices
Somos hoy, cara Enriqueta,
Dando el hado inexorable
Á más años más miserias.

Yo, enferma la débil carne
Y el alma aún mas enferma,
Arrastro una triste vida
Que larga muerte semeja;
Y entre tantas desventuras
No es la que ménos me aqueja
El que hoy viviente cadáver
Mis tristes ojos te vean.
Mas tu mal no sobrepuja
De tu espíritu las fuerzas,
Á padecer enseñado
Desde juventud tan tierna:
Y cual roble á quien no abate
El furor de la tormenta,
Cuanto más aquél se ensaña
Crece más tu resistencia;
Sin que arranquen tus dolores,
Cuando mas fieros arrecian,
Ni una lágrima á tus ojos
Ni á tus labios una queja.
Á los mas fuertes varones
Tú, débil mujer, enseñas
Á sufrir, y de constancia
Eres sublime maestra:
Del propio mal olvidada,
Ajenos males consuelas;
Y cuando oyes de los tuyos
Los ayes y las querellas,
Con relatos apacibles
Con donaires los alegras,
Y queja y llanto prohibes
Y regocijos ordenas:
Siendo el último prodigio
De la humana fortaleza
Que todos sientan tus males
Y tú sola no los sientas.
Y yo aprender de tu ejemplo
Tan alta virtud debiera,
Mostrando ménos al mundo
Mis lágrimas y mis quejas;

Y oponer á las desgracias
El broquel de la paciencia,
Imitándote en sufrirlas,
Pues te imito en padecerlas.

1865.

AL DOCTOR DON CELSO B***

Si abarca fácil tu preclara mente
Científicas verdades, ¿por qué, ciega
Á la verdad, de las verdades fuente,
Á Dios no mira, y los fulgores niega
De ese sol de las almas refulgente?
No es hijo tal error de tu deseo,
Ni el vicio te arrastró, pues considera,
Dolido de tu insano devaneo,
En ti hoy el mundo por la vez primera
Resplandecer virtud en el ateo.
Alma perversa, mas que mente oscura,
Borrar logra la fé en el Infinito;
Y siempre del ateo la locura
Fué á la par desventura y fué delito;
Pero en ti solo ha sido desventura.
¿Y á ver, oh dulce amigo, á Aquel no alcanzas
Á quien canta una esfera y otra esfera
En reverentes armoniosas danzas,
Y de quien no es la creacion entera
Sino un cántico vivo de alabanzas?
Todo en la vasta creacion le nombra:
¿No oyes, dime, cantar á las estrellas:
«Nosotras somos en azul alfombra
«De sus pisadas las lucientes huellas,»
Y al sol: «yo soy su deslumbrante sombra.»?
El monte exelso que, de huella humana
Su vírgen cima hasta los cielos sube:
«Soy, dice, de su planta la peana;»
Y «yo su carro soy,» dice la nube,
«Que le llevo á la estrella mas lejana.»

«Soy su tremenda voz» retumba el trueno
«Y yo» responde el rayo «soy su espada;»
«Voy,» ruje el Austro, «de sus iras lleno;»
«Soy de su alcázar la imperial portada»
Proclama el arco de la paz sereno.
Y desde el astro que la frente en oro
Y llamas ciñe hasta la flor del valle,
En la ancha creacion, templo sonoro,
No hay criatura que su nombre calle
Y voz no sea del inmenso coro.
Y este inmortal acento no aprendido,
Y estas voces de todos escuchadas,
Y este idioma de todos entendido,
¿Será que no hablen solo á tus miradas,
Que tan solo no suenen en tu oido?
Mas, aunque el mundo con eterno grito
No me pregone tan augusto nombre,
Esa voz esterior no necesito,
Que en el amante corazon del hombre
Con hondos caracteres le hallo escrito.
Grabóle él mismo con su santa diestra;
Y esa profunda aspiracion y vaga
Que enciende sin cesar el alma nuestra,
Sin que nada la alivie y satisfaga
En la tierra jamas, á Dios demuestra.
Dios es Aquello que nuestra alma anhela,
Mal contenta de todo lo terreno;
El blanco eterno á que, cual dardo, vuela;
El infinito mar en cuyo seno
Perder ansiara su ambiciosa vela.
Sí, Dios es todo: es la verdad secreta
Que busca el sabio con tenaz porfia,
De toda ciencia cual postrera meta;
Y es Dios lo que la ardiente fantasia
Y el corazon persigue del poeta:
Lo que busca el amante en los amores,
Lo que busca el artista en la belleza,
Y busca el ambicioso en los honores,
Y el avariento busca en la riqueza,
Y en el claro laurel los triunfadores:

Lo que en la orgia buscan los beodos,
Y en el torpe deleite el libertino;
Que áun por indignos insensatos modos
Van los humanos ese bien divino
Con insaciable sed buscando todos.
¡Siempre, do quiera Dios! la humana gente
Desde su origen y remota cuna
Dobló á sus aras la sumisa frente,
Y todas las edades una á una
Á él inclinan su vuelo reverente.
Bárbaro pueblo, en el desierto oculto,
Si áureos palacios le levanta Roma,
En toscas aras le consagra culto;
Y al par le nombra que el mas rico idioma
El idioma mas áspero é inculto.
Sin ese ser tan grande y tan perfecto,
De nadie el universo comprendido
Fuera alcázar rëal sin arquitecto,
Libro fuera de frases sin sentido,
Fuera sin causa solitario efecto.
Mas de Dios clara prueba eres tú mismo:
Tu ingenio, tu alma generosa y pia,
Tu honradez, tu romano patriotismo,
Y ese instinto feliz que al bien te guia,
Vencedor de tu estéril ateismo.
¡Quién palpable á tu mente hacer pudiera
Que solo la terrestre vestidura
Muere de la divina pasagera,
Y que la tenebrosa sepultura
Es del hombre la cuna verdadera!
¡Dichosos dogmas! ¡esperanzas ciertas!
Anticipado Tártaro seria
Nuestra vida misérrima, si abiertas
No esperase nuestra última agonia
De la profunda Eternidad las puertas!
Di, ¿cómo puedes disfrutar de calma,
Di, cómo algo en la vida te recrea,
Di, cómo aspiras á gloriosa palma,
Si abrigas, Celso, la terrible idea
De que fenece con el cuerpo el alma?

Cuando partir para la eterna ausencia
Ves á persona que te fué querida,
Y á quien, postrada por mortal dolencia,
No pudo dilatar la dulce vida
Todo el esfuerzo de tu vasta ciencia;
¿Qué alivio entónces quedará á tu duelo,
Al pensar que al que acaba de dejarte
No volverás á ver ni áun en el cielo,
Cuando la fé de que el que muere parte
Es en tal trance el único consuelo?
¿Y tú mismo podrás, en la fijada
Hora infalible de ese trance fuerte,
Sostener con intrépida mirada
El aspecto terrible de la Muerte
Y el mas terrible de la eterna Nada?
¿Y podrás en tu lecho, moribundo,
Recibir los adioses de la esposa
Que te amó con cariño sin segundo,
Sin la dulce esperanza religiosa
De volverla á encontrar en otro mundo?
¿Y ver podrás el doloroso llanto
Que por ti viertan sus pupilas claras,
Y oirás sus jemidos sin espanto,
Si piensas que por siempre te separas
De quien tanto te amó y amaste tanto?
Si fué tan dolorosa la partida
Que os impuso una ausencia pasagera,
¿Cuál será la postrera despedida?
¿Cuál será la partida que no espera
Dulce regreso en la segunda vida?
¡Serán qué tristes los supremos vales,
Si del mundo en que dices que termina
Todo á la vez, sin la esperanza sales
Que tu amor y el amor de Carolina
Traspongan del sepulcro los umbrales!
Ni que reúna un dia Dios clemente
En su dorado alcázar luminoso,
Con nuevo lazo que su amor aumente,
La esposa amada y el amante esposo,
Para no separarse eternamente! 1865.

Á LA AMISTAD.

(EN EL ÁLBUM DE UNA AMIGA.)

Aunque de corte innúmera seguido,
El orgulloso Amor, tu bello hermano,
Contigo aspira á competir en vano:
Es grande, milagroso su poder;
Mas, con poder igual, mayor pureza
Asegura tu triunfo esclarecido,
Que él no rompe los lazos del Sentido
Ni las dulces cadenas del Placer.
Mas nunca logra en ti, divino afecto,
El Sentido mezclar impura parte;
Y desde aquí el mortal al contemplarte,
Comprende cómo, en la ciudad de Dios,
Se ama la noble angelical familia,
Que, creada sin sexo diferente,
De un solo afecto en la pureza siente
Lo que siente el mortal partido en dos.
Con la mas lenta dilatada vida
Tu duracion y tu firmeza igualas,
Que tú no tienes las inquietas alas
Con que Amor siempre fujitivo fué:
Cual clava de alta cumbre en dura roca
Hondísima raiz roble jigante,
En base de granito ó de diamante
Así tú arraigas el inmóvil pié.
Cual tal vez al Amor, duda no enturbia
Á ti jamas, ni veladores zelos;
Tú, inmóvil y tranquila cual los cielos,
Él, mudable é inquieto como el mar:
Tú, siempre en un semblante permaneces,
Y él, cambiando á cada hora de semblante,
Es tal vez áun al Odio semejante
Que tambien, al morir, suele engendrar.

Ya de ilusion y de esperanzas lleno,
Di al crudo Amor mis juveniles años;
Mas amarguras solo y desengaños
En su pérfida corte coseché:
Harto por larga prueba escarmentado
De sus ansias y zelos y pesares,
Vengo, oh Diosa, á tus plácidos altares
Á ofrecerte mis votos y mi fé.

1865.

AL CORONEL D. MARIANO IGNACIO PRADO,

DICTADOR DEL PERU.

¿Y á los mismos que ayer de grave yugo
Libertaron la patria, hoy de las leyes
La augusta voz enmudeciendo, plugo
Darte un poder mayor que el de los reyes?
El mas audaz espíritu vacila
Entre uno y otro parecer opuesto,
Viendo que empuñas el poder de Sila,
Si fausto alguna vez, ¡cuántas funesto!
Suspensa entre el temor y la esperanza,
No sabe el alma si suspire ó ria:
Haz que incline y que rinda la balanza
El peso vencedor de la alegria.
Firmes advierte el mundo los primeros
Pasos que imprimes: mas la senda es larga;
Do quier la rompen precipicios fieros;
Y tu hombro oprime ponderosa carga.
De haber fiado su destino á un hombre
No hagas que gima un pueblo arrepentido:
Tu blando imperio, bajo duro nombre,
El alma alegre, si ofendió el oido.
Nombre al pueblo mas dulce haz que te cuadre,
Y en el Indio postrero abraza un hijo:
Haz que la patria te apellide padre:
Prueben los hechos lo que el labio dijo,

Cuando, desde el balcon de tu morada,
Cual vivo mar que enmudeciera atento,
Inmensa multitud alborozada
Hablar te oyó con paternal acento:
Muestra á la patria «que el peruano escudo
Está en tu amante corazon impreso;» *
Yo te escuchaba pensativo y mudo,
Y que lloré, al oirlo, te confieso!
Mas, aunque afecto tal tu voz nos muestra,
Con prudente temor empero viendo
Que hoy no usado poder arma tu diestra,
Necesario tal vez, pero tremendo,
La voz del bardo impávida te grita
Que, aunque enmudezca ahora y sea vana
Mudable ley en el papel escrita,
Hay otra ley eterna y soberana:
Ley que borrar no puede dedo humano
Y que al monarca y al jüez sentencia,
Porque la escribe la divina mano
En su invisible libro: la conciencia.
De esa ley inmortal siempre obediente
Sé á las eternas prescripciones santas:
¡Ay de ti, si la olvidas indolente,
O si con torpe mano la quebrantas!
No, así al hablarte, te demando escusa,
Ni teme el alma que mi voz te hiera;
Digno te juzga la severa Musa
De oir la voz de la verdad sincera.
Tu alma, prendada de la gloria, tema,
El nombre tema de opresor nefario,
Y de la justa Historia el anatema
Que al vencedor te igualará de Mario.
Pronto de Sila al usurpado imperio
Vió suceder la tierra, ya latina,
La infame tirania de Tiberio
Y del hijo demente de Agripina.

* Esta y otra frase, puesta tambien entre comillas, son tomadas á la letra de un discurso pronunciado por el Coronel Prado al dia que lo aclamaron Dictador.

¿Qué vale, dime, que el tirano muera,
Si vive su memoria aborrecida,
Y si, para execrarle justiciera,
Le da la Historia perdurable vida?
Mas no á castigo tan remoto apelo:
Cercano te le anuncio y vaticino,
Si no cumples la ley que el patrio suelo
Llama á glorioso singular destino.
Cuando á la dada fé no correspondas,
Teme las justas iras populares
Muy mas terribles que las ciegas ondas
Que airados alzan tempestuosos mares.
No te envanezca peligroso mando,
Ni el esplendor de pasagera pompa;
Ni con su halago tan oculto y blando
El postrador deleite te corrompa.
Ah! no te fíes en grandeza humana:
Lo que hoy iluso dueño eterno nombra,
Sin dejar huellas, pasará mañana,
Rauda nave, humo leve, vana sombra.
El jefe vil que la suprema silla
Solo ayer mancillaba, te recuerde
Cómo la instable suerte nos humilla,
Un prestado poder cómo se pierde!
¡Cuántos la patria nuestra, semejante
De un gran teatro á la mudable escena,
Vió nacer y morir en el instante,
Torres alzando en movediza arena!
Y fuera aquí delirio tan insano
Firme esperar y duradero asiento,
Como pedir firmeza al oceáno,
Como constancia demandar al viento.
No tan fieros los Ábregos y Notos
El mar revuelven, ni de ruinas tantas
Cubren los espantables terremotos
Este suelo que huellan nuestras plantas,
Cual de revoluciones agitada
Es nuestra triste patria, y combatida;
Fijo y en pié no persevera nada:
Todo es mudanza y súbita caida.

Mas no siempre será: mintió mi verso,
Si predijo inmortal hado tan crudo;
Y, si tú no eres á tu estrella adverso,
Podrás tú solo lo que nadie pudo.
Componer de discordes elementos
La antigua confusion y la pelea,
Calmar las olas y adormir los vientos,
Á ti da el cielo que posible sea.
Tú del rugiente tenebroso seno
De un cáos tan inquieto y tan profundo,
Sacar pudieras, de armonia lleno,
De luz, de paz y de ventura, un mundo;
Mundo feliz que, libre de tiranos,
Locas Revueltas con su voz no asordon,
Y donde unidos, como dos hermanos,
Reinen sin fin la Libertad y el Orden.
Mas escucha: primero que el Estado
Sobre inmóviles bases constituyas,
Al aleve extranjero escarmentado
Dejen por siempre las hazañas tuyas.
De Bolívar la fausta dictadura
Ayacucho nos dió, tumba de hispanos: *
Tú segundo Bolívar ser procura,
Y otro Ayacucho glorïoso dános.
El regocijo y el clamor presente
En tu alma encienda, de la gloria amante,
La sed de dar á la peruana gente
Júbilo igual en dia semejante.
Ah! no en vano en tu pecho mi voz siembre,
Y traiga el año otro glorioso dia,
Claro rival del nueve de Diciembre,
Y nuevo orgullo de la patria mia!
Del negro oprobio que su lustre empaña
Del Sol á la Matrona tú redime,
Y de la injuria que nos hizo España
Alcanza ser el vengador sublime.

* Sin la dictadura de Bolívar, la victoria de Ayacucho no habria sido quizá posible.

Y pues «la patria bicolor bandera»
Dices que «el tierno corazon te envuelve»
Su mengua siente, y su beldad primera
Y su candor perdido le devuelve.
Al vivo afan con que lavarla intentes
Sus aguas todas te darán en vano
Claros arroyos, cristalinas fuentes,
Lagos y rios, mares y océano.
Devolverle su prístina blancura
Solo un baño pudiera, una agua sola:
Solo una agua de mancha tan impura
La pudiera limpiar: sangre española.
Si tanto alcanzas, y al Ibero trono
Escarmienta tu enojo y tu castigo,
De dictador el nombre te perdono,
Y á ti me postro y tu poder bendigo.
Pulsando entónces armoniosa lira,
Mi generoso númen abrasado
Del entusiasmo en la celeste pira,
El nombre al cielo encumbrará de Prado;
Y audaz hollando solitaria senda,
Desatará con labio resonante
Sublimes cantos que la Fama aprenda
Y en su trompeta sonorosa cante.

Diciembre, 9 de 1865.

AL SOL.

Glorioso te proclaman las auroras
Cuando naces, cual vástago imperial,
Y enciendes con tus luces y coloras
El dilatado pórtico oriental.
Huye la fria lóbrega tiniebla,
Huye el sueño tu alegre rosicler,
Y el orbe todo de rumor se puebla
De luz y de colores por do quier.

Te ensalzan los ardientes mediodias,
Cuando desde el zenit abrasador
Sobre la tierra fatigada envias
Mares de luz y de insufrible ardor.
Y te enaltecen las purpúreas tardes
Cuyo rostro coloras de carmin,
Cuando del cielo como el rey áun ardes,
Y es el de un dios tu esplendoroso fin.
Y áun las noches, calladas pregoneras
De tu grandeza y de tu gloria son,
Que el brillo de sus pálidas lumbreras
Es de tu ausencia generoso don.
Mueren á tu glorioso nacimiento,
Náufragas en el mar de tu fulgor;
Y en el vasto desierto firmamento
Dominas, solitario emperador.
Solo reinar sin compañia alguna
Á tu inmensa grandeza le está bien,
Desdeñando el cortejo que á la luna
Forman claras estrellas cien y cien.
Ni de luciente corte necesitas,
Que, solo, al dia mas fulgores das
Que, juntas, sus estrellas infinitas
Dan á la noche que se enciende mas.
¿Qué mucho, si tan bello y tan fulgente
Y tan fecundo y bienhechor te vé,
Que dios te juzgue la sencilla gente
Que el sol no alumbra de celeste fé?
Y esta region que sobre todas amas
Y en quien viertes tus dones sin cesar,
¿Qué mucho fué que á tus divinas llamas
En áureo templo consagrase altar?
Todo süave fruto le sazona
Y toda mies le eurubia tu calor,
Y por ti á su magnífica corona
Ni hermosa falta ni fragante flor.
No mas puro zafir cobija al hombre,
Ni en mas verde jardin estampa el pié:
Ella entre todas mereció tu nombre,
Y tuyo el nombre de sus hijos fué.

¡Cuántos siglos tu luz la contemplaba
Ser del Sur la triunfante emperatriz!
Mas la viste despues vencida esclava
Á quien hollaba Iberia la cerviz.
Y de su redencion fuiste testigo;
Mas ¡ay! de bien tan único á pesar,
La viste insana combatir consigo,
Y sus propias entrañas desgarrar:
Imprimiendo, alentado, á su bandera
El mismo crudo y bárbaro opresor
El torpe ultraje de que el mundo espera
El sangriento castigo vengador.

1865.

A***

No de tu eterna soledad te espantes
Ni del dolor que te devora insano,
Que esta suerte les cabe á los jigantes
Que atras dejaron el nivel humano.
Mira crecer, y con desden la tierra
Dejando profundísima á su planta,
Aislarse más la solitaria sierra
Cuanto se encumbra más y se ajiganta:
Ronco grito de cóndor altanero
Es sola voz que de la tierra siente,
Y sin fin lanza el huracan guerrero
Dardos de fuego en su desnuda frente.
Mas nunca de su noble desventura,
Nunca de su destino se lamenta,
Pues sabe que pagar debe su altura
Con soledad, con rayo, con tormenta.
Sufre pués mudo tu dolor profundo,
Y halla, como las cimas, el consuelo
De estar tan léjos del ruidoso mundo,
En tu gloriosa vecindad al cielo.

Á ESPAÑA.

En vano, con palabras que desmiente
Tu porte que alevoso nos maltrata,
Tal vez te escucha la peruana gente
Hija llamarla, *á tu cariño ingrata.*
Que, aunque á nombrarte nuestra tierna madre,
Cambiando estilo, tu interes te arrastra,
Nombre te damos que mejor te cuadre:
Nombre de perversísima madrastra.
Tenemos, es verdad, sangre española
Con que á tus propios vicios nos condenas;
Pero esa sangre, España, no es la sola
Que circula por dicha en nuestras venas.
Mas tú deliras, si blasonas única
Sangre que impura mezcla no desdora,
Que, entre mil, la fenicia, celta y púnica
Tu sangre forman, con la hebrea y mora.
Y, si hora nuestra madre ser te agrada,
Madre es tuya la gente sarracena,
Que ayer no más al filo de tu espada
Bañó en su sangre la africana arena.
Mas de pasados males á despecho,
Y áun cuando tuyos son nuestros resabios,
Perdonarte pudiera nuestro pecho,
Respetarte pudieran nuestros labios,
Si no fuera la tierra fiel testigo
De que, no ya como nacion extraña,
Mas cual linaje odiado y enemigo
Siempre nos tratas, orgullosa España.
No pueden perdonarnos tus enconos
El que tu yugo ya no padezcamos,
Y en nosotros mas siervos que colonos
No tengan ya tus coronados amos.
Ya ser no nos perdonas libre gente
Que ante planta mortal nunca se humilla,
Y que solo ante Dios dobla la frente
Y solo á Dios prosterna la rodilla.

Si, ocultando tal vez tu negra saña,
Bañas en miel la lengua ponzoñosa,
Á nadie, á nadie tu lëon engaña
Convertido en la pérfida raposa.
Tu antiguo sueño sacudiste apénas,
Y ya intentaste por la vez segunda
Echar á nuestros brazos tus cadenas,
Uncir á nuestras frentes tu coyunda.
Ávida ayer y torpe y traicionera,
(No pienses que el castigo mucho diste)
Del Perú pisoteaste la bandera,
Y las peruanas islas invadiste.
Y hoy á la noble Chile, que indignada
Contempló tan horrenda alevosía,
Sitia y bloquea tu feroz armada
Que no arredra su heroica valentía:
Que, en encadenamiento así infinito
Que á tu rüina y perdicion te lleva,
Cada delito engendra otro delito,
Cada injusticia es fuente de otra nueva.
Y miéntras á tan bárbaros extremos
Te arrojes y nos trates de tal suerte,
¿Cómo quererte, dí, cómo podremos,
Cómo podremos, dí, no aborrecerte?
Y nuestra mengua no es, sino tu mengua,
Que á España insultos y á su gente agravios
Escuche el mundo en española lengua
Crudos volar de americanos labios.
Ni mi culpa será, sino tu culpa
Y de tus hechos torpes y perversos,
Que su memoria la justicia esculpa
En mis acerbos castellanos versos.
Harto ya tu codicia y tu arrogante
Impía condicion que nada doma
En el idioma resonó de Dante,
Sonó de Shakespeare en el idioma;
Y en la francesa lengua y alemana,
Y sueca y rusa, y en las lenguas todas
Harto sonara la crueldad hispana,
Harto sonaran las infamias godas.

Y ya los vicios de tu estirpe rancia,
Y la codicia y corrupcion de Iberia,
Fanatismo, pereza é ignorancia,
Moral atraso y material miseria,
Mal que le pese al español soberbio
Que luz de gentes á su patria llama,
Son en el mundo universal proverbio,
Y eterna voz de la parlera Fama.
Y así de lenguas en tan rica copia,
Que pregoneras son de tus maldades,
Solo faltaba ya tu lengua propia,
Y hoy, España, tú misma, tú la añades.
Pronto habrán de aprender nuestros infantes,
Si no reprimes tu insolencia extraña,
El idioma pomposo de Cervántes
Para ofender y maldecir á España.
Ni de ello te lamentes; lo has querido:
Pero tiempo es aún, y si mañana
Cambias tu porte, en generoso olvido
Te alargará el Perú su diestra ufana.
Si no, el labio estará siempre dispuesto,
Y dispuesta estará siempre la espada
Á contestar denuesto con denuesto,
Á oponer cuchillada á cuchillada.

1866.

VERSOS LEIDOS EN EL TEATRO

En la noche del dia 14 de Enero de 1866, en que se declaró la guerra á España y alianza con Chile.

Desde el dia que vió la audacia ibera,
¡Cuántas noches cerrar, cuántas auroras
Miró lucir nuestra congoja fiera,
Sin que el continuo vuelo de las horas
La hora de la venganza nos trajera!

Vió el peruano á su amada patria bella
Con ojos de rubor, en su mejilla
Mirando aún purpurëar la huella
Que la insolente mano de Castilla
Con inícua traicion estampó en ella.
Mas ya llegó de la venganza el dia
La hora sonó por el honor ansiada;
No mas llanto y suspiros, patria mia:
Alza al cielo la fúlgida mirada,
Y en la justicia de tu causa fia.
No vengas, patria, tus afrentas solas:
La deuda pagas á tu heróica hermana
Que provocó las iras españolas
Por darte ayuda, y que á la flota hispana
Sulcar hoy mira de su mar las olas.
Y ya, mirando la amenaza ibérica,
Como una patria, como un pueblo solo,
La libre independiente Sur-América
Desde el golfo de Méjico hasta el polo
Indignada levántase y colérica:
Y en natural indestructible alianza
Y poderosa formidable liga,
Clamando en fiera voz: «Guerra y Venganza»
Se arma contra su pérfida enemiga,
Y á la pelea impávida se lanza.
Deja ya, Iberia, tu esperanza vana,
Y á saber tu arrogancia se disponga
Que de las naves que mandaste ufana
La suerte que ayer cupo al *Covadonga*
Cabrá tambien á las demas mañana.
Si en esa nave al pabellon hispano
Ha sucedido el tricolor chileno,
Pronto verá tal vez el oceáno
La *Villa de Madrid* por su ancho seno
Pasear triunfante el pabellon peruano.
Mas..... peruano, chileno, ¡vano modo
De hablar!—si en igual reto nos reúnes,
Blancos iguales del insulto godo,
Glorias y triunfos nos serán comunes,
Será comun entre nosotros todo.

No esperes de las naves el retorno
Que á nuestras playas en mandar te afanes,
Que, para gloria nuestra y tu bochorno,
Ninguna volverá de Magallanes
El estrecho á pasar ni el cabo de Horno.

1866.

Á JOSÉ AYARZA,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LA SEÑORA DOÑA DOMINGA AYARZA DE AMUNÁTEGUI.

Crezca sin tasa el doloroso llanto
Que las mejillas férvido te inunda,
Y que das á la muerte
De tu madre segunda,
Que con inmenso amor supo quererte:
Llora, sin tregua llora,
Desde que luce el rayo de la aurora
Hasta que duerme el dia
Entre los brazos de la noche fria:
Que en tan amargos duelos,
En tan hondos pesares,
Tener el desgraciado anhelaria
Por ojos las estrellas de los cielos
Y por llanto las ondas de los mares!
¿Y es posible, posible ¡oh dura suerte!
Que la que ayer sentia,
Que la que ayer pensaba,
La que ayer nos amaba,
Hoy tronco sea de materia inerte,
Que ni oye la voz nuestra
Ni el tacto siente de la usada diestra?
¿Qué fué del pensamiento?
¿Qué se hizo el sentimiento?
¿En dónde está la luz de la mirada?
¿En dónde, en dónde la espresion amante
Que animaba el semblante?
¿Dónde el alma sensible, inteligente,

Por entre el claro cuerpo contemplada,
Como al traves de vidrio trasparente?
¿Hay vigorosa mente
Que la crüel necesidad comprenda,
De separarnos ¡ay! eternamente
Del ser idolatrado
Á cuyo dulce lado
Fué de la vida la difícil senda
Ménos áspera y larga;
Que con nosotros compartió la carga,
Y que por tantos años, dia á dia,
Fué nuestra inseparable compañia?
Eterno adios ya dijo
Al esposo y al hijo;
Ya partió á la morada
Por los tristes difuntos habitada;
Allí duerme en estrecho
Oscuro frio lecho
En donde es dura piedra su almohada;
Y en donde solamente
Su sombra silenciosa
De vez en cuando escuchará su nombre
Leido por la voz indiferente
Del que fije los ojos en su losa
Al visitar el mudo cementerio:
¡Oh destino misérrimo del hombre!
¡Oh de la muerte lóbrego misterio!
Era la vida en vano
De la que lloras un dolor perenne;
Que el corazon humano
Jamas la muerte en su dolor desea,
Y eterno apego á la existencia tiene,
Por infeliz que la existencia sea.
Es igual nuestra vida
Á una hermosa querida
Que con desden constante nos maltrata,
Y mas amada cuanto mas ingrata.
¡Crüel alternativa! ¡trance fuerte!
O la vida, ó la muerte:
La vida despedaza,

Crucifica, atormenta sin medida,
Y apurar hace del dolor la taza;
La muerte nos arredra é intimida,
Y su recuerdo solo nos espanta,
Y erízase el cabello
Y se hiela la voz en la garganta:
Si es proceloso el mar en que navega
La humana estirpe ciega,
Y está de escollos por do quier cubierto,
Es mas horrible y temeroso el puerto
Donde su nave destrozada llega.
Del mortal el destino,
Entre la vida y muerte, semejante
Es al del navegante
Que, náufrago y asido á débil pino,
En medio del mar vasto,
Su único asilo y esperanza viera
En islas, de antropófagos manidas,
Donde de humanos vientres será pasto,
Y que solo evitara la mar fiera
Abordando á sus playas homicidas.
Y el que se queda, en tanto
Suelta la rienda al llanto
Y se queja de Dios y desespera,
Y nada ven sus ojos
Que no irrite su pena y sus enojos!
La creacion entera
De su mismo dolor vestir quisiera:
Pero la creacion indiferente
Su desventura y su dolor no siente;
Y, como cada dia,
Á su infortunio y afliccion ajeno,
Derrama el sol sereno
Á torrentes la luz y la alegria;
Y rie la floresta,
Y rie el prado ameno,
El dolor insultando con su fiesta;
Y leda canta el ave,
Y de aromas derraman un tesoro,
Con él enriqueciendo el aura pura,

Flores de nieve y escarlata y oro;
Y en el vasto universo nada sabe
Ni de saber se cura
Cuál es la fuente de tan largo lloro,
Cuál el objeto de dolor tan grave!
Así, triste hijo, tu dolor quisiera
Que hallasen tus miradas
En todos los semblantes, por doquiera,
Las penas que te aflijen retratadas:
Y yo que te amé siempre con ternura,
Y á quien unen contigo
Desde tus tiernos dias
Mas que lazos de deudo los de amigo,
Á sentir te acompaño tu amargura
Y mezclo con tus lágrimas las mias:
Solo y triste consuelo
Que darte pueda en tan amargo duelo.
Otra voz á enjugar te invitaria
El llanto acerbo que tu pena vierte
Y á distraer dolor tan desmedido:
Yo á mas pena y mas llanto te convido;
Y ojalá que muy tarde á poseerte,
Muy tarde venga el tenebroso olvido,
Que es la segunda muerte.

1866.

AL SEÑOR DON MANUEL AMUNÁTEGUI;

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Ya cerraste los ojos que fueron
Tus estrellas, oh mísero esposo:
Ya escuchaste del labio amoroso
El postrero tiernísimo adios!
Y padeces, de aquélla privado
Que te fué tan leal compañera,
Los dolores que el alma sintiera,
Si partirla pudieran en dos.

Ay! ¡cuán mudas las solas estancias!
Ay! ¡cuán vasta la casa desierta!
De la aurora la luz te despierta,
Y á tu lado tu esposa no ves;
Ves á su hijo, le abrazas, sollozas,
Y recuerdas que en íntimos lazos
Otros dulces y tiernos abrazos
Os ligaron un dia á los tres!
Ya con alas movidas apénas,
Silenciosas, eternas, vacías
Van midiendo sus horas tus dias
En la triste quietud de tu hogar:
El dolor en la mesa te aguarda,
El dolor en el lecho te espera,
Y te aguarda el dolor donde quiera,
Y te hiere el dolor sin cesar.
Una dulce ilusion de tus sueños
Te la pinta tal vez á tu lado,
Y oir piensas su acento adorado
Que te dice: «despierta, Manuel:»
Mas despiertas, los brazos estiendes,
Y hallas mudo y vacío tu lecho,
Y tu suerte maldices, deshecho
En tristísimo llanto de hiel.
Ocho lustros la dulce costumbre
Con sus lazos unió vuestras vidas,
Que, en un cauce mezcladas y unidas,
Rios fueron que corren á par:
Del consorte raudal despojado,
Hoy, cual pobre arroyuelo de estio,
Tristemente doliéndose *un* rio
Solitario camina á la mar.
De los años que solo viviste
Ocupaba tu mente el olvido,
Cual si juntos hubierais nacido,
Cual si juntos debierais morir:
Y sin esa mitad tan querida,
Sín su amor y perenne cuidado,
Para ti jamas hubo pasado,
Ni jamas para ti porvenir.

TAYLOR INST. OXFORD

Mas aquel que imposible creias,
Que sin ella llegaras á verte,
Lo demuestra implacable la muerte
Y le arranca á tu llanto la fe:
Á tus ojos las Horas futuras
Tristes doblan la pálida frente,
Aumentando la pena presente
La ventura del tiempo que fué.

....

....

Pues quedasteis aquí solitarios,
Pobre huérfano y triste vïudo,
Estrechad mas y mas vuestro nudo,
Acreced mas y mas vuestro amor:
Ese solo consuelo te resta,
Pobre esposo, en tan único duelo;
Hijo triste, ese solo consuelo
Hoy te queda en tu inmenso dolor.

1866.

ANIVERSARIO.

Sigue un dia á otro dia,
Oh dulce patria, y el rubor los cuenta;
Que, impune todavia
Injuria tan sangrienta,
Son dos años la edad de nuestra afrenta.
Como el hijo que llora
De la madre la pública mancilla,
Bañe tu prole ahora
En llanto la mejilla,
Al ver, patria, la mengua que te humilla.
No en brazos de Amor duerma
El buen peruano, ni descanse ó ria,
Estando tu honra enferma:
Destierre la alegria
Hasta que llegue de tu triunfo el dia.

Tal dia en fin cercano
Contemplas, patria; que la armada ibera
Ya surca el oceáno,
Pidiendo tu ribera
Do el escarmiento y el baldon la espera.
Oh Abril, oh Abril, tú viste
El ultraje del pérfido enemigo
Y nuestro oprobio triste:
Sé tú tambien testigo
De la justa venganza y del castigo.

14 de Abril de 1866.

ESPAÑA.

SONETO ESCRITO AL RECIBIR LA NOTICIA DEL BOMBARDEO DE VALPARAISO.

Juntó la Muerte ante su trono un dia
Á los ministros de su furia aciaga,
Por dar la palma al que, de todos, haga
Mas fiero el cargo que á su saña fia.
Fué la sangrienta Guerra á la porfia,
El Terremoto que ciudades traga,
Incendio y Hambre y Peste, y cuanta plaga
Sirve del mundo á la señora impia.
El premio horrendo cada cual espera,
É indecisa la negra Soberana
Sus méritos iguales considera;
Mas viene España, y los laureles gana,
Que es ella de las plagas la mas fiera
Y el gran azote de la estirpe humana.

EL GARIBALDI Y LA CARTA.

Rosana, tierna hermosura,
Hechizo y lustre de Lima,
En su estancia solitaria,
Con mano diestra y prolija,
Mueve la aguja lijera
Por una roja camisa,
De esas que el insigne nombre
Deben al héroe de Niza.
Para su novio la labra
Á quien puro amor la liga,
Artillero que guarnece
De Junin la bateria;
Ya su preciosa tarea
La bella vírgen termina;
En blanco paño la envuelve
Atado con rojas cintas;
Y en tierno amoroso llanto
Inundadas las mejillas,
Estos renglones escribe
Al que ni un instante olvida:
«Bien quisiera, oh mi dueño, tu Rosana
Que el Garibaldi por sus manos hecho,
En vez de ser de tan delgada lana
Que mal bastara á protejer tu pecho,
Fuera de mano de potente hada,
De impenetrable májico tejido,
Semejante á la túnica sagrada
De que ánjel lidiador está vestido.
Cuando en los riesgos de la lucha pienso
Y crudos tiros de la Muerte ciega,
Me oprime el corazon dolor inmenso,
Y mi semblante en lágrimas se aniega.
Quisiera que tornaras á mi lado
Para escapar á tan feroz tormento.....
Perdona: soy mujer: te habré enojado;
Mas ya recojo mi cobarde acento.

Y aunque te mire mi cariño espuesto
Al ciego golpe de homicida bala,
Oprobio fuera abandonar el puesto
Que el honor, que la patria te señala.
Por la patria es la lid: con pecho fuerte
Lucha, y vuelve á mis brazos victorioso:
Pero, si encuentras en el campo muerte,
Allá en el cielo te diré mi esposo.»
Esto al guerrero adorado
Escribe la hermosa niña,
Casi en el papel borrando
Con sus lágrimas la tinta:
Dobla la carta, y solloza,
Escribe el sobre, y suspira;
Llorando sella, y llorando
Papel y presente envia:
Ante imájenes sagradas
Á su devocion queridas,
Juntando las blancas manos,
Cae luego de rodillas;
Y á Dios sus preces eleva
Y á la Vírgen sin mancilla,
Y á la que hoy del cielo es Rosa
Y un tiempo lo fué de Lima,
Para que en las olas hundan
Los bajeles de Castilla
Los valerosos guerreros
Que por nuestros lares lidian,
Y que, tornando el que adora
Con gloria, pero con vida,
Ella que llorar no tenga
De la patria en la alegria.

30 de Abril de 1866.

Á LA GUERRA.

No ya, no ya, cual las aciagas veces
En que hermanos armaste contra hermanos,
Las almas aflijidas estremeces
De los buenos peruanos.

De Sur á Norte, del Ocaso al Este,
Armado se levanta el Perú entero,
Como una sola é impaciente hueste,
Como un solo guerrero.
Que no eres hoy el execrable horrendo
Monstruo maldito cuyo nombre espanta:
Hermosas apariencias revistiendo,
Hoy eres justa y santa:
Santa para la patria y quien derrame
Su sangre y por tal madre dé la vida;
Mas para el torpe Ibero eres infame
É injusta y maldecida.
Hoy doble faz ostentas: una bella,
Otra feroz que el corazon aterra:
Ésta conviertes á la mar, aquélla
Conviertes á la tierra.
Una faz á mi patria alborozada
Alto honor y victoria vaticina:
Presagia la otra á la española armada
Derrota, oprobio, ruina.

1º de Mayo

VERSOS ESCRITOS

EN LA NOCHE DEL DOS DE MAYO.

¡Oh entusiasmo sagrado!
Padre ardiente de mártires y fuertes,
Que á los guerreros invencibles haces:
De provocar y padecer mil muertes
Los pechos que te sienten son capaces;
Del número te ries,
Y en héroe al pusilánime conviertes.
Eres licor divino
Con que el humano espíritu embriagado
Se llena de un glorioso desatino,
De una sublime celestial locura:

Por ti los riesgos de la lid no cura,
Y magnánimo olvida
Que en frágil cuerpo mora,
Sujeto al rasgo de mortal herida;
Desafiando la lluvia atronadora
De ardientes proyectiles,
Cual si le fuera invulnerable veste
El duro cuerpo del tremendo Aquíles
O de impasible lidiador celeste!
  Para aquel que, en defensa de sus lares,
En bélico ardimiento se entusiasma,
Víctima de la patria en los altares,
No, no es la Muerte el hórrido fantasma
Que ve en su lecho el infeliz doliente;
No es esa reina de terror y saña,
De huecos ojos, de amarilla frente,
Y mano armada de voraz guadaña:
Es alada doncella,
De faz resplandeciente,
Como el semblante de la Gloria bella:
Es celestial esposa
Que á placeres eternos nos convida,
Mil veces mas hermosa
Y mas dulce y risueña que la Vida.
  Bien en tan fiero desigual combate
Lo probasteis, ilustres campeones
Del honor de la patria y sus derechos,
Que á la muerte opusisteis vuestros pechos
Y caisteis al pié de los cañones!
Y tú, Gálvez heroico,
De Libertad amante inmaculado,
Que en tan alta encumbrada jerarquia
Pereciste lidiando cual soldado!
No la patria en tu losa
Derrame vulgar llanto,
Que á vida tan gloriosa
Un tan glorioso fin correspondia:
Eterno tema de sublime canto
Serás á la peruana poesia;
Su mas insigne página y mas clara

Á tu nombre dará la patria Historia,
Y ya un himno mi Musa te prepara,
Digno quizá de tu divina gloria.
¡Oh tú, del quinto mes dia segundo,
Si al altivo contrario
Eras grande glorioso aniversario,
Sélo tambien de hoy más á todo un mundo!
El Español te empaña,
Torpe eligiendo de tu sol el rayo
Para que alumbre tan inicua hazaña:
Mas, cual brillante ensayo
De cuanto hacer aguarda contra España,
El Perú tiene ya su *Dos de Mayo.*
Que esta lucha no es lucha pasagera,
Que se decide en única pelea,
Que á una generacion tan solo alcanza;
Esta es lucha inmortal: quien de paz hable
Por cobarde y traidor tenido sea;
Odio irreconciliable,
Ira, rencor, venganza,
Como preciosa herencia
De América los hijos legaremos
Á nuestra mas remota descendencia.....

OCTAVAS.

Ay! que han llegado á tan horrible punto
Mi desesperacion y negro hastío,
Que parece que encierra todo junto
Del infierno el horror el pecho mio:
Envidio el sueño eterno del difunto,
Sin que se sienta el corazon con brio
Para vibrar la cortadora espada
Que en el seno me abisme de la nada.
Noches insomnes paso, hora tras hora,
Cual la noche que pasa el desdichado
Que sabe con certeza que á la aurora
Será del nuevo dia ajusticiado:

Miro por fin la luz despertadora,
Que en nada cambia mi anterior estado,
Y un dia añade á mi vivir amargo,
Cual noche triste, como siglo largo.
No me dejó de mis felices dias
El destino implacable ni despojos:
Merecen mis eternas agonias
Eterno llanto de raudales rojos:
Aunque fuerais el mar, lágrimas mias,
Y fuerais las estrellas, oh mis ojos,
En tanto duelo, en infortunio tanto,
Ojos faltaran y faltara llanto.
La fiel memoria, contra mí ensañada,
Y que ninguna desventura olvida,
Ofrece de la mente á la mirada
Cuantas desgracias lamentó mi vida:
En vasto mar de pesadumbres nada
El alma triste sin hallar salida,
Ni divisar, cual náufrago, la playa
Donde anhelante á refugiarse vaya.
Y en tanto que sin término me aflijo,
Escucho, dulce patria, la algazara
Que levantas en justo regocijo,
Solemnizando tu victoria clara:
Bien sabes, patria, que no tienes hijo
Á quien más seas que á este triste cara,
Y si un consuelo mi dolor consiente,
El de verte feliz es solamente.
Sé feliz, oh mi patria, sé gloriosa;
Ciñan tu noble sien nuevos laureles,
Miéntras mi pecho de dolor rebosa,
Miéntras apuro del dolor las hieles;
Yo cantaré tu gloria esplendorosa
Aun sintiendo las ansias mas crüeles,
Y con el corazon despedazado
Celebraré tu venturoso estado.
Yo, patria, te daré una poesia
Que ardiente, noble, vigorosa y fuerte,
Te arme contra extranjera alevosia
Y apacigüe tus bandos y concierte;

Mas á veces tambien lágrima pia
Pueda tu hijo aflijido merecerte,
Si con el canto de tu gloria alterna
La triste voz de su congoja eterna.

Mayo de 1866.

VERSOS QUE SE SUPONEN DICHOS

POR SEJISMUNDO AL FIN DE "LA VIDA ES SUEÑO."

SEJISMUNDO: ¿Qué os admira? qué os espanta?
Si fué mi maestro un sueño
Y estoy temiendo en mis ansias
Que he de despertar y hallarme
Otra vez en mi cerrada
Prision.
(*Calderon:*) "La vida es sueño.")

No os asombreis tanto, nó,
Si en la templanza que muestro
Tan otro de mí soy yo;
Un sueño ha sido el maestro
Que tal cambio me enseñó.
Temo, fiel á su leccion,
Que, cuando más la altivez
Levante mi corazon,
Me he de encontrar otra vez
En mi lóbrega prision.
Yo con mi ejemplo te enseño,
Raza de Adan engañada,
Que *toda la vida es sueño,*
Y *el mayor bien es pequeño*
Y la mayor gloria es nada.
Nadie con dichas se engria,
Cual se engrió el alma mia,
Ni abatido desespere,
Por más que hollado se viere
De adversa fortuna impia.

Sufra su injusto poder,
Y de la pena mayor
Consuélese con saber
Que es solo un sueño el dolor,
Como es un sueño el placer.
Como, durmiendo, la mente
Dichas ó desgracias sueña,
Así, despiertos, nos miente
O triste vida ó risueña
Una ilusion mas potente.
Pues del mas grande al menor
Solo es soñar nuestra ley,
Decid, ¿qué importa en rigor
El que uno sueñe ser rey
Y el otro pobre pastor?
¿Y á mí qué me ha de valer
Soñar que monarca soy,
Yo que preso soñé ser?
Tan vano es mi cetro de hoy
Como mi prision de ayer.
Y adversa ó feliz la suerte,
Opulenta ó desvalida,
Es forzoso que la muerte
Venga al fin y nos despierte
De este sueño de la vida.
Viva pues la humana jente
Viendo que es fuerza que muera,
Viva como solamente
Dormida, y como si fuera
Á despertar de repente.
Quien me vió proceder ciego
Del orgullo con la venda,
Al fin de este caso atienda
Y en mí considere luego
El escarmiento y la enmienda.
Míreme entre tanta gloria,
Humilde, templado, blando,
Tratarla como ilusoria
Y usar de mi alta victoria,
Generoso perdonando.

Y atentos todos estén
Á obrar bien y huir el mal,
Pues en vida á un sueño igual
Es tan solo el hacer bien
Lo verdadero y rëal.

Á PROMETEO.

¿Por qué padeces tan enormes penas?
¿Por cuál empresa tan audaz y loca
De Júpiter las iras desenfrenas,
Y yaces circundado de cadenas
Sobre desnuda solitaria roca?
¿Á los hijos seguiste de la Tierra
Que, aconsejados por la fiera Diosa,
Al cielo hicieron temeraria guerra,
Y amontonando sierra sobre sierra,
Pelion alzaron sobre Olimpo y Osa?
Mas tu ayuda no obtuvo la quimera
Con que intentaba su demencia osada
Alzar empinadísima escalera
Que hasta el cielo llegase, y donde fuera
Cada montaña una jigante grada.
Compadecerte del linaje humano
De los dones de Júpiter proscrito,
Y al hombre dar con generosa mano
El radioso elemento de Vulcano:
Ese fué tu magnánimo delito!
Le igualaba del cielo la sentencia
De ciegos brutos á la abyecta plebe:
Y si la luz del arte y de la ciencia
Hoy hace ménos triste su existencia,
Á tu enseñanza, á tu piedad lo debe.
Mas vanamente al Cáucaso lejano
Con eternas fortísimas amarras
Te hizo ligar el celestial tirano,
Y el águila en tu pecho clava en vano
Su pico agudo y sus tajantes garras.

En vano irrita su furor hambriento
El siempre vivo renaciente pasto
Del palpitante corazon sangriento;
Y en vano abrasa el sol y azota el viento
La atada mole de tu cuerpo vasto.
Tan injusto cuan hórrido castigo
Con sufrimiento indómito padeces,
Sin que nunca el dolor pueda contigo
Acabar que á tu bárbaro enemigo
Humilde engrias con cobardes preces.
Nunca vendrá para su orgullo el dia
Que te arrepientas del robado fuego;
Y, aunque es rey de los mundos, todavia
Un contento le falta á su ufania:
Mirar tu humillacion, oir tu ruego.

1866.

Á UN AMIGO.

Como en la soledad de su conciencia
Retirado mortal habla consigo,
Así mi vida sin disfraz te digo
Y te muestro hasta el fondo el corazon:
Y el tuyo me descubres, y engolfados
En ese blando platicar estrecho
Que cual cristal nos transparenta el pecho,
Horas y dias cual instantes son.
La ausencia, tumba de menor afecto,
Los ciegos cambios de la Suerte impia
Y la mano del Tiempo, desafia
Una amistad tan verdadera y fiel;
Y cuando intente con su aguda espada
Nudo romper tan enlazado y fuerte,
Verá con ira la sedienta Muerte
Sus duros filos embotarse en él.

¿Qué es para el alma, que al unirse á otra alma
Del raudo tiempo el suceder olvida,
Qué es la mas lenta dilatada vida
Sino un instante que pasara ya?
En mí tú sientes, como en ti yo siento,
Que, á pesar de la Muerte y su crudeza,
La amistad nuestra que en el mundo empieza
En el cielo por siempre durará.
Me verá lamparilla vigilante
Altas verdades indagar contigo,
Y un libro ser nuestro tercer amigo
Que mas estreche nuestro lazo aún.
Yo al arte consagrado, tú á la ciencia,
Siguiendo cada cual su propio instinto,
Aspiraremos á laurel distinto,
Mas con esfuerzo idéntico y comun.
Mas no solo del ansia de la gloria
En nuestros pechos arderá la llama
Para que así los labios de la Fama
Altos loores sin cesar nos den:
Gloria ansiaremos para que esta gloria
Tambien la gloria del Perú acreciente,
Siendo siempre nuestra ansia mas ardiente
De nuestra patria el esplendor y el bien.
¡Ah! mil veces nosotros venturosos,
Si por nuestra obra grande y bienhechora
Lucir la patria la risueña aurora
Viera de gloriöso porvenir!
Mas felices aún, si siempre juntos,
Así ganando la mayor corona,
Como un tiempo La-Rosa y Taramona,
Por la patria lográramos morir!
Y juntos nuestros restos guardaria
Un sólo monumento que, cual ara
De amistad y de gloria, visitara
Religiosa la fiel posteridad!
Y oyeran nuestras sombras consoladas
Decir con pio reverente labio:
«¡Héroes amigos! oh poeta! oh sabio!
De la Patria los votos aceptad!»

LO BUENO DE ESTE MUNDO.

No es justo que viva el alma
Siempre acongojada y triste,
Que, aunque el mejor este mundo
No es de los mundos posibles,
Cosas tiene todavia,
Entre mil que nos aflijen,
Para solaz y consuelo
De los hombres infelices:
Hay aromáticas flores
Que esmaltan ricos matices;
Pájaros que dulces cantan,
Aguas que sonando rien;
Noches de luna; mujeres
Con rostros de querubines;
De amistad dulces coloquios
Y de amor indefinible;
Tiernas y amorosas madres
Que sin cesar nos bendicen;
Hay el poema de Dante
Y los de Homero sublimes,
Y hay cuadros de Rafael
Y hay música de Rossini.

1866.

EL ECO Y LA SOMBRA.

Dios con el hombre á quien ama
Siempre liberal y bueno,
Un eco le dió á su voz
Y dió una sombra á su cuerpo;
Queriendo así que, aunque huelle
Los mas desnudos desiertos,
Del todo solo no vaya
Y lleve dos compañeros.

Al uno mudo contempla
Ir á sus piés en el suelo,
Su movimiento ajustando
Á su mismo movimiento.
Al otro invisible escucha
Que responde á sus acentos,
Repitiendo á la distancia
Sus sonidos postrimeros.
La sombra á los ojos sirve
De compañia y consuelo,
Y es consuelo y compañia
De los oidos el eco.
De la sombra se imajina
El solitario viajero
Que sus pasos acompaña
Taciturno esclavo negro;
Y del eco se figura
Que amigo invisible genio
Con él á solas conversa,
Su largo viaje siguiendo.

1866.

Á LA FLOR DEL CHIRIMOYO.

¡Oh flor del trópico ardiente,
Flor cuyo aroma divino
Embriaga cual dulce vino
Que hace delirar la mente:
¿Qué importa, dí, que no muestres
Los deslumbrantes colores
De tantas altivas flores,
Brillantes joyas campestres?
Si ricos matices Flora
Rehusa á tu verde estrella,
De las fragancias en ella
La mas divina atesora.

Y á blancas flores y rojas
Puedes disputar la palma
Por el aroma que es alma
De tus balsámicas hojas.
Más perfumas un retrete
O vastísimo aposento
Que de cien flores y ciento
Espléndido ramillete;
Y en los ardores del dia
Haces que léjos trascienda
Como magnífica tienda
De varia perfumeria.
Entre flores decir puedes
Que el alto lugar disfrutas
Que merece entre las frutas
La que anuncias y precedes;
Manjar que solo debia
Servirse en regio convite
Y cuyo gusto compite
Con la celeste ambrosia.
Tal vez, en su ardiente seno
La beldad te anida, como
Rico cristalino pomo
De esencia fragante lleno.
Mis sentidos, flor del cielo,
No hartas ni ofendes jamas,
Y cuanto te aspiro mas,
Aun mas aspirarte anhelo.
Y juzgo, cuando te siento,
Que en ti la Diosa de amor
Guardó la mas pura flor
De su celestial aliento.

1866.

A UNA CIEGA.

¡Cómo hasta el alma me llega
Mirar el llanto tenaz
Con que tu pupila ciega
Silenciosamente riega
Lo marchito de tu faz!
Para la vista y el llanto,
Mezclando el mal con el bien,
Ojos nos dió el cielo santo:
Mas ¡ay! tus ojos no ven,
Ellos que lloraron tanto!
Fuentes de mar encendido,
Muertos á luz y color,
Vanos son para el sentido;
Solo sirven al dolor
Que puso en ellos su nido.
Despertando á la natura,
En vano el brillante dia
Sucede á la noche oscura:
Para ti, muy mas sombria,
Noche sempiterna dura.
¡Qué de gozos tienes ménos
Y que de bellezas pierdes!
Cielos limpios y serenos,
Frescos valles, campos verdes,
Y prados de flores llenos.
¿Cómo será que concibas
Lo que son exelsos montes,
Aguas bullentes y vivas,
Infinitos horizontes
Y lejanas perspectivas?
¡Infeliz, que el elocuente
Rostro humano no conoces,
Y hablar no ves juntamente
La faz de aquel cuyas voces
Tu oido entre sombras siente!

En vano la creacion
Allá en lo alto y á tus plantas
Ostenta su perfeccion:
Para ti bellezas tantas
Como si no fueran son.
Para tu muerta mirada
Que nunca la luz alegra
La creacion enlutada
Es una pájina negra
Del gran libro de la Nada.
Mas, si á tus ojos faltar
Pudo el oficio de ver,
¡Con cuánto exeso el pesar
Cumplir les hizo el deber
Y el oficio de llorar!
Para la vista y el llanto,
Mezclando el mal con el bien,
Ojos nos dió el cielo santo:
Mas ¡ay! tus ojos no ven,
Ellos que lloraron tanto! 1866.

Á LA FELICIDAD.

Yo vi que no eran tu mansion mis lares,
Amada entre las Diosas, y por ti
Surqué extranjeros procelosos mares,
Y apartadas rejiones recorrí.
Y cada orilla que tocó mi prora
Con labio ansioso preguntar me oyó:
¿Aquí, decidme, la Ventura mora?
Mas ¡ay! doquier me respondieron: *no!*
Id mas allá: no mereció este suelo
Que su áurea planta se imprimiera en él:
Y sin cesar su arrebatado vuelo
Sigue de playa en playa mi bajel.
Y nunca abordo á la feliz ribera
Donde me digan: *La encontraste ya:*
Antes hiere mi oido donde quiera
Ese eterno terrible *mas allá!*

Así del mundo infante en el misterio,
Anhelando tu asilo encantador,
Las islas de Fortuna y el hesperio
Jardin buscaba el hombre soñador.
Mas, viendo que en las playas no resides
De su natal Mediterráneo mar,
Mas allá de los términos de Alcídes
Tus islas bellas se lanzó á buscar.
Y en el remoto piélago de Atlante
Intrépido guïando su timon,
Iba siempre esperando mas distante
El fujitivo umbral de tu mansion.
Y en el vasto Pacífico oceáno,
Tras siglos largos, penetró tambien;
Pero, sus playas recorriendo en vano,
No halló en ninguna el suspirado Eden.
Mas siempre en lo ignorado todavia
Su fe cifraba y su ilusion tenaz;
Y *mas léjos, mas léjos* repetia,
Y nunca daba á su carrera paz.
Holló comarcas donde reina solo
De eterno estío el implacable ardor,
Y hasta los hielos últimos del polo
Lanzó el audaz bajel esplorador.
Y hoy que el nativo globo descubierto
Por donde quiera el desdichado ve,
¿Á qué mar, se pregunta, *y á qué puerto*
Para encontrar á la Ventura iré?
Mas, aunque nunca á poseerte alcanza,
Y á todos ve su decepcion comun,
No se rinde y fallece su esperanza,
Y persevera su deseo aún.
Que otra playa le queda donde vaya
De tu hermosura misteriosa en pos,
Y es la del cielo esa postrera playa
Adonde puso tu morada Dios.
Gozando allí lo que rejion alguna
Le dió del mundo, encontrará por fin
Las islas verdaderas de Fortuna,
De las Hesperias el rëal jardin.

Y sois vosotras esas islas bellas
Donde el hombre infeliz ha de abordar,
Refulgentes altísimas estrellas,
Doradas islas del celeste mar.

1866.

Á LA MITAD DE MI ALMA.

¿Cuándo será que los cielos
Á ti piadosos me junten,
Mitad ausente del alma,
Beldad misteriosa y dulce?
Tú que tan bella y perfecta
Concibe mi ardiente númen,
Sin que una sombra lijera
Tantas bellezas anuble.
¿Quién me dirá donde moras,
Qué extraña region te encubre,
Qué isla de aquellas que cantan
Los poéticos laudes?
Quizá en la opulenta Europa,
Incógnito transeunte,
En rumorosos paseos,
Entre inmensa muchedumbre,
Con miradas distraidas
Á tu lado pasar pude,
Y nada me dijo el alma
Y tu presencia no supe!
Quizá en pública morada,
Junto á ti hospedaje tuve,
Do solo delgado muro
De tu beldad me desune!
O tal vez, cuando surcaba
Del mar los campos azules,
Te llevaba á opuesta orilla
Veloz divisado buque!

Á veces la ilusa mente
Á otra contigo confunde;
Mas, presto desengañada,
Ve que no hay quien te simule:
Ve que á ninguna te iguala
Sin que tu beldad injurie,
Y que ninguna fué digna
De que mi amor la tribute.
Tras los floridos Abriles
Van los nublosos Octubres,
Y no te hallo, dueño mio,
Y tu ausencia me consume.
Acaso tambien me buscan
Tus ardientes inquietudes,
Y es, como el mio, el anhelo
Con que me llamas inútil.
¡Ah! quién sabe si tú moras
Por encima de las nubes,
En esas islas brillantes
Que la noche nos descubre,
Mas cerca de los palacios
Donde Dios sin sombras luce
Á las miradas absortas
De los ardientes querubes.
O quizá, siendo este suelo
El que mereció tu lumbre,
Ha ya infinitas edades
Que frio mármol te cubre;
Y admiró tu claro ingenio
Y tus divinas virtudes
Y tu celestial belleza
Otro siglo mas ilustre.
O quizá quieren los cielos
Que tu nacimiento alumbre
Futuro remoto dia
Que la mente no descubre.
Tal vez será que el cuidado
El pecho entonces no turbe
Y que de dolor y vicios
La humanidad esté inmune.

¡Ah! ¡por qué no quiso el cielo
Que fueran las horas dulces
De tan venturosos dias
Á entrambas vidas comunes!

1866.

EL AÑO Y LA VIDA HUMANA.

El cano Invierno con rigor impera
Sobre campiñas desoladas ya;
Mas de nuevo la jóven Primavera
Con blandísimo cetro reinará.
Es el Año una imájen de la vida
Desde la infancia hasta la edad senil;
Muere en tumba de hielo, y en florida
Cuna renace en el risueño Abril.
Mas si del Año en giro sempiterno
Sucede nueva infancia á la vejez,
Del hombre frágil tras el mustio invierno
No rie Abril por la segunda vez.

IMITACIONES

DE CANTOS POPULARES TOSCANOS

I.

Breve carta, oh bella infiel,
Mi inmensa pasion mal pinta:
Y si la mar fuera tinta
Y el cielo fuera papel,
Antes que poder pintar
Mi amor y constante duelo,
Se llenara todo el cielo
Y se secara la mar.

II.

¿No te parece, dí, mortal pecado
Robarme y no volverme el corazon?
¿Qué sacerdote, dí, te ha confesado,
Que te ha podido dar la absolucion?

III.

Á Roma la celebrada
Para ver San Pedro fuí,
Y estuve casi en la entrada:
Pero me acordé de ti,
Y me volví sin ver nada.

IV.

Á mirar el cielo ven:
¡Qué de estrellas! pues son mas
Los pesares que me das
Con tu continuo desden.

V.

Dicen que á casarte vas:
Ah! no te cases: espera;
Deja que esta triste muera
Y despues te casarás.

VI.

Perdí mi corazon, y todos dicen
Que tú lo has encontrado:
Devuélvemelo pues, niña del alma,
O dáme el tuyo en cambio.

VII.

Á ti me siento llevar,
Privado de mi albedrio,
Como el arroyuelo al rio
O como el rio á la mar.

1866.

EL DOS DE MAYO.

I.

Ardiente Númen mio,
De quien es alma patriotismo santo;
Tú que fuiste el primero
En levantar el indignado canto
Contra el ultraje del inicuo Ibero,
Y la voz despertando de otros vates,
Con tu clamor guerrero
Encendiste la patria á los combates:
Hoy que triunfante sonreir la miras,
Al universo cuenta
La vengadora lid y alta victoria
Con que dias de afrenta
Convierte en siglos de radiante gloria.

II.

Sonó en nuestras riberas
Voz espantada de la rauda Fama,
Que narraba el escándalo inaudito
Con que las españolas naves fieras
Prendieron cruda llama
En puerto inerme de la heroica Chile:
Se alza doquiera de venganza un grito;
No hay corazon peruano que no anhele
Ver llegar á los torpes incendiarios
Para que paguen tan atroz delito:
Irrita la tardanza
El impaciente anhelo de venganza:
Nadie hay que de su puesto se desvie
Ni del fiero peligro el paso tuerza:
Se burla el patriotismo de la fuerza
Y el denuedo del número se rie.

Arriba al cabo la feroz armada
Que ya, cual suele, nos venció en idea,
Y en su insensata vanidad ni áun piensa
Que diestra se alze á contrastarle osada
Y á oponerle brevísima defensa.
Cual la justicia humana
Deja de vida fugitivo plazo
Al que la ley á perecer sentencia,
Así el caudillo de la flota hispana,
Ya suspendiendo el fulminante brazo,
Tres dias nos concede en su clemencia
Para esperar la inevitable ruina
Que su justa venganza nos destina.
Mas no á vil muerte, sino á noble lucha
El peruano valiente se apercibe,
Y la amenaza escucha
Con desdeñosa mofadora risa:
Los marciales aprestos acelera,
Y con ardiente prisa
Del resonante mar en la ribera
Bélicos aparatos improvisa
Que, de virtud maravillosa llena,
Brotar parece la fecunda arena,
Como si la golpeara
De diestro mago la potente vara.
¡Oh entusiasmo! ¡oh ardor que no consiente
Ser descrito jamas de humana lira!
Parece que en el aire se respira,
O que invisible eléctrica corriente
Le lleva y comunica por doquiera;
Y ese sublime universal contagio
Que hasta del mas cobarde se apodera
Es ya de la victoria venidera
Clara prenda, certísimo presagio.
Lima al vecino amenazado puerto
Su enardecida poblacion traslada,
Y de incesante turba apresurada
Se ve el camino blanquëar cubierto:
Del mar azul junto al movible llano,
La muchedumbre que su playa inunda

Y, al fuerte impulso del trabajo activo,
Baraja sus enjambres bullidores,
Es otra mar segunda,
Es un piélago vivo
De pintorescas ondas de colores.
En rivales esfuerzos combinados,
Cada brazo se emplea
En tan santa patriótica tarea,
Que iguala razas, nivelando estados:
Que el corazon peruano es el que late
En el pecho del pobre
Á quien tiñe la faz ébano ó cobre,
Y en el del blanco y rico y del magnate;
Y hoy contra el desdeñoso
Orgullo insano y proceder perverso
Y la codicia pérfida española,
Es el Perú vastísimo coloso
De rostros ciento de color diverso,
De blancas, negras y amarillas manos,
Pero de un corazon y una alma sola.

III.

Musa de las batallas, ven y dáme
Con diestros labios alentar tu trompa,
Que con hórrido son los aires rompa
Que á lo léjos en torno se derrame:
Haz que truenen mis versos, y veloces
Vuelen del labio que tú inspiras, como
Igneas saetas ó encendido plomo,
Tronantes rimas é inflamadas voces:
Retumbe y vibre en ellos, como pudo
En los aires entónces,
El trueno horrisonante y rayo agudo
De mortíferos bronces:
Torne á ser el estrago horrendo y crudo
Y el herir y el matar en mis guerreras
Estrofas, de la lid renovadoras;
Y el glorioso combate de quien horas
Fueron la edad veloz y fugitiva,

Como en lienzo que fiel lo represente,
Para siglos sin fin haz que reviva
Y que dure en mi canto eternamente.
Mas ya siento en mi pecho que rebosa
Y en mi agitada sien apénas cabe
Tu inspiracion, oh Diosa;
Y en ágil vuelo pronto,
Cual si en la espalda me nacieran de ave
Encumbradoras alas, me remonto;
Irresistible impulso me levanta
Sobre la tierra y anchuroso ponto;
Y en el sereno cristalino campo
Del éter vasto, con segura planta
Los firmes pasos orgulloso estampo:
Hierven en mí los versos impacientes;
Á mi trémula boca
Altas voces afluyen á torrentes,
Que en rápida cadena
Un arte superior liga y coloca;
Y mi ágil pluma con presteza rara
Los albos pliegos ennegrece y llena,
Como si escrito canto trasladara.

IV.

De la ardua lid al corazon sediento
Luce el alba por fin del Dos de Mayo;
Y cuando en la mitad del firmamento
Despide el sol su mas ardiente rayo,
En los aires serenos,
Que creó Dios á la tormenta ajenos
Y que hoy osa turbar furor humano,
Principian cruda guerra
La ibera tempestad del océano
Y la peruana tempestad de tierra:
Retumba ronco trueno de contino
Del huracan marino,
Y sin cesar responde ronco trueno
Del huracan terreno;
Del humo negro dilatadas nubes

Cambian el claro dia en noche densa
Por relámpagos mil do quiera rota;
Espesa lluvia de granizo ardiente
Ondas y tierra sin cesar azota:
Y todo, todo, en confusion inmensa,
En nuestras playas apacibles miente
El estrago y el ímpetu y la saña
Con que desraiga selva corpulenta
Y en truenos y relámpagos revienta
Furiosa tempestad de la montaña.
Como leon ayuno se abalanza
Á la segura presa,
Tal desdeñoso se abalanza el Godo,
Mas que de lid, hambriento de matanza:
Pronta victoria aguarda
Sobre la vil afeminada gente,
De España hija bastarda,
Del brazo no, mas de la voz valiente; *
Pero su triunfo tarda,
Y de tan largo resistir se admira,
Y su desden primero
Trueca el soberbio en impaciente ira.
Como resiste secular encina,
Afianzada en hondísimas raices,
Al ímpetu del cierzo,
Y ni áun la frente inclina,
Así resiste el peruviano esfuerzo;
Y, al ver el español que no se abate
Mas y mas dobla su iracundo embate;
Y con frecuencia igual, de cada parte,
Serpëando entre nubes de humareda,
Raudos vuelan los rayos con que el arte
Los del tonante Jehová remeda.
No hay pasagero instante
En que del trueno el hórrido estampido
No ensordezca el oido,
Y en que del rayo la siniestra lumbre,
Los atónitos ojos no deslumbre;

* Frases de periódicos españoles.

Y cual propio elemento de la Muerte,
En ruido y luz el aire se convierte.
Parece con las armas del Averno
Lidiarse la batalla;
Y balas silvadoras,
Bombas atronadoras,
Esparcida metralla,
Y formas ciento y diferencias miles
De letales ardientes proyectiles,
Que cruzan encontrados sin sosiego
Los espacios celestes,
Cubren entrambas huestes
Con resonante bóveda de fuego.
Tiembla en torno el terreno,
Como si el Terremoto en lo profundo
De su cóncavo seno
Sus titánicos miembros prisioneros
Bramando sacudiera, y furibundo
De su cárcel la bóveda golpeara
Con vigorosa resonante frente,
Y por romperla indómito pugnara,
De sus duras prisiones impaciente.
Igual á cada parte, entre sangrientos
Horrores, se mantiene la lid cruda
De quien teatro son dos elementos;
Y cada combatiente semejando
Al elemento mismo que lo encierra,
Si como el mar el Español asalta,
El Peruano resiste cual la tierra,
O como exelsa roca á cuya planta
El mar sus ondas túmidas quebranta.
Y en vano tú, vastísima *Numancia*,
Al Leviatan inmenso semejante,
Del oceáno emperador tremendo,
Frente á la playa inmóvil te colocas,
Llama con humo y horroroso estruendo
Vomitando á la vez por tus cien bocas:
Con nada tiemblan los heroicos pechos
Que por la patria y el honor pelean;

Y aun cuando en nube mas espesa vean
Fuego en torno llover horrendamente,
Al Perú independiente
Con clamorosos gritos victorean;
Mezclándose al estruendo de los mares
Y discorde compas de los cañones
Las músicas sonoras militares,
Y el himno patrio que en ardor heroico
Inflama los peruanos corazones!
Mas de tus tiros al acierto daña
Hispano lidiador, y á tu destreza
El ciego empeño é impaciente saña
Que tus confusos tiros precipita:—
Y en torpe desperdicio,
Muchedumbre infinita
De bombas que prodigan tus descargas,
Distante aún del término pedido,
Cae para apagarse en las amargas
Ondas, tras vano amenazante ruido.
Mas tu insano furor, *Numancia* cruda,
Al fin la Suerte en nuestro daño ayuda,
Que bien tu acierto escaso
La ayuda pide del propicio Acaso.
De tus bocas lanzada bomba ciega,
De la Suerte guiada por la mano,
Hasta la Torre llega
Que el nervio encierra del valor peruano:
Allí hacinado por funesto olvido,
El negro polvo que á las graves balas
Viste del fuego las lijeras alas,
Por la bomba fatal es encendido!
Y en el desastre horrendo y repentino
Vuelan los generosos combatientes
Entre la espesa nube
Y humoso remolino
Que hasta los cielos resonando sube!

V.

Fuiste, entre cuantos héroes allí abisma,
Tú la presa mas noble de la Parca,

GALVEZ inmaculado y cual la misma
Santa Justicia incontrastable y recto,
Prez y honor de la antigua Cajamarca,
Y el hijo de la Patria predilecto;
De la Patria que, hoy huérfana de tantos
Hijos queridos que le cuesta España,
Por ti se entrega á mas aguda pena
Y tu sepulcro baña
De acerbo llanto en mas copiosa vena:
¡Ah! si mi voz en la terrena vida,
Oh Galvez inmortal, te fué querida,
Acepta grato este recuerdo breve
Que hoy mi laud te da junto á tu huesa,
Hasta que el himno de alabanza eleve
Que de mi amante Númen la promesa
Á la esperanza de la patria debe.
Y á ti, CORNELIO BORDA,
Á ti mi canto nombrará segundo,
Que en el suelo nacido de la hermosa
Nueva y mejor Granada,
Hiciste con tu muerte á todo un mundo
Tu patria dilatada!
Cual concebido en su fecundo seno
Y á sus pechos criado,
De su dolor el maternal tributo
No cesará mi patria de ofrecerte:
La faz cubierta por oscuro velo
De lamentable luto,
Lloran las Ciencias tu temprana muerte
Y de tu claro ingenio y tu desvelo,
En flor cortado, el abundoso fruto.
Tambien tu losa en lágrimas inundo,
Oh tú, DOMINGO NIETO, que dos dias
En doloroso lecho
Yaciste moribundo,
Y en cuerpo vigoroso y fuerte pecho
Mas vigoroso espíritu escondias!
No tan solo un hermano en ti lamenta
Quien contigo nació del propio seno;
Que á nadie, á nadie apellidaste amigo

Á quien estrechos lazos fraternales
No ligaran contigo,
¡Oh dechado y espejo de lëales!
Ni á ti tampoco olvidará mi verso
Ni de justa alabanza será parco
Que escuche el universo,
¡Oh noble corazon, ANTONIO ALARCO!
No á la lid peligrosa
Á ti el deber, sino el valor te llama; *
Y de él guïada, á la funesta Torre
Tu ansiosa planta corre,
Allí acechando con tenaz cuidado
El instante propicio
Para ocupar del último soldado
El mas hüido peligroso oficio; †
Al fin le ocupas con afan inquieto
Desafiando á la Muerte;
Y la Muerte aceptó tu osado reto,
De ti no perdonando los despojos,
Ni sangrientos pedazos, ni señales
Que contemplaran los fraternos ojos,
Que besaran los labios maternales.
Y el grato conocido
Rumor de sus pisadas
En vano aguardará tu atento oido
En tus desiertos silenciosos lares,
¡Oh adorada hermosísima doncella,
Que al pié de los altares
Unir pensaste á su robusta mano
Tu blanca mano delicada y bella!
Las antorchas nupciales
Que ayer regocijaban tu deseo
Se trocaron en teas funerales,
Y en endechas los cantos de himeneo!
Y mi Musa tambien de ti se acuerda,
Y te consagra mi laud rendido
Un fúnebre jemido
De su doliente cuerda,
¡ENRIQUE MONTES, que en aspecto blando

* Era bombero. † Cabo de cañon.

Y dulce rostro hermoso
Impreso demostrando
De la bondad y la nobleza el sello,
Cual á esposa gentil gentil esposo,
Alma bella juntaste á cuerpo bello!
En vano, en vano á la enlutada viuda
Preguntan por su padre idolatrado
Los hijos pequeñuelos:
Ella, llorosa y muda,
Abraza en ellos á tu fiel traslado,
Clavando húmedos ojos en los cielos.
Ni ausente se hallará, noble ZAVALA,
Tu nombre antiguo entre los claros nombres
Que en este canto premiador inscribo;
Era tu anhelo mas constante y vivo
Por la patria morir, por esa madre
Á quien un hijo indigno,
Tu hermano en sangre pero no en virtudes,
Guerra feroz enviaba
Y hacer queria de su reina esclava:
Y á Dios que tu anhelar cumplió benigno
Repetias en tu hora postrimera:
«Gracias, gracias te doy, Señor clemente,
Pues cuando ingrato á la que el ser le diera
Hiere un Zavala, tu bondad consiente
Que otro Zavala por la patria muera.»
Mas á vosotros, CÁRCAMOS ilustres,
Os crearon los cielos
Como en la sangre en la virtud hermanos,
Y de idénticas prendas adornaron
Vuestros nobles espíritus gemelos:
De ingenio igual, del mismo
Ardiente acrisolado patriotismo,
Que os hizo, con igual merecimiento,
Juntos rendir el postrimer aliento.
De vuestro fin la roedora pena
Pronto á otro hermano le abrirá la tumba,
Y con él perderá su último alivio
Anciana madre que feroz condena
Á tan largo vivir la suerte esquiva

Para que, sola y de consuelo ajena,
¡Ay! á todos sus hijos sobreviva.

VI.

Mas con rabiosa lengua
Venganza grita el peruviano bando,
Al contemplar caer tan escojidas
Víctimas, y los brios redoblando,
Hace pagar con espantable exceso
Al torpe Ibero tan preciosas vidas.
¿Quién, quién ahora encarecer podria
De los peruanos jefes las hazañas
Y el heroico valor y la osadia?
Impávidos, serenos,
Mueven do quiera la segura planta,
Y ni el creciente riesgo los espanta
Ni hace que venga su valor á ménos;
Es en vano que inmensa muchedumbre
De balas y de bombas y granadas
En torno siempre ensordeciendo llueva:
Con la voz y el ejemplo
Animar á los otros los contemplo,
Y hacer que todos con pujanza nueva,
Cual si la lid de nuevo comenzara,
Arrojen á porfia los letales
Rayos artificiales
Á la escuadra feroz de España avara.
Con firme pulso y con tenaz mirada,
Su afan heroico ni un veloz instante
Remite el valentísimo artillero;
Y cual de la Justicia disparada
Por la certera mano,
Cada entraña de acero
Que vomita el cañon republicano
Hambrienta despedaza
De los regios navios la madera
O la férrea armadura y la coraza;
Y la gran mole atravesando entera,
Tal vez por el opuesto roto lado
Sale, de muertes y de estragos harta,

Á apagarse en el piélago salado.
  En el espacio breve
Que les permiten sus flotantes casas,
Amontonados mueren y confusos
Los tristes siervos de una reina aleve:
Rabiosamente cae y agoniza
Sobre el tibio cadáver de su hermano
El doliente marino, que no espera
Que descanse á lo ménos su ceniza
De su remota patria en la ribera,
Y que tendrá por tumba el oceáno.
  Y en vez de presenciar de los lejanos
Hijos, padres y esposos
Los triunfales regresos,
Madres, hijas y esposas españolas
Ver no podrán á sus amantes manos
Llegar siquiera los helados huesos
De los que sepultaron nuestras olas.
¡Oh peruanas, templad vuestros enojos,
Que el llanto que hoy derraman vuestros ojos
Será pronto vengado
Con llanto mas acerbo y doloroso
Por ojos españoles derramado!
  Ni al soberbio caudillo
Guarda de heridas el ferrado muro
Del nadante castillo
Donde pensaba combatir seguro:
Aquí una nave, á zozobrar vecina,
Por bocas mil el oceáno bebe:
Otra, la cárcel rota
Del espíritu ardiente que la mueve,
Como cadáver flota:
Ya por doquiera á desmayar empieza
El valor en el pecho
Y en el brazo la usada fortaleza;
Ya el español, en trance tan estrecho
Vencer desesperando,
Da al temor en el ánimo cabida,
Triunfando del rubor y del despecho
El amor renaciente de la vida.

VII.

No para huir aguarda
Que al claro dia su enemiga venza,
Para que el velo de la Noche parda
Esconda de su fuga la vergüenza:
¡Y á los rayos del Sol que de occidente
Una hora y otra dista,
Del universo atónito á la vista,
Allí en cien naves á la lid presente,
Á rauda fuga lanza
La temerosa prora
Esa escuadra feroz que en esperanza
Era ya del Pacífico señora.
En vano la convida y la provoca
El peruano cañon con ígnea boca
Á combate segundo,
Á nueva lid reñida:
Desoye el reto y espantada olvida
Que la contempla el mundo,
El mundo todo á quien hacer testigo
Ofreció su jactancia
De nuestra rota y ejemplar castigo:
La Union la mira é Inglaterra y Francia
Su fuga acelerar, de pavor llena;
Y aun la inmensa *Numancia*
Mal su glorioso nombre respetando,
Cual herida ballena,
Busca su salvacion en la distancia.
Hüir, hüir la mira
El peruano guerrero y arde en ira,
De mas lucha ganoso,
De mas gloria sediento y codicioso:
Acusa de sus naves la demora
Y maldice al destino
Que le rehusa ahora
Veloces alas de huracan marino
Y en la playa le prende y encarcela,
Y de volar le priva

Por el abierto acuático camino
En seguimiento, con vapor ó vela,
De la veloz armada fugitiva.
¡Ah! si á los breves débiles navios, *
Cuya atrevida gente
Con diestra tan feliz y osados brios
Hoy segundó al terreno combatiente,
Juntaran su valor el *Huáscar* fiero
Y compañera nao
A quien dió nombre nuestro bien primero ‡
(En futuros combates vencedores)
Y esas que vió la nebulosa Abtáo †
Á fuerzas resistir tan superiores;
En pos, España, de tu huyente flota
Volaran ya nuestros guerreros prestos,
Y consumada tu espantable rota,
El mar sembraran sus aciagos restos!
No mas, no mas blasones
De ser, oh Iberia, fuerte y valerosa
Entre todas las gentes y naciones;
Ni mas se jacte tu demente lengua
De ser tu pueblo el que imposibles osa:
Borron tan negro, tan patente mengua
De hoy mas, oh Iberia, abata
Tu soberbia insensata,
Y tu enhiesta cerviz humille y doble;
Pues con tan grande y hórrido aparato
De orgullosos bajeles
Y con pujante fuerza mas que doble,
Nos cediste del triunfo los laureles,
Cuando tu brazo combatir podia
Y vida te quedaba todavia!
No, no es esa la senda,
No es ese el porte que el honor señala;
Tras tan fiera amenaza y tan tremenda
Y pomposo arrogante desafio,
Lanzar debiste tu postrera bala,
Perder debiste tu postrer navio!

* El Tumbes, el Loa y el monitor Victoria.
‡ La Independencia.
† La América y la Union.

VIII.

Tú al cielo, oh patria, en tanto
Alza la frente, de rubor desnuda,
Y en noble orgullo tu vergüenza muda
Y en risa ufana tu rabioso llanto.
Tan claro triunfo al universo muestra
Que, si castigas tarde
El ultraje alevoso de Castilla,
Tan solo fué por que la alzada diestra
Te desarmó el cobarde
Que mancillaba la suprema silla.
Bien patentizas lo que libre vales
De cadenas violentas;
Y esplendorosa pájina hoy aumentas
De tu moderna Historia á los anales,
Que á la posteridad ménos no asombre
Que la que lleva de Ayacucho el nombre.
América divina,
En tus vastas llanuras solitarias
Enciende tus volcanes,
Como grandes aereas luminarias
Que no apagan los recios huracanes!
Y á los ecos profundos
De tus inmensos caudalosos rios,
Que se llevan al mar cual otros mares
De lechos aureos y de dulces ondas,
Mezclen do quier tus bosques seculares
Y vastas selvas tenebrosas y hondas
Su música salvaje y voz agreste,
Entonando magníficos cantares
Que asciendan á la bóveda celeste!
Y tú, jigante emperador de rios,
Portentoso Amazonas,
Que ufano naces de peruana fuente,
Y de bosques umbrios
Y de selvas antiguas te coronas;
Apresura tu férvida corriente
Por el vecino dilatado imperio,

Tu festiva llegada anticipando
Al poderoso océano de Atlante;
A quien la nueva venturosa anuncies
De nuestro triunfo y del desastre iberio,
Y él alegre la cante
Y la lleve al antípoda hemisferio.

IX.

Y tú, á quien tan espléndida victoria
En grande parte adjudicar es dado;
Recibe de la Musa, ilustre PRADO,
El sincero tributo y merecido
Que el loor te anticipa de la Historia;
Y de libre poeta
Concede atento oido
Al libre canto que de un pueblo entero
La gratitud y afectos te interpreta.
Gózate en tanta hazaña
Y sé grande y glorioso entre los hombres,
Debelador de España,
Que del magno Bolívar
Y San Martin y Sucre entre los nombres,
Con áureos caractéres ves escrito
De la gloria en el fúljido volúmen,
Tu nombre por América bendito
Y celebrado por mi altivo númen.
Y pues ves que te sobra
El favor de los cielos y tu estrella,
La sucesion de tus hazañas sella
Y pon cima á tu obra:
Con el principio venturoso en ella
El venturoso medio corresponda,
Y el fin con uno y otro se compase:
De América cumpliendo la esperanza,
La interna paz con mano firme en honda
Inconmovible base
Para siglos cimenta y afianza;
Á ti por fin se deba que el peruano
Valeroso guerrero

No desnude la espada
Para hundirla en el pecho del hermano
En impía contienda,
Y para herir la guarde al estranjero
Que sus hogares codicioso invada
O que insolente su decoro ofenda.
La sangrienta Discordia furibunda,
Domada por tu diestra victoriosa,
En los abismos hunda
El durísimo cuello,
Y lívida cabeza ponzoñosa,
De quien son vivas hebras
Y enmarañado y hórrido cabello
Áspides silvadores y culebras.
Por ti el hijo segundo
Del quinto hijo del Año
Sea padre fecundo,
Aurora lisonjera,
Tras larga noche oscura,
De una divina era
De progreso, de paz y de ventura.

X.

Entra á ceñir tus lauros, y contigo
Los bravos campëones
Que fueron el terror del enemigo:
Ya os espera la ansiosa muchedumbre,
Collados coronando hasta la cima
É hinchendo inquieta los vecinos valles;
De la opulenta Lima
Ledos hollad las alfombradas calles:
Cada privado hogar con puerta ornada
Por vistosa flotante colgadura,
Cual rostro amigo, sonreir procura
Á vuestra fausta victoriosa entrada:
Al son del atambor y los marciales
Pomposos instrumentos
Y al exelso clamor de las campanas
Que cuentan vuestra gloria al firmamento,
Por los arcos magníficos triunfales

Pasad con frentes del laurel ufanas:
Ved de hechiceras vírgenes hermosas
Coronados balcones y ventanas,
Que con manos de nieve
Blancas derraman y purpúreas rosas
Y rica copia que sin tasa llueve
Sobre vuestra cabeza, oh vencedores,
De cuantas bellas y fragantes flores
Engendran en su seno
Los esmerados huertos y pensiles
De la hermosa ciudad y campo ameno
En donde cuenta el Año doce Abriles.
Blanco é iman de innúmeras miradas
Sois; á entusiastas gritos
Haceis abrirse innumerables labios,
Y en sublime patriótico alborozo
Palpitar corazones infinitos!
Os sonrie la vírgen seductora
Que siempre del valiente se enamora;
Siente, al miraros, noble envidia el mozo,
Os bendice entre lágrimas el viejo;
Y hace el curioso infante
Que la madre en sus brazos lo levante
Para mirar el triunfador cortejo.
Y entre el sonoro universal concierto
De alabanzas unánimes que escucho,
Tambien las suyas añadir advierto
Á los ancianos héroes de Ayacucho.
Sobre los lauros nuevos
Los antiguos ceñid, claros mancebos,
Que á vuestras frentes tiernas y lozanas
Trasladan ellos de sus nobles canas:
Recibiendo en la férvida alabanza
Que al héroe por el héroe se dispensa
La mas alta y honrosa recompensa
Que pudo ambicionar vuestra esperanza!

XI.

Las densas olas blandamente abriendo
Del vivo mar que vuestro pié embaraza,

Hollad la bella y anchurosa plaza
Donde se eleva el soberano templo:
Allí os espera venerable anciano,
Cuya rugosa frente
Es ya la mas antigua, en el cristiano
Orbe, que mitra episcopal circunda,
Y que la humilde gratitud profunda
Que por merced tan clara
Al Dios de las batallas debe el fuerte
Se apercibe á ofrecer al pié del ara.
Subid, subid con religiosa planta
A la morada santa
Del solo á quien humilla
Su corazon el libre y su rodilla:
Allí, puestos de hinojos, é inclinando
Á las sacras baldosas
Las coronadas sienes victoriosas,
Gracias rendid con labio reverente
Al dios de los ejércitos potente.
Él fué quien de tan alto vencimiento
Os concedió la suplicada palma:
Él entusiasmo y generoso aliento
Y heroico brio os infundió en el alma:
Vuestro mas débil brazo hizo robusto
Él, y aceró sus decaidos nervios,
Trocando doncel tímido en atleta;
Y del contrario injusto
Él quebrantó los ímpetus soberbios,
Y le cubrió de confusion secreta.
Fué su divina protectora diestra
La que trazaba la invisible curva
Que siguieran los globos inflamados
Que lanzaba la vuestra,
Y fué esa diestra, que al mas fuerte turba,
La que ahuyentó las españolas naves,
Cual desbandada turba
De temerosas aves;
Y esa diestra será la que, si intenta,
Corrido de su afrenta,
Hacer de su fortuna nuevo ensayo

El soberbio español en mar ó en tierra,
Circunde nuevo lauro á vuestra frente,
Mas fulguroso que el del Dos de Mayo:
¡Gloria á Aquel, gloria á Aquel eternamente
Que es el Dios de la paz y de la guerra!

XII.

Tú que ya el eco de mi voz conoces,
Ven, oh Fama, y aprende el canto mio;
Y sin cesar batiendo sonadora
Tus innúmeras alas y veloces,
Del ardiente ecuador al polo frio,
Del negro ocaso á la brillante aurora,
Cántalo por doquier con tus cien voces;
Llevando á los oidos
De las mas solas gentes y apartadas
Y mas remotos pueblos y escondidos
Las glorias de mi patria vencedora,
Y la exelsa merced del poderoso
Dios de Israel cuya clemencia adora,
Y cuyo nombre santo
Coronará con esplendor radioso
Este triunfal enardecido canto.

1866.

SENTENCIAS DEL INCA PACHACÚTEC.*

Sobre el que envidia al bueno.

El que tiene envidia al bueno
Saca mal del bien ajeno
Con que á sí mismo se daña,
Como la asquerosa araña
Saca de la flor veneno.

(O mas libremente:)

El que tiene envidia al bueno
Saca para sí mal dél,
Como en un jardin ameno
El áspid saca veneno
De donde la abeja miel.

Sobre el que á un tiempo envidia y es envidiado.

Aquel que, envidiado, envidia
Con doble tormento lidia:
¡Feliz aquel solamente
Á quien en doble reposo
El cielo vivir consiente
Ni envidiado ni envidioso!

Sobre los jueces venales.

Los jueces sin conciencia que á escondidas
Las dádivas reciben de las partes,
Pues son ladrones, por justicia sean
Castigados con muerte como tales.

Sobre la embriaguez, la ira y la locura.

La ira, la embriaguez y la locura
Corren parejas: mas las dos primeras
Voluntarias son siempre y pasajeras,
Y la tercera, involuntaria, dura:

* Los siguientes dichos sentenciosos que he puesto en verso pertenecen á Pachacútec, noveno de los reyes Incas é hijo del famoso Viracocha: fué gran conquistador, como su padre y todos sus antecesores, y mas gran lejislador y reformador. El P. Blas Valera, en las preciosas reliquias de su "Historia del Imperio de los Incas," aprovechadas por Garcilaso de la Vega, nos ha conservado estas y otras sentencias de este sabio monarca. Véanse los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega, Lib. 6°, cap. XXXVI.

Si á todos ves portarse de igual modo,
Merézcante, por causa diferente,
Tierna piedad el infeliz demente,
Y desprecio el airado y el beodo.

Sobre los médicos ó herbolarios.

El herbolario ó médico que solo
De algunas yerbas la virtud alcanza
Y saber no procura la de todas,
Ese tal sabe poco, ó sabe nada:
Porfiar conviene hasta saberlas todas,
Como las que aprovechan las que dañan,
Para alcanzar el codiciado nombre
Y entera ciencia, no imperfecta y vana.

Sobre el que aspira á saber lo supérfluo, no sabiendo lo necesario.

Digna es de befa y risa la mania
Del que contar presume las estrellas,
No sabiendo contar en su ignorancia
Ni los ñudos y tantos de sus cuentas.

Sobre los adúlteros.

Si al que la agena hacienda á hurtar se atreve
Justa ley al patíbulo condena,
Con mas justicia sentenciar se debe
Á la postrera irreparable pena
Al adúltero vil que roba aleve
La honra, la fama y la quietud ajena:
Pues, si riqueza aquél y éste honra y calma,
El uno roba al cuerpo, el otro á el alma.

1866.

DISPARATES.

Alaban del universo
Todos la armonia suma
Y su órden maravilloso
Y su inefable hermosura,

Mas tal órden y belleza
No solo á poner en duda,
Sino hasta á negar se atreve
Mi desvergonzada Musa.
Dadme un Mapa que la tierra,
Patria del hombre, dibuja:
Ved que de ella el oceáno
Tres cuartas partes ocupa:
Los continentes son islas
Que el mar inmenso circunda,
Cuando debieran los mares
Ser, cuando mucho, lagunas.
Si el mundo es mansion del hombre,
¿Ha sido medida justa
Que casi todo agua sea
Para la escamosa turba?
Patria del hombre á la tierra
Llaman sin razon ninguna,
Y patria de los pescados
Se puede llamar con mucha.
Nadie de alabar se cansa
La hermosa luz de la luna:
Yo confieso que es hermosa
Y que mis penas endulza;
Mas mi Musa cabalmente
En eso mismo se funda
Para quejarse de que haya
Mil y mil noches oscuras;
Y si en el mar cada tarde
Halla el sol su sepultura,
Todas las noches debiera
Arder la antorcha nocturna;
O, en vez de una luna sola,
Debiera haber dos ó muchas
Cual las que á Saturno ó Júpiter
Magníficamente alumbran:
Aunque lo mejor sería
Que el sol no se hundiera nunca
Y que hubiera un dia eterno
Sin tarde ni noche oscura.

Si bien en esta materia
Habrá quien diga y arguya,
Que para que el dulce Sueño
En el reposo nos hunda,
Es útil, es necesario
Que el universo se cubra
Con las espesas tinieblas
De la noche taciturna:
Pero ¿dormir era fuerza?
Mi curiosidad pregunta;
¿Que necesidad habia
De aquella muerte nocturna?
¿Es tan grande la distancia
Que hay de la cuna á la tumba,
Que así en pasagera muerte
Media vida se nos huya?
Es blanda la primavera:
Pues ¿por qué eterna no dura?
Y el verano y el invierno
Sin cesar con ella turnan,
En alternativa inicua
Condenándonos su furia
Á que el calor nos derrita
Y á que el frio nos entuma.
Aun al Otoño pudiera
Admitirle por sus frutas
Y por los ricos racimos
De la dulcísima uva,
Con cuya caliente sangre,
Ya dorada y ya purpúrea,
Se consuelan los pesares
Y alivian las desventuras.
Pero al invierno y verano
Hallar no puedo disculpa,
Ni compensacion discurro
Á su venida importuna.
Y ¿qué disculpa hallar pueden
Zancudos, moscas y pulgas,
Y mil molestos insectos
Que en el aire y tierra abundan,

Que nuestro pellejo horadan
Y que nuestra sangre chupan,
Que asordan nuestros oidos
Y nuestra paciencia apuran?
¿Para qué son las montañas
Y las áridas llanuras
É inhabitables desiertos
Que tanta estension ocupan?
Anchas pájinas en blanco
Del gran libro de Natura,
Donde parece que nada
Escribir supo su pluma..... .....
.....

1866.

RETRATO

QUE PARECE CARICATURA.

Un hombre conozco yo
Tan feo y malo, que habrá
Quien se le acerque, quizá,
Pero quien lo iguale, no.
No es dable que otro se encuentre
Peor del ocaso al orto,
Ni nunca mas feo aborto
Salió de un humano vientre.
La Naturaleza, cuando
Tan risibles monstruos forja,
Parece que está de gorja,
Y que los hace burlando.
Mas, como de estos caprichos,
Cuando está formal, le pesa,
Rompe airada la turquesa
En que forjó tales bichos.
¿No has visto, lector, las caras
Que el torpe lápiz produjo
De uno que aprende el dibujo,
Tan mal hechas y tan raras?

¿O las que en blanca pared
Dibujan manos traviesas?
Pues ojalá que como ésas
Fuera la de su Merced!
Sus tachas un ciego vélas:
Y como si no bastara
Tener tan hermosa cara,
Le fueron á dar viruelas.
Quedó el rostro hecho un arnero:
Mas le igualaron despues
Estragos del mal frances
Uno con otro agujero.
Del ojo derecho es tuerto,
Y del otro no muy sano;
Es su frente un vasto llano
Y su cabeza el desierto.
Jorobado tambien es;
Mas esta falta remedia
El no medir vara y media
De la cabeza á los pies.
Y aunque está pegado al suelo,
Lo sustenta tan gran base
Como si se levantase
Hasta muy cerca del cielo.
Es pedestal cada pié,
Pues cuanto crecer debió
En altura, no sé yo
Como en patas se le fué.
Que hay mortales tan felices,
Que árboles se han de llamar,
Pues van creciendo á la par
En las ramas y raices.
Poco él creció para arriba;
Muchísimo para abajo,
Aunque una gran parte trajo
Para sí la enorme jiba.
Mas, si bellos en tal grado
Miembros y facciones son,
Es la nariz la faccion
Que mas hermosa ha sacado.

Tanto que afirmarte puedo
Que el lauro disputa y gana
Á la nariz soberana
Que inmortalizó Quevedo:
La que era por arco y puntas
Espolon de una galera,
Y que de narices era
Todas doce tribus juntas.
Una gracia al tal le encuentro
Que compensa estas faltillas,
Y es que sus huecas mejillas
Se están besando por dentro.
Y aunque de tan inaudita
Fealdad su cuerpo sea,
Una alma mucho mas fea
Dentro de ese cuerpo habita:
Una alma hipócrita y ruin,
Sin nociones del deber;
Cobarde mas que muger,
Y envidioso cual Cain.
Con chicos altiva fiera,
Á grandes vilmente adula;
Fuera muy dado á la gula,
Si tan avaro no fuera.
Dar de su torpe cabeza
Justa idea desespero:
Los otros son torpes, pero
Él es la misma torpeza.
No hay vicio alguno ó defecto
Que no reuna este tal:
Es un modelo del mal,
Del vicio tipo perfecto.
Pero si, atónito y mudo,
Al ver tan negros colores,
Alguno de mis lectores
Un instante dudar pudo
Que en cuerpo y alma tan feo
Sea el hombre de quien trato,
Sepa que en este retrato
No poco lo lisongeo.

CUADROS

QUE OFRECE UN TEMBLOR POR LA MAÑANA.

¿Visteis, cuando el temblor con improvisa
Fuerza se siente al despuntar el alba,
Que, como puede, cada cual se salva,
Sin que á nada lugar le dé la prisa?
Saliendo sin zapatos y en camisa,
Flacas piernas mostrando y lucia calva,
Hacen Crispin y su mujer Grijalva
Que en medio del terror nazca la risa.
¡Cuánto oculto galan mas que de trote
Con la infamada jóven sale fuera,
Sin temor de que el público lo note!
Y hasta se ve salir ¡quién lo creyera!
Á todo un venerable sacerdote
De la impura mansion de una ramera!

INCONVENIENTES DE SER CORTO DE VISTA.

Reniego del largo estudio
Y las lecturas prolijas
Á la luz de la nocturna
Vigilante lamparilla,
Que acortaron tan temprano
El alcance de mi vista
Y que á llevar antiparras
Parece que ya me obligan:
Mas yo, por punto, no quiero
Ni lente usar todavia,
Al reves de tantos otros
Que, aunque mas que un lince miran,
Llevan el lente tan solo
Por adorno y moneria,

Y el buen tono y la elegancia
Hasta en los defectos cifran:—
Defecto y de los mayores
Que á la humanidad fastidian.
  Pues qué, si voy por la calle
De un amigo en compañia,
Que: «Mira, chico, me dice,
«En la otra acera esa chica:
«¡Qué guapa! ¡qué ojos, Dios santo!
«¡Qué boca! ¡qué dulce risa!
«No vi cara mas hermosa
«En los dias de mi vida.»
Yo, al oir tales palabras,
Muero de rabia y envidia,
Maldiciendo mis estudios
Y tanta docta vijilia;
Y en vano alargo el pescuezo
Y aguzo mas las pupilas,
Abriendo tamaños ojos
Que casi se me vacian,
Pues no miro sino un bulto
Y unas formas indecisas,
Y no veo tales ojos
Ni esa cara tan bonita.—
Mas dirán que me resarze
De no ver las caras lindas
El que no mire las feas
Que las miradas contristan;
Pero sepan que mi suerte
Es tan fiera y tan impia,
Que ni este solo descuento
Dar quiso á mi pobre vista;
Porque siempre á las mas feas
Por la acera en que voy guia
Y á mi encuentro eternamente
Burlona las precipita;
Como tambien á las viejas
De fábrica mas antigua,
De esas que á Amat alcanzaron
En su juventud florida.

Aunque lo peor no es esto,
Mas que me expongo á que digan
Que á nadie vuelvo un saludo
Y estoy con todos de riña;
Y yo que la igualdad santa
Tuve siempre por divisa
Y soy tan llano y humilde
Demócrata y socialista,
Ya por fin protestar quiero
Contra fama tan inicua,
Saludando desde ahora
Con la mayor cortesia
Á cuanta gente por esta
Y aquella acera transita,
O conocida por mí
O por mí no conocida;
Pues prefiero que de mí
Como de un loco se rian
Á que orgulloso y grosero
Me llamen todos con ira.
Pero la mayor de todas
Entre las muchas desdichas
Que el ser de vista tan corto
Me ocasiona y origina,
Es (de mi suerte reniego)
Que casi no pasa dia
En que mi flaca persona
El duro suelo no mida;
Y no sé por qué milagro,
Con tan frecuentes caidas
Y con porrazos tan fieros
Ya no me he roto la crisma:
No hay piedra en que no tropieze,
Cual puesta allí con malicia,
Ni charco en que el pié no meta,
Aun del agua ménos limpia;
Y por mi pié negligente
No hay evitada inmundicia
De cuantas en nuestras calles
Olvidó la policía;

Si paso de acera á acera,
Es tal la desgracia mia,
Que no hay carreta ni coche
Que no se me venga encima;
No hay cola en que no me enreden
Mi distraccion y mi prisa,
Ni pisoton que me yerre
Ni encontron que no reciba.
Y de tan horribles males
Aquí interrumpo la lista
Antes que al lector empieze
Á ocasionarle fatiga,
Y porque, contar queriendo
Su muchedumbre infinita,
Antes que el cuento acabara
Se me acabara la vida.

1866.

DAFNE Y APOLO.

Al Céfiro venciendo en lijereza,
Del impaciente enamorado Apolo
Huye la ninfa con artero dolo
Para encenderlo más con su esquiveza:
Al fin alcanza el dios á la belleza,
Que el Amor con sus alas socorriólo;
Mas ¡ay! que al abrazarla, abraza solo
De un árbol la durísima corteza.
Dafne es toda mujer: oh ciego amante,
Que ves de Apolo la funesta suerte,
Teme, teme desdicha semejante.
En huir la hermosura se divierte,
Y al abrazarla el pecho palpitante,
En insensible tronco se convierte!

1867.

Á UN PLÁTANO.

Á la muerte mirándote vecino,
Lleno de dolorosa simpatia,
Comparo con el tuyo mi destino;
Y aunque de ti doliéndome, imajino
Menos triste tu suerte que la mia.
Pues consuela tu vida moribunda
La tierna prole que tu seca planta,
Numerosa y bellísima, circunda,
Y llena ya de tu virtud fecunda,
Presurosa á tu sombra se levanta.
Contento de la savia te despojas
Que beben ellos, y la vida pierdes
Con menores tormentos y congojas,
Cuando tus rotas y marchitas hojas
Dejas caer sobre sus hojas verdes.
Cercado en torno de sus hijos bellos,
Tú me recuerdas á doliente anciano
Que, amoroso inclinándose sobre ellos,
Al oro de sus nítidos cabellos
Junta la plata del cabello cano.
Él dará con mas plácido semblante
Sus últimos adioses á la vida,
Pues siempre alivia tan crüel instante
El ver que queda en sucesion amante
Nuestra vida fugaz reproducida.
Mas ¡ay! no espera mi vejez temprana
En dulces hijos existir segundo;
Y sin dejar recuerdo en mente humana,
Cual humo leve, como sombra vana,
Habré pasado por el ancho mundo!
¿De qué mortal sobre la losa fria
El fiel Amor ó la Amistad no llora?
Mas ¡ay! tan solo regarán la mia
El llanto helado de la Noche umbria
Y las lágrimas puras de la Aurora!

1867.

AL HOMBRE:

OCTAVAS DEDICADAS Á MI DISTINGUIDO AMIGO MONSEÑOR PEDRO GARCIA Y SANZ.

Viviente enigma que, á ti mismo opuesto,
Con lazo que la mente desespera,
Eres extraño sin igual compuesto
De cielo y lodo, de deidad y fiera!
Te desprecio tal vez y te detesto,
Y aras tal vez mi asombro te erigiera,
Que eres á un tiempo, misterioso y doble,
Vil como nadie y como nadie noble.

Hijo pareces de señor y esclava,
De poderoso rey y de pastora,
Que ya la estirpe paternal alaba,
Ya la materna con rubor deplora:
Cuanto mas la soberbia le endiosaba
Más le confunde la humildad ahora,
Sin que nunca del todo la vergüenza
Venza al orgullo, ni el orgullo venza.

Misto el Centauro de deidad y bruto,
Finjido monstruo fué: tú lo eres cierto;
Tú del Eden vivificante fruto
En negro tronco de Sodoma ingerto;
Luz y tinieblas, regocijo y luto;
Vivo amarrado por castigo á un muerto;
Estátua en cuya frente el oro brilla,
Siendo la planta de grosera arcilla.

De antiguo templo de sin par belleza
Eres la vasta profanada ruina,
Árbol que encumbra al cielo su cabeza
Y al Orco sus raices avecina;
Eres esfinje que en mujer empieza
Y en cuerpo y garras de lëon termina;
Sirena que une, bella y repugnante,
Cola de pez á femenil semblante.

Ya, como águila, al cielo te levantas
Y abarcas lo creado con tu mente,
Ya al polvo te confundes de tus plantas
Y te arrastras cual lúbrica serpiente;
Capaz de ciencia angélica, y á tantas
Viles necesidades obediente,
Del cuerpo esclavo, si del mundo dueño:
¡Cuán grande te contemplo y cuán pequeño!
Á la par merecidos y sinceros,
Tú de infamia á los últimos apodos
De honor juntas los títulos primeros;
En ti por raros portentosos modos
Se hacen los imposibles verdaderos,
Y en ti se hermanan los contrastes todos;
Y eres, fuiste y serás para ti mismo
El mas oscuro impenetrable abismo!
No la mas alta singular hazaña,
No el mas horrendo singular delito,
Es en tu rara heroicidad extraña,
En tu rara maldad es inaudito:
Cuanto un hijo te ilustra otro te empaña,
Raza que enjendras á Neron y á Tito,
Al ruin Tersítes y al divino Aquíles,
Á excelsos héroes y á traidores viles.
Extraña madre, que al malvado y bueno
En sempiterna confusion das vida,
Eva te llamo que en el propio seno
Llevó á Abel y á Cain el fratricida;
Israel que al divino Nazareno
Enjendró y á la turba deicida;
¡Tú haces que sea, con el lazo humano,
Colon sublime de Marat hermano!
Ni de tanto contraste testimonio
Sola ofrece en comun la humana gente,
Que están fuertes un ángel y un demonio
Luchando en cada cual eternamente:
De violento discorde matrimonio
Fruto cada hombre, sin cesar se siente
Á un lado y otro arrebatar inquieto,
De horrenda lucha perennal objeto!

¿Qué ofrecen á la historia las edades?
Portentos siempre en que el asombro se harta:
Monstruos entre demonios y deidades
Do nunca el bien de su rival se aparta;
Un Temístocles vario, un Alcibiádes,
Que, el mayor en Aténas y en Esparta,
Aquí modelo de virtud austera,
Y allí de vicios repugnantes era.
Mas nadie lo celeste y lo terreno
Cual tú juntó, magnánimo y mezquino;
Ni cupo, oh César, en tan bajo cieno
Espíritu tan alto y tan divino:
¿Quién á mas vicios se entregó sin freno?
¿Quién dió mas glorias al poder latino?
¿Quién digno fué de tan opuestos nombres,
Oh vergüenza y orgullo de los hombres?
¡Cuánto en mí mismo esos contrarios siento,
El espíritu exelso y los sentidos,
Cuya eterna batalla es mi tormento,
Y ocasion inmortal de mis gemidos!
Del cielo el uno sin cesar sediento,
Los otros en el cieno complacidos:
Entre la alta razon y el bajo instinto,
¡Cuánto yo de mí propio soy distinto!
No soy mas de otro que de mí diverso;
Tan cuerdo á veces como á veces loco,
Y virtuoso no ménos que perverso,
El fango beso, las estrellas toco:
Ya me absorbe una nada, el universo
Ya es á mis ansias infinitas poco;
Y como con acérrimo enemigo,
Lucho y relucho sin cesar conmigo.
Y si yazgo tal vez en muda calma,
¡Ah! ¡cuánto más valiera la pelea!
Que del cuerpo vencida, oh débil alma,
Duermes en torpe esclavitud: mas, ea!
Despierta y lucha, y la gloriosa palma
No dejes, no, que de tu esclavo sea:
Vive siempre ó luchando ó vencedora,
Tú que naciste para ser señora. 1867.

AL VAPOR.

Duerma ya el viento en el marino llano;
Que la nave, desnuda de la vela
Que su soplo impelió, rápida vuela
Sin su socorro vano.
Tú á su jigante mole das una alma,
Un impaciente espíritu de fuego,
Que no se cura del tenaz sosiego
De la mas muerta calma.
Y en vez del ala de turgente lino,
Moviendo rauda cortadora rueda
Y alzando espuma férvida, remeda
Vasto coche marino.
No el noble bruto en largo viaje siga
Cansando el brio de su ardor bizarro,
Que á ti, cautivo en el volante carro,
Jamas domó fatiga.
Por ti la larga encadenada fila,
Cuyo rodar, competidor del vuelo,
Doble metal angosto y paralelo
Afianza y encarrila,
Semeja extraño monstruo, inmenso y vivo,
Que, cual la hermana máquina marina,
Por propio impulso y voluntad camina,
Magestuoso y altivo.
Y el humo denso, que en vagante espira
Sonando sube por el roto viento,
Es el espeso entrecortado aliento
Con que el monstruo respira.
Domador de la tierra y oceáno,
Á tu conquista voladora breves,
Que nuevos monstruos en su seno mueves,
Hijos del arte humano;
Del Austro al Aquilon rápido lleva,
Lleva desde la Aurora al Occidente
De la verdad la luz resplandeciente,
Á tantos pueblos nueva.

Y cual del Sol el fulgoroso coche,
El carro ó nave que tu fuerza guia
Do quier convierta en refulgente dia
Las sombras de la noche.

AL MISMO.

Tú que de océano y tierra
Vences las largas distancias,
Cual las distancias del éter
Vencen voladoras alas:
Por la negra red que forman
Rieles que tu curso pautan,
Ven á surcar el inmenso
Seno de mi dulce patria.
Tu velocidad abrevie
Tan espaciosas comarcas:
Junta el mar al Amazonas
Y á Túmbes el Titicaca.
Ya por ti mande á la costa
De la sierra la abundancia
Lo que á precio tan subido
Agenos campos hoy mandan;
Y en vez de la lenta mula,
Tú en breves horas traslada
Al que en la flor de sus años
Cercana muerte amenaza,
Á los valles apacibles
De la saludable Jauja
Donde la Tísis respira
Benignas fáciles auras.
Rompe erizados peñascos,
Macizos montes horada,
O con atrevido vuelo
Trepa sus cimas mas altas;
Antiguos bosques penetra;
Rios caudalosos pasa,
O en tus carros por el puente,
O en tus naves por el agua;
Salva horrendos precipicios,

Valles hondísimos baja,
Mudos desiertos anima,
Puebla soledades vastas;
Y, competidor del cóndor,
En breves dias acaba
De dar una vuelta entera
Á region tan dilatada.
El indio que mas se interna,
Con atónitas miradas
En sus dominios contemple
Tu hilera de carros larga;
Y nuevo mónstruo ver crea,
Jigante sierpe que anda
Tan veloz, cual si tuviera
De los cóndores las alas.
Tú las aldeas despierta
Dormidas en la ignorancia,
Y á la vida de la mente
Con aguda voz las llama.
Lleva do quiera el Progreso
Que, cual la creciente Fama,
Á andar enano comienza,
Mas andando se agiganta.
Tú la Ociosidad destierra,
Madre de todas las plagas,
Y á la Industria se dedique
Quien al Vicio se consagra;
La mano que, ociosa, empuña
Hoy la fratricida espada,
Rural instrumento rija
O la productora máquina;
Y extinguidas para siempre
De la Discordia las llamas,
Florezca la Paz hermosa
Y la comun bienandanza.

1867.

CANTOS DEL CAUTIVERIO.

Nos sentamos orillas de los rios
Que undosos riegan la ciudad de Belo,
Y á llorar nos pusimos sin consuelo
Al recordarte, idolatrada Sion:
Y de los tristes sauces lloradores
Que le dan sombra, en los pendientes ramos
Nuestras sonoras cítaras colgamos,
Que hiera el aura leve en triste son.
Y cuando nuestros crudos opresores
Nos dijeron: «Pulsad los instrumentos,
«Y á su brillante son vuestros acentos
«En placenteros cánticos mezclad,»
«Los himnos de la patria,» respondimos,
«¿Cómo hemos de cantar en tierra ajena?
«Y al son de nuestros grillos y cadena,
«¿Cómo cantar la dulce libertad?
«El rigor con que el cielo nos castiga
«Lamentos pide y lágrimas á mares:
«No insulteis, no insulteis nuestros pesares
«Pidiéndonos los cantos del placer:
«Calle por siempre la culpada boca
«Que abra sus labios al alegre canto;
«Ciegos queden los ojos cuyo llanto
«Se canse noche y dia de correr.»

Un anciano.

¡Cuán larga edad ha que cautivo lloro!
En los brazos maternos vine infante,
Y hoy, rugosa y doliente,
Se dobla al peso de la edad mi frente.
Antes que el sueño eterno me los cierre
Los campos miren de Salem mis ojos,
Y duerman á lo ménos mis despojos
Allá en el suelo santo
Que fué el primero que regó mi llanto.

Una vírgen.

Hija soy del dolor y el cautiverio,
Y te conozco, Sion, ¡ay! solamente
En el narrar frecuente
De la adorada madre que conmigo
Sin cesar recordaba
Tu dulce, santo, maternal abrigo:
Mas mi patria es la patria de mis padres,
No este suelo crüel y maldecido.
¡Ah! vuele presto al venturoso nido
De donde ni un momento
Se ausenta el amoroso pensamiento.

Un sacerdote.

Enjugad vuestro llanto, compañeros,
Que el instante anhelado se avecina
En que surja mas bella de su ruina,
Y nuevo asombro de la tierra sea
La hermosa emperatriz de la Judea:
Ya miro erguirse sus soberbios muros
De torres coronados; ya contemplo
Tocar las nubes el segundo templo
Que, del primero vencedor, en este
Mundo retrate la ciudad celeste.
Y tú, tú entónces, Babilonia altiva,
Que hoy bebes nuestras lágrimas ufana,
Ya no serás sino memoria vana,
Solo en las letras de tu nombre viva:
Vencedor despiadado,
De la venganza del Señor armado,
Derribará tus muros cual, violento,
Torres de nubes desbarata el viento.
Al filo de su espada
Tus hijos caerán como la yerba
Que corta el segador: en tu agonía
La suerte en vano de tu triste sierva
Envidiarás: como ella destrüida
Serás; mas no como á ella
Te dará el cielo una segunda vida
Y del sepulcro renacer mas bella.

CÁRMEN Y RAFAEL.

CÁRMEN Á RAFAEL.

Hoy que santo deber de ti me aparta,
Perdona, dulce dueño de mi vida,
Si á los frios renglones de una carta
Confio mi postrera despedida.
No es bien que verte mi valor presuma;
Huyo tu vista, y es consejo sabio
Que te declare la valiente pluma
Lo que jamas te declarara el labio.
No pienses, Rafael, que poco cueste
Á la mísera Cármen su partida,
Y sin la fuerza del favor celeste
Nunca pudiera ser por mí cumplida.
¡Cuánto tiempo fué inútil mi porfia
Y mi resolucion ha sido vana!
Y la aurora al rayar de cada dia,
Débil pensaba: partiré mañana!
Así he vivido, ¡ay triste! un año entero
De vano esfuerzo, de incesante lucha:
Cuánto el combate y mi dolor fué fiero,
Solo el cielo lo sabe que me escucha!
Y si al fin pude merecer la palma
En un combate tan reñido y fuerte,
Siento que queda destrozada el alma
Y herido siento el corazon de muerte.
Como tal vez, por arrancar la bala
De su profunda dolorosa herida,
Victorioso guerrero luego exhala
El aliento postrero de la vida;
Así yo, que arranqué de lo profundo
Del alma enferma mi pasion funesta,
Conozco que mi esfuerzo sin segundo
La vida misma, aunque triunfé, me cuesta.

Sangre mi pecho desgarrado llora,
Y de tan fuerte red al desasirme,
Aun siento, áun siento vacilar ahora
La voluntad que imajiné tan firme:
Aun me seduce la costumbre ciega,
Y á tus caricias renunciar me espanta
Ya para siempre, y á mover se niega
Trémulos pasos la cobarde planta.
Pero ¡qué dudo! mi vergüenza es harta
En que tanto durara la pelea:
Hoy sin mas dilacion, fuerza es que parta;
Sí, partiré: pues ha de ser, hoy sea.
Mas, si es fuerza dejarte pesaroso,
No aumenten tu pesar los crudos zelos:
No por hombre te dejo, que mi esposo
Es el rey de la tierra y de los cielos.
Solo por Dios te dejo, y entretanto
Que recorra estas líneas tu mirada,
Ceñirá mi cabeza el velo santo,
En santo monasterio refugiada;
Donde de Dios á la clemencia pida
Con lastimado corazon contrito,
Miéntras durare mi doliente vida,
Perdon de mi feísimo delito;
Donde con yerbas mi hambre satisfaga
Y sea mi descanso el suelo duro,
Y hecha por los cilicios viva llaga,
Pague la carne su deleite impuro.
¡Oh paciencia de Dios! seis largos años,
Hecho Luzbel de nuestras almas dueño,
Del adulterio en los mortales daños,
Hemos dormido de la muerte el sueño.
Sí; fué Luzbel quien con astuta traza
Cubrió de flores tan inmundo cieno,
Y del amor en la dorada taza
Beber nos hizo su mortal veneno.
Pero al fin el Señor de mí apiadado,
Desvaneciendo el infernal hechizo,
La horrenda enormidad de su pecado
Al ciego corazon conocer hizo.

Y al escuchar en el sagrado templo
De Dios un dia la eficaz palabra
De castigo ofrecer terrible ejemplo,
Al fin es fuerza que los ojos abra.
Desde entónces el alma no ha tenido
Un instante siquiera de reposo,
Y ni la santa voz daba al olvido
Ni quebrantaba el lazo poderoso.
Juzga cuál fué mi miserable estado,
Cuando al remordimiento dando abrigo
Á la vez que al amor, no me era dado
Ni sin ti ser dichosa, ni contigo.
Por eso me mirabas pensativa
Y tu alegria me encontraba triste,
Y á tu caricia mas ardiente y viva
Con mudo lloro responder me viste.
Ay! cada noche, miéntras tú á mi lado
Del sueño disfrutabas el sosiego,
Á mi despierto espíritu espantado
Presente estaba del Infierno el fuego.
Me mantenia sin cesar despierta
Mortal espanto hasta la aurora fria,
Quedar temiendo entre tus brazos muerta;
Si al sueño un solo instante me rendia.
¡Cuántas veces al vil cómplice lecho
Con perfecta ilusion mis tristes ojos
Catre de llamas le miraron hecho,
Donde ardian de entrambos los despojos!
Y ya sentia al celestial castigo
Raudo bajar, cual repentino trueno,
Sobre ese lecho adúltero que abrigo
Daba en mis brazos al esposo ageno.
Mas otras veces, con serena frente,
Cual casto esposo lisongero y blando,
Al mismo hijo de Dios miré presente,
El alma á sus deleites convidando.
Y una guirnalda de inmortales rosas
Del celeste jardin, y el blanco velo
Que guarda á sus castísimas esposas
Á ceñirme bajaba desde el cielo.

Piensa pués cuánto fué mi desatino,
Juzga y comprende de mi amor lo inmenso,
Cuando entre el amor tuyo y el divino
Estuvo así mi corazon suspenso.
Y pues tanto tardé en poner por obra
Mi santo pensamiento, á tu amor baste,
Como á mi culpa y mi vergüenza sobra,
Que vencido no fuiste sin contraste.
A Dios piadoso mi plegaria envío
Por que tu corazon de fuerzas arme,
Para que sufras el tormento impio
Que quisiera á mí sola reservarme.
Su pura gracia sobre ti descienda;
Él te separe de la errada via,
Tu paso encaminando por la senda
Que á la ventura celestial nos guia.
Tan noble corazon no es bien que ande
Por donde va la pecadora plebe:
Es digna de salvarse tu alma grande
Y de derecho á la virtud se debe.
Haz que, si llega alguna vez tu nombre
Á resonar al solitario oido,
Dulce nueva me lleve de que el hombre
Unico á quien amé, no va perdido.
¡Qué consuelo llevara á mi retiro,
Si supiera de ti que al soberano
Eterno bien aspiras á que aspiro,
Y al mundo fementido das de mano!
Esto á Aquel que los ánimos gobierna
Suplicará mi labio noche y dia,
De tu ventura y salvacion eterna
Ansiosa áun mas que de la propia mia:
Por que de nuevo en la feliz morada
De los gozos perennes y supremos
Nos junte pura é inmortal lazada,
Y en el Señor sin culpa nos amemos.
¡Cuál mi dolor será, si en el postrero
Jüicio estamos en opuestos lados,
Si de Dios por el fallo justiciero
Somos ¡ay! para siempre separados!

Y aunque entónces á Sion alze mi vuelo,
Volveré atrás el rostro para verte,
Y entre los gozos que me brinde el cielo
Me aflijirá tu infortunada suerte.
Y si el alma en el cielo no se olvida
De cuanto en este mundo hemos amado,
Ni allá podrá mi dicha ser cumplida,
Si te extrañan mis ojos á mi lado.

RAFAEL Á CARMEN.

Desde que me dejaste, y á mi lado
Ya no me es dado á cada instante verte,
Sin ti viviendo estoy, desesperado,
Una vida mas triste que la muerte.
Me espanta cada interminable dia
Que he de pasar sin ti, desde que empieza:
¡Qué existencia ¡ay de mí! va á ser la mia,
Privada de tu amor y tu belleza!
¿Y un dia y otro dia igual me espera?
¿Y un mes tras otro mes, y año tras año?
¿Y habré así de pasar la vida entera
En tal ausencia y en dolor tamaño?
Tan espantosa negra perspectiva
Á contemplar el alma se resiste:
Venga al punto la muerte compasiva
Vida á cortar tan solitaria y triste!
De tu partida á la terrible idea,
Que infernal sueño me parece, siento
Que mi razon se rinde y titubea,
Vencida del rigor de mi tormento.
¡Ah! si supieras, alma mia, cuánto
Es mi dolor y, cuando el mundo duerme,
Me contemplaras de profundo llanto
En mares encendidos deshacerme;

Si me pudieras ver desesperado
En el desierto lecho silencioso,
Revolverme del uno al otro lado
Sin encontrar alivio ni reposo;
Si lamentar me oyeras mi abandono
En ese lecho que por ti ser pudo
Del placer y el amor ayer el trono
Y tumba es hoy, de tu belleza viudo;
Aunque tuvieses las entrañas fieras
De dura roca ó de inflexible acero,
Pronto á mis brazos con amor volvieras
Al contemplar que por tu causa muero.
Vuelve ya, ingrata, vuelve, vida mia,
Mira que es cierto que me estoy muriendo;
La vida sin tu dulce compañia
Y á mí mismo sin ti no me comprendo.
¿Cómo tan dulces, tan antiguos lazos
Romper pudiste de tan fiero modo,
Y partir de improviso en dos pedazos
Lo que ya no formaba sino un todo?
No en union mas estrecha conceptúo
Que son entrambos ojos un sentido,
Y que dos voces que confunde el duo
Son una voz al encantado oido.
Una vez y otra leo el fatal pliego,
Y áun no sé si á mis propios ojos crea:
Y es verdad que me dejas? áun no llego
Á creer, oh mi bien, que verdad sea!
Y todo me parece un sueño horrendo
Del que en fin es forzoso que despierte,
Y á la dichosa realidad volviendo,
De nuevo espero entre mis brazos verte.
Cuando el dia fatal de tu partida
Volví, tras breve ausencia, al hogar nuestro,
Se apoderó del alma estremecida
Presentimiento súbito y siniestro.
Y comenzé, no viéndote, á buscarte
Y te llamé con angustiadas voces,
Y toda hasta la mas oculta parte
La casa recorrí con pies veloces.

Y en las estancias solas y calladas,
Otra vez recorridas y otras ciento,
Resonaban tan solo mis pisadas
Y el eco triste de mi triste acento.
Y á nuestra estancia entrando nuevamente,
Al fin es fuerza que la vista advierta
La fatal carta que á la incierta mente
Convenze que era su desdicha cierta.
Y era ese, oh Cármen, el tenaz secreto
Que en vano averiguaba mi porfia,
Cuando á la voz de mi cariño inquieto
Tu silencio ó tu llanto respondia!
Ah! no pretendas entender ni esperes
La extraña pena, cual ninguna viva,
Que sintiendo, al leer tus caractéres,
En lo hondo yo de las entrañas iba.
Sentí á cada palabra, á cada frase
Escrita por tu mano despiadada,
Como si el corazon me atravesase,
De parte á parte, tajadora espada.
Nada cerrar tan enconada herida
Puede: la hallará el tiempo siempre nueva;
Miéntras durare la doliente vida,
El solitario corazon la lleva.
Parece que ciñera sus espiras
En torno al corazon ágil serpiente,
Y que tal vez con repentinas iras
En él clavara venenoso diente.
No, no es posible que el Señor reciba
El vano sacrificio que le has hecho;
Estaba en mí tu libertad cautiva,
Tú no tenias sobre ti derecho.
Por que tú no eras tuya, sino mia,
Como yo no era mio, tuyo era:
Y pudiste dejarme! yo no habria
Sido capaz de ingratitud tan fiera.
Me dejas, Cármen, por lograr la palma
De la virtud y el premio sempiterno,
Y yo por ti cien veces diera el alma
Al inmortal suplicio del Infierno!

Aunque, ¿qué importan penas infinitas
Y gozo celestial y glorias altas?
Hay cielo para mí donde tú habitas,
Infierno hay para mí donde tú faltas.
Nada hay en el Infierno que me espante,
Si hemos de estar entre su fuego ardiente,
Cual vió á Paolo y á Francesca Dante,
Abrazados los dos eternamente!
¡Ay! al leer ese sublime canto
Juntos los dos: *De las eternas llamas,*
Clamó tu dulce labio, *no me espanto,*
Si allá te amo, oh mi bien, y si allá me amas.
Así dijiste, y á tu voz sentíme
Rey de los siglos y señor del hado,
Al ver, oh Cármen, por tu amor sublime
El mio tan fielmente retratado.
Ah! pronto, tú tambien arrepentida,
Sentirás renacer tu amor potente,
Que un amor como el nuestro no se olvida,
É invocarás mi nombre vanamente.
Maldecirás aquel fatal momento
De olvido, de ilusion y de demencia
En que en la prision negra de un convento
Para siempre enterraste tu existencia.
Y entre los cantos del postrado coro
De las vírgenes castas, á tu oido
Tan claro sonará mi «yo te adoro,»
Cual por mi labio entónces repetido.
Tan viva ante el altar, tan verdádera
Será por ti mi imájen contemplada,
Cual si yo mismo á interponerme fuera
Entre el rostro de Cristo y tu mirada.
No te valdrá ni penitente ayuno,
Ni del azote las sonantes cuerdas;
Mi recuerdo, ofreciéndose importuno,
Tan dura penitencia hará que pierdas.
Mas no pienses que oculto monasterio
De mi amor implacable te liberta;
Romperé tu violento cautiverio,
Derribaré la usurpadora puerta.

No habrá santo lugar do te asilares
Que contra mi furor no sea vano,
Y hasta del mismo pié de los altares
Te arrancará, te arrancará mi mano.
Que ya de un todo estoy desesperado,
Nada en la tierra ni en los cielos temo,
Ni habrá horror de sacrílego atentado
Que me acobarde en mi delirio extremo.

RAFAEL Á CÁRMEN.

Un año presto hará de tu partida,
Que cual siglo ha pasado lentamente,
Si hay año ó siglo que las horas mida
Al que vivió de tu beldad ausente.
Viendo que eran en vano los papeles
Que mi delirio me dictó sin cuento,
De dolor casi loco, los dinteles
Nunca dejaba del fatal convento.
Verte imploraba entre las dobles rejas
Y un instante siquiera hablar contigo,
Para que oyeras mis dolientes quejas
Y de tanto dolor fueses testigo.
Imajinar, imajinar no puedes
Los dardos que mi pecho atravesaban,
Cuando sorda te hallé cual las paredes
Que del mundo y de mí te separaban.
Aquí de todo la memoria pierdo:
Turbóme el juicio mi dolor profundo,
Y en triste lecho mi primer recuerdo
Me encuentra por tu culpa moribundo.
Larga fué y dolorosa mi agonia;
Y yo, sin esperanzas ya de verte,
Esperaba mi fin con alegria;
Pero triunfó la vida de la muerte.

Apénas vivo, me arrancó de Lima
De fiel amigo la piedad fraterna,
Creyendo que aliviara ageno clima
El mal del cuerpo y la pasion interna.
Mas no tan presto cual los otros males
El hondo mal del corazon se calma:
Cesaron mis dolencias corporales,
Mas no hallé nunca la salud del alma.
Nada distraer pudo un pecho ageno
Eternamente á cuanto tú no seas,
É indiferente y áun de hastío lleno
Contemplé las grandezas europeas.
Mujeres vi que proclamaba bellas
Como deidades la asombrada gente;
Mas deslustraba la hermosura de ellas
Tu sola imájen sin cesar presente.
En vano, en vano mi mirada amante
Otras hermosas encontrar procura,
Y para mí tu cuerpo y tu semblante
Unico tipo son de la hermosura.
La mujer mas hermosa y hechicera
Nada al alma me dice ni al sentido,
Cual si tu sexo para mí estuviera
Á ti tan solo, oh Cármen, reducido.
Siempre te amé, sin que del hombre vario
La ley universal me comprendiera,
Como amaba en el mundo solitario
El primer hombre á la mujer primera.
¡O tormento perpetuo y desmedído!
¡Amarte tanto é imposible verte!
Y no esperar conformidad ni olvido
Ni siquiera en el seno de la muerte!
¡Sentir que en cualquier parte donde fuera,
En la tierra, en el cielo, en el abismo,
Mi amor seria siempre y donde quiera
La mas íntima parte de mí mismo!
Mas ya estoy libre: nuestro amor no huella
La ley divina, ni la ley del hombre,
Ahora que duerme en el sepulcro aquella
Que solo tuvo de mi esposa el nombre.

Ve que Dios mismo nuestra union ordena,
Haciendo ahora con bondad piadosa
Que rota quede mi nupcial cadena
Antes que seas su inmortal esposa.
Viendo mi amor y que menguar no puede,
(Por tan alta piedad sea bendito!)
Cual rival generoso, á mí te cede
Y me da poseerte sin delito.
Ya queda nuestro amor santificado
Y elevado á sublime sacramento:
Ya vivir puedes con tu amante amado
Sin sentir ni causar remordimiento.
¡Cuán felices seremos! nuestra vida,
Aquella vida de perenne encanto,
Se verá renovada ó excedida,
Convertido el amor en deber santo.
Te llamará la sociedad mi esposa,
Y te verás de todos respetada;
Pero, si Lima ya te fuere odiosa,
Fijarás donde quieras tu morada.
Léjos de un mundo vano é importuno,
Nos dará asilo solitaria aldea,
Do no te pueda conocer ninguno,
Y el uno al otro su universo sea.
O iremos á vivir en el desierto
Que me será contigo un paraíso:
Yo habito el cielo por tu amor abierto,
El suelo nó que indiferente piso.
O si conmigo visitar prefieres
El mundo que abandona mi navio,
Por ti y contigo encontraré placeres
Do solo he hallado sin tu amor hastio.
¡Qué placer me será en tu compañia
Visitar las ciudades y lugares
Que me escucharon solitario un dia
Tu ausencia lamentar y mis pesares!
¡Cuántas horas pasadas nuevamente
En ese estrecho platicar süave,
El mismo siempre y siempre diferente,
Que Amor con pocas voces variar sabe!

¡O en esas dulces pláticas calladas
En que, asomado á la pupila tersa,
Con la lengua sin voz de las miradas
Lo mas secreto el corazon conversa!
Te contaré la dolorosa historia
De lo que ha sido sin tu amor mi vida,
Y no será tormento su memoria,
Si la miro por ti compadecida.
En la dicha de verte y escucharte
Iguales lo futuro y lo pasado,
Parezca el año que infeliz los parte
Horrible sueño por Luzbel enviado:
Sueño que hará mas dulce todavia
La feliz realidad que le suceda,
Como, tras noche tenebrosa, el dia
Su faz ostenta mas serena y leda;
O cual mas pura y halagüeña y grata
La luz del sol á las miradas brilla
De aquel que de los lazos se desata
De nocturna espantosa pesadilla.
Sal pués, oh Cármen, á abrazarme esposo,
Deja presto tu cárcel; considera
Que tú sola me hicieras venturoso
En esta y en la vida venidera.
Solo á tu lado la virtud comprendo,
Ser sola puedes mi adorada guia;
Y de ti y de tu ejemplo careciendo,
Me hallará impenitente la agonia.
Á Dios de mi destino darás cuenta:
Salvarme ó condenarme está en tu mano;
Mi fé conforta, mi virtud sustenta,
No amor te mueva, mas deber cristiano.
Si tu salida mi esperanza premia,
Será mi vida himno de gracias pio;
Mas será solo perennal blasfemia,
Si te niegas, crüel, al ruego mio.
De ti privado, los dolores siento
Que, en dos partida por etérea espada,
Sintiera un alma, en el sin par tormento
De vivir de sí misma separada.

No hagas, tras esperanza tan ardiente,
No hagas que el mas horrible desengaño
Mi desventura y mi dolor aumente,
Y crezca todavia mal tamaño.
¡Ah! si, los lazos que me ataban rotos,
Á honesta dicha tu crueldad resiste,
Si dar áun quieres los eternos votos,
Si tan cambiada estás de lo que fuiste;
Ah! si mi ruego gemidor se estrella,
Cual mar en roca, en tu virtud de acero,
Si no guarda tu pecho una centella,
Ni una centella del ardor primero;
Ah! si la nave á quien vestir querria
Las alas del amor y del deseo,
Á tus brazos amantes no me guia
Y á los vínculos santos de himeneo:
Ese mar que se estiende tan sereno
Se revuelva con súbita tormenta,
Y me sepulte en su rabioso seno
Antes que tanto desengaño sienta!
Oh! si así fuera!..... pero nó, no cabe
Tanto rigor en la crueldad humana:
Rápida vuela, perezosa nave,
Que ser no puede mi esperanza vana.

Así el triste sus ansias escribia,
Y de lenta acusaba
La nave voladora
Que á los brazos de Cármen le llevaba:
¡Con qué viva alegria
Rayar miraba cada nueva aurora,
De su llegada avecinando el dia!

Todo, todo calmaba sus pesares;
Para él el cielo de placer reia,
Y ventura y amor le prometia
Hasta la voz de los azules mares!
«Movida Cármen de mi ardiente ruego,
(Así hablaba consigo, enamorado)
Su sagrada prision dejará presta,
Y de nuevo á su lado
Será mi vida perdurable fiesta:
Y mayor la alegria tras la pena,
En la larga cadena
De mis felices años,
Parezca el que he vivido en el destierro
De la beldad que adoro,
Tosco eslabon de hierro
En real cadena de diamantes y oro.»
Mas no lo quiso la enemiga suerte,
Enviándole tormenta, causadora
De muerte nó, mas de fatal demora
Mas triste que la muerte;
Y holló la patria orilla el desdichado
En la mañana del siguiente dia
De aquel en que ya habia
De Cármen fenecido el noviciado.
Vuela á Lima, y el bruto que, cual dardo,
El camino devora,
Herido por la espuela punzadora,
Aun le parece á su impaciencia tardo;
Y hasta le fuera lento
El vuelo de su mismo pensamiento.
Pára al fin su fantástica carrera
En los santos umbrales del convento;
Del jadeante corcel se precipita,
Y, como á nadie viera,
Llama y golpea con violenta mano,
Cual si la puerta derribar quisiera:
Tras un breve momento
Le responde entreabriendo la portera:
«Dad á Cármen Ramirez al instante
Ésta,» le dice, y en sus manos pone

La carta que á dos vidas interesa:
«Cármen Ramirez» repitió la hermana,
«Es ella en este instante quien profesa.»
Desalado á la iglesia entónces corre,
De una curiosa muchedumbre llena,
Donde, al compas del órgano sagrado
Místico canto suena:
Ya el ministro del ara
Á la esposa de Cristo ministrara
En hostia breve, el alimento donde
Dios la tremenda majestad esconde
Que en la anchurosa creacion no cabe;
Cantaba Cármen los eternos votos,
Y escuchó Rafael el conocido
Acento de esa voz que el mas süave
Canto fué siempre á su amoroso oido:
Romper aquel espeso mar de gente
En un punto veloz su esfuerzo pudo,
Y cuando ya del coro estuvo en frente
Y miró á Cármen, le gritó: «detente,
No pronuncies tus votos: ya soy viudo.»
Tarde era ya: las sílabas finales
En los labios de Cármen resonaban
De las voces fatales
Que por siempre del mundo la apartaban:
De Rafael á la presencia y voces
Todo el concurso enmudeció suspenso;
Todos quedan inmóviles de espanto,
Y sin accion el sacerdote santo.
De rabia lleno y de furor inmenso,
Á sacrílego exceso se arrojara
Desesperado Rafael entónces,
Si Cármen con dolor no le mirara:
¡Ay! qué mirada aquélla!
¡Cuánto le dijo á Rafael en ella!
Bien mostraba su pálido semblante
De larga y cruda penitencia el sello;
Nunca empero mas bello
Resplandeció á los ojos de su amante;
Ni nunca enviaron sus celestes ojos

Mas dulce, mas angélica mirada
Que la que entonce, en Rafael clavada,
Calmó la tempestad de sus enojos.
Cual borrascoso mar, si el sol le mira
Rompiendo nubes, se apacigua luego,
Así murió de Rafael la ira
Ante aquel mudo y elocuente ruego.
Asidas de los hierros ambas palmas
Y á ellos pegado el rostro, en Cármen fijo,
Cuanto dicen las almas á las almas
Con las miradas, Rafael le dijo:
Al fin su pena reventó con llanto,
Con sollozos y agudos alaridos,
En el silencio universal oidos
Por toda la estension del templo santo.
Cuantos aquella escena presenciaron
Y á un hombre como un niño llorar vieron,
Su dolor infinito comprendieron
Y jamas de ese llanto se olvidaron.
Y era su duelo y su pasion tan fuerte,
Tan fiera su congoja,
Que solo el llanto que sin tasa vierte
Y esos sollozos que de lo hondo arroja
Libertarle pudieron de la muerte.
Tambien Cármen lloraba, y padecia
Tormento aún mas grave,
Lo que ninguna voz decir podria,
Lo que Dios solo sabe.
Al fin las recobradas religiosas
Tras espesas cortinas la ocultaron,
Miéntras á Rafael manos piadosas
Exánime del templo le arrancaron.

CÁRMEN Á RAFAEL.

¡Qué fué de mí, al oirte de repente,
Y de mi union en el solemne instante
Con mi esposo divino, al ver presente,
Tras larga ausencia, á mi terreno amante!
¡Qué fué de mí, cuando escuché tu llanto
Y tus gemidos de amargura llenos!
Nunca pecho mortal padeció tanto:
Quizá tú mismo padeciste ménos.
Luego al leer tus amorosas letras
Que enternecieran á la mas ingrata,
El alma con mil dardos me penetras,
Y la memoria de otra edad me mata.
Zeloso tuve á mi divino esposo
Con el recuerdo de un amor profano,
Y el santo lazo parecióme odioso
Que hizo que el tuyo se rompiera en vano.
Mas en el polvo prosterné la frente,
Mi ruego al cielo sin cesar implora;
Y doblando el martirio penitente,
He salido de nuevo vencedora.
Y al fin el alma serenada y quieta,
Fortalecida en el favor divino,
Al fallo omnipotente se sujeta
Hasta entender que cuanto fué convino:
Hasta entender por fin que, ni siquiera
Despues de muerta la infeliz que en vida
Tan vilmente ofendimos, ser debiera
Nuestra union por el cielo consentida.
Y aunque mi llanto sin cesar la expia,
Aun le faltaba este dolor jigante
Á esa union tan adúltera é impia,
Para que expiada fuera lo bastante.
Y es bien que el matrimonio Dios prohiba
Á aquellos cuyo crimen lo adelanta
Y que corrompen con union lasciva
Sus castos goces y su dicha santa.

Y con justo castigo determina
La suprema justicia rigorosa
Negar á la que fué tu concubina
El santo nombre y el honor de esposa.
Dios empero áun amarte me consiente;
Mas de humanas flaquezas acrisola
Aquel amor antiguo delincuente,
Y hoy en Dios te amo y con el alma sola.
Te amo cual, sin corporeas vestiduras,
Se aman de Dios á la inmortal presencia
Las vírgenes aladas criaturas
Que sexo desigual no diferencia.
Con mayor perfeccion á ti me liga
Cuanto amor cabe, puro, en alma humana,
Y soy más para ti que casta amiga,
Que santa madre, que inocente hermana.
Mi amor se ha convertido en un anhelo
De tu bien, tan continuo y tan ardiente,
Que para verte merecer el cielo
Cien muertes padeciera alegremente.
Vuélvete á Dios, oh Rafael querido,
Y dilo eterno al engañoso suelo;
Por mí, por nuestro amor yo te lo pido,
Dáme, ántes de morir, este consuelo.
Este mismo dolor que hoy te traspasa
Te lleve á esa piedad consoladora
Que á cuantos la buscaron dió sin tasa
Los inmensos caudales que atesora.
Busca el consuelo allí do solamente
Hallarle es dado al corazon humano,
Ni des el agua de mezquina fuente
Á sed que necesita un océano.
Si tanto aquí ánsias el estar conmigo,
¿Querrás de mí por siempre separarte?
Sigue la senda que te enseño y sigo
Por que vayamos á la misma parte.
Piensa, con alma á la partida presta,
Que el mundo nos separa un dia breve
Y que del cielo la perenne fiesta
Solemnizar nuestro himeneo debe.

Como aguarda pareja enamorada,
Para estrechar el nudo suspirado,
Que se acabe la espléndida morada
Digno hospedaje de su nuevo estado;
Así nosotros, desdeñando ahora
Este mundo, esperemos veladores
Que se abra la mansion merecedora
De acoger y premiar nuestros amores.
Y mi voz desoyeras? no, yo fio
Que presto Dios te arrancará al pecado,
Condolido por fin del ruego mio
Y de tan gran conquista interesado.
Sin cesar me repite una esperanza
Santa y secreta, cual de Dios promesa,
Que aplaudirá mi zelo tu mudanza
Antes que baje á la callada huesa.
Pronto será! que como seca yerba
Mi cuerpo muere, ó como flor marchita:
Ya llama Dios á su doliente sierva
Y á la morada celestial la invita.
Tal vez me asalta un ímpetu violento
De súbito morir, que por ti domo:
Alas inquietas en el alma siento
Y en cada miembro perezoso plomo.
Parece que la triste prisionera
Que ánsia mayor de libertad acosa
Solo saber tu conversion espera
Para romper su cárcel enojosa;
Volando al mundo que en su seno santo
Toda belleza y venturanza encierra
Y que reune para siempre cuanto
Por breve tiempo separó la tierra.
Mis ruegos oye: merecer procura
Esa mansion tan venturosa y bella,
Para que pronto, de tu bien segura,
Vaya á esperarte, oh Rafael, en ella.

1867.

AL SOL EN EL PONIENTE.

Mueres, excelso irradiador del dia!
Mas, como fué de rey tu nacimiento,
Así en la majestad de tu agonia
Áun eres el señor del firmamento!
Ardores pierdes y colores ganas,
Disco mayor, envejecido, muestras,
Y al fin concedes que un instante ufanas
En ti se fijen las miradas nuestras.
¿Cuál en el labio sonará del hombre
Lengua feliz, tan abundante y rica,
Que los colores y matices nombre
Que tu luz en las nubes multiplica?
¿Ni cómo nunca pintará mi verso
Las mezclas mil y visos y cambiantes,
Y el rico tinte sin cesar diverso
Y en cada cambio mas hermoso que ántes?
No del pavon la descojida cola
Tanta vistosa variedad remeda,
Ni así dora, carmina y tornasola
El arte humano la lustrosa seda.
Y de que tanto el resplandor los venza
De esas joyas celestes, carmesíes
Se tornan los topacios de vergüenza
Y amarillos de envidia los rubíes.
Te espera el océano que al decoro
De ser espejo que tu faz retrata
Junta el de dar á tu cadáver de oro
Inmensa tumba de luciente plata.
Pero entretanto que tus rayos bajen
Á la acojida que su amor prepara,
Él se consuela con tener tu imájen,
Cual sol segundo deslumbrante y clara,
Y en tu sepulcro de ondas y de llamas,
Que por tálamo un Dios envidiaria,
Con manos llenas sin cesar derramas
Diluvios de chispeante pedreria.

En las túmidas olas que al encuentro
Te salen, ya desciendes á ocultarte:
La mitad de tu disco está ya dentro
Y sobrenada la restante parte.
Mitad pareces de jigante escudo
Que rojo sale de celeste fragua
Y que apagar tan solamente pudo
Toda esa azul inmensidad del agua.
Áun arde en tierra la nevada frente
Del empinado y altanero monte;
Y junto al mar, con tu caída ardiente,
Es otro mar de fuego el horizonte.
Y presto sigue á tu mitad primera,
Dentro del seno de la mar oculta,
La otra mitad que purpureaba fuera,
Y ya todo la onda te sepulta.
Mas, aunque en ella entero te amortajes,
Áun pareces durar en los matices
Que conservan los últimos celajes
En los que adios al universo dices.
Cual lavada paleta, el occidente
Se deslustra por fin y descolora,
Y una memoria de su rey fulgente
Solo le queda al universo ahora.
Y el alma humana soñadora y triste
Se torna en ese tan solemne instante,
Y vaga sombra de tristeza viste
De la Naturaleza el gran semblante.
Y te sucede del Amor la estrella,
Clarísimo brillante, joya viva
Que orna la frente de la Tarde bella
Que se avanza callada y pensativa,
En el instante breve meditando
Que su existencia fujitiva dura,
Pues nace apénas su belleza, cuando
Muere en los brazos de la Noche oscura.

1867.

CON MOTIVO

DE LA VUELTA ANUNCIADA DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA.

«Mar de libres, Pacífico océano,
«Que de hermanas repúblicas, ufano,
«Circundas y acaricias las riberas:
«Ya de la aleve España las guerreras
«Naves, armadas de incendiantes truenos,
«Surcan veloces tus tranquilos senos.
«No á tu apacible nombre
«Que eterna paz, en venturoso agüero,
«Promete al navegante, hoy correspondas;
«Y en repentina tempestad que asombre
«El mas osado corazon de acero
«Hincha y revuelve tus serenas ondas;
«Y pues hollarlas con desprecio miras
«Tan fieros aparatos militares,
«La guerra imita y espantables iras
«De los mas turbios procelosos mares.
«No en ti permitas tal baldon; y como
«Engreido corcel, que no consiente
«Sino del dueño el conocido peso,
«Lanza del fuerte sacudido lomo
«Al que á oprimirle se atrevió imprudente;
«Tal, indignado, de tu undosa espalda
«Sacude los ibéricos navíos,
«Y estrellados en ásperos bajíos,
«Los sepulte tu líquida esmeralda.
«Mas ¿qué profiere la cobarde lengua?
«Tan insensato ruego
«Es del honor, del patriotismo mengua:
«¿Tan muerta yace nuestra fé? ¿Tan poco
«En el vigor de nuestros brazos fio,
«Que tu furor bravío,
«Desalentado, en nuestra ayuda invoco?
«¡Ah! no, jamás: en tu llanura quieta
«Quietud mas honda espárzase: respeta,

« Respeta, oh mar, las naves españolas;
« Y, cual si fuese el que tu seno oprime
« Dulce peso y amigo,
« Aquí le traigan con amor tus olas;
« No: no nos niegues el placer sublime
« De la venganza y del feroz castigo.
« Deja, deja que lleguen al alcance
« De nuestra ansiosa diestra furibunda
« Que ardientes globos en sus cascos lance
« Y en tus cavernas lóbregas las hunda:
« O las salven del último destrozo
« Que amenazando esté nuestro denuedo
« Las alas rapidísimas del Miedo. »
Así mi voz decia
Presagiando á mi patria excelsa gloria,
Y cumplió mi esperanza y profecia
Del Dos de Mayo la inmortal victoria.
Y hoy te renuevo mi plegaria ardiente:
De tu nombre á la paz siempre conforme,
Rueda nadante ó voladora vela
Deja que muevan la « Numancia » enorme,
« Blanca » altiva y ufana « Berenguela »;
Y cuantas, de armas y valor desiertas,
Huyeron presurosas, é impacientes
De curar las heridas
En sus cascos abiertas
Por nuestras crudas balas encendidas.
Si el primer escarmiento no domólas,
Las domará, las domará el segundo,
Cuando, heridas de muerte,
Pidan, por tantas bocas al beberte,
Tu abismo mas profundo.
Y en vano, en vano á la vencida flota
Otras se juntan naves altaneras:
Ya tardan: lleguen; porque llegan solo
Á ser de la derrota,
Á ser de la ignominia compañeras.
Nada, oh Iberia, nada
Arredra ya nuestro valor triunfante;
Aunque repitas la *Invencible Armada*

Que enviaste un dia en opresora guerra,
Cual móvil bosque, cual ciudad flotante,
Contra las libres playas de Inglaterra.
Una nueva belígera Venecia
Ir cortando orgullosa parecia
Las ondas cuyo enojo desafia,
Los vientos cuya cólera desprecia:
Y vientos y ondas, á la par crüeles,
Sepultaron los últimos escombros
De la selva mas densa de bajeles
Que el mar sostuvo en sus movibles hombros.
Á igual suerte y mas dura condenada
La que, de ésa rival, mandes ahora,
Verás cual la dispersa y anonada
El brio y saña del valor peruano,
Que iguale en su pujanza destructora
Á vientos y océano.

1857.

Á MEDIA NOCHE EN CHORRILLOS.

En hondo sueño reposa
La vasta mortal familia:
Yo solo jimo en vijilia
Sempiterna y dolorosa.
Y escucho desde mi lecho
El ronco son con que el mar
No cesa de acompañar
Los suspiros de mi pecho.
Somos, oh mar, parecidos:
Tú de sonar nunca dejas,
Ni yo de exhalar mis quejas
Y mis profundos gemidos.

EN LA PROFESION DE ISABEL.

«¡Y te vas, hija del álma!
¡Y me dejas, Isabel!
¡Y mis súplicas no logran
Tus pisadas detener!
¡Ah! recuerda que en mi seno
Nueve meses te llevé,
Padeciendo al darte al mundo
La congoja mas crüel:
Que güié en su primer paso
Tu indeciso débil pié,
Previniendo á tu caida
De mi brazos el sosten.
Yo esperé que á tus hermanas
Ayudaras tú tambien
Á ser báculo y consuelo
De mi lánguida vejez.
Ya podré solo mirarte
De doble reja al traves,
Que mis ansiosos abrazos
Querrán en vano romper.
Ai! espera breves años
Á cerrar con mano fiel
Mis cansados ojos tristes,
Y podrás partir despues.
Deja, deja que en la tumba
Doble yo mi cana sien,
Aunque al pesar de tu ausencia
Mas pronto la doblaré:
Oh tú que de mis amores
Eres el fruto postrer,
No me dejes, hija mia,
No te vayas, Isabel!»
—«¡Y te vas, oh dulce hermana!
¡Amadísima Isabel!
¡Ah! recuerda que en la infancia
Nuestro lecho el mismo fué:

Ah! recuerda nuestros juegos
En la plácida niñez
Que miraba nuestra madre
Con dulcísimo placer:
Y la dejas ¡ay! ingrata
Y nos dejas ¡ay! crüel!
Y es posible que el eterno
Adios último nos des!
No el estilo dulce rompas
Que, mañana uniendo á ayer,
Hoy iguala á nuestra dicha
Dia á dia y mes á mes:
Escucha nuestros gemidos
Y nuestras lágrimas ve:
No nos dejes, dulce hermana,
No te vayas, Isabel.»
—Así te hablan madre, hermanas,
Llorando mares de hiel:
Y la amistad á su ruego
El suyo junta tambien.
Y el mundo tambien te dice:
«¿Dónde vas? los pasos ten:
En la edad de los amores
¿Por qué me dejas, por qué?
Yo te prometo placeres,
Yo grandezas te daré:
Ganarás entre las bellas
De beldad insigne prez:
Prenderás mil corazones
De tus trenzas en la red,
Y en las salas, fulgorosas
Con cien lámparas y cien,
Al mirar tus atractivos
Y tu regia esplendidez,
De amor morirá cada hombre,
De envidia cada mujer:
Como leve mariposa
En un ameno vergel
Volando de flor en flor
Liba de todas la miel,

Tal volará tu capricho
De un placer á otro placer,
Sin que, tan varios cuan dulces,
Falten jamas á tu sed.
Pero sobre tanta dicha,
Pero sobre tanto bien,
Te daré que ames amada,
Que el bien de los bienes es.
Compará á la dulce vida
Que te ofrezco y cumpliré,
La espantosa que te aguarda
Bajo lúgubre pared,
En anticipada tumba,
En impenetrable Argel,
Morada de penitencia
Y de llanto y lobreguez.
En sagrada prision guarde
Un humilde parecer
Solo aquella á quien avara
De beldad natura fué:
Mas en ti á cuya hermosura
Entre todas el laurel
Dar es fuerza, aunque la Envidia
De tus gracias sea juez,
Es linaje de suicidio,
Criminal insensatez
En un claustro solitario
Tantas gracias esconder.
Áun es tiempo, incauta vírgen,
Áun es tiempo: el paso ten:
No traspases todavía
El terrífico dintel;
Ve lo que haces y no sea
Que, pesándote despues,
Un vínculo indisoluble
Quieras en vano romper.
Ve las ledas muchedumbres
Que en magnífico tropel
Hoy presento á tus miradas
Convidándote al placer.

¿Di, no escuchas los acentos
Que te envian? vuelve pués:
No me dejes, bella niña,
No te vayas, Isabel.»
— Y tu madre y tus hermanas
Y el amor y amistad fiel
Y el placer, la vida, el mundo,
Prosternados á tus pies,
Todos, todos suplicantes
Te repiten á la vez:
«No te vayas todavia
No nos dejes, Isabel.»
— Mas tú al mundo así respondes
Con heroica intrepidez:
«Vano mundo, te conozco
Y ya tus perfidias sé:
No me engaña de tus pompas
El falsísimo oropel,
Ni me halaga de tus flores
El mentido rosicler:
Ya sé que eres mar turbado
Donde el humano bajel
Vaga incierto, de las olas
Y los vientos á merced:
Sé que á tus crédulos hijos
Jamas guardaste la fe,
Que dulce miel nos prometes
Y nos das amarga hiel;
Que el amor con que nos brindas
Agua de los mares es,
Que nunca la sed apaga
Y más irrita la sed.
Amor verdadero busco,
Eterno le he menester,
Que ni los años le gasten
Ni quepan dudas en él:
Esposo darme no puedes
Como el que yo me busqué,
Aunque me dieras del orbe
El mas poderoso rey.

Puerto seguro y tranquilo,
Celeste asilo encontré
Do nunca á llegar alcanza
De viento y onda el vaiven.
Mundo traidor! falso mundo!
No al viento tus ruegos des;
Te conozco, te desprecio,
Y es tal por ti mi desden,
Que te juzgan mis amores
Corto mezquino interes
Para darte en holocausto
Al que hoy recibe mi fe.
Y pues tu fango y peligros
Trueco por tan alto bien,
Sin un suspiro siquiera
Te dice adios Isabel.
—No así á ti, madre del alma,
Madre dulcísima, á quien
Me ligan los dobles lazos
Del amor y del deber!
Y vosotras, compañeras
De mi dichosa niñez!
Ai, mi madre! ai, mis hermanas!
No mis ansias aumenteis.
No está en mí tener la planta,
Irme es ya forzosa ley;
Ved que es Dios el que me llama:
¿Quién resiste á su poder?
Mas presentes noche y dia
Á mi afecto vivireis,
Y al Señor de las clemencias
Por vosotras rogaré,
Por que un dia nos conceda
Que nos volvamos á ver
En los fúlgidos palacios
De la mística Salem.»

1867.

Á LOS PERUANOS

EN LA ULTIMA GUERRA CIVIL.

«Con temeroso son la fiera trompa»
Los espacios asorda nuevamente:
¿Á dónde corre esa confusa gente?
¿Á quién amaga esa guerrera pompa?
¿Quizá con triple fulminante flota
España torna, de vengar sedienta
En vuestra ruina la insufrible afrenta
De su reciente rota?
Mas ¡ay! vana la vuelta vengadora
Fuera ya de esa gente embravecida,
Pues con insana lucha fratricida
Vosotros mismos la vengais ahora.
No su enemiga y envidiosa diestra
Arranca á vuestras frentes, oh crüeles,
De Mayo los espléndidos laureles,
Sino la propia vuestra.
Y de la patria que os implora en vano
Despedazais el delicado seno,
Cual la crudeza del encono ageno,
Cual la barbarie del furor hispano.
Y va la Fama y su pregon avisa
Á España ya vuestra discordia loca,
Y ella su mengua olvida, y en su boca
Brilla feroz sonrisa.

1867.

Á UNA AMIGA.

Bajan sobre mis dolores
Tus palabras de consuelo,
Como el rocio del cielo
Sobre las marchitas flores.

Y mis tormentos suaviza
Tu plática consolante,
Como adormece al infante
El canto de la nodriza.
Ah! no calle todavia
Tu süave voz piadosa,
Que en blando sueño reposa
Al oirte el alma mia.
En dormida mar serena
Ir me parece vogando,
Arrullado por el blando
Acento de una Sirena!
Por breves instantes cesa
Mi antigua desconfianza,
Y escucho de la Esperanza
La dulcísima promesa.
¿Quién te da tanta dulzura?
¿Quién á tu boca halagüeña
Esas palabras enseña
Que consuelan la amargura,
Y que en mi herida crüel
Del puro labio elocuente
Cayendo van dulcemente
Cual blandas olas de miel?
Todo recuerdo temido
Así le borran tus frases,
Como si las empapases
En el agua del olvido.
Tú su risueño zafir
Vuelves al nublado cielo
Y arrancas su negro velo
Al rostro del porvenir.
Bendita por siempre seas,
Tú que de un triste te apiadas,
Y con voces encantadas
Sus pesares lisonjeas!

1868.

ÉXTASIS.

Sobre el vasto universo adormecido
Brilla en silencio la serena luna;
Duerme la mar cual plácida laguna,
Y suspenden las auras su gemido.
Todo calla en redor: ningun rüido
De la naturaleza, voz ninguna
De los dormidos hombres importuna,
En tanta paz, el solitario oido.
Y en la profunda misteriosa calma
De la tierra, del aire y océano,
El oido interior levanta el alma;
Y poseida de ferviente anhelo,
Oir espera algun rumor lejano
De la inefable música del cielo.

AL PETRARCA.

Bendita sea la feliz tibieza
Con que, zelosa de su pura fama,
Pagó tu amor la aviñonense dama
Que igualó su virtud con su belleza!
Benditos el rigor y la esquiveza
Que acrisolaron tu amorosa llama,
Y te valieron la gloriosa rama
Que hoy enguirnalda tu feliz cabeza!
Así Apolo que á Dafne perseguia,
Cuando á abrazarla llega, sus congojas
Sienten de un árbol la corteza fria.
Mas en sus ramas la deidad doliente
Halla las verdes premiadoras hojas,
Digna corona de su altiva frente.

1868.

LA PERLA SIN COMPAÑERA *

Á SU ESPOSO.

Para siempre, cual rápido sueño,
Aquel tiempo feliz ha pasado
En que, amada y amante en un grado,
Los deleites del cielo gozé:
Lima toda miró con envidia
Nuestras dichas y castos amores,
Y por fácil sendero de flores
Resbaló descuidado mi pié.
Un audaz misterioso extrangero
Á quien yo, sin saberlo, inspiraba
Vil amor, y una pérfida esclava
Me envolvieron en red infernal:
Mas no pudo domar mi constancia
El peligro de próxima muerte,
Y morir prefiriendo á ofenderte,
Di mi pecho al agudo puñal.

* Isabel M***, llamada por su singular belleza *La Perla sin compañera*, era el ornato de Lima y el orgullo é idolatría de su marido. En uno de los viajes que éste hacia á la sierra por sus negocios, se enamoró frenéticamente de ella un extrangero, un griego llamado Mauro Cordato. Habiendo buscado ocasion de acercarse á ella y siéndole esto imposible por la vida retiradísima que Isabel llevaba en ausencia de su esposo, se valió al fin de una negra, esclava de la Perla, y entre los dos, con engaño infernal, lograron hacerla ir á un lugar retirado, cerca de la alameda de los Descalzos. Allí Cordato, despues de haber intentado en vano lograr sus pretensiones, loco y furioso de amor y de despecho, la dió de puñaladas, y juzgándola muerta, mordió en seguida la boca de una pistola, con que se quitó la vida. Á la Perla la recogieron toda bañada en su sangre y sin sentido; y solo despues de una larga agonía, pudo sanar, viviendo todavía muchos años. Pero, qué vida! su marido, víctima de unos zelos frenéticos, pasó é hizo pasar á Isabel la mas atroz y atormentada existencia.—El autor no pierde la esperanza de escribir un dia esta lamentable historia, cuyos pormenores sabe de boca de la hija misma de aquella infeliz, la cual, al narrárselos, le declaró que no hacia mas que repetirle con la posible fidelidad la relacion que de tan trágicos acontecimientos le habia hecho á ella su desgraciada é inocente madre, la víspera de su muerte.

El deber y el amor á par fueron
De mi fe combatida el escudo;
Mas, si entonce el deber tanto pudo,
Aun sin él me bastaba el amor:
Y al caer, en mi sangre inundada:
«Dulce esposo, clamé, por ti muero»
Y tu nombre fué el nombre postrero
Que en mis labios oyó el matador.
¡Ah! por qué su puñal, mas certero,
Insanable no me hizo la herida!
¡Para qué he recobrado la vida,
Si te miro dudar de mi fé!
Yo que quise la vida tan solo
Para ti, dulce bien, y contigo,
Sin tu amor hoy la vida maldigo
Que por él tan preciosa me fué.
Tus recelos me dan lenta muerte:
Cese, cese este largo combate:
Toma al fin una espada que mate
De una vez á la triste Isabel:
¡Ah! yo misma me abriera gustosa
Este fiel corazon, si creyera
Que, despues de mi muerte siquiera,
Mi inocencia leyeras en él.
¡Fuera mi alma visible á tus ojos!
¡Fuera el pecho cristal transparente,
Por que vieras desde hora patente
Cuán injusto es tu largo desden!
Lo sabrás algun dia en el mundo
Donde no entran ni dudas ni zelos,
Porque en él, sin engaños ni velos,
Cara á cara las almas se ven.
Si del mundo el error me condena
Y te aplaude, yo invoco, yo espero
En el juez imparcial y severo
Que nos ha de juzgar á los dos:
Me oirás en el último trance,
En esa hora en que el labio no miente,
Repetirte que soy inocente
Ante el santo ministro de Dios.

Mas, si acaso la voz del que muere
No bastara á borrar del delito
La sospecha tenaz, yo te cito
Para el juicio tremendo final:
Allí, en faz del humano linaje
Convocado ante el trono divino,
Oirás de mi propio asesino
Que tu esposa te ha sido leal.
Los que un dia á Isabel conocisteis,
¡Cuántas lágrimas diérais al verla!
Ya no luce de Lima la Perla,
La que todos llamabais sin par:
De su seno el dulcísimo abrigo
Hoy le niega su concha querida:
¡Pobre perla olvidada, perdida
En los negros abismos del mar!
Mas adios, que la Muerte me aguarda
Y me llama, sus brazos abriendo:
Á mis hijos no mas te encomiendo;
Son tus hijos, esposo, tambien:
Estas prendas te daba tu esposa
En aquellos dulcísimos dias,
En que, libre de dudas impias,
Solo en ella cifrabas tu bien.
Y vosotros, pedazos del alma,
Que reis, mi dolor ignorando,
Sed felices, mis hijos, y cuando
De algun labio la amiga piedad
Mi tristísima historia os relate
Y mis fieras desgracias lamente,
Bendecid á una madre inocente
Y de un padre el rigor perdonad.

1868.

AL ÁNGEL DE MI GUARDA.

Tú que por mi amor trocaste
El empíreo por el suelo,
Amoroso, inseparable,
Si invisible compañero;
Tú que en la débil infancia
Me salvaste de mil riesgos,
Escucha, celeste hermano,
Escucha mi humilde ruego.
Tú la flor de mi inocencia
Resguardaste largo tiempo
De la tempestad mundana
Y de sus impuros vientos:
Entónces te contemplaban
Tal vez mis felices sueños
Mas bello que cuanto nunca
Despiertos mis ojos vieron:
Tus alas me cobijaban,
Me arrullaban tus acentos,
Bien como al niño dormido
Arrulla el canto materno.
Que entónces mi alma inocente
Era purísimo espejo
Donde tu rostro veias
Y te agradabas en verlo;
Mas del mundo corrompido
Al fin el impuro aliento
De espejo que tanto amabas
Manchó los cristales tersos.
Tú sin embargo piadoso,
Con amor mas que fraterno,
Tus inspiraciones santas
Dabas al culpable pecho:
Pero yo las desechaba
Con ingrato menosprecio,
Y en la senda de los vicios
Me desbocaba sin freno.

¡Cuántas veces te he obligado
Á hollar lugares secretos,
Indignos de las miradas
De un habitante del cielo!
Y al ver mis torpes delitos,
La faz en grana tiñendo,
Á tus castísimos ojos
Formaron tus alas velo!
Empero nunca en el crímen
Me has consentido sosiego,
Y con la voz siempre me hablas
De santo remordimiento.
Tú mi enmienda solicitas:
Yo sin cesar la difiero,
Y tus esperanzas burlo
Y tu amistad desconsuelo.
Tal vez no dista el instante
De mi vida postrimero,
Que á comparecer me lleve
Ante el tribunal supremo:
Ya me parece que triste
Y turbado te contemplo,
Al ser forzoso testigo
Contra tan querido reo:
Ya te oigo en mi larga vida
Contar apénas, jimiendo,
Uno ó dos actos virtuosos
Entre mil actos perversos.
Y al fulminar la sentencia
El juez airado y tremendo,
Que con los lobos me junte
Y aparte de los corderos,
Tú, forzado á separarte
De tu dulce compañero,
Le enviarás con las miradas
El último adios eterno!
¿Y qué será de mí entónces,
Cuando te mire con lento
Vuelo alejarte, el lloroso
Rostro divino volviendo,

Y yo arrastrado me sienta
Á la morada del fuego
Y toque su umbral ardiente,
Cuando tú el umbral del cielo!.....
Ah! no, no sea: de Dios
Alcanze tu pio ruego
Que su misteriosa gracia
Salve mi postrer momento;
Por que en el último dia
Del transitorio universo,
Lleves á tu excelsa patria
Á este tu hermano terreno;
Y estrechamente enlazando
Con mutuo brazo los cuellos,
En sus pórticos fulgentes
Paremos el raudo vuelo:
Y allí entre tantas venturas,
Y allí entre tantos contentos,
No será tu compañia
Lo que me deleite ménos.

1868.

Á DON JOSÉ GÁLVEZ.*

¿Y de la tumba en el sagrado seno
Aun te persigue la venganza impia?
Mas el inicuo, en su odio contra el bueno,
Áun no perdona á su ceniza fria!
Y los que ayer rieron con tu muerte,
Que fué de un mundo universal lamento,
Hoy no quisieran ni en imágen verte
De Mayo coronando el monumento.
Y es razon; que áun en mármol tu semblante,
Como ya en vida tu presencia austera,
Cruda amenaza á la maldad triunfante
Y perennal remordimiento fuera.

* Con motivo de un supremo decreto en que se prohibia que fuera puesta su estátua en el monumento del Dos de Mayo.

Y creyeran tu mármol impaciente
Ver arder á su vista en ira santa,
Y ellos bajaran con rubor la frente
Y aterrados cayeran á tu planta.
Mas, si á tus manes el honor postrero
Niega la envidia, en su rencor constante,
Pronto será que el popular dinero
Monumento mas digno te levante.
Aunque el mas digno de tus altos hechos
No son mármol ni bronce; no, tu gloria
Otro tiene mayor en nuestros pechos
Donde olvido no teme tu memoria.
Y en asilo tan santo y tan secreto
Seguro vives, porque allí no alcanza
Poder sañoso, infamador decreto,
Ni torpe envidia, ni feroz venganza.

1868.

Á DIOS.

¿Qué aguda inteligencia,
Angélica ó mortal, penetrar sabe,
Señor, tu arcana esencia?
¿En cuál tan vasto pensamiento cabe
Tu infinita grandeza
Que nunca acaba, que jamas empieza?
En el principio fuiste
Y serás en el fin: que el solo eres
Que por sí propio existe:
Solo existen por ti los demas seres;
Y es vano ser prestado
El que anima, Señor, á lo creado.
Solo tu vida es vida:
No hay cuento prodigioso de guarismo
Que tu principio mida;
Que eres eterno padre de tí mismo;
Y de círculo á modo,
De ti sale y á ti regresa todo.

De tu vital presencia
Todo lo hinches, Señor: eres esfera
Cuya circunferencia
No miro en parte alguna; mas doquiera,
Doquier, Señor, encuentro
El portentoso inacabable centro.
Y yo, débil gusano,
Yo de la nada vil hijo doliente,
Quiero entender en vano
Cómo duras, Señor, eternamente,
Cuando de un hilo asida
Está mi triste pasagera vida.
Y miéntras que tú llenas
La eternidad pasada y la futura,
Rápido instante apénas
Del hombre frágil la existencia dura,
Y como sombra vana,
Ni tuvo ayer, ni logrará mañana.
Miéntras en ti mas pienso
Y más tu arcana magestad medito,
Te me haces mas inmenso;
Y perdida en tu piélago infinito,
Mi náufraga barquilla
Ni encuentra fondo ni divisa orilla.
Y como los fulgentes
Rayos no ven del sol ojos terrenos,
Yo así, Sol de las mentes,
Cuánto más brillas, te distingo ménos,
Y creciendo tu fuego,
Desmayo al fin, desatinado y ciego.
Oh pensamiento, tente:
No divinos arcanos arrogante
Indagues vanamente;
No quieras abarcar, cual loco infante,
En tu pequeña mano
El inmenso caudal del océano.

1868.

UN PRÍNCIPE INDIO,

AL CASARSE CON UNA ESPAÑOLA.

La nieve de nuestros montes
En tu tez cándida brilla,
Y en tus cabellos el oro
Que sus entrañas nos crian:
Semeja la viva grana
Que colora tu mejilla
Purpurea tarde que muere
En sus blanquísimas cimas;
Y el azul de nuestro cielo
Y de nuestra mar dormida
Tiñe de tus dulces ojos
La transparente pupila.
¡Oh bellísima española,
Ante ti todas se eclipsan,
Como ante el Sol las estrellas,
Nuestras beldades nativas:
Que nunca copia su frente
Y su cabello no imita
La nieve de nuestros montes
Ni el oro de nuestras minas.
Solo por ti, blanca vírgen,
Olvidar pude que es mia
La sangre vertida á mares
De los infelices Incas.
Desde mis años mas tiernos
En ser de vengar ardia
Á mi patria esclavizada
Y asesinada familia:
Y era este ardiente deseo
De venganza y de justicia
El desvelo de mis noches
Y el ensueño de mis dias.

Pero miré tu hermosura,
Sentí tu gracia divina,
Mas temible que los rayos
Que tus compatriotas vibran;
Y quedé al fin mas rendido
De tu beldad peregrina
Que de las armas hispanas
Quedó mi patria cautiva.
En vez de mandar guerreros
Para afianzar su conquista,
Envie España bellezas
Que con la tuya compitan.
Si tanto te hubiera amado
Aun siendo á mi amor esquiva,
¿Cómo adoraré á quien hallo
Á mi amor agradecida?
Adversas razas en ambos
Hoy el himeneo liga:
En ti á la raza opresora,
En mí á la raza oprimida.
Perdona, sombra sangrienta
Del mísero Atabaliba;
Perdonad, airados manes
De tantas inultas víctimas:
Si á mi venganza renuncio,
Si mi soberbia se humilla,
Si del injusto contrario
Estrecho la mano altiva,
No es porque tema los riesgos
De las sanguinosas lidias,
Que poco en vuestro holocausto
Juzgara perder mil vidas:
Mas, si conocido hubierais
La beldad que me esclaviza,
Disculparais mi flaqueza
Y mi amor comprenderiais.

1868.

AL SUEÑO.

Ven: de la odiada realidad amarga
Róbame al doloroso sentimiento,
Y de mi vida la insufrible carga
Ten, oh Sueño, en tus brazos un momento.
Ay! que en senda tan áspera y tan larga
Mas grave al hombro cada vez la siento,
Y mas la cuesta la subida embarga
Al pié cansado, cada vez mas lento.
El peso horrible de la vida humana
Alíviame esta noche fujitiva,
Y á recibirle tornaré mañana;
Hasta que al fin, doliente y compasiva,
Venga, implorada, tu inmortal hermana
Y en su seno piadoso me reciba.

AL MAR.

Descubra ufana la pomposa tierra
Las maravillas que su seno encierra:
Cual mares de colores,
Sus llanos muestre de verdor y flores;
Sus selvas, montes de nevada frente
Y las ciudades que levanta el hombre;
Su variedad ostente,
Y con lo rico y lo diverso asombre:
Á ti tu austera desnudez te basta,
Océano jigante;
Y miéntras que la tierra matizada
Mil colores y mil luce sin cuento,
Un color solo basta á tu semblante,
Como al semblante azul del firmamento.
Siempre gozé en tu aspecto, ya te viera
Desde firme ribera
Contrastar por tu estruendo y movimiento

Con el callado inmóvil elemento;
Y recreado, en tanto
Que en la orilla tu espuma se dilata,
Orlar te mire tu cerúleo manto
Con rica fimbria de luciente plata;
Ya, léjos de tus playas,
Habitador de trémulo navio,
Te viera en torno mio,
Ir á perderte en el inmenso cielo,
Cual si él te limitase por do quiera,
Y todo mar el universo fuera.
Mas, aunque ocupas del comun planeta,
Inaquietable mar, la mayor parte,
No basta tanto imperio á contentarte,
Que á más aspira tu ambicion inquieta:
Fiero desdeñas con poder diverso
El imperio partir del universo:
Á dominios sin límites aspiras
Donde te tiendas sin confin ni vallas;
Y á la enemiga tierra
Eterna mueves implacable guerra,
Y en derredor azotas sus murallas
Con tus rabiosas ondas sitiadoras;
Sus altos lindes sin cesar invades,
Y ensanchas tus estados
Con las vastas provincias que devoras.
Tal vez, cual diestro atleta, te retiras
Para tornar con ímpetus doblados
Á descargar tus formidables iras:
Y ella, temblando muda,
Resiste apenas tu inmortal asalto;
Y teme que sus campos y sus selvas,
Sus empinados montes mas aerios
Y sus grandes metrópolis é imperios
Á sepultar bajo tus ondas vuelvas.
Aun el tiempo recuerdas en que ufano,
Cual reino tuyo, la ocupaste entera,
Cuando de Dios la vengadora mano,
Á castigar del hombre los delitos,
Lanzó desde la altura otro océano.

¡Cuál diste de placer largo rujido,
Cuando reinar te contemplaste solo;
Cuando, de polo á polo,
Ceñiste el universo estremecido,
Cual lidiador que con el peso abruma
Del vasto cuerpo á su rival caido!
Inmensa noche te cubria en torno,
Horrenda noche, donde
Su luz negaba la menor estrella,
Noche que solo se igualara á aquella
Que lo mas hondo de tu abismo esconde:
Y en su negro silencio funerario,
Con el bramido de tus ondas bravas
Y ronca voz del huracan, cantabas
Tu triunfo solitario.
Mas fué breve la edad de tu conquista:
Á sus antiguos lindes
El gran volúmen de tus ondas baja;
Y, como salva náufraga, fué vista
Sacar la tierra de tu azul mortaja
La sumerjida frente,
Y de selvas la espesa cabellera
Que sobre el ancho pecho goteaba
De tus saladas ondas el torrente.
Y aunque la tierra en la inmortal promesa
De la bondad divina
De segundo diluvio se asegura,
No aleja empero su postrer ruina
Y su infalible destruccion futura.
Contó el Señor los siglos de su vida,
Y los tuyos tambien: vendrá ese dia,
Á ella y á ti de espanto,
En que con la agonia de la tierra
Mires tambien llegada tu agonía;
Y á sus gemidos últimos respondas
Con el medroso llanto
Y bramador gemido de tus ondas.
Ella remedará tu movimiento,
Por el vaivén violento
De internas tempestades sacudida,

Y mostrará sus lóbregas entrañas,
Y el mar de fuego que su centro llena;
Y tú, tus ondas hasta el cielo irguiendo
Copiarás sus altísimas montañas
En Andes de agua, entre uno y otro abriendo
Profundos valles de revuelta arena.
Y á grandes trechos, tu anchuroso y hondo
Secreto lecho dejarás vacio:
Cual flota inmensa de varadas naos,
Se verán tus atónitas ballenas;
Y huyendo bajarán á tus enjutas
Llanuras los terrestres animales,
Y á guarecerse irán entre tus grutas
Y entre tus rojas selvas de corales.
Y en mortal confusion, cada elemento.
De sí mismo y los otros enemigo,
Y luchando con todos y consigo,
En nuevo caos tornarán el mundo,
Hasta que baje la ira justiciera
Y abrase viva llama
El vil teatro del humano drama
Que en otro mundo el desenlace espera.
Cual bebe sol de estio
Menuda gota de fugaz rocio,
Así te sorberá súbitamente
La sed rabiosa de esa llama ardiente:
No quedará de ti recuerdo vano;
Y entónces solo Dios, vasto océano
Sin fondo ni ribera,
Inundará la inmensidad entera.

1869.

VISITA AL CEMENTERIO.

¡Oh ciudad silenciosa de los muertos!
En ti se apaga el huracan humano,
Cual muere al pié de los tranquilos puertos
El estruendo y furor del océano.

Tú el solo asilo de los hombres eres
Donde olviden del hado los rigores,
Sus ansias, sus dolores, sus placeres
Que no son en rigor sino dolores.
Parece que me invitas á que vaya
En ti á librarme de este mar tan fiero,
Cual á su abrigo la segura playa
Convida al fatigado marinero.
¡Hay en ti tanta paz, tanto sosiego,
Del otro mundo misteriosa orilla!
Y es tan turbado el mar en que navego,
Y tan frágil y rota mi barquilla!
Tantos á ti me ligan dulces lazos,
Que no me juzgo á tu mansion ageno:
¡Ah! de mi corazon cuántos pedazos
Están ya sepultados en tu seno!
¡Oh cementerio! ¡Cuántos de los mios
Son ya de tu recinto pobladores!
¡Cuántos me piden á sus restos frios
Justa ofrenda de lágrimas ó flores!
Aquí estás, dulce padre idolatrado,
De mi vida perenne pensamiento,
Cuyo fin, de los tuyos apartado,
¡Ay! tan presto siguió á mi nacimiento!
Tú cuyo elogio universal, sincero
Escusa la inmodestia al filial labio
De enaltecer tu triunfador acero
Y el lauro darte que corona al sabio:
Por ti el nacer maldigo, por ti anhelo
Tal vez la cruda pavorosa muerte,
Para irte á conocer allá en el cielo,
Pues no pude en la tierra conocerte.
Aquí estás, noble Pio, en quien el nombre
Presagio fué de tu piedad divina:
Y tú, digna consorte de tal hombre,
Adorable dulcísima Joaquina!
Y Plácido, y Victoria y Margarita!.....
¡Ah! quién la parte numerar pudiera
De la familia, que el sepulcro habita
Y que á la viva en el sepulcro espera!

Aquí tambien reposa tu ceniza,
Tú cuya muerte desde playa agena
Solo pude llorar, oh mi nodriza,
Mi pobre inolvidable Magdalena!
¡Caros difuntos! Cuando jimo al lado
De vuestras tumbas, la esperanza siento
De que se anime vuestro polvo helado,
De que escucheis mi dolorido acento.
Y áun me parece que á mi atento oido
Llega un son melancólico y profundo,
Suspiro que, en respuesta á mi gemido,
Me enviais vosotros desde el otro mundo.
Y entónces, caros seres, descaria,
Diciendo adios al mundo tempestuoso,
Quedarme en vuestra dulce compañia,
Gozar vuestro dulcísimo reposo.
Y en el silencio de la noche oscura,
Escuchar por el vasto cementerio
La voz de los difuntos que murmura
De la vida y la muerte el gran misterio.

1869.

EL DIA DE DIFUNTOS.

(EN EL CEMENTERIO.)

No la profunda paz apetecida
Y el usado silencio aquí se advierte,
Que hoy anima el bullicio de la vida
El dormido palacio de la Muerte.
Mas gente, á igual destino reservada,
Es bien que, suspendiendo su alegria,
Á conocer aprenda la morada
Que para siempre ha de habitar un dia.
¡Cuántos de los que aquí mueven el paso,
Al lucir este dia nuevamente,
Con los que hoy duermen dormirán acaso
El sueño de la tumba eternamente!

Y ántes que muchos lustros su jornada
Terminen, ni uno solo habrá quedado
De los que hoy visitamos de pasada
Este mudo recinto desolado.
Oh Lima, de tus gozos y tu gloria
La vanidad tu poblacion discierna,
Pues eres la morada transitoria
De los que hallan aquí morada eterna.
Vivan en ti su rápido momento,
Cual en su breve viaje el peregrino,
Que no pone su amor ni su contento
En las vanas mansiones del camino.
Sucediéndose raudos sin medida
Seres ofrece el universo vasto;
Mas cuanto cria pródiga la Vida
Á la Muerte voraz sirve de pasto.
Oh negra reina de implacable encono,
Que jamás de tus víctimas te apiadas,
Son montes de cadáveres tu trono,
Y tus sangrientos cetros son espadas!
Hambrienta emperatriz que cada instante
Pueblas y ensanchas tu terrible imperio,
Dia vendrá que tu furor triunfante
Cambie la tierra entera en cementerio.
Mas solo de cadáveres lo llenas;
Solo en el cuerpo tu poder señalas,
Mas del alma desatas las cadenas
Y la revistes de potentes alas.
Vana conquistadora de despojos,
Son á ti tus vasallos parecidos;
De calvas frentes y de huecos ojos,
Sin formas, sin color y sin sentidos.
Y áun esa tan efímera conquista
Devolverás un dia mal tu grado,
Por que de nuevo el alma se revista
Del cuerpo, por su luz transfigurado.
Y cuando todo lo que tu ira inmola
Á la feliz eternidad despierte,
Verán los siglos una muerte sola
Y esa será la muerte de la Muerte.

Que, viendo que ya no hay adonde hiera
El filo matador de tu guadaña,
Contra ti misma volverás tu saña,
Y tú serás tu víctima postrera.

1869.

A***

Tu beldad seductora me convida
Con un mundo de dicha y de placer:
Pero yo, en cambio, á tu serena vida
Solo puedo dolores ofrecer.
Ah! no juntes tu suerte con mi suerte,
Ve que te diera mi destino horror:
Mi amor, señora, es el dolor, la muerte;
Huye por Dios de mi fatal amor.
Digno no soy de tu beldad celeste,
No merezco tu puro corazon:
Nunca un suspiro este infeliz te cueste;
Básteme tu amistosa compasion.
Solo te pido que en mi triste losa
Esos ojos que afrentan al zafir
Derramen una lágrima piadosa
«Que haga mi helado polvo rebullir.»

Á MI MADRE.

¡Cuánto ya del destino me quejaba!
Y ¡ay triste! no sabia
Que su saña crüel me condenaba
Á ser mas desdichado todavia!
Entre males sin cuento
Solo un bien me restaba, una ventura:
Isla risueña, solitario puerto
En el inmenso mar de mi amargura:
Fresco oásis de flores y verdura
De mi vida en el árido desierto:

Y eras tú, madre mia,
Tú, mi amor, mi esperanza, mi alegria.
¿Quién les quitó á mis ojos el semblante
Que su vista mas bella siempre ha sido?
¿Quién me ha robado aquella voz amante
Que era música eterna de mi oido?
¿Quién mi cuello privó del tierno brazo
Que lo tenia dulcemente preso?
¿Quién le quitó á mi frente tu regazo?
¿Quién á mi labio le robó tu beso?
Jima el labio doliente,
Dóblese al suelo la marchita frente;
Solo se abra el oido
Para oir de mis labios el jemido,
Y en tan fieros enojos,
Solo para llorar se abran los ojos.
Aunque una larga eternidad viviera,
Nunca el recuerdo en mí se borraria
De ese dia fatal: rayó la aurora,
Y murió la esperanza lisongera
Que engendró mejoria engañadora:
El que sueño tranquilo parecia
Era el último ya: ¡cuán vanamente,
De rodillas en torno de tu lecho,
Tus cuatro hijos, de dolor insanos,
Con los nombres mas dulces, á porfia,
Te estuvimos llamando todo un dia!
Tu cuerpo inmóvil, sin color tus labios,
Sin luz tus ojos y tus manos yertas,
Tan solo en ti vivia
Ese ronco estertor de tu agonia
Que sonará en mi oido eternamente,
Y que midió, como un reló viviente,
Las largas horas de ese eterno dia!
Vino la noche al fin, y su reposo
Interrumpió de la fatal campana
El doble doloroso
Que el fin anuncia de una vida humana.
Á tus dolientes hijos,
Arrancados por fuerza de tu lado,

Ese toque les dijo
Que estaba su infortunio consumado;
Con cuyo son concierta
El lúgubre gemido
Que dió, al cerrarse, la pesada puerta:
Un agudo alarido
Sonó, de cuatro pechos exhalado,
Y ciñó cuatro cuellos un abrazo:
Y así abrazados á tu estancia fuimos
Y nos precipitamos á tu lecho,
Y en el ardiente mar de nuestros ojos
Inundamos tus pálidos despojos;
Y besamos con labio reverente
El pecho que era nuestro santo escudo,
Las inmóviles manos, los hermosos
Ojos cerrados ¡ay! eternamente,
Y el frio labio para siempre mudo!
Y de nuevo arrancados á tu lecho,
En nuestra estancia solitaria, oscura,
Pasar sentimos las eternas horas
Midiendo nuestra eterna desventura:
Y en la noche tercera,
Sentimos ¡ay! que desfilando iba
Delante á nuestra reja
La larga funeraria comitiva
Que acompañaba tu ataud al templo,
Vibrando en nuestras almas desoladas
El compas de su marcha que se aleja
Y el decreciente son de sus pisadas.
Y de dolor y de infortunio ejemplo,
Desde entónces vivimos, habitando
Esta mansion en donde ya no moras,
Cual tristes avecillas que han perdido
Las maternales alas protectoras
Lloran sin tregua en el desierto nido.
Y tú entónces faltaste á nuestro llanto
Y á la materna muerte, tú que ausente
En las riberas de la antigua Europa,
Apurarás en breve largamente
De la amargura la colmada copa!

¿Cuál será tu dolor, oh Grimanesa,
Al escuchar la nueva
Que ya en sus alas el Vapor te lleva?
¡Cuando confirmen á tu oido incierto
La desventura horrible,
Que á tu cariño pareció imposible,
Cuando te digan que tu madre ha muerto!
Que ha muerto ¡ay cielo! ántes que tú volvieras
Á las patrias riberas,
Cuando ya estaba tan cercano el plazo
En que verla tu amor se prometia
Y darle al fin el suspirado abrazo,
Tras tantos años de una ausencia impía!
Ah! tu congoja por la nuestra mido:
Morir querrás: á todo acento humano,
Desesperada, negarás oido;
Y consolarte intentarán en vano,
En círculo amoroso,
Tus dulces hijos y tu tierno esposo.
¿Por qué, por qué con adivino pecho
No aceleraste tu veloz partida?
Ah! si el peligro adivinado hubieras
Que amenazaba tan preciosa vida,
Hallara entónces tu impaciencia lento
El vuelo audaz del carro de los mares,
Y ansiaras las lijeras
Alas de tu amoroso pensamiento
Para volar á los maternos lares!
Y acaso el gozo de tornar á verte
Á prolongar bastara la existencia
De aquella á quien tu ausencia
Tal vez, tal vez aceleró la muerte:
Pues, aunque á todos nos amaba tanto
La madre mas amante que ha nacido,
Tú fuiste el mas querido
Entre los frutos de su seno santo:
Tú que fuiste para ella juntamente
Hija, hermana y amiga y compañera,
De sus íntimas penas confidente.

Mas, aunque ya no viva, ven siquiera
Á ver, oh Grimanesa, los lugares
Que la miraron por la vez postrera,
De su vida testigos familiares,
Y que su sombra idolatrada habita;
Ven, dulce hermana, á que lloremos juntos
Nuestra comun desgracia; en la luctuosa
Solitaria mansion de los difuntos,
Ven á orar con nosotros en la losa
Que sus despojos adorados sella:
Cual solo alivio á tu dolor profundo,
Ven á que hablemos sin descanso de ella,
Y á ocupar nuestra vida en la memoria
De la que fué en el mundo
Nuestro amor, nuestro orgullo y nuestra gloria.

Mayo de 1870.

DOLOR.

Solo la voz de mis gemidos suena,
Madre del corazon, en la morada
Ayer no mas de tu presencia llena,
Y hoy sola y taciturna y enlutada.
Ayer no mas la henchia de contento
El son mas regalado á nuestro oido,
La música divina de tu acento
Por cuatro corazones repetido.
Ayer no mas de tu mansion doliente
Las estancias desiertas y calladas
Se animaban sonando alegremente
Al rumor de tus ágiles pisadas.
Ayer no mas la mesa en que llorando
Estas estrofas plañideras trazo
Te vió en la tarda noche, á mí llegando,
Ceñir mi cuello con amante lazo.

Me recordabas cariñosa la hora,
Y dabas, arrancando dulcemente
Á mi mano la pluma veladora,
Un fresco beso á mi abrasada frente;
Y me arrastraba tu amoroso empeño
Al lecho, y en la orilla te sentabas,
Y solo en brazos de tranquilo sueño,
Partiendo silenciosa, me dejabas.
No alcanzo ¡ay! cómo de dolor no muero,
Muerta una madre tan amante y buena!
Fuerza es que abrigue un corazon de acero,
Pues no me rompe el corazon la pena!
De estraño mal que me consume lento
Herido yo desde mi edad primera,
Nunca mi amor se imajinó un momento
Que tu muerte á mi muerte precediera.
Esperaba por él interrumpida
Esa ley natural, de rigor llena,
Que el triste fin de quien le dió la vida
Á un hijo amante á contemplar condena.
Y la muerte espantosa no temia,
Cuando á mi alma la interior mirada
Representaba mi última agonia
Por tu dulce figura coronada.
Y es posible, posible que el destino
De ti me despojara en un momento!
Y que no vuelva á hallarte en mi camino
Ni á ver tu rostro ni escuchar tu acento!
Y es posible ¡ay dolor! que ya no pueda,
Como cuando moraba en suelo estraño,
Oir la voz de la esperanza leda
Decirme: la verás dentro de un año!
Y que no pueda imajinarme un plazo
Tras el cual, aunque largos años cuente,
Espere darte el suspirado abrazo
Y verte y escucharte finalmente!
Un tiempo la esperanza lisonjera
En las playas de Europa me decia:
«Hay una madre que con ansia espera
De tu regreso el venturoso dia.

«Cesen los ayes que sin fin exhalas:
El anhelado instante se aproxima
Que del vapor las incansables alas
Te llevarán á la remota Lima!»
¡Si estuvieras ausente, moradora
De Francia, á Grimanesa reunida,
Y pudiese mi amor á cada hora
Tu regreso esperar ó mi partida!
¡Si á falta de tu voz, á tu hijo hablara
Papel escrito por tu dulce mano,
Y frecuente coloquio nos ligara,
Vencedor del vastísimo océano!
Pero en vez de ese viaje tan ansiado
Y ya vecino á tu anhelar materno,
Te preparaba la crueldad del hado
El postrer viaje y el adios eterno!
¡Ah si posible el alma concibiera
Ver, madre, alguna vez tu faz querida:
Tarde, muy tarde, en mi vejez postrera,
En los últimos dias de mi vida!
Si me dijese la esperanza ahora:
«Resta un consuelo á tu dolor profundo;
«Tu dulce madre idolatrada mora
«En los confines últimos del mundo:
«Crudo el viaje será, de riesgos lleno,
«En montes, selvas y enemigos mares;
«Mas llegarás á su adorado seno,
«Despues que largos lustros caminares:»
¡Ah! ¡cuán contento partiria entonce,
Aunque gastara en viaje tan lejano
Triples sandalias de macizo bronce
Y al fin llegara moribundo anciano!
Mas ahora ¡ay de mí! la vida entera
Pasara vanamente en esperarte,
Y en vano el universo recorriera,
Pues ya no vives en ninguna parte!
Ya no hay en el vastísimo universo
Punto que habite mi amorosa mente,
Y hoy sabe mi dolor cuánto es diverso
Llorarte muerta de llorarte ausente!

Tal vez, mirando tu dolencia impia,
Mil deseos formaba en mi locura,
Y el patrio suelo abandonar queria
Por no ver mi espantosa desventura;
Llevando ántes, oh madre, de perderte
Á otras playas mi planta fujitiva
Donde incierto viviera de tu muerte,
Y allí pudiera imajinarte viva.
Y aun hoy, y aun hoy, aunque tu cuerpo he visto
Inmóvil, frio y sin color y mudo,
Á la verdad horrible me resisto,
Y de tu muerte y mi desdicha dudo.
Ah! cuántas veces en feliz olvido
Pienso escuchar tu labio que me nombra,
O el usado rumor de tu vestido
Que leve barre la mullida alfombra!
Y si un instante dejo mis umbrales,
Imajino al volver que tú me esperas,
Y que á mi encuentro cariñosa sales
Con semblante y palabras placenteras.
Mi pié las gradas del umbral traspasa
Y con pisadas presurosas entro:
Mas ¡ay! recorro la desierta casa,
Y te llamo, y te busco, y no te encuentro!
Y cesa entonces la ilusion dichosa,
Y mi infortunio y mi tormento crece,
Cuando de nuevo la verdad odiosa
Á mi razon su desnudez ofrece.
Y no alcanzo á entender de qué manera,
Rota tan fuerte é íntima atadura,
Huyó el cuerpo y la sombra persevera,
Cesó tu vida y áun mi vida dura!
La calma universal me maravilla,
Y no comprendo en mi dolor profundo
Cómo viven los otros, y el sol brilla,
Y no fenece con mi madre el mundo!
Y mudo, solitario y embebido,
Dias consumo en tu tenaz recuerdo,
Y la estension de mi infortunio mido,
Y en el abismo del dolor me pierdo.

Confusas sobre mí pasan auroras,
Dias, tardes y noches que no cuento,
Cual si cesase el vuelo de las horas
Ante tan hondo y tan tenaz tormento.
Para mí la existencia está cambiada:
En noche eterna se trocó mi dia:
¡Ah! ya no espero ni ambiciono nada
De cuanto un tiempo ambicionar solia.
¿Qué me importan honores y grandezas
De los que tú no habrás de ser testigo?
¿Qué me importan el fausto y las riquezas
Que ya no puedo dividir contigo?
Si mi afan con tu amor no galardonas,
Ya todo para mí lo desencantas:
Que, si ansiaba poéticas coronas,
Era para ponerlas á tus plantas.
Ya no curo laureles inmortales
Ni de la gloria el lisongero aplauso,
Si con él en los labios maternales
Una sonrisa de placer no causo.
La vida misma, ¿para qué la quiero,
Si no la ha de encantar tu compañia
Y si tu eras el término postrero
Y el solo fin de la existencia mia?
Ay! qué va á ser de mí sin tu cuidado!
¡Qué porvenir tan enlutado el mio!
Solo divisa el ánimo angustiado
Llanto, tristeza, soledad, vacio!
En nada, en nada encontraré consuelo:
Eternamente viviré aflijido:
Á otros alivian en tan justo duelo
Los afectos de padre y de marido.
Mas yo ni en dulces hijos ni en hermosa
Consorte amante mi consuelo fundo:
Que tú eras para mí madre y esposa,
Y tú eras todo para mí en el mundo.
Mas qué digo? del hijo abandonado
Un consuelo le resta á la amargura:
Uno solo: seguirte, y á tu lado
Dormir en la callada sepultura. 1870.

RECUERDO DEL DIA DE LA COMUNION.

¡Oh cuanto triste venturoso dia,
Que en mi memoria sin cesar contemplo,
Cuando en tu estancia convertida en templo,
Enfrente de tu lecho de agonia,
Alzamos, madre, el ara
Donde al eterno Padre el Sacerdote
La víctima inmortal sacrificara!
Présaga, oh madre, de tu fin vecino,
Y absuelta ya por la sagrada diestra
Dispensadora del perdon divino,
¡Cuánto imploraba tu impaciente anhelo
Nutrir el alma con el pan del cielo!
Con la feliz confortadora vianda
Que al humano viajero
Un Dios piadoso desde el cielo manda
Para que emprenda el viaje postrimero!
Y de rodillas yo á tu cabecera,
Las consagradas preces
Quisiste que mi labio te leyera:
¡Dulce y triste deber! Ah! ¡cuántas veces
Los sollozos y el llanto
La comenzada voz interrumpieron!
Mas, pensando en el santo
Inefable deber que allí cumplia,
Venciendo mi quebranto,
Con labio balbuciente proseguia.
Por fin llegó el momento
El ansiado momento venturoso
En que tu labio hambriento
Gustara, oh madre, el inmortal sustento
Que envidia al hombre el serafin glorioso.
Celestial alegria
Bañaba tu semblante,
Y claro se veia
Que hospedabas á Dios en ese instante:
Brillaron tus miradas

Cual por luz inmortal iluminadas,
Cual si ya viesen la celeste aurora;
Parecióme sentir súbitamente
Derramarse fragancia embriagadora
Y oir un son divino, como el canto
De un coro angelical allí presente!
Callaba en tanto yo: tus labios pios
Pidieron á los mios
Nuevos acentos con que dar al cielo
Por tan alta merced gracias ardientes,
Y de tu alma las alas impacientes
Te iban creciendo para el grande vuelo!
¡Ah! por qué con tus hijos no partiste
Á la mansion divina,
Y solos, oh dichosa peregrina,
Nos has dejado en este suelo triste!

Junio de 1870.

ÚNICO CONSUELO.

Tan solo encuentra mi dolor consuelo
En la voz que me dice: «No lo dudes,
«Ya la madre que lloras, en el cielo
«Recibe el galardon de sus virtudes.»
Es la voz de la amiga cariñosa
Que conoció el tesoro de nobleza,
De bondad, de indulgencia generosa,
Que en tu pecho encerró naturaleza.
Es la voz de la huérfana inocente
Que en tus hogares encontró un abrigo,
Del anciano sin hijos é indigente,
De la mísera viuda, del mendigo:
Del mendigo infeliz que, siempre ufano,
Al partir tus umbrales bendecia,
Llevando dones de tu rica mano
Y acentos dulces de tu boca pia.

Es la voz de la enferma á cuyo labio
Dió tu mano la médica bebida,
No reputando á tu nobleza agravio
Ser sierva de la gente desvalida.
Voz de otros tantos que humilló la suerte
Y en secreto tus dones sustentaban,
Dones que solo descubrió tu muerte
Y que tus propios hijos ignoraban.
Todos, vertiendo lágrimas sin duelo
Por su pia incansable bienhechora,
Todos me dicen, señalando el cielo:
«Allá recibe el galardon ahora.»
¡Ah! yo maldigo esa fatal creencia
Que al negro cetro de la muerte impia
Sujeta el alma, y nuestra amarga ausencia
Por una eternidad dilataria!
Mas la promesa de esa fé celeste
Que tú enseñaste á mi niñez bendigo,
Pues me muestra otro mundo despues de éste
Donde por siempre me uniré contigo!
Sí: ya te miro sobre régio estrado
Ocupar el asiento luminoso
Que ha tantos años á su noble lado
Te guarda amante tu primer esposo.
Y él al mirar por fin á su Manuela
Que viene á hacerle eterna compañia,
De la ausencia tan larga se consuela
Que hasta en el cielo suspirar le hacia.
Y por sus hijos, de ternura lleno,
Pregunta á tu cariño largamente;
Tú le respondes, en su noble seno
Dulce inclinando la amorosa frente.
Y á saludarte acudirán veloces
Los que llorabas en la tierra triste;
Allí á tu padre ves: allí conoces
Á la madre que aquí no conociste.
Y de placer y afecto te estremeces
Á abrazar á la adorada hermana
Que hizo de madre las piadosas veces
Al desamparo de tu edad temprana.

Y á la hija, causa de tan largo lloro,
Que halló la muerte al empezar la vida,
Encontrarás entre el celeste coro,
En serafin ardiente convertida.
Mas tan dichosa union, tan alta gloria
Un solo pensamiento no destierra,
Y áun aviva en tu pecho la memoria
De los hijos que dejas en la tierra.
Y á Dios piadoso, con materno ahinco,
Compadeciendo nuestras ansias fieras,
Rogarás por la dicha de los cinco
Que allá en el cielo recobrar esperas.

Junio de 1870.

RECUERDO.

¡Cuántas veces, oh madre, fatigado
Del largo afan que el pensamiento abruma,
Dejaba al fin la dolorosa pluma
Para buscar tu cariñoso lado!
Y me acogias en tu seno amante,
Y en tu sofá tendido, á mi mejilla
Era blanda almohada tu rodilla,
Como cuando era pequeñuelo infante.
La luz bebia de tus ojos bellos,
Y sentia tu mano dulcemente
Acariciar mi enardecida frente
O amorosa jugar con mis cabellos.
Y de su tacto al refrigerio blando
Sentia mi cabeza serenarse,
Y la fiebre poética templarse
Que estaba mi cerebro devorando.
Que no hay tierna caricia que no cuadre
Entre el materno y el filial cariño,
Y áun cubierto de canas, siempre es niño
Un hombre en la presencia de su madre.

¡Ay! ya no tengo la amorosa falda
Donde la frente reclinar ahora,
Cuando la larga fiebre abrasadora
De la tenaz inspiracion la escalda.
No hay piés ansiosos que á mi encuentro lleguen
Ni ojos amantes á mi vista ledos;
Ni cariñosos nacarados dedos
Que nunca ya con mis cabellos jueguen.
Salid, cual amarguísimo oceáno,
Lágrimas mias, de mi pecho lleno:
Ya no caeis en el materno seno,
Ya no os enjuga la materna mano!

SOLEDAD.

¡Cuán vasto, cuán callado, cuán desierto
Hallan mis pasos el materno hogar!
Cada eco triste que al andar despierto
Me parece de pena sollozar!
Ya tu acento mi oido no recrea,
Oh madre, ni á escucharte volveré,
Instando la doméstica tarea,
Mover en torno el dilijente pié.
Cual ántes, ese pié no ya impaciente
Vendrá á buscarme, ni á esa dulce voz
Que llame cariñosa á tu Clemente
Ya, como un dia, acudiré veloz.
Ya no podré, como ántes, cada dia
Ir á darte el saludo matinal,
Ni estampar en tu frente, madre mia,
El casto beso del amor filial.
¡Cuán tristes doblan las marchitas flores
Su frente taciturna en tu jardin,
Y apagando sus vívidos colores,
Llorar parecen, como yo, tu fin!
¡Cuán tristes cantan en angosta reja
Las aves cuya voz te deleitó!
Lamento flébil su cantar semeja
Con que te lloran, cual te lloro yo.

¡Con cuán fervientes preces las leales
Siervas por tu alma suplicando están!
De tu cerrada estancia en los umbrales
¡Cuál jime y llama el solitario can!
¡Oh tú, de cuyo duelo soy testigo,
Pobre animal, ven á mi lado, ven:
Como con dulce hermano ó fiel amigo,
Hoy contigo llorar quiero tambien.
No pienses que soberbio te desdeño;
Te ennoblece á mis ojos tu dolor:
Sí, llora, llora por el noble dueño
Que algo te dió de su precioso amor.
Ya no, cual ántes, con ladrido ufano
Saldrás á recibirla en el dintel,
Ni al tacto usado de su blanda mano
Ledo y altivo erizarás la piel.
Ay! en vano la llama tu gemido
Para yacer como ántes á sus piés:
Ya no tienes señora, y aflijido
Y solo y triste, como yo, te ves.
Que unas tu llanto á mi jemir consiento,
Te doy parte en mi duelo y afliccion,
Pues te basta el calor del sentimiento,
Si te falta la luz de la razon. 1870.

VIAJANDO POR LA COSTA.

Áridos cerros que ni el musgo viste,
Cumbres que pareceis á la mirada
Altas olas de mar petrificada,
¡Cuánto me halaga vuestro aspecto triste!
¡Cuánto descansa el ánimo angustiado
En contemplaros, al fulgor sombrio
De un cielo oscuro, nebuloso y frio,
Conforme, cual vosotros, á mi estado!
Que en el mar y en la tierra y en el cielo
Á un aflijido corazon le agrada
Encontrar donde quiera retratada
La fiel imájen de su propio duelo.

CONSUELO.

Enmudece, fatal Filosofia,
Que osas demente proclamar que cesa
Con el cuerpo en el seno de la huesa
La vida del que vida le infundia.
Mas ven, y temple la congoja mia,
Religion santa, tu feliz promesa
Que, del sepulcro tras la noche espesa,
La luz nos muestra del eterno dia.
Ven á brindarme el único consuelo
Que á mi presente desventura cuadre:
Alza mi mente y mi esperanza al cielo:
Y abriendo á un hijo la inmortal morada,
Muéstrale en ella á su perdida madre
En un ángel de luz transfigurada.

AL VIERNES 22 DE ABRIL DE 1870.

¡Oh doloroso inolvidable dia,
Mas negro que la noche mas oscura!
Tú sellaste mi inmensa desventura,
En ti el sol se eclipsó de mi alegria.
Tus lentas horas, en cadena impia,
Insensibles al ay de mi ternura,
Midieron, como siglos de amargura,
De mi madre adorada la agonia!
Sé pues maldito: y entre todos triste,
Nunca del astro con la luz te dores
Que ardiente velo á tus hermanos viste:
Negras nubes y vientos bramadores
Te acompañen por siempre, ó tú que fuiste
El Viernes para mí de los dolores!

INFINIDAD DE LA CREACION.

Huelle la tierra la rastrera planta:
Pero tú, generoso pensamiento,
Tus alas rapidísimas levanta
Á la vaga region del firmamento.
En ese claro piélago anchuroso,
Con cien islas de luz resplandeciente,
Voga, voga sin tregua ni reposo,
Con raudo vuelo, sin cesar creciente.
Surcando con intrépida confianza
El azul elemento como propio,
Pasa los astros últimos que alcanza
El ojo de cristal del telescopio.
Ve millares de nuevos resplandores
Poblar sin fin la inmensidad serena,
Como del campo las espesas flores,
O del desierto la menuda arena. —
Mas ten un punto tu inflamado vuelo,
Y derrama tus ojos anhelante:
Mira detras la inmensidad del cielo,
La inmensidad del cielo ve delante.
Su fin aspiras á tocar en vano:
Aunque siglos tu viaje prosiguieras,
Nunca de aquel vastísimo océano
Encontraras las últimas riberas.
Vanas fueran tus alas inmortales;
Y, sin cesar creciendo su grandeza,
No salieras jamas de los umbrales
De aquella inmensidad que siempre empieza.
Nunca, nunca en tu vuelo sorprendieras
La eterna diestra de crear cansada;
Ni llegaras jamas á las fronteras
Del silencioso imperio de la Nada.

1871.

Á MI HERMANA GRIMANESA

EN LA SUBITA MUERTE DE SU ESPOSO.

¡Ah! nunca vienen las desdichas solas:
Siempre la pena sucedió á la pena,
Como del mar las incesantes olas,
Cual los anillos de una gran cadena.
Flecha tras flecha la Desgracia vibra,
Lazo ninguno su furor respeta,
Y en el sensible corazon no hay fibra
Donde no clave su mortal saeta.
Y si con pecho de sufrir rendido,
Grita tal vez la víctima: hasta cuándo?
Cierra la cruda el contumaz oido,
Sus golpes y su saña redoblando.
Y ha dos años, dos años, Grimanesa,
Que su implacable encarnizada diestra
En partes mil de traspasar no cesa
El corazon de la familia nuestra.
Y en tanto tiempo la mudable luna
No acabó una vez sola su carrera,
Sin que al doliente corazon alguna
Nueva desdicha á lacerar viniera.
Y vino la mas fiera, y los despojos
Guardó de nuestra madre el Camposanto,
Y derramaron nuestros tristes ojos
Su mas amargo doloroso llanto.
Y hoy es la nueva víctima tu esposo
Que la Parca feroz escoger quiso:
Sin anunciarte el golpe doloroso,
Le dispara su flecha de improviso.
Y cae el triste entre tus brazos yerto,
Y en vano de su muerte tu amor duda:
Ah! tu infortunio, tu infortunio es cierto,
Pobre hermana, ayer huérfana y hoy viuda!

¡Oh terrible dolor que todavia
Hace mas fiero la crueldad del hado,
Con la vasta invencible lejania
Que nos separa de tu dulce lado!
Ah! quién alas prestara al impaciente
Insano ardor que nuestro pecho encierra,
Para volar, mas raudos que la mente,
Á las lejanas playas de Inglaterra!
¡Quién pudiera volar á la potente
Ciudad soberbia, de la mar señora,
Que no contiene entre su inmensa gente
Mas triste desdichada moradora!
Sí; no hay, hermana, entre los tres millones
Que hinchen de Lóndres el jigante seno,
Uno solo, de tantos corazones,
Hoy mas que el tuyo de amargura lleno.
Ah! si aliviar pudiéramos la pena,
Que hace tu tierno corazon pedazos!
Si en torno de tu cuello una cadena
De amor formaran nuestros fieles brazos!
Si, ya que nada en este trance fuera
Capaz de mitigar tu atroz quebranto,
El consuelo quedáranos siquiera
De mezclar con tu llanto nuestro llanto!
Mas quiso el hado en su crudeza rara,
Con ausencia del mal acrecedora,
Que ántes al nuestro tu dolor faltara
Cual falta al tuyo nuestro llanto ahora.
Deja, deja por fin la tierra estraña:
No más moremos tan lejanos puntos:
Del hado temple nuestra union la saña,
Y las desgracias nos encuentren juntos.
Hijos sin madre, esposa sin marido,
Mas y mas nuestros lazos estrechemos,
Y del fiero destino embravecido
Los futuros asaltos esperemos:
Hasta que, exhaustas del dolor las heces
Y abandonando este mortal desierto,
Al fin muramos los que tantas veces
En los seres queridos hemos muerto.

Á JUANA Y***

Ya doce años trascurrieron,
Oh Juana, desde aquel dia
En que contempló la tarde
Nuestra última despedida.
Y desde entónces, morando
En tan apartados climas,
De ti no logró mi oido
La mas remota noticia.
En vano, en vano á tu patria
Voló mi palabra escrita
Que á tus bellísimas manos
Sin duda no llegaria:
Que un corazon como el tuyo
Nunca la amistad olvida,
Ni vencen tiempo y distancia
El afecto que nos liga.
Yo sin cesar te recuerdo,
Y sin cesar imagina
Mi amistad cuál es la suerte
Que te cabe, fausta ó mísera.
¿Vives triste y solitaria
Cual te dejó mi partida
Y la muerte de tu madre
Lloras, Juana, todavia?
¡Ah! ¡cuán bien comprendo ahora
Tu congoja por la mia!
Yo tambien perdí á mi madre:
Llora ¡oh Juana! mi desdicha.
Esa madre de quien tanto
Te hablé siempre, cara amiga;
Esa madre idolatrada,
Mi consuelo y mi alegria,
El modelo de las madres,
El respeto de la envidia,
Ya es tan solo ¡oh desventura!
Un puñado de ceniza.

TAYLOR INST. OXFORD

Yo la vi rendirse al peso
De su dolencia prolija,
Y mis ojos presenciaron
Su lentísima agonia.
Por la mano de la muerte
Vi cerradas las pupilas,
Astros de mi negro cielo,
Soles de mi noche fria:
Yo vi mudo el dulce labio
Cuya fúlgida sonrisa
Era el iris que del alma
Las tormentas despedia:
Yo vi inmóviles los brazos
Que mi cuello y sien ceñian
Con dulcísimas cadenas
De abrazos y de caricias!
¡Ah! jamas sospechar pude
Que abriera tan honda herida
En humano débil pecho
Del dolor la espada impia!
Ni siquiera cuando en Cadiz
Yo te vi en la pena misma
Á tu madre lamentando,
O modelo de las hijas!
Cierto; al ver el largo llanto
Que bañaba tu mejilla
Y al oir los hondos ayes
Que del alma te salian,
Hasta el alma me llegaban
Tu dolor y tus fatigas,
Y tremenda reputaba
Cual ninguna tu desdicha.
Pues bien, Juana, ni áun entonces,
Cuando más me condolias,
La mitad calcular pude
De esa congoja infinita:
Pasar es fuerza por ella
Para poder concebirla:
Es el duelo mas tremendo
De los duelos de la vida.

Aun hoy tú á tu madre lloras,
Que yo á mi madre querida
Habré de llorarla siempre
Cual la lloré el primer dia:
Para dolor tan inmenso
Vana es del tiempo la huida,
Ni dan los años el bálsamo
Que esa llaga cicatriza.—
Un solo consuelo cabe,
Y es la promesa bendita
De la esperanza dichosa
Que un nuevo mundo nos brinda:
Mundo que junte por siempre
Cuanto la tierra partia,
Donde halle el hijo á la madre
Y halle el amigo á la amiga:
Jardin de flores eternas
Y de rosas sin espinas,
Sereno mar sin tormentas,
Cielo sin nubes sombrias.
Allí hallarás á tu madre,
Allí encontraré á la mia,
De eterna beldad ornadas,
De luz perenne vestidas:
Y ellas en dulces coloquios
Y en amante compañia,
Cual los hijos en la tierra,
Serán en el cielo amigas.
Allí nos veremos, Juana,
Tras ausencia tan prolija:
¿Qué importa que tantos mares
En el mundo nos dividan?
Ah! ¿qué importa que nos prendan
Á ti Cadiz, á mí Lima,
Si una y otra finalmente
Son moradas fugitivas,
Y si á entrambos nos espera
La ciudad santa y divina,
Eterna mansion que ignora
Ausencias y despedidas? 1871.

Á LA FAMILIA DE NOÉ.

Padres segundos del linaje humano,
Unicos libres del comun pecado,
Y del comun castigo, cuando, airado,
Cambió el Señor la tierra en océano:
Cuando ese mar inmenso tuvo orilla,
Y dejasteis al fin el arca santa,
Al estampar en tierra vuestra planta,
¿No regasteis en llanto la mejilla,
Al mirar que la tierra, ya segura,
Que os acojia del naufragio ilesos,
Blanqueaba toda con humanos huesos,
De los hombres inmensa sepultura?
Preciso fué de las divinas manos
Acatar el castigo, mas en tanto
Pudisteis lamentar con pio llanto
El fin de vuestros míseros hermanos.

AL RECOGERME.

En triste noche, como yo sombria,
Vuelvo con lento paso á la morada
Alegre ayer, hoy muda y desolada
Desde que no la habitas, madre mia.
Á nadie le parece ya tardia
Mi vuelta, ni conoce mi pisada,
Ni con amor sonrie á mi llegada,
Ni me pregunta en qué pasé mi dia!
Entro: silencio donde quier profundo
Hallo; voy á tu estancia, y tu desierto
Callado lecho en lágrimas inundo:
Ningun consuelo en mi dolor advierto,
Y al sentirme tan solo en este mundo,
Quisiera, oh madre, como tú, haber muerto!

ANTIOCO,

DRAMA EN CINCO ACTOS.*

A MI MADRE.

PERSONAJES.

SELEUCO, rei de Siria.
ANTIOCO, su hijo.
ERASISTRATO, médico.
NICANOR.
ESTRATONÍCE.
OLIMPIA.
Damas, guardias y acompañamiento.

La escena pasa en Antioquía.

ACTO PRIMERO.

LA LLEGADA.

El proscenio representa una gran sala del palacio de Seleuco.

ESCENA I.

SELEUCO y ERASISTRATO.

Erasistrato.—Se acerca la hora dichosa,
Gran Señor, de conocer
Á la celestial muger
Que escogisteis por esposa:
Si con amor tan ardiente
La adorais solo por fama,
¿Cómo arderá vuestra llama,
Cuando la tengais presente,

* Debo á Moreto (que ha tratado este asunto en la comedia titulada *Á buen padre mejor hijo*) la idea de la generosa competencia entre ambos, el órden y disposicion de algunas escenas y uno que otro pensamiento.

Y os veais dueño y señor
De la beldad mas divina
Que el pensamiento imajina
Y que codicia el amor?
El retrato es celestial,
Y á Vénus envidia diera:
Pues, si al retrato supera,
¿Cuál será el orijinal?

Seleuco.— ¡Quién como yo afortunado,
Si, cual tu labio lo dice,
Es mas bella Estratonice
Que tan divino traslado!
Aunque es tan bella esa cara
Que mas belleza no anhelo,
Bastándome que el modelo
Al retrato se igualara.

Erasistrato.—Suele un pintor, al copiar
Una bella criatura,
Aumentarle la hermosura
Y copiarla sin lunar.
Pero aquí vencido el arte
Dijo á la naturaleza:
«En tan perfecta belleza
Es imposible igualarte.»

Seleuco.— Basta, amigo: no así añadas
Mas ardor á la impaciencia
Con que anhelo la presencia
De sus gracias adoradas.
Digo en vano al corazon
Que el momento está cercano
Y á mi ciego anhelo insano
Los instantes siglos son.
De su vista perder creo
Los segundos que la aguardo:
¡Quién pudiera al tiempo tardo
Dar las alas del deseo!
¡Por qué, si afan tan prolijo
Me cuesta esperarla aquí,
¡Por qué yo mismo no fuí,
En vez de mandar á mi hijo!

Erasistrato. — Bien pronto aquí la vereis,
Y su estupenda hermosura
Os pagará con usura
Cuantas ansias padeceis.
Seleuco. — Mas quizá te maravilla
Que, ya cano mi cabello,
Doble aún el regio cuello
Al que cielo y tierra humilla,
Despues que tanto tributo
Pagué de Amor á las aras,
Y de tres esposas caras
Vistió mi dolor el luto.
Pero el trono mas altivo
Donde Amor jamas se sienta
Es una tumba opulenta
Donde un rey se entierra vivo;
Y del amor sin las flores,
La corona mas luciente
Despedaza nuestra frente,
Cual abrojos punzadores.
Mas ¿qué digo? cosa es clara
Que no juzgues insensato
El ardor, Erasistrato,
Que mi labio te declara:
Que, aunque del sabio mayor
Merecida fama goces,
Por esperiencia conoces
Tú tambien lo que es amor;
Y en su llama generosa
Tan cumplidamente ardiste,
Que á una ciudad preferiste
La posesion de tu esposa.
Erasistrato. — Y de ello no me arrepiento,
Que por tan cara beldad,
Cual desdeñé una ciudad,
Desdeñado hubiera ciento.
Con tan alta posesion
Nada envidio ni ambiciono,
Porque vale mas que un trono
Ese noble corazon;

Y en su amor casto y profundo
Donde soy rey absoluto,
Hago cuenta que disfruto
Todos los tronos del mundo.
Pero de pasos, Señor,
Se siente un rumor vecino:
Sin duda la reina vino:
Alguien entra: es Nicanor.

ESCENA II.

DICHOS y NICANOR.

Seleuco.— ¿Cómo así, Nicanor, solo
A nuestra presencia llegas?
¿Dónde al príncipe dejaste?
¿Dónde ha quedado la reina?

Nicanor.— Vuestra majestad, Señor,
Le dé para hablar licencia
Al que viene mensagero
De poco felices nuevas.

Seleuco.— Habla al punto, que no es más
Lo que tú decirme puedas
Que lo que es fuerza que el alma
Con tan triste anuncio tema.

Nicanor.— El príncipe vuestro hijo,
Á cuyo zelo y nobleza
Confiasteis el alto cargo
De acompañar á la reina,
En la corte de Demetrio
Dió tan señaladas muestras
De ser en todo, oh gran rey,
Un trasunto y copia vuestra,
Que, al punto prendados todos
De sus soberanas prendas,
Hubo en hacerle agasajo
Universal competencia.
Mas poco á poco se fué,
Sin que la causa se sepa,
Advirtiendo en su semblante
Una profunda tristeza.

Y este misterioso mal
Fué creciendo de manera,
Que la tristeza del alma
Fué ya del cuerpo dolencia.
Adoleció algunos dias
Sin que jamas consintiera
Que de su estado mandaran
Á vuestro oido las nuevas;
Y atribuyéndolo todo
Al dolor de vuestra ausencia,
Aseguró que su alivio
Volver á sus lares era.
Púsose en marcha por fin
Acompañando á la reina:
Y procurando vencerse
Con heroica resistencia,
Logró mostrar pocos dias
Mas serenidad y fuerzas,
Atento solo al cuidado
De quien cual madre venera:
Mas, en vez de ir en aumento
Mejora tan halagüeña,
Miéntras nos ibamos viendo
De nuestra patria mas cerca,
Era mayor cada aurora
Del príncipe la funesta
Profunda melancolia,
Y mas mortales las señas:
Al fin, cuando de Antioquia
Tocamos casi las puertas,
Le acometió el mal usado
Con tan tirana violencia,
Que, dudosos de su vida,
Temimos que ni siquiera
Lograra llegar á verse
En vuestra ansiada presencia.
Al fin recobró el sentido
Y hasta aquí á venir se apresta
Con la reina que en cuidarle
Cual hijo vuestro se emplea.

Y yo, Señor, he venido,
Pues que lo sepais es fuerza,
Á preparar vuestro pecho
Á vista tan lastimera.

Seleuco.— Ay! Erasistrato amigo,
¡Quién creyera, quién creyera
Que á una tan viva alegria
Iba á suceder tal pena!
Mi hijo á la muerte cercano,
Mi Antioco, mi bien! ¡oh fiera
Desdicha! ¡oh dolor horrible
Adonde ninguno llega!
Solo en ti, oh Erasistrato,
Solo en ti mi amor espera:
Salva á mi hijo, salva á Antioco,
Pues alcanzas tanta ciencia.

Erasistrato.— Tened fé que haré, Señor,
Cuanto humana ciencia pueda,
Que amo al príncipe vuestro hijo
Como á un hijo amar pudiera.

Seleuco.— ¡Ah! volemos á encontrarle:
Ni un instante ya se pierda:
Vamos pronto, Erasistrato.
Hijo mio!

Erasistrato.— Mas él llega.

ESCENA III.

DICHOS, ANTIOCO, ESTRATONICE, OLIMPIA
y acompañamiento.

Seleuco.— Ven á los brazos de tu padre amante,
Hijo (Ap. Quién hay que tal dolor resista?
Á la muerte retrata su semblante.)
(Á Antioco.) Cómo vienes?

Antioco.— Mejor: solo tu vista
Á volverme la vida era bastante.

Seleuco.— Y vos de Siria y de mi amor Señora,
(Á Estratonice.) Perdonad hoy á la desgracia mia,
Si un pecho que os acata y os adora,

Al ver vuestra beldad deslumbradora,
Así mezcla el dolor con la alegria.
Solo el pesar de ver en tal estado
Presa de un mal tan bárbaro y violento
Á un hijo tan amante como amado,
Pudiera haber en mí contrapesado
De vuestra vista el celestial contento.
¡Cuán dichoso seré, si juntamente
Logra dos altos bienes mi deseo:
Ver la salud de Antioco floreciente
Y coronada mi pasion ardiente
Con los lazos felices de himeneo!

Estratonice.— Yo tambien, gran Señor, con el contento
De ver al que ya es rey de mi albedrio
El mas vivo dolor mezclado siento,
Al ver la postracion y abatimiento
De un hijo ya tan vuestro como mio.
¡Qué cuenta os doy de un hijo tan amado!

Seleuco.— Ah! quién pudo temer que así volviera!

Estratonice.— El estar de vos léjos le ha enfermado,
Y así espero, Señor, que á vuestro lado
Volverá presto á la salud primera.

Seleuco.— Esa esperanza mi dolor mitiga:
Pero es tiempo, querido hijo del alma,
Que del penoso viaje la fatiga
Alivie el sueño con su mano amiga:
Ven á gozar su bienhechora calma.

Antioco.— No, mi padre y señor: ya ni un momento
He de quedarme aquí, y con el permiso
Que me concedas, otra vez me ausento.

Estratonice.— (Oh cielos! cuál será su pensamiento!)

Antioco.— Al punto partir déjame: es preciso.

Seleuco.— Oh dioses! qué escuché! llegas apénas
Y quieres separarte de mi lado:
¿No es la ausencia la causa de tus penas?
Á una muerte segura te condenas
Partiendo, hijo del alma, en tal estado.

Antioco.— Al contrario, Señor: mi fin es cierto,
Si partir no me dejas brevemente:
Solo partiendo mi penar divierto:

Si me amas, si no quieres verme muerto,
Hoy mismo, hoy mismo mi partir consiente.
Estratonice.— (Qué mal mis ansias refrenar consigo!)
Seleuco.— Tú, cuya ciencia lo mas hondo sabe,
(Ap. á Erasist.) Díme qué es esto, Erasistrato amigo?
Erasistrato.—Si la verdad, oh gran Señor, os digo,
(Ap. á Seleuco.) Es cuanto miro misterioso y grave.
Seleuco.— De tu mal el exeso riguroso
Es quien causa ese ciego desvario.
Erasistrato.— Estais necesitado de reposo.
Seleuco.— Obedece á tu padre cariñoso:
Ven á tu lecho, ven, pobre hijo mio.
Antioco.— Ay padre! tú me matas! tú en mi daño
Te conjuras, mis penas acreciendo!
Estratonice.— (Mi rostro en llanto, mal mi grado, baño.)
Seleuco.— ¡Quién comprende tormento tan extraño!
Estratonice.— (Yo solamente su dolor comprendo.)

—

ACTO SEGUNDO.

ANTIOCO.

El teatro representa las habitaciones del príncipe: sobre una mesa habrá frascos y tazas con remedios.

ESCENA I.

ANTIOCO.

Antioco.— Al ver tan mustia mi frente
Y mi ciego frenesí,
No comprenden ¡ay de mí!
Que de amor estoy doliente;
Y á mis ignorados males
Cuya causa está en el alma,
Quieren dar alivio y calma
Con remedios materiales.
Mas remedios hoy tan vanos
Á volverme la salud
Solo adquirieran virtud,
Si me los dieran sus manos;

Si á la taza que rebosa
Con la médica bebida
Ella aplicara dolida
Sus puros labios de rosa.
Mas ¿qué profiero? ¿así trato
De sofocar mi pasion?
¡Oh cobarde corazon!
¡Hijo desleal é ingrato!
Pero, ¿no es fuerza que quiera
Á quien mi madre ha de ser?
Quererla en mí es un deber,
Mas de distinta manera.
Y su hijo me llama ¡oh nombre
En esos labios odioso!
Cuando á otro hombre llama esposo,
Y es ¡ay! mi padre ese hombre!
Suele siempre aborrecer,
Con alma esquiva y zelosa,
De un padre á la nueva esposa
El hijo de otra mujer;
Pero es tal la suerte mia,
Que tan solo á mí me arrastra
Un amor á mi madrastra
Peor que el odio todavia.
¡Oh destino! ¡oh dolor fiero
Que todo dolor supera!
¡Morir sin poder siquiera
Decir el mal de que muero!
Tal vez declararle intento
Que ella de mis males es
La causa, y morir despues
Que le diga mi tormento:
Mas, al romper mi secreto,
Mis labios audaces sella
La virtud y el honor de ella
Y de mi padre el respeto.
¿Qué haré en tan crudo dolor?
¿Qué haré en trance tan fatal?
El callarme me está mal,
Y el hablar me está peor.

Mas, si á un padre guardo fe
Á quien amo y reverencio,
Aunque me mate el silencio,
Inocente moriré;
Y pues fuerza es que me venza
De mi pasion el rigor,
Máteme solo el dolor,
No el dolor y la vergüenza.

ESCENA II.

ANTIOCO y ERASISTRATO, con un libro en la mano.

Antioco se ha quedado abismado en su dolor: Erasistrato lo contempla un rato y dice:

Erasistrato. Siempre apoyada en la palma
La meditabunda frente,
Y absorto en un pensamiento
Que sin cesar le posee!
Cada vez á mi sospecha
Mas las señales advierten
Que es una pasion del alma
La que el príncipe padece:
Pero si es pasion del alma
La que en tal punto le tiene,
¿Cuál puede ser sino amor?
Sin duda sus llamas siente.
Con el mas prolijo exámen
Sobre él mi cuidado vele,
Sin que á la atencion se escape
El mas pequeño accidente.
Pueda, en alivio del príncipe,
En tal ocasion valerme
Que no solo por estudio,
Sino por prueba igualmente,
Conozco, Amor, tus efectos
Tan violentos y crüeles!

(Á Antioco.) Cómo, príncipe, os sentis?
Antioco. Mi mal, amigo, decrece
Por instantes
Erasistrato. (Él me engaña,
Que su semblante le vende,
Y claro en su faz se mira
Que ni el instante mas breve
Tendió sus alas el sueño
Sobre sus ojos ardientes.)
¿Qué os duele?
Antioco. Nada (La vida,
El alma es la que me duele.)
Erasistrato. (Su voz, su ademan, su aspecto,
Todo, todo le desmiente:
Amor, amor es sin duda
El mal que descubrir teme,
Y amor extraño, imposible,
Y del que vergüenza tiene.)
(Á Antioco.) Pues que siempre solo estais,
¿No quereis, príncipe, á veces
Distraer con la lectura
Vuestras tristezas crüeles,
Ya que á tan noble ejercicio
Fuisteis inclinado siempre?
Antioco. ¿Y de qué, oh Erasistrato,
Trata el libro que me ofreces?
Erasistrato. De los extraños efectos
Que el amor producir suele.
Antioco. El amor!
Erasistrato. (Se turba, tiembla;
No hay duda.)
Antioco. Y decirme puedes
Cuales son esos efectos?
Erasistrato. Muchos son y diferentes.
Mas, cuando un amor extraño
Es el amor que nos vence,
Son los efectos entónces
Mas graves: una perenne
Negra profunda tristeza,
Á todo halago rebelde;

Un obstinado silencio
Que á ruego ninguno cede,
Un continuo suspirar,
Y un alternado y frecuente
Palidecer de improviso
Y en viva grana encenderse:
Enferma el alma, es forzoso
Que el cuerpo tambien enferme;
Pierde su grana el semblante
Y los miembros se enflaquecen;
Huye el sueño que restaura,
Los manjares se aborrecen,
La vida cansa y hastia
Y se desea la muerte.

Antioco. Con qué esos son los efectos?
(Los mismos que en mí suceden!)

Erasistrato. Esos son; mas al miraros,
Caro príncipe, parece,
Por los efectos que esplico,
Que de amor adolecieseis.

Antioco. Quién! yo! adolecer de amor!
Ah! jamas, jamas lo pienses.

Erasistrato. Pues lo negais, no lo creo.
(No hay verdad mas evidente.)

Antioco. ¿Y los remedios no indica
El sabio libro que lees?

Erasistrato. Tambien los remedios trata.

Antioco. Y cuáles son?

Erasistrato. Con valiente
Labio decir la verdad,
O al dulce objeto que enciende
En nuestro pecho la llama,
O á quien decírselo puede;
Procurando que su amor
Nuestra pasion recompense,
Porque amor se alivia y cura
Con amor únicamente.
¿Quereis pues que os deje el libro?

Antioco. No quiero que me le dejes,
Que de bien diversa causa

Los males mios proceden.

Erasistrato. Príncipe, el rey vuestro padre
Con la reina á veros viene.

Antioco. La reina dijiste?

Erasistrato. Sí:
La reina y el rey.

Antioco. (¡Qué siente
El alma, al oir nombrarla!
Ya la oigo entrar: solamente
El sonido de sus ropas
Todo, todo me estremece.)

ESCENA III.

DICHOS, SELEUCO y ESTRATONICE.

Seleuco. Hijo mio, hijo del alma!
¡Qué de cuidados me debes!
No habrá para mí sosiego
Miéntras así te contemple.
Solícita de tu estado,
La reina tambien á verte
Viene conmigo, y saber
Si tu mal mejora tiene.

Antioco. ¿Cómo estaré sino bien,
Cuando ambos venis á verme?

Estratonice. Ambos vivimos por vos
Inquietos constantemente.

Seleuco. Ni solo á la reina aflije
El mal que te oprime y vence,
Sino tambien á la corte
Y al reino entero entristece:
Tus amorosos vasallos
De tu dolencia adolecen,
Todos están de las nuevas
De tu salud hoy pendientes;
Todos elevan por ti
Al cielo votos solemnes,
Y por tu vida á los dioses
Víctimas puras ofrecen.
Pero, ¿cuál, díme, hijo mio,

Es de tus males la fuente?
¿Qué pena oculta te mata?
¿Qué ambicionas? ¿qué apeteces?
Si es un anhelo, aunque grande,
Que esté en mí satisfacerle,
Sin disfraz dílo á tu padre
Por que al punto le contente;
¿Es la mitad de mi reino
Lo que por ventura quieres?
Desde ahora todo es tuyo
Cuanto serlo un dia debe:
Y no digo el aureo cetro
Y corona reluciente,
Por no verte en tal estado,
Aun la vida diera alegre.

Antioco. (Y á tal padre ofendo yo
Con querer á la que quiere!
Mas, si no querer no puedo,
Callar puedo, aunque me cueste
La vida) Padre, de modo
Tus palabras me enternecen,
Que razones busco en vano
A responder convenientes.

Seleuco. ¿Qué dices á mi cariño?

(Á Erasistrato) ¿Qué á mi esperanza prometes?

Erasistrato. Deciros, Señor, queria
Lo que mi cuidado advierte.

Seleuco. Ven un instante conmigo
Donde hablemos libremente.

ESCENA IV.

ANTIOCO y ESTRATONICE.

Estratonice. (¡Cuánto es tirana mi estrella!)

Antioco. (¡Cuánto es mi suerte crüel!)

Estratonice. (¡Me dejan sola con él!)

Antioco. (¡Solo me dejan con ella!
¡Qué es lo que pasa por mí!)

Estratonice. (Turbada estoy de manera,
Que salir de aquí quisiera.)

Antioco. (Huir quisiera de aquí.
¿Qué la diré, si áun no tengo
Para mirarla osadía?)
Estratonice. (Pues él calla todavía,
Á hablar por fin me prevengo;
Que tiempo es ya que concluya
Este silencio imprudente
Que espresa tan claramente
Mi turbacion y la suya.)
Me es dulce, Señor, pensar
Que con las auras natales
Vuestros rigorosos males
Se han comenzado á templar,
Y que, presto al fin exento
De tan tirano martirio,
Volvereis al pueblo sirio
La esperanza y el contento.
Mas, entre tanta alegria
Que todo un pueblo reciba,
No habrá ninguna tan viva
Cual la paterna y la mia.
Al cielo tan alto bien
Pedimos siempre los dos.
Antioco. Y es verdad, Señora, y vos
Por mi os desvelais tambien!
Estratonice. Tal duda, Señor, no es justa:
Tan mal, tan mal me juzgais?
Ya, príncipe, me mirais
Como una madrasta injusta!
Si á las madrastras condena
La universal opinion
De que siempre hostiles son
Al hijo de madre agena,
Probaros mi trato espera,
Amandoos al par del rey,
Que en mí tan odiosa ley
Tuvo su excepcion primera.
Antioco. Bien se ve que en vos no mas,
Del corazon la nobleza
Compite con la belleza

Que nadie igualó jamas.
Si á otra que vos, oh princesa,
Mi padre el rey se enlazara,
Confieso que me pesara,
Pero con vos no me pesa.
(Ay! que ordena mi tormento
Y mi deber enemigo
Que sea lo que le digo
Al reves de lo que siento:
Mas temo, si esta ocasion
Se prolonga, que fielmente
Al fin el labio le cuente
Lo que siente el corazon.)

Estratonice. Y vos, no imitais tambien
Á vuestro padre?

Antioco. (Qué escucho!
Cielo santo! ya esto es mucho!)
Yo casarme! yo! y con quién?

Estratonice. Damas ostenta esta corte
Tan nobles, príncipe, y bellas,
Que bien pudierais entre ellas
Elegir vuestra consorte;
Y el himeneo templar
Pronto quizá lograria
La negra melancolia
Que os consume sin cesar.

Antioco. Princesa, dijisteis bien:
El mal que es hoy mi verdugo
Se templara, si á ese yugo
Se doblegara mi sien.
Mas es de mi hado el rigor
Tal, que la sola muger
Que mi amor pudo encender
Está vedada á mi amor.
Nunca mis fieros enojos
La dije; y hasta hoy ignora
La llama devoradora
Que en mí encendieron sus ojos.
Mas ¡ay! aunque la supiera,
Sé que la sabria en vano,

Que aliviar no está en su mano
Lo que alivio alguno espera;
Y aunque tal vez sin testigo
La veo, bien como ahora
Os estoy viendo, Señora,
Nunca mi pasion la digo.
¿Qué mal á mi mal alcanza?
Pues noche y dia me empleo
En un estéril deseo
Que no alienta la esperanza.
Y, víctima del deber,
Yo muero, y muero callando,
Y callo, Señora, cuando
Es amor todo mi ser.
Así en tan crudo existir
Que es solo un continuo duelo,
No me queda mas consuelo
Que el consuelo de morir.

Estratonice. (¿Quién escucharle podria
Sin lamentar su quebranto,
Sin derramar tierno llanto
Por su desgracia y la mia?
Que su labio no contó
Las crudas penas que siente,
Sin referir igualmente
Las penas que siento yo.)

Antioco. ¡Qué veo! gotas piadosas
Nublan vuestros ojos claros!
¡Pudo mi dolor costaros
Esas lágrimas hermosas!

Estratonice. De piedad, príncipe, llena
Al oiros.....

Antioco ¡Cuánto, cuánto
Ese compasivo llanto
Os agradece mi pena!

Estratonice. (Si mas permanezco aquí,
En mi alma leer podrá.)
Príncipe, adios.

Antioco. Cómo? ya
Me dejais, Señora, así!

Esperad solo un momento.
Ay!

Estratonice. (Qué voz tan angustiada!)
¿Qué teneis, príncipe?

Antioco. Nada.....
Pero sí: no sé qué siento:
Siento que crece mi mal;
Mi pecho se despedaza.

Estratonice. ¿Quereis que os lleve la taza
Del restaurador cordial?

Antioco. Sí, dádmela.

Estratonice. Veisla aquí:
Gran sabio el licor compuso.

Antioco. Estoy, princesa, confuso
De veros servirme así.

Estratonice. Mal haceis, si lo extrañais:
Quien hijo ya os considera
Ser debe vuestra enfermera.

Antioco. (Hijo me llama!)

Estratonice. Temblais!

Antioco. Tiemblo: el corazon me salta;
Cubre mis ojos un velo,
Á un tiempo me abraso y hielo,
Y hasta el aliento me falta.

Estratonice. Tomad, príncipe, y bebed.

Antioco. (Oh blanca mano hechicera,
¡Quién en ti apagar pudiera
Del alma la ardiente sed!)

Estratonice. ¿Qué decis? ¿Estais peor?
¿Á Erasistrato quereis?
Voy por él.

Antioco. No le llameis.
No os vayais: ya estoy mejor.
No os vayais aún: mirad
Que del infeliz Antioco
Menguan los males un poco
Con vuestra noble piedad.

Estratonice. Mucho vuestro mal me apiada:
Pero permitid que os diga,
Como madre y como amiga,

Por vuestro bien desvelada,
Que no es bien que así os dejeis
De vuestra pasion rendir,
Que sin cesar combatir
Con firme pecho debeis;
Pues, luchando noche y dia
Contra ese imposible amor,
Saldreis al fin vencedor
En la tremenda porfia.
Ríndase, ya que su suerte
Reduce al amor su vida,
La muger, de amor herida;
Pero el hombre ha de ser fuerte.
Y mas quien nació, cual vos,
Por que á tantos pueblos mande,
De un héroe y de un rey tan grande
Que Asia venera cual dios.
Venced pues de amor los males.
Y con digna heroicidad
De vuestro padre emulad
Las hazañas inmortales.
(¿Qué más he podido hacer
Por cumplir con mi decoro?
Huyamos donde mi lloro
Pueda en libertad correr.)

ESCENA V.

ANTIOCO.

Oid, Señora, aguardad:
Se va, y muriendo me deja!
Y pareció que mi queja
Merecia su piedad.
Mas ¿para qué volveria,
Cuando, á callar obligado,
Crece mi pena á su lado
Y se dobla mi agonia?
Que, desdichado igualmente,
Quiere mi fortuna ingrata
Que la que ausente me mata

Tambien me mata presente.
Dice que á mi mal prolijo
Tan facilmente no ceda,
Y que mas valor hereda
De heroico monarca el hijo.
No sabe, no sabe cómo
Eternamente combato
Con este amor insensato
Cuyas ansias nunca domo;
Pues contra su asalto impio
Del todo inútiles son
Las luces de la razon,
Las fuerzas del albedrio!
¿Qué fuerza humana luchó
Contra las de Amor celestes?
Ante él son nada las huestes
Que mi padre debeló.—
¡Oh padre! cuánto me cuestas!
Pues, atento á tu respeto,
No quebrantan mi secreto
Amarguras tan funestas.
Tu Antioco, víctima triste
De la pasion mas aciaga,
Hoy con usura te paga
La vida que tú le diste.
Ven pues, oh Muerte; tú sola,
De males en tanto asedio,
Ser puedes puerto y remedio
De quien por otro se inmola.
Ven, de mi ruego vencida,
Antes que mi propia espada,
De esperarte fatigada,
Acelere tu venida.

ESCENA VI.

ANTIOCO, SELEUCO y ERASISTRATO.

Seleuco. Hijo.
Erasistrato. Señor.
Seleuco. Qué es esto?

Antioco. Morir á manos de las penas mias.
Seleuco. Morir tú! pues mejor no te sentias?
Antioco. Deja, oh padre, que acabe
Una existencia tan doliente y grave,
Una vida insufrible en tantos modos
Á mí mismo y á todos.
Si algun amor te debo, yo te pido
Que me dejes morir, y no acrecientes
Con mi vida el suplicio desmedido
Y las ansias furentes
Del ser mas desdichado que ha nacido.
Seleuco. ¡Que te deje morir, cuando mi vida
Está á la tuya unida,
Y cuando lo imposible solamente
Será lo que por ti mi amor no tiente!
El sabio Erasistrato á mi ternura
Tu salud asegura.
Antioco. Cuando mi vida á prolongar acierte
Su ciencia y tu cuidado,
Sabe, oh padre, que solo habreis logrado
Trocar mi vida en dilatada muerte.

Éntrase Antioco y Seleuco tras él.

ESCENA VII.

ERASISTRATO.

Cada vez á mi ciencia es mas patente
Que es amor lo que siente;
Y áun á fijarse mi sospecha empieza
En la amada belleza.
¿No vi que se turbaba
Cuando le dije que la reina entraba?
Y ahora, cuando solo le ha dejado,
¿No hallo mas grave y mas mortal su estado?

—

ACTO TERCERO.

ERASISTRATO.

El proscenio representa en este y los siguientes actos la misma decoracion que en el primero.

ESCENA I.

ERASISTRATO y SELEUCO.

Seleuco. Con que juzgas que es amor
Quien sus males ocasiona,
Y mas y mas cada dia
Tu opinion se corrobora?
Erasistrato. Imposible es ya la duda:
Son de amor sus penas todas.
Solo saber el objeto
De su pasion resta ahora.
Seleuco. Y ¿cómo saberlo, si él
Oculta su pasion loca,
Y áun á confesar se niega
Que es amor lo que le agovia?
Erasistrato. Le venderán las señales
Por mas que su amor esconda,
Mostrándonos el semblante
Lo que recata la boca.
Por eso es bien que el sarao,
Como os dije, se disponga
Adonde de vuestra corte
Asistan las damas todas.
Seleuco. Ya está dispuesto el sarao:
Pronto mil damas hermosas
Vendrán, y entre ellas acaso
La beldad que le enamora.
Fué la idea como tuya,
Erasistrato, ingeniosa.
Erasistrato. Mucho fio de esta prueba.
Seleuco. Dichoso yo, si se logra!
Que no tan solo de un hijo
Á quien adoro y me adora

Siente el corazon paterno
La dolencia como propia,
Sino que tambien me abraso
En la beldad seductora
De la reina, y cada dia
Mas me enciende y apasiona:
Y el alma con tales ansias
Ni un breve instante reposa,
Anhelando siempre el dia
Venturoso de sus bodas.
¡Qué bien me dijiste, amigo,
Que, si era bella la copia
Que tanto ya me encendia,
Era mas bella mi esposa!
Y así mas ufano vivo
Siendo dueño de esa joya,
Que si de la tierra entera
Me ciñeran la corona.
Á tu amistad y á tu ciencia
El aliviarme les toca,
Á dos enfermos sanando
Que igual pasion acongoja.
Y ojalá que, hoy descubierta
De mi hijo la misteriosa
Pasion, para ambos mañana
Luzca la nupcial antorcha!

ESCENA II.

SELEUCO, ERASISTRATO y ANTIOCO.

Van entrando músicos,

Seleuco. Caro Antioco, este sarao
Ordené que se disponga
Por si se templa con él
Melancolia tan honda:
Ven pués, y un instante al ménos
Tus pesares desahoga,
De la música escuchando
Las vivas alegres notas.

Pronto todas las beldades
Vendrán, que mi corte adornan
Para que el sarao empieze.

Antioco. Y vendrán, oh padre, todas?

Seleuco. Sí, todas, hasta la reina.

Antioco. Tambien la reina?

Seleuco. Ella propia.

Erasistrato. (Siempre es mayor mi sospecha,
Pues solo de ella se informa.)

Antioco. Gracias te doy, padre mio,
Por las muestras amorosas
Que, en alivio de mis males,
Tus ternuras eslabonan.
(Hoy quiero por vez postrera
Beber la dulce ponzoña
Que el alma apura en los ojos
De mi bella matadora.)

Seleuco. (Á Erasist.) Ya van viniendo las damas
Alejarme de aquí importa
Por que el príncipe á mi vista
No se reprima y componga.—

[Á Antioco.] Hijo, por breves instantes
Mi cariño te abandona,
Pues á otra parte me llaman
Cuidados de mi corona.

ESCENA III.

ANTIOCO, ERASISTRATO y damas que van entrando.

Erasistrato. (Sobre él mis ojos agoten
Su atencion indagadora.)

Las damas van llegando de dos en dos: al pasar delante del príncipe, le hacen un saludo.

Dama primera. Qué triste está, qué cambiado!
Y cómo, en la faz hermosa,
Sucedió pálido lirio
De la salud á las rosas!

Dama segunda. Quién creyera que es el mismo
Cuya beldad portentosa

Pudo mirar con envidia
El casto hijo de Latona!
Dicen que un amor secreto
Es el que así le devora.
Dama primera. Y por qué no se declara,
Si de amor es su congoja?
Dama segunda. Temerá quizá desdenes.
Dama primera. Esa es necedad notoria:
¿Quién con el amor del príncipe
No se juzgara dichosa?
Dama segunda. Apénas nos ha mirado,
Y sin embargo, memoria
No guardo de haberte visto
Nunca tan bella y donosa.
Dama primera. La lisonja te devuelvo,
Aunque en ti ya no es lisonja.
Antioco. (No ha venido todavia:
Me asesina su demora.)
Erasistrato. (Distraidas sus miradas
Han visto á las mas hermosas,
Y parece que impacientes
Aguardan y buscan otra:
¿Quién esa otra ser podria
Sino Estratonice sola?
Ya la miro que se acerca;
Mas observémosle ahora.)

ESCENA IV.

DICHOS, ESTRATONICE y OLIMPIA.

Estratonice. (¡Quién avisarle pudiera!
¡Ay!)
Olimpia. Disimulad, Señora,
Que hay muchos ojos que estén
Fijos en vuestra persona.
Estratonice. Dices bien: alma, valor.

Antioco se ha demudado todo al ver á la reina: Erasistrato no aparta ni un punto los ojos de él. Al pasar la reina, todas las damas se inclinan profundamente.

Estratonice. Príncipe. (Tiemblo.)
Antioco. Señora.
(Al verla, al oir su acento
Todo mi ser se transforma.)
Dama segunda. Bella es sin duda la reina.
Dama primera. Es bella como una diosa;
Mas yo no sé que tristeza
En su semblante se nota.
Dama segunda. La habrá contagiado el príncipe
De su pasion melancólica.
Dama primera. No parece que le halagan
Mucho las cercanas bodas.
Dama segunda. Si con el príncipe fueran,
Estaria mas gustosa.
Estratonice. Bien vuestro padre dispuso
Esta fiesta, pues no hay cosa
Que los pesares alivie
Cual la música.
Antioco. Señora.....
Erasistrato. (¡Cómo la mira!)
Antioco. (Qué hechizo!
Qué beldad deslumbradora!
Y que no haya de ser mia!
¡Oh fortuna rigorosa!)
Erasistrato. ¿No os halagan y cautivan
Tantas damas seductoras
Que rara belleza ostentan
É ilustre sangre blasonan?
¿No hay alguna que os parezca
Mas hechicera entre todas?
Antioco. Todas son á la par bellas.
(Solamente ella es hermosa)
Erasistrato. ¿Y vos no juzgais tambien,
(Á la reina.) Como yo juzgo, Señora,
Que amantes lazos templaran
El mal que al príncipe agovia?
Estratonice. Lo juzgo así, y ya lo oyó
El príncipe de mi boca.
Antioco. (Oh crüel!)
Estratonice. Y oyó tambien

Lo que le repito ahora,
Y es que con pecho valiente
Á su mal se sobreponga.
(Ah! quién valor le infundiera
Por que su amor no conozcan!)

Antioco. Lucho, Señora, y confio
[Dominándose.] Que alcanzaré la victoria.

Erasistrato. (Veamos si con tal medio
Más su pasion le traiciona.)
[Á Estratonice.] Ya nuestro príncipe amado
Logra notable mejora,
De modo que el nuevo dia
Verá vuestras altas bodas,
Que mas dilacion no sufre
Del rey la pasion furiosa.

Antioco. ¡Qué oigo! oh cielos! y es posible?
(Fuera de sí.) ¿Mañana os casais, Señora?
Hablad! yo muero!

Erasistrato. Qué miro!
Ya su accidente le torna:
Aplica la mano al pulso y corazon. Vuela el pulso, y los latidos
De su corazon le ahogan.
Ya es la sospecha evidencia,
Y es la reina la que adora.

El príncipe cae desmayado: Erasistrato y los criados se le llevan.

Estratonice. Ay de ti, príncipe amado,
Y ay de mí!

Olimpia. Venid, Señora,
Adonde solo á mi vista
Vuestro ardiente llanto corra
Vanse.

Las damas y músicos se van yendo y quedan solo las dos damas que hablan.

ESCENA V.

Dama primera. ¡De qué espantoso secreto
Hemos sido sabedoras!

En tan juveniles años
¡Cómo ya el amor le postra!
Dama segunda. Tambien de la reina, díme
No advertiste la congoja
Y mal reprimido llanto?
Dama primera. Fueron lágrimas piadosas.
Dama segunda. ¿La piedad tambien explica
Su salida presurosa?
Dama primera. Pues qué piensas?
Dama segunda. Pienso, amiga,
Que ha tiempo que ambos se adoran.

Vanse y vuelve Erasistrato.

ESCENA VI.

ERASISTRATO.

Al fin mi ardid le arrancó
Al príncipe su secreto,
Y sé cuál es el objeto
Del amor que le venció:
Mas poco en saberlo gano,
Y áun pienso que era mejor
Ignorar siempre el amor
Que he sabido tan en vano.
Si el rey, ha un momento, aquí,
Comunicaba conmigo
Su pasion, ¿cómo le digo
La verdad que descubrí?
Cómo, si á la reina bella
Me dijo que amaba loco,
¿Cómo le digo que Antioco
Se muere tambien por ella?
Si su boda apetecida
Me confia, ¿de qué suerte
Le tengo de dar la muerte
Á quien me pidió la vida?
¿Qué haré en tal trance, qué haré?
Si decir lo cierto escojo,
Yo de Seleuco el enojo
El primero arrostraré.

Mas, si la verdad recato,
El príncipe morirá:
Ah! cese tal duda ya,
Y en ti vuelve, Erasistrato.
¿Cómo en tal caso atender
Puedes del rey á las iras?
¿Cómo á tu deber no miras,
Cuando cumples tu deber?
Mi conciencia vijilante
Me habla así, y su voz oyendo,
Cómo pude no comprendo
Vacilar un solo instante.
Si pierdo, hablando, el favor
De un rey airado y violento,
Sé que á la verdad contento,
Que es el monarca mayor.
Al ciego temor se doble
El médico vil que ignora
Cuánto su arte salvadora
Es entre las artes noble:
Use silencio ó falsia
El siervo del interes
Para quien la ciencia no es
Sino torpe grangeria,
No quien, el propio negocio
Desdeñando, como yo,
Siempre su arte profesó
Como un alto sacerdocio!
Mas, para ver si aprovecho
Del príncipe al ansia estrema,
Una noble estratagema
Me inspira el prudente pecho.
Y quién sabe si quizas.....
La accion es sin duda estoica,
Pero el rey tiene alma heroica
Y es padre suyo ademas.
Medio tan juicioso y lento
Menguará tambien su ira:
Sin duda el cielo me inspire
Tan piadoso pensamiento.

ESCENA VII.

ERASISTRATO y SELEUCO.

Seleuco. Ya vengo, amigo, impaciente
De saber el resultado
De tu esperiencia prudente.
Erasistrato. Ya el mal está averiguado.
Seleuco. Héme de tu voz pendiente.
Erasistrato. Ay! que la causa, Señor,
De sus congojas es tal,
Que ignorar fuera mejor
Cuál es el blanco fatal
De su desdichado amor.
Seleuco. ¿Qué oigo? ¿es acaso el objeto
De su amorosa locura
Un imposible sujeto?
Erasistrato. Es tal, que á vuestra ternura
Quise tenerlo secreto;
Reputando conveniente
En el silencio y olvido
Sepultar eternamente
Lo que despues de sabido
Ningun remedio consiente.
Seleuco. Si es una humana muger
Á la que el príncipe ama,
¿Cuál tan esquiva ha de ser,
Que se resista á su llama,
O se niegue á mi poder?
Juzgo que no habrá ninguna
Que enlace tan eminente
No tenga por gran fortuna,
Aunque en sumo grado ostente
Belleza é ilustre cuna.
Erasistrato. ¿Quién ha de ser tan insano
Que esa verdad evidente
Ose negar?
Seleuco. Luego es llano.....
Erasistrato. Mas en el caso presente

Todo eso, Señor, es vano;
Que no siempre.....

Seleuco. Acaba pues:
No más de misterios lleno
Al ver mis ansias estés,
Ni con tan lento veneno
Así la muerte me dés.

Erasistrato. Pues vuestro labio lo ordena,
Sabed que no admite cura
De Antioco la amante pena,
Pues quiso su desventura
Que amase á muger agena.

Seleuco. ¡Tan extraño amor le acosa!

Erasistrato. Por eso á nadie confiesa
Jamas su llama amorosa.

Seleuco. Mas dí, qué muger es esa?

Erasistrato. Es, Señor, mi propia esposa.

Seleuco. Tu esposa, tu esposa! oh hado
Funesto! oh signo importuno!
Oh príncipe desdichado!

Erasistrato. Ya veis, Señor, que su estado
No tiene remedio alguno.

Seleuco. No le tiene..... uno tuviera,
Uno solamente.

Erasistrato. Cuál?

Seleuco. Bien me entiendes.

Erasistrato. Y quién fuera
Capaz de heroismo tal?

Seleuco. Dejarás que mi hijo muera?
Si á ti mi cariño fia
Lo que amo en el mundo más,
Si en su vida está la mia,
Pudiendo ¿no aliviarás
Mi tormento y su agonia?

Erasistrato. ¿Qué me proponeis, Señor?
Que á la que idolatro pierda,
Cediéndola á ageno amor!

Seleuco. Lo que mereces recuerda
Á mi amistad y favor:
Ve que eres padre tambien

De ese hijo á quien desde niño
En la verdad y en el bien
Aleccionó tu cariño:
De él y de mí piedad ten.

Erasistrato. Grande, Señor, es la accion.

Seleuco. No mayor de lo que vales;
Tienes de héroe el corazon,
Y de tu ciencia rivales
Tus altas virtudes son.

Erasistrato. ¿Habeis el valor medido
Del sacrificio exijido
Por vuestro ruego tenaz?
¿Vos mismo fuerais capaz
De lo que me habeis pedido?
Y si yo os dijese ahora
Que es la reina la que adora,
¿Qué os tocaba responder?

Seleuco. Pero eso no puede ser!
(Oh sospecha matadora!)

Erasistrato. Pues es, Señor, la verdad.
Y fué lo primero engaño
Que finjió mi lealtad
Para hacer menor el daño:
Mi artificio perdonad.
Y el que aconsejarme pudo
Un sacrificio tan crudo,
Viendo que en su mano está
Y á ménos costa, no dudo
Que él mismo lo cumplirá.

Seleuco. ¡Con qué tu ardid me engañó
Hasta aquí! luego no quiere
Antioco á tu esposa!

Erasistrato. No:
La reina es quien le prendó,
Y por la reina se muere.

Seleuco. Y cómo lo has descubierto?

Erasistrato. Eso bien claro lo ví.

Seleuco. ¿Lo que me dices es cierto?

Erasistrato. Cierto, Señor.

Seleuco. Sal de aquí,

Que tus palabras me han muerto.
Sal de aquí, pues considero,
Si al punto no te retiras,
Que habrás de ser el primero
En quien mis súbitas iras
Descarguen su ímpetu fiero.
Véte, y á ese hijo malvado
Aquí al instante me envia.

Erasistrato. Pensad, Señor, en su estado.

Seleuco. Todo lo tengo pensado.

Erasistrato. Ved que quizá no podria,
Tan abatido y doliente,
Sufrir la fiera batalla
De vuestra saña furente.

Seleuco. Basta: obedéceme y calla.

Al ver que se va Erasistrato.

Erasistrato, detente.
Por última vez me dí
Si estás seguro de que arda
Por Estratonice?

Erasistrato. Sí.

Seleuco. Pues anda y díle que aquí
Su rey y padre le aguarda.

Erasistrato hace ademan de replicar: el rey le impone silencio y le despide.

ESCENA VIII.

SELEUCO.

¡Qué supe! mi hijo se atreve
Á levantar la esperanza
Á quien mi esposa ser debe!
Teme mi justa venganza,
Hijo desleal y aleve!
¿Cuándo pude imajinar
Que, con audacia sin par,
Un hijo que amaba tanto
Osase el deber mas santo
De sus deberes hollar?
Yo por mi esposa le envio,

Yo mi honra y mi amor le fio,
Y á mis confianzas infiel
Como á mis respetos, él
Codicia un amor que es mio!
Y yo su mal lamentaba,
Y con tormento infinito
Sin cesar me desvelaba,
Y entónces no sospechaba
Que áun su mal era un delito.
Salvado su vida habria
Áun á costa de la mia
Mi tierna solicitud:
¡Oh inaudita ingratitud!
¡Espantosa alevosia!
Apenas llego á creer
Ingratitud tan extraña
Y tan torpe proceder:
Crece á su vista la saña
Que inflama todo mi ser.

ESCENA IX.

SELEUCO y ANTIOCO.

Antioco. Señor, á tus preceptos obediente,
Vengo (Mas ¿qué mudanza á mirar llego?
Nubes envuelven su ceñuda frente,
Sus ojos lanzan centellante fuego!)
Seleuco. Príncipe, yo á llamar os he enviado.....
Antioco. (¡Cuán severa su voz truena en mi oido!
Ah! sin duda, sin duda ha penetrado
Mi culpable pasion: yo soy perdido!)
Seleuco. ¿Por qué, con turbacion anticipada,
Os miro estar temblando de ese modo?
Mas, si mi labio áun no os ha dicho nada,
Vuestra conciencia os lo habrá dicho todo.
Ella os dirá que vuestro padre sabe
Vuestro infame secreto vergonzoso:
Nunca temí de vos culpa tan grave;
Con razon la ocultabais receloso.
¿Sabeis lo que debisteis haber hecho

Antes que dar en vuestro pecho entrada
Á tan torpe pasion? el propio pecho
Rasgar mil veces con aguda espada.
¿Qué nombre habrá que á la perfidia cuadre
De una accion tan osada y delincuente?
Como rey, como amigo, como padre,
Príncipe, me ofendisteis juntamente.
Para enviar por mi esposa yo os elijo,
Digno entre todos de tal honra os hallo:
Y á la esposa del padre aspira el hijo!
Y á su reina y señora ama el vasallo!
Mas, si amor ó deber no os retenia,
¿No os arredró el justísimo castigo
Que á vuestro triple crímen guardaria
Vuestro rey, vuestro padre, vuestro amigo
Pues no habia en el mundo otras mugeres,
Que os atrevisteis á mi real esposa?
Para haceros hollar tantos deberes,
Solo ella era muger, solo ella hermosa?
Ella, entre todas, era la vedada
Á vuestra osada llama incestüosa,
Y ser debió, de vuestro padre amada,
Sagrada para vos, como una diosa.
El solo pensamiento era un agravio,
Un agravio mortal solo el deseo;
Y quien sabe tambien si con el labio.....?

Antioco. Nunca, padre, jamas.

Seleuco. Ah! bien lo creo;
Y si creyera que la culpa vuestra
Llegara hasta tener atrevimiento
De hacer de amor ante ella alguna muestra
O murmurar de amor un solo acento,
Vive Dios que á mis furias homicidas
Entónces no bastara el que mis brazos
Arrancaros pudieran tantas vidas
Como os hiciera mi furor pedazos.

Antioco. Ya estoy, Señor, á vuestras plantas puesto,
Echándose á los pies del rey. Y aunque bien veis que por instantes muero,
De mi existencia el miserable resto
Lo rindo y sacrifico á vuestro acero.

Vos me disteis la vida, y el derecho
Tenois vos de quitarla: no vacilo
En ofreceros el desnudo pecho
De vuestra espada vengadora al filo.
Acabad pues, y os dé fácil despojo,
Oh padre mio, este vivir funesto
Que hoy que merezco vuestro fiero enojo
Mas que nunca maldigo y lo detesto.

Seleuco. (Al alma sus acentos me han llegado,
Y al escucharle demandar la muerte
Y contemplar su doloroso estado,
En compasion mi saña se convierte.
Si sus congojas por instantes crecen,
¿He de abreviarle un fin, ya tan vecino?
Mis entrañas de padre se estremecen:
Mas que suya, es la culpa del destino.)
Alza, hijo mio, y á tu estancia vuelve;
Allí un instante mi llamada espera.
(Veamos si mi pecho se resuelve
Á que viva su amor y el mio muera.)

—

ACTO CUARTO.

SELEUCO.

ESCENA I.

SELEUCO.

¡Ah! ¡cuánto el combate dura
Que estoy lidiando conmigo!
Y áun renunciar no consigo
Á su divina hermosura!
Mis esfuerzos, que hasta aquí
Son tan vanos é infelices,
Dicen cuán hondas raíces
Ha echado este amor en mí.
Mas, si amor mi pecho hiere,

¿El de mi hijo no traspasa?
Si yo ardo, él no se abrasa?
Si yo padezco, él no muere?
Y si, aunque morir se viera,
Su amor ocultaba mudo,
¿Qué más, qué más hacer pudo
Aun la virtud mas severa?
¿Qué más puedo exijir de él,
Si se mostró tan mi amigo,
Que por ser lëal conmigo,
Consigo ha sido crüel?
Si su estrella le arrastró
Á amar á la reina bella,
Culpa será de su estrella,
Pero de su pecho nó.
¡Quién sabe si ella ha entendido
Del príncipe el amor ya,
Y si por ella quizá
Es su amor correspondido!
¿Qué mucho que ya le amara,
Si, aunque yo no me lo diga,
Cuanto al príncipe la liga
Tanto de mí la separa?
Jóvenes y hermosos ellos,
Todo á adorarse los mueve;
Y de los años la nieve
Blanquea ya mis cabellos.
Tiempo ha que entender debí,
Abandonando ilusiones,
Que la edad de las pasiones
Ha pasado para mí.
Mas me dice esta pasion,
Que en vano apagar anhelo,
Que de mis canas el hielo
No bajó á mi corazon.—
Quizas, hablando con ella,
Su pasion se mostrará.
Viene allí: qué hermosa está!
Nunca la miré mas bella.

ESCENA II.

SELEUCO, ESTRATONICE y OLIMPIA.

Estratonice. (Por mi suerte y la del príncipe
Inquieta estoy de continuo:
El rey aquí: qué semblante
Tan agitado y sombrio!
Si será ya sabedor
De todo lo sucedido?
Tiemblo.)
Seleuco. Princesa.
Estratonice. Señor.

El rey hace una seña á Olimpia.

Estratonice. Vete, Olimpia.
Olimpia. Me retiro.

ESCENA III.

SELEUCO y ESTRATONICE.

Estratonice. Mas cuidadoso y suspenso
Que nunca, Señor, os miro.
Seleuco. Sí, princesa; y mi cuidado
Nace de grave motivo.
Estratonice. ¿Podrá merecer mi afecto
Que os digneis, Señor, decirlo?
Seleuco. Antes, Señora, os buscaba,
Pues comunicar ansío
Con vuestra amistad tan solo
Este tormento prolijo.
Estratonice. Decid pués, y ojalá pueda
Daros mi amistad alivio.
Seleuco. Es el caso mas funesto
Que sucederme ha podido:
Bien sabeis que á nuestro enlace
El único estorbo ha sido
Ver á una ignota dolencia
Postrado mi único hijo.
Yo de su salud á un tiempo

Y de mi dicha solícito,
Averiguaba constante
La causa de su martirio.
Al fin la supe, Señora;
Pero mi desgracia quiso
Que, si el mal era ya grande,
Fuese mayor, conocido.
Su salud y nuestras bodas
Se excluyen, y ya es preciso
O que á su vivir renuncie,
O en vuestras bodas al mio.

Estratonice. (Ya todo lo sabe!) En vano
Por entenderos porfio.

Seleuco. Sabed que vos sois, Señora,
La causa de sus suspiros.

Estratonice. Yo la causa! absorta os oigo.

Seleuco. Pues la verdad os he dicho.
Cuando lo supe, os confieso
Que, en saña fiera encendido,
Me pareció hasta la muerte
Corta pena á su delito.
Mas le vi, le hablé; á mis plantas
Cayó doliente y sumiso;
Y en piedad troqué la ira
Y en tierno halago el castigo.
Mas, si al mirar su congoja
Mi enojo se ha suspendido,
Un largo y crudo combate
Sostengo conmigo mismo.
Soy padre y amante á un tiempo,
Y áun no sé si á vos de mi hijo
O á mi hijo de vos, Señora,
Haga el duro sacrificio.
Y así en tan dudoso trance
Á haceros me determino
Juez á vos misma: elegid
Vos entre el padre y el hijo.

Estratonice. (¿Será un ardid para ver
Si amor al príncipe abrigo?)
Mal podeis, Señor, hacerme

Juez en tan grave litigio,
Pues de mí disponer debo
Si entre vosotros elijo,
Y disponer de mi mano
Á mí, Señor, no me es lícito:
Desde que trató con vos
Mis bodas el padre mio,
Ya yo albedrío no tengo,
Que en vos está mi albedrío.
Vos sois mi dueño, vos solo
Sobre mí teneis dominio:
Vos podeis darme ó guardarme
Á vuestro placer y arbitrio.
No me pidais pues que elija,
Decidid, Señor, vos mismo,
Que á mí obedecer me toca
Lo que hubiereis decidido.

ESCENA IV.

SELEUCO.

En vano con tal prudencia
Y decoro ha respondido,
Que sus palabras desmiente
La turbacion que le he visto.
Sin duda el amor del príncipe
Ha tiempo que ella ha entendido,
Sin duda le ama: es Antioco
De ser amado tan digno!
Todo, todo me persuade
Este crüel sacrificio,
Y ya la pasion de amante
Cede del padre al cariño.

ESCENA V.

SELEUCO y ERASISTRATO.

Viendo á Erasistrato que vacila en entrar.

Seleuco. Ven sin temor, fiel amigo,

Y perdona si, ha un momento,
Mi injusto enojo violento
Probó su rigor contigo.
De mis acerbas razones
Ya pesaroso y corrido,
Que las olvides te pido
Y á tu monarca perdones.

Erasistrato. Colmárais mi regocijo,
Si cual, conmigo aplacado,
Ya vuestro enojo ha cesado,
Cesara con vuestro hijo.
Y ojalá, si fuera así
Posible salvarle á él,
Que vuestra saña crüel
Recayera toda en mí.

Seleuco. No te afanes, noble pecho,
Amigo leal y firme,
No te afanes en pedirme
Lo que está del todo hecho:
Vencer mi enojo, al usado
Halago y amor volviendo,
Es lo ménos que pretendo
Hacer por mi hijo adorado.

Erasistrato. ¿Qué hazaña no es natural,
Por mas que esfuerzos demande,
Á esa alma elevada y grande,
Verdaderamente real?
Pasagera indignacion
Otro os hizo parecer,
Pero no tardó en vencer
Vuestra noble condicion.

Seleuco. Como padre y como amante,
Harto conmigo he luchado:
Mas ya la lucha ha cesado,
Y el padre quedó triunfante.
Si de ti exijió mi error
La hazaña dificultosa
De ceder tu propia esposa
Al que moria de amor,
¿Cuánto más justo, pues vi

Que hacerlo á mí me tocó,
Que hiciera lo mismo yo
Que ántes exijí de ti?
¿Qué ménos hacer podia
En este trance, y mas viendo
Que él es mi hijo, no siendo
Mi esposa ella todavia?
Al sacrificio costoso
Ya pues decidido estoy,
Y sin mas aguardar, hoy
Será de la reina esposo.
Es mi hijo, mi sucesor
En quien nueva vida espero,
De mi corona heredero,
Y tambien de mi valor.
Si á ambos la reina prendó,
Con ambos cumpliendo así,
Debo quitármela á mí
Para darla á mi otro yo;
Y su alta felicidad
Mirando como comun,
Poseeré á la reina aún
En mi mas dulce mitad.
Hazle al instante llamar,
Que estoy de hablarle impaciente,
Ni quiero mas largamente
Su ventura dilatar.

Erasistrato [que va y vuelve] Dejad que exprese, Señor,
La admiracion entusiasta
Que el pecho á sentir no basta
Al ver tan alto valor.
El sacrificio era tal,
Que áun yo que os lo aconsejaba,
Aun yo lo dificultaba
De todo esfuerzo mortal.
¡Cuánto la alta idea gana
Que tuve siempre de vos,
Pues hoy os iguala á un dios
Esta hazaña sobrehumana!
Grandes las victorias son

Que de vos cuenta la historia,
«Pero es mas grande victoria
Vencer la propia pasion.»
Y de Persia el vencedor,
Con estremado heroismo,
Hoy, vencedor de sí mismo,
Logra su triunfo mayor.
Vedle cuál llega doliente
Y abatido: ¡qué contento
Á ese triste abatimiento
Va á suceder de repente!
De su dolencia crüel
Le va á librar breve rato.

Seleuco. Noble y fiel Erasistrato,
Déjame solo con él.

ESCENA VI.

SELEUCO y ANTIOCO.

Seleuco. Hijo amado.
Antioco. (Qué oigo?) Padre.
Seleuco. Ven, hijo, mas no á mis plantas,
Ven á mis brazos amantes
Que ya anhelosos te aguardan.
No receles, hijo mio,
Que de mis iras pasadas
En el corazon paterno
Ni una reliquia quedara.
Pasó mi saña del todo,
Y si alguna el pecho guarda,
Solo conmigo la tengo
Porque la tuve sin causa.
¡Y en tu doloroso estado
Te lanzé fieras miradas,
Y te agravió el labio mio
Con iracundas palabras!
Ah! perdona, hijo querido,
Esas palabras airadas
Las primeras que escuchaste
En mis labios.

Antioco. No así añadas
Mas estremos amorosos;
Basta ya, padre del alma.
Tus acentos me penetran,
Me confunde bondad tanta:
Si tus iras me abatieron,
Tus piedades me restauran,
Y tu perdon me da vida,
Si me mató tu amenaza.
Con volverme tu cariño
Quedan mis ansias colmadas,
Que al que tu perdon merece
Esa ventura le basta.

Seleuco. Pues á una nueva ventura
Hoy tu corazon prepara
Y se abra ese triste pecho
Finalmente á la esperanza.
Algo por tu vida y mia
Es bien que tu padre haga,
Que en volverte mi cariño
Claro está que no hice nada.
Yo moribundo te miro;
Y si al inquirir la causa,
Hallo que agonizas presa
De ardiente amorosa llama,
En vez de dejar vencerme
Por la sed de la venganza,
Debí dar á la alegria
En mi corazon entrada,
Al contemplar que la suerte,
En esto ménos contraria,
Quiso poner en mis manos
El alivio de tus ansias.
Digno de castigo fueras,
Si con tu amor no lucharas;
Mas si con tu amor violento
Eternamente batallas,
Si, á mis respetos atento,
Miro que áun muriendo callas,
Debo premiar tus virtudes

Y remediar tu desgracia.

Antioco. ¿Qué quieres, padre, decirme?

Seleuco. Que de himeneo á las aras
Hoy conducirá tu diestra
Á la beldad que idolatras.

Antioco. ¿Á quién, Señor?

Seleuco. Lo preguntas?
Á la reina: yo la amaba
Y mucho, pero tu amor
Al fin rindió la balanza.

Antioco. (Qué escucho! á mi padre debo
Cariño y fineza tanta
Que por dar á mi amor vida
El suyo sofoca y mata!
Y tan crüel sacrificio
De un padre un hijo aceptara!
No; la tentacion es grande,
Mas no excede mi constancia.
Responder que nó me toca,
Aunque la vida me vaya,
Que su generoso porte
El mio á mí me señala.)
De mi silencio, Señor,
Ha sido el asombro causa,
Al escuchar de tus labios
Que con la reina me casas.

Seleuco. ¿Pues no es de amor tu dolencia?
¿Á Estratonice no amas?

Antioco. Yo á la reina? te repito
Que tus acentos me pasman.

Seleuco. Pues ¿cómo aquí mis enojos
Te turbaron, y á mis plantas
Te derribaste confuso,
Si á Estratonice no amabas?

Antioco. Porque tanto te respeto
Y tanto temo tu saña,
Que, áun sintiéndome inocente,
Me es fuerza, Señor, temblarla.
Si siempre con un cariño
Casi materno me tratas,

Cómo resistir podia
Tan repentina mudanza?

Seleuco. Luego tu mal no es de amor,
Y Erasistrato se engaña?

Antioco. No se ha engañado al decirte
Que es amor el que me abrasa,
Mas sí en creer que es la reina
El objeto de mi llama.

Seleuco. Pues quién es?

Antioco. Es Cleonice,
De Estratonice la hermana.

Seleuco. Y cómo no la dijiste
La pasion que te inspiraba?

Antioco. Porque ya está prometida
Al amor de otro monarca,
Y el mirarla de otro dueño
Al silencio me obligaba.

Seleuco. Pero, ¿cómo Erasistrato
Creyó que á mi esposa amabas?

Antioco. Él veria que á su vista
Mas mis ansias se agravaban,
Porque á su hermana recuerda
Con perfecta semejanza.

Seleuco. Mira que no engañes, hijo,
Al que darte vida trata.

Antioco. Señor, la verdad te digo:
Recuerda que á mi llegada
Partir de nuevo queria,
Porque su amor me llamaba.

Seleuco. Pues, si es verdad lo que dices
Pienso que remedio áun haya.
Pero deja que de nuevo
Maldiga la injusta rabia
Con que te ofendió mi labio
Cuando tan sin culpa estabas!
Solo te culpo en que tanto
Decírmelo dilataras.
Mas áun abriga mi pecho
Justa dichosa confianza
De que esas tratadas bodas

Por mí Demetrio deshaga.
Mucho Demetrio me debe:
Á mí su interes le enlaza,
Y se alegrará de ver
Que mas vínculos nos atan.
Como me dió á Estratonice,
Así te dará á su hermana,
Ufano si á padre é hijo
Ver logra unidas entrambas.

Antioco. Ojalá que áun tiempo sea!
Y por que veas que te habla
La verdad el labio mio,
Te pido que sin tardanza
Hoy con la reina celebres
Tus bodas tan dilatadas,
Y yo á buscar á mi esposa
Ledo partiré mañana.

Seleuco. Corro á escribir á Demetrio:
Despues veré á mi adorada
Esposa: ¡ah! cuánto me alegra
Ver que no es ella á quien amas!
Ven á mis brazos de nuevo;
Hijo, me vuelves el alma,
Pues, al darte á Estratonice,
El alma misma te daba.

ESCENA VII.

ANTIOCO.

Ah! que yo mismo me espanto
De lo que acabo de hacer!
Apenas llego á creer
Que fuera capaz de tanto!
Y, puesto ya en el dintel,
Yo propio á entender no acierto,
Cómo, viendo el cielo abierto,
No he querido entrar en él!
¿Mi padre no me ofreció
Á la que mi amor provoca?
Pues ¿cómo la falsa boca

Pudo responder que no?
¡Quién desdecirse pudiera
De esa crüel negativa,
Que de la dicha me priva
Y que mi fin acelera!
Mas, no es tiempo todavia?
¿Á mi padre ir no podré
Y decirle: «Te engañé;
«Pues me la cedes, es mia.
«Fuerza es que tu hijo reciba
«De tu mano liberal
«La hermosura sin la cual
«Es imposible que viva.»
Pero ¿qué digo? ¿qué intento?
Mi heroica filial hazaña
Así deslustra y empaña
Un vil arrepentimiento!
Por ella, cual nunca, debo
Estar de mí satisfecho:
No me pese despues de hecho
Lo que áun haria de nuevo.
Ya del combate la palma
Al padre ha ganado el hijo:
Yo doy la vida, si él dijo
Que en ella me daba el alma.

—

ACTO QUINTO.

ESTRATONICE.

ESCENA I.

ESTRATONICE y OLIMPIA.

Olimpia. Cesad los hondos suspiros,
Enjugad el lloro amargo,
Que vuestra suerte, Señora,
Dichosamente ha cambiado;
El amor que decoroso

Ocultó vuestro recato
Áun á su objeto, pues era
Á vuestro deber contrario,
Mostrar podeis sin rebozo
Como legítimo y santo,
Pues en deber lo convierten
Los castos nupciales lazos.
Ya vuestro nuevo himeneo
No es de ninguno ignorado,
Ni ya mas plática se oye
En el alegre palacio:
Vengo de oirlo yo propia
De boca de Erasistrato
Á quien confiárselo digna
Del mismo Seleuco el labio.
Mas á entender no os lo dió,
En lo que me habeis contado,
Á vos el rei?

Estratonice. Cara amiga,
De creer aún no acabo
Esta dicha; y es posible
Que, despues de sufrir tanto,
Hoi me vea al fin unida
Á mi príncipe adorado?
Persuadirme apénas puedo
La felicidad que alcanzo,
Cuando brillar no veia
De esperanza un débil rayo.
Y este amante corazon,
Tanto tiempo lacerado,
No resiste la alegria
De tan repentino cambio.
¡Y es cierto!

Olimpia. Admitir podeis
En Erasistrato engaño?
Os digo que oí yo misma
El fiel relato del sabio.
Él al príncipe dejaba
Con el rei su padre hablando:
¿Quién duda que ya le dijo

Que le cede vuestra mano?
Es vuestra dicha segura.

Estratonice. Ven, dulce amiga, á mis brazos;
Deja que en tu seno vierta
Este placentero llanto.

[Aquí llega Antioco y al oir su nombre, se detiene.]

Y tú, idolatrado Antioco,
Las congojas y cuidados
Que te he causado, no dudo
Que me los perdones, cuando
Sepas que á este triste pecho
Igual amor inspirando,
Las mismas penas me cuestas
Que á ti mi amor te ha costado!

ESCENA II.

DICHAS y ANTIOCO.

Estratonice. Qué miro! el príncipe aquí!
Sin duda escuchó.

Antioco. Escuché:
Pero mas valiera á fe
Que no oyera lo que oí,
Señora, pues, si primero
Moria desconsolado,
Sabiendo que soy amado
Ya desesperado muero.

Estratonice. Morir, Señor! Pues diciendo
No os ha estado el rei ahora
Que consiente.....?

Antioco. Sí, Señora.

Estratonice. Pues entónces no os entiendo.

Antioco. Ni yo me entiendo tampoco,
Ni sé lo que he dicho ú hecho:
Ah princesa! yo sospecho
Que me estoi volviendo loco.
Mas el tiempo finalmente
Huye en que hablaros es dable;
Y es fuerza que una vez hable
Y que calle eternamente.
Ya sabeis si os amo; pero

No podeis ni imajinar
Cuánto este amor singular
Es grande, profundo, fiero.
Pues bien, amándoos así,
Mi padre á mí os ofreció,
Y dije á mi padre no
Y á tal dicha resistí.

Estratonice. Qué escucho?

Antioco. Direis por qué?
Porque os cedió á su pesar,
Y yo que le gano á amar,
Á ser noble le gané.
Él os ama y os cedia,
Señora, á mi amor ardiente
Por remediar solamente
Mi tormento y agonia.
Mas yo no pude aceptar
Sacrificio tan impio,
Y, aunque era mayor el mio,
El suyo debí estorbar.
Le aseguré que no amaba
Vuestra beldad hechicera,
Y que vuestra hermana era
La que mi amor inspiraba.
Él me escuchó como quien
Alivio notable siente,
Creyéndome facilmente
Lo que le estaba tan bien;
Y el exesivo placer
Que al oirme demostró
Mas y mas me persuadió
Que cumplia mi deber.
Hoi pues gozará felice
Vuestra beldad soberana,
Y yo partiré mañana
En busca de Cleonice.

Estratonice. Atónita me dejais!
Y tanto valor tuvisteis!
Dos vidas á un tiempo heristeis
Y tambien me asesinais.

Tal vez extrañar pudierais
Que os hable así; pero ya
Sabido el secreto está,
Y aun cuando no lo supierais,
Me es fuerza hablar finalmente,
Antes que, en tanta afliccion,
Comprimido el corazon
Dentro del pecho reviente.
Sí, la ciega idolatria
Que por mí sentis yo siento,
Padezco el mismo tormento,
Lucho con igual porfia.
El silencio que os ataba
Ataba mas mi decoro,
Y mi reprimido lloro
Aquí se trocaba en lava.
Y así imposible os seria,
Vuestras penas al decirme,
Una sola referirme
Que tambien no sea mia.
Y hoy que ¡destino crüel!
Salgo apenas del abismo
De tantos males, vos mismo
Me hundis nuevamente en él!

Antioco. Princesa, por compasion
Calle vuestra amante boca,
Pues en lo infinito toca
Esta desesperacion.
Vuestro afecto me asesina
Y acrece mi horrible mal:
Yo soy el blanco fatal
De la cólera divina!
¡Celeste venganza fiera,
Saña atroz que te diviertes
En matarme con cien muertes,
Mándame al fin la postrera!
Pronto me será forzoso
Mi suplicio presenciar,
Cuando os conduzca al altar
Vuestro enamorado esposo;

Y el regocijo paterno
En el semblante copiando,
Iré en el pecho ocultando
Los tormentos del Infierno.

Estratonice. Y así partireis mañana
Dejándome en tal dolor,
Y no teniéndola amor,
Os casareis con mi hermana?
Y querrán tambien los cielos,
Tras estar tan congojada,
Que á mis tormentos se añada
El tormento de los zelos!

Antioco. No temais que tal partida
Pueda efectuarse, Señora,
Ni que hasta la nueva aurora
Dure siquiera mi vida;
Despues de prueba tan fuerte
Es imposible que viva,
Y hoy cerrará compasiva
Mis tristes ojos la muerte,

Estratonice. Yo á la tumba os seguiré.

Antioco. No, vivid, vivid, Señora,
De un esposo que os adora
Pagad la amorosa fe:
Pues yo mismo á él os cedí,
Hacedlo feliz, amadlo,
De mi muerte consoladlo.

Estratonice. Y quién me consuela á mí?
Todo lo pierdo, si os pierdo.

Antioco. El tiempo consolador
Trocará el fiero dolor
En apacible recuerdo.
Pedir, para hacer cumplido
El sacrificio, os debiera
Que al fin del todo me diera
Vuestra memoria al olvido.

Estratonice. ¡Daros al olvido! en vano
Me lo pidierais.

Antioco. Ah! sí:
Pensad sin rubor en mí,

Cual se piensa en un hermano.
Vuestra compasion invoco,
Y una lágrima piadosa
Verted tal vez en la losa
Del desventurado Antioco.
Mas ya de vos me despido,
Para no perder áun esta
Poca fuerza que le resta
Á mi pecho combatido.
Adios, adios, que mientras más, princesa,
Miro vuestra hermosura,
Más renunciar me pesa
Á la vida, al amor, á la ventura!

ESCENA III.

ESTRATONICE y OLIMPIA.

Estratonice. Príncipe, oid!..... se aleja
Y con el corazon despedazado
Muriendo aquí me deja!
¿Quién hubiera pensado
Que á tan viva alegria
Tan terrible dolor sucederia?
Olimpia. ¡Qué nuevo cambio el hado os reservaba!
Estratonice. Antes al ménos, del deber esclava,
Cual víctima al suplicio,
Marchaba resignada al sacrificio.
Mas, despues que abro el pecho á la esperanza
Despues que esposa ya me considero
De mi adorado Antioco,
Tras tanta dicha de repente toco
El desengaño mas terrible y fiero!
Olimpia. ¡Cuánto mas os valiera
Que no abrigaseis la esperanza amada
Que os habia de hacer mas desgraciada,
Y no ganarais á tan dulce amante
Solo para perderlo en el instante!
Estratonice. ¡Oh lei de la mujer dura y acerba!
Siempre del hombre sierva,
Nunca manda en su pecho y en su mano,

Y es su destino odioso
El que un padre tirano
La entregue al lecho de un odiado esposo!

Olimpia. Callad, Señora: serenad el rostro,
Lágrimas enjugad, cesad suspiros,
Y reprimid congojas y pesares;
Que pronto vuestro esposo á conduciros
Vendrá del himeneo á los altares.

Estratonice. Deja que el labio mi tormento diga,
Que harto tiempo callé; déjame, amiga,
Que al reprimido lloro
Suelte por fin la rienda largamente!
Pues este llanto que á los ojos niego
Y en silencio devoro,
Torna de nuevo á su profunda fuente,
Trocado en mar de devorante fuego.

Olimpia. Por aliviar vuestro crüel quebranto,
Diera la vida la que os ama tanto.

Estratonice. Ah! si de veras me amas, en mi seno
Clava puñal agudo,
O dáme, amiga, un rápido veneno
Que me liberte del odiado nudo.
Si, enamorada de otro,
Con el rei me casaba á mi despecho,
Hoi que á Antioco enlazada me creia,
Ya de Seleuco el lecho
Me es mas odioso que la tumba fria.

Olimpia. Mas recordad, Señora, que el monarca
Al príncipe os cedia
Por libertarle de la fiera parca,
Y que solo del príncipe engañado
Hoi vuelve al himeneo abandonado.

Estratonice. Verdad, amiga, dices:
Solo quejarme puedo del destino:
Sí, todos somos del furor divino
Las víctimas sin culpa é infelices.
El cielo, el crudo cielo se recrea
En inspirarnos este amor demente,
Para que nunca satisfecho sea
Y sin cesar tres almas atormente.

Olimpia. Recobraos un tanto,
Secad, secad el llanto
Que nubla ardiente vuestra faz divina,
Que aquí el rei sus pisadas encamina.

ESCENA IV.

DICHAS y SELEUCO.

Seleuco. Con qué placer, dulce esposa,
Á vuestra presencia vuelvo
Y vuestros encantos miro
Sin el temor de perderlos!
Si ántes os dije, Señora,
Que batallaba suspenso
Entre guardaros ó daros
Á un hijo de amor enfermo,
Ya por él desengañado,
Á mi destino agradezco
Que no se oponga mi dicha
Á la del que tanto quiero.
Todo era falso, y él mismo
Me desengañó al momento,
Diciendo que vuestra hermana
Era de su amor el dueño.
Ya pues de escribir acabo
Mis cartas al padre vuestro,
La mano de Cleonice
Para mi Antioco pidiendo.
Él quiso que hoi sin tardanza
Nuestras bodas celebremos,
Á fin de partir mañana
En busca de otro himeneo.

Estratonice. [á Olimpia.] Quién hablar pudiera, amiga,
Y descubrirle lo cierto!

Olimpia. Disimulad vuestras ansias
Pues ya no tienen remedio.

Seleuco. No me respondeis siquiera
Señora: pero qué veo?
Recientes huellas de llanto
En vuestro rostro contemplo.

¿Qué súbito mal, qué causa
Nubla así ese rostro bello?
Romped al fin las prisiones
De ese obstinado silencio:
Decid, qué teneis, Señora?

Estratonice. Yo, Señor, yo nada tengo.

Seleuco. Vuestra voz, vuestro semblante
Todo os está desmintiendo.
Quizá me seguis al ara,
Señora, á despecho vuestro?

Estratonice. Qué decis? Señor, vos solo
Sobre mí teneis derecho:
Del padre que á vos me dió
En vos acato el imperio.
Mandad: que tan solamente
Me toca á mí obedeceros.

Seleuco. Así solo á la obediencia
Vuestra esclava mano debo,
Y como víctima triste,
Vais al altar de himeneo!
¡Qué es esto, cielos tiranos!
Apenas me considero
De una confusion ya libre,
Nueva confusion padezco!
¿Dónde está el príncipe? importa
Que con él hable de nuevo:
Llamadle al punto, que acaso
Él aclare este misterio.

ESCENA V.

DICHOS y ERASISTRATO.

Erasistrato. Presa del mal tirano,
Que como nunca le asaltó violento,
Al príncipe infeliz dejo cercano
Á dar, Señor, el postrimer aliento.

Seleuco. Qué dices?

Estratonice. (¡Ai de mí! su fin me mata.)

Seleuco. Ha un breve instante que le dejo ufano.

Erasistrato. Muriendo queda, y es su amor insano

El que la tierna vida le arrebata.

Seleuco. Pues qué amor?

Erasistrato. El que os dije.

Seleuco. Y por qué, cuando
Á la reina yo mismo le brindaba,
¿Por qué me respondió que no la amaba,
Con otro amor sus penas explicando?

Erasistrato. Allí, Señor, se muestra
Su heroico esfuerzo y su virtud sublime,
Pues su pasion reprime
Por dar vida á la vuestra.
Él vió que vos la amabais,
Que al suyo vuestro amor sacrificabais,
Y mostrándose digno de tal padre,
Al devolveros la cedida esposa,
Os compitió la palma generosa.

Seleuco. Ah! no perdamos tiempo tan precioso,
Y vos, Señora, suspended el llanto,
Porque á traeros voi á vuestro esposo.

ESCENA VI.

ESTRATONICE y OLIMPIA.

Olimpia. Parece en fin que el hado,
Que ya se mostró crudo, ya piadoso,
Dar quiere á vuestro duelo dilatado,
Tras tantas ansias, el final reposo.

Estratonice. Ai! que en la duracion de un solo dia
Tantas mudanzas me previno el cielo,
Que con justo recelo
Aun en tal dicha el corazon no fia;
Y no sé si este cambio lisonjero
Será de tantos cambios el postrero.
Mas qué digo? quién sabe
Si en este instante, el de su muerte toca
Mi príncipe adorado?
¡Oh triste objeto de mi llama loca!
Volar pudiera de tu lecho al lado,
Y á la vida volverte
Con el aliento de mi amante boca

O morir en tus brazos de tu muerte!

Olimpia. Venir al rei y á Erasistrato miro,
Y con ellos al príncipe.

Estratonice. Respiro.

ESCENA VII.

DICHAS, SELEUCO, ANTIOCO y ESTRATONICE.

Seleuco. Llega á su dulce presencia:
Con ella casado estás;
Y por que no opongas más
Una inútil resistencia,
Y aun quieras negar tu llama
Por guardar á un padre fe,
Fuerza es que sepas que sé
Que la reina tambien te ama.
Bien comprenderás ahora
Cuán imposible ha de ser
Casarme yo con mujer
De quien sé que á otro hombre adora.
Con tus crüeles dolencias,
Congojas, silencio y llanto,
Harto me probaste cuánto
Me amas y me reverencias.
Hoi en la reina mirando
Tu vida, dicha y sosiego,
Que me la aceptes te ruego,
Y si no basta, lo mando.

Antioco. Venciste, padre del alma:
Pudiste al fin mas que yo,
Y tu mano me arrancó
De la victoria la palma.
Acepta el alma rendida
La ventura que le ofreces,
Y confieso que dos veces
Te debo, oh padre, la vida.

Cae á los pies del rei.

Estratonice. (Arrodillándose tambien.) Á vuestras plantas dejad
Que agradezcamos los dos,
Como ante el ara de un dios,

Tanta magnanimidad.

Seleuco. Alzad, alzad, hijos caros;
Venid, que con nudo estrecho
Ansian á mi amante pecho
Mis brazos encadenaros.
Mucho me costó vencer,
No os lo niego, tanto amor;
Mas se pierde mi dolor
En un celestial placer.
Al mirar vuestra alegria,
Yo tambien feliz me siento
Y me digo: Este contento,
Esta dicha es obra mia.
Y para hacer mas patente
El cariño con que os miro,
Hoi la corona de Tiro
Ciño á vuestra noble frente.

Antioco. Padre!

Estratonice. Señor!

Antioco. Quién pagar
Podrá?

Seleuco. No se hable mas de esto:
Vamos, hijos, vamos presto,
Pues os espera el altar.

[á Erasistrato.] Y á mi buen Erasistrato,
Cuya ciencia y lealtad,
Me descubrió la verdad,
Qué le dará un pecho grato?

Erasistrato. Por mérito tan pequeño,
Otra merced no pretendo
Que la de seguir sirviendo
Á tan generoso dueño.

1869.

APÉNDICE.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL ENTIERRO DE D. JOSÉ GALVEZ.

Señores:

Todas las causas justas y santas necesitan para su triunfo de una víctima: la nuestra, que no podia ser mas justa ni mas santa, necesitaba tambien de una gran víctima; y el ciudadano D. José Galvez estaba destinado á serlo. No podia en efecto la celestial justicia haber escojido otra mas noble, otra mas insigne. ¿Quién podrá enumerar sus virtudes y merecimientos? Varon digno, no temo asegurarlo, de los mejores tiempos de Grecia y Roma, reunia la justicia de Arístides, la inflexibilidad de alma de Caton y Bruto al valor de Milciades y Leonidas, y á la constancia y perseverancia de los héroes en quienes mas hayan resplandecido tan raras y admirables virtudes. Agregad un clarísimo entendimiento, un recto y sólido juicio y el don de la elocuencia y persuasion. Agregad aún todas las virtudes del hombre privado; habiendo sido, en todo el rigor de la letra y no con la falsedad ó exageracion con que de tantos se dice, fiel amigo, exelente esposo y padre inmejorable, como es notorio y como no podrán negarlo ni sus mismos enemigos.

Porque no le faltaron enemigos y aun calumniadores: muchos, como el Ateniense de la Historia, estaban cansados de oir llamar justo á este Arístides peruano. Una virtud como la de Galvez y unos merecimientos como los suyos no podian carecer de odio y envidia. Hay mas: aquella espartana austeridad, aquella inflexibilidad catoniana, era natural que en nuestros muelles tiempos fuesen tenidas por inhumanidad y dureza, como así mismo habia de confundirse por los malévolos y aun por los indiferentes con el encono y la venganza aquella hambre y sed de justicia que le poseia.

No es nuestro ánimo, ni el tiempo ni el lugar lo consienten, narrar la vida de este varon singular desde su nacimiento en Cajamarca, ciudad entre todas la mas propia para infundir al que en ella nace odio profundo contra la crueldad española, (como que fué teatro de la mas horrible maldad que ejecutaron los españoles en América) hasta su gloriosa muerte en el puerto del Callao, peleando en defensa de su patria contra la feroz armada de esa misma inícua nacion. Solo diremos que, considerando la vida entera de Galvez,

la influencia que ejerció en la juventud liberal de nuestro tiempo, de la que era el jefe, y los eminentes servicios que hizo á su patria, parece que tal hombre no debia haber muerto jamas; pero, pues ni los mas grandes están exentos de la ley comun, pues era fuerza que Galvez muriese; ¿qué otra muerte podeis vosotros designarme para coronar tal vida, que la de morir en defensa de su patria y peleando como un simple soldado el que era Ministro de la Guerra?

Él mismo no hubiera elejido otra muerte. Muerte digo! vano modo de hablar! vida, vida inmortal debí decir. Este desfigurado cadáver donde apénas te reconocerian los ojos de tu esposa, no eres tú, José Galvez: ya, ya miro á lo que verdaderamente te constituia, ya miro á tu glorioso espíritu recibir el premio debido á tus virtudes en la morada de los héroes, de los justos y de los mártires, que merecias habitar por héroe, por justo y por mártir. Y no solo alcanzas la celeste inmortalidad; alcanzas tambien la inmortalidad terrena, pues, miéntras haya Perú y Peruanos, vivirá tu nombre, objeto de la gratitud mas tierna, del amor mas ardiente y de la veneracion mas profunda. Deshágase y consúmase en buen hora tu cuerpo, que tu alma allá en los cielos y tu recuerdo aquí en la tierra te hacen doblemente inmortal. No bañe pues la Patria en lágrimas tu sepulcro: el verdadero modo de honrar tu memoria es imitar tus virtudes y el heróico ejemplo que nos has dado, que hoy mas que nunca necesita la patria de hijos que te imiten.

Y tú, amante esposa, á quien los estrechos lazos con la ilustre víctima tienen ausente de esta solemne ceremonia, no tan ciegamente te abandones á la desesperacion y al llanto; sosténgante en tan dolorosa prueba las virtudes que te hicieron merecedora de que tal hombre te escojiese por compañera: consuélate con pensar que no hay ninguna mujer peruana cuya gloria pueda compararse con la tuya; tú verás pronto con un lejítimo orgullo coronar la cúspide del monumento consagrado á las víctimas de Mayo la estatua de tu esposo, á cuyas plantas bullirá sin cesar todo un pueblo idólatra de su memoria: y siempre que dejes el santo recojimiento de tus hogares, los peruanos te señalarán con el dedo al estrangero y le dirán: "Esa enlutada matrona es la viuda de D. José Galvez, muerto "heroicamente el 2 de Mayo en defensa de su patria." Y vosotros, oh tiernos hijos suyos, pensad desde temprano en los deberes que os impone tan gloriosa ascendencia, procurando ser herederos de sus virtudes, como lo sois de su apellido.

1866.

Á ITALIA.

Yo te saludo, Italia, region del Destino, patria de la Gloria, antiquísima tierra siempre jóven, fecunda engendradora de inmortales, madre de sabios y filósofos, de poetas y artistas, de guerreros y héroes, de mártires y santos! tú que, sola, has dado mas grandes hombres que, juntas, todas las demas naciones de la tierra!

Yo te saludo, patria de Ciceron y de Plinio, de Livio y Tácito,

de Lucrecio y Virgilio, de Cincinato y Fabricio, de Régulo y Escipion, de Caton y César!

Yo te saludo, patria del Alighieri y del Petrarca, de Miguel Anjel y Rafael, de Palestrina y Rossini, de Guicciardini y Machiavelo, de Galileo y Vico, de Colon y Buonaparte!

Yo te amé y admiré desde la infancia; desde que, abriendo los ojos de la mente á la luz de la enseñanza y la verdad, comenzé á estudiar la historia de Roma, señora del mundo: creció mi afecto, cuando aprendí tus dos idiomas y estudié tus dos literaturas, latina y toscana, que, con la griega, son y serán la fuente de toda belleza, de toda sublimidad; llegando á su colmo mi amor, cuando hollé tus riberas y tu suelo feliz que el sol acaricia con sus mas blandos rayos, que la Naturaleza y el Arte hermosearon á porfia y que los recuerdos de la Historia han consagrado; cuando visité tus ciudades, rivales en hermosura y grandeza: Nápoles la risueña y dulce, como la llamó Virgilio, cuyas cenizas reposan en su seno, Florencia la artística y elegante, Génova la soberbia y magnífica, Roma la eterna; cuando me paseé con reverente planta por tus magestuosas y venerables ruinas donde me parecia conversar melancólicamente con las sombras de tus héroes!

¿Quién no anhela con ardor conocerte? ¿Quién no te visita con amor y veneracion? ¿Quién no te estraña y suspira despues por ti con dolor? ¡A cuántos viajeros has hecho olvidar sus patrias y los mas dulces lazos de familia y amistad! ¡A cuántos que solo fueron á tu suelo por dias, encadenaste con tu belleza largos años, hasta que al fin murieron en tu seno! Ah! yo nunca te recuerdo, ni oigo siquiera pronunciar ó veo escrito tu májico nombre sin sentir una profunda pena, semejante á la pena de la ausencia, cual si tú fueras mi segunda patria.

Tú eres en efecto, ¡oh Italia! para todos los hombres, cualquiera que sea su nacion y raza, una como segunda patria, y puedes con verdad ser llamada la patria comun de las inteligencias humanas. En todas las naciones que se precian de civilizadas, los entendimientos de los niños despiertan con las obras clásicas de Grecia y mas aún con las de Roma; en todos los colegios del mundo las almas comienzan á educarse latinamente, esto es, italianamente: y cada nacion estudia primero tu historia que su propia historia, conoce primero á tus héroes que á sus propios héroes.

Y esta vida, esta inmortalidad del pensamiento jamás te ha faltado, oh Italia! cualquiera que fuese por otra parte tu condicion política; aun esclava de otras gentes que te sujetaron por las armas, reinaste sobre ellas por la doctrina y el pensamiento. Destinada estás, oh misteriosa tierra, á renovarte eternamente, y á renacer, verdadero Fenix, de tus propias cenizas! Tuvieron las demas naciones una sola época, mas ó menos larga, de esplendor y poderío, pero solo una vez fueron grandes y prepotentes, y, si cayeron, cayeron para siempre Cartago, Egipto, los imperios de Asia y aun la misma Grecia, veneranda madre tuya.

Solo tú, oh tierra fatal, como exenta de la ley comun de las naciones, has tenido varias épocas de grandeza y preponderancia, cayendo siempre para tornarte á levantar. Si la vez primera fuiste señora del mundo por las armas, lo fuiste la segunda por la Religion que te eligió por asiento, y por las ciencias y artes bellas de

que fuiste maestra á los pueblos de Europa; pero ahora que te levantas por la vez tercera, reinarás con la mente y la espada á la par:

Col senno e colla spada,

como dice Dante. Qué espectáculo vas á ofrecer al mundo! Aunque es tan grande y tan glorioso tu pasado, mayor y mas glorioso será tu porvenir, de manera que lo que á cualquiera otra nacion sería imposible, solo para ti será hacedero; que tú sola puedes excederte á ti misma.

Volverás á sostener en tus robustas manos la balanza de los destinos de Europa; y ¡cuánto podrás tambien influir en la futura suerte de América!

América, esta gran patria nuestra, está llena de tus recuerdos, porque tú, oh Italia, llenas el espacio, como llenas los tiempos, y donde quiera que vaya el pié ó la mente del hombre, allí te encuentra. ¿De dónde era sino hijo tuyo el hombre inmenso, superior á toda alabanza, cuyo génio, como no cabiendo en la prision del continente antiguo, descubrió este nuevo continente que habitamos? Colon es el lazo eterno que contigo nos une; siendo muy de notarse que, si la suerte fué injusta con Colon, al quitar á esta parte del mundo el nombre de Colombia que le pertenecia, no lo fué contigo, pues, llamándola América, le dió el nombre de otro hijo tuyo, del florentino Américo Vespucci, para que ese solo nombre bastase á despertar tu recuerdo.

¡Y cuánto tus memorias, oh Roma libre, no influyeron en la gran alma y altos intentos del jóven Bolivar, futuro libertador de un mundo! ¡Cuántas veces se paseaba silencioso y pensativo por tus ruinas y melancólicas campiñas! ¡Cuántas horas y dias se le huian en tu vasto Coliseo, abismado en profundas meditaciones! ¡Cuánto se inflamaba con los ejemplos de tu historia! Y allí donde viste por dos veces afianzarse los sacrosantos derechos del pueblo, en ese Monte Sacro de inmortal memoria, allí fué donde un dia, despues de un sublime coloquio con su ayo Rodriguez, poniendo sus manos en las de éste, pronunció el solemne juramento, que pronto vió realizado el mundo, de libertar á América del yugo español!

Y el héroe de estos tiempos y digno de los antiguos, el gran Garibaldi, no es tambien americano en cierto modo? ¿No quiso esgrimir su vencedora espada y derramar su generosa sangre por una República de América? ¿No fué americana su primera esposa, aquella animosa Anita, tan digna compañera suya? Tambien Lima conoce al héroe, vió su noble figura y mereció el honor de hospedarle algun tiempo en su seno.

Jamas hemos dejado, oh Italia, los hijos de esta República de simpatizar con tu causa que es la nuestra porque es la causa de la Justicia y de la Libertad; siempre te hemos amado y admirado, y tú tambien nos has dado frecuentes muestras de simpatía y amor. En nuestra presente lucha con España, la mas feroz y bárbara entre tus bárbaras y feroces opresoras, y por quien hasta el Austria es excedida, un hijo tuyo que ha vestido el uniforme de oficial peruano, levantó en tu parlamento su elocuente y agradecida voz en favor nuestro; y han sido tus hijos los intrépidos Bomberos Italianos los que mas nos ayudaron entre los que antes se llamaban estrangeros, y han dejado de serlo el Dos de Mayo.

Por eso ahora lamentamos como nuestros tus reveses, y acompañamos á nuestros hermanos en sus patrióticas y santas lágrimas. Espera sin embargo y consuélate: que bien ha visto el mundo que, si te ha faltado fortuna, te ha sobrado valor; y sobrándote tambien justicia, tarde ó temprano vencerás.

Sí, vencerás, á despecho de cuantos, sobre no perdonarte tu grandeza pasada, temieron tu grandeza venidera y se empeñaron en mantenerte sierva, entendiendo que para ti no habia medio entre las cadenas y el trono, y que de esclava pasarias á reina.

1866.

AL 9 DE DICIEMBRE.

No con acentos de regocijo te saluda mi voz, solemne dia que recuerdas á mi patria y á América la mayor de sus victorias!

Triste y conforme al duelo presente de mi patria habrá de ser el saludo que te envie: y tú tambien, al ver con qué furor están desgarrando su seno sus propios hijos, vístete de luto y de dolor.

Bello y alegre habias de lucir siempre á nuestros ojos, como cuando, en los campos inmortales de Ayacucho, las miradas de Sucre vencedor te saludaron cual aurora de una nueva edad. Sí, tú nos prometiste ser padre fecundo de largos dias de ventura, de paz y de progreso; y el universo entero contempló nuestras repúblicas nacientes con esperanza y con amor.

Mas ¡ai! qué suerte tan diversa de tu promesa y su esperanza nos ha cabido! Cuánto hemos desengañado á las gentes! Ser debimos su admiracion, somos su lástima. Y adonde quiera que llega nuestro nombre, allí se escucha decir que no éramos merecedores de la libertad, y que nuestra condicion debió ser siempre la de colonos, como aquellos infelices faltos de juicio y á quienes, á pesar de la edad, una infancia perpetua condena á una perpetua tutela.

¡Oh sublime independencia! no seré yo, no seré yo ciertamente quien se atreva á blasfemar tu nombre santo, ni á poner jamas en duda tus infinitos é incomparables beneficios. Si pueblos insensatos los desaprovechan y estragan, tuya no es la culpa. Tú eres y serás siempre el primero de los bienes. ¿Qué mente tan ciega no alcanza tus divinos resplandores? ¿Qué pecho tan servil, qué labio tan abyecto te negarán su gratitud y sus bendiciones?

Pero tambien, qué corazon no abominará, qué lengua no maldecirá el horrendo mal, el monstruoso vicio que basta para hacer inútil tan alto bien?

Apenas la tierra nos saludó libres, cuando la espada victoriosa enrojecida aún con sangre española se empapó en nuestra propia sangre. ¡Cuántos, para mayor baldon y desventura, cuántos de los que nos conquistaron patria é independencia *se valieron del acero con que levantaron el edificio para minarlo y destruirlo!* Y en casi nueve lustros de vida propia é independiente que contamos, ¿qué espectáculo hemos ofrecido al mundo en vez de las hazañas y virtudes que de nosotros esperaba? Envidias, venganzas, sed insaciable de man-

do; desenfrenada codicia; las leyes pisoteadas; dilapidada la hacienda pública; paralizados el comercio y la industria; un puñado de vulgarísimos caudillos arrastrando á la muerte á las ilusas muchedumbres; constante desasosiego y universal inseguridad; guerras injustas por ambos lados, y tras batallas sangrientas, triunfos mas vergonzosos y lamentables que las mismas derrotas; la autoridad suprema escalada á cada instante por salvajes motines de cuartel; llamados ¡oh vergüenza! los ejércitos extrangeros á nuestro territorio por los que no veian otro medio de recobrar ó conservar el poder que se les escapaba; y manchada en fin la banda bicolor tanto como los mantos imperiales, y la silla presidencial no menos que los tronos de los reyes!

España en tanto, nuestra eterna enemiga, se alegraba al escuchar nuestras discordias, y atisbaba ansiosa la ocasion propicia para recuperar su perdido imperio y uncirnos de nuevo á su coyunda. Y alentada por tantos desórdenes, y juzgándonos exaustos de fuerzas y recursos, vino al fin y con traicion inícua invadió nuestras islas y holló nuestra bandera.

El Perú entonces sintió profundamente tan cobarde insulto: olvidando sus disensiones y recordando su antigua grandeza, fué otra vez grande; y vencedor de España, hizo que el 2 de Mayo fuera el glorioso é inmortal hermano del 9 de Diciembre.

Tornó el mundo civilizado á esperar en nosotros, formando por el triunfo del Callao los mismos felicísimos presagios que habia formado por la victoria de Ayacucho.

Mas ¡ay! cuán pronto habiamos de desmentir los segundos, como desmentimos los primeros! ¿De qué nos ha valido la nueva y espléndida victoria? ¿Quién pudo creer que tan pronto íbamos á vengar en nosotros mismos la derrota y afrenta de España? Volvia á lucir tan glorioso aniversario, y ya se maquinaba y preparaba por todas partes la guerra civil: luce hoy el 9 de Diciembre, y encuentra ya envuelta en ella á la República entera. Tan impía guerra despues de tan glorioso triunfo bien bastára á quitar las ilusiones al mas obstinado optimismo, y á confirmar en su desesperanza á los que piensan que este desdichado pais está condenado á perpetuas discordias en lo político, como en lo físico á continuos terremotos.

Y ¡cómo se presenta esta revolucion! horribles y espantosos asesinatos nos la hacen mirar armada mas que de la espada del puñal! ¡Cuántas ilustres víctimas han sido ya inmoladas, cuántas se siguen y seguirán inmolando cada dia!

Ya por todas partes con denuedo digno de mejor causa, se derrama por manos peruanas la sangre peruana: ejércitos peruanos sitian á ciudades peruanas: y hermanas, hijas, esposas y madres, lloran unas, temen otras, la muerte de sus hijos, esposos, hermanos y padres!

¡Y puede la demencia humana ser causa de tan horribles males, de tan atroces dolores! Pueden los hombres aumentar así la suma de sus miserias, como si el comun destino no les hubiera impuesto bastantes!

Yo he sido testigo del dolor desesperado de una madre que acaba de perder el mas amado de sus hijos en el sitio que contra el ejército Constitucional sostiene el funesto valor de Arequipa. No tiene el lenguaje humano palabras que digan lo que decian aque-

llos profundos sollozos, aquellos agudos alaridos, aquellos ojos enrojecidos por un llanto de fuego, aquellas facciones demudadas en tan breve tiempo, aquellas manos que se contorcian; aquellos jestos, gritos y ademanes que formaban como un nuevo idioma del dolor cien veces mas elocuente que el de la palabra; aquel negarse finalmente á todo consuelo. *Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus: Rachel plorans filios suos; et noluit consolari, quia non sunt.* Una voz ha sido oida en Rama, y gran llanto y alarido; es Raquel que llora á sus hijos y no quiere ser consolada porque ya no son. ¡Ah! ¿cuál de los trastornadores del órden público, cuál de los atizadores de las llamas civiles, no renunciaria á sus criminales intentos en presencia de tamaño dolor?

Y sin embargo, ¡cuánto mas desgraciada que esta madre, cuánto mas desgraciada que todas las madres peruanas es otra madre de la que nadie se duele! ¡Oh matrona del Sol, oh patria mia, oh madre desventuradísima que te ves reducida á envidiar el dolor de tus hijas! Tú sola sientes el dolor de todas; cada hijo que ellas pierden, tambien le pierdes tú, y al dolor de perderlos se añade el mucho mas horrible todavia de verlos perecer á manos unos de otros. Tu suerte, oh patria, como la de la antigua Jocasta, ha sido dar la vida á hijos impíos que se aborrezcan y destrozen. Si un tiempo, mísera y encadenada esclava, te atormentaba la tiranía de tus injustos señores, aun mas te atormenta ahora ver que tu propia prole es la que causa tus desdichas. Nadie se cuida de tus dolores, nadie escucha tus querellas, nadie enjuga tus venerandas lágrimas.

"Paz, paz," gritas á tus hijos fratricidas; pero los impíos, lejos de dar oido á tus voces, se vuelven todos contra ti y te insultan y vilipendian, hiriendo, cual no lo hicieran tus mas encarnizados enemigos, el seno que los concibió.

¿De qué te sirven, en tan fiera pesadumbre, tu belleza, tu opulencia y los innumerables presentes que le plugo á Dios hacerte? La hermosura y magnificencia de la morada que habitas, palacio de América, Eden del universo; el esplendor tropical del firmamento que te cubre, donde duplica su brillo el astro amante cuyo nombre mereciste, y cuyas noches alumbran todas las lámparas celestiales, como la iluminacion de una fiesta inmensa; las portentosas riquezas que, como erarios naturales, guardan tus montañas; tanta pompa y sonrisa de la naturaleza que te circunda: todo, todo te parece una amarga ironia del destino. Tú anhelaras que fuera tu mansion desnudísimo desierto, y que te cobijara un cielo nebuloso y oscuro donde el Sol brillara apenas cual cirio funerario, y donde un huracan gemidor lamentara eternamente tu incomparable desventura y tus dolores inconsolables.

—— 1867.

Á AGUSTIN ZUBIAGA,

MUERTO DE LA FIEBRE AMARILLA EN MAYO DE 1868.

Hace pocos dias que algunos de los amigos que formamos como una familia unida por los mas dulces lazos del corazon, nos lison-

jeábamos con el pensamiento de que ninguno de cuantos la componen habia sido víctima de la tremenda plaga que hoy diezma á Lima.

Pero decretado estaba que perdiéramos uno de los mas amados, y tú has sido ése, Agustin; tú en quien competian la nobleza del corazon y la altura de la inteligencia; tú á quien nadie podia ver sin sentírsete inclinado, ¡tan retratada estaba en tu simpático rostro la bondad y dulzura de tu alma! tú á quien nadie podia tratar sin estimarte y quererte!

El dolor general que parecia gastado con tantas muertes se ha avivado para ti. Tenias tantas esperanzas! dabas tantas! Recien llegado de un largo viaje emprendido para completar tu educacion científica y literaria, mueres en vísperas de recojer el laurel debido á tus afanes para colocarlo á los piés de la patria!

¡Oh patria una y mil veces desgraciada! No sé qué estrella enemiga hace perecer en flor á tus mejores hijos y eternizarse á los perversos. Muere el sabio y honrado Pacheco, muere Agustin Zubiaga; mueren, lejos de su patria y familia, tantos industriosos y útiles estranjeros, y viven..... cien y cien que no debieran haber nacido!

Adios, Agustin; ya no te volveremos á ver en este mundo: ya no oiremos tu dulce voz desenvolver hermosos conceptos ó expresar nobles y patrióticos sentimientos: — ya, cuando apuremos la copa de la amistad, tú no estarás entre nosotros: cuando el campo nos reúna, cuando celebremos el natalicio ó algun fausto suceso de alguno de nosotros, ya no te veremos á nuestro lado: ya no nos acompañarás, cuando sintamos juntos el entusiasmo sublime que infunde la lectura de los grandes poetas, ó las profundas y misteriosas emociones que producen la música y el canto; la música y el canto que son ¡ay! como las voces de otros tiempos y de otros mundos y que tanto recuerdan á los ausentes y á los muertos. Ya una memoria de dolor se mezclará á todas nuestras reuniones: de hoy mas habrá en ellas un asiento vacío, el primero que ha hecho desocupar la muerte. Mas no temas, oh incomparable amigo, que otro ninguno ocupe jamas ese asiento, como ninguno ocupará el lugar que tuviste y tienes en nuestro corazon.

Y tu madre, tu respetable y excelente madre, que te amaba tanto, á quién tanto amabas; tu madre de quien eras el único consuelo, la sola esperanza! No hace aún un año que, al abrazarte tras tan larga ausencia, se consideraba la mas feliz de las mujeres; y hoy que su Agustin no existe, envidia los vientres que nunca concibieron y los pechos que jamás amamantaron! ¡Pobre madre! el dolor la desesperaría, si no fuera tan cristiana.

Sí: solo la religion de Cristo puede librar de la desesperacion en tales pérdidas! venga, venga á consolarnos esa sublime maestra: venga á decirnos que la muerte no es una extincion, sino una trasformacion, no el fin del viaje sino una partida á otro viaje mas largo; que la tumba es la puerta de otro mundo y que los muertos son los viajeros de la eternidad.

"Adios, Agustin; hasta tu vuelta" te dijimos en la escalera de la nave que te llevaba á Europa. "Adios, Agustin; hasta nuestra ida" te decimos ahora al borde de tu sepulcro.

ÍNDICE.

		Pág.
1852.	Cancion de Coralay	1
1853.	Adioses	3
1854.	Las cautivas de Israel	4
„	A un viagero	7
„	Las aves de la tarde	8
„	Recuerdos	10
„	La cautiva	12
1855.	A mi padre	15
„	La oracion	17
„	A España	18
„	Deseo	18
„	A un niño	19
„	A la quina	20
„	Al Perú	21
„	A Rossini	21
„	Rossini y Mozart	22
„	Mis sueños	23
„	A Flérida	24
1856.	A Colon	25
„	A Lima	33
„	A mi hermana Grimanesa	34
„	A la tarde	35
„	El desgraciado	37
„	Querellas	39
„	A Lope de Vega	40
1857.	Despedida de un indio	41
„	Noticias de la patria	43
„	Yaraví	44
„	A la Vírgen	45
„	En Nápoles	49
„	Castigo	50
„	A Lóndres	51
„	A Elena	52
„	El Temblor	53
„	El juicio final	53
1857.	El picaflor y la florecilla	54
„	Adela á Cárlos	55
„	L..... á E.....	56
„	Vision	57
„	A una espada	68
„	Reto al destino	69
„	La Transfiguracion	72
„	A Jesucristo	72
„	A Dios	73
„	A Elena	73
„	A Paris	76
„	La Vírgen Maria	77
„	A la Vírgen	77
„	La tarde á orillas del mar	78
„	Lamento de David por la muerte de Saúl y Jonatas	79
„	Rosaura	81
„	El hablador	83
1858.	A Fr. Luis de Leon	84
„	A mi patria	87
„	A la música	89
„	A mi madre	93
„	Tristeza de Lauro	99
„	Al sueño	101
„	A Elena	105
„	A una viuda	106
„	A Dios	107
„	Noche serena en el mar	119
„	A Clorinda	121
„	Retrato de Elena	122
„	Sueño de un malvado	124
„	A la luna	125
„	A Elena	126

		Pág.
1859.	Delante de "El Pasmo de Sicilia"	127
„	En Cádiz	128
„	A la Srta. Dª Juana Y.....	130
„	A mi alma.	136
„	Santa Teresa	137
„	A Eco.	137
„	A España	140
„	A una señorita bellísima	141
„	A la muerte de D. Pio de Tristan	142
„	Ansia del cielo	142
„	A un recuerdo	143
„	A la Naturaleza	143
„	Al amor	144
„	Pigmalion	144
„	A***.	145
„	La estatua de Niobe	146
1860.	A mi madre	147
„	Anhelo	148
„	A Magdalena, mi nodriza	150
„	Safo á Faon	154
„	Ultimo canto de Safo.	162
„	A Consuelo.	165
„	Juventud eterna.	165
„	Vanitas vanitatum	167
„	A Faeton	169
„	Risa y lágrimas.	170
„	A una cabellera.	171
„	El desahuciado.	172
„	A un ateo.	179
„	Platonismo	179
„	Escrito en nombre de una jóven	180
„	A un peruano	181
„	A mi patria	182
1861.	A un ruiseñor	193
„	Super flumina Babylonis	194
„	La Desgracia.	196
„	A la salud.	198
„	A un cóndor enjaulado	201
„	Dido á Eneas	201
„	Descripcion de un palacio (Fragmento).	202
„	La mujer	204
„	A mi sobrina Manuelita C.....	205
1861.	A la tierra.	207
„	A mi tio el baron D. Augusto Althaus	208
„	Al concepto íntimo	208
„	Al arco-iris.	209
„	A Dios	215
„	Recorriendo las campiñas de Báden.	216
„	A Ligurino.	217
„	Lucinda	217
„	SÁTIRAS.--A Sempronio	218
„	A Simplicio	219
„	A Sergio	221
1862.	A Lima	222
„	A América	225
„	A un reloj.	227
„	Al Sábado.	228
„	Al Domingo	229
„	A un jóven	230
„	A Dios	231
„	A Méjico	231
„	A Colon	232
„	Al mismo	232
„	Al Sol. (Del diario de un viajero americano)	233
„	El Fénix	235
„	El paso del mar Rojo	237
„	A Martin de Porres	237
„	Idea de Dios	238
„	Marta y Maria	239
„	A Luzbel	239
1863.	1º de Enero de 1863.	241
„	La tristeza.	241
„	A una estrella	242
„	Mudanza	242
„	El árbol y el pájaro viajero	243
„	A la tierra.	247
„	A la lengua castellana	248
„	Al picaflor.	250
„	Liras.	251
„	La mujer con quien yo me casaria	252
„	A Lázaro	257
„	A un poeta	258
„	Aurora en el baño	259
„	Epígramas	262
„	Antojos	264
„	Diario de un viajero americano	267

Pág.
1863. A una señora . . 271
„ Demócrito y Heráclito. (A Amalia) . 272
„ CRISTINA, ó sea VENGANZA Y PERDON DE AMOR (Leyenda) 273
„ A Dina . . . 300
1864. A Fabio, que me aconsejaba dejar la poesia. (Sátira) . . 303
„ A la Srta. Dª Justa Garcia Robledo. . 306
„ Al Sol. . . . 308
„ La campiña de Huacho 311
„ Adios. (A***) . . 313
„ La poesia y el poeta . 314
„ Al Rímac . . . 320
„ Canto guerrero . . 321
„ A los marinos de la escuadra española . 324
„ Con motivo de vanos rumores de mediacion y concierto . 328
„ Al pie del monumento de Bolívar. . 329
„ En la muerte de mi prima hermana la Sª Dª Victoria Tristan de Echenique . 334
„ A los peruanos . . 339
„ A España . . . 341
„ A la memoria de mi amigo el artista Miguel Echerri . . 344
„ A las orillas del mar. (A***) . . . 348
„ Cuando venia la "Numancia." . . 349
1865. Al Congreso y á los marinos. . . 350
„ A la bandera peruana 351
„ A La-Rosa y Taramona 354
„ En la agonia de J. M. H 355
„ A Lima. . . . 356
„ A la gran República Norte-Americana . 357
„ A un tirano. . . 360
„ Al Aguila del Norte . 361
„ A un fotógrafo . . 363

Pág.
1865. A Santa Rosa . . 365
„ A la Sª Dª Carolina G. de Bambaren . 368
„ En la profesion de la Srta. Dª Petronila Ramos . . . 370
„ Al Sr. D. Ignacio Gomez . . . 372
„ Ayuda á Chile . . 375
„ Imitacion del quichua 376
„ A la Srta. Dª Enriqueta Eléspuru. . 377
„ Al Sr. D. Celso B*** . 381
„ A la amistad . . 385
„ Al Coronel D. Mariano Ignacio Prado, Dictador del Perú. 386
„ Al sol . . . 390
„ A***. 392
1866. A España . . . 396
„ Versos leidos en el teatro . . . 395
„ A José Ayarza . . 397
„ Al Sr D. Manuel Amunátegui . . . 400
„ Aniversario. . . 402
„ A España . . . 403
„ El Garibaldi y la carta 404
„ A la Guerra . . 405
„ Versos escritos en la noche del 2 de Mayo 406
„ Octavas . . . 408
„ Versos que se suponen dichos por Sejismundo al fin de "La vida es sueño" 410
„ A Prometeo . . 412
„ A un amigo. . . 413
„ Lo bueno de este mundo. . . . 415
„ El eco y la sombra . 415
„ A la flor del chirimoyo 416
„ A una ciega . . 418
„ A la Felicidad . . 419
„ A la mitad de mi alma. . . . 421
„ El año y la vida humana . . . 423
„ Imitacion de cantos populares toscanos 423

		Pág.
1866.	El Dos de Mayo.	425
„	Sentencias del Inca Pachacútec	445
„	Disparates.	446
„	Retrato que parece caricatura.	449
„	Cuadros que ofrece un temblor por la mañana	452
„	Inconvenientes de ser corto de vista	452
1867.	Dafne y Apolo	455
„	A un plátano	456
„	Al Hombre.	457
„	Al vapor	460
„	Al mismo	461
„	Cantos del cautiverio.	463
„	CÁRMEN Y RAFAEL, (Leyenda).	465
„	Al sol en el poniente.	484
„	Con motivo de la vuelta anunciada de la escuadra española.	486
„	A media noche en Chorrillos	488
„	En la profesion de Isabel.	489
„	A los peruanos en la última guerra civil	494
1868.	A una amiga	494
„	Extasis	496
„	Al Petrarca.	496
„	La Perla sin compañera.	497
„	Al ánjel de mi guarda	500
„	A D. José Gálvez.	502
1868.	A Dios.	503
„	Un príncipe indio al casarse con una española	505
„	Al sueño	507
1869.	Al mar.	507
„	Visita al cementerio.	510
„	El dia de difuntos	512
„	A***.	514
1870.	A mi madre.	514
„	Dolor.	518
„	Recuerdo del dia de la comunion	523
„	Unico consuelo	524
„	Recuerdo	526
„	Soledad	527
„	Viajando por la costa	528
„	Consuelo	529
„	Al Viérnes 22 de Abril de 1870.	529
1871.	Infinidad de la creacion.	530
„	A mi hermana Grimanesa	531
„	A Juana I***	536
„	A la familia de Noé.	536
„	Al recogerme	536
1869.	ANTIOCO. (Drama)	537
	APÉNDICE. — Discurso pronunciado en el entierro de D. José Gálvez	597
	A Italia	598
	Al 9 de Diciembre	601
	A Agustin Zubiaga	603

FIN.

Lima. — Imprenta del Universo, de Carlos Prince, calle de Belaochaga, 136.

69701350